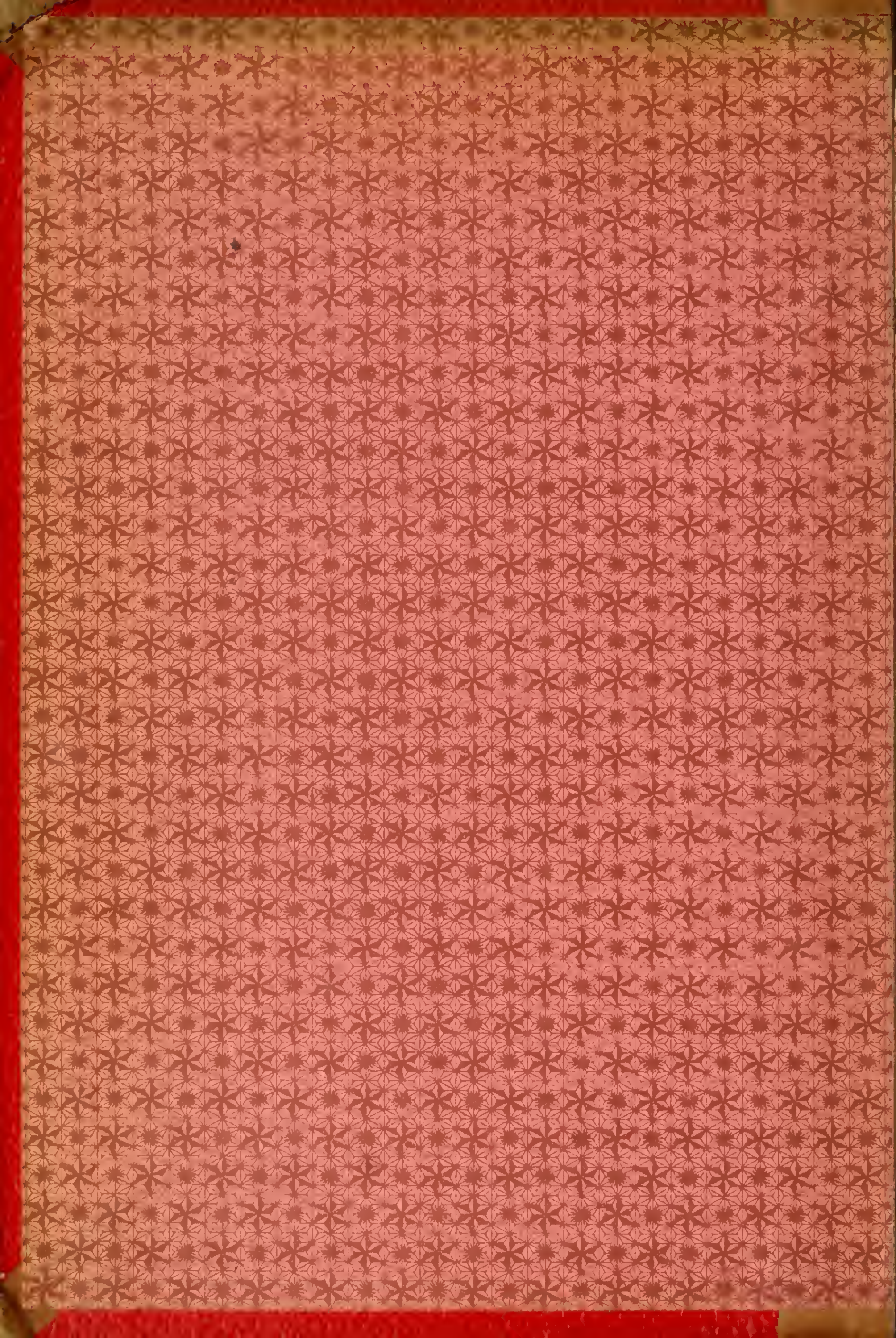
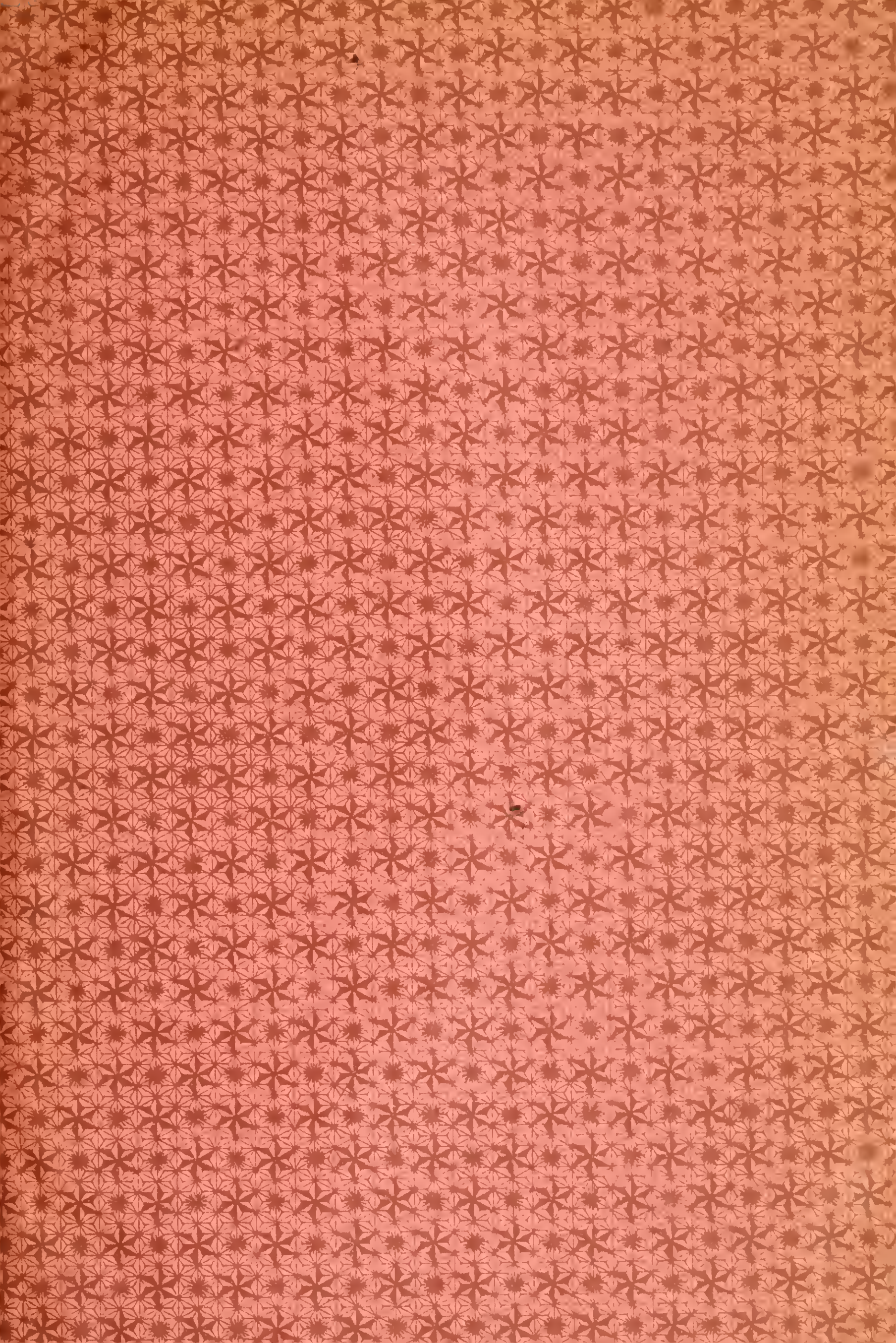






La Patria de Cervantes

1901, Julio

Tetuán de Chamartín
Imp. de Bailly-Bailliere é Hijos.

Span Lit
P





La Patria de Cervantes

Revista Mensual Literaria Ilustrada

TOMO II

Julio a Diciembre de 1901.

BAILLY-BAILLIERE É HIJOS
EDITORES
Plaza de Santa Ana, núm. 10
MADRID





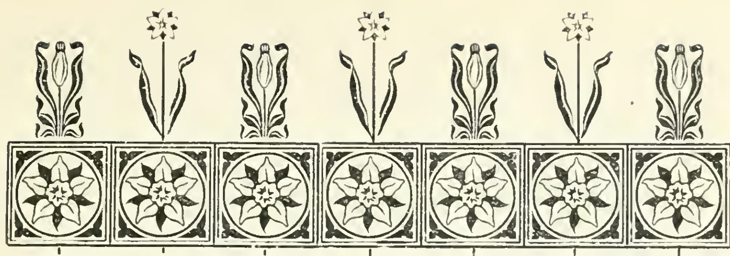












La Hermandad de los Siete Reyes



El anillo de hierro.

Por lo pronto, Mme. Koluchy había salido de Londres y llegué á creer ¡cándido de mí! que no volvería más; pero poco tiempo duró esta creencia, pues al pasar por Welbeck Street dos meses después de los acontecimientos referidos en mi última narración, observé que había cortinas recién colocadas en los balcones y que la casa ofrecía todo el aspecto de estar de nuevo habitada. Con honda pena me estaba fijando en esto, cuando vi que se abría la puerta y que una muchacha alta y delgada, de ojos muy negros, bajaba la escalera de la entrada. Al verme me dirigió una mirada penetrante, arrugó el ceño como si me reconociera é hizo un gesto como si quisiera detenerse para hablarme; pero en seguida, cambiando de idea, prosiguió andando por delante de mí. Yo no la había visto nunca, estaba seguro de esto, y compadeciéndola como una de las numerosas víctimas de Madame (era lo probable), continué mi camino.

Por la tarde visité á Dufrayer en su oficina. Una mirada fué

suficiente para comprender que tenía algo que decirme. Efectivamente, me llamó aparte y comenzó á hablar con cierta animación.



UNA MUCHACHA ALTA BAJABA LA ESCALERA DE LA ENTRADA

—Creo, amigo Head, dijo, que al fin saldremos victoriosos. Mme. Koluchy ha tomado tantas alas con los infames éxitos alcanzados, que seguramente acabará por cometer alguna imprudencia.

—Ha regresado á Londres, interrumpí.

—Sí, hace quince días que volvió. Escúchame, Head, tengo algo que decirte. Ya sabes que hace tiempo los agentes de Tyler andan persiguiendo á Madame; pues bien, ayer por la mañana Tyler me llamó la atención sobre algo que parece muy sospechoso. Mira esto.

Diciendo así, mi amigo puso en mis manos un número atrasado de *The Times*. Entre los anuncios de *Colocaciones vacantes* había el siguiente:

«Se necesita un bacteriólogo entendido, para consultarle acerca de una cuestión de suma importancia y reservada. Se darán honorarios extraordinarios al que posea los conocimientos que se requieren. Dirigirse por carta particular á C. K., 350, oficinas *The Times*, E. C.».

—¿Y qué hay de sospechoso en esto? pregunté, dejando el papel sobre la mesa.

—A primera vista no parece que hay nada, respondió Dufrayer; pero Tyler vive ahora tan alerta, que ninguna cosa se le escapa. Las iniciales C. K. fué lo que primeramente le llamó la atención.

—¡Catalina Koluchy! exclamé. Pero no es de suponer, amigo Dufrayer, que sabiendo Madame, como indudablemente sabrá, que se le sigue la pista, vaya á emplear sus propias iniciales.

—No parece probable, es verdad, respondió Dufrayer; pero voy á decirte todo cuanto ha sucedido.

Cuando Tyler vió ese anuncio situó un agente suyo en la administración del *Times*, después de explicar al administrador el objeto con que lo hacía. El agente recibió las instrucciones necesarias para que supiera lo que había de hacer, y á eso de las once de la mañana del día siguiente á aquel en que por vez primera se publicó el anuncio llegó un individuo á la administración del periódico, recogió dos cartas y se retiró. Le siguió el agente de Tyler y vió que entraba en casa de madame Koluchy. Tyler ha estado acertadísimo, y claro es, sigue la pista con empeño, habiendo descubierto que la persona á quien Madame ha confiado este misterioso asunto es nada menos que el conocido bacteriólogo Jaime Lockhart, el cual tiene el laboratorio en la calle Devonshire. Ahora el caso es ¿qué deberíamos hacer nosotros?

—Veo que tienes alguna idea.

—Sí, la tengo: es decir, la idea, más que mía, es de Tyler, el cual me ha propuesto un paso atrevido. Cree que debemos visitar juntos á Lockhart, cuya posición y conocimientos científicos son indiscutibles. Nadie ha realizado tantos ni tan notables trabajos de bacteriología como él en estos dos últimos años, y si la terrible Hermandad, con cualquier pretexto, obtuviera de él algún secreto, podría utilizarlo para cometer alguno de sus horrendos crímenes, haciendo así de Lockhart, sin que él lo sospechara, el autor de una nueva villanía. Sabiendo lo que sabemos, creo que tenemos el deber de hablar con Lockhart.

—No sé qué decirte, fué mi respuesta después de meditar un momento. Tal vez no le agrade que intervengamos en sus asuntos.

—Es posible, pero no por eso desaparece nuestro deber.

—Si lo crees así... ¿Cuándo irás á ver á Lockhart? Sea cuando sea, estaré dispuesto á acompañarte.

—Hoy me será imposible, porque tengo mucho que hacer en los tribunales; pero si te parece bien, podemos ir mañana á las diez de la mañana.

—Corriente, te esperaré delante de su casa á esa hora.

Y nos despedimos.

Preocupadísimo con los tristes pensamientos que me asaltaban me encontré á los pocos minutos en Piccadilly, y después en la calle de Bond.

—Madame ha vuelto, pensaba yo caminando lentamente: de nuevo intenta alguna diablura, y de nuevo Dufrayer y yo tenemos que salir á su encuentro.

Conociéndola tan á fondo como yo la conocía, no podía convenir con mi amigo en que, animada con los triunfos obtenidos, se había tornado menos cauta. Jamás había procedido sin grandes precauciones, y no me parecía probable que haría entonces lo que nunca había hecho Teniendo todo esto en cuenta, no dejaba de sorprenderme lo poco disimulado que estaba el anuncio, y, sin embargo, tenía la seguridad de que había algo más de lo que nosotros alcanzábamos, algo más de lo que aparecía á primera vista.

—Sí, pensé, es deber nuestro prevenir á todo trance á Lockhart. Tal vez no le agradará que intervengamos, pero ¿qué importa?

Era el bacteriólogo un hombre fuerte en toda la extensión de la palabra, y casi me extrañaba que Madame le hubiera elegido para su obra infernal. Más de una vez le había visto durante los dos últimos años, y entonces venían á mi memoria el gran talento que había demostrado siempre y la brillantez de sus discursos en la Sociedad científica.

Serían las cuatro y media de la tarde, cuando de repente recordé que estaba citado con un amigo en el Café Nuevo de la calle de Bond, al que me dirigí inmediatamente. Atravesando un largo pasillo, me encontré en seguida en una especie de patio rodeado por todos lados de salones y restaurants de diferentes aspectos. Lo apartado del establecimiento y el silencio que en él reinaba me eran muy agradables. Los dulces acordes de un piano acompañando á un violín atrajeron mis pasos al primer piso, y unos momentos después había entrado en un salón para tomar té, tan tranquilo como si Londres estuviera muy lejos de allí.

Me senté ante una de las mesitas y esperé á mi amigo. Consulté el reloj y vi con disgusto que la hora de la cita había pasado ya. Sin embargo, resolví esperar unos minutos más, y no habrían transcurrido cinco cuando una de las jóvenes que servían el té se acercó á mí con un telegrama preguntándome si me llamaba Head. Respondí afirmativamente, y entonces me entregó el telegrama, el cual era del amigo á quien esperaba. Había tenido que salir repentinamente de Londres y le era imposible acudir á la cita.

Pedí té para mí solo, y reclinándome en la silla eché una mirada en derredor. Los salones estaban bonitamente decorados, pero no me interesaban poco ni mucho, preocupado como me hallaba con los extraordinarios acontecimientos relacionados con Mme. Koluchy.

Me sirvieron el té en una bandejita, y en el mismo instante una joven sencillamente vestida se sentó en otra silla enfrente de mí. La reconocí en seguida. Era la muchacha á quien aquella misma mañana había visto en la escalera exterior de la casa de

Madame. En sus grandes ojos negros había un no sé qué de tristeza, pero era bien parecida y de bonitas facciones.

Llenó la taza de té, y en el momento en que la levantaba para llevármela á los labios se inclinó hacia mí.



SE INCLINÓ HACIA MÍ

—Hablo con Mr. Norman Head, ¿no es cierto? preguntó en voz baja y con cierta precipitación.

Contesté con una inclinación de cabeza.

—Dispénseme usted, continuó. Comprendo que le extrañará

que me dirija á usted sin ser presentada, pero necesito hablarle. Quise hacerlo esta mañana cuando salía de casa de madame Koluchy; pero, francamente, no tuve bastante valor. Por casualidad vi á usted hace poco en Bond Street, y cuando entró aquí tomé la determinación de seguirle. Ya sé que es un atrevimiento por mi parte, pero no estará tranquila mi conciencia hasta que le haya dicho á usted lo que tengo que decirle. No es recado de ninguna especie, es una advertencia.

—Si tiene usted algo que decirme, observé de mal talante, claro está que tendré que escuchar, pero no olvide que no tengo el gusto de conocerla para nada.

—Le diré quién soy, replicó la joven con visible interés. Me llamo Valentina Ward y soy secretaria de Mr. Lockhart. Le conoce usted, ¿no es cierto?

—Su nombre me es muy conocido, porque supongo que se refiere usted al gran bacteriólogo.

—Sí; hace más de un año que soy su secretaria y que trabajo en su laboratorio tres horas todas las mañanas. Lo que tengo que decirle se refiere á él y á usted, Mr. Head.

—Bien; pues acabe usted cuanto antes, repuse secamente.

—Así lo haré. Acérquese usted un poco para que nadie se entere.

Hablando así se sirvió una taza de té, y vi que temblaba su mano, una mano blanca y pequeñita, bajo cuya delicada piel se destacaban las venas azules.

—He sabido, continuó diciendo (no importa cómo ni de qué manera), que usted y un amigo suyo llamado Dufrayer, abogado bien conocido, piensan ocuparse en cosas relacionadas con un anuncio que apareció en *The Times* hace unos días. El anuncio á que me refiero decía que se necesitaba un bacteriólogo para consultarle sobre un asunto particular. Dufrayer ha sabido que Mr. Lockhart se ha encargado de ese asunto, y han convenido ustedes en ir á visitar á dicho señor para prevenirle contra algún peligro que creen le amenaza. ¿Es ó no es verdad todo esto?

—Dispense usted, dije cortésmente, pero me es imposible contestar á su pregunta.

—Hace usted bien, añadió sonriendo ligeramente, en mos-

trarse reservado: pero la respuesta á mi pregunta se halla escrita en su semblante. Ahora voy á decirle por qué me he atrevido á hablar á usted. Ha sido para rogarle que desista de visitar á Mr. Lockhart.

—¿Y con qué derecho interviene usted en mis asuntos? pregunté fríamente. Yo no la conozco á usted para nada.

—Con el derecho que me da el saber en esto más que lo que usted sabe, contestó la joven sin vacilar. No puedo explicar las razones que tengo, aunque sí puedo decir que son muy poderosas. Haciendo lo que ustedes se proponen hacer se comprometerán muy seriamente. Van derechos á un peligro gravísimo mezclándose en este asunto. Yo misma pongo en riesgo poco menos que la vida al dar este paso, y le suplico encarecidamente que confíe en lo que le digo y atienda á mis palabras. No visiten ustedes á Mr. Lockhart y no les preocupe el anuncio. Si eso hicieran, engañarían... engañarían...

No pudo continuar: sus labios temblaban y vi que estaba agitadísima. Se levantó de la silla.

—No puedo hacer más, continuó. Si no me ha comprendido usted, lo siento en el alma. Por lo menos he cumplido un deber tan penoso para mí como necesario.

Cubrióse el rostro con el velo, pagó el té y se retiró de los salones.

Yo permanecí en el mismo sitio un largo rato sumido en la más profunda meditación.

La cara de la muchacha llevaba impreso el sello de la sinceridad, y sin embargo, me costaba mucho creer que no fuese cómplice de madame Koluchy. ¿Acaso no la había yo visto salir de su casa aquella misma mañana? Cuando se dirigió á mí tenía el aire de una persona que sufre moralmente; cuando me rogó que atendiera á sus súplicas, su voz temblaba con la agitación y la vehemencia de sus palabras. No obstante, era posible que todo fuera fingido, con la idea de evitar una intervención por nuestra parte, cosa que tal vez madame Koluchy habría aprendido á temer.

Cuando á la mañana siguiente encontré á Dufrayer cerca de la casa de Lockhart nos cogimos del brazo y dimos una vuelta por la calle mientras le refería la entrevista del día anterior.

—¿Qué te parece? pregunté cuando hube terminado.

—Que indudablemente esa joven es una emisaria de Madame, la cual quiere evitar que nos metamos con ella, contestó resueltamente. El peligro que corre Lockhart es mayor que lo que yo me había figurado. Si se descuida, se verá en las garras de esa terrible mujer antes de que pueda darse cuenta de su situación. Sí, sí, no hay duda: debemos prevenirle en seguida. Vamos, son ya más de las diez y probablemente le encontraremos en casa.

El criado que nos abrió la puerta dijo que, efectivamente, estaba en casa Mr. Lockhart, y nos pasó á un gabinetito contiguo á su laboratorio. A los pocos minutos se presentó Lockhart. Yo le conocía mucho de vista, pero cuando entró en la habitación me chocó su aspecto singular. Medía por lo menos seis pies de altura y era muy ancho de hombros y pesado. El subido color de su rostro y sus ademanes algo bruscos hacíanle aparecer más bien un labrador retirado que un hombre dedicado á los estudios científicos.

—¿En qué puedo servirle, caballero? preguntó tendiendo la mano con amabilidad. Conozco bien su nombre, Mr. Head, y si mal no recuerdo, me parece que hace algún tiempo sostuvimos en la prensa una polémica acerca de la bacteria vitrífica. Al fin tuve que ceder ante la superioridad de sus conocimientos, pero ahora quisiera enseñarle algo que creo haría cambiar su modo de pensar.

—Gracias, respondí; pero no venimos hoy á discutir los problemas de la ciencia. Permítame que le presente á usted á mi amigo íntimo Mr. Dufrayer. Venimos para hablar de un asunto que creemos de mucha importancia para usted. El asunto de que se trata es reservado; sin embargo, no dudo que después de oir lo que tenemos que decirle, perdonará usted lo que á primera vista puede parecerle un espionaje injustificado.

Lockhart nos miró con sorpresa.

Saqué del bolsillo un número de *The Times* y señalé el anuncio que tanto nos había llamado la atención. Al hacer esto me fijé en que la puerta de comunicación entre el gabinetito donde estábamos y el laboratorio se hallaba abierta, y en el mismo instante llegó á nuestros oídos el ruido que produce un cristal al romperse.

—Dispénsenme un momento, dijo Lockhart. Mi secretaria está en el laboratorio, y supongo preferirán ustedes que nadie se entere de nuestra conversación. Voy á decirla que se retire al despacho.

Con el periódico en la mano se dirigió al laboratorio. y un momento después oímos que le decía á la secretaria:



TENDIÓ LA MANO CON AMABILIDAD

—¿De modo, señorita Valentina, que ha roto usted ese tubo de cultivos? Lo siento, pero déjelo usted; no se detenga á recoger los pedazos. Estoy ocupado ahora. En el despacho hallará usted unas cartas para copiar. Cuando la necesite la llamaré.

Y volvió al gabinete.

—He tenido suerte, dijo, en la elección de secretaria. Hace más de un año que entró á mi servicio esa joven, y nunca he visto muchacha más inteligente ni más laboriosa. Estudió la

bacteriología por afición, y luego, cuando murió su padre, sus conocimientos le han servido de mucho. No sé por qué se ha apurado tanto por haber roto el tubo, porque nunca la trato con dureza: así es que me ha extrañado verla tan agitada y tan pálida. Pero ustedes me perdonen, estoy entreteniéndoles con cosas que nada les importa. Me molesta que se haya roto el tubo porque me hacía mucha falta, pero ya se arreglará. Se conoce que miss Ward se asustó. En fin, vamos al asunto que les ha traído á ustedes aquí. Hablaba usted de un anuncio en *The Times*. ¿Dónde está? ¿Es de hoy el periódico?

—No, respondí, es de la semana última. Hemos sabido que usted ha respondido al anuncio. Haga el favor de fijarse bien, Lockhart, y crea usted que por su bien hemos venido á verle.

—No comprendo, dijo con cierta frialdad.

—Me explicaré con mucho gusto, contesté. Tengo motivos para saber que ese anuncio fué publicado por Mme. Koluchy, tan conocida en Londres.

—Pues no acabo de comprender; pero concediendo que así fuera, me ha de permitir que les pregunte qué puede importarles á ustedes.

—Lo que nos importa es prevenir á usted contra el trato con esa mujer.

—¿De veras? La señora de quien hablamos, como ustedes saben, es bien conocida de todos, y no hay en Inglaterra hombre científico que no respete los profundos conocimientos de madame Koluchy. Conque si usted no se explica mejor, confieso que no veo la necesidad de esta entrevista.

—Como hombres de honor, respondí, estamos dispuestos á hablar con entera franqueza. Aunque le parezca imposible, puedo asegurar á usted que esa señora es la reina de una sociedad secreta ó de una Hermandad, como quiera llamársele, que por ahora tiene su centro de acción en Londres. Esa sociedad está cometiendo crímenes horribles, como jamás se han conocido en el siglo. Yo pudiera mencionar por lo menos seis, de los cuales seguramente habrá oído usted hablar. Hasta ahora, Mme. Koluchy ha conseguido burlar la acción de la justicia, pero es imposible que siga así. Lo que mi amigo y yo le rogamos es que no se deje usted comprometer por ella, y que de

ninguna manera, ni á Madame ni á sus aliados, comunique usted los grandes secretos de la bacteriología. Tan bien como yo sabe usted cuán peligrosos serían esos secretos en manos de gentes poco escrupulosas.

—Lo que acaba usted de exponer, dijo Lockhart con cierta apariencia de disgusto, casi me parece increíble. Supongo que debería agradecérselo, pero, francamente, no creo que se lo agradezco. Ha destruído usted mi confianza, sembrando la duda donde antes tuve fe completa. No obstante, como ustedes hablan con franqueza, es justo que yo les diga lo que sé acerca del anuncio. Es verdad que respondí á él hace días. Aunque soy bien conocido como bacteriólogo, no soy rico. Harto sabe usted, Mr. Head, que la ciencia no enriquece á nadie. Pues como digo respondí al anuncio, y al día siguiente recibí una carta de Mme. Koluchy rogándome que fuera á verla. Me recibió en su gabinete de consulta y la encontré franca y muy afable. Hízome algunas preguntas, pero no había nada de siniestro en sus palabras. Se convenció pronto de que yo servía para el objeto que ella se propone y me preguntó si estaba dispuesto á ocuparme en un asunto, que me explicó al contestar yo afirmativamente. No puedo divulgar las investigaciones que he de hacer por encargo suyo, pero por lo menos puedo asegurarles que no se trata de nada que no sea digno y honroso. Y en cuanto á los honorarios, baste decir que son mucho mayores que lo que yo podía haber exigido. Como que Madame está dispuesta á pagar lo que para mí representa una fortunita. A pesar de todo, le aseguro á usted, Mr. Head, que si llegara á comprender que tiene usted razón en lo que acaba de revelarme, que si viera la menor posibilidad de que mi información ha de servir para algún mal fin, rompería el compromiso inmediatamente.

—No puede usted decir más, contesté, y le agradezco que nos haya escuchado con tanta paciencia.

—Respeto su buena intención, dijo.

—Todavía tengo que pedirle otro favor, añadí, y es que considere usted esta entrevista como rigurosamente reservada.

—Pierda usted cuidado, contestó sonriéndose ligeramente; quedará entre nosotros.

—Tal vez pensará usted que somos exigentes y hasta impor-

tunos, interrumpió Dufrayer; pero yo he de tomarme la libertad de preguntarle si le sería posible, abusando de la confianza que tiene usted con Madame, avisarnos de la marcha que lleve el asunto.

—Creo que también puedo prometer eso, respondió Lockhart, y desde luego les anticipo la noticia de que probablemente tendré que salir de Londres de un momento á otro. Ignoro á dónde he de ir, porque aun no he recibido todas las instrucciones; pero se me ocurre que, si la cosa es tan grave como ustedes suponen, será conveniente que vaya, á fin de obligar á Madame á descubrirse.

—Sí, tiene usted razón, agregó Dufrayer. Son tan enormes las complicaciones, que sólo podremos vencer á nuestros enemigos en su propio terreno; pero si tiene usted que ir á alguna parte solitaria del país, le suplico que no vaya sin estar bien armado y sin avisarnos con antelación á Mr. Head ó á mí. No tema usted nada; porque nuestros agentes, que siempre están alerta, le seguirán á todas partes.

De nuevo se sonrió Mr. Lockhart. De ninguna manera parecía hombre que necesitara protección en el caso de un encuentro mano á mano. Su corpulencia dominaba como un gigante á Dufrayer y á mí cuando se levantó para acompañarnos hasta la puerta.

—¿Y qué te parece de todo esto? preguntóme Dufrayer cuando salimos á la calle. Por mi parte, continuó sin darme tiempo para contestar, creo que de ésta no se escapan. Madame no ha conducido este asuntito con su acostumbrada astucia. Los triunfos que ha alcanzado la han hecho creer que somos impotentes contra ella; pero créeme, pronto aprenderá que se ha equivocado.

—¿Y qué te parece de miss Ward? pregunté á mi vez. A juzgar por las palabras de Lockhart, tiene confianza en ella. Sin embargo, ó bien existe un peligro muy grave del que nada sabemos ó la muchacha es aliada de Madame.

—No me cabe duda ninguna acerca de cuál de las dos cosas es la verdadera, contestó Dufrayer; pero ya hemos avisado á Lockhart y creo sabrá vivir prevenido. No era conveniente descubrir á miss Ward ni tampoco necesario. Bien claramente

demostramos nuestra opinión con no hacer caso de su advertencia.

—Sin embargo, la muchacha parecía decir la verdad.

—¡Oh, amigo Head! Siempre te ha impresionado una cara bonita; si miss Ward hubiese sido vieja y fea, la hubieras tratado con la dureza que merece.

—De todos modos, hoy estaba muy nerviosa. En mi concepto, la impresión que recibió al oir nuestras voces fué la causa de que rompiera el tubo de cultivos.

Calló Dufrayer y poco después nos despedimos.

Durante el día no acerté á pensar en otra cosa que en el incidente relacionado con Lockhart y su secretaria, y más de una vez me sentí satisfecho de haber seguido el consejo de Dufrayer. Ya que el bacteriólogo estaba advertido, no era probable que se dejara engañar, y si la misma Madame no caía en nuestras manos, por lo menos atraparíamos á algunos de los de su secta.

Eran las cinco de la tarde cuando, con gran sorpresa, vi entrar en mi laboratorio á Mr. Lockhart. Tenía la cara encendida como nunca y estaba muy agitado.

—¡Cuánto me alegro de encontrarle en casa, Mr. Head! exclamó. Prepárese pronto.

Sacó el pañuelo del bolsillo, y enjugándose el sudor que cubría su frente, continuó:

—Acabo de recibir la orden de salir para Lymington, provincia de Hampshire, en el tren de las 5,10, y me encargan que lleve tres tubos de cierto bacilo. En Lymington me esperará una lancha... y no sé más. Durante el día he pensado más de una vez en lo que ustedes me dijeron, y francamente siento ciertos recelos. Cuando recibí el aviso se me ocurrió que, si usted me acompañara, podríamos quizás entre los dos destruir los proyectos de Mme. Koluchy. ¿Puede usted venir? No hay un momento que perder. Tengo el coche en la puerta.

—¡Caramba! esto parece serio, dije, pero necesito avisar á Dufrayer.

—No hay tiempo de avisarle ahora; apenas si lo tendremos para alcanzar el tren, yendo directamente á la estación. Sin embargo, si nos queda un instante de sobra podrá usted al llegar ponerle un telegrama.

—Bien, iré con usted inmediatamente.

Lockhart miró al reloj con impaciencia.

—Son cerca de las cinco, dijo: tendremos que ir á la estación á galope tendido.

Medité un momento, y como no quería perder la ocasión que tanto había deseado, subí á mi cuarto, me puse apresuradamente una americana y el gorro de viaje, metí un revólver en el bolsillo y volví al laboratorio.

—¿Cree usted que le vigilarán, pregunté á Lockhart, para saber si va usted solo?

Lockhart me lanzó una mirada, vaciló un momento y por último dijo:

—No lo he pensado.

—Es muy posible, agregué; conozco bien la astucia de nuestro enemigo. ¿No sería más seguro que fuéramos á Lymington en distintos carruajes? Cuando lleguemos habrá anochecido y nadie se fijará en que salgamos juntos de la estación.

—No me parece mala idea; vaya usted en primera y yo iré en tercera.

Cuando entramos en la estación marcaba el reloj las cinco y ocho minutos. Tomamos á escape los billetes, y en el momento en que iban á cerrar las puertas echamos á correr por el andén buscando nuestros coches. Al pasar casi rozando por uno en que decía «Señoras» vi la cara de una mujer que, arrimada al cristal de la ventanilla, me observaba atentamente. El desengaño fué completo. Si miss Ward me seguía á Lymington, no cabía duda de que era cómplice de Mme. Koluchy. La joven sabía que, sin hacer caso de su advertencia, habíamos ido á casa de Lockhart, y ahora, indudablemente, corría á Lymington para avisar á Madame antes que llegáramos nosotros.

El tren continuó su rápida carrera. Ante el recuerdo de la cara de ojos negros mis pensamientos eran cada vez más tristes, y ya me estaba pesando no haber comunicado mis sospechas á Lockhart. Lo haría en cuanto llegáramos al punto de nuestro destino.

A las ocho y media entró el tren en la estación de Lymington. Levanté el cuello de la americana, coloqué la gorra sobre la frente y me apeé del coche. Al pasar Lockhart por mi lado

tropezó como involuntariamente conmigo y me puso un papel en la mano. Decía así:

«Vaya usted en el vaporcito á Yarmouth y desde allí á Freshwater. Yo voy en una lancha particular».



VI LA CARA DE UNA MUJER

Levanté la vista, pero ya había desaparecido, por lo cual no tuve ocasión de decirle una palabra: así que lo único que podía hacer era seguir sus indicaciones.

Poco después embarqué en el vaporcito que conduce los pasajeros á Yarmouth por el río Solent. Había anochecido ya y la

luna tardaría dos ó tres horas en salir. Permanecí sobre cubierta preocupado con mis pensamientos y observando los reflejos de las luces de Lymington en el agua hasta que de pronto sentí que me tocaban en el brazo. Me volví y encontré á mi lado á Valentina Ward.

—Veo que no ha querido usted atender mis consejos. Lo siento, porque su vida peligra. No desembarque usted en Yarmouth, se lo suplico, y procure regresar en el vapor que sale cuando éste llega.

Hablaba con tan grande interés, había en el tono de su voz tal acento de amargura, que me era imposible tratarla con la dureza que merecía una aliada de Madame.

—Es usted una mujer, dije, pero...

—Sí, sí; ya sé lo que piensa usted de mí, interrumpió; pero el peligro es tan grave y tan claro, por otra parte, mi deber, que para nada ha de influir en mi ánimo el mal juicio que pueda usted formar de mí.

—No comprendo, repuse. Me dice usted que existe un peligro grave, y sin embargo permite usted que Lockhart, su principal, vaya á caer en el lazo que, según usted misma, está tendido para matarle. ¿Cómo he de dar crédito á sus palabras, cómo he de atender sus consejos cuando obra de esa manera?

—No me atrevo á decirle toda la verdad, añadió; ¡ojalá tuviera valor! Pero repito que el riesgo es demasiado grave. No existe peligro para Mr. Lockhart; para usted sí, y gravísimo. ¡Vuélvase usted, por favor se lo pido! ¿No se dejará usted convencer de mí?

—No, es imposible. Adonde vaya él iré yo. Su peligro es el mío. Miss Ward, se está usted comprometiendo de una manera extraña; harto claramente me está usted demostrando que se halla al lado de...

—¿Cree usted que soy cómplice de Mme. Koluchy, no es verdad? Pues en ese caso sólo hay un medio de salvarle. Hice todo lo posible ayer y no me atendió usted. Mi emoción fué tan grande esta mañana, cuando oí su voz y la de su amigo en el gabinete de Mr. Lockhart, que faltó poco para que me hubiese comprometido seriamente. Por favorecer á usted he estado todo el día escuchando y observando, haciendo de espía, para llegar á

saber todo el horrible plan, y ya que se niega usted á escuchar mis ruegos, no tengo más remedio que decirle toda la verdad.

En aquel momento se acercó un amigo que vivía en Yarmouth, y lanzando una exclamación de sorpresa me retiró á un



VALENTINA WARD ESTABA Á MI LADO

lado y empezó á darme conversación. Me invitó á que fuera á pasar la noche á su casa; pero recordando que me esperaba Lockhart rehusé la invitación, y satisfecho al verme libre de miss Ward permanecí hablando con él hasta que llegamos al muelle de Yarmouth.

Al desembarcar miré por todas partes para ver si andaba por allí la muchacha, pero había desaparecido. Con la esperanza de que ya no me molestaría más tomé un coche y me dirigí al hotel de Freshwater, donde pensaba permanecer hasta que recibiera aviso de Lockhart.

Como la estación no había comenzado todavía el hotel estaba casi vacío, y cuando entré en el restaurant vi que era el único de que podría disponerse. Pedí la comida, y en el instante en que empezaba á comer entró una joven vestida de negro y fué á sentarse á una mesa en el otro extremo del salón. Se le acercó un mozo preguntándola si quería tomar algo y pidió una taza de café, que al momento le fué servida. No creo que lo probó siquiera. Estaba enredando con la cucharilla, cuando de repente levantó la vista y se cruzaron nuestras miradas: era Valentina Ward. Comprendí, por supuesto, que me había seguido al hotel, y perdí el apetito. Tomé un periódico y fingí estar leyendo. En esto se acercó un mozo y me entregó una cartita, la cual decía así:

«Estoy en una casa grande llamada la Torre, donde he de »ejecutar mis trabajos. Venga por el sendero de la derecha, en»tre los peñascones: le espero allí. Hablaremos y formaremos »nuestros planes. Es un asunto muy importante, de vida ó »muerte».

Metí la cartita en el bolsillo, y levantando los ojos vi que Valentina se había sentado á mi mesa.

—Esa cartita, dijo, le manda á usted esperar en el sendero del peñascón, donde estará Lockhart; ¿no es así?

No respondí nada.

—Si va usted, continuó, yo también iré. Al seguirle, pongo mi vida en peligro, lo comprendo; pero, á pesar de todo, iré. ¿Consentirá usted, Mr. Head, que yo arriesgue mi vida por salvar la suya?

—Si se empeña usted en ir, contesté, será porque usted quiera, mientras que yo voy porque debo ir. No acabo de comprender por qué me persigue usted de esta manera, pero es inútil. Obraré conforme á mis deseos y haré lo que mejor me parezca. Conque déjeme usted en paz; tengo una obligación y la cumpliré.

—En ese caso sucederá lo que dije antes, observó la joven con infinita tristeza: no sólo peligra la vida de usted, sino también la mía. Pero no puedo hacer más: he dicho muy bastante.

Se levantó de la silla y salió del salón.

Haciendo un esfuerzo procuré olvidar su extraña conducta y sus más extrañas palabras, y pocos minutos después cogí el sombrero y salí también del hotel. Bajando por el camino real crucé la plazuela y empecé el ascenso de las peñas por el sendero.

Anduve próximamente media milla mirando á uno y otro lado en busca de Lockhart, y confieso que mi juicio estaba trastornado. Indeciso entre hablar de miss Ward á Lockhart ó no hablarle, no sabía cuál de las dos cosas era preferible. ¿Sería posible que hubiera algo de verdad en las palabras de la joven que me había seguido á un sitio tan solitario y donde, según ella afirmaba, había tantos peligros? Siempre me había preciado de poder leer el carácter de cualquiera en su semblante, y la mirada de aquellos ojos negros me molestaba. Valentina aparentaba decir verdad, y sin embargo era imposible creerla, porque el hacerlo así era dudar de Lockhart.

Proseguía mi camino, extrañado de que no hubiera venido todavía, cuando de repente llegó á mis oídos un terrible grito de angustia lanzado por una mujer. El silencio de la noche traía el sonido hacia mí, llenándome el corazón de tristeza. Resonó una y otra vez y volvió á reinar el mismo silencio de antes. Corrí como un loco hacia el sitio de donde parecían venir aquellos gritos, y á los pocos momentos tropecé con Lockhart, el cual comenzó á hablarme con voz agitada.

—Me han hecho venir aquí, dijo, bajo el pretexto de analizar las aguas.

—¿Ha oído usted esos angustiosos gritos de mujer? interrumpí. Parecía pedir socorro.

—No he oído nada, contestó. Pero ¿qué le pasa á usted, Head? Está usted muy agitado.

—Es que estoy seguro de haber oído gritos de alguna mujer que sufre y me han impresionado. ¿Está usted seguro de no haberlos oído también?

—Segurísimo. Pero escuchemos, y si se oyen otra vez iremos juntos á socorrerla.

Nos detuvimos. La gigantesca figura del bacteriólogo se destacaba en la orilla del peñascón. Ni un sonido vino á interrumpir el silencio; sólo el distante rumor de las olas del mar llegó á nuestros oídos, mientras escuchábamos en medio de la apacible aunque oscura noche. Aun no había salido la luna.

—Sin duda ha confundido usted los chillidos de algún ave marina con los gritos de una mujer, observó Lockhart después de unos momentos; pero sea mujer ó no, no tenemos tiempo para atenderla. ¿Sabe usted que me han robado los tubos de cultivo que traje conmigo? Y el caso es que no han conseguido nada. Como, si he de decir verdad, tenía alguna sospecha, cuando veníamos por el río Solent arrojé el contenido de los tubos al agua y lo sustituí con ésta. Y ahora, ¿qué le parece á usted que hagamos, Head? Este pueblo es muy solitario y no creo que hay más que un guardia.

—Opino que debemos permanecer quietos hasta mañana, contesté, y entonces avisaremos á las autoridades de Newport. Con su testimonio y el mío es imposible que los bribones se escapen. Pero ¿sabe usted que tengo que comunicarle algo muy grave? Su secretaria Valentina...

—¡Bah! interrumpióme, no se ocupe usted de ella; está bien segura en Londres. Me parece que, si andamos con cuidado, antes del amanecer atraparemos á la sociedad entera.

Mientras continuábamos andando y hablando en voz baja observé que de cuando en cuando miraba hacia atrás Lockhart, el cual estaba muy nervioso. Por mi parte no podía olvidar aquellos gritos de angustia, y me pesaba no haber insistido en averiguar la causa.

De repente vi en un hueco del peñascón un cobertizo viejo medio arruinado, casi completamente rodeado de troncos de árboles.

—Vámonos á esa choza, dijo Lockhart. Debe hacer mucho tiempo que está abandonada. Allí hablaremos sin miedo de que nos interrumpan.

Accedí inmediatamente. Había resuelto contarle todo lo que sabía de miss Ward y me pareció que ningún sitio sería mejor que aquél.

Penetramos por entre las negras sombras de los troncos de

árboles, pero retrocedí al ver por las rendijas de la pared el brillo de una luz.

—Mire usted, Lockhart, dije, hay alguien en la choza. Se ve que sospechan ya de nosotros. Volvámonos.

—Ya no es tiempo de volver, contestó, respirando las palabras más que hablándolas. Sí, es verdad que hay ahí alguien á quien verá usted con mucho gusto.

Y antes de que pudiera pronunciar una sola frase ni buscar una exclamación me arrojó en tierra. Sus enormes manos apretaban mi garganta como garfios de hierro, y con todo el peso de su gigantesco cuerpo se arrodilló sobre mi pecho, sujetándome con una fuerza irresistible.

La súbita violencia del ataque, la terrible convicción de que Valentina Ward me había advertido que me amenazaba un peligro grave y la idea de que me había dejado engañar como un tonto, me horrorizaban hasta el punto de que parecían haberse paralizado todas mis fuerzas.

Las crueles manos de aquel bárbaro oprimían mi cuello con furor; se nublaron mis ojos, comenzó todo á dar vueltas, sentí que había llegado mi última hora... y no recuerdo más.

Cuando recobré el conocimiento me encontré tendido sobre una tosca mesa de pino dentro de la choza. Quise moverme, pero pronto me convencí de que era imposible: estaba amordazado y bien amarrado. A la tenue luz de un farol vi que me rodeaban cuatro hombres, todos ellos enmascarados. Sí, no había duda: por fin había caído en las garras de la Hermandad.

Demasiado atolondrado para analizar toda la significación de aquella escena, la observaba con indiferencia, cuando de pronto entró otra persona en la choza y acercándose á la mesa se detuvo á mi lado. A pesar del antifaz reconocí en seguida aquellos dos ojos de irresistible poder y belleza satánica, que me dirigieron una mirada fría y penetrante. Toda la sangre pareció helárseme en las venas. ¡Era Mme. Koluchy! á quien oí pronunciar las mismísimas palabras que años atrás habían salido de sus labios:

—Sólo existe un castigo, dijo solemnemente, para el que hace traición á la Hermandad de los Siete Reyes: ¡la muerte!

A esto siguieron las frases claras y concisas de mi sentencia.

Habló primero en italiano, repitiendo luego en inglés las últimas palabras:

—Y ni la mar ni la tierra conservarán su cuerpo, pues será partido entre las dos.

Reinaron unos momentos de silencio sepulcral, y en seguida me levantaron entre dos y salimos de la choza. Por la fuerza



SUS ENORMES MANOS APRETABAN MI CUELLO

que demostraba uno de ellos comprendí que era Lockhart. La siniestra comitiva bajó por el sendero en dirección á la bahía de Crompton y llegué á perder toda esperanza: Mme. Koluchy salía victoriosa.

Verdaderamente fuí víctima del enemigo más cruel y más astuto. Pero ¡y Lockhart, en quien habíamos puesto toda nuestra confianza! Lockhart era bien conocido en el mundo científico: todos le ensalzaban considerándole como un bienhechor de la Humanidad con sus últimos descubrimientos, y sin embargo,

á pesar de todo... mi aturdida imaginación parecía turbarse ante la horrible verdad: ¡era un satélite de Madame y pertenecía á la terrible Hermandad!

Cuando ya era demasiado tarde comprendí el lazo que me habían tendido. El anuncio había sido publicado para llamar mi atención: con engaños, con una astucia cuyo refinamiento sólo Mme. Koluchy podía imaginar, se me había hecho venir á Freshwater. Lockhart había servido de instrumento para engañarme. ¿Por qué no escuché los consejos de la intrépida y buena muchacha que verdaderamente arriesgó su vida por salvar la mía? Aquellos gritos de angustia habían partido, sin duda, de sus labios: intentando indudablemente seguirme habría sido capturada por Madame, la cual, al efecto, se había valido de Lockhart. ¿No lo probaba así el mero hecho de haber tropezado yo con él cuando venía por el sendero en la misma dirección de donde habían partido los gritos? ¿Qué horrendo castigo la esperaría?

Mientras mi corazón latía con violencia, mi cerebro se turbaba, mis ideas se confundían unas con otras y llegué á perder toda noción de lo que sucedía, hasta que la voz solemne de madame Koluchy, al repetir mi espantosa sentencia, vino á sacarme de aquella especie de letargo.

—Ni la mar ni la tierra guardarán su cuerpo, decía, pues será partido entre las dos.

Me esperaba la muerte, de eso estaba seguro, pero aun me faltaba saber cuál sería.

Al llegar á la playa observé que á media milla próximamente de la costa se hallaba anclado un yate de vapor, en el que sin duda habían hecho el viaje hasta allí Madame y sus cómplices: pero ¿dónde estaba miss Ward? ¿qué había sido de ella?

Me metieron en una lancha: cuatro hombres tomaron los remos, y Madame, sin quitarse el antifaz, se sentó en la proa para dirigir el timón. ¿Íbamos al yate? No. Los hombres continuaron remando por la orilla de los blancos peñascones que nos dominaban. Era la hora de la pleamar y el agua subía rompiéndose en espesas y blancas olas contra las peñas. De pronto dimos la vuelta por una de éstas, y los hombres, recogiendo los remos, hicieron entrar á la lancha en una de las cuevas que

tanto abundan en aquella costa. Me pareció que entraba en mi tumba.

Uno de los remeros encendió una antorcha y con su luz vi que flotaba sobre el agua una especie de balsa. Del techo de la cueva pendía una fuerte cadena, cuyo extremo terminaba en un aro de hierro.

Rápidamente y sin pronunciar una palabra me cogieron y me colocaron de pie sobre la balsa. En seguida me sujetaron los pies á los maderos con gruesas cuerdas; uno de los cuatro me rodeó el cuello con el aro de hierro, y un momento más tarde sacaban la lancha de la cueva. Al alejarse oí claramente la voz de Lockhart, que hablaba con Mme. Koluchy.

—La lancha está lista, dijo.

—¿Cuánto tiempo permanecerá sobre la superficie del agua? preguntó Madame.

—De tres á cuatro horas. La sujetaremos en el fondo y...

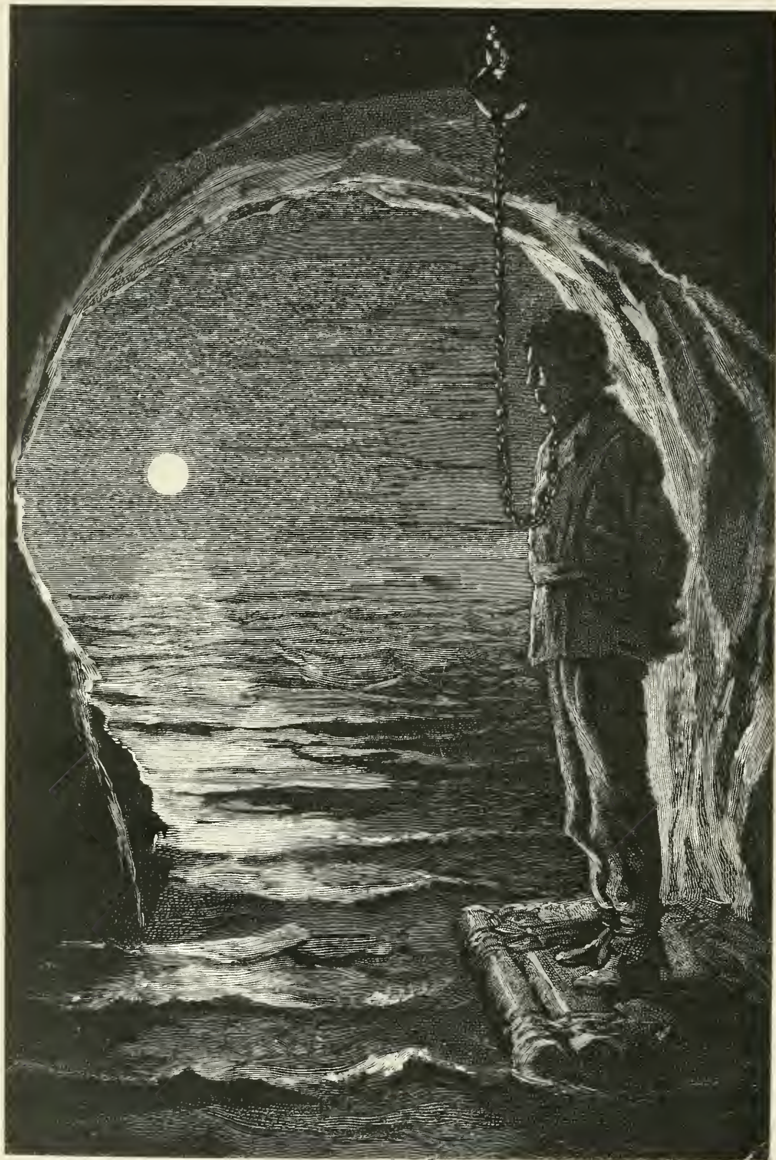
La lancha dió la vuelta al peñascón y no pude oir la terminación de la frase.

Pasé unos minutos meditando las palabras de Lockhart; pero la terrible escena de la cueva confundió mis pensamientos y muy pronto se concentraron mis ideas en la espantosa situación en que me hallaba, sujeto por el cuello á la cadena y los pies fuertemente amarrados á la balsa que flotaba sobre el agua. Entonces fué cuando comprendí la significación de las palabras de mi sentencia. Según iba bajando la marea, el peso de la balsa me iría arrancando poco á poco la cabeza del cuerpo.

El horror de tan espantosa muerte entorpecía mis facultades, haciéndome permanecer quieto como si estuviera muerto ya, balanceado por el movimiento de las aguas que llegaban hasta la cueva.

Poco después salió la luna, cuyos pálidos rayos alumbraron mi calabozo con una luz tan triste como mis pensamientos. La luna, causa del flujo y reflujo de las aguas, había de presenciar aquella noche el resultado de su obra.

Quise calcular cuánto tiempo me quedaría de vida; pero el golpe que me descargó Lockhart al arrojarme en tierra debió ser muy tremendo, pues aun estaba atolondrado, hasta que el aire puro que penetraba en la cueva fué despejando mi cabeza



ME DI YA POR MUERTO

poco á poco y pude darme más exacta cuenta de lo horrible de mi situación.

La cadena tenía dos pies más que los necesarios, pero aquello era cosa de la Hermandad para prolongar mis tormentos. ¿Habría algún medio, por pequeño que fuese, de salir de allí? Una sonrisa de desesperación asomó á mis labios al convencerme de la imposibilidad de semejante idea. No obstante, sentí de súbito un vehemente deseo de quedar bien con miss Ward y de disculpar la falta de confianza que tuve con ella, y aquel deseo enardeció mi corazón y despertó todas las energías de mi alma. Ella también estaba sentenciada; pero sólo tenía yo una pequeñísima idea acerca de su suerte, aunque me hallaba seguro de que moriría también. Si yo consiguiera salir de aquella situación tal vez podría salvarla. Acudir en su auxilio me parecía entonces ser lo único que me quedaba que hacer en el mundo, pero no podía hacerlo sin empezar por salvarme yo.

Me habían amarrado las manos atrás, pero noté que las ligaduras no ofrecían gran seguridad. Mis enemigos habían comprendido que no era necesario amarrarlas fuertemente, pues aun teniendo las manos libres, el aro de hierro que me rodeaba el cuello me impediría inclinarme lo suficiente para soltar las ligaduras de los pies ni podría tampoco levantarme de lado, porque el peso de los maderos no me lo permitiría.

Por lo pronto resolví soltarme las manos, cosa que conseguí, aunque con mucho dolor y fatiga. Lo primero que hice entonces fué sacarme la mordaza de la boca, con lo cual sentí inmediatamente un gran alivio, y en seguida tendí los brazos por delante de mí. ¿No sería posible que me ayudasen?

Mis aficiones científicas de toda la vida me dieron facilidades para poder razonar y pensar claramente. La idea de que de mi vida pendía otra me animaba cada vez más y parecía como si ayudara mi ingenio. Desde luego comprendí que me era imposible detener la marea ni soltarme el aro del cuello, pero restaba una cosa. ¿Sería posible hacerla? Sólo al pensarlo sacudió mi cuerpo un frío estremecimiento.

Lo que se me ocurrió fué unir la balsa con la parte floja de la cadena, de manera que, en vez de mi cuerpo, fuesen los maderos los que aguantaran todo el peso. Calculé que si conseguía

hacer esto daría tal vez tiempo para que llegara algún auxilio; y aunque parecía una tarea imposible, resolví intentarla. De todos modos, era preferible hacer algo que permanecer quieto esperando el cumplimiento de la sentencia.

Como la marea iba bajando por momentos, mi tarea sería también por momentos más difícil, puesto que iba aumentando la distancia entre la cadena y la balsa.

Me quité rápidamente el cinturón de cuero que llevaba en la cintura y traté de inclinarme lo suficiente para poder pasar un extremo del cinturón por debajo de las cuerdas que me ligaban los pies. Era inútil. Por más que me estiraba no conseguía alcanzar la balsa. Después de intentarlo varias veces pensé que si esperaba una oleada podría hacerlo en el momento en que el agua levantara la balsa. Me agaché todo lo posible y esperé. Iban pasando los ansiados momentos, cuando de pronto sentí que la balsa se hundía y tuve que levantarme para evitar el estirón del cuello. En cuanto el agua levantó de nuevo la balsa un poco volví á inclinarme, y aprovechando el momento oportuno pude pasar el cinturón por debajo de las cuerdas y meterlo en la hebilla antes de que la balsa volviera á hundirse. Fué una pura casualidad, pero lo hice, y ya no me restaba más que unir el cinturón con la parte floja de la cadena.

Conservaba la cuerda que me había soltado de las manos, y mi primer cuidado fué amarrarla fuertemente á la cadena; pero cuando lo había hecho, me encontré con que aun faltaba un poco para unir las dos cosas. Entonces me arranqué la larga corbata de seda que llevaba puesta, la até á la cuerda y de este modo quedaron unidas la cuerda y el cinturón.

Pero todas mis esperanzas se desvanecieron al contemplar mi trabajo, pues me convencí de que aquello era demasiado débil para resistir mucho. La tensión sería mayor y mayor á medida que fuera bajando la marea: pero esto no obstante me agarré con las dos manos á la cadena, aunque comprendía que, en cuanto cediera la improvisada cuerda, mis brazos no podrían resistir el estirón y así que soltara quedaría estrangulado.

El tiempo fué transcurriendo y la marea bajaba y bajaba sin cesar. La corbata de seda cedía poco á poco, y cada vez que se retiraba el agua oía el crujido del cuero del cinturón. Irremi-

siblemente se rompería la corbata en seguida y todo habría terminado.

Cerré los ojos, había llegado mi última hora; triunfaba Madame, su venganza era completa...

Pero ¿qué era aquello? ¿qué había sucedido? Sentí una violenta sacudida, un golpe fuerte y me encontré tumbado sobre la balsa.

La cadena del anillo de hierro introducida en la peña, que hubiese sido muy suficiente para estrangularme, no pudo resistir el peso de la balsa y de mi cuerpo y había saltado de su sitio. Fué verdaderamente una libertad tan maravillosa como inesperada, pues no creí que la cuerda hubiera resistido ni un minuto más. Sí, el peligro mayor había pasado, pero aun tenía mucho que hacer.

Desaté á toda prisa las ligaduras de los pies, y con el anillo en el cuello y la cadena colgada de él salté á una pequeña prominencia de la entrada de la cueva. Entonces comprendí que la bajada de la marea, que antes hubiera sido la causa de mi muerte, ahora me favorecía mucho, puesto que me ofrecía la manera de llegar á la costa.

Entre tropiezos y saltos, hundiéndome á veces en el agua hasta el cuello, llegué por fin á la playa, y allí caí temblando de fatiga y rendido por completo. La luna se había ocultado entre densos nubarrones.

Después de un momento me levanté y dirigí la vista hacia el mar. ¿Dónde estaría Valentina? Ir en su auxilio me parecía mi primero y único deber, y recogiendo la pesada cadena en la mano eché á correr por el tortuoso sendero hasta la cima del peñascón. Mi propósito era el de dirigirme á toda prisa á Freshwater en busca de socorro, pero no había andado doscientos metros cuando observé que un hombre venía hacia mí: era un guardacostas. En breves palabras le expliqué lo que acababa de suceder, poniendo como testigos la cadena y el anillo de hierro que aun me rodeaba el cuello.

El hombre quedó espantado y no hacía más que mirarme con horror y asombro.

—¿Y cree usted que á la joven le habrá pasado otro tanto? preguntó.

Le referí lo que había oído decir á Lockhart cuando hablaba con Madame, y añadió horrorizado:

—Entonces se ve que la han metido en una lancha, que han abandonado luego á merced de la corriente. La marea está bajando y el poco viento que sopla viene del Este. Hace más de veinte años que soy aquí guardacostas y jamás ha llegado á mis oídos un caso tan horrible.

—Hay que salvarla á todo trance, dije. ¿Cómo pudiéramos obtener una lancha en seguida? Si hemos de hacer algo, no hay un momento que perder.

El hombre meditó un poco y dijo luego:

—Hay aquí un caballero que ha venido en su yate. Tal vez el capitán se prestaría á que saliese usted en él. Intentarlo en una lancha sería de todo punto inútil. El yate tiene á bordo un reflector de exploración.

—¿Y está su dueño á bordo?

—Sí, esta noche quedó en el yate, el cual llegó hace poco.

—Basta, exclamé: no perdamos ni un minuto.

Corrimos á la bahía y momentos después salimos en una lancha hacia el yate. Cuando nos acercamos á éste, el guardacostas llamó al guardia, y mientras subíamos por la escala de cuerda, el mismo dueño se presentó sobre cubierta.

En presencia del guardacostas referí todo lo ocurrido en aquella memorable noche, atestiguándolo con el anillo de hierro que aun me rodeaba el cuello.

—¿De manera que la joven arriesgó su vida por salvar la de usted? preguntó el dueño del yate lleno de asombro.

—Así fué, en efecto, contesté. ¡Y pensar que yo la traté tan desconsideradamente, que no quise atender sus consejos!

—¿Y tiene usted motivos para creer que la han abandonado en una lancha que hace agua?

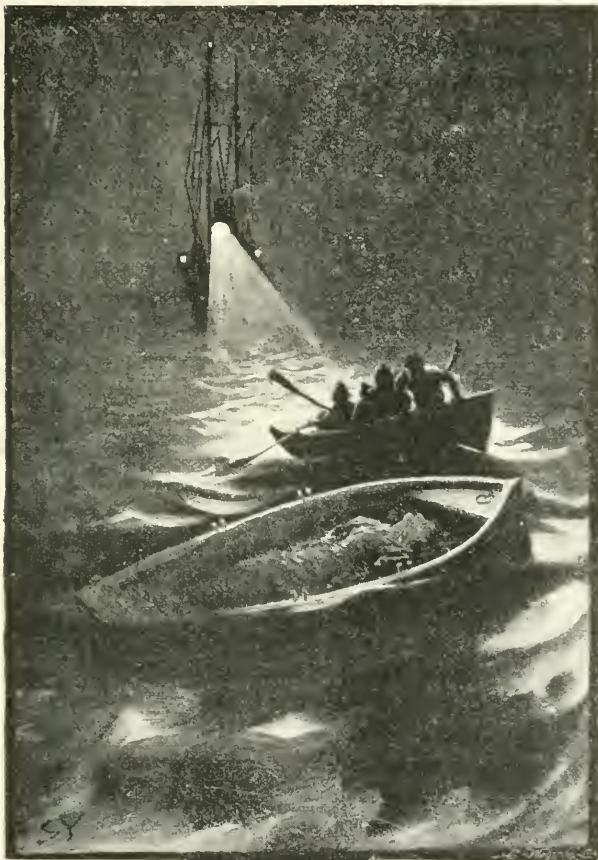
—Sí, lo temo, y quisiera registrar estas aguas al momento.

—Lo haremos y que Dios nos asista. ¡Qué crueldad! Jamás he oído infamia semejante.

Y se volvió para dar las órdenes á la asombrada tripulación, la cual se apresuró á obedecer, mientras yo me entretuve preparando el reflector, que era excelente. A pesar de la oscuridad de la noche, estaba seguro que nada se ocultaría á nuestra vista.

Diez minutos después nos hacíamos á la mar.

Lanzando los potentes rayos del reflector, que yo manejaba en la proa del yate, recorrimos un largo trecho, pero en vano.



EN EL FONDO VIMOS EL CUERPO DE UNA MUJER

El capitán, que iba dirigiendo el timón, mandó apresurar la marcha y anduvimos milla tras milla sin obtener resultado ninguno. La desesperación comenzaba á apoderarse de nuestro ánimo. Si Valentina llegaba á morir, tendría yo un pesar muy grande tóda la vida. ¡Qué angustia!

De repente uno de los tripulantes exclamó:

—¡Lancha á babor, mi capitán! ¡Todo á estribor!

La campanilla de la máquina repicó «Toda velocidad», y unos momentos después vi que nos dirigíamos hacia un objeto con apariencias de una lancha vacía y abandonada, que flotaba á merced de la corriente y que estaba casi hundida en el agua. ¿Qué significará eso? me pregunté con el corazón oprimido. ¿Estará ahí la desgraciada Valentina? ¿Llegaremos á tiempo para salvarla?

Paró el yate; echaron un bote, embarcamos el guardacostas, dos marinos y yo, y nos dirigimos á toda prisa hacia la lancha.

Tendido en el fondo de la lancha vimos el cuerpo de una mujer. Tenía la cabeza fuera y los ojos cerrados; parecía propiamente un cadáver. ¿Era Valentina? ¡Sí, era ella! Cortamos las ligaduras que la sujetaban y la trasladamos al bote, con el que inmediatamente hicimos rumbo al yate.

—Traed la lancha, dije á los marinos. Tal vez nos sea útil para averiguar algo que nos interese.

Me obedecieron los hombres y pronto regresamos todos á la bahía de Freshwater. Pero ¡ay! mis sospechas se confirmaron: había llegado demasiado tarde. Todos los cuidados fueron inútiles, todo resultó ineficaz. El susto y el frío del agua y de la noche habían matado á Valentina, que arriesgó y perdió su vida por salvar la mía.

A primera hora de la mañana siguiente telegrafié á Dufrayer, el cual llegó á Freshwater hacia el medio día. Después de referirle mi extraordinaria y terrible aventura nos pusimos á examinar la lancha, y entonces comprendimos hasta dónde llegaba la refinada crueldad de Mme. Koluchy.

En el fondo hallamos un agujerito hecho de manera que la embarcación tardase varias horas en hundirse, á fin de que la muerte de Valentina fuera penosísima y lenta.

La lancha no tenía nombre ni pudimos averiguar de quién era. Así quedaba desvanecida toda esperanza de obtener alguna prueba contra Madame.

L. J. Meade y Roberto Eustace.



Las hijas de Lesmes



Cuento de cuentos.

I

Había sido en su juventud procurador de los tribunales, retirándose después á Encinillas, su pueblo natal, no á vivir de sus rentas, sino de las del prójimo, porque D. Lesmes Prieto, según los sobres de las cartas, ó el señor Lesmes, como sus convecinos le llamaban, era el hombre más servicial del mundo... cuando el servicio que prestaba le producía crecido interés; resultando, por consiguiente, un acreditadísimo prestamista, ó si les parece á ustedes mejor, un honradísimo usurero.

Alto, flaco, de ojos hundidos y larga y poblada barba, cojeaba además el señor Lesmes de otro pie, del pie de la vanidad, creyéndose el más listo de la tierra y juzgando á los demás mortales tontos de capirote. Y la verdad es que hasta el momento de poner al lector en relación con tan conspicuo personaje, nadie «se la había pegado», como él decía, y á su gusto estrujaba á todo bicho viviente, empezando por sus hijas, que trabajaban sin descanso como si su padre fuese un pordiosero.

Cinco eran las que al morir le dejó su esposa, mujer de bien á carta cabal, y si las cinco no se parecían á ella en lo físico, en lo moral resultaban todas el vivo retrato de su madre. Antonia, la mayor, contaba á la sazón veintitrés años, y con dife-

rencia de doce á trece meses seguíanla María, Carmen, Lucía y Pepita.

Por aquellos días hallábanse las infelices muy atareadas, porque acercándose la fiesta del pueblo y siendo las únicas modistas de renombre en varias leguas en contorno, no daban abasto por mucho que apretaban, y cual si no fueran suficientes los ahogos en que se veían y las exigencias de las parroquianas, el señor Lesmes las mortificaba á todos los momentos, poniéndolas de flojas, perezosas y holgazanas hasta cansarse.

Un sábado, cerca ya del anochecer, cuando las cinco jóvenes, unas adornando sombreros y otras cosiendo vestidos, se entregaban con grande ahinco á la tarea, penetró en el taller el señor Lesmes. Su rostro avinagrado demostró á las chicas que iba á haber sermón, y, en efecto, plantado delante de ellas les dijo:

—Como no pensáis más que en esos badulaques que andan tras de vosotras para ver si por tabla cogen lo que creen que yo tengo, no trabajáis nada. Sin duda dais fe á las fábulas que corren por ahí, pintándome como un capitalista; pero habéis de saber que todo eso es falso, y que si no trabajáis no comeréis. También debéis tener en cuenta que esos cinco pelagatos que os rondan no serán nunca mis yernos, porque además de pobres son idiotas, incapaces de discurrir nada para enriquecerse. Yo quiero para vosotras hombres de inteligencia, ya que no de dinero; hombres que, por lo menos, se asemejen algo á mí; pero esos no vendrán á buscaros si no probáis con vuestro trabajo que ni sois holgazanas ni estúpidas.

Marchóse el señor Lesmes, dejando á sus hijas que meditaran sobre aquellos interesantes puntos, y, en efecto, en cuanto aquél hubo desaparecido, dijo Antonia sin abandonar el trabajo:

—Ya habéis oído la sentencia.

—Y lo peor es, añadió María, que no podemos apelar de ella.

—Ni esperar el indulto, afirmó Carmen.

—Ni huir para que no nos la apliquen, expresó Lucía.

—¿Y no se podrá casar esa sentencia, preguntó Pepita, para que nos casemos nosotras?

Como se ve, algo de lo mucho que en cuestión de jurisprudencia sabía el padre habíase pegado á las hijas, que no cesaron un punto de tratar de lo mismo mientras duró la labor.

II

La noche del siguiente día, una de las hermosas de agosto, el paseo favorito del pueblo se veía como nunca concurrido. El señor Lesmes no pareció por allí, ocupado, de fijo, en cosas de más fuste que el dar vueltas á la luz de la luna; pero sus hijas, ataviadas con muchísimo gusto, hallábanse acompañadas de sus respectivos novios.

El de Antonia llamábase Félix y era maestro de obras, muy inteligente y atrevido. Hacía poco más de dos meses se vió en un apuro imprevisto y acudió al señor Lesmes, quien al punto le entregó 2.000 pesetas sin interés ninguno y con un simple recibo... de 3.000, pagaderas á los noventa días.

Lorenzo, joven farmacéutico que regentaba la botica del pueblo, propiedad de una viuda, era el novio de María, y esperaba quedarse pronto con el establecimiento, aunque lo fuese pagando á plazos.

El pretendiente de Carmen, Luis, no pudo terminar su carrera de notario por la muerte de sus padres, y hacía dos años que ocupaba la secretaría del Ayuntamiento con aplauso de todos.

Pedro, galán de Lucía, habíase dedicado al comercio y trataba de instalar en Encinillas una tienda en grande, á modo de bazar, en donde los consumidores encontrasen cuanto desearan.

Profesor de instrucción primaria y aspirante á la mano de Pepita era Jacinto, que se hallaba al frente del único acreditado colegio particular del pueblo, al que concurrían los niños de las familias pudientes de Encinillas y sus alrededores.

Estos cinco muchachos, amigos y compañeros inseparables, oyeron de labios de sus novias la ocurrencia del señor Lesmes, y después de ponerle como chupa de dómine por usurero y por vanidoso, acordaron hacer un estudio serio del asunto, á fin de preparar la defensa y salir triunfantes en la demanda.

—Puesto que la herida que más le ha de doler, dijo el farmacéutico, es la que se le infiera en el bolsillo, ataquémosle por ese lado.

—Y ya que su vanidad es tan grande como su avaricia, añadió el secretario, demostrémosle que se equivoca al tomarnos por mentecatos.

—Agucemos el ingenio, exclamó el maestro de escuela.

—Sí, agucémosle, afirmó el comerciante, que aunque al amor le pintan ciego, despierta con sus saetas al más dormido.

—Tienes razón, Pedro, asintió el maestro de obras, y hay que demostrar que no es falsa la aserción de que el amor lo puede todo.

Si el prestamista hubiese estado por allí y oído las peregrinas ocurrencias de los cinco aspirantes, de fijo que cambia de parecer y les reconoce por hábiles é inteligentes en sumo grado, pues todos ellos demostraron que estaban muy lejos de ser idiotas. No es cosa de trasladar al papel cuanto hablaron respecto al particular: basta decir que al cabo de larga y amistosa discusión quedó acordado por completo el plan de ataque y defensa, según irá viendo el lector en el curso de este relato.

III

Las siete de la mañana del día siguiente serían cuando Lorenzo se presentó en el despacho del señor Lesmes, quien le recibió con cara de pocos amigos. Lejos de contestar al afectuoso saludo que le dirigió el joven boticario, le espetó la siguiente pregunta:

—¿Vienes acaso á pedirme la mano de María?

—No, señor, le contestó Lorenzo; vengo á otra cosa distinta.

—¿Qué es ello?

—Yo no sé si estará usted enterado de que trato de quedarme con la botica, pagando su importe á plazos, y como el primero es el mayor, necesito 1.000 pesetas.

—¿Y quieres que yo te las dé?

—Justamente.

—¿Qué interés me pagas y con qué me respondes?

—Le pago á usted el 25 por 100 en quince días, pues le firmo un recibo de 1.250 pesetas, pagadero el día de la fiesta, y le respondo con mi yegua, que bien sabe usted que vale 2.000 pesetas como un ochavo.

—No te alargas mucho; pero, en fin, como deseo proteger á los jóvenes, acepto, dijo el señor Lesmes, disponiéndose á extender el documento.

Cuando estuvo en regla entregó á Lorenzo las 1.000 pesetas, y el boticario se marchó muy serio, mientras el prestamista quedóse frotando las manos de gusto y murmurando:

—Me parece que me quedo con la yegua.

Poco rato después de esta visita recibió el señor Lesmes la de Pedro, que le habló así:

—Para abrir mi establecimiento antes de la fiesta necesito que me preste usted 750 pesetas, y en vez de darle un tanto por ciento de interés, me comprometo á servirle al año tres pares de botas de hermoso becerro, de cinco duros cada par, y otros tres de 15 pesetas á cada una de sus hijas.

—Vamos á ver, repuso el señor Lesmes empezando á hacer números. Tres pares á 25 pesetas son 75, y quince á 15 resultan 225: en total 300 pesetas, que sólo es un 40 por 100, nada, una miseria.

—Me comprometo también á comprarle á usted, como viejas, las botas que no les sirvan, á razón de 2 pesetas las de usted y 1.25 las de sus hijas.

—Poco es todo lo que ofreces; mas para que veas que no soy, como dicen por ahí, un usurero, me conformo con tu propuesta.

—No dudando de que la aceptaría usted, y para ahorrarle el trabajo de redactar el documento, lo traigo yo aquí extendido: véalo usted, dijo Pedro, entregando al señor Lesmes un papel.

Lo leyó y releyó éste, y convencido de que estaba en regla dió las 750 pesetas del préstamo, después de quedar conformes en que los primeros pares estarían para el día de la fiesta.

Cuando aun seguía congratulándose del trato el señor Lesmes, pensando que para rato tenía asegurada la cuestión de calzado, vino á verle Jacinto con la pretensión de comprarle cierta cantidad de madera.

—¿Sabes lo que vale? preguntóle aquél.

—Sé que al precio corriente no baja de 600 pesetas.

—Menos de 650 no la doy.

—No hemos de reñir por eso, si usted se conforma con que ahora le entregue 250 pesetas y el resto lo quede á deber.

—¿Vas á hacer alguna obra?

—Un cobertizo amplio para que los niños jueguen en invierno.

—Ya que ha de ser en beneficio de la niñez queda cerrado el trato, aunque no es nada ventajoso para mí.

Extendióse el documento por duplicado, firmándolo ambos y constando en él «que el comprador dejaba á deber al señor Lesmes la cantidad de 400 pesetas».

También aquí se frotó las manos de gusto el prestamista, porque la madera no valía más de 500 pesetas; y satisfecho con los tres negocios que en poco tiempo había hecho aquella mañana, cerró su despacho y se fué á molestar á los muchos infelices que anteriormente habían caído en sus garras.

IV

Estamos ya en la víspera de la fiesta, y en Encinillas reina inusitada animación. A la caída de la tarde entra Félix en casa del señor Lesmes, metiendo mucho ruido y echando más humo que una locomotora.

—¡Eh! ¡Tío Lesmes! ¡Señor Lesmes! ¡Don Lesmes! gritaba el maestro de obras.

—¿Qué traes con tanto alboroto? pregunta el viejo saliendo incomodado.

—¿Qué he de traer? responde Félix, las 3.000 pesetas que le debo á usted.

—Pero si hasta mañana no vence el recibo.

—Mañana no es día de pagos, sino de fiesta, y para disfrutar de ella quiero estar libre de cargas.

—Bueno, hombre, bueno.

—Pues ya está extendiendo el recibito, dice Félix sacando varios paquetes de una maleta de mano. Pero ha de poner que se lo pago en billetes del Banco de España de 50 pesetas.

—No hay inconveniente en ello, si en esa clase de billetes haces la entrega.

—Mire usted; en cada uno de estos tres paquetes hay veinte papelillos de esos, conque la cuenta es clara.

El señor Lesmes coge los tres paquetes, suelta uno y ve que

los billetes son de 100 pesetas. Los dobla precipitadamente para que no se fije Félix, y sentándose á la mesa los cuenta por un extremo.

—Este está bien, dice luego, disponiéndose á hacer con los otros la misma operación.

Al cabo de un rato pregunta Félix:

—¿Falta algo?

—Nada absolutamente, responde el usurero mientras escribe el recibo, que entrega al maestro de obras.

Al marcharse éste faltó poco para que el señor Lesmes se pusiera á bailar: tan alegre le dejó la *torpeza* del visitante, que por 2.000 pesetas prestadas tres meses antes le entregaba 6.000.

—¡Qué estúpido! decía mientras guardaba los billetes en la caja. ¡Venirse con la pretensión de que ponga en el recibo la clase de billetes que me entrega!... ¡Que reclame luego, al echar de menos las 3.000 pesetas!... ¿Y un ente así tiene el atrevimiento de aspirar á ser yerno mío?

En aquel felicísimo instante de la vida del señor Lesmes se presentó muy compungido, casi llorando, Luis, y al verle de tal guisa le pregunta aquél:

—¿Qué te sucede, hombre? ¿Es que al fin te ha dado Carmen calabazas?

—¡Ay, señor Lesmes, no es eso! repuso el secretario sollozando.

—¿Pues qué es?

—Que al sacar la capa para asistir mañana con el Concejo á la procesión me la he encontrado toda apolillada.

—Se conoce que has tenido buen cuidado de ella.

—¡Qué quiere usted, señor Lesmes! Como uno está solo...

—¿Y qué tengo yo que ver con la polilla de tu capa ni con tu soledad?

—Nada, absolutamente nada, pero le agradecería á usted que para mañana me prestase su capa.

—Si no es más que eso, y para que no desligas del resto de la corporación, te la prestaré.

Y aunque parezca mentira, se la prestó en el momento. ¡Si estaría de buen temple el viejo usurero!

—Cuídala bien, le dijo, que es muy buena.

—Pierda usted cuidado, señor Lesmes, repuso el secretario: cuando yo cojo por mi cuenta una cosa la tengo como mía.

Con esto se fué Luis, y poco después se fué también el prestamista, rebosando contento y satisfacción.

V

¡Vaya una fiesta la fiesta de Encinillas! Para el pueblo en general fué magnífica, mas para el señor Lesmes de imborrables recuerdos.

A primera hora de la mañana se le presentó Lorenzo á decirle que, siéndole imposible pagarle las 1.250 pesetas que le debía, pensaba deshacerse de la yegua en la feria, para lo cual deseaba hacer un documento en que el señor Lesmes se comprometiese á recibir como pago total de la deuda lo que diesen por el animal, sin la silla, por supuesto.

—¿Y por qué esa condición?

—Porque al deshacerme de la yegua quiero vender los arreos.

—Los tasas aparte y concluído.

Así se hizo el documento, muy á satisfacción del señor Lesmes, que ya se creyó en posesión de 2.000 pesetas cuando menos.

Poco más tarde llegó Pedro con seis flamantes pares de botas, cogiendo el recibo que sin vacilación le dió el prestamista.

Después de entregar á las hijas su calzado quiso ponerse el suyo, pero todos sus esfuerzos fueron vanos y de nada sirvió la ayuda del comerciante. Aquellas botas no eran para los pies del usurero, y al punto de convencerse de ello llegaron en tropel las chicas diciendo lo propio y lamentándose de que para la fiesta se encontraban casi descalzas.

—Mucho lo siento, dijo entonces Pedro, y me veo obligado á recoger las botas y entregar 8 pesetas y 25 céntimos.

—¿Por qué? preguntó asombrado el señor Lesmes.

—Por el compromiso adquirido en el documento que tiene usted firmado por mí.

—¡Quiá, hombre! Si allí se trata de botas viejas.

—Dispense usted: pero de lo que allí se trata es de las botas que á ustedes no les sirvan, las cuales le compro yo á usted como viejas á razón de...

El señor Lesmes dió un tremendo puñetazo en la mesa, y acto continuo se dirigió furioso á la caja, mientras las cinco muchachas, entre asustadas y risueñas, desaparecían silenciosamente. Leyó el usurero el documento: comprendió que había caído en el lazo hábilmente tendido por el comerciante, y el golpe dado á su bolsa y el inferido á su orgullo le pusieron medio loco. Negóse en redondo á recibir los 33 reales que Pedro le ofrecía, y entonces éste, sin perder su gravedad, dijo que en el momento iba á ver al juez para darle cuenta de lo ocurrido.

—Anda y no tardes, gritó el señor Lesmes hecho un energúmeno, que allá voy yo en seguida.

Marchóse Pedro con las botas y quedó el prestamista tirándose de las barbas y dándose á todos los diablos.

VI

Al cabo de un rato de desahogar su rabia en todas las formas inventadas para casos tales volvió sus ojos á la caja abierta, y al ver los fajos de billetes que la víspera le entregó Félix despejóse el nublado de su faz, y una sonrisa, á modo de rayo de sol, vino á iluminarla.

—Aquí está el desquite, murmuró cogiendo los paquetes y llevándolos á la mesa.

Desdobló uno de ellos, y un grito ronco, una especie de gemido, algo así como el estertor de un moribundo, salió de su garganta.

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!... ¡Todos falsos! exclamó luego. ¡Cuatro!... ¡Cinco!... ¡Todos!... ¡Todos! siguió diciendo con voz apenas perceptible.

Aquel segundo golpe le anonadó por el momento: pero irguiéndose luego guardó los billetes en la caja, cogió de ésta una bolsa de dinero y salió de casa murmurando:

—¡Veremos quién puede más!

Al pasar por la plaza como alma que lleva el diablo salióle al encuentro Lorenzo, y con mucha amabilidad le rogó que acudiese á presenciar la venta de la yegua. Mucha prisa llevaba el hombre, pero no era cosa de desperdiciar la ocasión de hacer un buen negocio que, en parte al menos, le resarciera de las

pérdidas sufridas, y en compañía del boticario se fué al lugar en que la cabalgadura se hallaba.

Un numeroso grupo habíase formado alrededor, y en él se hallaban varios aficionados que aspiraban á la posesión de la yegua. Su dueño no quería venderla sin la silla, pero tasando ésta separadamente de aquélla; de manera que quien hiciese la compra había de dar 2.100 pesetas, abonando por la silla 1.300 y 800 por la yegua, precio á que se conformó el médico de una villa cercana.

Al enterarse de aquella martingala el señor Lesmes creyó que el mundo se le venía encima, y no sabiendo contra quién descargar su mal humor lanzóse sobre el maestro de escuela, que estaba en el grupo, y con desentonadas voces le exigió las 400 pesetas que le debía.

—¿Y cómo quiere usted que se las pague, dijo con mucha tranquilidad el profesor, si el contrato fué de entregarle á usted 250 y el resto dejarle á deber? Si le pago á usted falto al compromiso, y para un señor profesor de instrucción primaria eso sería bochornoso en alto grado.

Rieron todos los presentes la ocurrencia de Jacinto, menos el señor Lesmes, que, soltando un bufido, echó á correr como perro con maza. Al llegar á la puerta del Juzgado notó que no llevaba consigo la bolsa, y temiendo que en aquella desenfrenada carrera se le hubiese caído, volvió sobre sus pasos tambaleándose como un beodo.

Por ningún lado pareció lo que buscaba, y entonces el señor Lesmes acudió al alcalde, rogándole que diese orden al pregonero de publicar la pérdida. Pocos minutos después, previo ruidosos redobles de tambor, el pregonero municipal decía:

—«De orden del señor alcalde... se ha perdío una bolsa... de oro verde... con cuarenta moneas... de las que cadi una... vale cinco uros... Quien la entregue á su dueño... D. Lesmes Prieto... será gratificao por el mesmo... con dos de las moneas»...

El usurero esperaba en la Alcaldía el resultado del pregón, y pronto llegó á ella Luis con la prenda, que puso en manos del alcalde. Al verla el señor Lesmes respiró; mas doliéndole el perder las dos *moneas* ofrecidas por el hallazgo, dijo á aquella autoridad popular:

—Señor alcalde, recuerdo ahora que no eran cuarenta, sino cuarenta y cinco, las monedas que había en la bolsa.

—Cuando yo la he encontrado, contestó Luis, sólo contenía cuarenta.

—Pues yo puse en ella 1.125 pesetas, afirmó el señor Lesmes.

Contó entretanto el alcalde las monedas, y como no resultaban más de cuarenta, volvió á meterlas en la bolsa é invitó á los contendientes á que con él se fuesen al Juzgado.

Allí el señor Lesmes volvió á insistir en lo de las cuarenta y cinco, y el juez al oirle dijo:

—Si usted ha perdido una bolsa con 1.125 pesetas y la que este señor ha encontrado sólo contenía 1.000, no debe ser la misma. Que se guarde, pues, el secretario la bolsa, y el señor alcalde hará el favor de ordenar de nuevo que se pregone la que don Lesmes ha perdido.

—No, señor, gritó entonces el avaro, esa bolsa es mía y sólo mía.

—A este señor, dijo á la sazón Luis, se le antoja que todo es suyo, y no me extrañará que también afirme que esta capa le pertenece.

—¡Como que es mía! saltó al punto el señor Lesmes, abalanzándose al secretario.

—¡Bah! ¡bah! dijo el juez al oirle. Lo que realmente ha perdido usted es el seso.

Y en un tris estuvo que no lo perdiese, en efecto. Gracias á que entraron allí sus hijas y los cuatro novios que faltaban, los cuales, en unión de Luis, no sólo explicaron el caso al señor Lesmes, sino que le entregaron lo suyo, acabando por pedir cada cual la mano de la muchacha de su predilección.

Riendo y llorando á la vez el prestamista confesó su derrota, y convencido de la habilidad de sus futuros yernos en el momento les reconoció por tales, comprometiéndose además solemnemente á abandonar por completo su antipática cuanto lucrativa profesión.

Enrique de Olea.

Un millonario del Cabo.



EL MEJICANO VIDENTE





Me llamo Seymour Guillermo Wentworth y soy cuñado y secretario particular de sir Charles Vandrift, el célebre financiero y millonario del Africa del Sur. Hace muchos años, cuando Carlos Vandrift era un simple abogado establecido en el Cabo de Buena Esperanza, tuve la buena suerte de casarme con su hermana, y mucho más tarde, cuando la propiedad de Vandrift cerca de Kimberley fué convirtiéndose poco á poco en las Golcondas de Cloetordorp Limi-

ted. mi hermano político tuvo á bien ofrecerme el puesto de secretario particular con un bonito sueldo. Desde entonces he sido y soy su más constante y fiel compañero.

No es hombre Carlos Vandrift á quien se engaña fácilmente. De estatura regular. muy tieso. la actitud firme y los ojos penetrantes. es Carlos el más vivo retrato del hombre de negocios. Sólo un individuo he conocido en mi vida que ha sabido engañar á Carlos. y ese. según afirmaba el comisario de policía de Niza, era muy capaz de dársela al hombre más listo del mundo.

Fuimos una vez mi cuñado y yo al bello país de Italia á pasar una temporadita en lo mejorcito de la estación. y como no llevábamos otro objeto que el de recrearnos y descansar de los negocios. no nos pareció necesario llevar á nuestras esposas. aunque bien es verdad que tampoco hubiera querido ir lady Vandrift. para la cual tiene tantos encantos la vida social de Londres que no concibe las campestres delicias de las costas del Mediterráneo. Pero Carlos y yo. preocupados hondamente con los negocios mientras vivimos en Londres. disfrutamos lo indecible cuando. después de abandonar la ciudad de las nieblas y de las lluvias. nos vemos respirando aire puro en la terraza de Monte Carlo. ante aquella vegetación exuberante. Somos aficionadísimos á los encantos de la Naturaleza Carlos y yo. Aquella indefinible perspectiva que se ofrece á los ojos desde las Rocas de Mónaco. destacándose allá á lo lejos los Alpes marítimos. más acá las azules aguas del mar y más cerca todavía el majestuoso edificio del Casino. paréceme uno de los más hermosos paisajes de Europa.

Aquel sitio le inspira un cariño romántico á mi señor cuñado. quien encuentra que le vivifica y fortalece. después del incesante ajetreo de Londres. el acto de ganar unas cuantas libras esterlinas tranquilamente sentado ante la mesa de la ruleta. entre palmeras y eucaliptos y respirando el aire puro de Monte Carlo.

Sin embargo. nunca jamás nos detenemos en el Principado. Carlos cree que eso de que sus cartas vayan dirigidas á Monte Carlo no es serio ni formal para un hombre de negocios como él. y prefiere un hotel de primera en el paseo Des Anglais. en

Niza, donde recobra la salud y restablece el sistema nervioso haciendo diarias excursiones por la costa hasta el Casino.

Precisamente en el año de que voy á hablar estábamos muy bien alojados en el Hotel Anglais. Teníamos magníficas habitaciones en el piso principal, salón, gabinete de estudio y dos alcobas, y encontramos allí una sociedad cosmopolita sumamente agradable.

A la sazón era objeto de todas las conversaciones en Niza un hábil prestidigitador, á quien sus admiradores llamaban el gran vidente mejicano. Se le atribuía el don de la doble vista y otra porción de poderes sobrenaturales. Pues bien; sucede que una de las rarezas de mi hermano político es que cuando tropieza con un charlatán ó un empírico entra en deseos de consultarle. Es tan agudo y tan perspicaz para los negocios que constituye para él un placer desinteresado el desenmascarar y descubrir el engaño en otros.

En el hotel había algunas señoras que habían hablado con el adivino y á todas horas nos referían cosas extrañas acerca de sus maravillosos dichos y hechos. A una le reveló el paradero de su fugitivo esposo; á otra le indicó el número que había de salir ganando una noche en la partida de ruleta; á una tercera le enseñó dibujado sobre una pantalla el retrato del hombre á quien amaba ella hacía dos años sin que él lo supiera.

Por supuesto, el avisado Carlos no creía ni una palabra de todas estas cosas. Sin embargo, despertóse su curiosidad y quiso ver y juzgar por sí mismo las maravillosas habilidades del vidente.

—¿A cuánto cree usted que ascenderían sus honorarios por una sesión reservada? preguntó á Mme. Picardet, la señora á quien reveló el número que había de ganar en la ruleta.

—No trabaja por el dinero, contestó la señora, sino por el bien de la Humanidad. Estoy segura de que accedería gustoso á exhibir sus maravillosas facultades sin retribución alguna.

—Tonterías, exclamó Carlos; no dejará de tener que vivir lo mismo que los demás hombres. Por mi parte no tendría inconveniente en darle cinco guineas si quisiera venir á dar una sesión particular. ¿Sabe usted en qué hotel se hospeda?

—Creo que en el Cosmopolita, respondió la señora: pero no, no, ahora recuerdo que es en el de Londres.

Carlos se volvió hacia mí, diciendo en voz baja:

—Oye, Seymour; en cuanto comamos has de ir á ver á ese famoso adivino, y le ofrecerás cinco libras para que venga inmediatamente á mis habitaciones. ¡Cuidado con decirle quién soy! Que no se entere de nuestros nombres. Acompáñale y sube con él sin detenerte, para que no pueda preguntar nada. Veremos qué es lo que nos cuenta.

Obedeciendo sus órdenes fuí á ver al vidente y me encontré con un hombre interesante y muy amable. Tenía próximamente la misma estatura que Carlos, pero su figura era más esbelta. Tenía la nariz larga y aguileña; los ojos muy vivos, con las niñas grandes y negras; cara bien modelada y afeitada completamente. Lo que más le distinguía era la cabellera, rizosa, larga y abundante, como la de Paderewski, y que ornaba su frente y delicado perfil como una aureola.

Al primer golpe de vista comprendí por qué impresionaba á las mujeres: tenía todo el aire del poeta bohemio, del cantor ó de lo que sencillamente era, de un adivino distinguido.

—Vengo, dije, á suplicarle que consienta usted en dar una sesión reservada en las habitaciones de un amigo mío, el cual está dispuesto á pagarle cinco libras por ver sus prodigios.

El Sr. D. Antonio Herrera (pues así decía llamarse) se inclinó con la cortesía que caracteriza al caballero español. Al contestarme noté en su semblante una ligera sonrisa de desprecio é indiferencia.

—No acostumbro, dijo, á vender mis dones: los otorgo sin pensar en retribución alguna. Si su amigo de usted, su amigo anónimo, desea contemplar las maravillas cósmicas que se desarrollan bajo el poder de mis manos, se las exhibiré con sumo gusto. Afortunadamente, como sucede muchas veces cuando hay que convencer á un escéptico (y que su amigo es escéptico lo he presentido ya), no tengo compromiso ninguno contraído para esta noche.

Y pasó la mano con cierto aire de solemnidad por entre su larga y sedosa cabellera.

—¡Iré! exclamó levantando la vista y la mano hacia el techo, como si hablara con algún espíritu invisible que por allí vagaba. ¡Sí, iré! Acompáñeme usted.

En seguida cogió el ancho sombrero, y envolviéndose en la capa encendió un habano y salimos juntos á la calle.



¡IRÉ! EXCLAMÓ, ¡SÍ, IRÉ!

Habló muy poco en el camino, y ese poco en frases cortas. Parecía estar sumido en la más profunda meditación. Tan preocupado estaba que, cuando llegamos á la puerta del hotel y entré yo, él continuó hacia adelante sin fijarse en que habíamos llegado. Luego se detuvo de pronto y miró distraídamente de un lado á otro.

—¡Ah, *les Anglais!* exclamó.

Dicho sea de paso, á pesar del acento leve, propio de un hijo del Sur, el adivino hablaba correctamente el inglés.

—Es aquí, sí: hemos llegado, continuó dirigiéndose de nuevo al espíritu invisible.

No pude menos de sonreir, pensando que con esas niñerías se proponía aquel tipo engañar á Carlos Vandrift. No era mi cuñado (bien se sabe en la Bolsa de Londres) quien se dejaba engañar así como así. En seguida comprendí que sus extravagantes gestos no eran sino las tonterías usuales de un vulgar prestidigitador.

Subimos á las habitaciones, en las que Carlos había reunido á unos cuantos amigos para presenciar la sesión.

El adivino entró preocupadísimo con sus pensamientos. Vestía traje de etiqueta, y en la cintura llevaba una faja encarnada que le daba cierto aire pintoresco y gracioso. Avanzó hasta el centro del salón y se detuvo sin fijarse en nada ni en nadie; pero de repente se dirigió á Carlos, y tendiendo una mano blanca y bien formada le dijo:

—Muy buenas noches. Usted es quien me invita; lo sé, me lo da el corazón.

—Buen golpe, contestó Carlos. Ya sabe usted, doña Flora, añadió dirigiéndose á una señora que estaba á su lado, que estos tienen que tener una imaginación muy viva: de lo contrario, no acertarían nunca.

El adivino echó una atenta mirada en derredor y saludó, inclinando la cabeza con gravedad, á una ó dos personas á quienes parecía haber conocido anteriormente. Entonces Carlos empezó á interrogarle, primero con preguntas sencillas como para probarle, aunque no habló de sí mismo, sino de mí. A casi todas contestó con gran acierto.

—¿Cómo se llama este caballero? dijo mi cuñado.

—Su nombre empieza con una ese, comenzó diciendo. Creo se llama Sey... Seymour.

Hacía una larga pausa entre cada sílaba, como si las cosas le fueran reveladas poquito á poco.

—Seymour Guillermo, conde de Strafford... No, no; no es conde de Strafford. Es Seymour Guillermo Wentworth. En este

momento, añadió, una de las señoras aquí presentes tiene en el pensamiento una combinación en la que entran los apellidos Wentworth y Strafford. No soy inglés y no comprendo, por tanto, lo que significa, pero los dos apellidos van unidos.

Y lanzó otra mirada en derredor, como si pretendiera que alguien confirmase lo que decía. Una señora salvó la situación exclamando:

—Wentworth fué el apellido del gran conde de Strafford, y yo estaba pensando si Mr. Wentworth sería algún pariente.

—Lo es, lo es, dijo el adivino en el acto, con la más viva satisfacción pintada en el rostro.

Esto me chocó; porque aunque mi padre aseguraba que existía el parentesco, faltaba un eslabón para completar la línea de mis antepasados.

—¿Dónde nací yo? preguntó Carlos de pronto.

El mejicano se llevó las dos manos á la frente, como si temiera que iba á estallar su cerebro.

—Africa, contestó hablando lentamente como antes: Africa del Sur, Cabo de Buena Esperanza; Jausenville, calle de De Witt, 184.

—¡Caramba! pues tiene razón, murmuró Carlos. Parece que lo adivina de veras. Pero ¡quiá! no es posible. Habrá averiguado quién soy; sabría de antemano que iba á venir yo aquí.

—Por mi parte, dije, ni siquiera se lo indiqué. Ni supo á qué hotel le traía hasta que me detuve en la puerta.

El adivino se acarició la barba. Creí notar en sus ojos una mirada sospechosa.

—¿Quiere usted que le diga el número de un billete de Banco encerrado en un sobre? preguntó con indiferencia.

—Bien. Salga usted del salón mientras lo enseño á mis amigos, contestó Carlos.

En cuanto desapareció el adivino, mi cuñado sacó del bolsillo un billete y lo fué mostrando á los invitados para que se enteraran del número. Después lo metió en un sobre y cerró éste como se cierra una carta.

Volvió el adivino, lanzó una mirada en derredor y acarició su cabellera. En seguida, tomando el sobre en la mano, lo miró atentamente.

—A. F. 73.549, dijo después de un momento de silencio. Un billete del Banco de Inglaterra cambiado en el Casino por oro que ganó usted ayer en Monte Carlo.

—Ya, ya comprendo cómo lo ha hecho, observó Carlos con aire de triunfo. Probablemente él lo cambiaría allí primero, y luego volví yo á cambiarlo. Precisamente ahora recuerdo haber visto á un individuo de pelo largo que andaba husmeando por allá. Sin embargo, está bien, muy bien.

—Penetra con la vista cualquier objeto que se le presente, dijo la señora de Picardet. Con los ojos del alma verá lo que tengo en esta cajita.

Sacó del bolsillo un diminuto estuche muy antiguo y preguntó:

—¿Qué hay dentro de este estuche?

El adivino lo miró como si viera el interior perfectamente.

—Tres monedas de oro, respondió sin vacilar. La primera es americana, de cinco duros; la segunda francesa, de diez francos, y la tercera alemana, data del tiempo del viejo emperador Guillermo.

La señora Picardet abrió el estuche y lo fué pasando de uno á otro de los invitados. Carlos sonrió tranquilamente, murmurando para sí:

—Combinaciones, combinaciones...

El adivino se volvió hacia él y con mal disimulado enojo preguntó:

—¿Aun necesita usted más pruebas? Pues bien, se las daré. En el bolsillo izquierdo lleva usted una carta. ¿Quiere que la lea?

Tal vez, para los que hayan conocido á Carlos, parecerá increíble, pero yo no puedo menos de confesarlo: mi cuñado se sonrojó. Ignoro cuál sería el contenido de la carta; sólo sé que contestó apurado y confuso:

—No, no, gracias; no quiero molestarle más. Lo que acaba usted de hacer es muy suficiente para probarnos su maravillosa habilidad.

Y se llevó la mano al bolsillo, como si temiese que el vidente leyera la carta á pesar de su negativa. Me pareció también que miraba ansiosamente á Mme. Picardet.

El mejicano se inclinó con afectada cortesía, diciendo:

—Caballero, su voluntad es ley para mí. Uno de mis principios, á pesar de que lo penetro y lo veo todo, sea lo que fuese, con los ojos del alma, es el de respetar los secretos de todos. Si no lo hiciera así podría disolver la sociedad, ó por lo menos perturbarla hondamente; ¿pues quién entre nosotros pudiera soportar que fuese revelada toda la verdad de sus hechos y de sus dichos?

Y lanzó una mirada feroz en derredor suyo, dejándonos á todos helados.

Nos convencimos de que el mejicano sabía más de lo conveniente y nadie se atrevió á contestar. No hay que olvidar que casi todos negociábamos en la Bolsa.

—Por ejemplo, continuó el adivino, hace unas semanas me tocó viajar desde París hasta aquí en compañía de un hombre muy inteligente, iniciador de todo género de sociedades. En la maleta traía algunos documentos... documentos confidenciales.

Aquí hizo una pausa breve, y luego, dirigiéndose abiertamente á Carlos, continuó:

—Usted sabrá qué clase de documentos serían: opiniones de los prácticos, de los ingenieros de minas. Probablemente los habrá usted visto. De esos documentos que van siempre marcados así: *reservados, muy reservados.*

—Constituyen un elemento de importancia en los negocios financieros, dijo fríamente Carlos.

—Justo, murmuró el adivino con algo menos acento extranjero que antes. Y ya que llevan la palabra de *reservados*, respeto, naturalmente, el sello de confianza que tienen impreso. No digo más. Ya que poseo un don tan extraordinario y poderoso, considero que sería una falta grave el emplearlo de manera que molestara ó perjudicase á alguno.

—Eso le honra á usted, observó Carlos en tono agrio.

Luego, volviéndose á mí, murmuró á mi oído:

—Este hombre es demasiado listo, Seymour. Ojalá no le hubiéramos hecho venir.

El mejicano, que parecía adivinar lo que Carlos decía, interpuso con tono más alegre:

Voy á exponer ahora una forma distinta, pero más divertida, del poder oculto, para lo cual habrá que arreglar primeramente las luces. ¿Me hace usted el favor (se dirigía á Carlos) de bajar un poco esa luz? Así, gracias; está muy bien. Ahora esta... y esta... Perfectamente.

Sacó del bolsillo una cajita, extrajo de ésta unos polvos blancos, los colocó en un platillo y prosiguió:

—Ahora una cerilla... Muy bien.

Los polvos empezaron á arder, despidiendo una llamita verde. De la cartera sacó una tarjeta; de otro bolsillo un tintero, y preguntó:

—¿Tiene alguno de ustedes una pluma?

Se la traje inmediatamente. La tomó, y dijo entregándosela á Carlos:

—Hágame usted el favor de escribir su nombre aquí.

Y señaló el centro de la tarjeta, donde vimos un cuadrito impreso en la cartulina con distinto color. Carlos siempre tuvo mucha aversión á poner su firma en ningún papel sin saber antes para qué había de hacerlo.

—¿Para qué lo quiere usted? preguntó.

Es verdad que el nombre de un célebre millonario puede servir para tantas y tan distintas cosas...

—Quiero, contestó el adivino, que, después de escribir su nombre en la tarjeta, la encierre usted en un sobre, el cual quemaremos en seguida. Hecho esto, le enseñaré á usted su firma en mi brazo, escrita con sangre y con la misma letra de usted. Y ya sabe que no conozco su nombre, pues no me he tomado el trabajo de averiguarlo de uno ú otro modo, cuando tan fácil me hubiera sido leerlo en el pensamiento de cualquiera de los circunstantes.

Carlos tomó la pluma (pues si había de quemarse la firma en seguida no tenía inconveniente en darla) y firmó como de costumbre, con letra clara y segura: la letra del hombre que conoce lo que vale y no teme firmar un cheque de cinco mil libras.

—Fíjese usted bien en lo que ha escrito, exclamó el adivino desde el otro extremo del salón, adonde se había retirado mientras mi cuñado firmaba.

Carlos le miró fijamente. El mejicano comenzaba ya á producir sensación.

—Ahora encierre usted la tarjeta en un sobre, añadió.

Obedeció Carlos con la mansedumbre de un cordero y se acercó el adivino.

—Deme usted el sobre, dijo.

Lo tomó en la mano, se dirigió á la chimenea y lo redujo á cenizas. En seguida regresó al centro del salón y fué á colocarse cerca de la luz verde que producían los polvos. Se descubrió el brazo y allí apareció, en efecto, escrito con sangre y en la misma letra de mi cuñado, el nombre de Charles Vandrift. Carlos lo leyó.

—Comprendo cómo lo hace usted, dijo. Sin embargo, la ilusión es completa. Tenía usted la tinta verde y la luz verde; me mandó usted que me fijara bien en la firma, y después he visto las mismas palabras reproducidas en su brazo en el color complementario.

—¿Lo cree usted así? preguntó el adivino haciendo un gesto de desdén.

—Estoy seguro, respondió mi cuñado.

Rápido como el rayo volvió el mejicano á cubrirse el brazo.

—Ese es su nombre, cierto, dijo en voz clara y concisa, pero no el apellido completo. ¿Qué le parece á usted, pues, del brazo derecho? ¿Será acaso esto también color complementario?

Descubrió el brazo derecho, y efectivamente, allí vimos en letras de color verde mar el nombre de Charles O'Sullivan Vandrift. Son los dos apellidos de mi cuñado; pero hace tiempo dejó Carlos de usar el primero, porque es holandés y no le hace gracia. Vandrift le parece más elegante.

—Sí, sí, está bien, muy bien, exclamó apresuradamente.

Por el tono en qué habló comprendí que no tenía deseos de continuar la sesión. Por supuesto, no tenía tampoco fe ninguna en las tonterías del mejicano; pero era evidente que éste se hallaba enterado de nuestras vidas más que lo que nosotros hubiéramos querido.

Volví á dar la luz.

—¿Quieres que pida café y licores? pregunté á Carlos.

—Sí, sí, lo que quieras, contestó; cualquier cosa para evitar

más impertinencias de este tipo. Al mismo tiempo reparte puros á los hombres y ¡qué diantre! también á las señoras, pues ya sé que fuman algunas de las que están aquí.

Se oyó un suspiro general de satisfacción. Las luces alumbraban el salón con brillantez: el adivino cesó por el momento en sus funciones, como si dijéramos: aceptó un habano con aire distinguido, tomó el café en un ángulo del salón y conver-



ESCRITO CON LETRAS DE SANGRE LEYÓ CARLOS SU NOMBRE

só afablemente con una señora. Era todo un caballero de sociedad.

Cuando á la mañana siguiente bajé de nuestras habitaciones, encontré á Mme. Picardet en la antesala del hotel. Vestía un traje hechura sastre, y comprendí que iba de viaje.

—¿Cómo, se va usted, Mme. Picardet? pregunté.

—Sí, me voy, respondió sonriendo y tendiéndome una mano elegantemente enguantada. Me voy á Florencia, á Roma, á cualquier sitio. Ya le he sacado todo el jugo á Niza, no tengo más que hacer aquí y me aburro soberanamente. Regreso á mi querida Italia.

Me chocó que, yendo á Italia, tomara el ómnibus que conduce los pasajeros al tren de lujo para París; pero un caballero acepta siempre la palabra de una señora, por increíble que le parezca, y francamente, no volví á acordarme de ella ni del adivino hasta diez días después de este incidente, en que llegó nuestro extracto de cuenta en el Banco de Londres. Como secretario particular del *archimillonario*, á mí me corresponde examinar el extracto cada quincena y comparar los cheques cancelados con los resguardos de Carlos. En aquella ocasión observé una diferencia de 5.000 libras en contra de mi cuñado, lo que me sorprendió mucho, pues los extractos no suelen nunca aparecer con errores. El que aparecía entonces consistía en que á Carlos se le anotaban en el debe 5.000 libras más que la cantidad consignada en los resguardos. Había en el talonario un cheque por valor de 5.000 libras que decía: «Páguese al portador» y que sin duda había sido satisfecho en Londres, puesto que no llevaba sello ni indicación de otra oficina.

Llamé á Carlos y le dije:

—Mira, Carlos, hay en el talonario un cheque que no has anotado.

Y le entregué el extracto sin hacer otra observación. Creí que tal vez lo habría sacado para liquidar una pérdida insignificante en las carreras de caballos ó á los naipes, ó para algún asuntillo de que yo no estaba enterado.

Carlos examinó atentamente el extracto y el talonario, y después de unos momentos exclamó:

—¡Esta vez sí que nos la han dado de veras! ¿Qué te parece?

Volví á examinar el extracto y le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—Pues, hombre, ¡el adivino! respondió sin apartar la vista del documento. Y no siento precisamente las libras, añadió, sino la burla que ha hecho de nosotros. ¡Qué vergüenza! ¡qué humillación!

—Pero ¿cómo sabes que ha sido el vidente?

—Fíjate en la tinta verde. Además recuerdo perfectamente la forma de la rúbrica, que en aquel momento de agitación hice un poco distinta de las que generalmente hago.

—Se ha burlado muy de veras, tienes razón. Pero ¿cómo se

arreglaría para pasar la firma al cheque? Parece enteramente tu letra, Carlos: no se puede decir que ha sido falsificada.

—Como que es mi letra; lo reconozco, no lo puedo negar. ¡Cómo se burló de mí precisamente en el momento en que más procuraba yo estar sobreaviso! Por supuesto, no me engañó con sus estúpidos trabajos de prestidigitación; pero no se me ocurrió que pudiera burlarse de semejante manera. Esperé, sí, un *sablazo* ó un timo; pero aprovecharse de mi firma de ese modo para llenar un cheque... ¡eso es atroz!

—¿Y cómo lo haría?

—No tengo ni la menor idea, chico. Sólo sé que esa firma es la misma que yo escribí: la reconozco perfectamente.

—¿De modo que no puedes protestar?

—Desgraciadamente, no. Es mi propia firma, escrita por mi mano.

Aquella misma tarde fuimos á ver al comisario de policía de Niza. Era un francés correcto, amable y menos estirado que lo que era de esperar. Hablaba el inglés correctamente, aunque con acento americano y muy pronunciado. Según nos dijo, en su juventud había sido *detective* en Nueva York durante diez años.

—Opino, señores, manifestó después que le hubimos referido el caso, que han caído ustedes en una de las redes que tiende con frecuencia el coronel Goma ó de Goma, como sea mejor.

—¿Y quién es el coronel Goma? preguntó Carlos.

—Precisamente es eso lo que yo quisiera saber. Es coronel, porque de vez en cuando se toma una comisión, y le llamamos Goma porque parece tener una cara de goma, á la cual puede dar la forma y la apariencia que más le conviene ó le place. Se ignora su verdadero nombre; y en cuanto á su nacionalidad, lo mismo es inglés que francés, español, ruso... lo que se le antoja. Dirección y señas: Europa en general. Profesión: exfabricante de figuras de cera para el museo Gravina. Edad: la que quiera aparentar. Emplea sus conocimientos para amoldar su nariz y demás facciones según la individualidad que desea adoptar. ¿Aguileña esta vez, dicen ustedes? ¡Ah! ¡ah! ¿Qué tal, se parecía algo á estas fotografías?

Y acercándose á su pupitre sacó dos retratos y nos los enseñó.

—Ni en lo más mínimo, contestó Carlos. Aparte de la forma del cuello, no hay aquí ni una facción que se parezca á las suyas.

—¡Justo, el mismo! ¡Ya me lo había figurado! exclamó el comisario frotándose las manos de satisfacción. Pues bien, fíjense ustedes ahora en esto.

Sacó lápiz y papel y dibujó el contorno de una de las dos caras de las fotografías. Era la de un joven simple, sin expresión ni carácter.

—Este es el coronel en su disfraz sencillo, añadió. Muy bien. Ahora verán ustedes. Figúrense que añade aquí, sobre la nariz, un pedacito de cera. Resultado: nariz aguileña. Ya tenemos esa facción arreglada. Ahora la barba: un toquecito aquí, justo. Ahora en la cabeza una peluca extravagante. El cutis, ya se sabe, nada más fácil. ¿Eh, qué tal? ¿Es este el perfil del señor adivino?

—El mismo, murmuramos los dos á la vez.

Con dos líneas curvas hechas con el lápiz y una peluca en la cabeza, la cara había quedado completamente transformada.

—Pero tenía los ojos rasgados, con las niñas grandes, dije mirando más de cerca, y este individuo del retrato las tiene pequeñitas, como las de un pez.

—Nada más fácil, contestó el comisario. Una gota de belladona dilata las pupilas, y tenemos los ojos del adivino. Cinco gramos de opio los contraen, prestándoles la mirada medio muerta, inocente hasta la estupidez, del joven simple. Bien: dejen ustedes el asunto en mis manos, yo lo averiguaré todo. No puedo asegurar que pescaré al coronel, pues nadie ha podido todavía echarle el guante: pero por lo menos sabré cómo lo hizo, y eso deberá ser suficiente para una persona rica, para un caballero á quien cinco mil libras le importan muy poco.

No hay que decir que telegrafiamos á Londres y escribimos al Banco dando las señas detalladas del individuo sospechoso, y también excuso añadir que todo fué inútil.

Tres días más tarde vino el comisario á vernos al hotel.

—Y bien, señores, exclamó, tengo el gusto de manifestar á ustedes que lo he averiguado todo.

—¡Cómo! ¿ha detenido usted al coronel Goma? preguntó Carlos.

—¡Detenido al coronel! dijo el comisario retrocediendo como horrorizado. *Mais, monsieur,* nosotros no estamos dotados de poderes sobrenaturales. ¿Cómo quiere usted que detengamos al coronel? Hemos averiguado cómo lo hizo, y le aseguro que eso es mucho averiguar, tratándose del coronel Goma.

—Bien. ¿Y qué es lo que ha averiguado usted? añadió Carlos más desanimado.

El comisario tomó asiento; parecía estar lleno de gozo por haber averiguado algo, y era evidente que el asunto, por lo bien trazado y pensado, le hacía mucha gracia.

—Sir Charles, comenzó diciendo, en primer lugar deseche usted la idea de que, cuando su señor secretario fué á buscar al adivino, no sabía éste quién era, de dónde venía y quién le llamaba; muy al contrario. Por mi parte, no dudo de que el mejicano ó el coronel Goma (llámesele como se le llame) vino á Niza este invierno única y exclusivamente con el propósito de robarle á usted.

—¡Pero si fuí yo quien mandó á buscarle! exclamó mi cuñado.

—Naturalmente, eso fué lo que él se proponía. Le obligó á usted, como quien dice, á mandar por él. No valdría gran cosa como prestidigitador si no hubiera sabido hacer eso. En este hotel se hospedaba una señora que le acompaña en sus trabajos: su esposa, su hermana... ó lo que sea, lo mismo da; una tal madame Picardet. Ella persuadió á algunas señoras que también se hospedaban aquí para que asistieran á las sesiones del adivino, y luego, coreada por las demás, habló á usted de cosas maravillosas y consiguió despertar su curiosidad. Puede usted apostar hasta el último céntimo de su fortuna á que, cuando el mejicano vino al hotel, estaba ya preparado y enterado de todos los detalles de la vida de usted y de su secretario.

—¡Qué estúpidos fuimos, Sey! exclamó Carlos. Ahora es cuando empiezo á ver claro. Antes de sentarnos á la mesa aquella noche, esa tal madame le enviaría un recadito indicándole que yo había dicho que quería verle: así que, cuando tú llegaste, estaría ya dispuesto y listo para jugárnosla.

—Justo, interrumpió el comisario. Escribió de antemano el nombre de usted en los dos brazos y además hizo otras preparaciones más importantes.

—¿Se refiere usted al cheque? ¿Cómo se arregló, pues?

Se levantó el comisario y dirigiéndose á la puerta la abrió de par en par.

—Pase usted, dijo.

Y entró un joven á quien reconocimos en seguida por el oficial mayor del departamento extranjero del Crédit Marseillais, el Banco más importante de toda aquella costa.

—Tenga usted la bondad de referir á estos señores todo cuanto sepa acerca de este cheque, dijo el comisario, á quien se lo habíamos entregado como cuerpo del delito.

—Hace próximamente cuatro semanas, comenzó diciendo el joven.

—Digamos diez días antes de la sesión, interrumpió el comisario.

—Un caballero de pelo muy largo y rizoso, nariz aguileña, ojos negros, tipo esbelto y de buena presencia, entró en mi departamento y me suplicó que hiciera el favor de decirle el nombre de los banqueros de sir Charles Vandrift en Londres. Añadió que tenía que pagar una suma crecida y preguntó si nos encargaríamos de enviarla. Le contesté que no podíamos recibir el dinero porque no tenía usted cuenta corriente con nosotros, pero que sus banqueros en Londres eran Drummond y Rothenberg.

—Muy bien, murmuró Carlos.

—Dos días después, continuó el joven, una señora llamada Mme. Picardet, cliente nuestra, presentó un cheque con excelente firma y nos rogó que lo pagáramos por su orden á Drummond y Rothenberg y que le abriésemos cuenta corriente con ellos. Así lo hicimos, y desde Londres nos enviaron un talonario de cheques.

—Del cual se extrajo éste, interrumpió el comisario, según me entero por el número, que pedí á Londres por telégrafo. Y también he averiguado que el mismo día en que se cobró el cheque, Mme. Picardet retiró el saldo de su cuenta corriente.

—Pero ¿cómo se arregló para hacerme firmar el cheque? preguntó Carlos. ¿Cómo hizo lo de la tarjeta?

El inspector sacó del bolsillo una tarjeta igual á la que empleó el adivino.

—¿Se parecía acaso á ésta? dijo.

—Era idéntica, contestamos; parece esa misma.

—Me lo figuré. Pues bien; he sabido que el coronel compró una partida de estas tarjetas, cortó el centro y vea usted esto.



MME. PICARDET RETIRÓ EL SALDO DE SU CUENTA

El comisario la volvió del revés y nos enseñó un papel pegado con el mayor cuidado. Arrancó éste y apareció dentro un cheque bien plegadito, viéndose en el otro lado de la tarjeta solamente la parte donde debía quedar la firma.

—Me parece que esto se llama hacer las cosas bien, exclamó el hombre.

—¡Pero si quemó el sobre ante nuestra vista! dijo Carlos.

—¡Bah! contestó el comisario. ¿A qué quedarían reducidas todas sus aptitudes y habilidades de prestidigitador si no supiera sustituir un sobre por otro, sin que ustedes se enterasen, mientras iba desde la mesa hasta la chimenea? Y no olvide usted que el coronel Goma es el príncipe de los escamoteadores.

—En fin, observó Carlos, consolémonos con saber que hemos identificado á nuestro hombre y á la mujer que le acompaña. Ahora, naturalmente, con los datos adquiridos podrán ustedes seguirle la pista en Londres, y cuando le encuentren le detendrán.

El comisario se encogió de hombros.

—¡Detenerle! exclamó riendo á carcajadas, como si solamente la idea le divirtiera mucho. *Mais, monsieur*, usted se forja muchas ilusiones. No hay policía ni autoridad que haya conseguido todavía detener al coronel de *cautchouc*, como le llamamos en francés: se escurre como una anguila entre los dedos. Y aun suponiendo que le detuviéramos, ¿qué podríamos probar? Eso es lo que yo quería preguntarle. El que le ha visto una vez no puede nunca jurar que es el mismo cuando adopta otro disfraz, cuando se transforma en otro individuo. Es incomparable este buen coronel. El día en que yo le eche el guante me tendré por el comisario más listo de Europa.

—Bueno, replicó Carlos: pues si usted no consigue echarle el guante, yo me encargo de hacerlo.

Después de esto quedó sumido en la más profunda meditación.

A mi buen hermano político le molesta mucho eso de encontrarse con otro hombre tan listo como él.

Grant Allen.





El baldado del molino

* * *

La tempestad, que había estado amagando durante toda la tarde, iba á estallar al anochecer. Allá hacia Oriente, los negros nubarrones semejaban fantásticas figuras que casi tocaban la tierra. El río mismo tomó un color sombrío; pero los lejanos bosques, sobre los que aun reflejaba el sol sus últimos rayos, estaban encendidos de ricos y variados colores, contrastando vivamente con la triste apariencia del lado opuesto del cielo. Las aguas se agitaban de un modo extraño, presagio seguro de tormenta; entre los sauces el viento silbaba amenazador, doblando sus débiles ramas... Mi canoa seguía avanzando velozmente, como si quisiera llegar pronto á lugar seguro.

Hacía unos días que me entretenía dando paseos por los ríos de Francia, y en aquel momento me hallaba á unas diez leguas de todo lugar habitado. Después de recorrer el río Sena había entrado en uno de los canales que conducen al Loira, y desde allí pensaba dirigirme al Saona y por último al Ródano.

Hasta el día en que sucedió lo que voy á referir mi excursión fué agradabilísima. El eterno resplandor del sol, el placer que me causaba el ejercicio, la soledad, el aislamiento... todo contribuyó á borrar de mi imaginación las negras y tristes nieblas de Londres. La vieja canoa que había comprado en Toronto, hacía muchos años, fué mi mejor amigo. Para mi equipaje hu-

biera bastado un baúl pequeñísimo. Dos trajes de franela gruesa, además de la ropa interior, era lo único que llevaba conmigo. Mi traje de *etiqueta* lo constituía un impermeable: mi *toilette* de mañana, una chaqueta de franela y un cigarro puro. Me sentía feliz y contento, satisfecho de encontrarme solo y de poder prescindir por completo de todas las exigencias sociales.

El país que atravesaba cuando estalló la tempestad era llano como la palma de la mano, y por ninguna parte se divisaban señales de una casa ni de vivienda de ninguna especie.

Oscurecía por momentos. Rayos amenazadores cruzaban de cuando en cuando las espesas nubes, iluminando todo el valle con siniestras luces: los silbidos del viento parecían quejidos lastimosos lanzados por seres sobrenaturales, y sobre las pequeñas olas del río aparecían ya espumosas crestas. A fin de llegar pronto á un sitio donde pudiera resguardarme de las furias de la tormenta comencé á remar con empuje, y la canoa avanzaba con gran rapidez, con velocidad asombrosa.

De súbito la corriente se dirigió hacia el Este, y al entrar en una curva que allí formaba el río vi algo que despertó vivamente mi curiosidad. Sentada en la orilla, y engalanándose el pelo con flores blancas, se hallaba una linda muchacha. No pude calcular qué edad tendría, pero me pareció muy joven. Tenía el rostro blanco como la nieve, y el pelo y los ojos negros y relucientes. Los pies, que había introducido en el agua, eran blancos y bien modelados, así como las manos, pequeñas y bonitas, hubieran obtenido la admiración del pintor más exigente. El vestido que llevaba servía admirablemente para realzar los encantos de la muchacha. Se componía sencillamente de una faldita corta, encarnada, y un cuerpo de terciopelo negro, con galones dorados y mangas blancas. Pero todo estaba ajado: los galones habían perdido el brillo; su color la falda: las mangas, aunque blanquísimas, estaban muy estropeadas, y la chaquetilla carecía de botones.

Cuando la niña vió mi canoa dejó de jugar con las florecillas que había recogido y se quedó mirándome con sorpresa, no exenta de curiosidad. Lleno de admiración la examiné durante unos momentos, y después, haciendo uso del mejor francés que poseía, la dije cariñosamente:

—La tempestad me ha sorprendido, niña. ¿Puedes decirme dónde hallaré algún sitio en que refugiarme?

Al oir mi voz aumentó su sorpresa. Tenía la vista fija en mí y no parecía darse cuenta de que la hablaba. El mismo resultado hubiera obtenido dirigiéndome á una estatua. No pestañeaba ni se movía. Para despertarla de aquella especie de éxtasis la arrojé un franco, el cual cayó muy cerca de su mano derecha, pero no hizo el menor caso; ni siquiera lo miró.

Después de algunos momentos repetí mi pregunta, y entonces me contestó con voz dulcísima:

—No hay ninguna casa por aquí.

—¿Pues dónde vives tú? añadí sorprendido.

—Yo vivo en el Molino Blanco.

—¿Y dónde está el Molino Blanco?

—¡Vaya una vista que debe usted tener! exclamó alegremente. Está allá abajo, entre aquellos árboles.

En verdad que parecía haber estado ciego, pues al mirar hacia el sitio que ella indicaba vi entre los pinos del bosque una miserable casucha vieja.

—¿Y tu madre, está en casa? pregunté.

Movió la cabeza como respondiendo que no.

—¿Y tu padre?

Me contestó de la misma manera.

—Pues entonces, ¿con quién vives? dije.

—Con mi tío, Maitre Chalot.

—Bien, lo mismo me da, añadí. ¡Caramba, niña, cómo empieza á llover! Corre á decir á tu tío que voy á tomarme la libertad de visitarle.

La niña no se movió. Continuó mirándome fijamente, pero la mirada de curiosidad se había trocado en otra de alarma y terror.

—¿Quiere usted ir al Molino Blanco? exclamó.

—¿Y por qué no?

—Porque... porque nadie va á casa de Maitre Chalot, titubeó.

—Tanto mayor motivo para que yo vaya.

—Pero es que... pero... no...

Y calló bruscamente.

—Pero ¿qué, niña, di, qué querías decirme?

De repente se puso de pie, recogió el franco que yo le había dado y lo ocultó en el seno de la chaquetilla. Por la mirada de sus ojos creí que iba á suplicarme que no fuera al molino, pero después de contemplarme fijamente unos instantes dió media vuelta y echó á correr hacia la casucha.

—Cualquiera diría que la chiquilla está loca, murmuré. Pero fuera lo que fuese, el tiempo no era el más á propósito para



¿QUIERE USTED IR AL MOLINO BLANCO?

quedarme allí parado. La tempestad iba arreciando; el viento silbaba ferozmente; la oscuridad iba envolviendo poco á poco el valle; el rugido del trueno parecía el estrepitoso estruendo de numerosas baterías disparando á la vez. Resuelto á encontrar un refugio á todo trance, y muy indiferente á las amistades que Maitre Chalot pudiera tener ó no pudiera tener con sus vecinos, remé con todas mis fuerzas en dirección al molino, y pocos minutos después desembarcaba.

Vista de cerca, el aspecto de la casa era lo mismo que de lejos. Estaba casi en ruinas: apenas si había un cristal entero en ninguna de las ventanas; las paredes estaban rajadas, el techo desconchado; á la puerta de entrada le faltaba un gozne... en fin, todo revelaba la mayor miseria.

Estaba edificada en la orilla de un riachuelo que desaguaba en el río; alguna vez debió haber sido un molino próspero y floreciente, pero entonces se hallaba abandonado.

Cuando llegué á la puerta estaba empapado en agua. Miré por una de las ventanillas y vi una cocinita limpia como el oro, aunque muy pobremente amueblada, con un buen fuego en la chimenea y dos relucientes cazuelas de cobre arrimadas á la lumbre.

Aquello me animó un poco. Llamé, y un momento después oí que alguien venía cojeando á abrir la puerta: era Maitre Chalot, me lo daba el corazón. Estaba baldado y andaba con muletas.

—Buenas tardes, me dijo. ¿Qué es eso, le ha sorprendido á usted la tempestad? ¿Viene usted á refugiarse aquí? Pase usted, pase usted: todo cuanto hay en esta casa está á su disposición. ¡*Mon Dieu*, qué noche! ¡Qué relámpagos, qué truenos!

Y sin más me condujo á la cocinita que yo había visto desde fuera, y en la que tomé asiento muy cerca de la lumbre para secarme la ropa. Por ninguna parte vi á la niña que había encontrado á la orilla del río, lo que no dejó de sorprenderme. La tempestad seguía arreciando y la oscuridad era tan intensa que el anciano se dirigió al armario y sacó una lamparilla. La encendió y quedé admirado al ver de cerca al propietario de la casucha. Era un viejo de mirada benévola y altamente simpática: el pelo, blanco y sedoso, le caía por la frente; sus facciones eran correctas; la expresión dulce y cariñosa, la voz suave y agradable.

—¿Y este es el hombre de quien la niña me había hecho entrar en recelos? pensaba yo. Pues no lo entiendo.

Cuando dejó la lamparilla encendida sobre la mesa de la cocina, Maitre Chalot comenzó á disculparse de su pobreza.

—Nada tengo sino pan y vino que ofrecer á usted, dijo moviéndose con sorprendente agilidad con ayuda de las muletas.

¡Otra cosa era en vida de mi pobre mujer! Pero hace diez años que murió, y ahora estoy solo, completamente solo.

—¿Pues cómo? exclamé conmovido al ver la expresión de profunda tristeza del anciano. Hace poco encontré en la orilla del río una preciosa niña y me dijo que era sobrina de usted.



LLAMÉ Á LA PUERTA

Al oir esto, el anciano no pudo reprimir un gesto de disgusto, y golpeando la mesa con el puño con tanta fuerza que llegué á temer por la suerte de los cacharros en ella colocados, dijo con marcada expresión de odio:

—Sí, es sobrina mía, para castigo de mis pecados. Imposible hallar criatura tan abandonada ni tan vaga. Se niega á ir á la escuela y no quiere trabajar en casa. Es una maldición para

mí. Desde el mismo púlpito el buen padre predica contra ella y dice: «Cuidado con Fifine: apartaos de esa muchacha, no sea que os corrompa y os volváis tan malos como ella es». ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! Siento que haya usted hablado con Fifine.

No respondí: pero el hecho de que la niña no vendría á unirse con nosotros para cenar, me hizo suponer que sería cierto todo cuanto decía. Tampoco apareció después, cuando, terminada la cena, acercamos el banco de madera al fuego y encendimos el cigarrillo.

La tormenta había cesado, aunque todavía el viento seguía silbando con furia. Viendo que transcurría el tiempo y Fifine no venía, me atreví á preguntar:

—¿Y dónde está ahora su sobrina, Maitre Chalot?

—Dios solo lo sabe, contestó. En todas partes... en cualquier sitio... Anda errante por el valle á todas horas. No se preocupe usted por ella, que ya sabe cuidarse.

Cambió bruscamente de conversación y me dijo que, hacía poco, dos compatriotas míos habían pasado por su casa.

—¡Qué estrambóticos son ustedes los ingleses! añadió. ¡Qué ocurrencia la de meterse en una lanchita y andar vagando por los ríos, sin saber si á la noche tendrán casa en donde dormir ni si al día siguiente tendrán que comer! *Ma foi*, ¡qué nación!

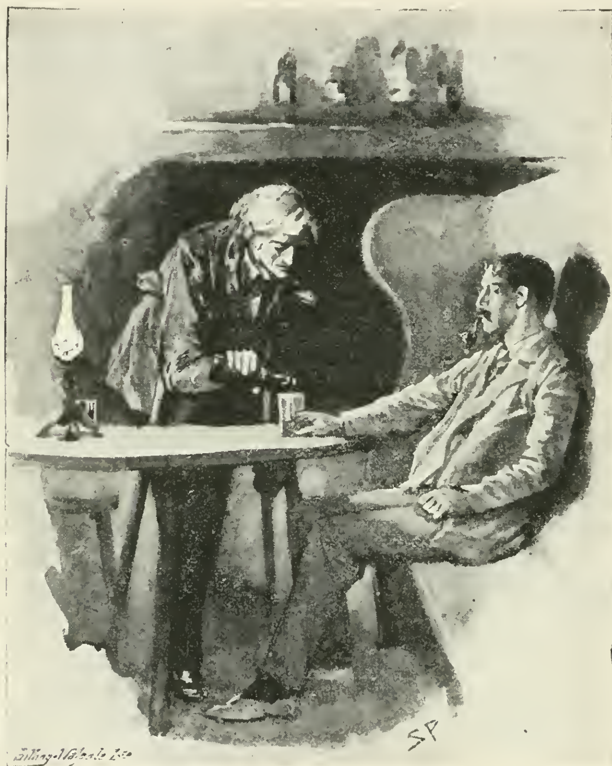
La ocurrencia, sin duda, le hizo mucha gracia, pues se echó á reir á carcajadas. En el mismo momento llegó á nuestros oídos un ruido sordo y pesado, como si alguien estuviera dando martillazos en el cuarto contiguo. El anciano recogió las muletas y salió de la cocina. Me figuré que iba á enterarse de dónde procedía el ruido. Mientras estuvo ausente me pareció oir un grito de mujer. Presté atención, pero no se repetía, y un momento después volvió Maitre Chalot.

—*Mon Dieu*, ¡qué noche tan horrible! exclamó. ¡Cómo sopla el huracán! ¿Ha oído usted los aullidos del perro? Le he encerrado en el camarote. ¡María santísima! Ni los animales pueden estar fuera de casa con este tiempo.

—¿Y qué me dice usted de su sobrina? pregunté, empezando á sentir una inexplicable desconfianza en el viejo.

—Está en la cama, contestó. Bien la conozco yo. Si alguno tiene que sufrir, no será ella seguramente.

No sabía qué pensar ni qué contestarle. Casi hubiera jurado que era de la niña el grito que sentí cuando el viejo no estaba



ME SIRVIÓ OTRO VASO DE VINO

en la cocina. Sin embargo, allí á mi lado, Maitre Chalot, amable y sonriente, parecía la personificación de la benevolencia y de la bondad. Creí ver algo misterioso en todo aquello. Recordé la mirada triste y desconsolada de la niña y su exclamación de horror cuando supo que quería dirigirme al Molino Blanco. Recordé también el completo aislamiento de la casa, y entonces me asaltó la idea de que estaba solo con aquel viejo marrullero.

Todo esto pasó por mi imaginación, pero no era precisamente el anciano el que me preocupaba. Al fin él era baldado y anciano y yo fuerte y joven, y si venían mal dadas fácil me sería sujetarle. Pero la sensación de temor que dos ó tres veces sentí en aquella triste cocina era como de un peligro desconocido, algo contra lo que no podía luchar.

La tenue luz de la lamparilla reflejaba sombras negras en las húmedas paredes: el viento seguía silbando furiosamente en el valle... La cara del viejo, que me parecía iba ya tomando un aspecto siniestro, la idea del aislamiento y la soledad que rodeaba la casa, todo contribuyó á impresionarme. Comencé á notar que la atmósfera de la cocina se iba haciendo pesada, insoportable la compañía del viejo, y apenas sonaron las nueve en su antiguo reloj, dije que quería ir á descansar.

La idea le pareció bien.

—Sí, sí, dijo: sin duda habrá usted venido desde lejos y estará cansado. Siento en el alma no tener mejor cama que ofrecerle, señor. Otra cosa era en vida de mi pobre esposa. ¡Ah, señor, qué mujer aquella tan hacendosa y tan buena! ¡Que Dios la tenga en su santa gloria!

Mientras así hablaba sacó del armario un farolillo de latón y encendió la vela. Levantándolo al aire, adelantóse con mucha agilidad ayudado de las muletas, y haciéndome una seña para que le siguiese, me condujo por un estrecho pasillo. Después de andar unos cuantos pasos llegamos á un ángulo del pasillo: pero él había avanzado tan de prisa, que yo quedé bastante atrás y apenas llegaba hasta mí la opaca luz del farolillo. Sentí un movimiento á mi espalda, y volviendo la cara me encontré con Fifine.

—¿Qué haces aquí, niña? la pregunté.

—He venido para prevenirle, contestó tan agitada que apenas podía respirar. No vaya usted... no le siga... no duerma... ¡Ay, Dios mío! Tenga mucho cuidado...

No pudo continuar, porque en el mismo momento se volvió el viejo y la niña desapareció como una sombra.

El ángulo del pasillo donde yo estaba había quedado completamente á oscuras. Impresionado con las palabras de la niña creí que lo más conveniente sería volver á la cocina, pues allí,

por lo menos, vería el peligro que me amenazaba, mientras que en aquella oscuridad impenetrable no sabía qué podría suceder. Mil temores cruzaron por mi imaginación. Indeciso y vacilante di unos pasos hacia la habitación de donde acabábamos de salir, cuando volvió á brillar la luz del farolillo del anciano en el otro extremo del pasillo.

—Su alcoba está preparada, señor, exclamó Chalot.

Esperó que me acercase á él, y entonces me asaltó la siguiente idea: ¿Me habría hablado Fifine como me habló aconsejada por el viejo? ¿Sería que quería obligarme á volver á la cocina?

No sabía qué hacer ni cómo disculparme para volverme atrás, hasta que por fin resolví que era preferible disimular todo lo posible y seguirle. Así lo hice, y unos momentos después me mostraba la alcoba donde había de pasar la noche. Era una habitación pequeñísima, con una ventanilla muy alta; el techo y las paredes estaban húmedos y sucios. Los únicos muebles que contenía eran una cama vieja y destartalada, un lavabo de hojalata, una mala alfombra y un armario grande de pino. Casi me estremecí cuando el viejo dejó el farolillo sobre el lavabo y se puso á disculpar su pobreza nuevamente. Pero yo estaba deseando que se fuera, y con una frase tan fría como breve le di á entender que quería quedarme solo.

En cuanto se marchó respiré á mis anchas. Sin saber por qué, la presencia de aquel hombre me atacaba los nervios.

¿Qué debería hacer?

Examiné la puerta y vi que carecía de toda cerradura y que hasta los goznes estaban flojos; aquello no servía de nada, era completamente inútil. Se me ocurrió colocar el armario contra la puerta para evitar que la abriesen, pero pronto vi que era imposible; se hubieran necesitado más de dos hombres para mover aquel pesado trasto. Me acordé también de la cama, pero pronto comprendí que tampoco me serviría de nada, dada la estrechez de mi celda, pues apenas podía dársele otro nombre. Entonces decidí que lo mejor sería esperar un rato y luego salir silenciosamente de la casa, llegar al río y reanudar mi viaje. Era preferible encontrarme de noche en mi lanchita vagando por el agua que permanecer encerrado en aquella especie de ratonera.

Eché muy de menos mi revólver, pues estaba convencido de

que tendría que luchar por la vida, y tal vez un arma de fuego me hubiera salvado de cualquier peligro. Pensando en estas cosas me senté en la cama, resuelto á esperar una media hora y después intentar la salida.

Habrían pasado unos diez minutos cuando el farolillo se apagó, y á no ser por un rayo de luna que penetraba por la ventanilla hubiera quedado envuelto en la más completa oscuridad. Entonces me puse de pie, firmemente resuelto á salir de allí viniera lo que viniese.

Me acerqué á la puerta con la maleta y la americana en la mano y la abrí. Un rayo de luz invadió la alcoba, y con gran sorpresa mía me encontré cara á cara con Maitre Chalot.

Aunque fué grande mi asombro (pues ningún ruido había sentido) al verle allí con una linterna en la mano, no pude pronunciar ni una sola frase.

—Tengo que pedirle mil perdones, señor, dijo él, pero se me había olvidado advertirle que no se acerque á aquella puertecilla. Es peligrosa porque conduce á la rueda del molino, que en otros tiempos fué el orgullo de esta casa.

Sin darme tiempo para contestar, y sin pedir mi permiso, cruzó la miserable alcoba, y enfrente de la puerta por donde había entrado tocó un entrepaño, el cual cedió inmediatamente. Una ráfaga de aire fétido y malsano invadió la estancia y casi apagó la luz de la linterna.

—Cuidado, señor, continuó el viejo, no se arrime demasiado. Es un sitio peligroso de veras. ¡Cuánto siento que tenga usted que dormir aquí! Pero ¡qué remedio! No hay más alcoba que ésta.

Mientras así hablaba, atraído, sin duda, por la franqueza y sinceridad de sus palabras, me acerqué un poco á la puerta que había abierto. Después de todo, pensé, ¿qué peligro puede haber? ¿qué mal puede hacer un anciano baldado, que sólo valiéndose de las muletas puede sostenerse? A pesar de todo, un no sé qué inexplicable me impedía satisfacer por completo mi curiosidad.

—Acérquese un poco más, señor, dijo viendo que vacilaba. Examine usted la rueda; es muy antigua, pero, claro está, la represa no trabaja ahora.

Apenas había pronunciado estas frases llegó el momento crí-

tico. Supongo que sin darme cuenta de lo que hacía adelanté un poco más, empezando á creer en la lealtad de aquel hombre y que la muchacha me había engañado, cuando de repente, como si las muletas se le hubieran escapado de las manos, cayó



CARA Á CARA CON MAITRE CHALOT

pesadamente al suelo. La luz de la linterna se apagó y quedamos á oscuras. El anciano, tendido á mis pies, lanzaba ayes desgarradores.

—¡Ay, señor, exclamó, ayúdeme por favor! ¡Cuánto sufro, Dios mío!

Sin sospechar traición ninguna tendí la mano para ayudarle á levantar, y en cuanto la cogió entre las suyas me estremecí comprendiendo su diabólica idea. Las manos de Chalot parecían dos tenazas, y me tiraba con tanta fuerza que creía acabaría por destrozarme los dedos. Con la resistencia que yo hacía temí que acabara por arrancarme el brazo. Sufría atroces dolores. Por fin me venció, y á pesar de todos mis esfuerzos consiguió arrojarme al suelo á su lado. Sentí su fétido aliento en la cara y oí cómo rechinaban sus dientes al tratar de sujetarme. Yo le golpeaba la cabeza con las dos manos, pero mis golpes producían el mismo efecto que si hubiera dado en una piedra.

Aquel hombre tenía la fuerza de un loco y la crueldad de una fiera. Al cabo de algunos momentos consiguió estrecharme con los brazos y trató de arrojarme al inmundo pozo que se abría al pie del entrepaño, pero no pudo conseguirlo. Entonces me clavó las uñas de la mano izquierda en la garganta, mientras con la otra me rodeaba el cuello como un apretado collar de acero.

No recuerdo cuánto duraría nuestra lucha; lo que sí tengo muy presente es que una y otra vez trató de precipitarme al negro abismo que á nuestros pies se abría, y que una y otra vez, no sin grandes esfuerzos, lo pude evitar. En algunos momentos me hallaba debajo de él casi asfixiado, viendo extrañas luces en los ojos y oyendo extraños ruidos en los oídos; pero conseguía levantarme y le golpeaba la cabeza y la cara con todas mis fuerzas, aunque nunca conseguí librarme completamente de sus garras.

Sus brazos parecían de hierro; tenía una fuerza hercúlea, y por fin comprendí que no podía resistirle. Después de haberme clavado los dientes en un brazo y de dejarme casi ciego y sin sentido, aun tuvo alientos para cogerme como si hubiera sido un niño y me lanzó al pozo.

Tan desesperada lucha me había dejado muy débil, pero afortunadamente no llegué á perder el conocimiento. En mi exaltada imaginación me había figurado que caería hasta el agua estancada del antiguo molino, pero no fué así. Había caído á una profundidad de cinco pies próximamente, y me hallaba sobre lo que me parecía una plancha de madera cubierta de lodo y fango. No por eso, sin embargo, era menos espantosa mi

situación ni menos fundada la idea de que me quedaban pocos minutos de vida. Me asfixiaba el olor del fango; la oscuridad era casi completa; enormes ratas corrían por la plancha, pasando y volviendo á pasar sobre mi cuerpo... Me sentía morir de asco y de horror en aquella inmunda tumba.

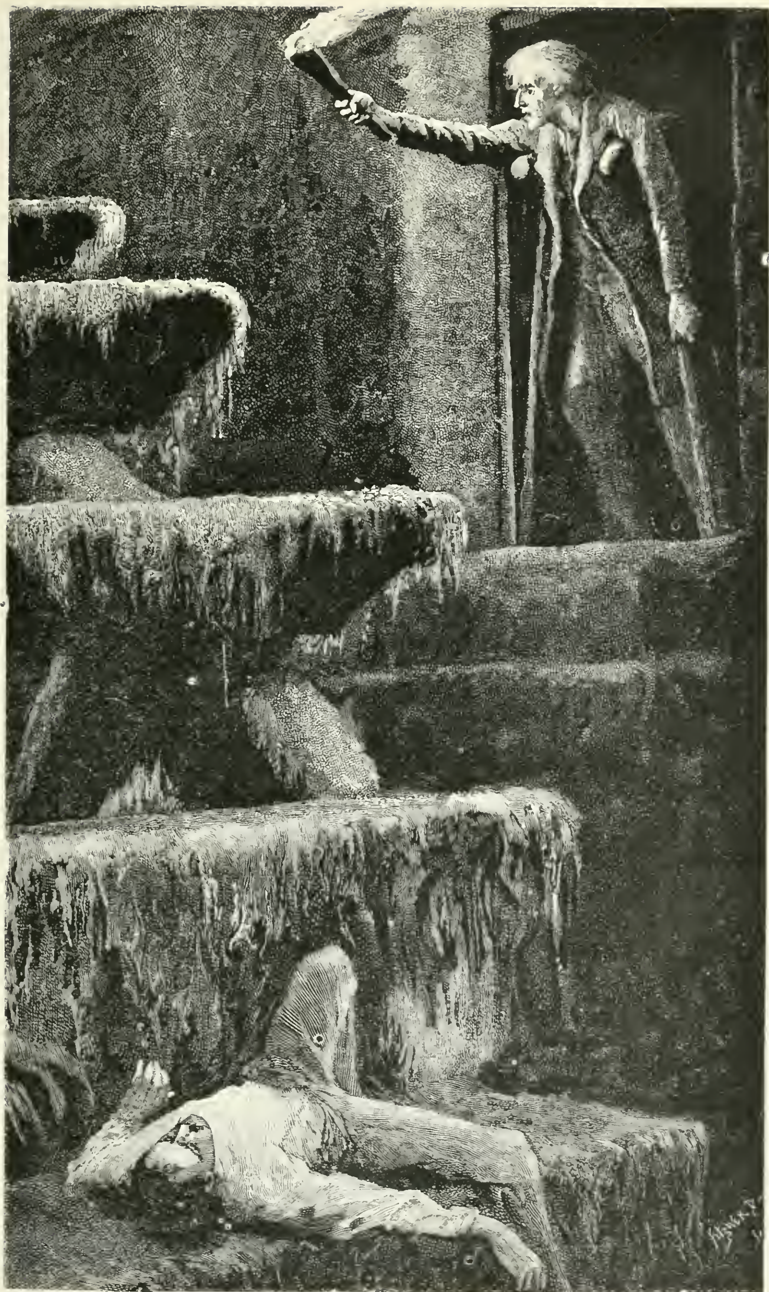
No hallo palabras con que explicar todo lo que sufrí. No me quedaban fuerzas para nada; tenía la cara ensangrentada y herida, me dolían las manos, ardía mi cabeza... Sólo sé que hubiera preferido una muerte cualquiera á los horribles tormentos del pozo, que sin vacilar hubiera puesto fin á mi vida si hubiera podido.

El murmullo del agua al correr lentamente por el túnel, el incesante ir y venir de las ratas y el gotear de la lluvia sobre el techo eran los únicos ruidos que venían á interrumpir el profundo silencio del pozo y el que reinaba en la alcoba desde la cual me había arrojado allí el infame Chalot.

Cada minuto me parecía una hora y cada hora una eternidad: así que ignoro cuánto tiempo pasaría, hasta que sentí un ruido y un rayo de luz rompió la oscuridad del pozo.

Miré hacia arriba y vi al viejo con una antorcha en la mano. Echó una mirada, pero no me vió. Dos minutos después se retiró de nuevo, cerró la puerta y volví á quedar á oscuras. La luz de la antorcha con que se había alumbrado Chalot fué suficiente para que pudiera darme cuenta de mi situación. Había caído sobre un diente de la rueda, que entonces estaba rota y deteriorada, aunque sujeta firmemente al eje. Encima de mi cabeza estaba la compuerta y el agua goteaba por las pequeñas aberturas. Delante de mí había un túnel que supuse conduciría al río.

Las paredes estaban cubiertas de fango verdusco y pegajoso, que sin duda se había aglomerado allí con el transcurso del tiempo; las aguas que se revolvían á mis pies tenían color de tinta; masas fantásticas colgaban de los dientes de la rueda; el aire era pesado y malsano... y no había medio de eludir la lenta muerte que me esperaba; yo al menos no veía ninguno. Nadie pudiera haber escalado aquellas resbaladizas paredes, y aunque lo hubiera conseguido no había salida, no había sitio por donde escapar. El viejo había cerrado la trampa con pasador: podría tal vez salirse por el túnel, pero yo estaba dispuesto



MIRÉ HACIA ARRIBA

á sufrir cien veces la muerte antes que intentarlo. No podía mirar aquellas negras aguas sin estremecerme: solamente la idea de hundirme en aquel fango y la oscuridad del túnel me llenaban de un horror indescriptible. Y sin embargo, las palabras «es tu única esperanza, tal vez por allí llegarías á ponerte en salvo», resonaban incesantemente en mis oídos. Mi agonía era tan grande que rogué á Dios me mandara la muerte de cualquier modo menos de aquel.

Había ya un poquito de claridad en el pozo, por lo que comprendí que había amanecido, y me entretuve observando un rayo de luz que caía sobre las aguas negras, resuelto á no pensar más en el túnel, sucediera lo que sucediera. Me fijé en la línea del agua y en el ángulo del rayo, y de pronto creí notar un cambio. Volví á fijarme con más atención y me convencí de que el agua venía llenando el pozo. Entonces mi desesperación no tuvo límites.

No hallo palabras para expresar la ansiedad con que estuve observando aquella línea durante los diez minutos siguientes. Pulgada por pulgada, cubriendo primero un ladrillo y luego otro, fué subiendo el agua. Vi que las aguas negras que llenaban el túnel comenzaban á agitarse, oí la impetuosidad de la corriente y cesó el pataleo de las ratas. Mientras tanto la luz penetraba más y más en los recintos oscuros del pozo, y observé la creciente línea del río como uno pudiera observar el sable que dentro de pocos minutos ha de darle muerte.

El agua continuó subiendo; me llegaba ya hasta los pies y me cubría hasta los tobillos. La agitación era cada vez mayor, y cada vez más fuerte el murmullo de la corriente. La rueda del molino retemblaba tanto que apenas podía sostenerla. La desesperación, el temor á la muerte, y más que nada la repugnancia que me inspiraba el túnel, me tenían anonadado y á punto de perder el juicio.

Aunque sabía que no había remedio, que irremisiblemente tenía que morir, porque estaba ya muy cercano el momento en que las asquerosas aguas me asfixiarían, me agarré á la rueda como si fuese mi única salvación. Y la corriente seguía creciendo, los hoyos se convertían en olas y el aire, con la espuma del agua, se iba haciendo húmedo.

Hasta entonces creo que en toda aquella noche no había salido de mis labios más que una exclamación; pero recuerdo que en el momento de caer de la rueda lancé un grito profundo, como si con él hubiera querido dar rienda suelta á mi terrible angustia. Después, y mientras la corriente me arrastraba hacia la impenetrable oscuridad del túnel, casi perdí el conocimiento. Medio asfixiado, haciendo esfuerzos para respirar, ora sumergido en el negro abismo, ora lanzado contra las paredes y las piedras, la corriente me fué llevando hacia el río, siempre adelante, hasta que sin saber cómo ni de qué manera me encontré agarrado á una barra de hierro y con la cabeza por encima del agua.

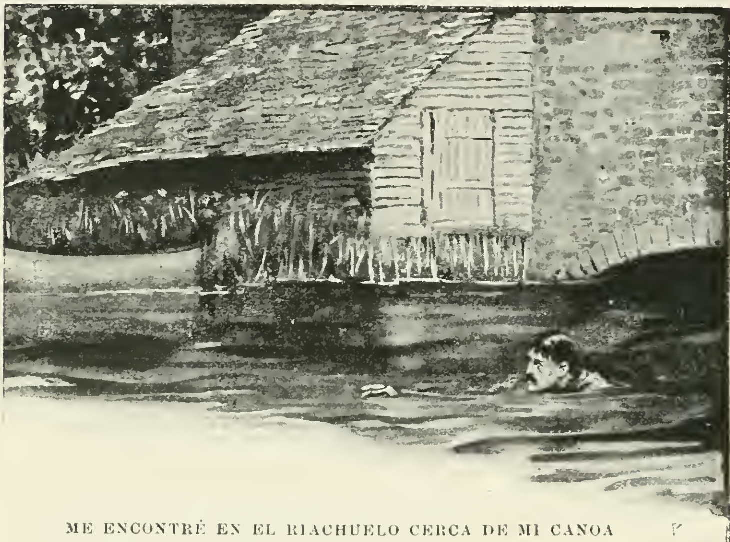
Al principio creí que aquella barra sería mi salvación y un rayo de esperanza vino á consolarme; pero ¡ay! bien pronto volví á caer en la desesperación y me pareció que había llegado mi último momento, que aquella sería mi sepultura.

¡El túnel estaba cerrado con un enrejado de hierro! Con qué objeto había sido colocado allí aquel obstáculo no puedo saberlo, pero no olvidaré jamás los momentos que pasé golpeándolo con las manos para arrancar las barras, mientras me estaba muriendo de asfixia, aunque luchando como deben luchar los náufragos cuando ven cercana la orilla. La corriente aumentaba á mi alrededor; el agua pasaba y volvía á pasar por encima de mis hombros, cayendo á torrentes del pelo y de la cara. Más de una vez faltó muy poco para que la espuma me ahogase. La oscuridad era impenetrable, el aire fétido.

No tenía ya esperanza ninguna de salvarme, y sin embargo todo mi sér se revolvía contra la idea de que fuese mi tumba aquel pozo asqueroso é inmundo. Lo horrible de aquella especie de prisión, el conocimiento del completo desamparo en que me hallaba sirvieron para darme nuevas fuerzas, que no sé de dónde pude ya sacarlas. Luché con aquel enrejado como si hubiera sido un hombre como yo que me impedía el paso, y lo empujé hasta que empezaron á dolerme los brazos y parecía que las venas iban á saltar. Sentí que las fuerzas se me acababan, que un mareo horroroso se apoderaba de mi cabeza, pero sin embargo pude sostenerme sobre el agua. La debilidad, el saber que antes de muchos minutos llegaría mi fin, me impulsaron á hacer

el último esfuerzo. Puse un pie en la base del túnel. y empuñando una de las barras del enrejado me eché hacia atrás con la idea de lanzarme en seguida con todas mis fuerzas sobre los hierros. Con asombro indescriptible, el enrejado, que de ninguna manera cedía *en dirección del río*, saltó inmediatamente y quedó entre mis manos, empujándome hacia atrás.

Al desaparecer el enrejado aumentó la fuerza de la corriente, que entonces me llevaba hacia adelante, como pudiera haberlo



ME ENCONTRÉ EN EL RIACHUELO CERCA DE MI CANOA

hecho con un ligero trozo de madera. Las aguas agitadas bramaban á mi alrededor, cuándo sumergiéndome en sus profundidades, cuándo lanzándome contra las paredes para volver á la oscuridad de la bóveda. Después, en un momento cambió todo. El color negro de la corriente trocóse en un color verde dorado; el rugido cesó, desaparecció la oscuridad... El sol brillaba encima de mi cabeza... ¡Había salido del pozo! Levanté los brazos y pude subir á la superficie del agua. Un momento después me encontré en el riachuelo que corría al lado del molino y divisé mi canoa.

Cuando me sentí con fuerzas para tomar el remo entre las

manos, que fué al cabo de una hora, me dirigí hacia el río Loira, huyendo del Molino Blanco como de la peste. Por ninguna parte vi á Fifine ni á Chalot. Un silencio sepulcral reinaba en la casa, como si estuviera deshabitada de muchísimo tiempo atrás.

A medio kilómetro me encontré con una especie de islita y allí me mudé. De las cosas que llevaba en la canoa nada me faltaba, pero el infame viejo me había quitado de la ropa el dinero y el reloj. ¿Y qué? Por nada del mundo hubiera yo vuelto al molino, cuyo recuerdo solamente me hacía temblar.

Habría navegado como unas seis millas, cuando al acercarme á una aldeíta oculta en un bosque vi con gran asombro á Fifine sentada en la orilla del río. Lloraba amargamente: pero cuando quise aproximarme á ella para hablarla se levantó y apretó á correr, hasta que desapareció de mi vista entre los árboles del bosque. Sólo después de muchos meses supe de labios de un abad lo que la debía.

Los martillazos que había sentido estando cenando en compañía de Maitre Chalot fueron los que ella daba para romper el engranaje de la rueda, á fin de que el agua no pudiera llegar más que hasta la mitad del túnel. Gracias á ella no perecí ahogado como una rata.

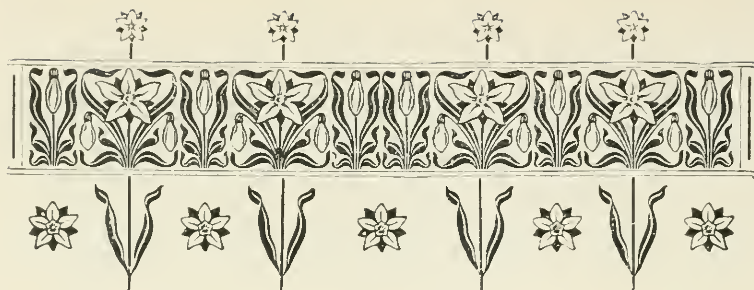
En Roán tuve que detenerme unos días mientras llegaban los fondos que había pedido á mi casa. Allí referí al señor alcalde cuanto me había sucedido, y recuerdo que me dijo:

—Hace tiempo que le vigilamos. Pero ¡qué se va á hacer! Probablemente para estas horas estará en París.

Semejante contestación no tenía réplica. La policía francesa vigilaba á Chalot, y sin embargo no hizo nada para cogerle.

M. Pemberton.





Catalina.



Era el segundo día de Plewna, de aquella terrible batalla que casi duró una semana, y en la que al fin vencieron los rusos, aunque después de haber sido derrotados tres veces. Ibrahim Pachá fué uno de los pocos jefes turcos de alta graduación que aquel día pudieron salvarse. Los cosacos con sus caballos, que les obedecen de una manera asombrosa, habían barrido los ya destrozados batallones turcos. El resto del ejército del sultán, á pesar de su valor y su arrojo para la lucha, había concluído por retirarse, con objeto de rehacerse. Armenios, circasianos, búlgaros... todos huían, cometiendo vergonzosos hechos, prohibidos por las leyes de la guerra entre naciones civilizadas y por el derecho de gentes. Los rusos cruzaban el Danubio, avanzando por Bulgaria en verdaderas legiones. Los mejores generales del sultán se retiraban hacia Sofía con el grueso de las tropas, y los demás marchaban hacia Tirnova con el fin de hacerse fuertes en las montañas de los Balkanes, donde podían resistir el empuje del enemigo y restaurar sus decaídas fuerzas. Dos veces retrocedieron para atacar á los ejércitos del czar con ímpetu increíble; pero entre aquellos hijos del Imperio de la media luna abundaban

los hombres de positiva filosofía muslímica, y uno de ellos era Ibrahim Pachá.

Al caer la tarde, viendo el combate casi perdido, y tan pronto como observó que algunos soldados del campo turco emprendían la huída, acordándose de los placeres que había dejado al otro lado del Bósforo, cerca de Brusa, donde los habitantes eran más sus siervos que súbditos del sultán; evocando en su imaginación las delicias de sus jardines, de su serrallo y de sus riquezas; invocando el nombre de Alá, hizo volver grupas á su hermoso caballo circasiano, y, seguido de sus ayudantes y de los batallones más fieles, se retiró del centro de acción de las tropas turcas, aprovechando la oscuridad de la noche, para acampar, pocas horas después, en las orillas del Isker, pequeño río tributario del Danubio, con cuyas aguas se juntaba para llegar unidos al gran Mar Negro.

Colocada la tienda en el centro del campamento, formado por los 8 ó 9.000 hombres que le seguían, estaba reclinado sobre unos cojines, fumando una gran pipa antes de acostarse para descansar de las fatigas de aquella adversa jornada, y torturaba su imaginación á fin de encontrar una disculpa ante el sultán por los dos ó tres días que se proponía no entrar en fuego, cuando oyó fuera protestas y gritos. Mandó á un ayudante que saliera á enterarse, y al poco rato volvió éste diciendo que los gritos eran de dos prisioneros.

—Que los traigan, exclamó.

Entraron en la tienda. Eran dos aldeanos búlgaros, padre é hijo, quienes, en represalia de haberles quemado el ejército turco sus haciendas y entrado á saco sus hogares, vivían desde hacía días del robo y del pillaje. Habiendo venido á parar cerca del campamento de Ibrahim Pachá, los centinelas les habían detenido en el momento en que pretendían escapar montados en dos magníficos caballos de las tropas, de los que pacían alrededor de las tiendas y que acababan de robar.

Enterado Pachá de este hecho por el oficial y los soldados, que los habían traído atados y entre culatazos y empellones, dijo con increíble frialdad y crueldad, mientras acariciaba su hermosa barba negra y contemplaba las espirales de azulado humo que salían de su larga pipa, llena de perfumado tabaco:

—¿Y para qué tanta molestia? Puesto que han querido robarme, caigan sus cabezas.

Sus siervos oyeron al Pachá casi con placer (los ignorantes y los esclavos suelen ser implacables con aquellos á quienes consideran más débiles que ellos), y ya se disponían á llevarse á los aldeanos búlgaros cuando al más joven, que se resistía á marchar, se le cayó de la cabeza la gorra de piel de oveja que llevaba puesta.

Al recogerla un soldado notó algo extraño y pesado dentro de ella, y como el Pachá le interrogara para enterarse de lo que era y no pudiese responder, mandó descubrir lo que la gorra tenía oculto entre sus pliegues. El joven protestaba con vehemencia; pero sin hacerle el menor caso rompieron la gorra y entregaron el objeto al general, que para ellos venía á ser un dios.

El objeto tan cuidadosamente oculto era una admirable miniatura de mujer, encerrada en un estuche de oro cincelado.

—¡Por Alá y todos los profetas! exclamó Ibrahim al ver el divino rostro de aquella mujer, mientras sus ojos despedían fuego; en mi vida he visto otra igual. Di, perro judío, ¿de quién es este retrato?

El mayor de los aldeanos miró á su hijo y se encogió de hombros. El hijo miró primero á su padre y luego al soldado y á Ibrahim, sin saber qué contestar.

—Di, víbora del desierto, gritó ya el Pachá viendo que no respondía, mientras que su padre le decía:

—Si aprecias mi vida y la tuya, habla; quizás eso nos salve.

Los ojos del joven se animaron con esta esperanza, y contó al Pachá cómo había obtenido aquel precioso objeto de la hija del pastor ortodoxo de Widin, á fin de regalarlo á algún general turco y obtener su clemencia. El retrato era de ella, y tan exacto y tan parecido, que si la mirara en un espejo no la vería más fielmente reproducida. Había tenido algún trato en la casa del pope y lo había obtenido con facilidad.

—¿Y Widin está muy lejos de aquí? preguntó el Pachá.

—Un día de viaje, contestaron padre é hijo.

Ibrahim pareció reflexionar un momento en silencio, y luego añadió:

—Sois unos bribones, pero estoy dispuesto á perdonaros la vida y recompensaros con largueza si sois capaces de traerme esa muchacha.

—¡Grande y excelente señor! dijo el padre, dadme una docena de hombres valientes y fieles, y por mi nombre de Pablo Komanitza os prometo entregaros esa muchacha. Si no cumplo la promesa, vuestra es mi vida.

—Está bien, exclamó Ibrahim Pachá. Y llamando á su ayudante Alí-el-Mdjeah, le mandó buscar veinte hombres de los más valientes y arriesgados y salir con ellos y los aldeanos para Widin.

Al anochecer del siguiente día, Catalina, la bellísima hija de Lucas Sydonius, uno de los más respetados popes de Widin, estaba sentada, trabajando en labores de aguja, en un jardín de invierno encristalado que su padre poseía al pie de la modesta casa en que habitaba. A su lado hallábase una anciana sentada en un sillón (una hermana de Lucas), en cuyas nobles facciones estaban marcadas las huellas de reciente enfermedad. Por esta causa, y por atender á los deberes que al pope le imponía su ministerio, no habían abandonado su hogar, dejando á Widin para refugiarse en población más apartada de los peligros de la guerra, como habían hecho la mayor parte de sus convecinos. Pensaban, sin embargo, salir al siguiente día para Odessa, atravesando las líneas rusas, en vista del desastre sufrido el día anterior por las tropas del czar; pero marcharían solas, pues el pope tenía que permanecer forzosamente en Widin para formar parte del Consejo de defensa contra los probables ataques de los turcos.

Procuraba Catalina consolar á su tía, que había sido para ella una segunda madre, y que no podía ocultar los tristes pensamientos que la asaltaban ante la futura suerte de ambas, cuando llegó su prometido, Nicolás Bernheim, hijo de un canciller de Odessa que, como el pope, residía en Widin hacía muchos años por voluntad del czar y con objeto de atraer á los búlgaros á su causa. Venía á saludarlas y á enterarse de si estaban dispuestas á marchar al día siguiente.

Nicolás procuraba alegrarlas, diciendo:

—Ya veréis cómo volvéis pronto. Aunque tanto en Plewna

como en otras partes los turcos nos asombran por su arrojo y no nos dejan avanzar, nuestros generales, el gran Gurko sobre todo, nos llevarán á la victoria para honra de nuestro pueblo y de nuestro padre el czar.

Sonreía Catalina, procurando animar á la anciana, cuando de pronto resonó en el aire un grito agudo, seguido de otros de los criados de la casa, y antes de que los que se hallaban en el invernadero pudieran darse cuenta de lo que sucedía (la luz era ya muy escasa), apareció en la puerta Jacob, el menor de los aldeanos prisioneros del Pachá, y exclamó mirando á Catalina:

—¡Aquí los hombres! ¡Aquí está la niña bonita! Pero se parece tanto á la Virgen de nuestra aldea, que yo no me atrevo á tocarla.

—¡Torpe! gritó el ayudante enviado por el Pachá para esta empresa. Yo te enseñaré cómo se hace eso.

Y avanzó hacia Catalina con objeto de apoderarse de ella, pero un fuerte empellón de Nicolás le arrojó al suelo. El ayudante, que era hombre fuerte, levantóse con rapidez, y descargando sobre la cabeza de Nicolás un terrible golpe, le hizo rodar por tierra. Mientras tanto, á los gritos del pérfido Jacob acudieron más hombres, los cuales maniataron al infeliz Nicolás, y huyeron todos rápidamente, dejando sola á la pobre anciana, que quedó muda y paralítica al ver cómo el robusto Alí-el-Mdjeah había cogido á su querida Catalina, y llevándola en los brazos privada del conocimiento decía con voz de trueno á su gente:

—¡A caballo y largo de aquí todos cuanto antes!

En seguida dió orden para que se prendiera fuego á todos los caseríos del contorno, á fin de que sus moradores, ocupados en la extinción del incendio, no se determinaran á perseguirles. De este modo, y favorecidos también por el terror que el atrevido rapto había sembrado en Widin, les fué fácil alejarse pronto.

Al principio todo les salió bien: pero como marchaban á todo galope á fin de evitar contratiempos, llegaron á fatigarse tanto que tuvieron que detenerse á descansar, y hasta viéronse precisados á abandonar algunos caballos que ya no podían hacer la marcha.

Catalina, en el lamentable estado que es de suponer, era conducida por Alí-el-Mdjeah en la parte delantera de la silla.

Al poco rato de reanudar el viaje llegaron á un monte, donde el camino era malísimo. A la ida á Widin habían pasado por allí con relativa facilidad; pero hacía más de una hora que estaba lloviendo torrencialmente, y por esta causa el camino, al regreso, se había puesto casi intransitable, por lo cual tuvieron que apearse y llevar de la brida los caballos todos, menos Alí-el-Mdjeah con su preciosa carga, que era guiado por el prisionero Pablo.

Como marchaban casi sin otra luz que la de los relámpagos acabaron por no saber por dónde andaban, hasta que divisaron una mala choza de carbonero, hacia la cual se dirigieron con la esperanza de encontrar á alguien que pudiera indicarles el camino. Llamaron á la puerta de la choza y salió un viejo y pobre mujick con su mujer, dueño de aquel albergue y de su humilde huerto. Vivían del carbón que él fabricaba y vendía en los próximos pueblecillos.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Alí-el-Mdjeah.

—Johann Bratza, señor.

—¿Y tu mujer?

—Rebeca.

—Pues bien, es necesario que nos des algo de comer á mí y á mi gente y albergue hasta que pase la tormenta. Nos hemos perdido y necesitamos descansar. Tan pronto como lo hayamos hecho nos indicarás el camino mejor para atravesar el río Isker cuanto antes.

—Está bien, señor, dijo el pobre mujick, aunque eran enemigos de Rusia, de su patria, que él había tenido que abandonar.

El ayudante del Pachá ayudó á Johann Bratza á bajar del caballo á Catalina, que estaba, como todos, calada hasta los huesos y había vuelto á perder el sentido. Al verla, la reconoció el pobre mujick, y volviendo á entrar en la choza con el pretexto de llamar á su mujer para que se encargara de Catalina y para que los expedicionarios no notaran lo impresionado que se hallaba, le dijo á Rebeca:

—Creo que estos turcos traen robada á Catalina, la buena

hija del pastor de Widin, á cuya familia debemos nosotros tantos favores.

Salió Rebeca, y encargándose de Catalina, la depositó en su humilde lecho, mientras secaba al fuego las ropas de la joven y la preparaba una bebida caliente.

Satisfechos se hallaban todos por el momento. Alí-el-Mdjeah lo estaba más que nadie, por haber encontrado un sitio donde pudiera descansar Catalina: no por ella precisamente, sino por el temor de que el miedo y la lluvia la ocasionaran alguna enfermedad, y no pudiera él presentarse ante su general con el orgullo de haber desempeñado bien, hasta en sus menores detalles, la comisión que se le había dado. Los prisioneros estaban satisfechos con la esperanza de salvar sus vidas, y en cuanto á los soldados, porque en la choza les sería fácil tomar algún alimento.

La tormenta iba cediendo, y como en la mísera vivienda del carbonero apenas cabía media docena de personas, Alí salió fuera con sus hombres, á quienes Bratza, por su orden, fué repartiendo los escasos alimentos que podía darles. Tan pronto como cerraron la puerta de la choza, dejando solas á las dos mujeres, Rebeca, que no podía contener su emoción, se arrodilló al lado de Catalina y la cubrió de besos y lágrimas, mientras decía, al ver que iba recobrando el conocimiento:

—Querida niña mía, que tantas veces nos has socorrido con tus dones y con tu padre nos has salvado de la miseria, ¿tú también has caído en manos de esos infames? Habla, por Dios... ¿No me conoces? Soy Rebeca, la viejecita Rebeca.

Catalina empezó á darse cuenta de lo que sucedía y de la terrible situación en que se hallaba, y arrojándose en brazos de la mujer del carbonero rompió á llorar mientras decía:

—¡Ah, mi querida Rebeca, salvadme!

En esto Bratza volvió á entrar en la choza, y al ver la aflicción de Catalina, se sentó en un taburete para meditar lo que había de hacer.

—Tú has sido siempre listo, Joham, decíale Rebeca: eres bueno y querrás salvar á nuestra joven protectora... ¿Qué haremos?

De repente Joham se levantó sonriendo y dijo:

—La Virgen me ha inspirado. Serán necesarios para salvarla un valor y una suerte muy grandes, pero Dios nos ayudará. De otro modo estamos perdidos.

—¿Y qué es ello? preguntó Catalina llena de angustia.

Entonces el carbonero se aproximó á las dos mujeres y añadió:

—Tenga calma la señorita y escúcheme, pero procurando hacerse la dormida por si entraran esos demonios. Hace muchos años, en una de las batallas de tantas guerras como por aquí hubo, mis antecesores, mis abuelos, que eran muy poderosos, fueron muy oprimidos por los turcos, y aunque perdieron toda su fortuna, pudieron salvar sus vidas refugiándose en unas lagunas situadas no muy lejos, que son muy grandes y reciben el agua, ya de conductos subterráneos, ya del río Isker, hasta donde llegan. Estas lagunas abundan en islotes, y hasta hay una lengua de tierra que toca casi en el centro, ignorada de todos, pues la ocultan por completo los carrizos y plantas acuáticas, pero que yo conozco como la palma de la mano, porque en ella está la antigua casucha donde mis abuelos y mis padres se refugiaron y en la que yo guardo las redes para pescar patos silvestres, que abundan muchísimo y nos sirven de alimento. Hasta allí no se puede llegar directamente; hay que andar más de una hora por un camino estrechísimo y peligroso, donde á cada paso está uno expuesto á caer al agua, y luego cambiar de pronto de dirección para encontrar la vivienda, que ha de ser nuestro refugio mientras sea necesario. En cambio, ofrece también no pocos peligros, porque la tierra está siempre húmeda y el camino es tan estrecho que ha sido preciso ensancharlo con algunos troncos de árboles.

Si yo pudiera conseguir que esos perros turcos entraran con sus caballos por aquel camino, creo que al llegar al paso más peligroso conseguiría salvar á Catalina, y entonces los tres nos iríamos á nuestra casucha, donde podremos vivir en paz, como vivieron mi abuelo y mi padre durante mucho tiempo. Desde el sitio en que yo quisiera dejarlos hasta la casucha hay más de mil pasos; los carrizos son muy altos y muy espesos, y ni de día podrían vernos. Nuestra Señora la Virgen nos proteja y nos dé valor para salir adelante en nuestra empresa.

—¡Oh, sí! dijo Catalina con tono resuelto. Sería mil veces mejor morir así que caer en manos de esos hombres.

Joham las dejó solas y salió al campo, donde ya estaban todos preparándose para marchar. Alí-el-Mdjeah le dijo:

—Prepárate para guiarnos hasta atravesar el río Isker.

Pero como la tormenta había sido fuerte y tenía trazas de seguir lloviendo, repuso el carbonero:

—Gran señor, lo haré con mucho gusto; pero es casi seguro que el río, que ayer pasasteis á nado, no sea posible vadearlo hoy ni quizás en dos ó tres días. Tendréis que caminar unas seis horas hasta llegar á un puente, yendo por buen camino, á no ser que queráis arriesgaros á atravesar unas lagunas por las que pudierais llegar al río antes del alba.

Rechinó los dientes Alí-el-Mdjeah y exclamó con rabia:

—Y marchando río abajo, ¿no tendríamos otro puente más cerca?

—Está el que va á Plewna, contestó Joham; pero, á pesar de vuestra victoria de ayer, se halla todavía en poder de los rusos.

—Quiero llegar al campamento de mi general en las primeras horas de la mañana, añadió Alí furioso. Está bien: atravesaremos las lagunas por el mal camino que dices; pero por Alá que, si nos engañas, lo pagarás con el cuello.

Inclinó Joham la cabeza, y por orden de Alí volvió á entrar en la choza en busca de Catalina. Abrazó á su mujer, y dando á la joven, en lengua rusa, las instrucciones que creyó necesarias, salieron ambos á ponerse en manos de los turcos.

Diez minutos después emprendieron la marcha á buen paso, silenciosos, en medio de la oscuridad de la noche. Al cabo de una hora llegaron á las lagunas, las cuales comenzaron á cruzar por la lengua de tierra que formaba el camino. El carbonero iba delante con una antorcha; seguían los soldados á caballo, paso á paso, llevando entre ellos á uno de los prisioneros, y, por último, Alí con Catalina. Estos iban alumbrados por el otro prisionero, que llevaba otra antorcha. Alí marchaba á la retaguardia, porque así se creía más libre de peligros. Caía una lluvia menuda que hacía que las luces de las antorchas sirvieran, más que para dar claridad, como punto de guía de los expediciona-

rios. Los cascos de los caballos se hundían en la húmeda tierra, arenosa y resbaladiza; el cuadro que ofrecía la comitiva era verdaderamente lúgubre; no se oía el menor ruido, más que el caer de la lluvia, y los caballos iban resbalando y asustándose cada vez más, siendo necesaria, para seguir adelante, toda la habilidad, toda la destreza de buenos jinetes como ellos eran.

Todos iban temblando y como si temieran algún contratiempo inesperado. Hasta el mismo Alí marchaba intranquilo, escudriñando el camino con los ojos muy abiertos, aunque procurando aparentar serenidad y confianza. A cada paso se oían caer en el agua algunos trozos de tierra que caían á la laguna, á uno y otro lado del estrechísimo camino, con las fuertes pisadas de los caballos. Los juncales y los carrizos eran cada vez más altos, y había sitios en que apenas si podían vislumbrar por algunos claros la anchura de la laguna.

El carbonero llegó agitado á la línea divisoria de los dos caminos; pasó adelante por el opuesto al punto donde Catalina y él debían dirigirse, y cuando, después de calcular el trecho que á lo largo del camino ocupaba toda la comitiva, vió que la antorcha que alumbraba á Alí y Catalina se hallaba en el punto por él deseado, que era el cruce de los dos caminos, se arrojó en tierra simulando una caída y haciendo que su antorcha se apagara en el agua. En seguida lanzó un grito de terror, y, levantándose rápidamente, dijo:

—Deténganse todos y no se muevan, pues caerían á la laguna.

Y corriéndose por todo lo largo de la fila agarrado á las patas de los caballos y á las piernas de los jinetes, llegó á tientas hasta donde estaban Alí y Catalina, con el pretexto de encender la antorcha. Entonces se detuvo para explicar á Alí cómo había ocurrido el percance de la caída, á fin de dar tiempo á que Catalina se fijara en que había llegado el momento, y sacando con la mayor rapidez un puñal de entre su túnica, hirió con fuerza en el vientre al caballo de Alí, mientras sujetaba por las faldas á la joven.

El caballo cayó al suelo, arrastrando con él á Alí y al prisionero, cuya antorcha se apagó. Alí, ante lo inesperado y brusco del ataque, no tuvo tiempo más que para agarrarse á las bridas,

dejando abandonada su preciada carga. El carbonero Joham, á pesar de su edad, era fuerte y ágil, y aguijoneado por el interés que le inspiraba Catalina, pudo agarrarse á uno de los troncos de árbol que servían como de puente, arrastrando con él á la joven. Mientras tanto, los gritos que daban Alí y el prisionero, el pataleo del caballo, que caía por un lado del camino al agua, y el bamboleo de los juncales y carrizos, sembraron el espanto y la confusión entre los restantes caballos, que se precipitaron en la laguna con horrible estrépito. Pocos instantes después sólo se oía el monótono ruido de la lluvia, interrumpido por las imprecaciones y las asquerosas blasfemias de aquellos treinta hombres que se hundían en el fango.

Pronto se encontró Joham en camino seguro, y, marchando con Catalina desmayada en los brazos, llegó á la casi derruída casucha que había de servirles de abrigo. Acostándola sobre un montón de paja, la cubrió con una piel de carnero y se sentó á su lado, esperando que recobrara el conocimiento.

Mientras tanto Rebeca, allá en su humilde choza, ante una antigua y grande estampa de la Virgen, la ofrecía el mejor aceite que pudiera hallar para la lamparilla que nunca dejaba de encender ante ella y pedía con el mayor fervor que salvara á Joham y á Catalina.

Largas se le hicieron al carbonero las horas de aquella noche, que parecía interminable, hasta que al fin salió el sol, despejando con sus rayos el horizonte. Poco después vióse sorprendido por el cuerno de un pastor que se oía á lo lejos al principio, pero que cada vez iba aproximándose más y más. Se ensanchó su alma y hasta lloró de placer; aquel cuerno era el suyo. Venía gente de paz á buscarlos.

Catalina había vuelto en sí.

Joham izó un trozo de tela á guisa de bandera, para lo cual subió á lo más alto de la derruída casucha, y desde allí divisó á unos cuantos aldeanos búlgaros que venían en busca de ellos en una barca. Pronto estuvieron en la orilla, y el primero que saltó á tierra fué Nicolás Bernheim, que los venía dirigiendo. Catalina se reclinó en su pecho sollozando.

—¡Catalina, mi adorada Catalina! exclamó el hijo del canciller. ¡Al fin te vuelvo á ver y viva!

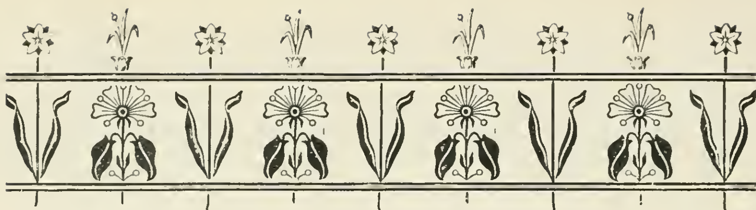
—Y tú, Nicolás, ¿vives aún? contestó emocionada la hija del pope, echándose en brazos de su prometido.

—Sí, Catalina, vivo y estoy ya restablecido del golpe que me dió aquel bárbaro. No hizo más que atontarme. Recobré pronto el sentido, y me preparaba á salir en tu busca cuando llegó Rebeca y nos enteró de todo. Sólo dos de los turcos se han salvado y están en nuestro poder: el resto encontró sepultura en la laguna. Pero volvamos á Widin y á casa. Las tropas de nuestro padre el czar han alcanzado un nuevo triunfo, pues ayer volvimos á vencer en Plewna. Las águilas imperiales siguen avanzando.

El regreso fué fácil y sumamente alegre. La comitiva llegó con felicidad á Widin y á su casa para satisfacción de todos, y en especial del padre y de la tía de Catalina.

Pocos meses después se firmó la paz con la victoria de Rusia, y Nicolás Bernheim y Catalina Sydonius contraían matrimonio con gran pompa en Odessa, donde un *ukase* imperial confirió un importante cargo á Nicolás. Lucas Sydonius quedó también allí, para donde obtuvo un ascenso en recompensa de los importantes servicios que prestó durante la guerra, y hasta Joham y Rebeca, que asistieron á la boda, fueron felices desde entonces, gracias á Catalina y su familia, quienes les regalaron una hermosa granja y una pareja de bueyes, con lo que pudieron ganar desahogadamente la vida. Rebeca tuvo todo el aceite que quiso para alumbrar á la Virgen, y todo el inmenso placer de haber contribuído á debilitar el Imperio turco, cuyo atraso y sensualismo constituyen todavía hoy un borrón para la antigua y culta Europa.





A la primera... ¡vencido!



Cuento semifantástico.

I

Recostado en un diván de su gabinete, Armando Rosales, aplaudido tenor de ópera, saboreaba un rico habano, distrayendo su mirada en las espirales de humo que, caprichosamente, se formaban encima de su cabeza.

A pesar de su actitud indiferente, se hallaba en aquel momento no poco intrigado ante la pertinaz constancia con que se reproducía en su cerebro el recuerdo y la imagen de una mujer hermosa.

—¿Si estaré enamorado? se preguntó al fin, *sotto voce*, contrayendo su fisonomía de un modo indescriptible.

Y clavó los dientes en su magnífico cigarro, como si dentro de éste se hallara la respuesta que él no sabía dar á su propio pensamiento.

—¡Bah! prorrumpió al fin. El peso de los años me desequilibra. Ya soy viejo para querer.

Y tirando el habano á medio consumir entornó los ojos, lanzó un bostezo formidable y se quedó en la actitud del que sueña despierto.

II

Rosales era un sér especial: extraña mezcla de impresionable é indiferente; de artista y de hombre vulgar; de trovador del siglo XIV y de *dandy* del XX; de idealista y de prosaico.

He ahí su bosquejo en cuanto á lo moral.

En cuanto atañe á lo físico, era un hombre de treinta y ocho años cumplidos, mediano de estatura, regular de carnes, de modales finos, con pelo y bigote de color castaño claro, ojos azules, bastante expresivos, y facciones correctas.

Su trato nada dejaba que desear, y tocante á su *voz*, era una maravilla, según en reiteradas ocasiones afirmaban los revisteros de teatros.

Vestía de un modo heterogéneo.

Unas veces con el sombrero flojo, la corbata chalina con lazo al desdén y el pelo largo, como los discípulos de la escuela romántica.

Otras no abandonaba la levita y el sombrero de copa, y asistía á todas las reuniones que daban los aristócratas en las capitales donde accidentalmente había fijado su residencia.

Pero no terminaba ahí su extraño modo de ser, sino que teniendo un alma predispuesta para amar, no había hombre que, como él, fuera tan refractario al matrimonio.

En más de una ocasión creyó sentirse enamorado y se recriminó severamente por su falta de juicio.

Primero pretextaba ser muy joven, luego no haber terminado su carrera artística, luego la carencia de fondos, y luego que todo esto hubo llegado se esforzó en creer él mismo que era ya viejo para querer.

—Y el caso es, se decía á menudo, que debe ser agradable tener por esposa á una mujer bonita.

Pero se detenía ante la idea de verse privado de su libertad de célibe y exclamaba con una sonrisa canonical:

—¡Bah! ¿Dónde voy yo con treinta y ocho años cumplidos?

Cualquier persona pensará que Rosales era un egoísta; pero á esto le responderemos que se equivoca, pues hubiera sido capaz

de hacer los mayores sacrificios por sacar á cualquiera de un apuro.

Armando era soñador y lógico á un tiempo mismo. Pero más que nada era un detractor del matrimonio, un hombre recalcitrante, un célibe empedernido, que se estaba repitiendo constantemente la canción del tenor en *El dúo de La Africana:*

«*Yo no he nacido*
para casado,
pues siempre he sido
muy delicado...»

III

Marietta Orenci era una tiple de ópera que trabajaba en la misma compañía de Armando Rosales.

Nacida y educada en Italia, tenía un trato dulce y simpático, gallarda figura, voz poderosa y vibrante y... *mucha escena,* como decían sus admiradores al contemplar su gentil desenvoltura en las tablas.

Marietta frisaba en las veinticinco primaveras; pero su cuerpo delgado y flexible y su cara aniñada le quitaban fácilmente *de encima,* como dice el vulgo, un par de años.

La aplaudida tiple era una de esas mujeres que ejercen poderosa influencia en el ánimo de casi todos los hombres.

De coquetería estudiada y ajena de aturdimiento; de conversación agradable y reveladora de una ilustración basada en bastantes sólidos principios; poseyendo esa habilidad característica de saber mirar y reir á tiempo y de *cegar* y enmudecer cuando llega la ocasión; de sinceridad nunca afectada; de ingenuidades y agudezas oportunas; de don de gentes, en una palabra, Marietta se había creado, al par que una brillante reputación artística, un extenso círculo de amistades, provechosas unas, siempre halagüeñas todas.

En su *camerino* recibía con igual amabilidad al perfilado aristócrata que al humilde periodista, y los tapices de su casa ó el pavimento del hotel donde accidentalmente fijaba su residencia se veían con frecuencia hollados por los bien *acicalados*

pies de algunas damas de alto copete, que tenían á mucha honra el estrechar la mano de la ilustre diva.

Armando Rosales, á pesar del horror innato é incomprensible que revelaba al bello sexo, no pudo por menos de fijar su atención en la tiple, que, sin él querer, tenía que estrechar á menudo entre sus brazos.

Pero el recatado tenor notó bullir algo extraño en su pecho; sintió la súbita alarma llamarlo al orden, y se propuso analizar con detención aquello que él desconocía en absoluto.

Rosales recapacitó, en efecto, fríamente, sobre su antiguo modo de sentir y sobre sus actuales sentimientos, y vió que él, que anteriormente miraba á las mujeres como el profano que mira un cuadro de más ó menos valor, con estoica indiferencia, se había transformado hasta el punto de que al contemplar á Marietta aumentaban las palpitaciones de su corazón, y al oirla hacer *gorgoritos* con su voz de ángel sentía como si una nube pasara por delante de sus ojos y cien impertinentes moscardones viniesen á zumbarle dentro de los oídos.

—¡Malo, malo, malo! se dijo Armando frunciendo el ceño. Ese demonio de mujer va á conseguir volverme el juicio.

Y desde el punto y hora en que descubrió su amor, estableció una lucha titánica entre éste y su razón, siempre indiferente, siempre inmutable, siempre fría y dispuesta á herir su pasión naciente, cual la punta de una daga.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos.

El amor ha nacido para triunfar, y en esta lucha, como en casi todas, había de lograr la palma de la victoria.

¡Oh, amor, amor! ¡Que siempre has de ser tú el que gobierne al mundo!...

IV

Una noche, Armando Rosales se hallaba encerrado en el cuarto que se le destinaba en el escenario, esperando la hora de la representación, vistiendo ya el traje que debía de lucir en las tablas y midiendo á largos pasos la reducida estancia, ínterin hablaba y gesticulaba con los ademanes de una persona que no se halla en su cabal juicio.

Indudablemente, en el ánimo del tenor ilustre se libraba una ruda lucha que llegaba á desequilibrar no sólo su cerebro, sino su organismo todo.

Rosales, el incansable detractor de todos los amoríos de la tierra, había concluído, á pesar suyo, por rendir culto al tirano dios, que desde el principio de los siglos se propuso ponerse por montera al mundo y á sus habitantes.

Pero más le hubiese valido á Armando no enamorarse jamás, tales eran las fatales consecuencias que debía irrogarle su primera y tal vez su última pasión.

El, que había dejado pasar los mejores días de su vida despreciando á cuantas mujeres cruzaron por delante de sus ojos, fué á caer en la red que le tendió el amor en esa edad que suele ser la más peligrosa para las pasiones, quizás por eso mismo, que las ilusiones de joven van ya *de capa caída*.

Armando, en efecto, estaba locamente enamorado de Marietta Orenci.

No se atrevió á declarárselo, pero ella lo conoció de sobra y comenzó á acosarlo con el aguijón de los celos.

La noche anterior á la de que nos vamos á ocupar estuvo, á propio intento, correspondiendo con excesivo descoco á las galanterías de un joven aristócrata, de esos que se hacen una gloria en conquistar á todas las mujeres que tienen alguna reputación, cualquiera que ésta sea.

Ernesto de San Jorge entró en el *camerino* de la diva durante todos los entreactos y fué recibido por ésta con una amabilidad rayana en más que coquetería.

Al ojo avizor de Armando no escapó ninguna de estas entrevistas (que era precisamente lo que Marietta deseaba, pues, dicho sea de paso, sentía por el tenor una *simpatía extremada*), y cuando después del último entreacto salió San Jorge del *camerino* de la tiple, Rosales se cuadró delante de él, interceptándole el paso, y con gesto asaz descarado lo increpó de esta suerte:

—Oiga usted, caballero: ¿usted quién es?

—Soy el barón de San Jorge, admirador humilde del tenor Rosales que, con exquisita maestría, nos tiene todas las noches á un numeroso público pendiente de su garganta, respondió Ernesto haciendo alarde de su algo afectada galantería.

Rosales, ante aquella profusión de palabras lisonjeras, se quedó con la boca y los ojos extremadamente abiertos, con una expresión del todo idiota y risible.

Sus intenciones eran las de provocar al joven aristócrata: pero ante los inesperados halagos de éste, su sangre de artista se insurreccionó en sus venas y se le subió al cerebro, produciéndole un vértigo que lo puso cercano al paroxismo.

Callado permaneció unos breves segundos, hasta que el barón, rompiendo el silencio, le dijo en tanto que le entregaba una tarjeta:

—Esas son mis señas y mi nombre: si para algo me necesita, tendré sumo honor en poderle complacer.

Y haciendo una cortés reverencia se alejó precipitadamente á ocupar su puesto en la sala del teatro.

Rosales, sin cuidarse de contestar á Ernesto, se quedó clavado en su mismo sitio, dándole vueltas á la tarjeta con el mismo embarazo que le podría dar vueltas á su gorra un raterillo, conducido por vez primera en presencia del juez de instrucción.

Y así permaneció hasta que el director de escena le llamó al orden para decirle que el telón iba á levantarse en aquel momento.

V

La aventura narrada le había ocurrido á Armando la noche anterior á la de que nos vamos á ocupar.

En ésta, como antes dijimos, se hallaba hondamente preocupado, midiendo á grandes pasos su habitación *de teatro*, ya del todo dispuesto para la representación.

Aquella noche se iba á dar *Hernani*, la ópera favorita de Armando y cuya interpretación ejecutaba de un modo admirable.

El teatro prometía estar brillante. No cesaba de entrar gente, y en palcos y plateas lucía un lujo semejante al que se acostumbraba á usar en Roma en tiempo del Imperio.

Todos llegaban ávidos de escuchar al eximio tenor Rosales, que venía formando la delicia de la gente más ilustrada y selecta de la capital.

Los ánimos no podían estar más favorablemente predispuestos: por todas partes, en cualquier rincón de la sala, no se oían más que merecidas alabanzas hechas á Armando, y parecía como si á los espectadores les hicieran *chiribitas* las manos, tan deseosos estaban de juntarlas con violencia para *formular* (permítasenos la palabra) multitud de sonoros aplausos que, repercutiendo en los diversos ángulos de la sala, fuese repitiendo el eco su halagador ruido hasta fuera del coliseo, para proclamar la gloria del singular artista.

Mientras se acerca la hora de que la ópera comience dirijámonos al cuarto de Rosales, el cual, sin dar treguas á su preocupación, no cesa de medir la estancia á grandes pasos, mientras sostiene, acompañándose de bruscas gesticulaciones, el más animado soliloquio.

¡Pobre Armando! Cualquiera persona que le viese pensaría que estaba muy cerca de la demencia, y por si en el cerebro de algún lector vehemente surgiese esta hipótesis, nos anticiparemos á decir que está muy en contacto con lo cierto; pues si el tenor no sufría completa enajenación mental, tan desequilibrado estaba su *sistema* psicológico que llegó á desequilibrar el orgánico, haciendo de aquel infeliz un sér diametralmente opuesto al sér antiguo.

Porque Rosales no sólo había llegado, conducido por el amor, al lamentable estado de locura *pasiva*, sino que había logrado olvidarse de sí propio y de sus necesidades más perentorias, como son el comer y el dormir.

Es fácil suponer que la naturaleza no podía soportar tal abuso sin resentirse seriamente; por cuya causa, Armando comenzó á ser víctima de un desequilibrio absoluto.

Hacía sandeces y, dándose cuenta de ello, no se sentía capaz de evitarlas, y con esta preocupación más, multiplicaba el número de ellas de un modo tan alarmante como desconsolador.

En la noche de que hacemos mención, Rosales tenía un miedo incomprensible de salir á escena. Se sentía indispuesto, y además el estado de su espíritu podía ocasionarle distracciones enojosas, que lo pondrían en un brete.

Sin embargo, no juzgaba prudente evadirse: cualquier disculpa hubiese producido un efecto deplorable en el público, in-

transigente y escéptico. No tenía más remedio que trabajar, aunque sólo fuese *per l'onore*.

En esta lucha interna se hallaba abstraído Rosales cuando sonaron dos golpecitos en la puerta de su cuarto.

Era el director de escena que lo reclamaba.

Armando hizo un supremo esfuerzo sobre sí mismo y salió de la estancia con paso firme y la frente erguida.

VI

Había sonado la hora en que debía dar comienzo la magnífica obra de Victor Hugo y de Verdi.

En la sala del teatro se podía percibir fácilmente el vuelo de una mosca; tal era el sepulcral silencio que reinaba en ella.

Los músicos lanzaron al aire las primeras notas de sus instrumentos y se alzó el telón, dejando libre la escena á las miradas de los espectadores impacientes.

En el primer acto Rosales estuvo inimitable. Su voz vibrante y sonora se extendía por todos los ámbitos del coliseo y arrancaba de donde quiera exclamaciones de entusiasmo.

Al terminar el acto el público *se deshizo* en aplausos y desde los corredores del teatro parecía que dentro de la sala había estallado de súbito una formidable tempestad que iba *in crescendo* de segundo en segundo.

El triunfo había sido completo. Rosales estaba enorgullecido.

Durante el entreacto fueron á felicitarle algunos personajes distinguidos, encontrándose entre ellos Ernesto, barón de San Jorge, que iba *de paso* á echar un parrafillo con la no menos eximia soprano Marietta Orenci.

Rosales comprendió su intención; lo vió luego hablar con la diva, y su palacio de naipes se vino al suelo.

Cuando el telón se levantó por segunda vez el infeliz tenor se hallaba desencajado y convulso, siéndole imposible sustraerse á la dolorosa impresión que había producido en su sensible alma el aguijón de los celos.

Al salir á escena dirigió una mirada *en redondo* para ver si descubría al barón de San Jorge. No tardó en conseguir su objeto, pues Ernesto se hallaba en un palco proscenio, con los

codos apoyados sobre la baranda y sin apartar los ojos de la escena.

Rosales sintió una sensación ruda; se olvidó de su papel y se quedó del todo paralizado, ante el asombro general.

A pesar de sus esfuerzos no logró recuperar su serenidad, y durante todo el acto estuvo desafinado y distraído. Terminó éste, cayó el telón y en la sala retumbaron solamente algunos aplausos, pero huecos, fríos, como dados por compromiso.

Salieron á saludar la tiple (que, dicho sea de paso, no había dejado nada que desear), el barítono y algunos más representantes.

Rosales no se atrevió á salir, y el público, aquel público tan frenéticamente entusiasmado media hora antes, no reclamó nada, absolutamente nada.

El tercer acto dió comienzo.

Rosales apareció en escena, y desde las primeras notas que salieron de su garganta cautivó de nuevo á los espectadores.

Pero cuando más sublimizado estaba observó que Marietta miraba sonriente hacia el proscenio de su rival aristócrata, y dirigiendo hacia éste su vista penetrante, reparó que Ernesto, sin apartar sus ojos de la diva, le enviaba un beso con la punta de los dedos.

Rosales tenía en aquel momento que atacar una nota alta, y de su pecho se escapó un gallo formidable.

En el paraíso y anfiteatro se oyeron toses guasonas; un serio rumor estalló en las butacas, y en palcos y plateas se percibieron algunas risas comprimidas.

Rosales comprendió que el público, para él harto benévolo aquella noche, no estaba por tolerar callado sus continuos tropiezos y que en aquellas circunstancias el estallar una horrorosa silba era la cosa más fácil del mundo.

Así lo comprendió el agitado tenor, y violentándose enérgicamente logró entrar en posesión de sus cabales sentidos, cantando de un modo tan magistral, tan sublime, tan inimitable el resto de la obra que, por tercera vez, la admiración del antes contrariado público se tradujo en fuertes y reiterados aplausos, que nuevamente, como celosos heraldos, proclamaron el innegable mérito de Rosales.

En efecto, la voz de Armando era maravillosa, y, según de boca en boca se iba repitiendo en el teatro, de su pecho no salían notas, sino torrentes de armonía.

Al final de la ópera, cuando asombrado Hernani escucha el lúgubre sonido de la trompa que lo sentencia á muerte, en ninguna ocasión estuvo Rosales más inspirado y sublime.

Y cuando tras breve lucha el exconspirador, cumpliendo la palabra empeñada, se arranca de los brazos de Doña Elvira y se hunde un puñal en el pecho, Armando se lo hundió *de broma*, pero cayó sobre el pavimento *de veras*, vencido por la fuerza de tantas emociones, sin sentido, como un cuerpo que se desploma desde una altura de mil metros.

Aquella caída mortal, tan á lo vivo ejecutada, arrancó prolongadísimos bravos del pecho de los espectadores.

El telón cayó y se levantó varias veces para que los actores saludaran; pero Armando no se estremeció de su sitio, siguiendo como en el momento de su muerte, inmóvil y rígido.

El público tomó aquello por un refinamiento del arte, el telón se corrió por última vez y el teatro, según frase proverbial, *se vino abajo*.

¡Tutti contenti!

VII

Rosales, tras prolongado letargo, abrió los ojos é intentó estirar un poco sus miembros, pero se encontró con que no podía separar sus brazos del tronco sin tropezar en unas paredes que estrechamente le tenían aprisionado.

Quiso entonces incorporarse y su cabeza tropezó con una nueva pared, viéndose obligado á tenderse de nuevo.

Abría más y más sus ojos espantados y no acertaba á descubrir ningún objeto en medio de las espesas tinieblas que le rodeaban.

Rosales entonces se puso á pensar unos instantes lleno de congoja, y abundantes lágrimas rodaron por sus mejillas cuando hubo adquirido la certidumbre de que le había acontecido el mayor horror de todos los horrores.

Armando, el pobre Armando, el eximio tenor de ópera, una

de las más legítimas glorias de la escena y del arte, estaba encerrado en un ataúd, enterrado vivo, abandonado por todos y dejado solo entre millares de muertos...

¡Pobre Rosales!

El, que se hallaba casi en la plenitud de la vida; él, que con tanto éxito seguía los penosos trámites de su difícil carrera: él, rodeado de halagos y de comodidades: él, á quien el porvenir le sonreía con las más lisonjeras esperanzas: él... no había muerto; pero más le hubiera valido carecer de energía vital á sufrir el tormento rudo, salvaje, cruel y relativamente inacabable que le esperaba, ó mejor dicho, que comenzaba á padecer.

¡El enterrado y enterrado vivo!

¡Horror! ¡horror! ¡horror!

Así se dijo Armando después de hacerse tan amargas reflexiones, y sin ser ya dueño de sí propio, creyéndose infaliblemente perdido, prorrumpió en gritos de dolor tan estridentes, tan desaforados, que hubiesen sido capaces de resucitar á los mismos muertos que no hubiesen estado ya reducidos á cenizas.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Socorro!... ¡Que vivo! ¡Que vivo!... Así decía, sin pensar que la capa de tierra que le cubría era tal vez demasiado espesa para que sus lúgubres lamentos pudieran ser escuchados por nadie.

Después de traducir su espanto en estos y otros terribles gritos de dolor, Armando cayó en una postración profunda, tan profunda que le pareció que sus ideas se desvanecían en su cerebro de súbito y se quedó aletargado, sin dar señales de vida.

En esta abstracción se hallaba sumido, cuando percibió clara y distintamente una voz que de cerca le dijo:

—¡Armando! ¡Pobre Armando! ¿Qué darías por salir de tu ataúd?

El eximio tenor dió una sacudida tan brusca que hizo crujir la caja que lo aprisionaba.

—¿Qué darías por salir de ahí? tornó á decir la voz misteriosa.

—¡Vive Dios! exclamó Rosales, tratando de sobreponerse al miedo y la emoción que á un tiempo sentía, ¡vive Dios! que la pregunta me resulta encantadora. ¿Qué daría por salir de aquí? ¡Ahí es nada! Mi fortuna, mi reputación, mi bienestar, mi todo...

¿Qué tienen de comparables todos los males de la tierra con este suplicio cruel á que estoy sometido?

—¿Luego anhelas vivamente salir de ahí? insistió la voz.

—¡Voto va! ¡Pues no que no!... prorrumpió Armando con exaltación febril. Tú, seas quien seas, vivo, difunto, hada, duende, precito, ángel ó demonio; si tienes poder bastante para sacarme de aquí, sácame, sácame antes de que la asfixia acabe conmigo y te juro que es tuyo cuanto poseo.

—¡Insensato! ¿De qué me servirían tus riquezas, ensueños quiméricos, que en tanto brillan como desaparecen? Yo soy la Muerte. Pero no tal como algunos han dado en representarme, bajo la apariencia de un repugnante esqueleto, armado de guadaña, próxima á herir á mil generaciones juntas; sino la Muerte tal cual soy; un ángel del cielo, encargado de llevar á Dios las almas que para él fueron creadas.

Muchos me han ultrajado, me ultrajan y me ultrajarán en adelante, tachándome de cruel é impía; pero no soy ni una cosa ni otra, aunque en ello se empeñen los mortales. Yo, por una antítesis que no me es dado explicar, estoy siempre á los pies del trono de Dios, que es fuente de vida, aguardando sus órdenes y dispuesto á cumplirlas en el momento que El las piensa.

Cuando un sér ha llegado en este mundo al fin de su carrera, Dios me lo señala con diestra omnipotente y yo extiendo mis alas, negras como la noche, y me vengo á este planeta, que llamáis tierra, para traer á una infeliz familia la desolación y tal vez la ruina. Llego, doy un beso en la frente del que Dios me señaló y transporto su alma al trono del Altísimo, para que El la juzgue según sus obras. Mi misión es triste ciertamente, pero Dios me la ha dado y á mí sólo me toca bendecir su voluntad sapientísima.

—Bien, balbuceó Armando con voz escasa, todo eso está muy bien; pero si mi hora postrera no ha sonado todavía, te ruego que me saques pronto de aquí; porque voy á morir asfixiado, sin aguardar á que tú me des ningún beso en la frente.

Apenas acababa de decir esto cuando sintió como si empujaran hacia arriba el ataúd, el cual se abrió á poco sin el menor esfuerzo y Armando puso el pie en tierra, con una emoción fácil de concebir.

—¡Felicittá! dijo el tenor con voz extraña, y se llevó la mano al corazón, como si en él sintiera un dolor agudo.

—¿Estás ya satisfecho? le preguntó el ángel de la muerte.

—¡Oh! exclamó Rosales. ¿Te atreves á aventurar semejante pregunta? El hombre que, como yo, se ha visto enterrado vivo, ¿qué satisfacción no ha de experimentar al sentir de nuevo el aire acariciar su rostro, penetrar en sus pulmones y atraer en torno suyo la vida y la esperanza?

—¿Luego estás contento de mi obra?

—Decir contento sería poco. Estoy en el colmo del agradecimiento, de la alegría, de la sorpresa... No puedo salir de mi asombro, ángel bendito; pero aun me quedan fuerzas suficientes para ensalzarte, para adorarte, para bendecirte... Tanto, que cuando llegue el fin de mi vida, cuando Dios te indique con su diestra omnipotente mi humilde persona para que vengas á besarme en la frente y á transportarme luego á las regiones eternas, por mí desconocidas, yo no te veré venir con miedo, ni horror, ni antipatía; sino que, por el contrario, recibiré tu beso satisfecho y me echaré en tus brazos, como podría echarme en los de mi mejor amigo.

—Gracias, Armando, balbuceó el ángel, mientras se rizaban sus labios por una fina sonrisa, al par que se iluminaban sus ojos con un resplandor divino.

Hubo una breve pausa, tras la cual prosiguió el ángel:

—Va á sonar la media noche, hora en que debo dejarte para ir á cumplir mi triste misión, recorriendo el orbe y sembrando por doquier el luto y la desgracia. ¿Quieres algo más de mí?

—Sí, dijo Armando sin titubear. Ya que tan propicio te muestras conmigo, voy á pedirte el último favor.

—Habla.

—Que me saques del cementerio. Según dices, no tardará en mediar la noche, y te juro por quien soy que no tengo ningún empeño en ver á los muertos, aquí enterrados, salir de sus tumbas, dispuestos á bailar la danza macabra, cuando suene la hora de los fantasmas y aparecidos.

—¿Eres miedoso?

—No. Pero me gusta respetar las costumbres de ultratumba y no trato de sorprenderlas ni fué nunca mi deseo.

—¿Y adónde quieres que te transporte?

—A la capital en que paraba. Una vez allí, yo sabré buscar mi vivienda.

—Hágase tu voluntad, contestó la Muerte, y montando al tenor sobre sus hombros elevó su vuelo, perdiéndose á poco los dos entre las nieblas de la noche.

VIII

Apenas llegados á la población, Armando y la Muerte se despidieron de la manera más afectuosa, deseando Rosales que fuese para mucho tiempo, y así que se hubo quedado solo en una calle solitaria, se aproximó á un muro y comenzó á recordar confusamente el pasado.

Poco á poco fueron acudiendo á su imaginación las más vivas emociones que ha poco había sentido y pensó en su fama, en su talento, en su posición social, en sus triunfos, en *Hernani*, en Marietta Orenci y en el joven aristócrata Ernesto, barón de San Jorge.

En estas meditaciones se pasó un buen rato, y de repente, como movido por un resorte, se dió una palmada en la frente y se dirigió con paso acelerado hacia el teatro donde trabajaba su compañía.

No hizo más que presentarse á los hombres que custodiaban puerta del coliseo para que éstos le dejaran paso libre, retrocediendo espantados y haciendo la señal de la cruz.

Rosales subió al paraíso, deseando pasar desapercibido y poder observar á gusto.

No sin trabajo logró colocarse en *primera fila* y fijó su atención en el aspecto de la sala, que estaba brillante, tan brillante como la noche de su última representación.

Y ¡cosa extraña! También aquella noche se daba *Hernani* y era un tenor en todo parecido á él el que hacía de protagonista.

La función estaba muy avanzada.

Ya se iba á llegar al desenlace último y Rosales apartó un poco sus ojos del palco escénico para dirigirlos, con ansia febril, al proscenio de Ernesto de San Jorge.

Este, con los gemelos junto á los ojos y apoyado en el ante-

pecho del palco, seguía con avidez notoria todas las evoluciones de la afamada y bella tiple Marietta Orenci.

Llegó el final del acto y se corrió el telón, ocultando aquella joya del arte escénico, frenéticamente aplaudida por un inmenso número de espectadores.

Armando, ebrio también de entusiasmo, se irguió de repente, echando la mitad de su cuerpo fuera de la baranda.

El telón se descorrió para que saludaran los artistas al público, y Rosales observó estupefacto que Marietta dirigía una expresiva mirada y una sonrisa impregnada de dulzura al barón de San Jorge, en tanto que éste, agradecido á tan fina muestra de *simpatía*, le enviaba clandestinamente un beso con la punta de los dedos...

Armando dió un grito ahogado, hizo un brusco ademán hacia adelante y cayó á las butacas, como un bólido que se desploma desde el *quinto cielo*.

IX

A la ruda sacudida que en su lecho dió el eximio tenor de ópera se despertó sobresaltado.

Incorporóse vivamente y tendió una mirada de asombro en torno suyo.

Por un balcón penetraba la luz del día.

Junto á su cama se hallaba un médico, que no le era desconocido; al lado de éste el empresario de su compañía, y á los pies... el sempiterno Ernesto de San Jorge, que lo observaba con curioso interés.

Rosales se pasó la mano por la frente y se quedó ensimismado, como tratando de dar respuesta á esta enigmática pregunta:

—¿Estoy loco?

—¿Qué sentís? dijo el doctor en voz breve.

El tenor, sacado á la fuerza de su languidez, miró á su interlocutor con extrañeza y balbuceó:

—¿Qué siento? ¡Pues no era nada si le pudiera yo decir todo lo que siento! En primer término un dolor espantoso de cabeza y además... ¡Vaya! ¡vaya! que no estoy para explicaciones.

Y tornó á echarse en su lecho, dejando caer los párpados con pesadez.

—¡Pobre Rosales! exclamó Ernesto, meneando tristemente la cabeza.

—¿Cómo? ¿Os atrevéis á compadecerme? dijo aquél abriendo los ojos de súbito.

—¡Es claro, pobre amigo! prosiguió el barón del modo más natural y afectuoso del mundo.

—¿Quién me había de decir cuando escuchaba atónito su voz melodiosa que unos momentos después le iba á ver caer sobre el pavimento del palco escénico como una masa inerte?

—¡Ah! ya recuerdo... yo perdí de súbito el conocimiento y debí caer... sí, justamente... debí caer á la vista de todos, balbuceó Rosales, procurando hacer un sobrehumano esfuerzo de memoria.

—¿Y no os disteis luego cuenta de nada? objetó el empresario.

—Luego... ¡sí! digo, no; de nada absolutamente.

—Hoy no os podréis levantar, dijo el doctor. Habéis tenido fiebre y delirio esta noche. Vuestro mal no es grave, pero es necesario que os cuidéis. La caída instantánea de anoche, por pérdida de conocimiento, obedeció á unos trastornos al corazón; trastornos que han debido iniciarse anteriormente, aunque de una manera más pasiva; pues existe una ligera afección cardíaca, sin importancia de ninguna clase, pero que no debo de ocultaros, para que pongáis los medios de remediar el daño que en lo futuro pudiera ocasionaros. Además, el golpe fué rudo y hubo una ligera conmoción cerebral, por cuya causa os recomiendo mucha quietud, mucha templanza y paciencia, paciencia; esto es cuestión de poco tiempo.

El galeno calló, satisfecho de su discurso; Rosales lanzó un suspiro, y el barón y el empresario se miraron sin decir palabra.

—Ahora debo participaros, amigo Rosales, continuó el doctor, que debéis de estar altamente agradecido á vuestro admirador aristócrata el barón de San Jorge.

—¡Por Dios! prorrumpió éste en tono suplicante y bajando con humildad la cabeza, mientras Rosales hacía clandestinamente un gesto de desagrado.

—Sí, altamente agradecido, recalcó el médico; pues según parece, tan pronto como se convenció de que erais víctima de algún ataque, bajó al palco escénico, hizo que os condujeran hasta su mismo coche y os transportó á vuestra casa, en compañía del señor empresario, yendo, mientras dicho señor os velaba, á reclamar mis auxilios facultativos, interesándose por vos como por un amantísimo hermano y pasando á vuestro lado el resto de la noche, sin permitir abandonaros siquiera para ir á mudarse á su casa la *toilette* de ceremonia por una de diario. ¡Eso es un fiel admirador! ¡Y luego dirán los detractores que la aristocracia no favorece al arte!...

El eximio tenor, sin decir palabra, se incorporó en el lecho y ofreció su mano á Ernesto, el cual la estrechó con muestras visibles de emoción y de cariño.

X

Mientras Armando estuvo enfermo no se apartó San Jorge de su lado, prodigándole los cuidados más cariñosos como si se tratara de un antiguo y fiel amigo.

Al tenor le ocurrió lo que era de esperar.

El agradecimiento le borró sus malos prejuicios acerca de Ernesto: del agradecimiento nació la simpatía, y de la simpatía el trato afectuoso, la confianza y el cariño.

Total, que cuando se restableció Rosales no sabía estar sin San Jorge ni San Jorge sin el afamado tenor de ópera.

Marietta Orenci no dejó de interesarse por la salud de Armando, y mientras duró su enfermedad era su cuidado de todas las mañanas el mandar á preguntar por el estado del paciente.

Para Rosales fué aquella aventura el bálsamo que cicatrizó todas las heridas de su corazón, y el primer impulso de amor se desvaneció como una nubecilla liviana que enturbia la claridad del cielo transparente.

Tanto que cuando ella, sabedora de su restablecimiento, fué á hacerle una visita, el tenor, que se hallaba en compañía de Ernesto, la recibió con una finura, podemos decir, glacial, como se recibe á una vulgar amiga, á una persona que nos es del todo indiferente...

Cuando la tiple se hubo marchado dijo Rosales al barón:

—Qué, amigo Ernesto, ¿le sigue á usted gustando la diva?

—¿Gustando? Siempre, pero no en el sentido que usted lo dice. Los muchachos aristócratas que tenemos una regular posición nos hacemos una gloria en conquistar á esas joyas del arte, y en nuestras conquistas no influye para nada el amor. ¿E amor digo? Ni la simpatía algunas veces. Conquistamos por rutina, por capricho, por vanagloria. Unas cuantas frases galantes, una pulsera, un ramo de flores, una conquista más... y ¡vuelta á lo mismo!

Rosales lanzó una sonora carcajada y se dijo para su capote:

—¡Qué imbécil he sido!

Luego añadió en voz alta:

—¿No sabéis mi última decisión, querido Ernesto?

—Sería saberla mi mayor gusto.

—Pues que dimito.

—¿Que dimitís? ¡No os entiendo!

—¡No estáis perspicaz, por mi vida! Que presento mi dimisión al empresario de la compañía; que me corto la coleta, como se dice en tauromaquia; que me divorcio del arte escénico.

—¡Cómo! ¿Es posible?

—Muy posible. Ya tengo bastante dinero para vivir holgadamente, estoy delicado y no quiero proseguir los azares de mi carrera. Así es que ahora me dedico á la holganza y pienso hacer un viaje de recreo por el extranjero, dirigiéndome á Italia primeramente. ¿Qué os parece?

—Opino que el arte vestirá de luto por vuestra ausencia, pero no seré yo el que os quite la razón; tanto es así, que me nombro vuestro compañero de viaje, y, puesto que yo soy un fiel amigo de Apolo, iré recogiendo impresiones en otros países, sobre todo en Italia, la cuna del arte, la madre de las musas.

—¿Impresiones decís que queréis recoger? preguntó el ex-tenor. Pues para que distraigáis los ocios del viaje yo os referiré un pasaje de mi vida asaz curioso, el cual, ya que os agrada escribir, podréis trasladar á las cuartillas, encabezando vuestro trabajo con este lema: «A la primera... ¡vencido!» Es la historia de una pasión mía, de mi primer amor, y tal vez, tal vez os sorprenda veros *en danza*.

—¡Cómo! ¿Yo?...

—Sí, vos. ¡Oh! Ya veréis; es una historia divertidísima, con pasajes fantásticos incluso, gracias á unos sueños, medio sueños, medio delirios, que tuve durante una enfermedad que no os es desconocida.

—Estoy ávido de escucharos.

—Ya os he dicho que os entretendré durante el viaje.

—El cual se efectuará...

—Dentro de cuatro días, si os parece.

—Admirable.

—Entonces... *tutti contenti*.

Después de un rato de charla se retiró el barón, y Rosales, con la sonrisa en los labios, murmuró, mientras encendía perezosamente un cigarro:

—*¡Addío di il passato!*

XI

Esta es la anécdota, ó lo que quiera llamarse, auténtica, que escribió Ernesto, barón de San Jorge, relatada por el mismo Armando Rosales durante su viaje al extranjero.

Llegó á nuestro poder por una de esas mil eventualidades de la vida, y tal como nos la entregaron así la transmitimos.

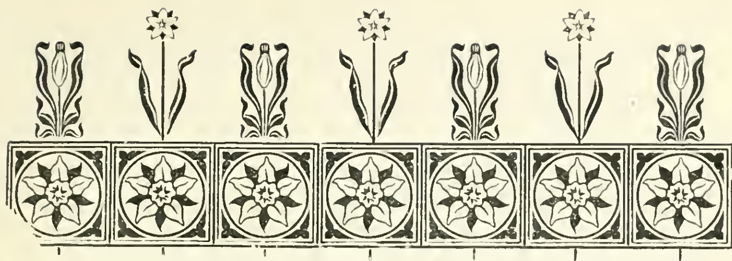
Pero conviene nuestro humilde criterio en que de esta narración se desprende una moraleja, digna de ser incluída al final de la obrilla:

«Cuando en un alma virgen brota el primer germen del mal, antes de que ese germen llegue á desarrollarse, feliz el que tras ruda lucha pueda exclamar tranquilamente con la sonrisa en los labios, como el tenor de la historia:

A LA PRIMERA... ¡VENCIDO!».

Por la copia,

Pepita Vidal.



La Hermandad de los Siete Reyes



El misterio del cuarto blindado.



A PRINCIPIOS del invierno de aquel mismo año estaba ya de vuelta en Londres Mme. Koluchy. Las autoridades habían dictado órdenes para detener á Lockhart, pero no se le encontraba en ninguna parte; sin duda había salido del país. Madame, como es de suponer, no aparecía culpable de nada. La firme convicción que teníamos de que no abandonaría sus propósitos de privarnos de la vida á Dufrayer y á mí nos hizo pasar muy malos ratos.

Una tarde, á fines del mes de octubre, fuí á comer con mi amigo, y no dejó de sorprenderme que la mesa estuviera adornada con cierta elegancia y puesta para tres personas.

—Un convidado á quien no esperaba viene á comer esta noche, dijo Dufrayer cuando entré en el comedor, y antes de que llegue necesito hablarte á solas. Pasa aquí, pues no tardará en presentarse.

Seguí á mi amigo al despacho, cuya puerta tuve buen cuidado de cerrar.

—Tengo que contártelo todo en tan pocas palabras como me sea posible, comenzó diciendo, y te ruego, amigo Head, que te dejes guiar de mí. He consultado con Tyler, y opina que es lo mejor que podemos hacer.

—Pero ¿qué sucede? pregunté.

—El que viene esta noche, prosiguió Dufrayer, se llama Mauricio Carlton. Su madre fué griega, pero su padre descendía de una de las mejores familias de Inglaterra. A la muerte de éste heredó Carlton una magnífica posesión llamada Cor Castle, en la provincia de Norfolk. Fué lo único que le dejó, pues derrochó y perdió la mayor y más sana parte de su fortuna, que el hijo ha procurado recobrar dedicándose al comercio de brillantes. Le conocí hace algunos años, cuando estuve en Atenas, y sé que en todos los negocios le ha ido tan bien que ahora es uno de los hombres más ricos del país. Me visitó para consultarme sobre un asunto judicial, y en el curso de la conversación habló por casualidad de Mme. Koluchy. Le interrogué con mucha diplomacia y pude averiguar que él y su mujer conocen bastante á Madame, aunque ignoro hasta qué punto llega la intimidad con que se tratan.

Tuve muchísimo cuidado de no clarearme, y después de un rato de charla le invité para esta noche, á fin de que oigamos los dos lo que tiene que decir. Lo he meditado mucho, y creo que lo mejor que podemos hacer de aquí en adelante es ser más reservados en todo aquello que de alguna manera se relacione con Madame. No hablando de ella con nadie podremos averiguar más fácilmente lo que trama. ¿No te parece?

—Pero sería conveniente que Carlton supiera quién es esa mujer.

Dufrayer se encogió de hombros con un gesto de impaciencia.

—No, de ningún modo, contestó resueltamente. Demasiadas veces hemos hecho eso y bien sabes cuál fué el resultado. Creo que debemos ser reservados con Carlton y con todos. El reside ahora en su castillo de Norfolk, pero viene á Londres constantemente. Hace dos años se casó con una inglesa, viuda de un italiano, y creo que tienen un hijo, aunque no estoy muy seguro. Es agradabilísimo en el trato y muy buena persona... pero oye, llaman: ya está aquí. Vamos á la sala.

Así lo hicimos, y un momento después apareció Carlton. Me presentó Dufrayer, charlamos un poco y en seguida fuimos al comedor.



CARLTON

Carlton era alto, bien formado y muy elegante. La cara era de tipo griego, pero las facciones inglesas. A primera vista se comprendía fácilmente que tenía mucho de la fogosidad de los orientales y no poco de los sentimientos característicos del inglés neto. Observándole disimuladamente, pronto quedé convencido de que pocas ó ninguna vez había visto una persona que supiera dominarse mejor ni ocultar tan bien su talento, que debía de ser portentoso.

Durante la comida fué muy animada la conversación. Carlton hablaba bien, y accediendo á la cortés invitación de Dufrayer nos hizo una reseña de su vida desde la última vez que había visto á mi amigo.

—Sí, dijo, he sido muy afortunado y no puedo quejarme. El comercio de brillantes, como ustedes comprenderán, es uno de los más arriesgados; pero tuve la suerte de conocerlo muy á fondo en poco tiempo, y ahora creo que sé lo que hago. El negocio se presta al engaño y al robo, pero yo he salido siempre bien, gracias á la fortuna que no me abandona un momento.

—Se habrá usted visto alguna vez en lances peligrosos, ¿no es así? pregunté.

—No, contestó, no he tenido ninguno que merezca la pena de referirlo. Los tratos grandes, por supuesto, van siempre acompañados de momentos de intranquilidad; pero aparte del vehemente deseo de realizar un negocio de importancia, mi vida ha sido muy vulgar. Desgraciadamente no ha sucedido lo mismo con mis amigos, uno de los cuales, sobre todo, está ahora sufriendo mucho y de una manera muy extraña.

—¿De veras? dije. ¿Y no puede usted contarnos eso?

—No creo que hay inconveniente, replicó Carlton; no es ningún secreto. Tal vez habrán ustedes oído hablar del famoso brillante de Rocheville.

—No recuerdo, contesté, pero lo oiremos con mucho gusto.

Habíamos terminado ya de comer.

Carlton aceptó un habano, lo encendió y reclinándose en la silla comenzó diciendo:

—Son contadas las personas que saben que existe ese brillante, á pesar de ser uno de los mejores del mundo. En peso, claro está, hay varios que le superan. Pesa ochenta y dos quilates, es ovalado y tiene un hueco en el extremo más estrecho. En brillantez y lustre no he visto piedra que le iguale ni creo que la hay. Su historia es curiosísima. Hace siglos perteneció á un Maharajah de la India, á quien se lo compró un millonario americano. Por mis manos pasó hace diez años y hubiera querido retenerlo para mí, pero mis negocios no eran tan buenos entonces oomo ahora y tuve que venderlo. Un barón ruso me lo compró y lo llevó á Nápoles, donde le fué robado. El brillante

estuvo perdido para el mundo desde entonces hasta hace dos meses en que apareció en este país.

Cuando Carlton nombró la ciudad de Nápoles, cuartel general, por así decirlo, de la terrible Hermandad, Dufrayer me dirigió una mirada significativa.

—Pero no parece sino que la fatalidad persigue á quien posee la piedra, agregó Carlton, pues de nuevo ha desaparecido.

—¿Y cómo ha sido eso? pregunté.

—No puedo explicarlo; únicamente sé que las circunstancias de la desaparición son las siguientes: el mes pasado, mi señora y yo fuimos á pasar unos días con un antiguo amigo y pariente de mi madre. Se apellida Roden y es el jefe de la sociedad Roden Frères, de Cornhill, grandes joyeros. Roden me dijo que me preparaba una sorpresa, y cuando le pregunté qué era ello me enseñó el brillante de Rocheville. Añadió que se lo había comprado á un tratante de Ceilán, y que el precio que le exigió por él era bastante menos de lo que vale en realidad.

—¿Y cuál es su valor actualmente? preguntó Dufrayer.

—Creo que vale unas quince mil libras esterlinas, pero Roden no pagó más que diez mil. ¡Pobre amigo! Ahora ha perdido brillante y dinero. Aunque si he de decir la verdad, estoy en la creencia de que lo que compró no fué sino una imitación, por más que no acabo de comprender cómo se dejó engañar un hombre de su talento y de su práctica. Pero en fin, vamos á lo que sucedió. Como he dicho antes, mi señora y yo pasábamos una temporadita en la magnífica posesión que tiene en la provincia de Staffordshire. Mi esposa, que es muy inteligente en piedras preciosas, quiso ver el brillante y Roden se lo enseñó. Pensaba hacerlo engarzar para su señora, la cual, dicho sea de paso, es una mujer lindísima. A la mañana siguiente lo trajo á Londres con esa idea, y nosotros regresamos á Cor Castle. Aquella misma tarde recibí un despacho de mi amigo, rogándome que fuera á verle en seguida. Fuí y le encontré sumido en la más profunda desesperación. Sacó el brillante idéntico, al parecer, al que habíamos visto la noche anterior, y me dijo haber quedado plenamente comprobado que sólo era una imitación, aunque tan perfecta como jamás había visto. Hicimos todas las pruebas posibles, y por fin quedamos convencidos de

que, en efecto, no era brillante ni mucho menos. Ahora la cuestión es la siguiente: ¿compraría Roden la verdadera piedra y se la han robado ó compró la imitación que tiene en su poder? Él asegura que lo que compró fué el verdadero brillante de Rocheville, y añade que lo sometió á toda clase de pruebas antes de cerrar el trato. Cree también que es imposible que se lo hayan robado desde que lo tiene en su poder. Y no obstante, no hay duda ninguna de que eso es lo que ha sucedido. Por lo pronto estamos seguros de que la piedra que posee ahora no es el brillante, sino una perfecta imitación.

—¿Y se ha descubierto algo desde entonces? pregunté.

—Nada absolutamente, contestó Carlton, y probablemente no se descubrirá nunca. De una cosa no hay duda ninguna. La forma singular y la apariencia del brillante son bien conocidas de todos los tratantes en joyas, y el que ha hecho la imitación ha tenido que tener la verdadera piedra en su poder durante algún tiempo.

—¿Será posible que alguien haya andado en el arca de míster Roden? dijo Dufrayer.

—No pensaría usted eso, amigo mío, contestó Carlton, si conociera la forma especial del arca y el lugar donde se halla. Aquí hablamos entre amigos y voy á confiarles un secreto. Roden y yo tenemos en nuestras respectivas casas un cuarto blindado, construído para guardar en él las arcas que contienen las joyas. Es tan singular su construcción, que en el momento que se introduce en la cerradura una llave cualquiera comienza á sonar una porción de timbres eléctricos, puestos en comunicación con nuestras alcobas. De modo que ya ven ustedes que sería imposible enredar en la cerraja sin armar un alboroto que evitaría el robo. Roden y yo ideamos este plan, y creemos que con él las piedras de más valor que tenemos están más seguras en nuestras casas que en los Bancos de Londres. Pero, ¡qué diantre! quiero que lo vean ustedes. ¿Por qué no han de venir á pasar unos días de caza en mi posesión? Así me proporcionarían el gusto de ver mi cuarto blindado. Tal vez les interesaría también mi colección de joyas, que es bastante buena, dicho sea sin orgullo. El tiempo está hermosísimo ahora para andar de caza, hay faisanes en abundancia y en casa sitio de

sobra. Tenemos muchos amigos allí y pasamos el tiempo muy alegremente. Por cierto que también tenemos con nosotros á la mujer de moda, á Mme. Koluchy.

Cuando pronunció las últimas palabras Dufrayer y yo no pudimos reprimir un estremecimiento, que afortunadamente pasó inadvertido para Carlton. Mi corazón latía con violencia.

—Gracias, iré con mucho gusto, respondí; me causará un verdadero placer.

Dufrayer me miró, comprendió el fin que me impulsaba y contestó en seguida:

—Yo también creo que podré ir á pasar unos días.

—Me alegro. Les espero el lunes próximo y mandaré el coche á la estación á la hora que ustedes me indiquen.

Prometimos avisarle la hora en que partiríamos de Londres, y poco después se despidió.

—Cara á cara por fin, exclamó Dufrayer en cuanto hubo salido. ¡Qué cosa tan singular! ¿Quién diría que vivimos en el siglo XIX? Aunque, por supuesto, es muy posible que madame Koluchy se marche en cuanto sepa que vamos á llegar nosotros.

—No lo creas; esa mujer no conoce el miedo, contesté. Se quedará; ¡vaya si se quedará! Pero oye, parece que han llamado.

—Tal vez sea Carlton que ha olvidado algo. No espero á nadie.

Un momento después se abrió la puerta y entró Tyler, uno de los principales agentes de policía de Londres.

—Buenas noches, señores, dijo hablando apresuradamente. Dispénsenme que venga á molestarles á estas horas, pero acabo de recibir una noticia importantísima y me he apresurado á comunicársela. Estoy seguro, añadió riéndose de buena gana, que no adivinan ustedes la que puede ser. He sabido que hace un mes penetraron unos ladrones en casa de Mme. Koluchy y parece que la saquearon por completo. Cuando ocurrió esto se hallaba ella viajando en el yate. Fué después del atentado contra la vida de usted, Mr. Head, y se supone que en la casa no había nadie á la sazón. No se sabe por qué habrá sido, pero lo cierto es que Madame no ha dado conocimiento del robo en Scotland Yard ni ha procurado recobrar las cosas que le fue

ron robadas. Hace poco se ha enterado de esto Ford, y él sospecha que los ladrones habrán sido los mismos que hace algunos meses penetraron en la gran joyería de Piccadilly. Es un caso muy original.

—¿Cree usted que habrán sido alguno ó algunos de su misma secta que la guardan rencor?

—Me parece que no, replicó Tyler; no creo que se atreverían á tanto... Pero en fin espero que lo sabremos, porque Ford está encargado de averiguarlo por orden de las autoridades.

—¿Y si yo le dijera á usted que Dufrayer y yo sabemos dónde se halla Madame en este momento?

Entonces le referí algo de nuestra entrevista con Carlton, y le dije que teníamos intención de vernos cara á cara con madame Koluchy á principios de la semana entrante.

—¡Qué feliz casualidad! exclamó frotándose las manos de alegría. De fijo que descubrirá usted algo, Mr. Head, dada su gran perspicacia. Me parece que de ésta no se escapa Madame. ¡Cuánto daría yo por tener la suerte de encontrarme con ella!

—De todos modos, procure usted vivir prevenido, Tyler, observó Dufrayer; tal vez tengamos que telegrafiarle para que venga inmediatamente. No se sabe lo que puede ocurrir, pero tenga usted la seguridad de que haremos lo posible á fin de obligar á Madame á que se comprometa ó se descubra. Por mi parte, añadió, aunque es verdad que parece increíble, sospecho que ella es la instigadora del robo del famoso brillante.

Empezaba á caer la tarde del siguiente lunes cuando llegamos á la estación más próxima á Cor Castle. El mismo Carlton nos esperaba con el coche, y media hora después de apearnos del tren nos encontrábamos en su posesión. Era un edificio muy antiguo, pero bien cuidado, reformado y lleno de todas las modernas comodidades.

Carlton nos condujo directamente al salón principal y llamó con voz alegre á su esposa.

Una joven delgada, alta, muy rubia y de rostro aniñado avanzó hacia nosotros. Tendió la mano con amabilidad, y después de darnos la bienvenida nos invitó á que pasáramos á unirnos á los demás convidados, que en aquel momento se

hallaban en torno de la inmensa chimenea, en la que chisporroteaba un alegre fuego.



TENDIÓ LA MANO CON AMABILIDAD

La señora de Carlton nos presentó á la mayor parte de los convidados, y en seguida fué á sentarse á la cabecera de una mesa sobre la cual se había colocado un servicio de té de plata maciza.

Al primer golpe de vista nos enteramos de que Mme. Koluchy formaba parte de la reunión. Estaba de pie al lado de nuestra huésped, y cuando se cruzaron nuestras miradas se inclinó, murmurando algunas frases al oído de la señora de Carlton. Levantóse ésta inmediatamente, y acercándose á mí me dijo:

—Permítame, Mr. Head, que le presente á mi amiga íntima, Mme. Koluchy, por más que me dice que son ustedes antiguos conocidos.

—Sí, somos amigos viejos; ¿no es cierto, Mr. Head? observó Madame con voz suave y melodiosa.

Y me tendió la mano, inclinando la cabeza.

Fingí no haber visto la mano que me tendía, y por toda contestación la saludé con frialdad, mientras ella sonreía afablemente.

—Venga usted á sentarse á mi lado, continuó: me causa verdadero placer verle de nuevo, Mr. Head. Me ha tratado usted tan mal últimamente... Ni siquiera ha venido á verme.

—¿Pensaba usted acaso que iría á visitarla? pregunté.

Algo había en el tono de mi voz que la impresionó, y quedó suspensa por un momento. Luego levantó la vista, me lanzó una mirada atrevida y provocadora y contestó en voz baja:

—No, es usted demasiado inglés.

Un momento más tarde volvióse hacia Mrs. Carlton, diciendo:

—Leonora, olvidas tus deberes. Mr. Head está esperando su té.

—¡Ay! dispense usted. ¡Cuánto lo siento! contestó la señora de Carlton. No me había fijado, Mr. Head.

Me sirvió la taza de té y vi que la mano le temblaba tanto que apenas podía sostenerla.

—¿Estás cansada, Nora? continuó Madame. ¿Quieres que ocupe tu puesto para que descanses un rato?

—No, no, estoy perfectamente, fué la respuesta, pronunciada con cierto despecho.

—Venga usted á charlar conmigo, dijo Madame volviéndose de nuevo hacia mí, y en el tono imperioso de una soberana que habla con un súbdito.

Se dirigió á uno de los balcones y la seguí.

—Sí, continuó diciendo, es usted demasiado inglés para desempeñar bien su papel. ¿No puede usted reconocer las cortesías propias de la lucha? ¿No le impresionan las atenciones y galanterías de su adversaria? Es usted harto brusco. ¿Que nuestros intereses son opuestos? Pues tanto mayor motivo para que nos tratemos más cortésmente cuando nos encontremos.

– Tiene usted razón, Madame, contesté hablando siempre en voz baja, en llamarme adversario. El duelo no ha terminado todavía.

—Es verdad, aun no hemos terminado.

Poseo la terquedad que caracteriza á los hombres de mi país. Cuesta trabajo el excitarnos; pero una vez puestos á ello, luchamos hasta la muerte.

No dije más. En aquel momento se acercó uno de los convidados. Madame lo llamó á su lado en tono de broma y yo me retiré.

Aquella noche, durante la comida, Madame estuvo tan elocuente como siempre. No se abordó ningún asunto sobre el cual no supiera hablar con lucimiento. Sin dificultad ninguna llevó la conversación al tema que se le antojó, y en todos dió brillantes muestras de su talento, de su ilustración y de su gracia. Todos estuvieron pendientes de sus labios, como suele decirse, y á todos los dejó encantados.

Yo había conducido á la mesa á Mrs. Carlton y no pude menos de fijarme en ella. Tenía todo el tipo de la mujer sajona: era muy rubia y de cutis blanquísimo. Indudablemente que en su juventud habría sido muy bonita. Lo era también entonces, hasta cierto punto: pues observándola de cerca notábase en su semblante algo, y aun algos, que le robaba la belleza. La cara era demasiado delgada, la mirada muy angustiosa, el color harto pálido y hasta el pelo comenzaba ya á retroceder de las sienes, por más que el estilo del peinado evitaba que esto se notara mucho.

Mientras hablaba conmigo observé que de cuando en cuando se distraía, que en más de una ocasión sus miradas se encontraban con las de Madame y que cuando esto sucedía, la señora de Carlton parecía temblar de miedo. Fácil era comprender que había sucedido lo de siempre. Madame no perdía el tiempo

en Cor Castle. La señora de Carlton estaba en su poder. Era evidente que Carlton no sabía nada, y que con aquella combinación se tramaba, sin duda, alguna nueva y misteriosa diablura. ¿Conseguiríamos evitarlo Dufrayer y yo? Ya no era una sospecha, sino una certidumbre, que había algo más allá de lo que alcanzaba la vista.

Mientras estos pensamientos cruzaban por mi mente resolví estar siempre alerta, siempre listo para cualquier cosa que pudiera ocurrir. Comprendí que para hacer mi papel necesitaba ante todo y sobre todo mucha calma y mucha sangre fría. Por lo tanto me lancé á la conversación contestando á Madame en su mismo terreno, y más tarde, cuando promovió y sostuvo una discusión con extraordinaria gracia, todo el mundo guardó silencio para oirnos. Sin embargo, mientras discutía con la bella italiana procuraba no perder de vista á la esposa de Carlton. Noté que cada vez se hallaba más intranquila; nos escuchaba con marcada atención, y en sus ojos apareció una mirada reveladora de profunda pena, de horrible sufrimiento. Lo olvidó todo y no hacía más que mirarnos, primero á uno y después á otro, como si estuviera fascinada.

Poco después de retirarnos del comedor, Mrs. Carlton vino á sentarse á mi lado: madame Koluchy no estaba ya, pues había ido á la sala de billar con Carlton, Dufrayer y otros conocidos. Dirigió una mirada inquieta en derredor y vi que se hallaba nerviosa y agitada. Después de algunas frases desprovistas de interés se me figuró que quería decirme algo, pero que no se atrevía, y resolví ayudarla.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted á madame Koluchy? pregunté.

—Unos dos años, fué la respuesta. ¿Y usted, Mr. Head?

—Más de diez.

E inclinándome un poco para que nadie más que ella oyera lo que iba á decir, añadí:

—Madame es mi enemigo mortal.

—¡Cielos! exclamó estremeciéndose.

Apenas pudo disimular su emoción, pero después de unos momentos logró dominarse y contestó:

—Lo es mío también. Es un enemigo cruel, terrible, inhu-

mano... el diablo mismo. No se le puede dar el nombre de mujer, añadió expresándose con vehemencia. ¡Ay, Mr. Head! No sabe usted, no puede usted formarse una idea de lo que me hace sufrir. ¿Me permitirá usted que le cuente algo?



MADAME ES MI ENEMIGO MORTAL

—Si lo que quiere usted decirme se relaciona con Madame, tendré mucho gusto en oirla.

—Gracias, muchas gracias, murmuró, pero ya vuelven. Buscaré ocasión para contárselo mañana. Que Madame no se entere de esta confidencia.

Se levantó y me dejó solo para ponerse á hablar allí mismo

con una joven que acababa de venir del salón de billar. Llevaba el terror pintado en su rostro, por más que procuraba ocultarlo.

Poco después nos retiramos á descansar. sin que se me hubiese presentado ocasión de decir una palabra á Dufrayer, que tenía la alcoba en el otro extremo de la casa.

A la mañana siguiente Carlton nos llevó á mi amigo y á mí á ver su cuarto blindado. Me llenaron de asombro el ingenio y el talento con que estaba construído. En el momento en que se introducía una llave cualquiera en la cerradura sonaba una porción de timbres eléctricos. El arca era tan perfecta que las palancas y los pestillos, además de la cerraja. la hacían verdaderamente inexpugnable.

—El arca de Roden es idéntica á ésta hasta en sus menores detalles. observó Carlton mientras echaba la llave y colocaba de nuevo los pestillos en sus sitios correspondientes. Ahora habrán ustedes comprendido que sería imposible cometer aquí un robo sin que el ladrón cayera en el garlito.

—Indudablemente que sólo algún mago pudiera cometerlo, contestamos.

—Bien: y ahora, señores. añadió Carlton, sepan ustedes que hemos dispuesto para esta mañana una partida de caza. Conque olvidemos los brillantes y los cuartos blindados. y á pasar en el campo un día agradable. Abunda la caza y creo que nos hemos de divertir.

Subimos la escalera de piedra. y pocos minutos más tarde emprendía la marcha la expedición. después de haber acordado que las señoras nos esperasen en la casa de uno de los guardas.

Pasamos una mañana deliciosa. El tiempo no dejaba nada que desear, la caza fué abundante y todos nos sentimos alegres. Pocas veces en mi vida recuerdo haberme divertido tanto. Sin embargo, el recuerdo de madame Koluchy venía de cuando en cuando á turbar mis pensamientos. ¿Qué le sucedería á la esposa de Carlton? Bien convencido estaba yo de que él no sabía nada del secreto de su mujer. Haciendo con exquisita delicadeza en el campo los honores de anfitrión. nunca me ha tocado tratar con persona más agradable.

Cuando llegó la hora de almorzar vi con marcada satisfacción que madame Koluchy no estaba entre las señoras que nos espe-

raban. En cuanto Mrs. Carlton me vió, acercóse á mí preguntando:

—¿Me permitirá usted, Mr. Head, que le acompañe en su paseo después de almorzar? No tengo miedo de la escopeta y no creo que le estorbaré mucho.

—Con muchísimo gusto, Mrs. Carlton, respondí.

—Madame está enferma, continuó la señora. Se quejó de un fuerte dolor de cabeza y ha tenido que retirarse á su cuarto. Esta es la ocasión que yo esperaba y pienso aprovecharla.

Nos pusimos á almorzar y apenas probaba bocado. Poco después dije que había terminado y me levanté. Pronto hicieron todos lo mismo, y acompañados de Mrs. Carlton volvimos á salir al campo, donde no tardó en comenzar el tiroteo.

Al principio mi compañera estuvo silenciosa. Andaba muy de prisa y mostraba vivos deseos de apartarse de los demás. Era muy visible su agitación: pero comprendí que no se atrevía á hablar resueltamente, y me pareció que debía ayudarla otra vez.

—Está usted sufriendo, la dije, y Madame tiene la culpa de su sufrimiento. Tenga usted valor y cuénteme lo que le sucede. Conozco bien á Madame y la compadezco á usted de todo corazón: felizmente, en más de una ocasión he podido librar de sus garras á personas á quienes se proponía hacer víctimas suyas.

—¿De veras? ¿es posible? exclamó dirigiéndome una mirada de esperanza que se desvaneció en seguida. Pero en mi caso, añadió en seguida con tristeza, en mi caso creo que eso será imposible. En fin, voy á hablarle con toda confianza, rogándole me ayude si puede.

Hizo una breve pausa y prosiguió hablando apresuradamente:

—Es tanto lo que estoy sufriendo que la vida ha llegado á serme insoportable. Mi pena es de tal naturaleza que se me hace imposible hablarle á mi esposo de lo que tanto me aflige.

Esperé en silencio.

—Sin duda le extrañarán mis palabras, continuó, pero comprenderá usted lo que quiero decir cuando sepa toda la verdad. Ante todo, le ruego que guarde la más absoluta reserva.

—No revelaré ni una sola palabra sin su permiso.

—Gracias, no necesito más. A fin de que comprenda usted lo que voy á contarle, tengo que exponer antes una parte de la

historia de mi vida. Cuando era yo muy joven, pues apenas había cumplido diez y siete años, me casaron con el conde de Porcelli, un italiano muy rico. Como mi familia era pobre, el



SUFRO HORRIBLEMENTE

mundo creyó que hacía una boda excelente. Aunque de mucha más edad que yo, el conde era una persona agradable y bien parecido. Casi inmediatamente después de la boda murió mi madre, y entonces el conde me llevó á vivir á Nápoles. No ha-

cía mucho tiempo que estábamos en aquella ciudad cuando descubrí cosas terribles. Supe que mi esposo era jefe de una sociedad secreta, cuyo nombre no pude nunca averiguar. Pero no es necesario entrar en detalles de aquella triste época; baste decir que el conde me sometió á todo género de crueldades.

En el otoño de 1893 fuimos á pasar una temporada en Roma, y allí murió el conde de una puñalada que le asestaron estando en el Foro. Aquella noche se alejó de mí furioso porque me había negado á acceder á sus insoportables exigencias, y no volví á verle más ni muerto ni vivo. Su muerte fué para mí un alivio grandísimo. Regresé á Inglaterra, y dos años después me casé con Mr. Carlton, con quien fuí completamente feliz. Al año de nuestro matrimonio nació mi hijo. Mi esposo me quiere con delirio; tiene un corazón noble, es un perfecto caballero, bondadoso y de intachable conducta. Empecé á olvidar aquellos horribles días pasados en Nápoles y en Roma, pero hace un año que todo ha cambiado para mí. Fuí á ver á ese monstruo disfrazado de mujer y llamado Mme. Koluchy, que finge ser una gran doctora y á quien ahora como entonces acuden á consultar multitud de personas distinguidas. Yo sufría una ligera indisposición y mi esposo me instó para que fuese á verla. Fuí, y pronto, muy pronto, descubrimos que nos unían al triste pasado lazos horribles. Madame conocía mucho á mi primer esposo el conde de Porcelli, y me dijo que no sólo vive todavía, sino que está en Inglaterra y que por tanto mi casamiento con Carlton es nulo. ¡Figúrese usted cuánto sufriría yo al oir esto! Si fuese cierto, ¿qué sería de mi hijo y de mi esposo? El disgusto fué tan grande que enfermé de veras y estuve delirando atrozmente durante una semana. Madame se empeñó en asistirme y apenas se separaba de mi lado. Me trató con fingido cariño y declaró que de ninguna manera me descubriría. Añadió, sin embargo, que el conde se había enterado de mi segundo casamiento, y que el único modo de obligarle á guardar el secreto sería comprando su silencio. Desde aquel momento empezaron las más infames exigencias, y repetidas veces he tenido que entregar grandes cantidades de dinero. Afortunadamente Carlton es tan rico que no se fija en lo que me da, y me daría gustoso todo cuanto tiene, sin preguntarme para qué me hacía falta. Hace más de un

año que las cosas se hallan en tal estado. Por el momento creo haber conjurado el peligro, pero no dejo de comprender que estoy expuesta á que de un día á otro se descubra la verdad.

—Pero ¿qué pruebas tiene usted de que el conde vive todavía? pregunté. No olvide usted que en el mundo no hay muchas personas tan poco escrupulosas como Madame. Puede ser todo una invención suya para sacarle dinero.

—Aunque no he visto al conde, las pruebas son incontestables. Madame me ha traído algunas cartas escritas por él, y estoy segura de que son auténticas. Promete no revelar el secreto mientras siga proporcionándola el dinero que necesita, pero al mismo tiempo me dice que me descubrirá el día en que deje de atender á sus exigencias.

—Pues á pesar de todo, opino que no es cierto que exista el conde de Porcelli, y que Madame la engaña á usted para sacarle dinero. ¿No tiene usted más que decirme?

—Sí, mucho más; aun le falta saber lo peor. La situación en que ahora me encuentro es desesperada, es para asustar al corazón más valiente. Hace un mes vino Madame á nuestra casa en Londres, y encontrándose frente á mí me hizo la más infame proposición. Sacó un estuche del bolsillo, lo abrió por medio de un resorte y descubrió el brillante más grande que he visto en mi vida. Cuando lo estaba mirando llena de admiración me dijo que no era brillante, sino una buena imitación. Me dejó asombrada.

—Y ahora escúcheme usted con atención, continuó diciendo Madame. Todo su porvenir depende de que tenga usted el talento y el valor necesarios para hacer una cosa. La piedra que tiene usted en la mano es una imitación perfectísima. No apelando á todos los medios posibles para probarla, estoy segura de que se engañaría el perito más hábil é inteligente de Londres. La verdadera piedra está en casa de Mr. Roden, á cuya posesión en Staffordshire sé que irán ustedes mañana á pasar unos días. Pues bien; hace seis semanas que la verdadera joya, el brillante auténtico, fué robado de mi casa en Welbeck Street. Mr. Roden se lo compró á un comerciante de Ceilán, cómplice de los ladrones que penetraron en mi casa. Pagó por él un buen precio, pero no llegó ni á la tercera parte de lo que vale en realidad. Por ra-

zones que ahora no son del caso no me convenía dar parte á las autoridades del robo efectuado en mi casa, así que fué fácil vender la piedra por una buena suma; pero los que crean que he de aquietarme con tan tremenda pérdida no me conocen bien. Estoy decidida á recobrar el brillante, cueste lo que cueste, y si no puede ser por buenas será por malas. Usted es la única persona que puede ayudarme, pues de usted nadie sospechará y podrá trabajar donde yo no tendré ocasión de hacerlo. Usted es, pues, la que ha de sustituir la piedra falsa con la verdadera.

—Pero Madame, exclamé, eso es imposible. ¿Cómo quiere usted que haga yo una cosa así?

—Muy al contrario, contestó, es muy fácil, siempre que siga usted mis instrucciones. Cuando estén ustedes en casa de Mr. Roden hablará usted incidentalmente de piedras preciosas, mejor dicho, hablará su esposo, de quien se sospechará aún menos que de usted, y suplicará á Mr. Roden que le enseñe el cuarto blindado donde guarda siempre el brillante. Una vez allí, hallará usted una disculpa, un pretexto, para quedarse sola, y reemplazará la piedra legítima con la falsa. Usted verá la mejor manera de hacerlo. Lo único que la exijo es que obtenga la piedra; de lo contrario...

Y clavó en mí sus ojos, que relucían más que el brillante, lanzándome una mirada terrible.

—De lo contrario... murmuré débilmente.

—El conde de Porcelli no está lejos y reclamará á su esposa. Piense usted en Mr. Carlton si esto sucediera, piense usted en la deshonra de su hijo...

Calló, levantó los ojos hacia arriba con un gesto especial suyo y añadió:

—Creo que no necesito decir más.

Con todas mis fuerzas traté de rechazar su terrible proposición; al principio me negué abiertamente á hacer lo que me decía, pero sucumbí al fin, pensando en lo que sería de mi hijo y de mi esposo, á quienes idolatro.

Al día siguiente fuimos á casa de Mr. Roden, y de una manera incidental hablé de las joyas á mi esposo, á quien supliqué pidiera á Roden que me enseñara su cuarto blindado, así como el famoso brillante y las demás joyas que tuviese. Mr. Roden

accedió con mucho gusto. Lo mismo que mi marido, tiene el capricho de guardar las piedras en las arcas del cuarto blindado. Entramos en éste, y Roden me puso el brillante en la mano. Cuando lo estaba examinando, di un paso hacia atrás



MR. RODEN ME PUSO EL BRILLANTE EN LA MANO

con toda intención; con un movimiento torpe tiré una silla y dejé escapar de entre los dedos la joya. Con una ligereza increíble la cubrí con el pie, y sin que se fijara ninguno de los dos reemplacé el brillante legítimo con el falso. Un momento después éste se hallaba en el arca de Mr. Roden, y el auténtico, el verdadero, en mi bolsillo.

Llevando en el bolsillo el brillante de Rocheville, que pare-

cía pesar más que el plomo, salimos al siguiente día para regresar á Cor Castle.

Tengo un buen número de joyas de valor, las cuales guardo en un estuche construído exprofeso, el que á su vez está encerrado siempre en el cuarto blindado. Con la disculpa de guardar unos brillantes y zafiros que tuve puestos pedí la llave á Carlton y encerré el brillante en mi estuche. Es imposible que me lo roben de allí por la forma especial de la cerraja, que está en combinación con unos cuantos timbres eléctricos, que suenan en cuanto se introduce una llave cualquiera. Fíjese bien, Mr. Head: Madame está enterada del secreto del cuarto, porque me ha obligado á revelárselo, y sabe que, aun con toda su astucia y habilidad, no puede trampear en la cerraja. En vista de que yo me negaba á darle la piedra, me ha dicho esta mañana que si no se la entrego antes de que llegue la noche descubrirá mi secreto á todo el mundo, sin que valgan de nada mis ruegos ni mis súplicas. Es dura como una roca; su amabilidad, su dulzura, sus bondades, todo es fingido, todo superficial; es inútil apelar más que á su avaricia. La palabra temor no tiene significación para ella. ¿Qué hacer, Dios mío? Por nada del mundo la entregaré el brillante. Pero ¡qué locura tan grande fué la mía! No puedo explicarme cómo accedí á sus exigencias.

Por unos momentos quedé mudo de asombro, contemplando á la señora de Carlton sin acertar á pronunciar una palabra. Toda la diabólica obra de Mme. Koluchy quedaba patente. El robo que tanto había extrañado á Roden quedaba por fin aclarado.

No pude imaginarme qué sería capaz de hacer Carlton cuando se enterara de la verdad, pero comprendí la conveniencia de que la supiera cuanto antes. Me sentía seguro de que el conde de Porcelli había muerto efectivamente, y de que el dinero que Madame le sacaba á la joven esposa de Carlton iba todo á parar á su bolsillo; pero aunque lo creía firmemente, dudando de que existiera motivo ninguno para que Mrs. Carlton temiese la deshonra suya y de su hijo, no tenía medios de probarlo. Era indudable que había llegado la hora de trabajar y que no había un momento que perder. La señora de Carlton estaba aterrorizada y se había comprometido seriamente con el acto de robar el brillante.

Clavando la vista en mí, dijo por fin en voz muy baja:

—Cualesquiera que sean sus pensamientos, Mr. Head, le ruego que hable. Ya comprendo que me tiene usted por una de las criaturas más viles del mundo, pero ¡ay! ¡si supiera usted cuánto he sufrido!

—Simpatizo con usted desde luego, contesté, pero sólo hay un medio de arreglar el conflicto. ¿Me permite usted hablar con entera franqueza? Pues bien, no creo en la existencia del conde. Madame es bastante ingeniosa para falsificar las cartas y hacerle á usted creer que eran auténticas. Ya sabe usted que conozco perfectamente á esa terrible mujer. Tiene mucho talento, pero no conoce el escrúpulo. Es evidente que saca mucho provecho abusando de la confianza y del temor de usted: de modo que hasta que confíe usted en su esposo y se lo cuente todo será imposible intentar cosa ninguna. No olvide usted que también él se halla comprometido, pues Mr. Carlton no pararía hasta encontrarse frente á frente con el conde. Madame no tendría más remedio que descubrirse y usted quedaría salvada. ¿Quiere usted seguir mi consejo? ¿Se lo dirá usted inmediatamente á su esposo?

—No puedo, es imposible, murmuró.

—Pues bien, hay que tener en cuenta otra cosa. Mr. Roden ha resuelto averiguar á todo trance quién ha robado el brillante, y al efecto ha puesto el asunto en manos de los *detectives* más inteligentes de Londres, los cuales trabajan día y noche para conseguirlo. Con seguridad que acabarán por comprender que usted fué la que cogió la piedra: la obligarán á abrir en presencia suya el estuche y... ¡figúrese usted el disgusto y la vergüenza que esto le causaría! Sí, créame usted, señora, es preciso que su esposo sepa la verdad y que se devuelva el brillante á su dueño.

La pobre señora sufría horriblemente.

—Es imposible, repitió: no puedo, no puedo contárselo á mi esposo. Buscaré algún medio de deshacerme de la piedra, pues antes de decirle á Mauricio lo que hice prefiero entregársela á Madame. Le agradezco á usted, Mr. Head, el consejo que me da y sé que es lo que debería hacer, pero no puedo, no tengo valor. Madame me ha dado palabra de que en cuanto recobre

el brillante saldrá de Inglaterra para siempre, que no volverá á molestarme y que la acompañará el conde de Porcelli.

—¿Y la cree usted?

—En este caso me inclino á creerla, porque sé que Madame se halla muy inquieta y estoy segura de que cree verse en grave peligro. Me lo ha indicado más de una vez, y sin duda estaba bien segura de que su situación no era muy airosa cuando no dió á las autoridades conocimiento del robo cometido en su casa. Pero escuche usted, alguien se acerca. ¿Quién será?

Mrs. Carlton se inclinó un poco y miró por entre los árboles.

—Tengo un miedo horrible á esa mujer, continuó. ¡Quién sabe si nos estará observando por entre los árboles! Tal vez sería fingido el dolor de cabeza de que se quejó. ¡Qué sería de mí si llegara á enterarse de que le he confiado á usted mi secreto! Prosiga usted, por favor, con su caza; no conviene que ella nos vea juntos.

Apenas pronunció estas palabras cuando vi á lo lejos á madame Koluchy que venía hacia nosotros. Andaba muy despacio, con el gracioso movimiento que tan simpática la hacía, y parecía hallarse muy preocupada.

—¿Qué hacemos? preguntó Mrs. Carlton con cierto apuro.

—Por ahora, nada; procure usted mostrarse serena. En cuanto á lo que hemos de hacer más adelante, ya hablaremos, pero pronto, porque el caso es urgente. Doy á usted palabra de salvarla, sacándola de este compromiso, cueste lo que cueste.

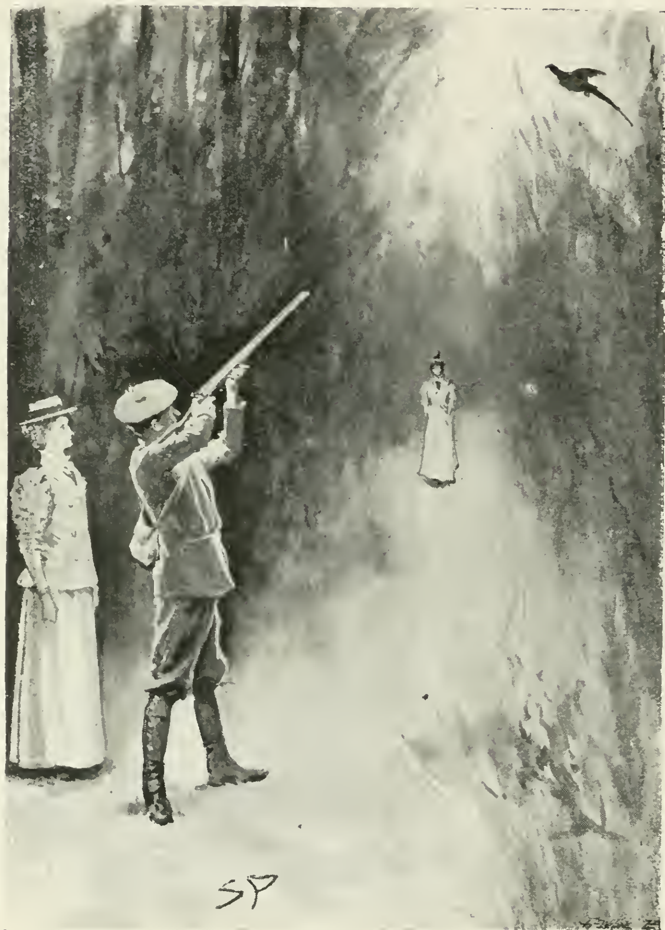
—¡Cuánto se lo agradezco á usted! Pero ¡por Dios! continúe cazando, porque esa mujer penetra hasta en los pensamientos.

Precisamente en aquel momento apareció un hermoso faisán por entre el ramaje, por encima de nuestras cabezas. Miré á Mrs. Carlton, la vi muy pálida y levanté la escopeta para tirar. Era la primera vez que la usaba después del almuerzo. ¿Qué sucedía? Hubo un instante en que pude comprender que algo extraordinario ocurría allí. Después... una detonación estrepitosa, una llamarada intensa... Vacilé, caí y perdí el sentido.

. . . .

Al poco rato volví á darme cuenta de lo que pasaba á mi lado. Abrí los ojos: Dufrayer estaba inclinado sobre mí, mirándome con marcadísima inquietud.

—Quieto, dijo; no te muevas. Doctor, por fin ha recobrado el conocimiento.



LEVANTÉ LA ESCOPETA PARA TIRAR

Se acercó un joven de mirada inteligente y exclamó:

—¡Ah! ¿Se encuentra usted mejor? Me alegro; pero es muy necesario que esté completamente tranquilo. Tome esto.

Acercó una copa á mis labios y bebí con ansia. Entonces me

fijé en que tenía la mano y el brazo izquierdos vendados con tablillas y sujetos al costado.

—¿Qué ha sucedido? pregunté.

Pero apenas había pronunciado estas palabras cuando lo recordé todo.

—Ha sido un percance funesto que aun podría haber resultado peor, contestó Dufrayer. Ha estallado tu escopeta.

—¿Estallar? ¡Imposible! exclamé.

—Desgraciadamente es verdad, añadió mi amigo. Bien poco ha faltado para que te costara la vida. Tienes heridas en el brazo y en la mano izquierda.

—Dufrayer, necesito hablarte á solas. Haz el favor de suplicar al doctor que se retire un momento.

—Estaré cerca, dijo el doctor retirándose. Si acaso hiciera falta, no vacilen ustedes en llamarme inmediatamente.

Comprendí que tenía una calentura horrible, pero todo mi afán era conservar el conocimiento hasta que hubiese hablado con Dufrayer.

—Tengo que levantarme en seguida, Dufrayer, dije. El único mal que siento es un poco de mareo en la cabeza. ¿Es mucho el daño que tengo en el brazo?

—Es bastante, replicó Dufrayer.

—Pero ¿cómo es posible que mi escopeta haya estallado? Es de la fábrica de Riley y me costó 70 guineas. Apenas terminé la frase cuando una horrible sospecha cruzó por mi mente.

—He examinado tu escopeta, es decir, lo que quedó de ella, añadió Dufrayer marcando mucho las palabras, y me he convencido firmemente de que el percance no ha sido casual. La caja y el cañón han quedado hechos añicos: ha sido un milagro que no hayas muerto.

—Fácil es adivinar quién lo ha hecho, observé.

—Por lo menos, de una cosa tengo la completa seguridad, continuó Dufrayer: de que alguien anduvo en tu escopeta mientras almorzábamos. He interrogado á varias personas, y creo que un guarda sabe algo, aunque todavía no le he hecho confesar. También he examinado detenidamente el sitio donde estabas cuando ocurrió el percance, y allí he recogido un pedacito de la cápsula del proyectil. El caso es tan serio que he te-

legrafiado á Ford y á Tyler, los cuales llegarán mañana á primera hora. Opino que pronto tendremos suficientes pruebas para *empapelar* á Madame. Excuso decirte que estoy convencido de que todo es obra suya. Ya es la segunda vez que intenta quitarte la vida, y á todo trance hay que acabar con esa mujer. Pero vaya, no quiero molestarte más, porque te conviene el reposo.

—¿Son muy graves mis heridas?

—Afortunadamente, las contusiones que tienes en la cara no son de importancia, y gracias á Dios la vista no ha sufrido nada.

—¿Y las heridas?

—Creo que más vale decirte la verdad, repuso Dufrayer después de vacilar un momento. Juzgando por lo que opina el doctor, creo que no podrás servirte de la mano izquierda.

—Después de todo, amigo Dufrayer, más vale perder la mano que la vista, contesté. Y ahora escucha. La señora de Carlton acaba de revelarme un secreto de suma importancia, de mucha gravedad. Me lo comunicó dentro de la más absoluta reserva, y por tanto no puedo repetirlo sin antes obtener su permiso. ¿Crees que vendría á mi cuarto un momento?

—Estoy seguro de que vendrá, aunque no se encuentra bien. Ya sabes que se hallaba á tu lado al estallar la escopeta. Cuando llegué yo la encontré medio desmayada en brazos de Madame, aunque contra su voluntad, según me pareció. La diré que venga, por más que el doctor no quiere que hables mucho.

—No hagas caso del doctor ni de nadie. Necesito hablar con ella y no hay un momento que perder.

Dufrayer salió de mi cuarto y poco después entró Mrs. Carlton. Aun en medio de mis dolores y sufrimientos, no pude menos de notar con pena lo abatida que estaba; apenas podía tenerse en pie.

—¿Quiere usted hacerme un favor? la pregunté con voz apagada. Me debilitaba por momentos y empezaban ya á faltarme las fuerzas para hablar.

—Todo lo que me sea posible, contestó, menos...

—No quiero que haga usted excepciones. Ha faltado muy

poco para que pierda la vida y la hablo á usted ahora casi con la solemnidad de un moribundo. Deseo que se presente usted á su esposo y le confíe el secreto, todo cuanto me refirió á mí.



DÍGASELO Á SU ESPOSO

—¡No, no, no! exclamó volviendo la cabeza.

Tenía la cara más blanca que el vestido que llevaba.

—Pues si no puede usted decírselo á Carlton, por lo menos confíe en Dufrayer. Es abogado y está acostumbradísimo á oir historias tristes y terribles. El podrá aconsejarla. ¿Quiere usted hacer eso?

—No puedo, no puedo, repitió.

Sufría atrozmente, estaba agitadísima.

—¿No sabe usted lo que pasa? prosiguió diciendo. No encuentro la llave de mi joyero.

—Eso agrava más el asunto; aunque creo que ni Madame, con toda su diabólica habilidad, podrá trampear con la cerraja del cuarto blindado. Vamos, señora, prométame que contará usted á Dufrayer todo lo sucedido ó bien á su esposo; así podré descansar tranquilo.

—No puedo, Mr. Head, balbuceó; es imposible. Y por su parte, acuérdese usted de que me dió palabra de no revelar á nadie mi secreto.

—Me pone usted en un cruel dilema, señora.

En aquel momento entró el médico acompañado de Carlton.

—¡Vaya, vaya! exclamó el primero. Está usted fatigándose, y eso no lo puedo permitir. Usted me dispensará, señora, añadió dirigiéndose á Mrs. Carlton, pero no tengo más remedio que decirla que no puede estar aquí. El enfermo necesita la más absoluta tranquilidad. Por fortuna, las contusiones de la cara son insignificantes, pero la sacudida que ha sufrido el sistema nervioso es muy grande; y si no está completamente tranquilo pudiera sobrevenir una fuerte calentura, y tal vez una seria complicación.

—Vámonos, Nora, dijo su esposo. Tú también necesitas descansar, hija mía; tienes muy mal semblante.

Cuando salían de mi cuarto llamé á Dufrayer y le dije:

—Procura ver ahora mismo á Mrs. Carlton; tiene algo muy importante que comunicarte. Dila que sabes que sufre mucho, y que aunque no te he revelado su secreto le ruego que confíe en ti, que te cuente todo cuanto á mí me refirió.

—Así lo haré, contestóme.

Unas horas más tarde volvió á mi lado.

—¿Qué hay? le pregunté con afán.

—Mrs. Carlton está tan delicada que no conviene molestarla más, me dijo. Ha tenido que retirarse á su cuarto y llamar al médico, el cual la recetó un calmante para los nervios. Su esposo, naturalmente, no acaba de comprender qué es lo que la pasa. Pero tienes muy mal semblante, amigo Head; es necesario que descanses. Sea lo que fuese lo que Madame ha hecho en esta

tragedia, continúa aparentando un aplomo y una serenidad asombrosos. En la mesa ha estado tan locuaz y tan brillante como siempre; no ha habido quien la iguale. Preguntó por ti con fingido interés, y hasta tuvo el valor de ofrecerse para venir á verte si podía hacer algún bien. Por supuesto, la dije que el médico no permite que entre nadie en tu cuarto. Pero ya hemos hablado bastante. Tienes que tomar esto, y procura tranquilizarte todo lo posible. Yo sigo con afán la pista de la escopeta, y creo que sólo se necesita un poco de tacto para obtener de uno de los guardas la evidencia del suceso de hoy. Mañana hablaremos despacio; ahora tienes que dormir. A ver si descansas bien.

La sacudida tan terrible que había recibido y el intenso dolor que comenzaba á atormentarme produjeron su efecto á pesar de mi fuerte constitución.

Dufrayer me dió el calmante, lo tomé, y poco después, accediendo á mis deseos, se retiró á descansar.

Pasaron unas dos horas, al cabo de las cuales la medicina comenzó á surtir efecto: la somnolencia se apoderó de mí, disminuyó el dolor y por fin me dormí; pero fué un sueño intranquilo, interrumpido con frecuencia por horribles pesadillas.

Desperté sobresaltado, encendí una cerilla y miré el reloj: eran las tres y media. Naturalmente, hacía horas que todo el mundo se había acostado y reinaba en la casa un silencio sepulcral. A lo lejos sentí el monótono tic tac del reloj del pasillo, pero ningún otro ruido llegó á mis oídos. Las pesadillas de mi sueño parecían tomar forma y realidad en medio de aquella quietud profunda. Figuras fantásticas parecían revolotear en torno de mi cama y se me figuraba estar viendo siniestras caras muy parecidas á la de Madame. La calentura era cada vez mayor, y después de un rato de angustia invadió mi ánimo un mortal temor de que algo terrible estaba sucediendo en aquel instante, temor que llegó á convertirse en firme convicción. Madame, con su extraordinario talento, tenía que adivinar que estaba en peligro, y con seguridad que no dejaría pasar la noche sin hacer algo. Para mí era cosa segura que, mientras los demás dormían, ella robaría el brillante de Rocheville y huiría de la casa.

No pude resistir la tentación. Arrojé la ropa que me cubría y salté de la cama en medio de una fuerte excitación que rayaba en delirio. Me puse la bata, salí al pasillo, bajé silenciosamente la gran escalera, crucé la antesala, y volviendo hacia la izquierda recorrí otro pasillo hasta la puerta de la escalera de piedra que conducía al cuarto blindado de mi amigo Carlton. Tan pronto como llegué á aquella puerta, mis temores se convirtieron en certidumbre.

Un rayo de luz interrumpía la oscuridad que reinaba: apresuradamente, retirándome, me oculté en un ángulo de la pared. Sí, tenía razón. Estaba sucediendo lo que sospechaba, lo que temía. Ante la puerta del cuarto blindado vi á Mme. Koluchy. ¡Sí, era ella!

Tenía en la mano una bujía encendida, y como yo estaba descalzo y no había hecho ruido ninguno, no se enteró de mi presencia. ¿Qué hacía? Esperé en silencio. Las sienes me ardían, mi corazón palpitaba violentamente. Me puse á escuchar, creyendo oir el ruido de los timbres que darían el aviso cuando introdujera la llave en la cerradura, y nada. Aunque no podía distinguir qué era lo que hacía, comprendí que estaba ocupada en alguna diablura; pero el caso era que los timbres seguían mudos.

Un momento después la puerta giró sobre sus goznes y Madame entró en el cuarto. Cuando vi esto, ya no pude contenerme y di un paso hacia adelante. En la oscuridad tropecé con el brazo herido en algún objeto, y entonces se volvió y me vió. Hice un esfuerzo terrible para cogerla, pero me fué imposible, porque las fuerzas me faltaron. Todo parecía dar vueltas á mi alrededor; caí sobre una cosa dura y comprendí que, sin darme cuenta de ello, había entrado en el cuarto blindado. Después de permanecer en el suelo por un instante completamente atontado di un salto y me levanté, pero ya era tarde. Rechinó la puerta de hierro y quedó cerrada. De una manera incomprensible, casi milagrosa, Madame había conseguido abrir la puerta, se había apoderado del brillante guardado en el joyero de Mrs. Carlton y me había encerrado dentro del cuarto blindado.

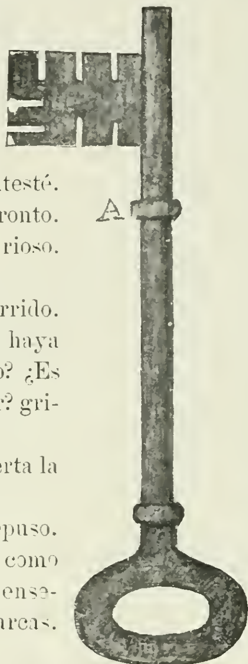
Atolondrado y débil como yo estaba, con el dolor y el dis-



ANTE LA PUERTA ESTABA MME. KOLUCHY

gusto que venía sufriendo, pudo fácilmente hacer de mí lo que quiso. Grité con todas mis fuerzas, que no eran muchas, pero fué inútil: ahogaba mi voz la densidad de las paredes.

Cuánto tiempo permanecí allí encerrado no puedo decirlo. El dolor tan intenso del brazo herido, agravado con la caída sobre el pavimento de piedra, me hizo por fin perder el conocimiento. Me sentía rendido por completo y frío hasta los huesos, cuando se abrió la puerta y entraron Dufrayer y Carlton.



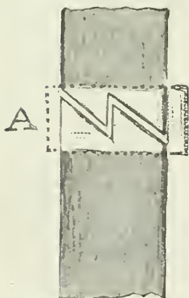
—Te hemos buscado por todas partes, Head, dijo Dufrayer. Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo te encuentras aquí?

—Vine persiguiendo á Madame, contesté. Pero dime, ¿qué ha sido de ella? Dímelo pronto.

—Ha escapado, replicó mi amigo furioso. Pero ¿qué significa esto?

Entonces les referí lo que había ocurrido.

—Pero ¿cómo es posible que sin llave haya entrado en este cuarto? ¿Es alguna maga esa mujer? gritó Carlton.



—Dejaría usted abierta la puerta, dije.

—Juraría que no, repuso. Cerré la puerta ayer como siempre, después de enseñar á ustedes las arcas. Aquí tengo la llave.

LA LLAVE

A, una parte del cañón mostrando la forma del engranaje.

—Permítame que la vea, añadí.

Me la entregó y me puse á examinarla á la luz.

—¡Mire usted, mire usted, Carlton! grité después de un momento. Esta no es la verdadera llave, alguien la ha cambiado. Usted creyó que cerraba la puerta, pero no fué así: esa infame se ha burlado de usted. ¿Ha visto alguna vez llave como esta?

Cogí las guardas de la llave entre el pulgar y el índice y

moví el cañón de izquierda á derecha; el cañón giraba dentro de las guardas en una especie de engranaje oculto.

—Se puede abrir la puerta con esta llave, dije, pero no cerrarla. Fíjese en esto, Carlton.



HAY POCAS MUJERES TAN FELICES COMO YO

Introduje la llave en la cerradura y sonaron los timbres.

—El cañón, dije, gira, pero las guardas de la cerraja no, y la resistencia del engranaje hace creer que se está cerrando la puerta. Así que ayer mañana, cuando creyó usted que la cerraba, en realidad la dejó abierta. Nadie más que esa infame mujer podía haber ideado tan diabólica idea. Para ella sería bien fácil sustituir la verdadera llave por otra.

—Vaya, Head, ya te has molestado bastante, dijo Dufrayer. Vuelve á tu cuarto, pues de otra manera Madame verá satisfecho su más vivo deseo, que es el de que pierdas la vida.

Subí con Dufrayer. Después de un rato me vestí y en seguida nos reunimos con los demás convidados en un gabinete.

En todos los semblantes se retrataba la más viva ansiedad. Mrs. Carlton se hallaba de pie al lado de uno de los balcones abiertos. Tenía trazas de haber llorado mucho, pero vi con sorpresa una mirada de alegría y de satisfacción en sus ojos.

—Quisiera hablar un momento con usted, Head, me dijo.

Salimos juntos al jardín y se volvió á mí exclamando:

—En este instante hay en el mundo pocas mujeres tan felices como yo, aunque, como es natural, siento mucho la pérdida del brillante. Mi doncella me entregó esta mañana una carta de Madame, en la cual confiesa que es cierta la muerte del conde de Porcelli y que el dinero que me fué exigiendo era para ella.

Iba á contestar; Dufrayer se acercó apresuradamente.

—Los *detectives* han llegado, dijo, y necesitan que vayas en seguida.

Fuí con él al despacho de Carlton, y allí estaban ya Tyler y Ford, los cuales acababan de examinar la llave falsa.

—Ha escapado, sí, exclamó Tyler, pero ahora ya la cogeremos, no hay cuidado. Por fin tenemos la prueba que tanta falta nos hacía. Es verdad que ha logrado escapar; pero al fin, sí, al fin podremos perseguirla libremente.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario del Doctor Moreno



Diez años olvidados.

En el mes de abril del año 1890 me avisaron para que acudiese á una consulta con D. Eusebio Miravalles á la calle de Fernando V. Se trataba entonces de un caso grave de fiebre tifoidea, al que no di importancia ninguna; pero los sucesos que ocurrieron después á consecuencia de la enfermedad me llamaron extraordinariamente la atención. Tanto fué así, que anoté aquel caso como el más singular de todos cuantos se me han presentado durante el ejercicio de mi profesión de médico.

El paciente era un abogado joven, casado, con tres hijos. Doña Matilde, su esposa, era pequeña, muy bonita, pero sumamente nerviosa. El día en que fuí á ver á su marido no pude menos de fijarme en la intranquilidad y el desasosiego que se destacaban en sus ojos y cómo movía silenciosamente los labios al escuchar mis palabras.

El enfermo estaba grave, pero sin embargo no me pareció que corría peligro su vida, y con gran satisfacción se lo hice comprender así á su mujer.

Volví á ver á Fermín Cavia al final de la semana. Le encontré mucho mejor, y entonces pude asegurar que el peligro había desaparecido por completo.

Representaba D. Fermín unos treinta y tres años de edad; era alto, delgado, con ojos hundidos, muy negros, y frente ancha. Me he fijado muchas veces en que la forma particular de su cabeza es muy común entre los hombres dedicados al estudio de las leyes. El médico de cabecera me dijo que era abogado, y fácilmente pude comprender que sería elocuente en las defensas á él encomendadas. No volví á visitarle, porque habiéndome encontrado casualmente un día con Miravalles me dijo éste que iba restableciéndose casi mejor de lo que podía haberse esperado. En vista de esto olvidé el caso como uno de tantos, hasta que el siguiente incidente me lo trajo de nuevo á la memoria.

Regresé á mi casa cierta tarde á comer, dispuesto á salir en seguida á visitar á un enfermo muy grave, cuando me dijo Juan que una señora me esperaba en el gabinete de consulta.

—¿No la dijo usted que no recibo visitas á estas horas?

—Sí, señor, respondió el criado, pero no quiso marcharse. Dijo que esperaría hasta que pudiera usted atenderla, porque á todo trance necesita hablar con el doctor esta tarde.

—Más vale que vaya á ver lo que quiere, murmuré para mis adentros.

Tenía algunos casos graves á que atender y me causaba enojo que me entretuvieran en aquel momento; así que entré en el gabinete de bastante mal humor.

Una mujer pequeña y delgadita estaba sentada de espaldas á la puerta. Se levantó apresuradamente en cuanto me oyó, y vi con sorpresa que era doña Matilde, la esposa del abogado.

—¡Gracias á Dios, exclamó, que ha podido usted venir! Le he esperado, doctor, porque estoy muy disgustada con lo que ocurre con mi pobre marido.

—¿Su marido? dije. ¡Pues si me aseguró Miravalles que se había restablecido perfectamente! Añadió que, para que acabara de curarse, le había recomendado que fuera á un puerto de mar por unos días, y que creía que después de hacerlo así podría reanudar sus trabajos.

—Así fué, replicó la señora; la convalecencia de mi esposo fué muy breve. He oído decir que, después de una enfermedad como la suya, el paciente tarda mucho tiempo generalmente en recobrar la salud, pero no ha sucedido así con Fermín. Después que pasó lo peor parecía mejorar por momentos. Hace quince días le dijo D. Eusebio que necesitaba salir de Madrid para mudar de aires, y que lo más conveniente sería que nos trasladásemos por una temporada á un puerto de mar. Pensamos ir á San Sebastián, y escribí á una fonda para que me reservaran habitaciones; pero Fermín cambió de idea y me dijo que más quería ir á Valladolid, donde podría visitar á unos amigos de colegio. Efectivamente, fuimos á Valladolid, dejando á los niños en casa, y pasamos unos días agradabilísimos. El martes por la mañana recibí una carta, en la que me comunicaban que la niña mayor había enfermado. Tomé el primer tren y vine á Madrid; pero viendo que no era más que un sencillo enfriamiento lo que tenía la niña, regresé al día siguiente al lado de mi esposo.

Al llegar aquí doña Matilde se detuvo y oprimió el corazón con las dos manos. Su semblante, que hasta entonces había estado pálido, tornóse casi lívido. Se levantó de la silla sin poder disimular la terrible agitación de que era presa, y continuó como si quisiera dar más expresión á sus palabras:

—Cuando llegué á la casa donde nos hospedamos supe que mi esposo había salido de Valladolid en el expreso de la mañana. La noticia me sorprendió mucho, pero no le di grande importancia al principio. Sin embargo, creí notar algo misterioso en la cara de la dueña de la casa y comprendí que tenía algo más que decir. Entramos en el gabinete donde Fermín y yo habíamos pasado horas tan felices y empecé por manifestar:

—Supongo que mi esposo estaría intranquilo hasta saber cómo se hallaba la niña y habrá regresado á Madrid. Sin duda que nos habremos cruzado en el camino.

—Señora, dijo la mujer gravemente, no creo que D. Fermín haya ido á Madrid.

—¿Cómo que no?

—Verá usted lo que sucedió esta mañana: vine, como de

costumbre, á servir el desayuno á las ocho. Cuando entré, su esposo estaba al lado del balcón y me dijo:

—Tráigame usted la cuenta. Salgo en el expreso y voy á preparar la maleta.

Salía del gabinete para extender la cuenta, cuando me detuvo diciendo con voz severa y fría:

—¿Quién ha traído estas cosas á mi cuarto? Retírelas usted ahora mismo.

—¿Qué cosas, señor? pregunté.

—Esos objetos de mujer; esa labor y esa toquilla blanca.

—Señor, dije mirándole con sorpresa, son de su esposa.

—Sepa usted, agregó lanzándome una mirada furiosa, que no me hacen gracia estas bromitas. Parece mentira que salga de sus labios semejante disparate. Demasiado sabe usted que yo no tengo mujer.

Y sin más se marchó á su alcoba, cerrando violentamente la puerta.

Media hora después pagó la cuenta, mandó venir un coche y marchó, llevándose todo su equipaje. D. Fermín parecía hallarse tranquilo, pero cuantas veces intenté hablarle de usted se ponía furioso. Si he de decir la verdad, no me gustó nada aquella manera de conducirse.

—Escuché á la mujer, continuó doña Matilde, con increíble asombro; me parecía un sueño todo aquello. Miré por el gabinete buscando la confirmación de sus palabras, y efectivamente mi marido se había llevado todas sus cosas; pero mi sombrero y dos ó tres ropitas que estaba yo cosiendo para los niños, los vi recogidos en un rincón. Pasé á la alcoba, y allí también mi ropa estaba arrinconada, como si hubiese sido arrojada á un lado con desprecio. Cuando yo, en la situación que es de suponer, estaba haciendo mil conjeturas acerca de lo ocurrido, entró la dueña de la casa diciendo:

—Traigo esta carta que he encontrado sobre la mesa, señora: tal vez el señor se olvidaría de ponerla en el correo.

—Aquí está, D. Arturo; léala usted, que acaso nos ayude á descifrar este horrible misterio.

Tomé la carta y leí lo siguiente:

«Muy señor mío y de mi mayor respeto: He sentido muchísi-

mo no haber visto á usted ayer cuando fuí á despedirme. Aprovecho esta ocasión para darle las más sinceras gracias por su excesiva amabilidad conmigo durante el tiempo de mis estudios. Salgo de Valladolid por el primer tren de la mañana; de lo contrario, hubiera vuelto hoy á su casa para despedirme en persona. Sin embargo, espero tener el gusto de visitarle la primera vez que pase por Valladolid. Mientras tanto, disponga usted como quiera de s. s. y affmo. discípulo. *Fermín Caria*».

Volví á leer la carta y se la entregué á la señora sin hacer ninguna observación.

—¿Quiere usted poner otro sobre y enviarla á su dueño? dije después de unos instantes.

—Eso es imposible, doctor, replicó en voz baja y trémula. La carta va dirigida á un muerto. Hace algunos años que murió D. Juan Echévarri, el antiguo catedrático de mi esposo. Fermín lo sintió mucho, y con frecuencia me habló del interés personal que D. Juan le demostró mientras estuvo estudiando. ¿No me dice usted nada de la carta?

—Luego le diré. La carta, sin duda ninguna, nos ayudará mucho en nuestras pesquisas; pero ahora prosigamos. ¿No tiene usted más que exponer?

—Sí. Después de enterarme de la carta puse un telegrama urgente á casa preguntando si había llegado Fermín. La contestación no se hizo esperar mucho. Decía que no estaba ni se tenían noticias suyas. Regresé á Madrid lo más pronto que pude, con la esperanza de que mi esposo habría llegado antes que yo, pero no hay tal cosa. Miravalles está fuera y he venido directamente á ver á usted. ¿Puede ayudarme ó aconsejarme qué debo hacer, D. Arturo?

—La ayudaré, sí, señora. Es verdaderamente muy raro el proceder de su esposo. Cierto que tengo mucho trabajo estos días, pero me arreglaré de modo que pueda ponerme á la disposición de usted dentro de un rato. Espéreme aquí, y sobre todo procure tranquilizarse: no tardaré mucho en volver.

La pobre señora se sentó en una butaca. Temblaba mucho y comprendí que tenía los nervios completamente trastornados. Llamé á Juan, y diciéndole que la llevase algo para tomar, me puse el sombrero y salí de casa. Tomé el coche y fuí á ver al

enfermo más grave, que afortunadamente vivía cerca. Luego pasé á ver á un amigo médico y compañero de colegio; le rogué que atendiera á mis enfermos por un par de días y regresé á mi casa, donde encontré á doña Matilde llorando amargamente.

—¡Vaya, vaya! la dije, con eso nada conseguimos. Tome usted estos bizcochos y esta copita: tranquilícese, y á ver si encontramos á su esposo.

Bebió la copita de Jerez que la ofrecí y me contestó:

—¡Dios mío, Dios mío! no se ocupe usted de mí. Lo que yo quiero es que me diga lo que opina acerca de cuanto acabo de referirle. No me explico, no puedo comprender la extraña conducta de mi esposo.

—La única explicación que yo hallo, doña Matilde, es que las facultades mentales de su esposo se han trastornado por completo. La fiebre tifoidea es una enfermedad grave y temible, y D. Fermín estuvo muy mal. Su aparente y breve convalecencia le haría tal vez hacer más que lo que buenamente podía, más que lo que le permitían sus fuerzas. Si fuera así, podrían sobrevenir varias y extraordinarias complicaciones. Cuando le haya visto podré decirlo con seguridad. Lo que debemos procurar ante todo es encontrarle; pero antes de comenzar nuestras pesquisas necesito hacer á usted algunas preguntas. ¿Qué edad tiene su esposo?

—Treinta y tres años.

—Estudió la carrera en Valladolid, ¿no es cierto?

—Sí, hace ahora diez años que la terminó. Durante los días que estuvimos allí habló mucho de lo que hacía cuando era estudiante. Estuvo muy alegre, muy contento, dió largos paseos y visitó á muchos condiscípulos, aunque desgraciadamente se encontró con que algunos se habían ausentado y otros habían muerto. Cuando supo que uno á quien estimaba muchísimo, llamado Eulogio Royo, había fallecido también, se afectó mucho y aquella noche estuvo triste y muy abatido.

—¿Quién le informó de la muerte de ese señor Royo?

—Un antiguo catedrático. Después, cuando regresamos á la casa donde estábamos hospedados, me habló mucho de Royo y de un viaje que hicieron á San Sebastián después de los exámenes.

—¿Recuerda usted algún detalle de aquel viaje?

—Solamente recuerdo que habían quedado citados para encontrarse en San Sebastian cierto día, y que Fermín llegó un día antes y tuvo que esperar á su amigo.

Medité profundamente el caso, que me parecía extraordinario, y lo que más me chocaba no era precisamente que la imaginación de Cavia se hubiera extraviado, sino la extraña forma que había tomado su locura. Una de dos: ó había sentido de repente un odio profundo hacia su esposa ó había olvidado su existencia.

Después de un rato hice otras preguntas á doña Matilde.

—¿Notó usted algo de particular en la conducta de su esposo durante los últimos días que estuvo con usted?

—Nada absolutamente. Fermín estuvo cariñoso y amable. Pasó pronto la tristeza causada por la noticia de la muerte de su amigo Royo y habló alegremente de sus asuntos, diciendo, entre otras cosas, que se consideraba muy dichoso al poder reanudar sus trabajos tan pronto, dada la importancia de la enfermedad que había padecido. Por el correo de la noche recibió una carta que le animó mucho. Era de un amigo íntimo, el cual le ofrecía la defensa en un proceso grave. Mi esposo se puso contentísimo, porque vió que podía ganar bastante dinero. A la mañana siguiente recibí la noticia de que Merceditas estaba enferma y me vine á Madrid. Fermín quiso acompañarme, pero creyendo que no estaba bien restablecido pude disuadirle. Entonces me hizo prometer que volvería lo más pronto posible.

—Una pregunta más, doña Matilde. ¿Cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

—Seis años.

—¿Y cuántos tiene la niña mayor?

—Cumplirá cinco el año próximo.

—¿Usted ha visto alguna vez á Eulogio Royo?

—Nunca, aunque he oído á Fermín nombrarle, pero jamás tanto como en estos últimos días. Como siempre estaba ocupadísimo en sus trabajos, no hablaba mucho de los tiempos pasados.

—Y cuando le conoció usted por primera vez, ¿conoció también á alguno de sus condiscípulos?

—A ninguno. Hacía más de tres años que se había establecido en Madrid.

—Gracias, dije, no necesito saber más.

—Pero ¿qué hacer? preguntó con ansiedad doña Matilde. Imposible permanecer aquí parados mientras mi esposo anda por ahí errante. Quizás para estas horas...

No pudo terminar la frase.

—Pierda usted cuidado, repuse; no ha sucedido lo que teme; esto se lo aseguro. En vista de cuanto acaba de decirme, estoy en la creencia de que su esposo se halla en este momento en San Sebastián.

—¿Cómo puede ser eso?

—Quiero decir que cabe en la posibilidad el que haya ido allá á unirse con su amigo Eulogio Royo.

Cuando dije esto me miró doña Matilde como si creyese que yo también había perdido el juicio. Sin hacer caso de su expresiva mirada, continué:

—Estoy resuelto á salir para San Sebastián en el expreso de esta noche. ¿Quiere usted acompañarme?

—Creo que lo que haremos será perder el tiempo.

—No opino yo así. A pesar de la robusta constitución de su esposo es indudable que aun estaba muy débil. Por lo que me dice usted, es evidente que hizo más esfuerzos de los convenientes durante los días de su estancia en Valladolid, con lo que fatigó el cuerpo, debilitado de antemano por una larga y penosa enfermedad. Ya sabe usted que, del cuerpo humano, el cerebro es lo que más fácilmente se descompone. Don Fermín cansó el cuerpo y exaltó la imaginación demasiado con los recuerdos que despierta en el hombre la visita de aquellos sitios donde contrajo amistades desvanecidas por el tiempo. ¿No ha dicho usted que le afectó mucho la noticia de la muerte de su amigo?

—Sí, muchísimo; tanto que llegué á temer un retroceso en la convalecencia.

—Lo cual prueba que tengo razón al pensar como pienso, ó sea que las facultades mentales de su esposo, debilitadas por la enfermedad, se trastornaron por completo. Bien sabido es que la locura se presenta bajo distintas é inesperadas formas. Opino

que en el caso de su marido le ha hecho olvidar los últimos años de su vida, de manera que cree que todavía es estudiante. Lo demuestra así, entre otras cosas, la carta dirigida al catedrático de la Universidad muerto hace tiempo, y lo confirma la extraña conducta observada con usted. Estoy seguro de que tengo razón en lo que pienso; tan seguro que, como dije antes, creo que lo primero que debemos hacer es salir para San Sebastián esta misma noche á buscarle. Ahora usted dirá si quiere venir conmigo ó desea que vaya yo solo.

—Iré con usted.

Se levantó en seguida y empezó á ponerse los guantes. Era el día 24 de junio y hacía un calor excesivo, impropio todavía de la estación.

Durante el viaje, que lo emprendimos al anochecer, la pobre señora apenas habló una palabra; parecía una estatua. Comprendí que estaba atolondrada con el disgusto, y llegué á temer que, si duraba mucho aquella horrible incertidumbre, sería necesario cuidar de ella como de su esposo. No pude conseguir que durmiera un instante.

Al bajar del coche en la estación de San Sebastián me preguntó muy agitada:

—Y ahora, doctor, ¿qué piensa usted hacer?

—Ante todo, dígame si presume á qué hotel habrá podido ir su esposo.

—A uno de los mejores, seguramente.

—Bien; pues empezaremos por el de Ezcurra y seguiremos por los demás, hasta que consigamos encontrarle.

—Como usted quiera.

Una simple ojeada me bastó para comprender que hasta entonces no había logrado inspirarla confianza en cuanto al éxito de nuestro viaje.

Nos dirigimos al hotel Ezcurra, pero en vano. Allí no estaba ni había estado D. Fermín.

Al salir del hotel vi tan desencajada á doña Matilde que insistí en llevarla á almorzar antes de que diéramos otro paso.

Entramos en el restaurant más cercano, almorzamos de prisa y salimos en seguida para el hotel Continental.

—¡Dios mío! exclamó en el camino doña Matilde: si ver-

daderamente ha perdido el juicio mi esposo, estamos arruinados.

—¿No tiene usted otros medios de vida?

—Ninguno más que el trabajo de mi esposo.

—Y en el caso de que su esposo no pudiera trabajar en una temporada, ¿no tienen ustedes algún pariente, algún amigo que los proteja?

—Nadie, respondió moviendo tristemente la cabeza. Cierto que el padre de Fermín vive todavía, pero es muy anciano y tiene pocos bienes de fortuna.

Suspiró profundamente y continuó con una sencillez que me impresionó mucho:

—Aun en estos momentos tan terribles no puedo menos de pensar en los niños. ¡Qué será de ellos si nuestros temores se realizan!

—Hay que tener esperanza, doña Matilde, dije. Primero es necesario encontrar á su esposo: después pensaremos lo que habrá que hacer.

—¿Pero será posible hacer algo, doctor?

—Lo veremos.

Llegamos al hotel y recibimos la misma contestación que en el de Ezcurra. Doña Matilde se desanimó más y más, pero sin embargo se dejó conducir al hotel de Londres sin pronunciar una palabra. Allí nos esperaban mejores noticias.

—¿Un caballero alto, moreno, algo caído de hombros, nos dijo el administrador, y que usa lentes?

—A veces, siempre no, respondió la señora.

—¿Tiene la costumbre de ponérselos cuando hace una pregunta?

—¡Sí, sí! ¿Será verdad ¡Dios mío! que está aquí? ¿Tendrá usted razón, doctor?

—El caballero cuyas señas coinciden con las que usted me da, añadió el administrador del hotel, ocupa la habitación número 51. ¿Quiere usted que se le avise que está usted aquí?

—No, no; yo subiré sin que nadie le diga nada. ¿Tiene usted la bondad de acompañarme, doctor?

Subimos y la criada nos enseñó el núm. 51. Estaba cerrada la puerta, pero un momento después que llamamos se sintieron

pasos en la habitación y el mismo Cavia se presentó ante nosotros. Doña Matilde se acercó á él queriendo abrazarle, pero Cavia se retiró con extrañeza que comprendí no era fingida.

—¿A qué debo el honor de esta inexplicable visita? preguntó de muy mal talante.

—Fermín, ¿no me conoces? dijo sollozando la pobre señora; soy yo, soy tu mujer.

—Sin duda ha perdido usted el juicio, señora, contestó Cavia dirigiéndola una mirada de disgusto. No tengo el honor de conocer á esta señora, añadió hablándome á mí con frialdad.

—¡Que no me conoces, Fermín! ¡Ay, Dios mío, no digas eso! Soy Matilde, tu esposa, la madre de tus hijos. ¿No te acuerdas de tus hijos, Fermín? ¿No te acuerdas de Merceditas, á quien tanto quieres? Mírame bien, fíjate en mí, esposo mío; soy tu mujer, que te ama con toda su alma.

Hasta aquel momento doña Matilde había permanecido bastante tranquila, á pesar de su sufrimiento; pero ya no pudo más, y llena de desesperación comenzó á llorar amargamente.

Muchos cuadros tristes he presenciado en mi vida, pero no recuerdo haber visto tristeza mayor ni más profunda que la retratada en el rostro de aquella desdichada mujer. Tan abstraída estaba con el empeño de conseguir que su marido la reconociera, que olvidó por completo mi presencia y la de la criada del hotel, quien, picada de la curiosidad, se había detenido en la puerta.

—Fermín, continuó, acercándose á su marido y hablando con acento desgarrador, ¿es posible que me hayas olvidado? Repito que soy tu esposa; hace seis años que nos casamos.

—¡Qué disparate, señora! exclamó Cavia lanzando una horrible carcajada. Hace seis años no había yo salido de la Universidad, y como ahora tengo veintitrés, quiere decir que me casé á los diez y siete. ¡Ja, ja!

—Fermin, querido mío, ¿pero de veras no me conoces?

Las lágrimas corrían copiosamente de sus ojos. Cayó de rodillas y cogiendo una de las manos de Cavia trató de llevársela á los labios. Su actitud suplicante, sus lágrimas, sus cariñosos ruegos, todo inútil.

—Levántese, gritó furioso su marido, eso es un atropello. Se

han equivocado si creen que han de sacar algo de mí. Señora, tenga usted la bondad de salir de mi cuarto inmediatamente; ni siquiera sé cómo se llama. Caballero, añadió dirigiéndose á mí. llévese usted á esta señora.

Doña Matilde se puso de pie; aquellas palabras la hirieron vivamente. Se dirigió á la puerta, pero antes de llegar á ella sufrió una especie de desvanecimiento é indudablemente hubiera caído si no acudo para sentarla en una silla.

—Todo esto no es más que un plan diabólico para perder á un hombre honrado, dijo Cavia. Caballero. ¿me hace usted el favor de su nombre?

—Moreno, contesté; soy médico y asistí á usted en su última enfermedad, en consulta con Miravalles.

—Pero ¿qué es esto, cielos? ¡Si jamás estuve enfermo yo! ¿Se han propuesto ustedes volverme loco?

—Doña Matilde, dije, más vale que dejemos por ahora á su esposo; yo hablaré...

—Prohibo que se diga que soy esposo de esa mujer, interrumpió Cavia lleno de furia. Ni la he visto nunca ni soy casado. ¡Ah! añadió dirigiéndose á la criada, hágame usted el obsequio de decir al administrador que suba á mi cuarto en seguida. No, no, no se retiren ustedes hasta que haya hablado con él.

Cavia arrojó con rabia y despecho el libro que hasta entonces había tenido en la mano, y esperó con impaciencia la llegada del administrador. Pocos minutos después sentimos ruido de puertas que se abrían y se cerraban, seguido de pasos que subían la escalera. La criada había, sin duda, esparcido la noticia de aquella escena, y la gente, atraída por la curiosidad, se acercaba á presenciarla. Me acerqué á la puerta y la cerré.

—¿Para qué cierra usted la puerta? preguntó Cavia encolerizado.

—No hable usted tan fuerte, contesté en el mismo tono. ¿Quiere que todo el mundo se entere de sus cosas?

No me replicó, y un momento después entró el administrador. Un poco alarmado venía y preguntó para qué se le había llamado.

—Le he llamado á usted. respondió Cavia. para que eche

el hotel á esta gente. Han entrado en mi cuarto sin permiso y hablando de cosas que no existen ni han existido nunca. Esta señora, á quien no he visto en mi vida, tiene la osadía de decir que soy su esposo. Quiero que sepa usted que no es cierto, y que tanto ella como el señor que la acompaña mienten al decir que yo les conozco. Si desea usted que el hotel conserve su buena fama haga que se vayan en seguida.

El administrador, como es natural, no sabía lo que debía hacer: la infeliz señora me miró como pidiendo protección, y yo, comprendiendo que, para una persona que no estuviera en antecedentes, Cavia tenía que aparecer como hombre de juicio, le dije al administrador:

—Vámonos de aquí; ya le explicaré á usted lo que pasa. Doña Matilde, añadí ofreciéndola mi brazo para que se apoyara, venga usted.

El disgusto la hacía sufrir horriblemente, y temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie.

En cuanto salimos del cuarto lo cerró Cavia con llave.

—Ese desdichado caballero, le dije al administrador, está loco. Es necesario vigilarle y no permitir que salga del hotel sin que alguien le acompañe.

—Me extrañan mucho sus palabras, contestó, y ya comprenderá usted que necesito alguna prueba para asegurarme de que tiene razón. Ese caballero estuvo muy formal y muy juicioso antes de venir ustedes; no dió señales, ni mucho menos, de estar loco, y sobre todo, yo creo que, estuviese ó no estuviese loco, siempre conocería á su esposa.

—Llévenos á una habitación retirada, añadí, y allí se lo explicaré á usted todo.

Así lo hizo.

—Bajo mi responsabilidad, le dije, va usted á destinar algún criado para que vigile al Sr. Cavia. Soy médico bien conocido en Madrid; ahí tiene usted mi tarjeta, y le suplico que atienda usted mis órdenes. Ese caballero está loco y hay que observarle.

—Bueno, bueno; si se empeña usted... contestó el hombre con algo más de cortesía. Mandaré al portero que lo vigile.

Nos dejó solos y volvió á los pocos minutos.

—Y ahora, caballero, agradecería me explicase usted lo que está pasando, porque es muy raro verdaderamente.

—Lo es, repliqué, y al mismo tiempo muy triste. El caballero á quien acabamos de dejar se ha vuelto loco. Estaba restableciéndose de unas fiebres tifoideas muy graves, y hasta el martes último parecía que la convalecencia era segura. Hacía unos quince días que con su señora salió de Madrid para cambiar de aires, y accediendo á sus deseos fueron á Valladolid. Hallándose en aquella capital recibió doña Matilde una carta, en la que le decían que la niña (había dejado dos hijos en Madrid) estaba enferma. Inmediatamente marchó, con intención de regresar en cuanto la niña mejorase. Viendo que su hija no ofrecía peligro ninguno regresó al siguiente día, pero no encontró á su esposo; éste había desaparecido. Presumimos que había venido á San Sebastián, y aquí venimos también nosotros en su busca.

—Ahora recuerdo perfectamente, dijo el administrador, que el caballero llegó al hotel ayer por la mañana. Pidió una buena habitación y advirtió que hoy necesitaría otra para un amigo.

—¿Indicó el nombre del amigo á quien esperaba?

—Sí, señor: dejó recado en la oficina para que en cuanto llegara Eulogio Royo se le pasara á su cuarto.

—Eulogio Royo ha muerto, observó doña Matilde rompiendo su silencio.

—¿Ha muerto? exclamó el administrador. Habrá sido repentinamente. ¿Lo sabe ya el Sr. Cavia?

—Hace diez años que murió, contestó doña Matilde. Era muy amigo de mi esposo, y estuvieron juntos aquí después de terminar la carrera.

—¿Conserva usted los libros de hace diez años? pregunté.

—Sí, señor.

—Pues tenga usted la bondad de examinarlos. Es necesario y conveniente para todos que probemos la certeza de las palabras de esta señora. ¿Sabe usted, doña Matilde, en qué mes estuvieron aquí?

—Después de los exámenes. Creo que sería á últimos de junio ó á principios de julio.

—Junio de 1880, observó el administrador, el cual estaba

impresionado y se interesaba mucho en el asunto. Bajaré ahora mismo á examinar los libros, continuó.

Marchó de la habitación y tardó unos diez minutos en volver.

—Tiene razón la señora, dijo, aunque no acabo de comprender lo que está ocurriendo. Examiné los libros de junio de 1880, y allí encontré los dos nombres, Fermín Cavia y Eulogio Royo. El Sr. Cavia ocupó la habitación número 25 y el Sr. Royo la número 26. Y ahora, ¿qué significa todo esto?

—Significa, dije, que D. Fermín ha olvidado diez años de su vida: en una palabra, que está loco y es necesario vigilarle con cuidado. Comeremos aquí, y si tiene usted habitaciones disponibles nos quedaremos hasta mañana.

El administrador condujo á doña Matilde á una habitación del piso superior y yo ocupé el cuarto siguiente al de Cavia, que se hallaba libre por casualidad.

Transcurrió sin novedad la noche, durante la cual no se movió Cavia de su cuarto, pero yo no pude conciliar el sueño. Aparte de la compasión que me inspiraba doña Matilde, el caso era interesante y había que buscar una solución.

A las ocho bajé al comedor y allí encontré á doña Matilde. Una ojeada bastó para comprender cuánto había sufrido.

—He meditado detenidamente, la dije sin preámbulos, acerca de la enfermedad de su esposo, y no me cabe duda alguna de lo que ha sucedido. Por alguna causa extraordinaria D. Fermín ha olvidado los diez últimos años de su vida. Su memoria ha vuelto al tiempo de la terminación de su carrera. Recuerda haber venido á San Sebastián y ahora cree que está esperando á su amigo Royo. Si recobrará ó no los diez años perdidos es imposible asegurarlo. Lo que yo aconsejo es lo siguiente: que venga alguna persona que en aquella época le tratase con intimidad y que le diga francamente lo que ha ocurrido. ¿Le convencerá esa persona? Me inclino á creer que sí, pero no puedo asegurarlo, claro está. De todos modos, es lo único que se puede hacer. ¿Conoce usted algún amigo que le tratara hace diez años?

—Amigo, no: pero su padre...

—Es verdad; ninguno mejor.

—Fermín le ha querido siempre muchísimo.

—¿Vive muy lejos de aquí?

—Vive en Vitoria. Se le puede poner un telegrama y estoy segura de que vendrá en seguida.

Me dió las señas y puse el telegrama inmediatamente. Poco tiempo después estábamos doña Matilde y yo hablando en un extremo del comedor, cuando entró Cavia. Nos miró fijamente, pero no dió ninguna señal de habernos conocido. Fué á sentarse á una de las mesitas y pidió el almuerzo. Indiqué á su esposa que no le hiciera caso, y aunque se volvió más pálida que nunca y estaba agitadísima tuvo suficiente valor para seguir mi consejo. Sentándonos á una mesa no muy lejos de la suya almorzamos juntos. Doña Matilde se colocó de espaldas á su marido, pero yo, de frente, le observaba con la mayor atención. Pidió un periódico y se puso á leer. Fijándome bien en su semblante vi que la lectura le extrañaba mucho. Se pasó la mano por la frente, se quitó los lentes, los limpió con el pañuelo y acabó por arrojar el periódico con un gesto de impaciencia.

En aquel momento un mozo me entregó un telegrama. Lo abrí y me encontré con que era de uno de mis pacientes, y tan urgente que no tenía más remedio que marchar á Madrid tan pronto como me fuera posible. Referí á doña Matilde lo que ocurría: la dije cuánto sentía tener que dejarla sola en tan tristes circunstancias, y la aseguré que no esperaba novedad en la situación de su esposo, aconsejándola que no intentara hablar con él y que esperase con paciencia la llegada de su suegro.

Hablé después con el administrador, á quien supliqué que, si ocurría algún cambio, me avisara por telégrafo en seguida, y me despedí, saliendo para Madrid en el tren de las once.

Encontré muy grave al enfermo que me había avisado y pasé una parte del día con él. Después visité á mis demás pacientes, y cuando por la noche regresé á mi casa me encontré con un telegrama de doña Matilde diciéndome que su suegro había llegado y que Cavia le recibió cariñosamente. Por lo demás no había novedad. Contesté á la mañana siguiente manifestando que me sería imposible salir de Madrid aquel día, pero que, si era necesario, procuraría ir á San Sebastián la noche después.

Al otro día acababa de tomar el desayuno cuando el criado me anunció una visita. Leí la tarjeta que me presentaba, y con asombro indescriptible vi en ella el nombre de Fermín Cavia.

—¿A dónde ha pasado usted á ese caballero? pregunté á Juan.

—Al gabinete de consulta, señor.

—¿Qué señas tiene?

—Es alto, delgado y representa unos cuarenta años de edad. Para preguntarme si estaba el señor en casa se puso los lentes.

—¿Qué habrá sucedido? iba yo pensando lleno de extrañeza al dirigirme al gabinete.

—Ante todo, doctor, comenzó diciendo Cavia, he de rogar á usted que me dispense la manera tan brusca con que le traté anteayer. Creo que me perdonará usted teniendo en cuenta...

—Mil veces, amigo Cavia, le interrumpí con la mayor sinceridad. No puede usted imaginarse cuánto me alegro de que haya recobrado la memoria. Le felicito de todo corazón.

—Pues no hay de qué, doctor, contestó con infinita tristeza. No he recobrado la memoria ni mucho menos. En este momento soy un hombre que vive por la fe.

—¿Cómo, qué quiere usted decir con eso?

—Lo que usted ha oído, doctor: vivo por la fe. Mi padre, á quien he considerado siempre como uno de los mejores hombres, me ha hecho una revelación extraordinaria. Lo que él dice concuerda con lo que usted y... (aquí vaciló) y la señora que con usted vino me dijeron la otra noche. Creo á mi padre porque sé que es incapaz de decir lo que no siente, y por lo tanto le creo á usted también. Por mi parte, si alguien me pidiera que explicase lo que sé de mi vida, diría que en este momento tengo veintitrés años y que hace poco he terminado la carrera. Pienso establecerme en Madrid, pero antes me propongo pasar una temporada en San Sebastián con Eulogio Royo. Respecto de mi juventud, más bien de mi adolescencia, casi podría decir día por día todo lo que hice desde que fuí niño. Mis primeros meses de colegio, y sobre todo el tiempo que pasé en la Universidad, los recuerdo perfectamente. Esa creo yo que es mi historia. Sin embargo, mi padre me dice que tengo otra posterior. Dice que soy casado y que tengo tres hijos: estoy establecido en Madrid, y hace seis años que vivo en la calle de Fernando V. Añade que acabo de restablecerme de una grave enfermedad de tifoideas, durante la cual me asistió usted en consulta con otro médico. De todo esto no recuerdo nada abso-

lutamente; pero mi padre me lo asegura, y porque es mi padre lo creo. La pobre joven que vino con usted, y á quien traté tan duramente, es en verdad mi esposa, aunque no recuerdo haberla visto nunca. ¿Cuándo y cómo me enamoré de ella? ¿Cuándo me casé? ¿Cómo se llama? No tengo la menor idea. En una palabra, que según afirma mi padre, de quien yo no puedo ni debo dudar, se han borrado de mi imaginación diez años de mi vida. ¿Es acaso que estoy loco?

—Loco precisamente no está usted, repliqué, pero no hay duda de que se ha trastornado un poco su cerebro.

—¡Cielos! exclamó Cavia levantándose de la silla y comenzando á dar vueltas por la habitación con terrible intranquilidad: ¡entonces es cierto que he perdido mi juventud! El poco sentido que me queda parece anularse al oir sus palabras, doctor. ¡Toda mi juventud ha pasado sin que yo me haya dado cuenta de ello! Tengo una esposa á quien no amo y unos hijos á quienes no conozco. De mi profesión no recuerdo nada, ni tampoco de los asuntos que me fueron confiados. ¡Vaya una situación la mía! Soy marido, soy padre y hombre de carrera y he olvidado por completo mi profesión... ¡Esto es horrible! ¿Qué va á ser de mí y de mi pobre familia? Doctor, ¡por Dios! añadió con profunda tristeza, ¿no puede usted hacer algo para devolverme los diez años perdidos? Estoy dispuesto á todo, á todo, con tal de curarme.

—Necesito pensarlo bien, dije, antes de dar una contestación definitiva. Creo que no necesito añadir que me interesa usted muchísimo, y que me alegro infinito de que haya venido á consultarme, porque si se hubiera usted negado á creer á su padre, nada hubiéramos podido hacer.

—Vivo por la fe únicamente; pero ¿qué opina usted de mí?

—Desde luego es un caso extraordinario. No hallo mejor manera de explicarlo que comparando el cerebro á un cilindro de fonógrafo. Las células de los nervios, que pueden contarse por miles de millares, representan el cilindro. Cuando se llevan ciertas sensaciones á esas células, quedan grabadas lo mismo que las impresiones del fonógrafo. A veces vuelven á repetirse después de mucho tiempo. *Usted ha perdido el cilindro de estos últimos diez años,* y lo que hay que hacer es procurar que lo

recobre. Pero antes de continuar, permítame que le dirija alguna pregunta. Dice que se siente como un joven de veintitrés años, lo cual parece indicar que disfruta de buena salud.

—Estoy completamente sano y fuerte, contestó Cavia. Claro está que la imaginación la tengo trastornada, pero no siento ningún dolor, aparte...

Calló bruscamente.

—Ese «aparte» con seguridad que significa algo. Tenga usted la bondad de decirme todo lo que sienta: hasta el detalle más pequeño es de importancia para mí.

—Noto en el antebrazo y en la mano derecha una especie de adormecimiento, pero es tan poca cosa que no merece la pena de mencionarlo. Me siento bien: enérgico, fuerte, ágil... en fin, lo mismo que un joven de veintitrés años.

Suspiró y volvió á sentarse, mirándome cara á cara.

—¿Cuál cree usted que es la causa de mi situación?

—La causa, contesté, puede ser ó que tiene usted cubierta alguna arteria ó la rotura de un pequeño vaso del cerebro. Gracias á los descubrimientos de hombres eminentes, que se han dedicado al estudio de la localización de las funciones cerebrales, presumo ya en qué parte del cerebro radica el mal.

—¿Cómo es posible eso? dijo Cavia mirándome con asombro.

—Usted mismo me lo ha indicado, continué sonriendo. Acaba de decirme que siente una torpeza en el antebrazo y la mano derecha, y sabemos que algunos de los más importantes centros cerebrales se hallan unidos á los nervios de dicho brazo. Puedo calcular, aunque es posible que me equivoque, el punto exacto donde tiene usted el mal. Claro está que será indispensable hacer algo para devolverle la memoria.

—Y sea lo que sea, usted se encargará de hacerlo, ¿no es así?

—Quisiera consultar antes con Olivos, especialista muy renombrado para las enfermedades del cerebro.

—Eso no puedo permitirlo, dijo Cavia levantándose. Tal vez ese señor declararía que no se puede hacer nada, que mi mal no tiene remedio, y entonces usted sentiría escrúpulos en exponer, hasta cierto punto, mi vida. No, no permito que consulte con nadie, quiero que lo haga usted solo. Ha adivinado ya la causa de mi mal y seguramente podrá curarme sin ayuda de

nadie. ¿Cree usted, doctor, que en esta situación aprecio la vida? Nada absolutamente. Me pongo en sus manos y le ruego haga por mí lo que pueda. Dice usted que tengo cubierta una arteria y un vaso roto; ¿puede usted hacer algo para quitar el estorbo?

—Puedo hacer una operación que le explicaré luego, contesté. Comprendo que tiene usted valor, y no vacilo en decirle que es muy grave y que también es posible que me equivoque en cuanto al punto exacto donde está el mal.

—Pero también es posible que tenga razón y me arriesgaré. Quiero que me opere usted, sea lo que fuese.

—Consultaré con Olivos.

—Eso es imposible; quiero que me opere usted solo, aunque en la operación pierda la vida. ¿Puedo decir más?

—No por cierto, contesté con firmeza y mirándole fijamente.

La resignación y la paciencia estaban pintadas en su rostro.

—Me inclino á creer que saldré triunfante, añadí levantándome. Haré lo que usted desea y pondremos nuestra confianza en Dios para los resultados apetecidos, aunque la operación es grave. Queda probado que su constitución es fuerte: de modo que es probable que, con muchísimo cuidado, no peligre su vida. En este caso, y suponiendo que me equivoque, quedará usted lo mismo que está ahora; de lo contrario, recobrará usted los diez años perdidos. Con la operación que proyecto podré quitar el estorbo que impide la debida circulación de la sangre; en una palabra, podré restituir su cerebro al estado normal.

—Pues bien, estoy á su disposición. ¿Cuándo podrá operarme?

—Antes necesito hablar con su padre y su esposa.

—Telegrafiaré á mi padre y pueden estar aquí mañana á primera ahora.

—Bien. Cuando lleguen, dígales usted lo que me propongo hacer. Y á propósito, la operación se verificará en mi clínica particular; ya sabe que esas cosas no pueden hacerse en casa.

—Como usted quiera, contestó Cavia resueltamente.

Poco después nos despedimos.

Por la tarde estuve en la clínica para dar las órdenes á fin de que todo estuviera dispuesto, y ya no había que esperar más que la llegada de los viajeros, los cuales, á la mañana siguiente, se presentaron en mi casa.

Doña Matilde estaba pálida y desencajada: parecía un cadáver.

—¡Ay, doctor! dijo cogiendo entre las suyas una de mis manos, se lo agradezco á usted con toda mi alma. Fermín me ha explicado lo que piensa hacer, y estoy conforme.

Su suegro me estrechó afectuosamente la mano, diciendo:

—He oído hablar de usted muchas veces, doctor. Tengo aquí en Madrid amigos que le aprecian. Pongo la vida de mi hijo en manos de usted con toda confianza, y creo que le curará.

—Me place que consientan ustedes, dije, pues de otro modo no hubiera operado al Sr. Cavia. Sin embargo, mi deber me manda declarar que la operación es muy grave.

—Quiere usted decir, murmuró doña Matilde con voz temblorosa, ¿que pudiera morir Fermín?

—Pudiera suceder, contesté.

—No creo que sucederá, doctor, añadió algo más animada. Mi corazón me dice que salvará usted á mi esposo y me lo devolverá tal y como era antes.

—No hay más que hablar, dije; puesto que ustedes consienten, le operaré esta tarde. ¿Dónde está ahora su esposo?

—Está en el hotel, no consintió en ir á casa.

—Pues yo le veré, y la operación, como he dicho, se verificará esta tarde en mi clínica particular.

A las cuatro fuí á la clínica, donde ya me estaba esperando Cavia, el cual me recibió con una sonrisa animada.

—Vaya, ya está usted aquí, dijo, y aquí estoy también yo, confiando en Dios y en usted. Cuanto antes empiece tanto mejor.

Su valor me daba mayores alientos.

—Con la ayuda del Todopoderoso, repliqué, creo que podré curarle.

Hora y media más tarde salí de la sala de operaciones para ir á la de espera, donde me aguardaban la esposa y el padre, ansiosos de saber el resultado de mi trabajo.

—La operación ha terminado, dije, y el paciente duerme con tranquilidad. Cuando despierte habrá llegado el momento de saber si he conseguido algo ó no. ¿Tendrá usted valor, doña Matilde, para entrar en el cuarto conmigo? Quiero que, al abrir

los ojos, sea usted la primera persona á quien vea. Si la reconoce, habré triunfado.

Vi con sorpresa que retrocedía, y me dijo:

—¡Imposible, doctor, imposible! La impresión, en el peor de los casos, sería terrible; no podría soportarla.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? De cualquiera de los dos modos, Cavia conocerá á su padre. Es necesario que vea precisamente á usted.

—¿No sería lo mismo que fuese Merceditas? Su padre la idolatra. Estoy segura de que, si reconoce á la niña, el éxito habrá sido completo.

—Pues vayan ustedes á buscarla, contesté, á fin de que esté aquí en el momento preciso.

Salieron en busca de la niña, y yo volví á la cabecera del enfermo, el cual durmió con sueño tranquilo durante cuatro horas.

Serían las diez de la noche cuando comprendí que había llegado el momento de hacer la prueba. Entré en el despacho, donde hacía tiempo que esperaba doña Matilde con una preciosa criatura de cinco años, y cogiéndola en mis brazos la dije cariñosamente:

—Ven, ven, que voy á llevarte á donde está tu papá.

Cuando abrí la puerta de la alcoba, Cavia estaba despierto. Dejé en el suelo á la niña, la cual, fijando en mí sus hermosísimos ojos negros, me preguntó con cierta sorpresa:

—¿Está enfermo papá?

—Ve y háblale, á ver lo que te dice.

La niña corrió hacia la cama y preguntó con una voz dulcísima:

—¿Estás enfermo, papá?

—¡Hola, Merceditas, hija mía! exclamó el padre.

Tendió la mano, y la niña, tomándola entre las suyas, la cubrió de besos.

—Di á tu mamá que venga, preciosa, añadió Cavia.

¡Entonces comprendí que mi paciente había recobrado los diez años perdidos!



Un millonario del Cabo.



LOS GEMELOS DE BRILLANTES





Vamos á dar una vuelta por Suiza, dijo lady Vandrift. Y si conocieran ustedes á Amalia no se extrañarían de que efectivamente fuéramos á dar una vuelta por Suiza. La única persona que manda en sir Charles es su mujer, en la cual no manda nadie absolutamente.

Al principio tropezamos con algunas dificultades, porque la estación se hallaba ya bastante avanzada y no habíamos pedido habitaciones con anticipación; pero por fin todo se venció con la mágica llave de oro que abre todas las puertas, y quedamos bien alojados en el hotel más cómodo de Lucerna y de toda Europa, en el Schweitzerhof.

Fuimos los dos matrimonios: sir Charles y Amalia, Isabel y yo. Tomamos magníficas habitaciones en el piso principal, con preciosas vistas al lago de Lucerna, y como no nos daba la *chifladura* de trepar montes de grandes alturas y empinados flancos cubiertos eternamente de nieve, puedo asegurar que nos encontrábamos muy bien allí. Pasábamos la mayor parte del tiempo navegando por el lago en aquellos deliciosos vaporcillos, y si por casualidad determinamos algún día ascender hasta el pico de algún monte, elegíamos siempre el Righi ó el Pilatus, adonde un funicular se encargaba de subirnos sin que tuviéramos molestia ninguna.

En el hotel, como sucede siempre, todo el mundo se mostraba deseoso de ser muy amable con nosotros. Si se quiere saber cuánta amabilidad y cuánto cariño encierra el corazón humano no hay más que presentarse como célebre millonario, y pronto aprenderéis cosas que no sabíais antes.

A dondequiera que vaya Carlos se ve inmediatamente rodeado de personas cariñosas y desinteresadas, deseosas todas de conocer á tan distinguido personaje, y la mayor parte conocedoras de multitud de negocios excelentes y de objetos dignos de la caridad cristiana.

A mí, como cuñado y secretario particular suyo, me toca siempre rechazar sumamente agradecido los negocios excelentes y calmar los entusiasmos de los que se acuerdan de los objetos merecedores de la caridad cristiana. Como limosnero del archimillonario recurren á veces á mí, y en mi presencia cuentan historietas de «aquellos pobres maestros de escuela en el Sur» ó de las «pobres viudas de marinos en el Norte»; ya de los desgraciados poetas que se mueren de hambre por no poder vender sus inspirados trabajos, ó bien de los pintores jóvenes que sólo necesitan la protección de una persona conocida para que sus cuadros sean recibidos con entusiasmo en la Academia. Yo en tales casos sonrío, y dándome aires de sabio voy poco á poco desengañando á unos y á otros; pero nunca se me ocurre hablar de estas cosas á sir Charles, á no ser que, lo que rara vez sucede, crea á los que piden dignos verdaderamente de atención.

Desde la fecha de nuestra aventura en Niza con el adivino

Carlos vivió aún más prevenido que antes contra todo género de probables timadores.

Quiso la casualidad que frente á nosotros, en la *table d'hôte* del Schweitzerhof (es un capricho de Amalia eso de comer en la mesa redonda: dice que no le gusta comer en familia cuando estamos fuera de casa), que frente á nosotros se sentara un individuo de cara extravagante, pelo abundante y negro y ojos del mismo color, muy llamativos por las enormes cejas. Apenas me había yo fijado en aquel tipo; pero un joven pastor inglés, que se sentaba á mi lado, me llamó la atención un día, diciendo que el pelo de aquellas cejas parecía de cabra. Era muy simpático el joven pastor con su cara de niño, inocente y fresca. Hacía cosa de un mes que se había casado con una muchachita escocesa, que le acompañaba y que por cierto era encantadora. Hablaba el inglés con un acento delicioso y daba gusto oir una voz tan dulce.

Me fijé en las cejas de pelo de cabra y de repente me asaltó una idea.

—Tiene usted razón, dije; no parecen naturales. ¿Si serán postizas y tendrán por objeto desfigurar á la persona que las lleva?

—Pero ¿crees?... empezó sir Charles, y se calló en el acto.

—Sí, sí, contesté apresuradamente. ¡Vaya si lo creo! El adivino...

Pero de pronto me fijé en que había cometido una torpeza y bajé la vista avergonzado. Vandrift me habia encargado muchas veces que tuviera cuidado de no decir nada del adivino delante de Amalia, pues temía que si *ella* llegaba á enterarse de lo ocurrido no podría *él* olvidarlo jamás.

—¿Qué adivino? preguntó el pastor con encantadora inocencia.

—Uno que estuvo en Niza el año pasado al mismo tiempo que nosotros y dió mucho que hablar con sus extravagancias.

Y cambié de conversación.

—¿Y tenía las cejas como las de ese señor? preguntó otra vez en voz baja y sin darse por entendido de mi propósito.

Me molestó de veras. Si por casualidad era aquel tipo el adivino de Niza, el pastor le haría ver que hablábamos de él, lo

que le haría suponer que le habíamos conocido y volvería á escapársenos de las manos, precisamente cuando se presentaba ocasión de echarle la garra.

—No, no, no tenía las cejas así, contesté mal humorado. Me había parecido, pero no, no es éste. Me equivoqué, sin duda.

Y le di un golpecito con el codo. Pero el pastor era tan inocente que todavía no se daba á partido.

—¡Ah, ya, ya! sí, replicó moviendo la cabeza con aire de sabio.

Entonces se volvió é hizo á su mujer una mueca tan perceptible que el de las cejas no pudo menos de fijarse. Afortunadamente una discusión política entablada en el otro extremo de la mesa llegó á nuestros oídos en aquel momento y llamó la atención general. ¡El mágico nombre de Gladstone nos salvó! Sir Charles armó una especie de jarana, de lo cual me alegré muchísimo, porque comprendí que Amalia estaba ya muertecita de curiosidad.

Después de comer, sin embargo, se acercó el de las cejas largas y empezó á darme conversación. Si era, efectivamente, el coronel de Goma, se conocía que no nos guardaba ningún rencor por las cinco mil libras que nos había timado; muy al contrario, daba evidentes pruebas de hallarse dispuesto á timarnos otras cinco mil en cuanto se presentara ocasión. Se dió á conocer como el doctor Héctor Mac-Pherson, concesionario exclusivo de las extensas posesiones mineras del Gobierno brasileño en las Amazonas superiores, é inmediatamente se engolfó en el negocio de los yacimientos de minerales de su propiedad en el Brasil: la plata, el platino, los rubíes que existían y los brillantes que *podían* existir.

Le escuché con la sonrisa en los labios, pues harto sabía yo á dónde iba á parar con todo aquello. Sólo necesitaba un pequeño capital para poner en explotación aquellas incomparables concesiones.

Era muy triste que el platino, por valor de miles de libras esterlinas, y las inmensas carretadas de rubíes, fueran tragadas por la tierra, ó arrastradas por el río, sólo por falta de un puñado de libras con que explotarlos. Si él conociera á alguien que tuviera dinero sobrante para colocar, le ofrecería el

modo de sacar fácilmente al capital un cuatro por ciento con las mejores garantías.

—No crea usted que lo haría con cualquiera, dijo el doctor Héctor Mac-Pherson irguiéndose; pero si me encontrase con una persona que me fuera simpática, le indicaría la manera de hacer el agosto con increíble rapidez.



SE ACERCÓ EL DE LAS CEJAS LARGAS

—Muy desinteresado se muestra usted, exclamé secamente, mientras clavaba la vista en las cejas largas.

Cuando sosteníamos esta conversación, sir Charles y el pastor jugaban al billar, y al ver este último que yo miraba las cejas, las miró también él. Luego, volviéndose hacia mí, murmuró con los labios:

—Postizas, muy postizas.

No puedo menos de manifestar que jamás vi persona alguna que hablase más perfectamente con sólo el movimiento de los labios. Comprendí hasta la última sílaba, á pesar de que ningún sonido salió de su boca.

Durante el resto de aquella noche el doctor Héctor Mac-Pherson se pegó á mí como una lapa y estuvo pesadísimo: me harté de oir hablar de Amazonas superiores y de rubíes, plata y platino. Tanto y tanto he tenido que hacer con rubíes (en el papel, se entiende) que hasta la vista de un rubí me molesta. Cuando Carlos, en un arranque de extraordinario desprendimiento, regaló á su hermana Isabel (con quien tuve el honor de casarme) un collar de rubíes (piedras inferiores, por supuesto), la aconsejé que lo cambiara por uno de zafiros y amatistas, con el pretexto de que estas piedras cuadraban mejor á su cutis (y por cierto que algo me valió eso de haber pensado en el cutis de Isabel).

Cuando me acosté aquella noche me sentía capaz de hundir las Amazonas en el fondo del mar, y de asesinar, envenenar, pegar un tiro ó perjudicar de algún modo al hombre de las concesiones mineras y de las cejas largas.

Durante los tres días siguientes el doctor volvió á darme la misma *lata* á todas horas, hasta que me aburrió soberanamente con su platino y sus rubíes. No quería un capitalista que explotara por su cuenta el negocio: prefería encargarse él mismo de hacerlo, dando al capitalista acciones privilegiadas de la compañía que se formase, con derecho de retención ó hipoteca sobre las pertenencias mineras. Primero le escuché sonriendo, después bostezando, luego contestándole de malos modos, y por fin, aburrido por completo, dejé de escuchar. Pero todo fué inútil, pues él siguió tan latoso, siempre con lo mismo. Un día que paseábamos por el lago en el vaporcillo me quedé dormido mientras el doctor hablaba. Desperté á los diez minutos y volví á oir las mismas palabras, pronunciadas en el mismo monótono estribillo.

—Y el producto líquido del platino sería...

No recuerdo cuántas libras, ni cuántas onzas, ni cuántos gramos. Aquellos detalles de ensayos no me interesaban ya; me

sucedía como al hombre que no cree en fantasmas porque había visto demasiados».

Pero el pastor inglés y su esposa eran muy diferentes. El se había educado en Oxford, y ella, hasta entonces, no había salido de entre los montes de Escocia. Era tan monina, tan delicadita, que yo la puse el mote de *brezo blanco*. Se apellidaban Brabazón.

Los millonarios son siempre tan perseguidos por toda clase de timadores que es una delicia encontrarse con una pareja tan naturalota, tan inocente y tan cándida como aquélla. Eran tan francos y soportaban con tanta amabilidad nuestras bromas que todos llegamos á quererlos. Cuando yo la llamaba *brezo blanco* la pobrecilla se sonrojaba de vergüenza, mientras me contestaba con aire tímido:

—¡Oh, Mr. Wentworth!

Sin embargo, nos hicimos muy buenos amigos.

Un día, el joven pastor se ofreció á llevarnos de paseo por el lago en una lancha, asegurando que él remaría y que daríamos una vuelta deliciosa. Entonces la escocesita nos dijo que también ella sabía remar y quizás mejor que su esposo. Pero no pudimos aceptar la invitación ó el ofrecimiento, porque los paseos en lancha influyen desagradablemente en los órganos digestivos de mi señora cuñada.

—¡Qué joven tan simpático es ese Brabazón! observó sir Charles un día que paseábamos por el muelle; jamás he tropezado con una persona tan desinteresada. No molesta charlando de intereses ni le importa mejorar de posición. Dice que está muy satisfecho en su aldea, que tiene suficiente para vivir y que no necesita más, y añade que su mujer tiene algún dinero, aunque no mucho. Esta mañana le interrogué deliberadamente acerca de los pobres de su parroquia, á ver lo que decía. Ya sabes que estos pastores andan siempre queriendo *sablearle* á uno para los pobres; pues bien, ¿quieres creer que me dijo que en su parroquia no hay pobres? Declaró que todos son propietarios de posición desahogada ó labradores fuertes y trabajadores, y que todo su temor es que se presente alguien y trate de reducirlos á la indigencia. Si un filántropo, añadió, me diera en este momento cincuenta libras esterlinas para emplearlas en Empin-

gham, créame usted, sir Charles, que no sabría qué hacer con ellas. Creo que las gastaría en vestidos nuevos para Jesusa, que tiene tanta necesidad de vestidos nuevos como cualquiera en toda la aldea; es decir, como ninguna, porque ninguna tiene. ¡Vaya un pastor, querido Sey! ¡Si tuviéramos uno como él en Seldon!

—Por lo menos no anda *sableándote*, contesté.

Aquella noche, estando en la mesa, ocurrió lo siguiente:

El de las cejas postizas comenzó á hablarme, como siempre, de sus dichosas concesiones en las Amazonas superiores. Con la mayor cortesía que me era posible procuraba yo hacerle callar, cuando de repente me fijé en Amalia, cuya mirada me hizo muchísima gracia. Estaba entretenida haciendo señas á Carlos para que se fijara en los gemelos del pastor. Los miré, y vi en seguida que eran singularmente atractivos para una persona tan sencilla. Consistían en una barrita de oro unida por una cadenita del mismo metal á unos magníficos brillantes de primera agua. Téngase en cuenta que he dicho magníficos porque estoy bien acostumbrado á ver brillantes. ¡Y gordos que eran los del pastor, de forma, brillantez y tallado muy particular! Instantáneamente comprendí lo que significaban las señas de Amalia. Ella tenía un collar de brillantes que decíase procedía de la India, pero al que le faltaban dos para que rodeara por completo su hermosa garganta.

Hacía tiempo que deseaba ardientemente adquirir dos piedras como las suyas para completar el collar, pero no había podido conseguirlo por la forma particular y el antiguo tallado que tenían, á no haber quitado casi la mitad á una piedra de primera agua mucho más grande.

La escocesita se fijó al mismo tiempo en las maniobras de Amalia y lanzó una carcajada alegre.

—Ya has engañado, dijo, á otra persona, Dick. Lady Vandrift está mirando tus gemelos.

—Son magníficas piedras, observó Amalia. (Muy mal dicho si pensaba comprarlos.)

Pero el simpático pastor era demasiado inocente y cándido para aprovechar en su beneficio la observación de Amalia.

—Sí, son buenas piedras, exclamó, doblemente si se tiene en cuenta que no son brillantes; son de pasta oriental muy anti-

gua, y las compró mi bisabuelo á un cipayo, después del sitio de Seringapatán, por muy poco dinero. Parece que el cipayo las robó del palacio del sultán Tippoo. Creyó, así como ustedes, que eran buenos brillantes; pero después, examinados por los joyeros, se ha visto que no son brillantes, sino una imitación perfecta. A lo sumo valdrán unos 50 chelines.

Mientras el pastor decía esto, Amalia y Carlos cruzaron sus miradas repetidas veces, diciéndose muchas cosas. También el collar de mi digna cuñada había pertenecido á la colección de Tippoo, y esto fué bastante para que Carlos y su esposa pensaran de común acuerdo que las piedras de los gemelos del pastor eran idénticas á las del collar de Amalia, y que habían sido arrancadas de éste cuando fué tomado el palacio indio.

—¿Tendría usted inconveniente en quitarse los gemelos un momento? preguntó Carlos con dulzura y en el tono de voz del que piensa hacer un negocio.

—Ninguno absolutamente, contestó el pastorcito. Estoy muy acostumbrado á quitármelos, porque suelen llamar la atención en todas partes. Se han conservado en la familia desde el tiempo de mi bisabuelo, y han ido pasando de generación en generación como una especie de herencia, aunque sin valor, por supuesto. Cualquiera que se fija en ellos, al saber que no son brillantes, desea examinarlos de cerca. Aun las personas más inteligentes y prácticas se han engañado con ellos. No obstante, digo y repito que son artificiales.

Quitóse los gemelos y los entregó á sir Charles. En toda Europa no hay quien aventaje á mi hermano político en el conocimiento de piedras preciosas.

Le observé atentamente. Primero los examinó á simple vista y después con unos lentes que lleva siempre á prevención en el bolsillo.

—La imitación es perfecta, verdaderamente admirable, murmuró, entregándoselos á Amalia; no es extraño que engañen á cualquiera.

Por el tono en que dijo esto comprendí que se había convencido de que eran joyas verdaderas y de muchísimo valor. ¡Conozco tan bien cómo hace Carlos los negocios! La mirada que dirigió á Amalia podía traducirse así:

—Estas son precisamente las dos piedras que hace tanto tiempo estás deseando.

La escocesita se echó á reir alegremente, diciendo:

—Ya se han desengañado, Dick. Bien segura estaba yo de que sir Charles era perito en piedras preciosas.

Amalia les dió vueltas y más vueltas. Como la conozco bien, en la manera de mirarlas comprendí que había resuelto hacerlas suyas, y cuando Amalia resuelve adquirir una cosa es inútil oponerse á que lo consiga.

Las piedras eran, en efecto, magníficos brillantes: el pastorcito tenía razón en todo cuanto dijo. Habían pertenecido á la misma colección que el collar de Amalia, el cual fué fabricado, según parece, para una favorita del gran Tippoo, á la que se atribuía un gran parecido físico con mi cuñada. Rara vez se ven piedras tan perfectas, y no era extraño que en más de una ocasión hubiesen despertado la admiración y la codicia de inteligentes y timadores.

Más tarde me contó Amalia que, según afirmaba la leyenda, un cipayo robó el collar cuando el saqueo del gran palacio, y después tuvo que luchar con otro que pretendía arrebatárselo. Se cree que en la lucha se desprendieron dos piedras, las cuales fueron recogidas y vendidas por una tercera persona que desconocía su valor. Hacía años que las andaba buscando Amalia para completar el collar.

—La imitación es perfectísima, dijo sir Charles, devolviéndolas al pastor, y se necesita ser muy perito para no confundirlas con las legítimas. Lady Vandrift tiene un collar de brillantes muy parecidos á ésos, pero verdaderos, por supuesto. Como los de usted se parecen tanto, y precisamente le faltan dos para completar el collar, no tendría inconveniente en darle por ellos diez libras esterlinas, si es que usted los quiere vender.

—¡Ay, Dick! dáselos, exclamó la escocesita poniendo una cara de pascua. Anda y cómprame con el dinero un imperdible bonito. Unos gemelos baratos sirven lo mismo para ti. Mil reales por dos piedras artificiales es mucho dinero.

Lo dijo con tanta dulzura y con tan delicioso acento que no sé cómo Dick tuvo valor para negarse á ello. Sin embargo, se mantuvo firme.

—No, Jesusita mía, contestó. Ya sé que no valen nada, pero para mí tienen cierto valor. Ya sabes que te lo he dicho muchas veces. Mi pobre madre los llevó de pendientes, y cuando murió los hice engarzar para llevarlos yo en los gemelos como recuerdo suyo. Además, son herencia de familia y no quisiera deshacerme de ellos.

—En un punto de mi concesión, sir Charles, interrumpió el doctor Mac-Pherson, hay motivos para creer que se hallará un nuevo Kimberley. Si alguna vez quisiera usted ver mis brillantes, cuando los tenga, me causará un verdadero placer el someterlos á su examen.

Sir Charles no pudo contenerse ya.

—Caballero, contestó mirándole con aire severo, si su concesión estuviera tan cuajada de brillantes como el valle de Simbad el marino, no me tomaría la molestia de volver la cabeza para mirarlos.

Y lanzó una terrible mirada al de las cejas largas, el cual quedó como anonadado.

Después supimos que era un pobre loco inofensivo que había perdido el juicio y la fortuna en especulaciones de brillantes y rubíes, y que entonces andaba por el mundo ofreciendo concesiones imaginarias en el Brasil, en Burmah ó donde mejor le parecía. Y en cuanto á las cejas, eran naturales: no tenía él culpa ninguna de que así se las hubiera dado la Providencia. Sentimos el incidente, pero ¡qué se iba á hacer! Una persona de la posición de sir Charles es tan buen blanco para los timadores, que si no adoptara medios y precauciones para deshacerse de ellos, se vería á todas horas abrumado con sus impertinencias.

Cuando aquella noche subimos á nuestras habitaciones, Amalia se dejó caer en el sofá, exclamando con aire de reina de tragedia:

—Carlos, esos son brillantes verdaderos, y no seré feliz hasta que sean míos.

—En efecto, son piedras buenas y legítimas, replicó Carlos, y serán tuyas, Amalia. ¡Vaya si lo serán! Valen por lo menos tres mil libras esterlinas, pero iré subiendo poco á poco.

De modo que Carlos al día siguiente comenzó á tratar con el

pastorcito, pero éste no tenía deseo alguno de vender los brillantes.

Dijo que no era ambicioso, y que más quería conservar el recuerdo de su madre y la herencia de familia que cien libras que le diera Carlos.

Los ojos de mi cuñado brillaban de satisfacción.



CARLOS, NO SERÉ FELIZ HASTA QUE ESOS BRILLANTES SEAN MÍOS

—Pero ¿y si le diera á usted doscientas? preguntó. Figúrese cuánto bien podría hacer con esa cantidad. Pudiera añadir un pabellón á las escuelas de la aldea.

—Gracias, tenemos muy bastante sitio, replicó el simpático pastor. No creo que los venderé.

Sin embargo, vi que miraba con indecisión los brillantes y que le temblaba la voz.

Carlos se precipitó demasiado.

—Cien libras más ó menos, dijo, me importan muy poco, sobre todo cuando se trata de dar gusto á mi esposa. Todos tenemos ese deber, ¿no es verdad? Si no podemos hacerlas felices no debemos casarnos. Vaya, le ofrezco las trescientas.

La escocesita comenzó á dar palmadas, exclamando:

—¡Trecientas libras! ¡Ay, Dick, qué hermosura! ¡Cuánto nos divertiríamos y cuánto bien podríamos hacer con tanto dinero! Anda, véndele los brillantes á sir Charles.

Su acento era irresistible, pero el pastor meneó la cabeza, diciendo:

—Es imposible. ¡Los pendientes de mi querida madre! ¿Qué diría el tío Antonio? Si vendiese las piedras no me atrevería á mirarle á la cara nunca jamás.

—¿Tiene su esposo esperanzas de heredar al tío Antonio? preguntó sir Charles á la escocesita.

Esta se echó á reir.

—¡Heredar al tío Antonio! exclamó. ¡Quiá! ¡Pobrecillo! Si no tiene más capital que su pensión, sir Charles. Es capitán retirado. ¡Pobre tío Antonio!

La idea de heredar al tío Antonio la haría, sin duda, mucha gracia, pues volvió á echarse á reir dulcemente. ¡Qué mujer tan encantadora!

—Pues entonces, si yo estuviera en su lugar, no me preocuparía poco ni mucho lo que pudiera hacer ni pensar el tío Antonio, observó mi cuñado resueltamente.

—No, no; no puede ser, continuó el pastor. ¡Pobre tío! No quiero ofenderle de ninguna manera, y estoy seguro de que con esto se ofendería.

Volvimos al lado de Amalia, la cual preguntó con ansiedad:

—¿Me los traes?

—Todavía no, contestó Carlos, pero ya creo que se va ablandando. Empieza á vacilar. Por su parte me parece que los vendería, pero tiene miedo de lo que dirá el tío Antonio. Sin embargo, opino que su esposa le hará desechar esos temores. Mañana de fijo cerraremos el trato.

A la mañana siguiente era muy tarde cuando salimos de nuestras habitaciones, porque Carlos y yo habíamos estado muy ocupados despachando la correspondencia. Cuando por fin bajamos al salón público era cerca de la hora de almorzar. En cuanto nos presentamos se acercó el conserje con una cartita para Amalia: ella la tomó y se puso á leerla. Su semblante se nubló.

—Mira, Carlos, exclamó; ¿ves? No quisiste aprovechar la ocasión y ahora la hemos perdido. ¡Se han marchado con los brillantes!

Y le faltó poco para echarse á llorar.



EL CONSERJE ENTREGÓ UNA CARTITA Á AMALIA

Cogió Carlos la carta, y después de enterarse de su contenido me la entregó á mí. Era tan breve como concluyente, y decía así:

«Mi querida lady Vandrift: ¡Cuánto siento tener que marchar sin despedirme de ustedes! pero acabamos de recibir un »telegrama diciendo que la única hermana de Ricardo está muy »enferma de calenturas en París y no podemos detenernos. Yo »quería despedirme, ya que tan amables han sido ustedes con »nosotros; pero marchamos en el primer tren á una hora muy »intempestiva, y no es cosa de molestarles. Quiera Dios que nos »volvamos á ver algún día, aunque no parece probable, puesto »que estamos enterrados, como quien dice, en una aldehuela en

»el Norte. De todos modos, le estará eternamente agradecida su »afectísima amiga, *Jesusa de Brabazón.*

P. S. Cariñosos recuerdos á sir Charles y á los simpáticos »amigos Wentworth, y un beso para usted, si se digna aceptarlo».

—¡Ni siquiera dice adónde han ido! exclamó Amalia de muy mal humor.

—Tal vez lo sepa el conserje, interpuso Isabel mirando por encima de mi hombro.

Y nos dirigimos á la conserjería, donde supimos que las señas del pastor eran las siguientes:

Reverendo Ricardo Peploe de Brabazón, calle de Holme Bush, núm. 241, Empingham, provincia de Northumberland.

—¿Y no ha dejado la dirección para enviarle las cartas á París?

—También. Durante los diez primeros días, ó hasta nuevo aviso, Hotel des Deux Mondes, Avenue de l'Opera.

Amalia resolvió la cuestión inmediatamente.

—Ahora es la nuestra, exclamó. Esta súbita enfermedad que llega justamente cuando la luna de miel está terminando y obliga á diez días más de estancia en un hotel de primera clase, probablemente trastornará los cálculos del pastor. Ahora se alegrará de poder vender los brillantes y nos los dejará en las trescientas libras. Carlos hizo mal en ofrecer tanto de una vez, pero ya no hay más remedio que mantener lo ofrecido.

—¿Qué quieres que hagamos, preguntó Carlos, escribir ó telegrafiar?

—¡Jesús, qué estúpidos son los hombres! contestó mi adorable cuñada. ¿Acaso este es un asunto que puede arreglarse por carta y mucho menos por telégrafo? No, no. Seymour tiene que tomar esta misma noche el expreso para París, y en el momento que llegue debe ir á ver á Brabazón... ó no, mejor á su esposa, porque ella no tendrá la cabeza tan llena de las tonterías del tío Antonio.

En las obligaciones de un secretario particular no entra verdaderamente el oficio de negociante en brillantes, pero cuando Amalia se empeña... pues se empeña y no hay más qué decir. Cuando ella manda algo todo el mundo boca abajo. Por consi-

guiente, aquella misma noche me metí en el *sleeping-car* del expreso de París, adonde llegué á la siguiente mañana sin ninguna novedad, pero con la orden terminante de llevar los brillantes muertos ó vivos (valga la frase), sucediera lo que sucediera, y de ofrecer por ellos cualquier cantidad que no pasara de 2.500 libras esterlinas.

Cuando llegué al Hotel des Deux Mondes encontré al pobre pastor y á su mujercita sumamente afligidos. Me dijeron que habían pasado la noche en vela al lado de la enferma, y el insomnio, después del viaje apresurado, había dejado sus huellas. La escocesita, sobre todo, estaba triste y pálida. Casi me avergonzaba de tener que hablarles de brillantes en momento tan inoportuno, aunque súbitamente se me ocurrió que tal vez no lo fuera. Quizás tendría razón Amalia; probablemente el pastor habría ya gastado la suma que sacara de casa para el viaje de novios y no les vendría mal el dinero.

Con la mayor delicadeza posible indiqué el asunto que me llevaba allí, diciendo que era un capricho de lady Vandrift. Se había empeñado en poseer las piedras, y aunque no eran de valor, no había más remedio que darla gusto; pero el pastor se mantuvo firme. A cada momento salía con aquello de ¡qué diría el tio Antonio! ó con lo otro de que no quería ofender al tío Antonio. ¿Trescientas? No, no; nunca, jamás. ¿Un recuerdo de su madre? ¡Qué disparate!

Jesusa rogó y suplicó, diciendo que le era muy simpática lady Vandrift y deseaba complacerla; pero todo en vano, el pastor no se ablandaba. Subí poquito á poco hasta las 400 libras y siguió declarando que era imposible, aunque le causaba verdadera pena no poder complacer á mi cuñada.

—No es cuestión de dinero, añadió, es que no puedo ni debo desprenderme de un recuerdo de mi querida madre.

Por fin comprendí que era inútil proseguir por aquel camino y elegí otro.

—Creo, dije, que debo informar á ustedes de que las piedras son legítimas; sir Charles está seguro de que lo son. Conque vamos á ver, ¿le parece á usted bien que una persona tan respetable por su ministerio, que un pastor de la Iglesia lleve en los gemelos joyas de tantísimo valor? En una mujer estaría muy

bien, sería distinto; mas para un hombre, ¿no lo cree usted poco varonil?

Me miró atentamente y se echó á reir de una manera singular.

—Parece mentira, dijo, que no acaben ustedes de convencerse. Los brillantes han sido examinados y probados más de seis veces por peritos inteligentes y de mucha práctica, y sé fijamente que son artificiales: por tanto, no sería justo que se los cediera como piedras buenas. No puedo, no puedo hacerlo.

—Pues bien, añadí yo, consideremos el asunto desde otro punto de vista; demos por supuesto que las piedras son artificiales: lady Vandrift no desiste de adquirirlas y no repara en el dinero. Vamos, ¿no quiere usted complacer á una dama amiga de su esposa? Pongamos mil libras y no hablemos más.

—Repito que no sería justo, murmuró, meneando la cabeza: eso sería poco menos que criminal.

—¡Pero si nosotros cargamos con todas las responsabilidades!

No había manera de hacerle ceder.

—Mi ministerio no me lo permite, contestó. Lo siento, pero no puedo complacerle.

—Señora, dije, dirigiéndome á la mujer del pastor, ¿quiere usted hacerme el obsequio de influir? Seguramente que usted podrá convencer á su esposo mejor que yo.

La linda escocesita se acercó y habló cariñosamente con su marido, acariciándole con mucho mimo. No pude oir lo que le decía, pero me pareció que se expresaba con mucha elocuencia.

—No puede usted figurarse cuánto me alegraría de que las piedras pasasen á poder de lady Vandrift, dijo la esposa del pastor. ¡Es tan buena! ¡Tan cariñosa!

Y sin más, sacó los gemelos de los puños de su esposo y me los entregó.

—¿Cuánto? pregunté.

—¿Dos mil? contestó interrogando.

Era mucho subir de un golpe, pero ¡qué íbamos á hacer! Así son las mujeres.

—Conforme, exclamé. Con su permiso, añadí, dirigiéndome al pastor.

El pobrecillo estaba avergonzado de sí mismo.

—Hago el sacrificio, dijo, porque Jesusa lo quiere; pero como pastor que soy, y á fin de evitar cualquier disgusto ulterior, quisiera que me hiciese usted una declaración por escrito, haciendo constar que compra los brillantes á pesar de haber yo asegurado repetidas veces que son artificiales, que no son tales brillantes.



SACÓ LOS GEMELOS DE LOS PUÑOS DE SU ESPOSO

Muy satisfecho de la ganga que hacía, metí las piedras en el bolsillo.

—Está bien, repuse, sacando de la cartera un papel.

Carlos, con su fino instinto comercial, se había anticipado á la demanda, y al efecto traía yo, escrita por él, la declaración apetecida.

—¿Quiere usted un cheque? pregunté.

El pastor vaciló.

—Si le es á usted lo mismo, dijo después de un momento, preferiría billetes del Banco de Francia.

—Sí, sí, contestó. Voy á buscarlos.

Y me dejó marchar llevando los brillantes en el bolsillo. ¡Qué confiadas son algunas personas!

Sir Charles me había dado un cheque en blanco, advirtiéndome que no pasara de dos mil quinientas libras. Lo presenté á nuestro agente y lo cambié por billetes de Banco franceses, que el pastor aceptó con sumo gusto.

Y bien contento me vi al poder volver á Lucerna aquella noche con los brillantes, por los cuales, según mis cálculos, había pagado unas mil libras menos de lo que realmente valían.

En la estación del ferrocarril de Lucerna me esperaba Amalia con mal disimulada impaciencia.

—¿Los traes, Seymour? preguntó.

—Sí, contesté, sacando los brillantes con aire de triunfo.

—¡Ay, qué horror! exclamó retirándose un poco. ¿Crees que son verdaderos? ¿Estás seguro de que no te ha engañado?

—Segurísimo, respondí, examinándolos de nuevo. Nadie me engaña á mí tratándose de brillantes. ¿Por qué dudas ahora?

—Porque he hablado con la señora de Hagan en el hotel, y me ha dicho que eso se hace muchas veces. Asegura que los timadores tienen dos juegos, uno falso y otro legítimo; que enseñan el legítimo, y luego, cuando se compran, largan el falso, fingiendo además venderlos como un gran favor.

—No te apures, sé lo que me hago.

—Pues yo no estaré tranquila hasta que los haya visto Carlos.

Nos dirigimos á escape al hotel. Por primera vez en la vida vi que Amalia estaba agitada y noté que yo también empezaba á dudar; por lo visto me había contagiado. Casi llegué á temer que en cuanto Carlos viera los brillantes prorrumpiría en una de las palabrotas que suele emplear cuando le sale mal un negocio. Pero los miró, los examinó bien, y cuando le dije lo que había pagado por ellos, suspiró con marcada satisfacción, exclamando:

—Mil quinientas libras menos de su valor.

—¿No tienes ninguna duda? pregunté.

—Ninguna, replicó, mirándolos de nuevo; son piedras buenas, del mismo tipo, calidad y tallado que las del collar de Amalia.

Esta lanzó un suspiro de felicidad, diciendo:

—Voy á traer el collar para que los confrontéis con los míos.

Un momento después se presentó de nuevo muy sofocada y apuradísima, gritando:



¡LOS TRAES, SEYMOUR?

—¡Carlos, Carlos! ¡Qué horror! ¡No puedes figurarte lo que ha sucedido! ¡Me faltan dos piedras del collar! Por lo visto, el pastor me ha robado dos brillantes y después nos los ha vendido.

Extendió el collar y vimos que tenía muchísima razón. Faltaban dos piedras, y las dos que acabábamos de comprar encajaban perfectamente en los dos huecos.

Un rayo de luz iluminó mi mente.

—¡Cáspita! exclamé llevándome la mano á la frente. El pastor es... el coronel Goma.

—Y Jesusa, dijo Carlos haciendo el mismo ademán, la escocesa tan inocente y tan cándida... es... Mme. Picardet. Más de una vez me pareció notar en el timbre de su voz algo que no me era desconocido.

Por supuesto, no teníamos prueba ninguna; pero así como el comisario de Niza, nos sentíamos instintivamente seguros de que era él.

Sir Charles resolvió en seguida echarle el guante á todo trance. Aquel segundo timo le irritó mucho.

—Lo peor es, dijo, que tiene una táctica especial. El no se incomoda para engañarnos; antes por el contrario, nos obliga á incomodarnos á nosotros para que nos engañe. El tiende el lazo y nosotros caemos en él de cabeza. Mañana mismo iremos á buscarle á París, Sey.

Amalia entonces le refirió lo que le había contado la señora de Hagan, y sir Charles, con su acostumbrada perspicacia, lo creyó en seguida.

—Eso me explica, dijo, por qué empleó esa táctica especial para atraernos. Si hubiéramos sospechado algo, hubiese podido probar que las piedras eran artificiales, y así nada podíamos alegar. Fué á París para tener tiempo de huir antes que lo averiguásemos. ¡Qué pillo tan redomado! Parece mentira que me haya dejado engañar dos veces seguidas.

—Pero ¿cómo se arreglaría para sacar las piedras de mi joyero? preguntó Amalia.

—¡Qué sé yo! respondió Carlos. Pero no es extraño, puesto que siempre lo dejas en cualquier sitio.

—¿Y por qué no robaría el collar entero? prosiguió Amalia.

—Porque es demasiado listo para hacer eso: es mucho mejor negocio el que ha hecho. En primer lugar, no es fácil vender un collar cuyas joyas son grandes y de mucho valor, y en segundo, hay que tener en cuenta que son brillantes muy conocidos. Todo negociante en joyas ha oído hablar alguna vez del collar de Vandrift, del cual hasta se han sacado fotografías. Sus piedras son, como si dijéramos, piedras señaladas. No, no: tuvo más talento que todo eso. Arrancó dos piedras y después las ofreció á la única persona que no sospecharía de dónde procedían. Vino á Lucerna con la sola idea de jugarnos esta mala

pasada, y de seguro que los gemelos los mandó hacer de antemano de la forma que deseaba. Robó las piedras y las engarzó en ellos. Verdaderamente es un timo muy bien pensado y ejecutado con suma habilidad. En medio de todo, no puedo menos de reconocer el talento de ese hombre.

Cómo supo el coronel que lady Vandrift poseía aquel collar y cómo se apoderó de las dos piedras, tardamos mucho en averiguarlo y no he de referirlo aquí; baste decir que logró confundirnos completamente.

Al día siguiente salimos para París, después de haber telegrafiado al Banco para que detuvieran los billetes; pero fué inútil, los habían cambiado por oro media hora después de habérselos entregado yo.

Cuando llegamos al Hotel des Deux Mondes nos dijeron que el pastorcito y su mujer se habían marchado poco después que yo me despedí de ellos con rumbo desconocido. Como solía hacerlo el coronel, desaparecieron sin dejar señal ni huella ninguna. En menos palabras: que cambiarían, sin duda, de disfraz y volverían á presentarse aquella misma noche bajo otro aspecto.

Lo que sí averiguamos fué que nunca había existido el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón; es más, que tampoco existía en la provincia de Northumberland, ni en ninguna otra de Inglaterra, una aldea llamada Empingham.

Dimos parte á la policía parisién, pero ¡qué poco complaciente estuvo con nosotros!

—No hay duda de que efectivamente es el coronel Goma, dijo un inspector, pero no creo que tienen motivo para quejarse. Ustedes me dispensen; pero si he decir la verdad, se me figura que en este caso tal para cual. Sir Charles quiso comprar como piedras artificiales las que sabía fijamente que eran legítimas; madame temió haber comprado piedras artificiales al precio de las verdaderas, y usted, señor secretario, aprovechando la circunstancia de que su dueño no conocía el valor de los gemelos, trató de adquirir los brillantes por la mitad de lo que valían. ¡Tiene muchísima gracia el tal coronel Goma! Ha sabido más que todos ustedes, y aquí del proverbio: «A un pillo, otro mayor».

al vez tenía razón, pero sus palabras nos hicieron muy mal efecto.

Volvimos al hotel. Carlos estaba irritadísimo, rabioso.

—¡Esto ya es demasiado! exclamó. ¡Esto es insoportable! ¡Qué bribón! ¡Qué descaro el suyo! Pero no me volverá á engañar, te lo aseguro, Sey. ¡No quisiera sino que lo intentara! ¡Cuánto gozaría cogiéndole *in fraganti!* Estoy seguro de que le conocería aunque se disfrazase de sultán de Turquía. Es harto ridículo que me haya dejado engañar así; pero no volverá á suceder, te lo juro.

—*Jamais de la vie*, murmuró un mozo que estaba á nuestro lado.

Nos hallábamos en la terraza del Gran Hotel, y creo firmemente que el mozo no era otro que el coronel Goma en uno de sus numerosos disfraces.

Aunque tal vez empezábamos á ver al famoso coronel en cualquier persona desconocida, ó lo que viene á ser igual, que los dedos se nos antojaban huéspedes.

Grant Allen.





Cuentos del Continente oscuro



El ídolo de Delhi.

I

Siento que no hayamos podido convencer á Hassán para que nos acompañara en esta expedición, dije á Federico. El profundo conocimiento que tiene de estos templos indios nos hubiera venido muy bien en este momento. ¿Si saldremos vivos de aquí?

—¡Quién sabe! respondió mi compañero. Creo que esta vez nos han cogido muy de veras. Mira ese guía traidor. ¡Si pudiéramos oir lo que está diciendo á los brahmines! Hicimos muy mal en confiar en él después de lo que nos dijo Hassán. Él hizo todo lo posible para que desecháramos la idea de penetrar en el templo, y si se negó á acompañarnos fué por sus escrúpulos religiosos, no por falta de valor.

—¿Qué más da? observé. Alguna vez tenemos que morir. Aunque, verdaderamente, preferiría continuar nuestros viajes antes que ser asesinado por estos fanáticos. ¡Qué caras de malvados tienen!

Estábamos presos en un templo, cerca de la sagrada ciudad de Delhi, en situación tan crítica y peligrosa que amenazaba poner fin de una vez y para siempre á viajes y aventuras. Habíamos

puesto mucho empeño en visitar aquel templo porque, cuando viajábamos por la Persia, un famoso parsi de Shiraz, que nos acogió con mucha amabilidad, nos dió ciertas noticias acerca de un tesoro oculto, y concebimos la insensata idea de que nos sería fácil penetrar en el templo y apoderarnos de él.

Para ganarnos la confianza del guebro tuvimos que renunciar á fumar en su presencia, pues el fuego, bajo cualquier forma que fuese, era sagrado para él, aun cuando sólo fuera la chispa de un cigarrillo. Pasamos largos ratos charlando con él, y por fin conseguimos hacerle hablar del shah Nadhir.



¡SI PUDIÉRAMOS OIR LO QUE ESTÁ DICIENDO Á LOS BRAHMINES!

Nos dijo que en la Persia era muy corriente el rumor de que durante los dos años que aquel shah había ocupado la sagrada ciudad de Delhi, había hecho ocultar en uno de los templos gran número de magníficos brillantes, y que con el fin de guardarlos en sitio seguro hasta que se retirara de allí ideó una manera muy ingeniosa de ocultarlos.

Con la mano en la barba declaró que en el patio interior del templo se había levantado un ídolo grandísimo en honor del shah. El ídolo tenía en una de sus enormes manos un sable levantado en

el aire, en cuyo puño, que era hueco, se hallaban ocultos los brillantes. Añadió que él era uno de los poquísimos guebros que conocían el secreto para abrir el puño, y la mañana en que nos despedimos de su hospitalidad puso en la mano de Federico un trecito de vitela, en el cual estaba escrito en persa lo que habíamos de hacer para obtener el tesoro.

Hassán se esforzó cuanto pudo para hacernos desistir de la empresa, pero fué inútil, y ya que él no quiso venir, hallamos un indio que se ofreció gustoso á acompañarnos, á conducir á los sahibs al templo de Delhi. Sin duda, desde el primer momento tuvo la intención de vendernos, pues en cuanto penetramos en el claustro cerrado halló una disculpa, y haciendo profundas reverencias nos dejó solos.

Apenas habíamos tenido tiempo de examinar una parte del tallado que adornaba las galerías cuando de improviso nos agarraron por detrás, y después de breve lucha fuimos vencidos y llevados á una estancia abovedada donde se encontraban reunidos unos veinte brahmines. Cuando entramos no pasó inadvertida para mí la expresión de gozo que se dibujó en sus semblantes al fijarse en nuestra situación.

Mientras permanecíamos allí detenidos en presencia de los brahmines entró el guía que nos había hecho traición y comenzó á hablar. Al ver los gestos que hacía, pronto nos convencimos de que sus palabras no eran las más á propósito para inclinar el ánimo de nadie en nuestro favor. Durante el discurso se tocaba con frecuencia la frente, en la que tenía tres rayas anchas y blancas, que atestiguaban su fervor religioso y explicaban el hecho de encontrarse á aquella hora en el templo. Que nosotros habíamos penetrado en éste nadie lo sabía más que Hassán; así que no era probable que, aunque no apareciésemos más en el mundo, la culpa ni aun la sospecha recayera sobre aquellos fanáticos, quienes no habían todavía aprendido á querer á aquellos á quienes denominaban *feringees*.

Por cierto que fué una asamblea bien singular la que se reunió allí para juzgarnos por haber violado la santidad del templo. Vestían una especie de túnica blanca que les cubría el cuerpo, dejando al aire los brazos y las piernas. Una faja de color morado rodeábales la cintura, formando graciosos pliegues. Del hombro izquierdo pendía el *punul* ó hilo sagrado que, atravesando el pecho, termi-

naba bajo el brazo derecho. En el cuello llevaban collares de avellanas que les servían de rosario cuando recitaban ciertas oraciones. Estaban sentados en dos filas formando círculo, una más alta que la otra. Cuatro guardias, dos para cada uno y uno á cada lado, bien armados con sables enormes, estaban encargados de nuestra custodia.



NOS AGARRARON POR DETRÁS

Después de unos momentos de silencio díjome Federico en voz baja:

—No están de acuerdo acerca de lo que han de hacer con nosotros. El brahmín que está sentado en esa especie de trono, y que debe ser el jefe, parece tener la buena intención de excitar los ánimos en contra nuestra. ¡Vaya una manera de accionar y de agitar los brazos! ¿Qué decidirán por fin? Seguramente algo que no será muy agradable para nosotros.

—Pronto lo sabremos, respondí. Son contados los que hablan á

nuestro favor: pero mira, van á votar. Sin duda quieren acabar pronto.

En aquel momento se presentó un indio trayendo una bandeja de oro, sobre la cual se veían obleas blancas y finísimas. Haciendo profundas reverencias fué entregando una á cada brahmín, y éstos, sacando del bolsillo un punzón muy pequeño, fueron haciendo una marca en las obleas, las cuales colocaron luego en una especie de tubo de marfil hábilmente tallado. El tubo tenía la forma de un colmillo de elefante y terminaba en punta finísima y muy blanca. Cuando se vió el resultado de la votación, en la que sólo seis ó siete se mostraron benignos con nosotros, la alegría fué general. Después reinaron unos minutos de profundo silencio, mientras á empellones nos obligaban nuestros guardianes á colocarnos delante del jefe para oir la sentencia. Quisieron también que nos arrodilláramos humildemente, pero nos resistimos con tenacidad, y entonces el jefe mandó que desistieran, y poniéndose de pie, extendió el brazo derecho y comenzó diciendo:

—Los extranjeros han penetrado en el templo de Shiva, de cuyo culto están encargados los brahmines. En el interior de este gran edificio hállase el ídolo del poderoso Nadhir, á quien honramos porque Shiva permitió que él humillara á nuestra ciudad. Vuestros pies han profanado el sagrado templo, y esto, si no demostramos el aborrecimiento que nos inspira, puede acarrearnos la venganza de Shiva. Para borrar la mancha que ha caído sobre el templo es necesario derramar sangre antes de que salga el sol del día de mañana. Viviréis esta noche, porque no nos es permitido quitar á nadie la vida en las horas dedicadas al reposo del hombre. Conque pensadlo bien, pues os quedan pocas horas de existencia. He dicho.

Llenos de sorpresa nos miramos el uno al otro. Nos habían condenado á morir sin otra ni más falta que la de haber penetrado en el templo, y por supuesto sin haber dado ningún paso para llevar á la práctica la idea que tuvimos. Por tanto, la sentencia era exagerada y absurda, pero teníamos que acatarla, pues, como Federico me dijo al oído, sería inútil discutir con aquellos fanáticos.

Y añadió mi amigo:

—Nos quedan todavía algunas horas de vida y no será nuestra la culpa si no conseguimos huir antes del amanecer. ¿Nos dejarán pasar juntos la noche ó nos separarán?

—Me parece más probable que nos separen, contesté; lo creerán más seguro.

Pero en esto me equivoqué.

Poco después se levantaron los brahmines y formando una fila se dirigieron á otra parte del templo con paso lento y majestuoso, cantando un himno triste en voz monótona que nos impresionó desagradablemente. Parecía el canto fúnebre recitado para la salvación de nuestras almas.

—Vaya, exclamó Federico, si ves alguna ocasión, por pequeña que sea, de lanzarte sobre estos pícaros indios, aprovéchala, y no olvides que luchamos por la vida.

Los guardianes se encargaron de no ofrecernos la ocasión que deseábamos, pues volviéndose de repente sobre nosotros y colocando las puntas de los sables contra la pared, formaron un ángulo á modo de una enorme tijera, en cuyo centro quedamos cogidos.

Mientras nos tenian sujetos así (pues si hubiéramos intentado movernos las afiladas hojas de los sables nos hubieran herido atrozmente) aparecieron otros dos, quienes después de amarrarnos bien trajeron un montón de paja. En seguida se retiraron todos, cerrando por fuera la puerta con llave y barras de hierro.

Bien pronto comprendimos que de allí no había salida posible; de manera que quedábamos bien encerraditos hasta que viniesen los guardianes al día siguiente, que con toda seguridad sería el último de nuestra vida.

—¿Qué muerte será la que nos espera? pregunté á Federico. ¿Crees que harán uso de sus enormes sables?

—No tengo de eso ni la menor idea, contestó Federico. Probablemente nos ahorcarán. La perspectiva no es muy agradable para nosotros; pero si estuviera aquí Hassán diría que es el Kismet, y por consiguiente no tiene remedio. Seguro estoy de que nuestro pobre guía se hallará apuradísimo viendo que tardamos tanto en volver.

Pasamos un buen rato hablando hasta que mi amigo se quedó profundamente dormido. Por lo visto nuestra triste suerte no bastaba para quitarle el sueño. Contagiado sin duda por él también yo me dormí, y tranquilamente descansábamos los dos cuando un extraño incidente vino á despertarnos.

II

El roce de un vestido sobre las baldosas del pavimento, acompañado de las palabras ¡Sahibs, despertad! nos hizo levantar la vista. A nuestro lado se hallaba una mujer de pie, la cual llevaba en la mano una lamparilla encendida.



VI UNA MUJER VESTIDA DE BLANCO

Vestía completamente de blanco, con una túnica recogida en la cintura con un cinturón de plata. Mirándola fijamente, vi que tenía la tez morena y los ojos relucientes de los de su tribu. El brillo singular de una pulsera que llevaba me llamó la atención, y fijándome bien observé de pronto que se movía y que fué á enroscarse en el brazo algo más arriba. La pulsera era una serpiente viva y la llevaba, sin duda, la joven para que la protegiese contra todos los males que la amenazaran.

—¿Está despierto el sahib? preguntó. Hablad en voz baja, pues un guardián cuyo sueño es muy ligero vigila la puerta de la bóveda.

Me moví poco á poco y traté de incorporarme, pero las ligaduras de los pies y las manos estaban tan prietas que se me habían hinchado los tobillos y al menor movimiento sufría un dolor agudo. Viendo esto, la mujer se inclinó, y con un cuchillo de hoja ancha cortó las correas que me sujetaban, haciendo en seguida lo propio con las de mi amigo.

—Sahibs, dijo, vengo á salvaros si es posible. Seguidme sin pronunciar una palabra.

Federico se puso también de pie y juntos salimos de la bóveda por una puertecita situada en el lado opuesto á aquel por donde habíamos entrado, y que á la sazón se hallaba guardada por uno de los brahmines.

Temiendo á cada momento que fuese descubierta nuestra huida marchábamos silenciosamente siguiendo á la mujer, quien llevaba siempre la lamparilla en el aire para que alumbrara con sus débiles rayos el largo pasillo que teníamos que recorrer.

Afortunadamente no sentimos ruido ninguno. Después de un buen rato nuestra protectora tocó un resorte en la pared y se abrió inmediatamente una puertecita, por la que entramos, hallándonos en seguida en la parte principal del templo, donde vimos el ídolo gigantesco construido en honor del shah Nadhir.

La tenue luz de la lamparilla lanzaba un rayo tristón sobre el inmenso ídolo, que ocupaba todo el centro del templo. Colocados alrededor había otros muchos ídolos grandes, tan variados en la forma como grotescos en la apariencia. Del techo, que era altísimo, pendía grandísimo número de cadenas de oro que sostenían vasitos de cristal de diversos colores, en los cuales ardían mechitas que lanzaban una luz débil sobre aquel extraño cuadro. El lúgubre silencio que allí reinaba me impresionó desagradablemente, y confieso que miré con algo de terror las grotescas sombras de los horripilantes ídolos, que parecían dirigirnos feroces miradas.

—Sahibs, dijo la mujer deteniéndose, procuro salvarles á fin de pagar una deuda que mi familia tiene contraída con un europeo. Hace algunos años, una gran carestía se esparció por la hermosa tierra regada por el Ganges, y un sahib blanco libró á mis padres de la opresión de los *rayotos* (en el Indostán son llamados así los que dan tierras en arriendo perpetuo), quienes sin la bondad del sahib les hubieran humillado hasta el polvo con sus crueles exigencias. Por fin prosperaron, y entonces hicieron voto para que yo recompensara á Shiva el bien que nos había hecho. Al efecto me consagraron al templo para que fuese *dasí* ó bailarina. Los brahmines están obligados, bajo pena de muerte, á mantener y proteger á las que se consagran al templo. Sin embargo, no he olvidado nunca la generosidad del sahib que salvó de la miseria y tal vez de la muerte á mis queridos padres, los cuales se alegrarían mucho de que su hija hubiese aprovechado la ocasión de pagar aquella deuda.

—¿Nos indicará usted el modo de salir de aquí en seguida? pregunté.

—En seguida no es posible, sahib, aunque espero salvaros. Por esta noche os ocultaré donde nadie sabrá encontraros, y mañana al amanecer haréis el esfuerzo del cual dependerán vuestras vidas. Ocultos en este templo oiréis á primera hora de la mañana á los brahmines que vendrán á entonar sus cánticos para que Shiva se digne aceptar el sacrificio que piensan ofrecerle. Hecho esto se dirigirán en procesión al salón de consejos, donde creerán encontraros todavía bien sujetos y amarrados.

—¿Y vuestro proyecto para salvarnos? preguntó Federico.

—Tened paciencia, sahib, y lo sabréis. En la puerta exterior de este templo, que de noche está bien guardada, hallaréis de día sólo dos centinelas armados de buenos sables. Por muy silenciosamente que andéis os oirán de seguro, tal es la agudeza de oido que caracteriza á los de nuestra raza. Dos minutos después quedará decidida vuestra suerte.

Introduciendo la mano en la túnica sacó la dasí dos cuchillos de hoja ancha, y después de entregar uno á Federico y otro á mí continuó:

—Con estas armas lucharéis uno con cada centinela, y como el combate de cuchillo contra sable es desigual, debéis luchar siempre á la defensiva, procurando no manchar el sagrado templo de Shiva. Esquivad el golpe de los sables y corred por el pasillo largo y estrecho. En el extremo hallaréis una puerta; abridla, y veréis que conduce al salón de peregrinos. La de este salón conduce á su vez á la calle. Y en cuanto os veáis fuera del templo habrá desaparecido todo peligro.

—¿Y dónde hemos de ocultarnos hasta entonces? pregunté.

—En el interior del ídolo, sahibs, pues dentro de él hay un hueco que conocen muy pocos brahmines. Seguidme, y os indicaré por dónde podéis entrar y salir.

En la parte posterior del idolo nos indicó la dasí una señal triangular. Tratamos de abrirla, pero fué imposible. La joven lo consiguió inmediatamente y nos explicó después el secreto en voz muy baja. Por medio de un resorte casi oculto se abrió una puertecita, y vimos una escalera estrecha que conducía á un aposento redondo en la parte superior del ídolo.

— Descansad aquí tranquilos, dijo la dasí. En el templo no hay nadie más que los grandes espíritus, que velan, y á quienes no debéis molestar. Adiós; tened ánimo y no olvidéis las instrucciones que os he dado para salvar vuestras vidas.

Y desapareció.



NOS ENTREGÓ UN CUCHILLO Á CADA UNO

La estancia donde nos hallábamos la alumbraban débilmente dos rayos de luz que partían sin duda de la lamparilla colgada delante del giganteseo ídolo, en el que penetraban por los dos huecos de la nariz.

—Se me figura que la lucha con los centinelas ha de ser peligrosa, observó Federico después de unos momentos de silencio.

Afortunadamente sabemos defendernos bien, pero los indios manejan los sables de una manera asombrosa. ¿Quieres que procuremos encontrar los brillantes? Si es que conseguimos escapar, que no es muy seguro, serán una pequeña recompensa por los peligros de esta aventura.

—Como quieras, contesté.

Bajamos la escalerilla, tocamos el resorte y se abrió la puerta inmediatamente. La volvimos á cerrar con cuidado, y un momento después nos hallábamos frente al ídolo de Nadhir.

III

—Lee las instrucciones del guebro, dije á Federico, y mientras tanto examinaré yo la mano del ídolo y el puño de la espada.

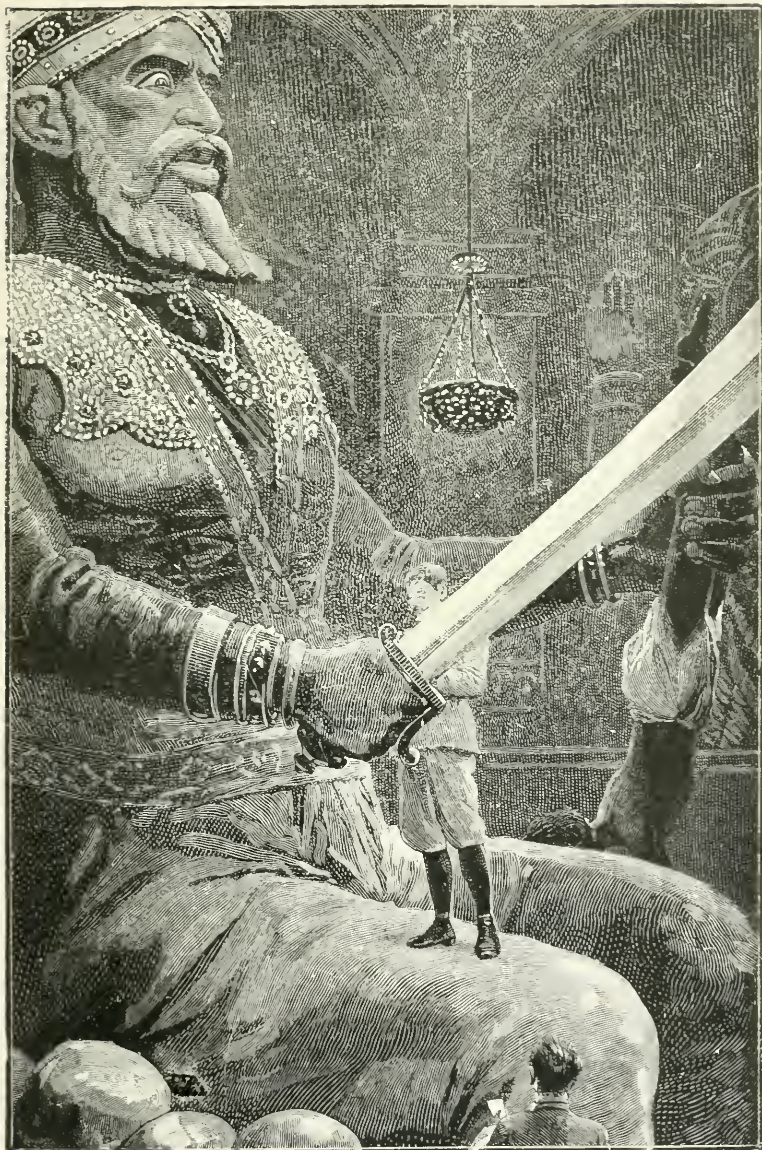
El ídolo era exageradísimo con relación al antiguo conquistador de Delhi á quien representaba. Sentado sobre un montón de cabezas humanas talladas en piedra tenía en la mano izquierda la figura contorsionada de un hombre, en tanto que en la derecha, levantada en el aire, empuñaba una espada de oro macizo, incrustada de abundantes perlas y piedras preciosas, en el momento de caer sobre la desgraciada víctima.

Mientras yo observaba todo esto Federico leyó lo siguiente:

El que desee hallar los brillantes ocultos en la empuñadura de la espada ha de subirse sobre la rodilla del ídolo, y poniéndose allí de pie hará retroceder el dedo pulgar. La mano se abrirá un poquito y el tesoro caerá al suelo inmediatamente. Tened cuidado de que el dedo pulgar del ídolo no coja el dedo del atrevido, pues en este caso caería la espada y le mataría. Yo, Hasfiel, así lo declaro.

Federico se encaramó sobre mis hombros y de esta manera pronto llegó á la rodilla del ídolo. De pie sobre ella, tal como indicaba el papel, cumplió al pie de la letra todas las instrucciones. Con gran sorpresa de los dos, pues nunca tuvimos fe en lo que el papel decía, cayó á mis pies un rollito de cambray amarillento. En cuanto bajó Federico examinamos el tesoro.

Dentro del envoltorio exterior hallamos ocho paquetitos, en cada uno de los cuales encontramos un brillante envuelto en un papel, en el que se hallaba escrita la historia de la piedra que encerraba.



FEDERICO SE PUSO EN PIE SOBRE LA RODILLA DEL ÍDOLO

Dispusimos del tesoro guardando cada uno en los bolsillos interiores cuatro brillantes, y después de examinar ligeramente el templo volvimos á nuestro escondite dentro del famoso ídolo. Al poco tiempo dormíamos de nuevo profundamente.

Los brahmines daban principio á sus devociones cuando me desperté, encontrando que Federico les observaba ya á través de los dos huecos de la enorme nariz del ídolo. A medida que la ceremonia avanzaba aquellos hombres parecían volverse locos. Retorcían sus cuerpos y agitaban los brazos con violencia, mientras se postraban ante los ídolos jurando uno tras otro destruir á los profanadores del templo. De repente se levantaron del suelo, y formando dos filas se retiraron de allí, llevando al frente varios indios armados, quienes iban sin duda á arrastrarnos forzosamente al templo, si acaso nos resistíamos á someternos á la suerte que nos estaba destinada sin hacer un último esfuerzo para librarnos de la muerte.

En cuanto hubo desaparecido el último brahmín abrió Federico la puerta de nuestro escondite y examinó el templo.

—Vamos, Julio, exclamó, un golpe atrevido y somos libres.

Juntos echamos por el pasillo indicado por la dasí, y al llegar á la mitad próximamente vimos á los dos centinelas de quienes nos habló, los cuales estaban entretenidos mirando un dibujo en la pared. Abrigamos la esperanza de acercarnos á ellos sin ser vistos.

—Agáchate y acerquémonos á rastras, murmuró Federico con voz casi imperceptible. Dirígete al más pequeño, que yo me las arreglaré con el otro.

Y empezamos á movernos hacia adelante con la cautela y el sigilo del tigre. ¡Si pudiéramos sorprenderlos! Fuimos acercándonos más y más, y todavía les vimos entretenidos con el dibujo de la pared. Nos separaban diez metros, luego nueve... ocho... siete... De repente Federico se puso en pie de un salto, y en menos de un segundo ya estábamos luchando desesperadamente uno con cada indio.

En la pared había una campanilla y uno de ellos quiso acercarse para llamar, pero mi amigo pudo á tiempo evitarlo.

Sin pronunciar ni una palabra luchábamos desesperadamente con aquellos bárbaros, que parecían tener una fuerza sobrenatural ó poco menos, y confieso que me costaba mucho trabajo desviar con mi cuchillo corto los golpes de sable que descargaba el indio.

Federico empezaba ya á vencer á su enemigo, el cual, aunque estaba herido, continuó batiéndose ferozmente. Comprendiendo que aquello era cuestión de vida ó muerte dirigí una cuchillada á mi indio para terminar de una vez, pero desvió el golpe y un momento después me encontré tendido en el suelo y amenazado por el sable de mi enemigo. Vi algo blanco y reluciente delante de mis ojos, y



ERA CUESTIÓN DE VIDA Ó MUERTE

entonces sentí que alguien, con un movimiento brusco, apartaba de mí á aquel energúmeno. Me levanté. El enemigo de Federico yacía también en el suelo sin conocimiento. El otro indio, el mío, por decirlo así, comenzó á luchar con mi amigo, pero éste le venció, logrando hacerle arrojar el sable, el cual recogí en seguida.

De improviso sonó un grito de alarma en el pasillo del templo: ¡era que los brahmines habían descubierto nuestra fuga!

—Corre á la puerta exterior, exclamó Federico, y ábrela. Creo que podré acabar con este animal antes que lleguen.

Abrí la puerta de par en par en el momento en que aparecían los

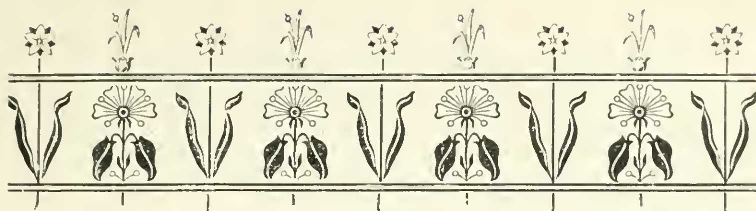
brahmines en el otro extremo del pasillo. y entonces Federico, haciendo un esfuerzo terrible, cogió á su enemigo por la cintura, le levantó en el aire y lo lanzó contra el primero que se acercaba. Voló inmediatamente á la puerta y entramos en el salón de peregrinos, desde donde salimos á la calle sin más tropiezos.

—¡Vaya un trabajito, Federico! dije cuando marchábamos en dirección á la ciudad de Delhi. Llegué á temer que el indio acabaría conmigo.

—Sí, era muy fuerte y se batía bien, á pesar de su poca estatura: pero no hagas caso: si hemos trabajado, hemos también hallado la recompensa en los brillantes.

C. J. Mansford.





El loro mágico.



En un camarote del vapor *Campanone*, surto en el abra de Bilbao, cenaban tranquilamente el piloto y el primer maquinista. El grumete, después de poner en la mesa todo aquello que, siendo comestible, se le ocurría, se retiró, luego de haber añadido todo cuanto se le ocurrió también al piloto. Este y el maquinista continuaron cenando y conversando amigablemente entre bocado y bocado, sin más extraños ruidos que el que producía una voz ronca, cuyo dueño, al ver la comida, comenzó por pedirla con mil monadas y palabras bonitas, hasta que acabó por exigirla de una manera que, por lo menos, obligaba á prestarle atención.

—No está mal para un loro, exclamó el maquinista dirigiendo al animalito una mirada muy expresiva. Cualquiera creería que sabe lo que dice. No le dé usted nada, si no quiere que se calle.

—Ningún placer encuentro en escuchar palabras groseras, contestó el piloto con cierta sequedad.

Mojó distraídamente un pedacito de pan en el vino de su amigo, y como se le cayese al estar mojándolo introdujo los dedos hasta el fondo del vaso, dió unas cuantas vueltas para recogerlo y por fin lo sacó. Esta maniobra fué contemplada por el otro con el asombro que es de suponer.

—Mejor será que te sirvas más vino, dijo el piloto viendo que el maquinista le miraba.

—Eso pienso, contestó éste, mostrando algún disgusto.

—El individuo á quien se lo compré, prosiguió el primero dando la sopa al loro, me dijo que era un pájaro muy decente y que no repetiría nunca una palabra grosera; pero después de lo sucedido, francamente, confieso que no me atrevo á regalár-selo á mi mujer, como me proponía hacerlo.

—¡Bah! No hay que ser tan escrupuloso. Vosotros los recién casados creéis que hay que envolver á la mujer en algodón en rama. Apostaría cualquier cosa á que las palabrotas del loro la hacen gracia.

El piloto se encogió de hombros con desdén.

—Lo compré para que tuviese algo con que entretenerse mientras yo estoy fuera, dijo pausadamente. ¡Pobrecilla, qué triste estará sin mí, Roque! ¡Cuánto me echará de menos!

—¿Qué sabes tú si estará triste?

—Lo sé porque me lo dice ella.

—Cuando lleves tantos años de casado como llevo yo aprenderás que, generalmente, están más contentas cuando se marcha uno que cuando se encuentra en casa.

—¿Y por qué?

—El hombre en casa siempre estorba. Al principio se alegran de tenerte á su lado; después... después se alegran de que te vayas.

—Según de quien se trate: habrá de todo.

—Gracias al Cielo mi mujer es una de las mejores del mundo, pero no se apura mucho que digamos cuando yo me marcho. Tu esposa tiene treinta años menos que tú, ¿verdad?

—No tantos, hombre, no tantos: no le llevo más que veinticinco. Lo que temo es que algún atrevido le haga la rosca.

—Pues precisamente eso es lo que le gusta á las mujeres.

—Pero á mí no me gusta, ¡rayos y truenos! Cuando pienso en eso me vuelvo loco, loco de remate.

—No sucederá siempre lo mismo, ya lo verás. Antes de un año no te importará mayormente que alguien le haga la rosca á tu mujer.

—Todos no somos iguales: unos tenemos sentimientos más delicados que otros. Esta mañana, cuando salimos á la calle, vi que el vecino de enfrente la miraba con el rabillo del ojo.

—¡Qué atrocidad!

—Cuando pasamos á su lado se arregló un poco la boína. ¿Qué te parece?

—¡Cualquiera lo sabe!

—Pues si anda con tonterías durante mi ausencia le rompo la crisma. Yo lo sabré; ¡ya lo creo que lo sabré!

Roque le miró, como si pretendiera descubrir lo más recóndito del pensamiento del piloto, el cual prosiguió:

—Sí; le he dicho á la patrona...

—¿Cómo patrona?

—Llamo yo patrona á mi antigua nodriza, que vive con nosotros. Le he dicho que observe lo que pasa, que se fije en todo. Mi mujer se crió en la aldea y es joven é inocente; de modo que le conviene tener á su lado una mujer de edad.

—¿Y lo sabe tu esposa?

—No, no le he dicho nada; pero mira, Roque, tengo una idea luminosa respecto de ese loro. Pienso decirla que es un pájaro mágico, y que cuando yo vuelva me contará todo lo que ella haya hecho durante mi viaje. Todo cuanto me diga la patrona le aseguraré que me lo ha contado el loro. La hice prometerme que no estará nunca fuera de casa después de las siete de la noche, y si falta á su palabra lo sabré y le diré que el loro ha sido quien me lo ha contado. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? respondió el maquinista mirándole con asombro; ¿qué me parece? ¡Ja, ja! ¡Qué ocurrencia la de irle á una mujer, por inocentona que sea, con semejantes bobadas!

—Pues si cree en aparecidos, en avisos de muerte y en otras simplezas, ¿por qué no ha de creer también en lo del loro?

—A la vuelta sabrás si lo cree ó no lo cree. Y será una lástima, porque habla bien y nunca en mi vida he visto pájaro que sepa disparatar con tanta naturalidad.

—¿Qué quieres decir con eso? gruñó el piloto.

—Quiero decir que, para cuando vuelvas del viaje, habrá dejado de existir el pajarito ese.

—Ya lo veremos, replicó Antonio (este era el nombre del piloto). Si el loro muere, yo sabré lo que hacer.

—No volveré á ver al loro, dijo el maquinista para sí, meneando la cabeza, cuando advirtió que el piloto cogía la jaula

y la entregaba al marinero que había de llevársela hasta la puerta de su casa.

Desembarcaron los dos en el muelle de Portugalete y llegaron poco después á Luchana, donde vivía Antonio, sin más incidente que un fuerte altercado con el conductor del tranvía, acerca de si el piloto era ó no responsable del lenguaje que el loro tuvo á bien emplear cuando un viajero dió inadvertidamente un puntapié á la jaula.

Al entrar en su casa el piloto, aunque con algún recelo, tomó la jaula, subió y la colocó sobre la mesa del comedor.

Marina, la esposa de Antonio, mujercita de ojos castaños y mirada humilde, daba palmadas de alegría.

—¡Qué bonito es! ¿eh? exclamó el piloto. Mira, lo he comprado para que te entretengas con él mientras yo estoy fuera.

—¡Ay, qué bueno eres, Antonio! exclamó Marina.

Y como una chicuela se puso á dar vueltas alrededor de la jaula sin poder ocultar su satisfacción. El loro, que en la casa de su último dueño había tenido que luchar con chicos y estaba acostumbrado á todo género de bromas, comenzó á dar vueltas también imitando á la joven esposa del piloto; pero aburrido, sin duda, á la quinta vuelta lo manifestó así francamente con palabrotas propias de marinero.

—¡Qué barbaridad! exclamó Marina.

—Sí, habla mucho, dijo Antonio, y es tan listo que aprende todo cuanto oye, pero pronto olvidará eso.

—Parece que entiende lo que dices, añadió Marina. ¡Y cómo te mira! ¡Qué pillo!

La ocasión no podía ser más oportuna. Antonio, con unas cuantas mentiras harto cándidas, enteró á su mujer de las maravillosas cualidades del loro.

—Pero ¿tú lo crees? preguntó Marina, mirándole con la boca abierta.

—¡Vaya si lo creo! contestó enfáticamente su marido.

—Y cuando yo no esté delante, añadió, ¿cómo podrá saber lo que hago?

—Precisamente ese es el secreto, respondió Antonio. Muchos quisieran saberlo, pero nadie hasta ahora ha podido averiguarlo. Con decir que es un pájaro mágico está dicho todo.

—¡Ah, vamos! exclamó Marina.

Y arrugando el entrecejo se puso á contemplar con asombro al pájaro maravilloso, al pájaro mágico.

—Ya verás, continuó Antonio: cuando yo vuelva, el lorito me dirá lo que hayas hecho, dónde has estado y hasta todo cuanto hablaste mientras yo permanecí fuera.

—¡Jesús, qué pájaro tan listo!

—¡Listísimo! añadió Antonio entusiasmado al ver cómo su mujercita creía todo cuanto le decía. Y me dirá si has salido de casa después de las siete de la noche y si alguien ha venido á verte... en fin, que ninguna cosa se le escapará, me lo contará todo.

—¡Jesús! repitió Marina, que no cabía en sí de asombro. Pues como no mienta, nada de malo tendrá que decirte.

—Eso es imposible, repuso Antonio, como si el pájaro le mereciera la mayor confianza. El loro no miente nunca. Y ahora anda, prepárate y vámonos á Bilbao; iremos al teatro esta noche.

Así lo hicieron: pero á la media hora de haber entrado se le cayó á Marina el pañuelo, y como el espectador que estaba á su lado se apresurase á cogerlo, Antonio se incomodó muchísimo y salieron del teatro antes de que terminase la función.

—Deberías encerrarme en una urna, dijo Marina cuando subían al tranvía para regresar á casa: así nadie podría hablarme.

—¿Quieres que no me ofenda cuando en mis barbas hay quien se atreve á coger tu pañuelo? Si no le hubieses mirado...

Marina hizo un gesto tan expresivo con la cabeza que un viajero del tranvía se volvió para mirarla, y esto puso tan furioso á Antonio que terminaron el viaje sin pronunciar ni una palabra más.

A la mañana siguiente el piloto se había calmado, pero aun estaba algo receloso. Después de almorzar salió para dirigirse al *Campanone*, mas no sin haber indicado á su esposa cómo había de presentarse á bordo si quería despedirse de él.

Al quedarse sola Marina se puso á arreglar el gabinete, y al llegar cerca de la jaula dejó el plumero que tenía en la mano y comenzó á examinar al loro con gran curiosidad. Se le antojó

que era muy astuta la mirada del pájaro, el cual guiñó dos ó tres veces el ojo derecho, como si quisiera reirse de ella y decirle: «Mira lo que haces, que estoy yo aquí».

Contemplando al loro estaba cuando llamaron á la puerta. Entró una mujercita alegre, vivaracha, muy bien puestecita, la cual, acercándose á Marina, la besó con efusión.

—He venido á verte, hija mía, le dijo, porque, francamente, tenía ganas de dar un paseo, y si me lo permites te acompañaré á Portugalete cuando vayas á despedir á tu marido.

Marina accedió gustosa, creyendo quedaría más tranquilo viéndola acompañada de una mujer de más años que ella.

—¡Qué bonito loro! exclamó Cristina, la recién llegada, blandiendo la sombrilla ante la jaula.

—Cristina, ¡por Dios! no hagas eso, dijo Marina.

—¿Por qué no?

—Ese es un pájaro que lo cuenta todo.

—Pues ya sabes que yo no puedo estarme quieta.

Y acercando la sombrilla á la jaula la abrió de repente. Era de color rojo muy vivo, y por un momento el loro quedó como atolondrado.

—Mira, no hace caso, exclamó Cristina.

El loro, retirándose á un rincón de la jaula, murmuró algo en voz muy baja.

Viendo que no sucedía nada de particular, Cristina repitió la treta con más atrevimiento, y entonces el pájaro, convencido de que aquello era inofensivo, volvió á la percha y prorrumpió en una sarta de disparates terribles.

—Si ese loro fuese mío, dijo Cristina, que se había puesto tan colorada como la sombrilla, le retorcía el pescuezo.

—No creo que harías eso, contestó Marina muy grave.

Y después de hacer callar al pájaro, echando un paño sobre la jaula, explicó á su asombrada amiga las maravillosas cualidades del loro.

—¿Qué, qué me cuentas? exclamó Cristina sin poder contener su indignación. ¿De veras te ha dicho eso tu marido?

—¡Y tan de veras! Es tan celoso Antonio...

—¡A mí podría venirme mi marido con esos cuentos! repuso Cristina algo amostazada. ¡No faltaba más!

—Pero repara que si Antonio tiene tantos celos es porque me quiere mucho.

Cristina, de un salto, se colocó delante de la jaula, y retirando el paño que la cubría trató inútilmente de introducir un extremo de la sombrilla por entre los hierros, mientras decía:

—¿Pero es posible que tú creas esas bobadas? ¡Anda, loro tonto! ¡De qué buena gana te arreglaría yo las cuentas! ¡Anda, miserable, infame!

—No, mujer, no, respondió Marína. ¿Cómo quieres que yo crea semejantes tonterías? Pero ya que así le place á Antonio, le dejo que piense que las creo.

Y volvió á cubrir la jaula, sin dar tiempo á que el loro repitiera los disparates.

—¡Pero eso es una barbaridad, eso es un insulto para ti! repuso Cristina. No sé cómo no le has dado una bofetada á tu marido. ¡En mi vida he visto otro tanto! Ya quisiera yo coger á Antonio por mi cuenta: con media hora de conversación me bastaba. ¡Ya le daría yo lorito, ya!

Marina, tranquilizando como mejor podía á su indignada amiga, la llevó al lado del balcón y la hizo sentarse en una silla: pero viendo que era imposible calmarla mientras el maravilloso pájaro estuviera á la vista, cogió la jaula y la llevó á la cocina.

Cuando llegaron á Portugalete y subieron á bordo del *Campanone*, Cristina había recobrado su habitual buen humor. Paseó por el buque, haciendo toda clase de preguntas, más por curiosidad que por deseos de aprender, y no disimuló ni trató de disimular la opinión que formaba de los que no sabían responderla satisfactoriamente.

—Pensaré en ti todos los días, Antonio mío, murmuró Marina con cariñoso acento.

—Y yo pensaré en ti á todas horas, á todos los instantes, contestó Antonio en tono de reconvención.

Suspiró tristemente y púsose á contemplar escandalizado á la atrevida Cristina, que en el otro extremo del buque coqueteaba descaradamente con uno de los marinos.

—Cristina es muy alegre, observó Marina, siguiendo la dirección de la vista de su marido.

—Mucho que sí, dijo éste, cada vez más escandalizado al ver que Cristina daba golpecitos con la sombrilla en el hombro de marino con aire juguetón.

—Parece que se divierte bien, añadió Antonio. ¿Pero no le da vergüenza? Y apostaría que es la primera vez en su vida que habla con el muchacho.

—¡Pobrecillos! dijo Cristina acercándose á ellos un momento más tarde. Pero no se apure usted, Antonio, yo no la dejaré estar triste. Descuide usted, que yo me encargo de animarla.

—Es usted muy amable, Cristina, replicó Antonio de mal talante.

—Mientras usted esté fuera procuraremos divertirnos, prosiguió Cristina. ¡Cuántas veces pienso que ojalá fuese marino mi esposo! La mujer del marino siempre tiene más libertad, ¿no es cierto?

—¿Más qué?

—Más libertad. Yo envidio á las mujeres que se casan con marinos. Hacen lo que les da la gana; no tienen marido que las estorbe en nueve ó diez meses del año. ¡Qué felicidad!

Antes que el piloto hallase palabras con que expresar su indignación oyóse el aviso para emprender la marcha, y despidiéndose apresuradamente fué á ocupar su puesto. Las dos mujeres saltaron á tierra y poco después el *Campanone* comenzó á moverse lentamente. Cuando se perdió de vista, Marina y su amiga estaban todavía en la punta del muelle.

Durante el período de viudez temporal que siguió á la partida de Antonio, las visitas de su amiga era lo único que rompía la monotonía de la vida de Marina. El loro no servía para entretenerla, porque su lenguaje era tan grosero que fué condenado á pasar la mayor parte del tiempo en el cuarto oscuro.

Cristina propuso á su amiga que lo vendiera, pero Marina rechazó horrorizada la proposición, negándose á escucharla, y eso que el tabernero de enfrente, que había oído elogiar el mérito del pájaro, estaba dispuesto á pagar por él un buen precio.

—¿Qué le contará el loro á tu marido cuando vuelva? dijo Cristina un día en que charlaban juntas las dos amigas, unos dos meses después de la salida del *Campanone*.

—Yo creo que habrá olvidado esas tonterías, contestó Marina poniéndose colorada. En las cartas nunca habla del pájaro.

—Véndelo, no seas tonta: á ti no te sirve para nada, y el tabernero te lo pagaría bien.

Marina movió la cabeza y exclamó estremeciéndose:

—De ningún modo: no me hables de eso. ¡Dios mío, qué diría Antonio!

—¡Qué había de decir, inocente! Mira, la cosa no tiene ya remedio. Le he indicado al tabernero que se lo venderás en quince duros.

—Pero mujer, ¿estás loca? Eso es imposible, materialmente imposible.

—Tú déjalo en mis manos y ya verás qué bien se arregla todo.

Acercándose á su amiga, la cogió por la cintura y la llevó al balcón, donde volvió con grande interés á la carga. Cinco minutos después vacilaba Marina, á los diez había cedido y á los quince la intrépida Cristina estaba ya camino de la taberna de enfrente llevando la jaula en la mano y columpiándola con tanta violencia que el pobre loro, no sabiendo lo que le pasaba, se agarró con las uñas á la percha, creyendo tal vez que había llegado el fin del mundo.

Marina los siguió con la vista y después se puso á meditar en las consecuencias de tan atrevido paso.

Una semana más tarde, el tranvía eléctrico se detuvo en la puerta: se apeó el piloto, y subiendo las escaleras precipitadamente entró en su casa. Arrojó al suelo una porción de paquetes que traía y abrazó cariñosamente á su esposa, la cual no correspondió con tanto entusiasmo al abrazo.

—¡Ja, ja, ja! exclamó Antonio dejándose caer en el sofá y haciendo que Marina se sentara á su lado. Conque vamos á ver, cuéntame: ¿Has estado muy triste durante mi viaje? ¿Me has echado muy de menos?

—Poco á poco me fuí acostumbrando, contestó Marina.

El piloto tosió. La contestación no era la que él hubiese deseado.

—Es verdad que tenías el loro para distraerte, observó.

—Sí, tenía el loro mágico.

—¿Y dónde está ahora? preguntó Antonio mirando por todas partes.

—Pues te diré: una parte del loro está allí, sobre la chimenea: otra está en el armario con mis blusas, y el resto aquí.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó una navajita ordinaria de dos hojas.

—En la chimenea... en el armario... no comprendo.

—Aquellos jarrones azules...

El piloto se llevó la mano á la frente. De modo que un loro se había convertido en dos jarrones, en una blusa y en una navajita... ¡Qué cosa más rara!

—Lo vendí, dijo de pronto Marina.

—¿Que lo has vendido? gritó Antonio levantándose lleno de asombro. ¿Te atreves á decirme que has vendido el pájaro que te regalé?

—Yo no quería que me estuviera siempre observando, Antonio, murmuró Marina tímidamente, y además tenía muchos deseos de comprar esos jarrones tan bonitos y este regalito para ti.

El piloto, enfurecido, arrojó el regalito al otro extremo de la habitación.

—Ya ves, prosiguió Marina bajando la cabeza, el loro tal vez te hubiera contado mentiras y acaso hubiéramos tenido un disgusto.

—Te dije, y lo repito, siguió gritando Antonio, que el loro no podía mentir.

Y empezó á dar vueltas por la estancia como un desesperado.

—Fué tu conciencia, añadió, tu conciencia que no está limpia la que te obligó á venderlo. No sé cómo tienes valor para decirme que lo has vendido.

—Lo vendí porque se me figuraba que no decía la verdad.

—Más verdades que tú, vociferó el piloto ya fuera de sí, ¡mujer falsa, mujer infame!

—Lo vendí por hacerte un favor, dijo Marina rompiendo á llorar. Me contaba de ti unas cosas tan horribles que no podía escucharle.

—¿Qué cosas podía contarte de mí? Algunas tonterías, algunas simplezas...

—Ese pájaro es muy malo, no es lo que tú creías. Te calumniaba de un modo...

—¿Te parece que estás hablando con algún inocente niño? Quisiera saber qué calumnias eran esas.

—Primeramente comenzó á charlar de cuando estuviste en Rotterdam, y dijo que una noche fuiste á cenar á unos jardines, en un barrio bajo de la población. Pero yo no lo creo, por supuesto. Ni existirán tal vez esos jardines.

—Acaso existan.

—Pero tú no habrás estado nunca allí.

—¡Jamás!

—Pues el pájaro dijo que, estando en los jardines, te emborrachaste, que arrojaste al suelo una de las mesas de mármol, que le diste una bofetada á un mozo y que, á no haber intervenido el capitán del *Perseguidor*, te hubieran encerrado en la prevención. Ya ves tú si es embustero el pájaro.

—Mucho, mucho, contestó Antonio ahogándose de rabia.

—Probablemente no habrá ningún buque que se llame *Perseguidor*.

—No conozco ninguno.

—Después dijo que desembarcaste cuando el *Campanone* estuvo en Liverpool.

—Otra falsedad, replicó Antonio muy excitado.

—Pues el pájaro aseguraba que sí desembarcaste.

—¿Y á quién das tú más crédito, á él ó á tu marido?

—A ti, pero estoy queriendo probarte que el loro es un embustero.

Antonio sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Añadió el pájaro, prosiguió Marina, que una joven tenía un puesto de fruta cerca del muelle, que te acercaste tú con el pretexto de comprar unas manzanas, que la cogiste por la cintura y quisiste propasarte con ella; pero que su novio, que andaba por allí, salió á su defensa, y que tú, viéndote en peligro, tuviste que arrojarte al agua y por poco te ahogas. ¿Cómo querías que yo escuchase todas estas cosas? Cuando el *Campanone* estuvo en Cardiff...

—¡Basta, basta! exclamó furioso el piloto.

—Por nada del mundo quisiera repetir lo que me dijo que hiciste en Cardiff, Antonio, pero si deseas saberlo...

—No, no; no deseo saber nada.

—¿Comprendes ahora por qué vendí el loro? Si me hubiera calumniado á mí, tú le hubieras creído, ¿verdad, Antonio?

—No, querida mía, dijo éste levantándose y abrazando con efusión á su esposa; yo no hubiera creído nada malo de ti.

—¿Hice bien en venderlo?

—Muy bien, perfectamente bien.

—Pero aun no has oído lo peor.

Antonio descargó un fuerte golpe sobre la mesa y prohibió á su mujer que volviera á hablar del maldito loro.

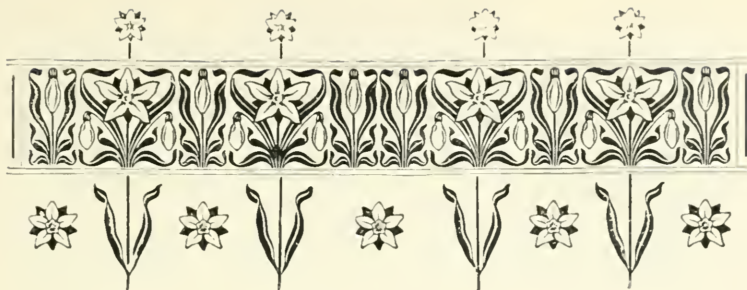
—Anda, hija mía, prepara la cena, añadió luego.

Cuando salió Marina empezó á dar vueltas por la habitación, buscando ansioso la solución de aquel enigma, hasta que un rayo de luz vino á iluminar su pensamiento.

—¡Paco, ha sido Paco! exclamó. ¡Ahora me explico por qué escribía con tanta frecuencia á Cristina! ¡Y yo que pensaba decir á Olmos!... Probablemente se sabrá las cartas de memoria. ¡Qué estúpido he sido!

L. L. Omega.





Los cabellos de oro.



I



El joven vizconde Alfredo de Altamira regresó aquella noche á su casa hondamente impresionado.

A sus veintiséis años cumplidos ninguna mujer había logrado todavía conmover las fibras de su corazón, indiferente hasta entonces en absoluto á los innumerables halagos que el amor ofrece.

Pero había sonado la hora en que Alfredo debía experimentar conmociones violentas, probar empujes rudos y luchar á brazo partido contra el destino y la fortuna.

Altamira se dispuso á ir aquella noche al Real, ignorando que allí mismo iba á empezar una vida nueva, pasando del indiferentismo á la sensibilidad más aguda.

Efectivamente, Alfredo comenzó *á regenerarse*.

En uno de los entreactos, *armado* de los gemelos, empezó á observar detenidamente el público que llenaba la sala.

¡Cosa rara! Entre todas las jóvenes bonitas y elegantes que mostraban sus atractivos en butacas y palcos, una sola impresionó al vizconde, pero tan vivamente, que sintió oscurecerse su vista, temblar sus piernas y acelerarse los rítmicos y monó-

tonos latidos de su corazón: de tal modo, que dejó caer el brazo que sostenía los gemelos y hubo de preguntarse entre dientes:

—¿Me habré vuelto loco?

No, le había ocurrido únicamente una cosa muy vulgar: se había enamorado, y enamorado, podría decirse, de un solo golpe... de vista, pero enamorado de veras.

Porque Alfredo tenía un alma sensible, impresionable, romántica: un alma de poeta.

La mujer que tanto había turbado á nuestro héroe era una joven á la cual se le podrían echar, sin miedo de equivocarse, veintidós primaveras: alta, esbelta, distinguida, de facciones irreprochables, de cutis nacarado, de grandes ojos azules con largas y sedosas pestañas oscuras y de un hermoso cabello rubio... de color de oro. Vestía un traje blanco, algo escotado, y en el cuello lucía un hilo de menudas perlas, que rivalizaban con sus preciosos dientes.

En una palabra, su fisonomía toda revelaba un fondo simpático, apasionado, vehemente...

Más que mujer, parecía el sueño de un artista.

Pero lo que más subyugó á Alfredo fué aquel hermoso cabello rubio, cuyas ondas naturales caían con estudiado desdén sobre la hermosa frente de la joven seductora.

Altamira volvió á dirigir los gemelos hacia ella; pero segunda vez tornó á dejar caer el brazo, desalentado y confuso.

Al lado de *su adorado tormento* se había puesto un hombre, mucho mayor que ella, que á juzgar por las apariencias debía ser su prometido.

El vizconde se puso á observarlos con vivo interés, y en su imaginación, verdaderamente oriental, comenzó á forjarse una novela descabellada, estupenda...

Creyó observar que la joven, al hablar con aquel hombre, daba á su semblante un sello de melancolía indefinible, que su risa era forzada, su alegría ficticia, y acabó por imaginarse que la joven de los cabellos de oro, como él la denominaba en su pensamiento, sostenía relaciones con su prometido por secretos de familia que era preciso disimular, y qué sé yo cuánto mayor número de majaderías comenzaron á revolotear en el cerebro del desventurado vizconde.

En los entreactos restantes no apartó su vista de la joven rubia, y presumió hallar no poca correspondencia en las miradas clandestinas (él como tales las denominaba) que ella le dirigía.

Altamira estaba excitado, nervioso.

—¡Qué cabellos! murmuraba de vez en cuando, contemplando ensimismado á la joven. ¡Nunca he visto otros iguales! ¡Qué precioso marco para su cara de Virgen! ¡Cuánto daría por poderlos enredar entre mis dedos!

Y Alfredo se quedaba embobado, con cara de idiota, sintiendo brotar en su alma más romanticismo que nunca.

Terminó la función.

El vizconde vió desaparecer del palco á la joven rubia, y se dirigió rápidamente á la salida del coliseo para poder echar sobre ella una última mirada.

En efecto, la vió salir y dirigirse á un coche que la esperaba en la puerta, y ¡oh triunfo inesperado! antes de poner el pie en el estribo, la joven de los cabellos de oro le envolvió en una dulce mirada, que al vizconde le dijo estas tres cosas: «¡Espera! ¡Soy desgraciada! ¡Ampárame!».

Después tendió la mano al caballero que Alfredo juzgaba su prometido, entró en el carruaje, y los caballos, castigados por el cochero, partieron al trote, llevándose, como un torbellino loco, la calma y los ensueños del infeliz vizconde.

Por eso Alfredo regresó á su casa tan hondamente impresionado que al acostarse, no pudiendo sobreponerse á tantas y tan inesperadas emociones, se quedó dormido con una mano en la frente y otra en el corazón... Y á poco de dormirse entreabrió sus labios para modular esta sola frase:

—¡Los cabellos de oro!

II

Decididamente, sus nervios estaban de punta: no podía descansar, y tomó el partido de vestirse y echarse á la calle.

Comenzó á andar de prisa, como movido por un resorte, y se dirigió hacia el centro de la capital, impulsado, sin duda, por algún sentimiento desconocido hasta para él mismo.

Al pasar por la puerta de un café vió salir gran número de personas, y ¡oh rara coincidencia! entre aquel pelotón de seres vivientes observó á la hermosa rubia, que salía acompañada de una anciana, con la que había estado en el teatro, y también de su futuro, al cual había despedido á la puerta del coliseo.

Los tres subieron en el coche que, como antes, les esperaba, y Alfredo, dejándose llevar de sus vehementes impulsos, echó á correr detrás del carruaje, frenético, desatentado, loco.

La suerte se hallaba dispuesta á socorrerle y él no quería volverle la espalda, pues sin duda una hada misteriosa y benigna había hecho que la joven se retrasara en el café para que el vizconde pudiese esta vez seguirla de cerca.

Así lo hizo y no tardó mucho el carruaje en pararse frente á un portal, que debía ser el de la casa de la doncella.

Descendieron los tres del coche, que se alejó rápidamente por donde había venido, y el caballero objetó, dirigiéndose á la joven:

—Dentro de dos días serás mi mujer.

La bella lanzó un suspiro y replicó tristemente:

—Es pronto, muy pronto, y ¡qué lástima que tenga que suceder algún día!...

—No sucederá, dijo Altamira interviniendo quijotescamente en el asunto. Y se apoderó de la joven, aprisionándola entre sus brazos de hierro.

Pero con la velocidad del rayo, el futuro de la bella desconocida sacó un pequeño revólver de bolsillo y le hizo á Altamira un disparo en la frente.

El agresor emprendió velozmente la fuga; la anciana que acompañaba á la doncella empezó á dar gritos demandando socorro, y el vizconde, después de vacilar unos segundos en pie, cayó al suelo, arrastrando con él á la joven seductora y logrando al fin enredar entre sus dedos lo que más le había impresionado y cautivado de toda ella: los cabellos de oro.

III

La puerta del dormitorio de Altamira, que acostumbraba á dejar solamente entornada, se abrió en esto y el ayuda de cámara de Alfredo penetró en la estancia.

Pero cuál no sería su asombro al ver á su amo y señor en ropas menores, tendido boca abajo en el pavimento, con la respiración anhelante, los brazos extendidos y aprisionando entre las manos el estropajo de fregar el tocador, que él, por olvido ó distracción inconsciente, se había dejado el día anterior en el suelo.

—¡Señorito, señorito!... dijo afanoso, intentando incorporarle.

Alfredo abrió los ojos espantado, miró á su ayuda de cámara con extrañeza, reparó después en el estropajo que aun tenía entre las manos, y no sabiendo qué partido tomar, si reirse ó enfadarse, se quedó como alelado.

—¿Está el señor vizconde enfermo? le preguntó el criado con solicitud.

—No, no estoy enfermo, replicó Altamira malhumorado, permaneciendo sentado en el suelo.

—¿Entonces, el señor vizconde se ha caído de la cama, soñando quizás?

—¿Y á ti qué te importa, bruto? contestó Alfredo, incorporándose enérgicamente.

—Yo...

—Anda, anda, tráeme la ropa de prisa y no tienes nada que ver conmigo.

El ayuda de cámara, no sin extrañar la anormal aspereza con que le trataba su amo, calló humildemente para cumplir lo que le mandaba.

Alfredo sentía un dolor agudo en la frente, al mirarse en el espejo observó que tenía un chichón verdaderamente monstruoso, y no deseando andarse en explicaciones, mandó á su ayuda de cámara que le sirviese el desayuno en su cuarto y dió orden de no recibir á nadie, alegando que se hallaba ligeramente indispuesto.

Cuando Altamira se hubo quedado solo comenzó á explicarse lo que le había pasado y no pudo por menos de desternillarse de risa.

En efecto, lo de su aventura quijotesca había sido un sueño. Se quedó dormido, impresionado con la rubia del Real, y bajo este influjo se fraguó en su cerebro sobrexcitado la novela estupenda que acabamos de referir.

Tan nervioso se hallaba que, sin duda dando vueltas y revueltas en la cama, se había caído al suelo, recibiendo un golpe terrible en la frente, que fué lo que él creyó ser el tiro de su desconocido rival.

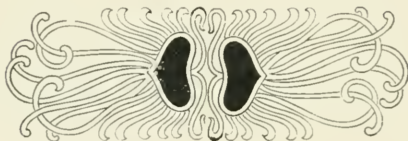
Y los cabellos de oro que al fin enredaba entre sus dedos no eran sino el estropajo que su ayuda de cámara había dejado por distracción en el suelo.

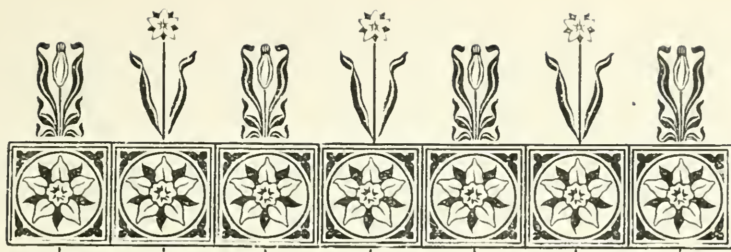
Alfredo de Altamira no salió de su estancia hasta que el chichón hubo desaparecido, y no hay para qué decir que no volvió á sentir *palpitaciones* por la joven del teatro.

Y cuando alguna vez repara en una rubia, se lleva la mano á la frente y murmura, burlándose de sí mismo:

—No, no, Alfredo. Para muestra basta un botón, y recuerda que... ¡bien caros te salieron los cabellos de oro!

Pepita Vidal.





La Hermandad de los Siete Reyes



Siguiendo la pista.

El aspecto de las cosas había ya variado por completo. Madame Koluchy estaba seriamente comprometida y la justicia tenía sobrados motivos para decretar su detención. Así lo hizo en seguida, y entonces nosotros confiamos en que no se tardaría mucho en poner término á sus malvadas acciones. Verdad era que tenía muchas horas de ventaja sobre sus enemigos, pero era de esperar que un telegrama urgente dirigido á Scotland Yard entorpeciera sus movimientos y hasta llegara á hacerlos inútiles. Se vigilarían todas las grandes estaciones de Inglaterra, así como también todos los puertos, pues se creía probable que procuraría regresar á Italia, donde, según las leyes internacionales, aunque se llegara á detenerla por crímenes cometidos en Inglaterra, las autoridades no tendrían obligación de entregarla á ningún tribunal inglés.

Sí, nos sentíamos seguros de que por fin habíamos triunfado y de que la detención de una de las criminales más crueles y perversas de la época era ya poco menos que cosa hecha. Esto no obstante, yo no podía olvidar que, dados los numerosos

recursos y artimañas de Madame, llegaría á rodearse de todo género de defensas imprevistas, pues tenía muchos amigos en el país, algunos de los cuales pertenecían á los más altos círculos y de mayor influencia.

Dufrayer, los dos *detectives* y yo regresamos á Londres en el primer tren. En cuanto á Madame, era de suponer que se alejaría de los ferrocarriles y viajaría probablemente de alguna otra manera, siguiendo un plan trazado de antemano con sus aliados.

Después de un rato de silencio, durante el cual estuvo Tyler meditabundo, exclamó de repente, dirigiéndose á sus compañeros:

—Estoy pensando, Ford, que convendría llamar á miss Beringer para que nos ayude en este asunto. Tengo más confianza en ella, tratándose de detener á una mujer, que en todos mis agentes y en los de usted.

—Como usted quiera, contestó Ford sonriéndose. Estoy muy al tanto de la habilidad de miss Beringer, y sé que no hay en todo Londres una *lady detective* más lista que ella; pero que se utilicen ó no sus servicios, tengo la completa seguridad de que Madame no tardará en caer en nuestras manos. Lo probable es que esté ya de vuelta en Londres, y una vez allí juro que no volverá á salir. Lo primero que debemos hacer en cuanto lleguemos es ir á Bow Street en busca de la orden para su detención.

—Amigo Head, observó Dufrayer, tienes muy mal semblante y creo que debes ir á descansar en seguida.

—Todavía no estoy restablecido por completo de la sacudida de ayer, contesté; pero el brazo no me duele tanto y ahora estoy muy excitado para pensar en descansar. Lo que sí haré en cuanto lleguemos es ir á consultar á Monkhouse para ver lo que me dice. Aunque, francamente, creo que el brazo se me curará pronto y estoy dispuesto á luchar hasta morir.

Dufrayer me lanzó una de sus firmes y penetrantes miradas, pero no trató de oponerse, porque sabía muy bien que mi resolución era inquebrantable.

Al llegar á Londres me despedí de mis compañeros, quienes prometieron venir á mi casa á la una de la tarde, y fuí direc-

tamente á ver á Monkhouse. Me curó el brazo con sumo cuidado y me dijo que, aunque era un milagro que hubiese escapado de la muerte, no creía que el mal duraría mucho tiempo.



MISS BERINGER

Hecho esto marché á mi casa para esperar con impaciencia la llegada de Dufrayer y los *detectives*, los cuales se presentaron poco después de la hora convenida trayendo la orden para detener á Mme. Koluchy. Con sorpresa vi que les acompañaba una persona desconocida completamente para mí: una muchacha alta y bien formada, que representaba unos veinticinco años de edad. Tyler me la presentó como miss Ana Beringer, y añadió en voz baja que, una vez obtenidos sus servicios, el éxito era seguro.

La miré con curiosidad. Era bien parecida, de ojos grises, mirada inteligente y facciones menudas y bonitas. Sin embargo, á primera vista me impresionó la rigidez de sus labios, única cosa que revelaba su verdadero carácter, pues aparte aquella rigidez nada se notaba en su semblante que llamara la atención, y no fijándose detenidamente en sus facciones, cualquiera hubiese visto en miss Beringer una joven de carácter alegre, aunque de maneras

bruscas. Su mirada era franca y abierta y la voz muy agradable.

—Míster Tyler me ha explicado ya el caso de que se trata, dijo, volviéndose hacia mí. Y á propósito, Mr. Head, supongo que se encontrará usted mejor. Sólo á Mme. Koluchy podía ocurrírsele una manera tan infame de vengarse de usted. No necesito añadir que la conozco bien. Hace algunos años que tengo vivos deseos de tomar parte en su detención.

Mientras que así se expresaba la joven, noté que las líneas duras de su boca sobresalían más. Había desaparecido la mirada de la mujer para dar lugar á otra más firme y varonil, reveladora de extraordinaria resolución.

—¡Vaya! exclamó Ford después de un momento de silencio: tenemos ya la orden para la detención, y puede decirse que el trabajo es relativamente fácil. Lo primero que debemos hacer es ir á casa de Madame. Tal vez no haya llegado todavía, pero por lo pronto registraremos las habitaciones y pondremos un agente para que vigile constantemente. ¿Se encuentra usted bastante fuerte para acompañarnos, Mr. Head?

—Sí, por cierto, contesté.

—Pues entonces no perdamos tiempo. Tengo en la calle una berlina que nos espera, y además un coche de punto.

Un momento después, miss Beringer, Dufrayer y yo entrábamos en la berlina, mientras los *detectives* ocupaban el coche, y nos dirigimos á Welbeck Street. Al acercarnos á la casa de Madame nos pareció que se hallaba completamente abandonada. Las persianas estaban cerradas, los escalones de la entrada descuidados y sucios, y cierta desolación y tristeza advertíase en todas partes.

Dufrayer y yo subimos hasta la puerta de entrada y llamamos. Miss Beringer y los *detectives* quedaron esperando abajo.

—¿Y si no podemos entrar? dije después de unos minutos, viendo que nadie acudía á responder á nuestra llamada.

—Esta orden, respondió Ford sonriendo, me autoriza para franquear la puerta si fuese necesario. Pero escuche usted, ya viene alguien.

Sentimos ruido de pasos que se acercaban; llegaron á la puerta, y después de mucho barullo de cadenas que se aflojan

y cerrojos que se corren apareció una vieja alta y de aspecto repulsivo.

—¿Qué hay? preguntó.

—Queremos ver á Mme. Koluchy, contestó Ford. ¿Está en casa?

La mujer se estremeció visiblemente, y cuando me acerqué á ella vi que temblaba todo su cuerpo.

—Madame no está... dijo titubeando.

—Oiga usted, señora, interrumpió Ford bruscamente: tengo orden de detener á Madame, y exijo que se me deje el paso libre para registrar la casa.

Retrocedió asustada la mujer y pasamos adelante todos juntos.

—Le digo á usted que Madame no está, repitió con voz entrecortada. No ha vuelto desde el sábado.

Ford la rechazó á un lado y comenzamos el registro, entrando primeramente en los magníficos salones de recepción del piso bajo.

Era la primera vez que penetraba en casa de Madame; pero no me sorprendió el lujo ni el esplendor de los salones, porque conocía muy bien los gustos de aquella mujer singular. ¿No había visto su palacio en Nápoles? ¿No fueron sus salones harto familiares para mí en aquellos días de triste recordación, cuando Madame me tenía como fascinado y destruyó mi porvenir y amargó mi vida para siempre?

El estilo de la casa inglesa contrastaba con el de las decoraciones extranjeras. Inapreciables tesoros de diversas partes del mundo veíanse esparcidos aquí y allá. Había multitud de antigüedades de incalculable valor; estatuas preciosísimas de mármol y de bronce adornaban los ángulos, y en los techos podían admirarse magníficos tallados representando ídolos de formas rarísimas y pinturas al fresco de marcado sabor modernista. Hermosos cuadros de artistas ingleses y extranjeros, de maestros antiguos y contemporáneos cubrían las paredes.

De allí pasamos al gabinete de consulta, cuya puerta ocultaba un precioso cortinón de tapicería antigua. Allí también había el mismo lujo y esplendor que en los salones. La mesa escritorio de Madame era de estilo italiano, de nogal, con incom-

parables tallados. Junto á ella hallábase la silla donde, sin duda, se sentaba para recibir á su numerosa clientela. Era de roble antiquísimo forrado de tapicería, y el respaldo y los brazos estaban profusamente adornados con medallones esmaltados. En un ángulo veíase una papelera estilo Luis XV, incrustada con maderitas y llena de adornos dorados. El resto del mobiliario correspondía con lo que más de cerca rodeaba el despacho de Madame.

Las paredes, desde el pavimento al techo, estaban cubiertas de maderas finísimas, y en cuanto al techo, tenía la forma de cúpula, lo cual prestaba á la habitación cierto aire de magnificencia señorial.

En medio de aquel lujo notábase un aire triste de abandono que á primera vista hacía pensar en la ausencia de quien prestaba al conjunto la vida y animación de que entonces carecía.

Cuando terminó el registro del piso bajo subimos al otro, en el que el estilo del mobiliario era menos pesado y más alegre, aunque no menos lujoso, pero también estaba abandonado por completo. Ya íbamos á bajar cuando una escalera de mano colocada contra una de las ventanas llamó la atención de Ford, el cual trepó por ella. En el techo encontró una trampa de resorte, y habiéndola abierto salió por allí al tejado. Le seguí yo, pero lo único que vimos fué un palomar en desuso, situado entre dos caballetes, en un sitio bien resguardado.

—Aquí no hay nada, dije. ¿No será mejor que bajemos á las bodegas y á los laboratorios?

¡Cuán poco me figuré al decir esto que habíamos de recordar vivamente el descubrimiento al cual daba yo tan poca importancia!

Bajamos hasta la cocina y registramos todas las piezas destinadas al servicio doméstico. De pronto se acercó la vieja á nosotros, y con voz llorosa y entrecortada nos dijo que ella era la única persona que se hallaba en la casa y que no nos molestáramos en registrar más.

—Condúzcanos á los laboratorios de Madame, repuse.

Mostróse un tanto intranquila y recelosa, pero no dejó de obedecer. Nos indicó con la mano un estrecho pasillo, y atravesándolo entramos en el laboratorio, cuya puerta hallamos abierta.

Una puertecilla de comunicación conducía á otra pieza destinada también á trabajos científicos, y tanto una como otra estancia hallábanse repletas de aparatos de los modelos más modernos y de los inventos más recientes, tan magníficos todos que despertaron mi admiración y mi envidia.



AQUÍ NO HAY NADA, DIJE

Pero tampoco allí encontramos á Madame ni señal alguna que nos indicase su paradero.

—Ya sé que Madame no está en casa, observó Ford. Ahora, lo único que nos queda por hacer es situar un agente que guarde la entrada por si se atreviera á regresar.

Mientras Ford pronunció estas palabras me llamó la atención la actitud de la anciana. Hasta entonces nos había seguido con aire gruñón y desagradable, como si quisiera protestar y le fal-

tase valor para hacerlo; pero en aquel instante entró resueltamente en la habitación y quedó apoyada en la pared, clavando la vista primero en el semblante de uno y luego en el del otro. Tenía los ojos negros y penetrantes y relucían bajo las largas y pobladas pestañas; la boca carecía por completo de dentadura y la barba era muy pronunciada.

—No la encontraréis, dijo con voz ronca; es mucho más lista que vosotros. ¡Qué vale vuestro talento si se compara con el suyo! Madame Koluchy es más bien un espíritu que una mujer, y el enemigo mismo la protege y la ayuda. Es inútil, no la encontraréis jamás.

Y acompañó sus palabras de una carcajada sarcástica.

—¿No sería bueno detener á esta vieja? pregunté á Ford.

—No creo, dijo éste moviendo la cabeza, que tenga nada que ver con las maquinaciones de Madame, y aunque tuviese, no podemos detenerla sin autorización y sólo por sospechas. Lo único que se puede hacer es vigilarla con cuidado.

—¿De modo que aquí no hay más que hacer?

—Por su parte nada, Mr. Head, respondió Tyler. Yo le aconsejaría que regresara á su casa y tratase de descansar, que bien lo necesita. Si algo de particular ocurriese, tenga usted la seguridad de que le avisaremos en seguida.

Salimos de la casa, y en la esquina de la calle nos despedimos, después de dejar á uno de los agentes de Tyler, vestido de paisano, para que vigilase la entrada. Dufrayer dijo que pasaría á verme al anochecer, y los *detectives* con miss Beringer se fueron cada uno por su lado.

Tomé un carruaje y regresé á mi casa.

Como dije antes, estaba harto excitado para pensar en descansar. Las palabras de la vieja me habían impresionado más de lo que quise dar á conocer, y paseando por mi estudio comencé á dudar del resultado final. Sabía que Dufrayer, miss Beringer y los dos *detectives* estaban muy seguros de que se lograría capturar á Madame muy pronto, pero yo lo dudaba. En circunstancias tan críticas, Madame emplearía seguramente todo su ingenio, todo su talento, para librarse de las garras de la justicia.

Pensando y meditando en todo esto, me asaltó de súbito el

recuerdo de miss Beringer. Aunque para un observador vulgar su cara no ofreciese particularidad ninguna, no sucedía lo mismo conmigo, acostumbrado á leer en el semblante de las personas. Fijándose bien, impresionaba la firmeza de su mirada y la rigidez de su boca. Examinado desde este punto de vista, el rostro de la joven no tenía nada de agradable; la severa expresión de los labios venia á ser la nota más dominante de sus facciones. Se me antojó que aquella mirada dura de sus ojos se convertiría, en caso necesario, en refinada crueldad, y lo que sobre todo recordé con satisfacción fué la tenacidad, la fuerza de voluntad inquebrantable que se adivinaba en el rostro de la muchacha. Si alguna vez Madame había de hallar su igual, su *alter ego* como si dijéramos, seria en aquella joven.

Miss Beringer trabajaría donde los *detectives* no se acordasen de trabajar, pues á ella pertenecía la delicada intuición que es don especial de la mujer. Pensando en todo esto me inspiraba mucha más confianza que los *detectives*, á pesar de la inteligencia y de la larga práctica de éstos. Anhelaba verla otra vez, y sola, para hablarle del asunto que tanto nos preocupaba y hacerle algunas indicaciones que me parecía podían serle útiles. Tyler me había dado las señas de su casa y resolví telegrafiarla pidiéndola permiso para visitarla aquella misma tarde. En menos de una hora recibí la contestación.

«No venga hoy, decía. Mañana á primera hora pasaré yo por su casa».

Dufrayer entró precisamente cuando yo estaba leyendo el telegrama.

—¿Qué lees? preguntó.

—Un telegrama de miss Beringer, contesté entregándoselo.

—¿De manera que te ha inspirado confianza la joven *detective*?

—Muchísima. Tengo más fe en ella que en todos los *detectives* juntos.

Dufrayer sonrió gravemente.

—Nunca he tenido tanta seguridad como ahora, dijo. Nos encontramos en una situación muy ventajosa, y como dice Tyler, es cuestión de unos días solamente. Donde hay tantos vigilantes es imposible que Madame consiga escapar.

—No olvides, amigo Dufrayer, que la persona á quien per-

seguimos es nada menos que Mme. Koluchy. No tengas demasiada confianza. Por mi parte, no llegaré á creer que se la pueda coger hasta que la vea en la cárcel.



CLAVÓ LA VISTA EN MI SEMBLANTE

Poco después se retiró Dufrayer, y yo pasé la noche como mejor pude.

Entre las diez y las once de la mañana siguiente llegó miss Beringer. Entró en mi gabinete con paso firme y apresurado, y acercándose á mi silla clavó la vista en mi semblante.

Me sobrecogí al notar el cambio de su rostro. Estaba pálida y desencajada, y en sus ojos grises noté un brillo particular.

—Sí, Mr. Head, dijo tomando la silla que la ofrecí. Estos casos me rinden por completo. Una vez que empiezo á trabajar no descanso de día ni de noche. Todavía no he salido mal en ninguna empresa de este género por mí emprendida, y si ahora no alcanzase el apetecido triunfo, creo que me moriría de vergüenza.

Y se estremeció, haciendo un gesto de rabia con la boca.

Desplegando sus labios finísimos enseñaba los dientes, lo que casi la daba el aspecto de un tigre que va á lanzarse sobre su presa.

—¿Trae usted buenas noticias, miss Beringer? la pregunté.

—Sí, traigo noticias, y espero que sean buenas, contestó, aunque, naturalmente, no se puede tener seguridad. Voy á decirle ahora por qué no pude venir anoche á ver á usted. ¿Se encuentra bastante fuerte para ir á Hastings ahora mismo?

—Sí, por cierto.

—Le explicaré los motivos que tengo para rogárselo. Sé que á cierta distancia de la costa hay fondeado un yate. Dicen que pertenece á un capitán llamado Marchant, aunque hace tiempo tenía yo sospechas de que su verdadero dueño era Mme. Koluchy. Las sospechas me llevaron anoche á Hastings.

—¿Estuvo usted anoche en Hastings? pregunté con sorpresa.

—Sí, pasé parte de la tarde y de la noche en uno de los barrios bajos de la población, cerca del mercado de pescados. Sé fijamente que algunos afiliados á la secta de Madame se ocultan en la vecindad de Hastings, con el propósito sin duda de embarcar en el yate lo más pronto posible. Por consiguiente, es preciso tomar en seguida las medidas necesarias para evitarlo.

—¿Y cómo llegó usted á tener noticias del yate?

—Siguiendo una pista insignificante, aunque ahora no hay tiempo de contarle á usted cuál fué. Precisamente en el momento en que ayer recibí su telegrama me disponía para ir á Hastings disfrazada de pescadora. Tengo siempre en casa algunos trajes, que visto según el papel que debo desempeñar. Pues bien, me dirigí á Hastings en un departamento de tercera y desde la estación marché directamente al mercado. Tengo allí una conocida que no sabe lo que soy y siempre me recibe cariñosamente.

Sé hacer perfectamente el papel, y cuando la invité á que me acompañara á una taberna aceptó gustosa. En realidad, yo iba siguiendo á dos hombres, pero ella no lo sabía. Mientras aquellos dos hombres bebían me acerqué y tuve la buena suerte de oir parte de lo que hablaban. Por cierto que lo hacían en lengua italiana, la cual conozco bastante bien. El nombre del yate se escapó por casualidad de los labios de uno de ellos. Se llama *Snowflake*. También hablaron de una mujer, aunque no pronunciaron su nombre. El *Snowflake* espera á esa mujer. Mientras tanto, los hombres aguardan ocultos en la torre.

Me enteré de todo esto muy despacio, pero fué bastante: no necesitaba saber más.

Regresé en el primer tren de la mañana, y todo lo que acabo de contarle á usted se lo he dicho ya á Tyler y á Ford, los cuales están seguros de que el yate pertenece á Madame efectivamente. Los dos van á Hastings en el tren de las doce. Lo que hay que decidir ahora es si usted puede ir con ellos y si puede acompañarle su amigo Dufrayer. Sabiendo lo que usted sabe de la Hermandad, su presencia en Hastings sería muy conveniente.

—Iré y pondré ahora mismo un despacho á Dufrayer.

—Está bien. Dentro de una hora, pues aun no han dado las once, encontrará á los *detectives* en Charing Cross.

—Pero ¿no nos acompaña usted? pregunté sorprendido.

La joven palideció.

—No, contestó; mi deber me obliga á permanecer en Londres.

—¿Quiere usted decirme lo que piensa hacer ahora?

—Prefiero callar. Hasta las paredes oyen algunas veces.

Y dirigió una mirada por la estancia, como si temiera que alguien escuchase la conversación.

—No tengo costumbre, añadió, de exponer á nadie mi plan de operaciones, pero sí declararé que creo muy difícil que Madame se escape ahora. Sin embargo, un paso mal dado, la indiscreción más insignificante, pudiera ser fatal. Adiós, míster Head; me alegro de que tenga confianza en mí.

—Absoluta confianza, respondí, estrechando la mano que me tendió.

Un momento más tarde salió de mi casa. Me entretuve un poco arreglando mis cosas, puse un telegrama á Dufrayer y llegué á la estación poco antes de las doce. Mi amigo y los dos *detectives* me esperaban ya. Tomamos asiento en el tren y partimos. Casualmente en el coche que ocupamos no había más viajeros que nosotros. Ford estaba tan excitado que apenas podía estarse quieto.

—¿No dije yo, exclamó, que miss Beringer era la única persona que podía ayudarnos? Es como un sabueso: en cogiendo una pista, no la suelta hasta alcanzar la presa. Por mi parte no abrigo duda de que tiene razón al decir que los aliados de Madame se ocultan en una de las torres de la costa.

Hizo Dufrayer algunas preguntas y Ford prosiguió:

—Según me ha dicho miss Beringer, creo que es el número 59 el que tenemos que vigilar; es la torre que se encuentra más cerca del pantano. Es evidente que los hombres sólo esperan allí la ocasión de embarcar en el yate, llevando también á Madame. Por supuesto, podíamos ir directamente á la torre y apresarlos; pero como lo que más conviene y lo que más urge es detener á Madame, me parece mejor estar al acecho y vigilar cuidadosamente para que, si llega esta noche, no pueda escurrirse sin que la veamos. Miss Beringer cree que en este momento se encuentra en Londres. Es probable que cuando llegue el instante crítico tengamos que luchar con los hombres de la torre, pero he adoptado algunas medidas que nos servirán de mucha ayuda.

En la estación de Hastings nos esperaban dos agentes de Tyler.

—¿Hay alguna novedad? preguntó Ford cuando nos apeamos.

—Absolutamente ninguna, contestó uno de ellos; pero es seguro que los hombres se ocultan en la torre número 59 y que el yate se ha acercado algo más á la costa.

—Me lo había figurado, exclamó Ford. Bueno, pues cuanto antes montemos la guardia tanto mejor. Saldremos en cuanto anochezca.

Pasamos dos ó tres horas haciendo preparativos y se convino en que habíamos de salir como si fuéramos á caza de patos silvestres, lo cual serviría de disculpa para llevar las escopetas.

que tal vez necesitaríamos para caza mayor, si acaso los hombres opusieran resistencia seria.

A las seis salimos en coche Dufrayer, Ford, Tyler, dos agentes vestidos de paisano y yo hacia el Oeste de la población. dirigiéndonos á una parte solitaria de la costa, donde nos esperaba una lancha. Nos metimos en ella y un momento después marchábamos con dirección á la bahía. A la luz de la luna, que lucía en todo su esplendor, se distinguía claramente la fila de torres de Martello, situadas en la orilla, con los negros pantanos detrás. Ford dirigía el timón, y después de una hora de viaje hizo entrar á la lancha en una especie de fondeadero que desde el mar se extendía hasta los pantanos. Avanzamos en medio del mayor silencio, y pocos minutos después los altos juncos que crecían en ambas orillas nos ocultaban completamente. Ford levantó las manos, y sin decir una palabra retiramos los remos.

—En aquella torre están, exclamó indicando una situada á unos doscientos metros del punto donde nos hallábamos. No se ve ninguna luz, pero es seguro que están allí. Bien; lo que tenemos que hacer ahora es lo siguiente: dejaremos la lancha aquí y nos acercaremos á la torre protegidos por el arrecife saliente, desde el cual podemos ver sin ser vistos. Es imposible adivinar cómo vendrá Madame, si en lancha ó de otro modo; pero sea como fuere, tiene que caer irremisiblemente en nuestras manos. Mire usted. Head. añadió. ahí está el yate.

Levantando la vista hacia donde señalaba vi una luz roja y otra verde que se movían de un lado á otro á unas cuantas millas de la costa.

Con las escopetas al hombro y llevando las provisiones que habíamos traído anduvimos con el mayor cuidado por entre los juncos. hasta que llegamos á unos veinte metros de distancia de la torre. la cual se destacaba lúgubre y silenciosa á la luz de la luna. con la que se distinguía hasta el último detalle. hasta el cañoncito viejo y estropeado que apuntaba hacia el mar y la escalera de piedra que conducía á la puerta de entrada. situada en la mitad de la altura de la pared. La torre estaba casi en ruinas, y en varios sitios quedaban al descubierto los ladrillos.

Hacía una noche apacible, cuyo silencio interrumpía únicamente el murmullo de las aguas. Yo me tendí sobre la arena y coloqué la escopeta á mi lado. Fueron pasando hora tras hora,



EN AQUELLA TORRE ESTÁN, EXCLAMÓ

y como la guardia que hacíamos era bastante seria para quitarnos el sueño todos estábamos alerta. Hacia la media noche levantóse una brisa que gemía entre los juncos á nuestra espalda, pero dentro de la torre reinaba un silencio sepulcral.

Ni una luz vimos por entre las rendijas de las ventanas, ni el ruido más insignificante llegó á nuestros oídos. De cuando en cuando dirigía yo una mirada para observar las luces del yate, que meciéndose suavemente con el movimiento de las aguas se destacaban brillantes entre la negra oscuridad.

Por fin empezó á amanecer. Me volví hacia Ford esperando que diera la señal para regresar á la lancha, cuando de repente le vi ponerse de pie, levantó la escopeta y un fuerte estampido interrumpió el silencio. Me incorporé inmediatamente y los demás hicieron lo mismo. En aquel momento alguien abrió una de las ventanas de la torre y disparó tres tiros de revólver, mientras Ford, Dufrayer y uno de los agentes subían apresuradamente la escalera. Les seguí sin perder momento, aunque sin saber á qué podía atribuirse un cambio tan repentino de plan. Pocos minutos después rompíamos la puertecilla de madera, y entrando en la torre nos encontramos frente á frente con cuatro hombres armados de revólvers; pero el ataque fué tan brusco, que pronto conseguimos hacerlos prisioneros.

Inmediatamente se les pusieron esposas, y Ford con Tyler y los agentes les hicieron bajar á la playa. Ford estaba excitadísimo; avanzó unos pasos, y siguiéndole vi con sorpresa á sus pies una paloma muerta.

—Un recadito á Welbeck Street, Mr. Head, exclamó enseñándome algo que parecía un papel de cigarrillo.

—Una paloma mensajera, dije, comprendiendo entonces el motivo del disparo de escopeta que había hecho.

—Sí, tuve buen acierto, añadió, á pesar de la poca luz; pero si he de decir la verdad, esperaba lo que vino y estaba en acecho de la paloma. Anoche, pensando en el asunto que traemos entre manos, me acordé del palomar que usted y yo vimos en el tejado de la casa de Madame. El hecho de que estos aliados le envían un recado significa, naturalmente, que Madame ha vuelto á su casa. Ahora la cogemos de seguro, aunque lo que me choca es cómo ha podido entrar burlando la vigilancia del agente que allí dejamos. ¿Puede usted leer esto?

Me entregó el papelito, y examinándolo atentamente leí las siguientes palabras escritas con letra muy menudita:

No venga. Preferible quedarse en Londres. Hay peligro.

—Claro, continuó Ford, se conoce que nos vieron cuando empezó á amanecer, y comprendiendo que todo estaba perdido resolvieron enviar ese recado á Madame. A no ser por el tiro de mi escopeta, quizá se nos hubiera escapado otra vez; mas ya no hay cuidado, la tenemos segura.

—¿Pero cómo? exclamé. La paloma ha



Á SUS PIES VI UNA PALOMA MUERTA

muerto y no recibirá el aviso; así que puede venir á Hastings de un momento á otro.

—Haremos que se quede en Londres, contestó Ford con aire triunfante. No se apure usted, que antes de dos horas recibirá el aviso. Tráelas aquí, Tom.

Uno de los agentes bajaba la escalera de la torre y vi que

llevaba en la mano una jaula de madera, dentro de la cual había otras dos palomas.

—¡Caramba! exclamé, esto es magnífico.

—Sí, respondió Ford. me parece que es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida. Y se lo debemos todo á miss Beringer. que fué quien nos puso en la pista.

Mientras decía esto me entregó un papelito idéntico al que llevaba escrito el aviso para Madame.

—Póngalo usted algo más fuerte, dijo.

Estuve pensando un momento y en seguida escribí:

No se mueva de Welbeck Street hasta nuevo aviso. De suma importancia. Mucho peligro si sale de ahí.

Los ojos de Ford echaban chispas cuando leyó el aviso escrito por mí. Sujetó el papelito al cuello de una de las palomas y exclamó:

—¡Anda, ve, marcha! Afortunadamente, las aves no hablan: asi que no podrá decirle quién manda este aviso.

Y soltó al aire la paloma. la cual, formando círculos concéntricos cada vez mayores, fué remontándose hasta una gran altura, desde donde salió como una flecha en línea recta hacia el Norte, llevando consigo mi aviso á Mme. Koluchy.

Cuando Ford soltó la paloma oí una exclamación involuntaria lanzada por uno de los presos. y volviéndome hacia donde estaban. vi que miraba ansiosamente á uno de sus compañeros. Lo que acabábamos de hacer les había sorprendido atrozmente. El individuo á quien miraba no contestó ni hizo gesto ninguno. sino que, cruzando los brazos. quedó inmóvil. con aire de tranquila resignación. Yo había comprendido á primera vista que eran fieles aliados de Madame, y me convencí de que nada absolutamente. ni la prisión ni tal vez la muerte misma. les haría traicionar á la reina de la Hermandad á que pertenecían.

Todos estaban bien vestidos y tenían tipos de caballeros. Aceptaron su desesperada situación con frialdad y no intentaron escapar ni moverse.

Ya el sol había ido disipando con sus rayos las tristes sombras de la noche y hacía una mañana hermosísima. Colocados los presos en la lancha, nos dirigimos á una parte más baja de la costa, donde, por indicación nuestra hecha la noche anterior,

nos esperaba una gran berlina, en la cual, al poco rato, marchábamos camino de Londres.

Por fin nuestros incesantes esfuerzos habían alcanzado algún éxito. Habíamos cogido á los aliados y ya sería fácil apresar á la misma Madame.

Ford había telegrafiado á miss Beringer para que saliera á la estación. Seguía estando excitadísimo, y de cuando en cuando hablaba con marcada satisfacción de la inteligencia que mostró la joven para descubrir dónde se ocultaban los hombres.

—De seguro, dijo, que no habrá estado ociosa mientras nosotros vigilábamos allá abajo. Probablemente se hallará enterada de cómo ha podido Madame estar en su casa. Vamos, por fin hemos sabido vencer á Mme. Koluchy. Para estas horas, añadió sonriendo, ya habrá recibido el aviso de la paloma, pero ¡qué poco se figurará cuál es el nuevo aviso que la espera!

El tren iba acercándose á la estación y comenzó á disminuir la velocidad.

—Ante todo, continuó Ford, tenemos que llevar los presos á Bow Street, y después iremos juntos á visitar á Madame. ¡Ah! ya llegamos. Yo saldré el primero para buscar á miss Beringer.

Pero por más vueltas que dió no encontró á la joven en ninguna parte. Al cabo de algunos momentos volvió á nuestro lado. No podía ocultar su preocupación.

—Me extraña, dijo, que no haya venido, pero se conoce que tiene más que hacer en otro sitio. Probablemente la encontraremos en los alrededores de la casa. ¡Ea! á conducir los presos.

Los llevamos en dos coches á Bow Street, y después de dejarlos bien encerrados en las celdas nos dirigimos á casa de Madame.

Aun nos faltaba lo principal para completar la obra comenzada: la detención de la reina de la Hermandad.

Según nos íbamos acercando á casa de Madame una fuerte emoción se apoderó de mi ánimo. No podía hablar ni una palabra. Dufrayer y los dos *detectives* también estaban silenciosos. Mi corazón latía con violencia. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas mantenían mi cerebro en una excitación tan grande que rayaba en delirio, y débil como me encontraba todavía por los efectos de la sacudida que sufrió mi sistema

nervioso, el esfuerzo que hacía para mantenerme fuerte comenzaba á producir su efecto. Más de una vez tuve que moverme para no caer en un profundo letargo.

¿Sería posible que faltasen pocos minutos para que la invencible, la astuta, la osada Mme. Koluchy, la casi omnipotente mujer, fuese prisionera nuestra?

Por fin nos detuvimos ante la puerta de su casa y hablamos unas palabras con el agente encargado de vigilarla.

—Sí, señor, dijo, todo va bien; no hay novedad ninguna. La anciana ha salido dos ó tres veces para comprar algo, pero nadie más que ella ha entrado en la casa.

—¿Y miss Beringer? pregunté. ¿Ha estado aquí?

—Estuvo anoche, pero no la he vuelto á ver desde entonces, contestó el agente.

Advirtiéndole que estuviera al cuidado por si acaso le llamábamos, pero sin enterarle de la seguridad que teníamos de que Madame estaba en casa, subimos los escalones de la entrada y tocamos con fuerza el timbre.

Transcurridos unos momentos se presentó la misma anciana del día anterior. Llevaba en la cabeza una especie de cofia blanca, con un volante ancho que le caía por encima de la frente, haciendo que sus ojos se destacaran más negros y más brillantes. No se dignó abrir la puerta más que unas cuantas pulgadas.

La casa, con la semioscuridad que reinaba, hallábase tan tristona como el día antes. Todas las persianas estaban cerradas y ni siquiera se distinguía la figura deforme de la vieja.

—Vamos á ver, exclamó Ford, sabemos positivamente que su señora está en casa; conque es inútil que lo niegue usted. ¿Quiere decirnos en qué parte está ó la buscamos nosotros?

La mujer se echó á reir, aunque reprimióse inmediatamente.

—Pueden ustedes registrar todo cuanto quieran, contestó, pero no la encontrarán, porque Madame no está en casa.

Murmuró algo entre dientes y se retiró arrastrando los pies por el pasillo.

Entramos todos.

—Corriente, añadió Ford, registraremos la casa desde los sótanos hasta las buhardillas, empezando por abajo.

Bajamos al sótano y examinamos detenidamente las bodegas y las cocinas, pasando luego al laboratorio de Madame.

Ford encendió la luz eléctrica y registramos detenidamente. Todo estaba en el orden más perfecto, pero impregnaba el ambiente un olor etéreo particular que no me era desconocido, aunque por el momento no pude precisar á qué olía. Penetramos luego en el laboratorio interior, y allí el olor, que empezaba á preocuparme, era más fuerte y pronunciado. En un extremo había una puerta baja, adornada con clavos dorados y grapas de hierro; parecía conducir á alguna bodega. De pronto recordé que no nos habíamos fijado en ella en nuestra primera visita.

La anciana había vuelto á unirse con nosotros y entró también en el laboratorio, aunque procurando no exhibirse mucho.

Ford, que se había fijado en la puerta al mismo tiempo que yo, se volvió hacia la anciana preguntando:

—¿Dónde está la llave de esta puerta?

—No sé, contestó.

—Pues vaya usted á buscarla inmediatamente.

—Mi señora conserva siempre la llave de esa puerta, y no podrán abrirla hasta que ella regrese.

—Eso ya lo veremos, replicó Ford.

Y volviéndose á uno de los agentes añadió:

—Salga usted y diga al que está de guardia que vaya inmediatamente en busca de una palanca y un hacha.

El agente salió á toda prisa.

—Me parece que detrás de esa puerta vamos á encontrar algo interesante, dijo Ford.

Antes de un cuarto de hora estaba de vuelta el agente con las herramientas necesarias.

Cogió Ford el hacha, y después de unos cuantos golpes dados en la cerradura introdujo la palanca y la puerta se abrió. Entró inmediatamente, pero apenas había dado un paso cuando retrocedió espantado diciendo:

—¡Cielos! Llegamos demasiado tarde.

Todos nos acercamos apresuradamente.

—¡Cómo! pregunté. ¿Es posible que una vez más se haya burlado de nosotros?

—Por medio de la muerte, contestó.

Volvió á entrar en el cuartito de donde había retrocedido y se arrodilló en el suelo. A pesar de la poca luz que allí entraba pude distinguir perfectamente el cadáver de una mujer. Ford encendió una cerilla y la acercó á la cara. ¡Era el cadáver de Mme. Koluchy! Sí, en aquella mezquina estancia yacía. El ad-



¡ERA EL CADÁVER DE MME. KOLUCHY!

mirable rostro de Madame, con toda su incomparable belleza, llevaba ahora impreso el terrible sello de la muerte. A su lado había una jeringuilla hipodérmica y un frasco que contenía una solución blanca. De aquel frasco procedía el olor particular que impregnaba el ambiente de los laboratorios.

Más de un minuto permanecimos contemplando el cadáver en el más profundo silencio. Aquel terrorífico descubrimiento nos había dejado mudos de sorpresa.

Cómo se había arreglado Madame para entrar en casa sin ser vista del agente que la vigilaba era un misterio para nosotros. Pero ya no tenía importancia. El fin había llegado, fin propio de una vida como la de aquella mujer singular.

Al retirarnos para volver al laboratorio interior, Dufrayer lanzó una mirada en derredor suyo, preguntando:

—¿Dónde estará la vieja?

—Hace un momento estaba con nosotros, contesté. ¿No está aquí ahora?

—No, respondió mi amigo. Quizás haya vuelto á la cocina. Creo que la debiéramos llamar, porque es imposible que Madame haya entrado sin que ella lo supiera.

—Voy á buscarla, exclamó Tyler.

Salió del laboratorio, y á los pocos minutos volvió diciendo:

—No la veo por ninguna parte. Probablemente habrá subido al piso principal. Pero no tiene importancia, ¿verdad?

—Ninguna, contesté.

Y de nuevo volvimos todos á enmudecer.

De pronto Ford, levantándose de la silla, comenzó á dar vueltas por el laboratorio con aire de desesperación.

—¡Y pensar, exclamó, que Madame nos ha chasqueado otra vez! Pero era lo que se podía esperar. Sí, no podía esperarse otra cosa.

—El aviso que trajo la paloma, dije, significaba para ella más de lo que nosotros creíamos. Comprendió que estaba cercada por todos lados y su altivo carácter no le permitió dejarse pescar viva.

—Pues bien, observó Ford después de un rato, nuestras diligencias han tenido un fin inesperado y ya no hay que insistir en esto. Lo que me extraña muchísimo es que no hayamos tenido noticias de miss Beringer. ¿Qué habrá sido de ella?

—¡Chist! interrumpió Dufrayer. ¿Qué es eso?

Todos nos pusimos á escuchar. Allá á lo lejos, á larga distancia, oímos una voz ahogada que parecía pedir auxilio. Pero era tan débil, que casi hubiéramos dicho que llegaba á nosotros desde la calle.

—¿Qué será? exclamó Tyler con impaciencia.

Comenzamos á movernos de un lado á otro del laboratorio,

buscando el punto de donde parecía provenir la voz, pero guardando el mayor silencio posible, pues casi temíamos perturbar el reposo de aquel cuerpo inmóvil que descansaba muerto á pocos pasos de nosotros.

De cuando en cuando nos deteníamos para escuchar mejor aquella angustiosa voz, hasta que por fin yo llegué á un sitio desde donde parecía oirse más claramente. Me arrojé al suelo y apliqué el oído á las baldosas.

—Es aquí, exclamé preso de terrible agitación. Suena debajo de nosotros. Escuchad.

Sí, ya no podíamos equivocarnos, la voz salía de lo más profundo de la casa.

—Debe haber una bodega aquí abajo, dije, y en ella está encerrado alguien.

Buscamos apresuradamente alguna puerta ó señal que nos indicara una entrada, pero inútilmente.

Mientras tanto volvió á repetirse la voz, pero era ya tan débil que casi parecía la de una criatura.

—Indudablemente hay alguien aquí debajo, observó Dufrayer; es necesario romper la baldosa en seguida.

Tyler y Ford cogieron la palanca, y en muy pocos minutos abrieron un boquete levantando una baldosa, la cual estaba provista de un resorte. Si hubiéramos tenido antes paciencia para mirar mejor, hubiéramos podido levantarla sin necesidad de palanca.

En el momento en que la levantamos llegó hasta nosotros un aire intensamente frío y penetrante, y vimos que á nuestros pies se abría un pozo profundo y negro, en el que resonó un triste y apagado gemido.

Introduje la palanca por el boquete y advertí que daba en alguna cosa blanda. Todos estábamos hondamente impresionados.

Despojándome de la americana á toda prisa entré por el boquete agarrándome con las manos á los bordes, á fin de bajar con cuidado, y pronto tocaron mis pies en el fondo.

Tan intenso era el frío que allí se sentía que apenas pude respirar. ¿En qué infernal región me había metido? Solté las manos y encendí una cerilla.

¡Cielos, qué horror! No pude menos de estremecerme. Tendida en el fondo de aquella especie de calabozo había una mujer. La levanté, y examinándola á la luz de la cerilla vi que era miss Beringer.

La sacaron entre todos inmediatamente y yo salí detrás. Tenía sujetas las muñecas con esposas de acero, y estaba tan fría que al principio llegamos á temer que hubiera muerto. La boca la tenía desgarrada y las manos hinchadas. El cambio de temperatura, unido á lo mucho que había sufrido, la hicieron perder el conocimiento, y durante unos minutos quedó inmóvil como un cadáver. Dufrayer sacó del bolsillo un frasquito, echó un poco de coñac en una copa y se la acercó á los labios. Al principio no pudo tragar, pero luego vimos con gran satisfacción que habían pasado por su garganta algunas gotas. Suspiró, abrió los ojos y nos miró á todos vagamente y como alelada, pero tardó muy poco en recobrar el sentido. Entonces apareció en su rostro un rayo de inteligencia y se incorporó, preguntando como una loca:

—¿La han cogido?

—Sí, la hemos cogido, respondí, pero no en vida. ¿Y cómo es que se encuentra usted aquí? Cuéntenos, si puede, lo que ha pasado.

—¿Y la vieja, la anciana, Mme. Koluchy, la han cogido? replicó la joven con insistencia.

—Madame Koluchy ha muerto, dije, creyendo que aun no había recobrado completamente el conocimiento.

—¡No, no! exclamó miss Beringer excitadísima. Yo digo que no ha muerto. ¡Cogedla, coged á la vieja!

Volvióse Ford á uno de los agentes, diciendo:

—Tráigala usted aquí.

—La he buscado inútilmente en todas las habitaciones de este piso, observó Tyler: no sé si estará arriba.

Habló en voz baja y creímos que no le había oído miss Beringer, la cual había caído sobre las baldosas con los ojos cerrados.

El agente á quien Ford había dado el encargo de traer á la vieja salió apresuradamente y volvió á los pocos minutos diciendo:

—He registrado todos los rincones de la casa, pero sin resultado. Sin duda salió cuando Martín y yo fuimos en busca de las herramientas. Y ahora caigo en la cuenta de que dejamos



¿LA HAN COGIDO? PREGUNTÓ

abierta la puerta. Ibamos tan de prisa que no nos acordamos de nada.

Miss Beringer, que había oído las palabras del agente, volvió á animarse, y haciendo un esfuerzo logró ponerse en pie.

—¡Me lo podía haber figurado! exclamó. ¡Qué necios han sido todos ustedes! ¿Cómo se dejaron engañar? ¿No la conocieron?

—Si Mme. Koluchy ha muerto, contesté. Si no lo cree usted así, venga conmigo y le enseñaré el cadáver. Apenas se da usted cuenta de lo que dice. ¡Habrá sufrido tanto en su prisión! Pero le aseguro á usted que Madame no ha escapado; ya no volverá á hacer daño á nadie.

—No lo crea usted, Mr. Head, contestó riendo sarcásticamente; sé muy bien lo que estoy diciendo. ¡Dios mío, qué estúpidos son los hombres! Cualquiera mujer que tenga un poco de talento se burla de ellos como quiere. Bien sabía Madame lo que hacía cuando me encerró en ese calabozo. ¿Están ustedes seguros de que el cadáver es el de Mme. Koluchy? Vamos allá.

Fuimos al laboratorio interior y volvimos á fijarnos en el cadáver, pero esta vez con más detenimiento. Examiné bien la cara y las manos y... no cabía duda: miss Beringer había perdido el juicio. La mujer á quien contemplábamos era madame Koluchy; aquellas eran sus facciones.

—Veo que insiste usted, exclamó miss Beringer; pues bien, oigan ustedes lo que tengo que decirles.

De pie delante de nosotros nos refirió lo siguiente, que escuchamos con la mayor atención y en medio del mayor silencio:

—Ya le indiqué á usted, Mr. Head, comenzó diciendo la joven, que tenía mucho que hacer en Londres; era la pura verdad. Desde el momento en que ayer por la mañana me despedí de usted me puse á vigilar esta casa, no porque no tuviera confianza en el agente de Mr. Ford, sino porque estaba segura de que Madame hallaría la manera de volver aquí, y comprendí que sería necesaria mi presencia. Ella me conoce á mí tan bien como yo la conozco á ella, y si es cierto que no tenía á mi disposición hombre ninguno en todo Londres, creo que Ana Beringer la inspiraba bastante temor.

Pues bien, comenzó mi vigilancia y transcurrieron las primeras horas sin que ocurriera nada de particular; pero en cuanto anocheció vi que salía por la puerta zaguera la anciana que recibió á ustedes cuando por primera vez visitaron esta

casa. Seguíla y la vi entrar en una tienda de ultramarinos en la calle de Marylebone. Allí estuvo más de media hora, y cuando salió llevaba en la mano un paquetito que parecía contener provisiones. Volví á seguirla, y observándola con mucho cuidado noté en ella un no sé qué en el modo de andar que me llamó la atención. Cuando bajábamos por Welbeck Street pasó á mi lado el agente que hacía la guardia. Al llegar á la puerta de entrada, y en el momento en que, habiendo acortado la distancia, tendía yo la mano para tocar en el hombro á la anciana á fin de que se detuviese, se volvió hacia mí y con la rapidez del rayo me arrojó á la cara el contenido de un frasquito, que debía ser una fuertísima solución de amoníaco. El efecto fué instantáneo, pues caí hacia atrás sin poder respirar ni proferir una palabra.

Antes de que pudiera levantarme me rodeó la cintura con el brazo y me entró en casa, procediendo en seguida á ponerme las esposas y amordazarme. Quedé tan paralizada con el efecto del amoníaco que no pude moverme hasta que era ya demasiado tarde. Amordazada y sujetas las manos con las esposas me trajo á este laboratorio, donde me tendió en el suelo y me amarró los pies. Hecho esto se inclinó sobre mí y dijo con una sonrisa de diabólica crueldad:

—Sí, miss Beringer, es usted muy lista, la mujer más lista de todo Londres, con una sola excepción. Se ha interesado usted por mí y voy á satisfacer su curiosidad.

Me dejó sola y volvió á los pocos momentos arrastrando tras sí un objeto pesado. ¡Horror de los horrores! ¡Era el cadáver de una mujer!

Yo no acertaba á creer lo que estaba viendo; me parecía una pesadilla.

Tendió el cadáver en el suelo y se puso á vestirlo con ropas suyas. Después de hacer esto y de colocar el cadáver en la posición de una persona que ha caído hacia atrás y ha muerto de repente, se acercó nuevamente á mí.

—Hace dos años, comenzó diciendo pausadamente, inclinando la cabeza hasta el nivel de la mía, hace dos años existía en Nápoles una mujer que en todo se parecía á mí. Sus facciones eran iguales, idénticas á las mías, y tenía la misma esta-

tura, la misma figura, las mismas formas. Era una aldeana, cuyo parecido á mí era tan grande que las autoridades napolitanas la apresaron dos veces creyendo que era yo. Por su-



ME ARROJÓ Á LA CARA EL CONTENIDO DE UN FRASQUITO

puesto, se deshizo pronto el error y la mujer recobró la libertad. Murió al poco tiempo, y aunque la enterraron fué el suyo un entierro aparente. Yo la había observado y comprendí que en un apuro, en una situación comprometida, podría serme

útil. Ofrecí á su marido una cantidad muy respetable para que me permitiera retener el cadáver, y lo hice conducir á mi casa, no importa cómo ni de qué manera. El marido recibió la cantidad ofrecida; pero á fin de que algún día, andando el tiempo, no se le fuese la lengua, fué despachado poco después al otro mundo por uno de mis aliados.

Conservé el cadáver en una temperatura de muchos grados bajo cero, y cuando vine á Inglaterra lo traje conmigo en el yate. Desde entonces lo he tenido en un calabozo helado subterráneo debajo del laboratorio interior. De este modo ha conservado inalterables todas las facciones, y así las conservaría siempre.

Ha llegado la hora en que necesito hacer uso de mi semejante para ponerme en salvo. El tribunal más severo, el más implacable, se detiene ante la muerte. Mis enemigos, mis perseguidores, creerán que he muerto y podré fácilmente escapar. Es esta mujer tan igual, tan parecida á mí, que será imposible descubrir que no soy yo hasta que se efectúe la autopsia. Para entonces estaré yo lejos de aquí, porque mis perseguidores se retirarán en cuanto se esparza la noticia de que me he suicidado. Pienso dejar una jeringuilla hipodérmica y un frasco de veneno cerca del cadáver, para que de esta manera quede todo completo: es mi último triunfo.

Y ahora, miss Beringer, añadió con una carcajada sarcástica que aun parece resonar en mis oídos, voy á recompensarla á usted por la parte que ha tomado en mi persecución. A fin de asegurar su silencio para siempre, pienso encerrarla en el calabozo helado de donde acabo de sacar este cadáver. Amordazada y bien amarrada ese tormento no durará mucho, pues no tardará en sobrevenir la muerte. Sepa usted que no volverá á ver la luz del día ni á tener trato con el mundo. Sepa usted también que hizo mal, muy mal, en poner su inteligencia enfrente de la mía, que es mucho más grande. Vamos.

Me levantó como si hubiera sido una criatura y me trajo al laboratorio interior, una de cuyas baldosas vi que estaba levantada. La mordaza no me dejaba hablar, y las correas que me sujetaban impedían que me moviera; así que no pude oponer resistencia ninguna.

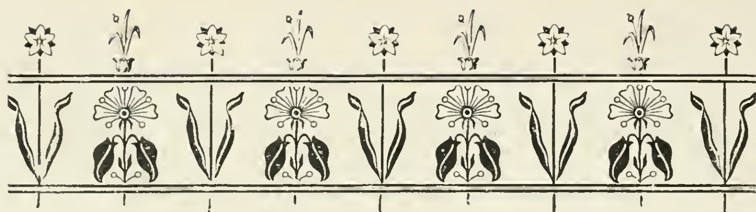
Madame me metió por el boquete y lo cubrió en seguida con la baldosa. Quince horas he permanecido en el calabozo helado, y lo que he sufrido durante ese tiempo es imposible describirlo. Por fin me pareció oir pasos en el laboratorio, hice un último esfuerzo y conseguí echar la mordaza de la boca. Entonces pude gritar con toda la fuerza que me quedaba, y gracias á Dios me oyeron ustedes á tiempo.

La relación de miss Beringer nos impresionó tanto que no hallamos manera de responder; quedamos completamente pasmados.

Un solo pensamiento absorbía nuestra imaginación. Madame Koluchy (la fingida anciana) estuvo á nuestro alcance, en nuestras mismas manos, y una vez más se había burlado de nosotros, eludiéndonos como quiso.

L. T. Meade y Roberto Eustace.





De caza

I

Según rezaba su cédula de vecindad, D. Serapio Castrillo y Valdés era de profesión abogado; pero no hagan ustedes caso de ese papel, que para todo hace falta y para nada sirve. Si en sus mocedades estudió Serapio la carrera de leyes, jamás hizo uso de ella, habiéndose dedicado toda su vida á la caza, por la que sentía verdadera pasión. Resulta, pues, que si alguna profesión tenía el Sr. Castrillo era ésta, la de cazador.

Contaba á la sazón cuarenta y cinco años; alto y esbelto, de buenas facciones, moreno, con negra y poblada barba, más bien parecía modelado para figurar en los salones que para correr montes y breñas, pero su carácter se amoldaba mejor á este género de vida. Jamás ocupó un puesto en su ciudad natal, donde residía, ni se afilió nunca á partido político alguno, ni figuró su nombre en empresas ó sociedades de ninguna clase.

La hacienda que de sus padres heredara era buena, y á ella se unió con el tiempo la de su mujer, mayor aún; porque Serapio, avezado á esperar y perseguir toda clase de piezas de caza, supo ingeniárselas para conquistar á los veintiséis años á una joven de diez y siete, huérfana y rica, bella y virtuosa. Para ello se valió de la escopeta, su inseparable compañera, y así pudo decir con verdad que de un tiro mató dos pájaros.

Luisa Hernández de Caravia creyó que la caza sería un pretexto para buscar novia, y no dudaba que aquel apuesto galán, una vez encadenado al pie de los altares, echaría á rodar la mortífera arma para dedicarse por completo á hacerla feliz; pero estos sueños de la enamorada doncella fueron como la mayor parte de los que se forjan las jóvenes casaderas: humo que desapareció en seguida. Castrillo casado siguió haciendo la misma vida que Castrillo soltero, ó mejor dicho, aumentó en él la pasión por la caza, dedicando á ella ahora los ratos que antes empleaba en buscar mujer.

Ni el rango de padre, á que se elevó al año de contraer matrimonio, le disuadió un punto de su afición, y la monísima Adela crióse sin ver al autor de sus días más que de tarde en cuando, y aun entonces como una visión que pasaba ante sus juveniles ojos con rapidez eléctrica.

Años andando vino á parar á la casa Antoñito Ponce, sobrino lejano de Luisa, pues muertos sus padres nombráronle tutor y curador á Serapio, y como contaba un poco más edad que Adela, los dos primos vivieron como hermanos, queriéndose fraternalmente.

Al servicio de esta apreciable familia, y en calidad de don cella, hallábase Petra, una rubia muy zalamera que hablaba por los codos y había logrado enloquecer á sus señoritas hasta el punto de jurarla por la más fiel y leal de todas las sirvientes habidas y por haber. Si aquéllas acertaban en sus juicios lo irá viendo el curioso lector.

II

Son las ocho de la mañana, y Petrilla, limpia ya y arreglada de manera que daba gusto, se entretenía en desempolvar los muebles del amplio comedor. Como la hora no era propia de cánticos, ni tenía con quien charlar, ante el temor de que se le entorpeciese la lengua por falta de ejercicio, hablaba sola sin darse punto de reposo.

—Esta casa (decía mientras sacudía con los zorros una mecedora) me resulta una mina de las mejores, y es preciso explotarla convenientemente, como dice mi Toribio, porque en estos

tiempos no se encuentran gangas tan buenas... De una parte las señoritas, que como son á cual más tonta están conmigo que no saben lo que hacerse para contentarme... De otro lado D. Félix y D. Alfredo, rumbosos los dos... cuando una se hace la remolona y les pone obstáculos, lo cual sucede siempre que «necesitan» de mis desinteresados servicios... Los únicos que no han dado chispas hasta ahora son el señorito Serapio y el señorito Antonio: el primero porque sólo piensa en su escopeta y en sus perros, y el segundo porque no le he entrado por el ojo derecho... Lo malo es que vendrá pronto, según dicen, con la carrera concluída, y entonces será muy fácil que me obligue á levantar el vuelo; por eso me conviene aprovechar su ausencia para hacer mi agosto.

Si para muestra basta un botón, no es malejo el que nos presenta la «fiel» y «leal» doncella en cuyas pecadoras manos estaba la angelical Adelita. Porque en aquella casa, como en otras muchas, todos eran buenos, pero ninguno cumplía con sus obligaciones.

Del cabeza de familia ya se ha dicho y repetido que no le preocupaba otra cosa que la caza, importándole un comino lo que con esta su desmedida afición no se relacionara. Fuera de la hora de la cena, cuando á ella concurría, no se podía contar con él para nada en los pocos momentos que permanecía en casa, pues los dedicaba á limpiar la escopeta y á hacer los demás preparativos indispensables para la siguiente expedición.

Su esposa, que siempre fué aficionada á la lectura, en ésta buscó el consuelo necesario para soportar el desvío de su marido, y quién sabe si ella misma, lejos de atraer á Serapio haciéndole agradable la estancia en casa, le empujó, aunque inconscientemente, afuera, porque si él se despepitaba por apropiarse un bicho de pluma ó pelo, Luisa se desvivía por cazar una novela folletinesca y devorar de una sentada todas sus páginas.

Así Adelita, que en los primeros años estuvo al cuidado de la nodriza encargada de su lactancia, y más tarde al de una niñera, pasó luego unos cuantos en un colegio, y á su vuelta al hogar no tuvo otra compañera que Petrilla, la cual se propuso «completar» á su manera la educación de la niña.

Dos meses escasos llevaba ésta de aprendizaje con tan escla-

recida maestra, y aunque todavía le quedaban muchos resabios de lo aprendido en el colegio, notábase bastante diferencia entre la modesta y vergonzosa colegiala que se escandalizaba de todo y por nada se ponía encendida de rubor y la elegante y pizpireta señorita que correteaba alegremente por calles y plazas, seguida de no pocos moscones que la zumbaban al oído dulces requiebros.

III

La mañana aquélla en que tan á su sabor soliloquiaba salió Petrilla de casa poco después de las nueve, y luego de estar de palique con *su* Toribio el tiempo que le vino en gana, fuése en busca de D. Alfredo, moscón número uno: guapo chico, pero afeminado, de atiplada voz y maneras mujeriles: un vividorcillo que se proponía explotar su figura, sacándola poco menos que á pública subasta entre las mujeres de posición desahogada.

Allá donde olía una buena dote se presentaba á solicitarla, y unas veces valiéndose de los porteros, otras de la servidumbre de la casa, difícil era que no llegase al objeto que perseguía con tenacidad de hábil y experto cazador. Si luego la pieza que consideraba suya y por tal la apuntaba volaba libremente sin lazo que la detuviera, ó caía en manos de otro más afortunado tirador, consolábase Alfredito con facilidad suma, culpando del fracaso á cualquiera menos á él: á la traición de este confidente, á las calumnias de aquel rival, á la sórdida avaricia de la madre de la muchacha, que vivía esclavizada por semejante poder tiránico... Con tales consuelos y su desmedida afición á aquel género de *sport* no hay que decir si perdería un minuto, cada vez que resultaba calabaceado, en ponerse en campaña para seguir y perseguir alguna otra pieza.

Hasta entonces todos los tiros le habían salido fallidos, á causa de la pólvora, ó de la escopeta, ó del tiempo, ó de lo que fuere. Los lazos tendidos ó bien quedaron intactos ó la aprisionada víctima pudo destrozarlos, huyendo de las garras del milano que la acechaba, y los reclamos de que con frecuencia se valía el astuto cazador le resultaron tan inútiles que ninguna cándida pieza respondió á ellos. Pero ahora se encontraba

en muy ventajosas condiciones: tenía de su parte. á fuerza de proyectiles en forma de monedas. á Petrilla, que engolosinada con las promesas que para el día del triunfo le hacía Alfredo sería capaz de los mayores y más heroicos esfuerzos á fin de allanarle todas las dificultades y ponerle á tiro. Contaba además con la inexperiencia de Adela y el abandono en que sus padres la dejaban. y únicamente le asaltaba el temor de que el primito Antonio viniera demasiado pronto y le obligase á levantar el campo. Por eso instaba á la infiel doncella á que buscase el medio de introducirle en la casa antes de la llegada de aquél. y Petra, que como se ha podido ver era de ancha conciencia y discurría con el diablo para urdir sus tramas, arreglóselas de modo que sirvió á aquél á las mil maravillas.

En cuanto le vió aquella mañana le dijo:

—Señorito Alfredo, ¿sabe usted solfa?

¿Solfa? le preguntó sorprendido el gomoso.

—Sí. señor. solfa, música *ú* lo que sea.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque si la sabe usted creo que podría conseguir que entrase usted en casa.

—¿De veras? ¿Y cómo será ello?

—¿Pero sabe usted ó no sabe solfa?

—La sé, mujer. la sé. y también toco el piano.

—Pues entonces armaré un lío con el profesor de la señorita. que es más viejo que mi abuela. y así podrá usted sustituirle.

¡Qué contento se puso Alfredo al oir esta felicísima ocurrencia de su aliada! Para demostrarla en cuánto apreciaba sus buenos deseos por servirle le entregó en el acto diez pesetas, prometiéndola para más tarde. según fueran ensanchándose los horizontes de su dicha, un chorro de oro continuo. con el cual pudiera la doncella de labor trocarse en una dama de rumbo.

Con tales alicientes, que despertaban los codiciosos ensueños de la muchacha. armó ésta en un dos por tres la zancadilla al anciano profesor, y sin que los padres de Adela se percatasen de nada ni ella comprendiese el juego de Petra, no pasaron cuatro días cuando Alfredo penetraba en la plaza sin estorbos de ningún género.

A Adelita le pareció la broma muy divertida. Halló muy cómodo el poder platicar durante una hora diaria con aquel simpático joven en vez de oir las graves explicaciones del viejo maestro, y aun llegó á diputar á Alfredo como hombre de valer nada común, en vista del ingenio demostrado en aquella ocasión, y á Petra por el prototipo de la fidelidad, al proporcionarla con sus esfuerzos tal inocentísimo placer.

IV

Ya sabemos por Petra, según confesó en su monólogo, que había otro rumboso individuo, D. Félix, y es preciso que el lector sepa que se trata de un empedernido solterón, galanteador de oficio y aficionado á cazar en terreno vedado. Corrían voces de que su escopeta era digna compañera de la carabina de Ambrosio, pero quien á él le oyese tomaríale por un tenorio de los más temibles.

Este tal husmeó el aislamiento en que Luisa vivía; tanteó á la doncella para ver de qué pie cojeaba, y esta pécora, con su maquiavélico instinto, comprendió el partido que en su provecho podía sacar de aquel ente.

Por eso una mañana, en el momento que Petra le servía el desayuno, entregó á su señora una carta «que acababa de traer un mozo». Abrióla Luisa pensando que se trataría de una de tantas peticiones como recibía continuamente, pero á las pocas líneas comprendió por el cauce que iba aquella solicitud, y sin enterarse de más rompió el papel en menudos fragmentos y los arrojó por el balcón.

Hallábase pensando en que aquel atrevimiento lo autorizaba en parte el proceder de su marido, cuando se presentó éste en el comedor en traje de caza y con todos los arreos necesarios.

—Vaya, Luisa, hasta la noche, díjole por todo saludo.

—¿Te vas ya? repuso ella con fina ironía. ¡Qué raro!

—No veo la rareza, mujer.

—Como desde ayer no has salido...

—Y hoy también espero regresar para la noche.

—Yo creí que lo mismo cazabas á oscuras.

—Todavía no se ha inventado ese medio.

—Y es una lástima, porque apenas tenéis tiempo durante el día para divertiros.

—No creas, más de una vez he pensado en ello.

—¿Sabes, Serapio, que parece mentira que seas tú aquel caballero galante que adivinaba todos mis deseos y me juraba amor eterno?

—¡Ta, ta, ta!

—¡Si resulta que tu compañera inseparable es la escopeta y los perros tus hijos predilectos!

—Y á propósito de perros, Luisa, ten mucho cuidado con *Canelo*, porque me parece que va á rabiar.

—A eso le gano, pues hace tiempo que rabio yo al ver tu proceder conmigo.

—Cualquiera diría al oirte que ando por ahí á picos pardos.

—A picos ya sé que andas: lo que ignoro es el color que tienen, aunque me parece que pasan de castaño oscuro.

—Te has olvidado, Luisa, de que aprobabas y ensalzabas mis aficiones cinegéticas cuando andabas á caza de novio.

—¡Serapio! eres atroz.

—Vaya, vaya, abur, dice al fin dirigiéndose á la puerta.

—¿Ni siquiera te detiene hoy la venida de Antonio? le pregunta Luisa tentando el último esfuerzo.

—¿Por un sobrino voy á privarme de mi diversión favorita? Ya estáis tú y Adela para recibirle como se merece.

—Eso es: las mujeres esclavas, los hombres libres.

—¿Os coarto yo la libertad? ¿Os pido cuentas de lo que hacéis?

—¿Y piensas que nos honras con proceder semejante?

—¿Y te figuras que para sermonearme así vas á tenerme todo el día en casa?... Vaya, vaya, Luisa, hasta la vuelta, y no te descuides con el perro.

Dicho esto se fué Serapio tan tranquilo, dejando á su mujer como en ocasiones parecidas á aquélla la había dejado: malhumorada y pesarosa de haber unido su suerte á un hombre tan frío y despegado.

Excogitando los medios más adecuados para atraerle al buen camino se hallaba cuando de improviso se presentó en el come-

dor Félix, exhalando fragantes perfumes por todos lados y con aire de conquistador satisfecho.

—¡Gracias, señora, gracias por su extremada bondad! exclama en tono trágico, postrándose á los pies de Luisa, que no sabe á qué atribuir semejante actitud.

—¿Quién es usted? le pregunta.

—El ser más venturoso del orbe, contesta Félix con grande exageración, desde que se ha dignado usted tenderle su mano generosa.

Al oirle Luisa expresarse así creyó que se trataba de alguno á quien hubiese favorecido por medio de sus relaciones é influencias, y como él seguía en la misma postura que tomó al entrar, le indicó amablemente que se levantara.

—No recuerdo, díjole en seguida, qué servicio he podido hacer á usted; pero desde luego le aseguro que no merecerá la pena de que por ello me demuestre usted su agradecimiento.

—¡Ah, señora! exclamó el galán entonces. Yo me atreví á pedir á usted en mi carta que al leerla se asomase á ese balcón, norte de mis esperanzas...

—¡Cómo! le interrumpe Luisa indignada. ¿Es usted el autor de la carta que me han entregado hace poco?

—El mismo, señora: Félix de Pradoverde, que viene á postrarse á sus plantas en señal de rendido acatamiento, replica aquél volviéndose á arrodillar.

Ante su lenguaje y actitudes, Luisa cree habérselas con un loco, y así se lo da á entender; pero Félix, con dramática entonación y ridículas maneras, le suelta un discurso amatorio que de seguro le había servido ya en otras cincuenta situaciones parecidas á aquélla.

Lo malo fué que sin poder notar el efecto de su oración sintió voces en el pasillo, y todo el fuego de que parecía estar rebosando tornóse de repente en el frío glacial del miedo más supino. Corría de un lado para otro sin saber dónde meterse, sordo á las indicaciones de Luisa, que le incitaba á marcharse, y por último, fijándose en un voluminoso armario adosado á la pared, se metió dentro en el instante que aparecía en la puerta Antonio en traje de camino.

V

Efusivo y cariñoso como siempre venía el joven, ya doctorado; pero Luisa no estaba para fiestas, temiendo que se descubriera el contrabando del armario y le atribuyesen á ella culpas que no había cometido. Conoció Antonio que algún desasosiego atormentaba á su tía; mas como sabía de siempre que el modo de ser de Serapio la servía de continua mortificación á esta causa atribuyó aquel malestar, y con pretexto de arreglarse un poco se retiró luego del comedor.

Respiró entonces Luisa con desahogo, y en el momento entreabrió Félix la puerta del armario, preguntando con voz temblorosa si podía salir sin peligro.

—Márchese usted inmediatamente, contestóle Luisa muy enfadada, mostrándole al mismo tiempo la puerta.

—No trato de otra cosa, señora, créamelo usted, dijo Félix abandonando su escondite, porque en este armario se está bastante mal y si dura un poco más el encierro me asfixio.

Cuando al fin logró Luisa que aquél atravesara la puerta se creyó libre de todo cuidado; pero le duró poco la satisfacción, pues en seguida volvió Félix azorado y tembloroso, diciendo que nada le faltó para dar de bruces con Serapio y su sobrino, que venían hacia el comedor. La rapidez con que el terrible conquistador se volvió á meter en el armario y la impresión que aquella serie de acontecimientos causaron en Luisa impidiéronla por el momento oponerse á la nueva encerrona, y cuando quiso tomar la determinación propia del caso vióse cohibida por la presencia de su marido que llegaba acompañado de Antonio.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo vuelves tan pronto? pregúntale alarmada á Serapio.

—Por esta condenada escopeta, respondió el cazador dejándola, partida en dos, sobre la mesa. ¡Es más falsa!... Figuraos que iba yo muy tranquilo por el centro de la calle, á fin de evitar el saludo de algún tiesto ó cosa parecida, cuando oigo un *¡eeeph!* prolongado y siento que se me echa encima un coche... Pego un salto, se me cae la escopeta...

—¿Y estaba cargada? pregunta Antonio con ansiedad.

—¡Ya lo creo!

—Para haber causado una desgracia... dice Luisa.

—Pues mira, responde Serapio con mucha calma, sólo han resultado heridos el cochero, el lacayo, un mozo de café que por allí pasaba y una señora sobre la cual ha caído la bandeja con todo el servicio.

—¡Qué atrocidad! exclama Luisa santiguándose, mientras Antonio mira á su tío con ojos poco benévolos.

—Gracias á que tengo otra, prosigue Serapio muy fresco, dirigiéndose al armario; si no me fastidiaba.

Al ver Luisa la dirección de su marido se siente morir, y en el momento que éste abre el mueble y aparece Félix medio desmayado lanza un grito y cae en una butaca presa de un síncope.

Serapio no se dió cuenta de esto. Asombrado de ver un hombre en el armario, y dando dos pasos atrás, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Un hombre aquí?

—¡Perdón! decía entretanto Félix, arrodillándose delante de Serapio y cruzando las manos.

Antonio, en el ínterin, con el ceño fruncido, habíase dirigido á cuidar de su tía, que no daba señales de volver en sí.

Pasado el primer momento de estupor Serapio cogió del armario la escopeta que buscaba, y dirigiéndose á Félix le preguntó con voz de trueno quién era.

—El maestro... de música... de la niña, responde el tenorio tartamudeando.

—¿Y le da usted lecciones desde el armario? Me parece que el músico voy á resultar yo, solfeándole á usted las costillas.

En aquel instante nota el desmayo de Luisa y se dirige á ella, mientras Antonio avisa á su prima y á Petra para que la conduzcan á la cama. Félix se aprovecha de la ocasión para retirarse sigilosamente, y al cruzar la puerta tropieza con Alfredito, que tan almibarado como siempre llega en aquel oportuno instante.

Al verle Antonio frunció de nuevo el ceño: fijóse en Petra, que perdió el color, y en Adela, que se puso encendida, y sin decir palabra acompañó á las dos jóvenes á transportar á su tía al lecho.

VI

Serapio no había soltado la escopeta de la mano, y como si aquella arma fuese un talismán que tuviera la virtud de hacerle olvidarse de todo, ni volvió á acordarse de Félix, ni se preocupó por lo que á su mujer pudiera ocurrirle, ni le hizo caso á Alfredito, que chupando el puño del bastón esperaba á que le dirigiese la palabra. Al cabo de un rato vió el pseudomúsico que esperaba en balde, pues Serapio se disponía á limpiar la escopeta, y entonces se resolvió á romper el fuego.

—¿Tengo el honor de hablar con D. Serapio Castrillo? preguntóle con excesiva dulzura.

—Sí, señor, le respondió el cazador muy grave. Y usted, ¿quién es?

—Alfredo Bemol, contesta el gomoso inclinándose, autor de la zarzuela *El suero Roux*, que vengo á enseñar el piano á su hija de usted.

—¿Otro músico? exclama Serapio. ¿Cuántos profesores necesita mi hija?

—¿Quién es el otro?

—¡Usted!

—¿Y el uno?

—El que ha aparecido en ese armario como por arte de magia.

Alfredito, que al ver á Antonio sintió vagos temores de que algo poco agradable para él se avecinaba, empezó á dudar de su cómplice Petra, á quien suponía enterada de la llegada de aquél y, sin embargo, no se lo había participado. Estas dudas tomaron más cuerpo al oir á Serapio hablar del otro músico, pues creía que se trataba de algún rival al que Petra serviría como á él ó quizá con mayor empeño. De todo esto dedujo que su pleito estaba perdido si no tomaba una determinación rápida y eficaz. Antes, pues, de abandonar el campo necesitaba jugar la última carta; pero desconfiando ya de su aliada propúsose servirse á sí mismo, sin intermediarios de ningún género. Al efecto dirigió de nuevo la palabra á Serapio, diciéndole:

—¿Sabe usted, caballero, si podré darle lección á la señorita Adela?

—Yo no entro ni salgo en esos particulares, repuso el hombre sin dejar un punto su ocupación. Allá ella.

—Por si acaso volveré luego.

—Como usted quiera.

—Adiós, señor mío: beso á usted la mano.

—Vaya usted con Dios.

Serapio prosiguió impertérrito en su tarea de limpiar el arma, y entretenido en esta labor le encontró poco después Antonio.

—Ya ha vuelto en sí la tía, le dijo.

—Pues en cuanto limpie la escopeta me voy, repuso aquél.

Quedósele su sobrino mirando cual si no comprendiera tanta mentecatez en un hombre que en varias ocasiones demostró clara y perspicaz inteligencia: mas como aquella pasión por la caza, funesta como todas las pasiones que por completo se apoderan del individuo, le tenía sorbido el seso, no sabía si indignarse con él ó compadecerle.

Antonio se diferenciaba mucho de aquella familia, aunque en su seno fué criado, y como aspiraba á estrechar más los lazos de parentesco que con ellos le ligaban, quería arrancarles de aquel modo de ser tan contrario á sus sentimientos. Volvía ya, como se ha indicado, hecho un doctor en leyes, y no viéndose precisado á abandonar de nuevo la casa, proponíase desde luego empezar sus trabajos de extirpación de malas costumbres. Con este fin permanecía junto á su tío, sin saber por dónde dar principio á su tarea, cuando Serapio saltó con esta pregunta:

—¿Por qué no me acompañas tú, Antonio?

—¿Ir yo de caza? repuso el joven respirando por la herida. Primero me colgaba de un árbol.

—¡Qué barbaridad! Bien se conoce que no tienes en cuenta que la caza es de origen real.

—¡Vaya una razón! De origen divino es el demonio, y sin embargo...

—Además, los cazadores tenemos en el cielo á nuestro patrón.

—Ya lo sé, San Huberto: mas si por la caza lo abandonan ustedes todo, mujer, hijos, hogar, será difícil que el santo les proteja.

—¿A que me resultas tú la segunda edición de mi mujer, corregida y aumentada?

—Mire usted, tío, el bien puede convertirse en mal si se le lleva por caminos tortuosos.

—Y como para cazar no se puede ir por la carretera...

—¿No es lo natural que, sin perjuicio de esa diversión, consagre usted algunos ratos á las delicias del hogar?

—¡Qué hogar ni qué fogón! Entre tu tía y tú me habéis hecho un hogar en la boca del estómago.

—¿Y se casó usted para eso?

—¿Para qué? ¿Para tostarme y consumirme en ese fuego con que me quemáis la sangre?

—No, señor; para andar toda la vida de caza.

—Hombre, no; mas tampoco para estar siempre metido entre faldas.

—¿Y quién le pide á usted tal cosa?

—Tu tía y tú, que sois un par de fatuos.

Antonio tuvo en la punta de la lengua una respuesta algo fuertecita; pero no queriendo faltar al respeto á su tío ni enconar más la cuestión retiróse prudentemente, dispuesto á llevar el asunto por otro camino.

VII

Serapio quedóse entregado á su labor, murmurando de las ocurrencias de su sobrino.

—¡Al cabo y al fin poeta! decía. El ente más insufrible del Universo... ¡El amor de la familia!... ¡Los encantos del hogar!... ¡Las dulzuras de la paternidad!... Todo se vuelve idilios y novelas... Una casita muy mona en la aldea, y en la casita un matrimonio joven, pues de los viejos no hay que hablar, con un niño rubio y sonrosado... porque los niños de los poetas son todos sonrosados y rubios... El marido á un lado de la cama y la mujer al otro, y ambos con la boca abierta contemplando al nene... Esa es la vida para los poetas del calibre de mi sobrino... Ni siquiera se acuerdan de que hay lavanderas encargadas de traer y llevar pañales...

Hasta aquí llegaba en sus filosóficas reflexiones Serapio, las cuales se vieron interrumpidas por Alfredito, que volvía resuelto á dar el paso decisivo.

—Caballero... ¿Se ha repuesto ya su señora? dijo al entrar.

—Sí, señor, contestó Serapio. Ya se le pasó el susto.

—Lo celebro.

—¿Le gusta á usted la escopeta?

—Parece buena.

—Le pregunto á usted si es aficionado á la caza.

—¡Oh! mucho, sí, señor.

—Es una diversión muy honesta.

—¡Honestísima!

—Y con todo hay hombres que la atacan.

—Es que no conocen los encantos que encierra eso de correr detrás de una buena pieza, respondió el gomoso mirando á Adela, que llegaba en aquel momento.

Entretanto Serapio, que había concluído su faena, tuvo la ocurrencia de apuntar á Alfredo con la escopeta, y asustado el pollo se ocultó debajo de la mesa gritando:

—¡Eh! ¡Don Serapio! ¡No gaste usted bromas con las armas de fuego!

Serapio soltó una estrepitosa carcajada, y dejando la escopeta en un rincón retiróse de allí diciendo:

—¡Vaya un cazador de pega!

Alfredo, que andaba ya bastante escamado, creyó que Serapio le había conocido, y en un tris estuvo que no tomase el portante dejando plantada á Adela: pero la fama de la riqueza de ésta le detuvo, y aunque con un escozor mayúsculo se decidió á jugar el todo por el todo. En vista de los obstáculos que se presentaban, y temiendo no poder hablar á solas con la niña, había escrito en aquel rato una carta incendiaria, según su creencia, copia tal vez de otras ciento que con el mismo fin llevaba disparadas sin resultado positivo hasta entonces; mas en el momento que trataba de entregársela á Adela presentóse Antonio, y no halló otro recurso que esconderla en un libro.

Como el joven venía á llamar á su prima de parte de su mamá quedaron solos los dos rivales, y allí fueron las congojas y trasudores de Alfredo, que en su interior maldecía la hora en que se le ocurrió hacer la corte á Adela; pues cuanto más atrevido y osado era con las damas, resultaba encogido y pacato con los varones. Sin embargo, haciendo de necesidad virtud se atrevió

á preguntar á su antagonista si se suspendía la lección de música, y éste, que buscaba el medio de espantar aquella mosca, contestóle que eso era de cajón, pues no estaba la Magdalena para tafetanes. Con estas despachaderas no tuvo Bemol otro remedio que marcharse, y con forzada cortesía se despidió de Antonio.

VIII

No se le cocía á éste el pan, como suele decirse, ínterin no se enterase del contenido de aquella carta que tan poca gracia le hizo al verla, y creyéndose por un lado con ciertos derechos á intervenir en los asuntos de la que juzgaba como su prometida, y por otro llevado de su afán de evitar que en la familia cayese un borrón que mancillase su buen nombre, extrajo el sobre del libro y del sobre la carta, quedando estupefacto al leerla.

—Se conoce que este músico, se decía luego, mientras dejaba la carta en su sitio, es de los entusiastas de Bach; porque si el célebre maestro era aficionado á las fugas, mi rival no le va en zaga... ¿No se atreve á proponer á Adela que huya con él?... Me parece que á este Bemol le voy á soltar yo un par de sostenidos.

Y de seguro que si Alfredito asoma por allí entonces se lleva algo que no le hubiera hecho mucha gracia. Pero en lugar del galán vino la dama, que en cuanto pudo separarse de su madre corrió en busca de la carta.

Al encontrarse con su primo quedó asombrada, sin saber qué hacerse, y si él no la dirige la palabra, probablemente se hubiera vuelto sin despegar los labios.

—¿Qué traes, Adela? le preguntó Antonio cariñosamente.

—Nada... Venía... por si estaba... el maestro.

—Se ha ido con la música á otra parte.

—¿Lo has... despedido?

—No, hija mía, aunque no me han faltado ganas, porque veo que ese títere te ha hecho olvidar que tú y yo somos prometidos.

—¿Sabes?...

—Sé que en mi ausencia has dado oídos á ese zascandil, que

ignoras quién sea; pero sé también que no es tuya toda la culpa.

—¡Claro! respondió ella ingenuamente.

—Por eso estoy dispuesto, no sólo á perdonarte, sino á hacer por ti lo que no han hecho quienes estaban en esa obligación. Esto no quiere decir, Adela, que trate yo de ser tu marido á la fuerza. No soy tan necio como para buscar la infelicidad de ambos. Pero en pago de esta franqueza mía te pido por favor que me digas la verdad de lo referente á ese joven. Sólo con que recuerdes los días venturosos que aquí hemos pasado creo que accederás á mi petición. ¿Estás dispuesta á ello?

Conmovida Adela contestó afirmativamente, y sin esfuerzo ninguno logró Antonio enterarse de cuanto creyó necesario en el asunto. El daño no era tan grave como él se temió ni la herida tan honda que fuese difícil su cicatrización. La causa eficiente del mal era Petra, como ya se había figurado el joven, y en lo que atañía á las relaciones de su prima y Alfredo, con nobleza y naturalidad le expuso aquélla que más bien las tomó como cosa de juego, y en prueba de ello ni existía correspondencia epistolar entre ambos ni pasaba de una semana el tiempo que el galán entraba en la casa.

Antonio quedó persuadido de la verdad que encerraban las declaraciones de Adela, y no obstante se cuidó bien de darse por enterado de aquella fulminante carta que en el libro estaba. Quería saber qué efecto le causaba su lectura, no dudando que aquél le demostraría, mejor que todas las palabras, el verdadero estado del ánimo de la muchacha.

Retiróse, pues, con pretexto de ver á su tía, y allá se quedó Adela libre para enterarse de lo que Alfredito la escribía.

¡Y qué coraje la dió semejante epístola! ¿A quién se le ocurría proponerla un disparate como aquél? ¿En qué cabeza cabía que ella fuese á abandonar á sus padres así, sin venir á cuento, sólo porque á *él* le convenía sabe Dios para qué fines? No le faltaba razón á Antonio cuando le llamaba títere y zascandil... Pero en parte era de ella la culpa, que tomó aquello como juego y admitió las galanterías de un desconocido y se entregó en manos de la doncella... ¡Estaba tan aburrida!... ¡Su padre siempre de caza!... ¡Su madre leyendo siempre!... Y el galán espe-

raba respuesta pronta y decisiva... No le faltaban ganas de dársela como convenía; mas creyó mejor consultar el caso con su primo, y en busca de él se dirigía cuando éste volvió al comedor.

IX

Al punto puso la carta en manos de Antonio, rogándole que la leyese, lo que hizo el joven como si no estuviese enterado de su contenido.

—Comprendo que no te haya hecho gracia, díjole luego.

—Si pudiera obligarle á tragarse esa insolencia te aseguro que lo haría con gusto, respondió Adela.

—¿De modo que tratas de darle una lección al maestro?

—Ese es mi deseo.

—Se procurará que lo consigas. Por de pronto acabo de celebrar una entrevista con la doncella, y puesto que todos andan aquí de caza yo también me he convertido en cazador. Tu flamante maestro y el otro del armario disparan, al parecer, con perdigones de plata. Yo he disparado con perdigones de oro; veremos quién tiene mejor puntería. Ahora, Adela, retírate, que viene tu padre y quiero ver si le arranco esa funesta manía de no parar en casa un momento. Y cuida de no hablar nada con Petra, pues me fío poco de ella.

Retiróse la joven por una puerta y por otra entró Serapio, que cogiendo la escopeta dijo:

—Hasta luego, Antonio.

—¿A dónde va usted, tío? preguntóle haciéndose de nuevas.

—¿A dónde he de ir? A cazar.

—¿Sabe usted que yo también he entrado en ganas de imitarle?

—¡Cuánto me alegro! Lo peor es que te falta escopeta.

—No la necesito. Cazaré á lazo... ó con liga.

—¡Tú no estás bueno!

—Disfruto de cabal salud á Dios gracias.

—¿Y cómo te estás así, sin prepararte?

—Porque la caza ha de venir sin necesidad de correr tras de ella.

Serapio miró á su sobrino como dudando de su razón; pero éste, lejos de darse por entendido, añadió:

—Vamos á elegir los puntos de espera, tío.

—Mira, Antonio, repuso Serapio malhumorado ya, si no te explicas más claro me voy yo solo.

Entonces el sobrino, con mucho misterio y hablándole al oído, le dijo:

—La caza está hoy aquí.

—¿Has tenido soplo de que intentan robarnos? preguntó Serapio, también muy bajito y en el colmo de la sorpresa.

—Sí, tío; sé que tratan de llevarse lo mejor de la casa, y conviene estar prevenidos.

—¿Andará en el lío aquel del armario?

—Aquel y otro músico de la misma escuela.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Por de pronto conviene que se oculte usted en ese cuarto, le dijo Antonio señalándole uno, y luego yo le avisaré á usted lo que convenga.

Serapio, obediente como un recluta y sin pasársele por las mientes la razón verdadera de aquel encierro, entró en él armado de su escopeta, mientras Antonio corría á cuidar de Petra y á hacerla cumplir sus órdenes convenientemente para que no le desbaratase el plan.

X

La señal que Alfredito esperaba de Adela era la colocación de una jaula en el balcón del comedor, y la joven la puso, quedando después en espera de la visita. No tardó el pájaro en acudir al reclamo, y creyéndose ya victorioso trató de arrastrar consigo á Adela sin pérdida de momento. Pero allí esperaba el más terrible desencanto al conquistador, pues la muchacha, que rebosaba indignación, afeóle su inicuo proceder, diciéndole al fin que si había puesto la jaula en el balcón, según él la pedía, sólo fué para tener el gusto de manifestarle que desde aquel momento quedaban rotas para siempre las relaciones que pudo haber entre ambos.

Al oirla el suavísimo Bemol se subió de tono, y confiado en

que nadie podía allí oponerse á sus designios trató de arrastrar por la fuerza á la que de grado no quería ir; pero Adela, aleccionada por su primo, huyó al cuarto en que estaba su padre, y al perseguirla Alfredo cayó en las garras de éste.

Poco después entraba en el comedor Félix, tan aromático como siempre y dispuesto á probar de nuevo fortuna.

—Veremos, se decía, si el segundo disparo es más certero... Por el telégrafo de Petra he sabido que tío y sobrino se han ido de caza, y he querido imitarles yo también.

Cuando al cabo de un rato salió Luisa y le increpó por aquella nueva visita, Félix, que no reparaba en medios... ni en fines, juró y perjuró que si volvía era no más que por arrancarle la venda que la cegaba hasta el punto de no ver las infidelidades de su marido.

—Véngase usted conmigo, señora, añadió con mucha frescura, y pronto se convencerá de la clase de caza á que su esposo se dedica.

Luisa, que estaba en autos del plan organizado por Antonio, quedóse mirando á Félix un momento, y dando luego media vuelta para retirarse le dijo:

—El oficio de cazador de honras tiene sus quiebras, caballero, y si para lograr sus propósitos dispara el cazador calumnias se expone á que el tiro le salga por la culata y resulte cazado en vez de cazador.

Quedóse Félix al oir tales sentencias convertido en un don Tancredo; pero aquella inmovilidad no le libró de la acometida de Serapio, que saliendo de su escondite hecho una fiera puso al terrible conquistador más blando que una breva madura.

Antonio, por su parte, hizo entender á Alfredito, con argumentos contundentes, que en asuntos de aquella índole conviene andar con pies de plomo y no empeñarse en levantar el vuelo.

Unidos luego los dos, y llevando en medio á su coligada Petra, fueron expulsados de la casa con todos los honores debidos á los importantes papeles que habían desempeñado, ofreciéndoles un castigo más severo si otra vez se atrevían á reincidir.

XI

Solos ya los individuos de la familia, empezó Serapio por reconocer su pecado, y después de agradecer á Antonio, como era justo, lo que por el bien de todos había hecho, prometió solemnemente á Luisa total reforma en sus costumbres.

—En prueba de ello, añadió, hoy mismo licencio á los perros y regalo las escopetas.

—Pues yo, dijo Luisa, voy á arrojar al fuego todos los libros que me absorbían el tiempo.

Entretanto Adela y Antonio hablaban bajo, muy bajo, en un extremo del comedor, y aunque sus palabras no llegaban á los oídos de aquéllos no dejaron de comprender, lo mismo Luisa que Serapio, cuál era el tema de su conversación.

Por primera vez quizá desde que se casaron, Castrillo y su mujer pusiéronse de acuerdo antes de dar el paso que ambos deseaban, y de pronto Serapio, encarándose con su sobrino, le dijo:

—Oye, Antonio, te la mereces como ninguno; pero si has de casarte con ella, ha de ser con una obligación.

—¿Cuál es ella? preguntó alegremente Antonio.

—Que no has de salir de caza.

—¿Para qué, repuso el joven sonriendo y mirando cariñosamente á Adela, si he cazado ya la felicidad?

Enrique de Olea.



Un millonario del Cabo.



Sir Charles Vandrift, así como la mayor parte de las personas nacidas en el Cabo, no puede hacer vida sedentaria. Le es imposible estar quieto, necesita estar en movimiento siempre; no se halla contento si no anda de aquí para allá, de la Ceca á la Meca, con entera libertad. Seis semanas de permanencia en Londres es un colmo para él, que siente en seguida la necesidad de marchar por una temporadita, bien á Escocia, á Hamburgo, á Monte Carlo ó á Biarritz, á cualquier sitio, con tal de cambiar de aires y de escena.

—No quiero ser como las lapas, suele decir, que están siempre pegadas á un mismo sitio.

Así sucedió que á principios del otoño nos hallábamos en

Brighton, cómodamente instalados en el hotel Metropolitano. Éramos los de siempre: sir Charles y Amalia, Isabel y yo.

El primer domingo después de nuestra llegada salimos á dar un paseo Carlos y yo por el camino real, á fin de respirar aquel aire tan delicioso y admirar los encantos del mar. Nuestras dos esposas, ataviadas con trajes y sombreros de última moda, habían ido á la iglesia. Sir Charles, rendido por una semana de trabajo incesante, se había levantado muy tarde, mientras que yo, por mi parte, estaba sufriendo horriblemente con un fuerte dolor de cabeza, que atribuía á la pesada atmósfera del salón de billares durante la noche anterior, combinado tal vez con el efecto de una nueva marca de agua gaseosa á la cual no estaba acostumbrado, y que empleé para diluir el vasito de *whisky* que tomo invariablemente todas las noches para conciliar el sueño.

Habíamos convenido en salir al encuentro de nuestras esposas cuando regresaran del templo, aunque dejándolas tiempo suficiente para lucir sus trapos, y nos sentamos un rato á descansar en un banco, cuando llegó un muchacho vendedor de periódicos.

—¿*El Observador*? le preguntó Carlos.

—No hay, contestó el chico. ¿Quiere usted *Arbitrario*? ¿*Rosa*?

Pero mi cuñado no es aficionado á leer *El Arbitrario*, y en cuanto á *La Rosa* la considera poco conveniente para leída en público; así que meneó la cabeza negativamente y añadió:

—Si ves á alguno que tenga *El Observador* dile que lo traiga inmediatamente.

Al oir esto un caballero desconocido sacó del bolsillo un ejemplar y dijo con la mayor cortesía:

—¿Me permite usted que le ofrezca uno? Creo que compré el último que quedaba. Se ha vendido bien hoy porque trae importantes noticias del Transvaal.

Carlos levantó la cabeza y lo aceptó con cierto desdén; así que, para borrar la mala impresión que esto podía causar en una persona tan fina y tan galante, entablé conversación con el caballero desconocido.

Era de mediana estatura, de edad bastante avanzada, muy atildado en sus modales y de esmerada educación. Gastaba len-

tes de oro; tenía los ojos pequeños, pero muy expresivos, y la voz melodiosa.

Después de un rato de charla comenzó á hablar de personas distinguidas que á la sazón se hallaban en Brighton, y muy pronto me convencí de que estaba muy bien relacionado con las mejores familias. Hablamos de Niza, de Florencia y del Cairo.

Resultó que el caballero aquel se trataba íntimamente con



¿ME PERMITE USTED QUE LE OFREZCA UN «OBSERVADOR»?

amigos nuestros, y coincidiendo nuestros círculos de amistades, me extrañó verdaderamente que no nos hubiéramos encontrado antes.

—Y á sir Charles Vandrift, dijo por fin, el famoso archimillonario, ¿le conoce usted? Me aseguran que está aquí ahora y que se hospeda en el hotel Metropolitano.

—Este es sir Charles Vandrift, contesté indicando á mi cuñado y dándome cierto tono, y yo soy su hermano político míster Seymour Wentworth.

—¡Ah! tengo mucho gusto en conocerle, observó el caballero

con un aire cómico de caracol que vuelve á entrarse en su concha.

Llegué á pensar que tal vez iba á fingirse amigo íntimo de sir Charles, ó bien que había tenido intención de decir algo muy poco halagüeño para mi señor cuñado, y me alegré de haberlo podido evitar.

En esto Carlos dejó á un lado el periódico y tomó parte en la conversación. Por el tono de su voz comprendí al momento que las noticias del Transvaal eran favorables para sus operaciones en el Cloetodorp Golcondas. Su modo de ser había variado completamente: estuvo amable y cortés con el caballero, y tanto él como yo quedamos convencidos de que se trataba con toda la gente gorda. Además era amigo íntimo de personas á quienes Amalia tenía grande interés en conocer para que acudiesen á sus reuniones. El joven Fiel, novelista en boga; sir Richard Montrosa, el célebre explorador del Artico, y otros muchos. En cuanto á los pintores, los trataba á todos como hermanos. Comía frecuentemente con los académicos y almorzaba todas las semanas con los miembros de todos los Institutos.

Esto de las reuniones da mucho que pensar á Amalia, la cual se afana por que las suyas no sean de carácter exclusivamente financiero y político, sino que quiere que en ellas haya de todo: hombres de Estado, millonarios conocidos, literatos, artistas, cómicos, etc.

Nuestro nuevo amigo estuvo muy comunicativo.

—Sabe mantener en la sociedad la posición que le corresponde, Sey, díjome Carlos después, y no tiene miedo de hablar como otras personas cuya situación en los altos círculos suele ser falsa.

Antes de despedirnos cambiamos las tarjetas, y entonces vimos que el caballero con quien acabábamos de hacer amistades se llamaba Eduardo Polperro.

—¿Ejerce usted aquí? pregunté por curiosidad.

—No, nada de eso, contestó. Soy doctor en leyes, me intereso por el arte y hago compras para el Museo Nacional.

—¡Qué suerte! Ni pintado para las reuniones de Amalia, murmuró á mi oído Carlos, el cual añadió con la mayor amabilidad:

—He hecho traer desde Londres mi coche-jardinera, y mañana pensamos hacer una excursión á Lewes. Si quiere usted acompañarnos, mi esposa y yo tendremos en ello mucho gusto.

—Es usted muy amable, contestó el doctor. Muchas gracias; acepto la invitación con verdadero placer.

—Saldremos del Metropolitano á las 10.30, continuó Carlos.

—Allí me tendrán ustedes.

Y con un saludo cariñoso se retiró.

Poco después nos dirigimos á la explanada, donde nos esperaban ya Amalia é Isabel. En el paseo, el doctor Polperro se cruzó con nosotros más de una vez, hasta que Carlos le detuvo para presentarlo á su esposa. Iba el doctor acompañado de dos señoras lujosamente ataviadas, y Amalia quedó encantada de la cortesía del afable desconocido.

—A primera vista, dijo con entusiasmo, se comprende que es persona de educación esmeradísima y de familia distinguida. Le invitaré para mi reunión del miércoles en quince.

A las 10.30 de la mañana siguiente salimos á nuestra expedición. Se ha llegado á decir que en toda la provincia de Sussex no hay un par de troncos iguales á los nuestros. Carlos guía perfectamente, y sobre todo (preciso es reconocerlo) vigila mucho, lo cual no deja de ser una satisfacción para los que vamos en el coche. Encuentra mi hermano político que el manejo de cuatro caballos le ocupa la atención lo bastante para no dejarle tomar parte en la conversación general y procura no distraerse.

Lady Belleisle de Beacon ocupaba el asiento á su lado luciendo su lindo color, y hay que advertir que es un color permanente aplicado todas las mañanas por sus doncellas. Al doctor Polperro le colocamos detrás de Carlos, entre Amalia y yo. Fué hablando todo el tiempo de museos y de galerías de pintura, lo cual aburre soberanamente á Amalia: pero ella cree que, como esposa de sir Charles, tiene obligación de demostrar de cuando en cuando cierto interés por las Bellas Artes, así que escuchó con la mayor paciencia posible. Nobleza obliga, y las paredes de nuestro castillo de Sheldon, en la provincia de Rosshire, están cuajadas de cuadros de todas clases y de todos tamaños, de maestros antiguos y de artistas modernos.

A pesar de su *lata* artística, el doctor Polperro resultó en el trato íntimo una persona agradabilísima. Supo amenizar la conversación con multitud de anécdotas, y nos dijo con exactitud quiénes eran los pintores célebres que se habían casado con sus cocineras y quiénes los que habían contraído matrimonio con sus modelos, probando que estaba bien enterado de las vidas de todos ellos y luciendo al mismo tiempo su facilidad de expresión.

Entre otras cosas dijo de una manera incidental que había adquirido un Rembrandt legítimo, indudablemente legítimo, auténtico, que durante muchos años había pertenecido á una familia holandesa, la cual desconocía su valor. Dábase como cierto que aquel cuadro fué la obra maestra de Rembrandt, y había permanecido oculto medio siglo á los ojos del mundo. Era el retrato de una señora llamada María Vareunen de Haarlem, y él se lo había comprado á sus descendientes en el pueblo de Gonda, en Holanda.

Advertí que Carlos prestaba atención á lo que el doctor decía, aunque procurando disimularlo.

Sucedía que aquella María Vareunen era ascendiente colateral, aunque lejana, de los Vandrift, parentesco que databa desde antes de la emigración al Cabo en el año 1780, y la familia sabía muy bien que el retrato existía, aunque no pudieron nunca averiguar su paradero.

Con frecuencia había yo oído á Isabel hablar del famoso cuadro, y si hubiese sido posible adquirirlo por un precio razonable, sería muy grato que los chicos (y aquí debo advertir que sir Charles tiene dos hijos estudiando en Eton) conservaran el retrato de una ascendiente suya pintado por Rembrandt.

Después de esto el doctor habló mucho de su hallazgo. Primeramente intentó vender el cuadro al Museo Nacional; pero los directores, aunque lo admiraban y admitieron desde luego la legitimidad de la obra, le dijeron, con harto sentimiento, que los fondos de que disponían aquel año no les permitían ofrecer una cantidad digna de tan notable trabajo.

South Kensington también estaba muy pobre, pero en aquellos momentos el doctor se hallaba en tratos con el Louvre y con el museo de Berlín. No obstante, era una verdadera lástima

que una obra de tantísimo mérito, una vez traída á Inglaterra, volviera á desaparecer. Algún protector de las Bellas Artes, amante de su patria, debía comprarla para su casa ó para exhibirla en el Museo.

Mientras tanto Carlos callaba, pero ya le estaba yo viendo pensativo y algo preocupado. En una ocasión (y por cierto que fué cerca de un recodo difícil, mientras el guía tocaba la corneta para avisar la llegada del coche) volvió la cabeza para lanzar á Amalia una mirada significativa, como advirtiéndola que no dijese nada que pudiera comprometerlos, mirada que inmediatamente produjo el efecto de hacerla callar.

Carlos no suele volver la cabeza mientras está guiando; así que, cuando vi que se había distraído hasta tal punto, me convencí de que tenía muchísimos deseos de obtener el cuadro de Rembrandt.

Al llegar á Lewes nos detuvimos en la puerta del hotel; dejamos allí el coche y los caballos, y Carlos encargó un almuerzo espléndido, digno de príncipes. Mientras se hacía hora de almorzar paseamos en parejas por la población y fuimos á ver el antiguo castillo. Yo acompañé á lady Belleisle, á quien encontré amable y divertida.

Antes de comenzar el paseo, Carlos me llamó aparte y me dijo con mucho sigilo:

—Ten mucho cuidado, Sey. Hemos conocido á ese Polperro por pura casualidad, y para timarle á uno no hay cosa mejor que lo de los cuadros antiguos. Si el Rembrandt es legítimo, creo que debo adquirirlo; si verdaderamente es el retrato de María Varennen debo comprarlo, aunque no sea más que por los chicos; pero me han engañado dos veces seguidas y no quisiera que llegase la tercera. Hay que vivir prevenidos.

—Dices muy bien, contesté: no queremos más videntes ni más pastores.

—Si ese tipo es un embaucador, y á pesar de todo cuanto asegura de la Galería Nacional, etc., etc., no tenemos pruebas de que no lo sea, la historia que refiere es de las más tentadoras que podía idear para encajarnos el cuadro. Siendo como soy tan conocido en Europa, cosa fácil le habrá sido el averiguar mi paradero. Por lo pronto, ya confesó que sabía que estába-

mos en Brighton. ¡Quién nos asegura que no se sentó en aquel banco con el solo objeto de hacerse el encontradizo!

—Verdad es que él fué el primero en mencionar el nombre de sir Charles Vandrift, y que en cuanto supo quién era yo entabló conversación.

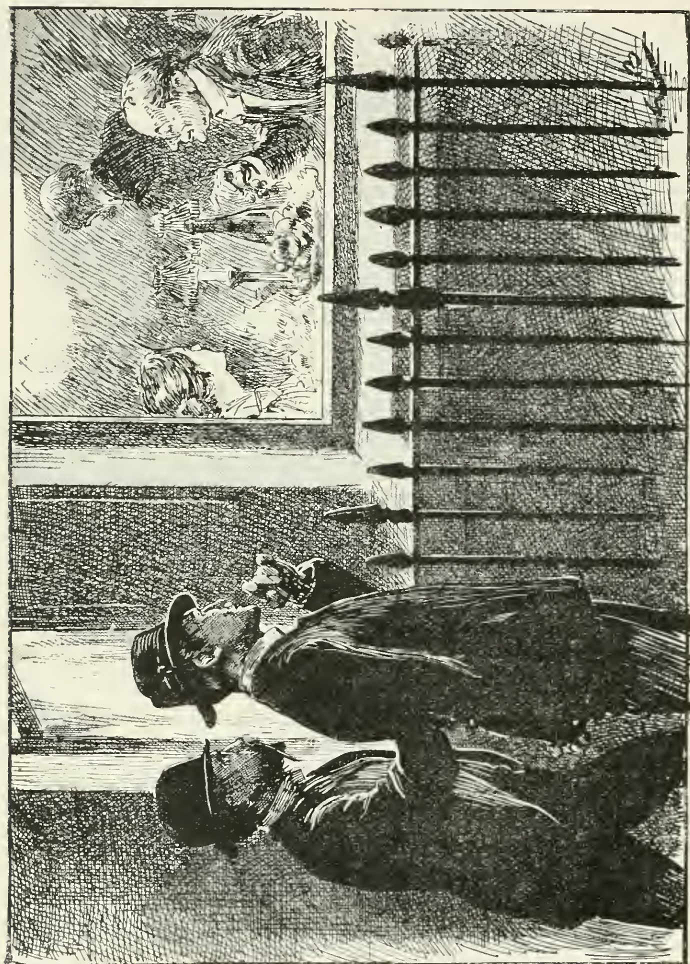
—Justo. Es muy posible que haya averiguado que existe el retrato de María Vareunen pintado por Rembrandt. Mi abuela solía decir que se conservaba en el pueblecito de Gonda, y recordarás tal vez que con frecuencia he hablado yo de esa obra de arte. ¿Te parece á ti natural que el doctor hablara inocentemente de su hallazgo á Amalia? Si se quiere un Rembrandt, tengo entendido que todos los días los fabrican en Birmingham. Todo lo cual significa que debemos estar muy alerta.

—Tienes muchísima razón. Pierde cuidado, que yo vigilo mucho al doctor.

Regresamos por distinto camino que el de la mañana y la excursión fué deliciosa. El magnífico almuerzo y el excelente champagne habían ensanchado el ánimo del doctor Polperro, el cual estuvo muy locuaz. Jamás he conversado con un hombre que conociera mayor número de anécdotas cómicas y divertidas. Había viajado por todas partes y conocía á todo el mundo. Aceptó la invitación de Amalia para el miércoles en quince y prometió presentarla gran número de notabilidades literarias y artísticas.

Pero aquella noche salimos Carlos y yo á dar una vuelta á eso de las siete y media, antes de comer (comemos generalmente á las ocho) y comenzamos á ver claro. La noche era deliciosa: nos dirigimos por el camino real y pasamos por un hotelito nuevo, elegante, con un balcón grande en el entresuelo. Allí, en traje de etiqueta, rodeado de luces y sentado ante una mesa preparada con sumo gusto, se hallaba nuestro doctor Polperro, cara á cara con una señora joven, graciosa y bonita. El doctor tenía á su alcance una botella de champagne descorchada, y en el momento en que nos acercábamos servíase con abundancia en el plato de postre uvas de moscatel. El hombre rebosaba alegría y buen humor. Era evidente que él y la señora se entretenían con alguna historia cómica, pues él hablaba y luego prorrumpían los dos en alegres carcajadas. Di un paso

atrás y Carlos hizo lo mismo, como si los dos hubiéramos pensado una misma cosa.



ALLÍ ESTABA EL BUEN DOCTOR POLPERRO

—¡El coronel Goma! murmuré en voz baja.

—¡Madame Picardet! contestó Carlos.

No se parecían en nada al reverendo Peploe ni á su esposa mistress Brabazón, pero absolutamente en nada, y eso mismo

precisamente me hacía á mí estar más seguro de que eran ellos. No puedo decir que la nariz del doctor se parecía á la del vidente, pero había aprendido á no fiarme de las apariencias, y si verdaderamente era aquel el famoso embaucador y aquella era también su esposa, teníamos que andar con sumo cuidado. Por lo menos ahora estábamos prevenidos, y suponiendo que tuviera la osadía de tratar de engañarnos por tercera vez, caería de seguro; ya sabríamos arreglarnos para conseguirlo. A todo trance era necesario dar los pasos convenientes para que no se nos fuera de entre las manos.

—Se escurre de entre las manos lo mismo que una anguila, había dicho el comisario de Niza, y había que evitarlo.

—¿Sabes lo que te digo, Sey? murmuró mi hermano político hablando pausadamente, pues que en esta ocasión tenemos que prestarnos á que nos engañe. De nosotros ha de salir el deseo de comprarle el cuadro, pero teniendo cuidado de sujetarle con condiciones rigurosas. Le exigiremos que nos garantice la legitimidad de la firma, pero al mismo tiempo nos haremos los tontos. Tragaremos todas cuantas mentiras invente, le pagaré nominalmente con un cheque el precio que me pida y le haremos detener en cuanto quede cerrado el trato, después de poseer todas las pruebas de su culpabilidad. Por supuesto, procurará desaparecer de repente, como hizo en Niza y en París; pero esta vez haremos que la policía esté en acecho, y lo tendremos preparado todo de antemano. Evitaremos la precipitación, pero no andaremos perezosos. En cuanto acepte el dinero y guarde el cheque en la cartera le echaremos el guante y no le perderemos de vista hasta que la policía le haya encerrado en la cárcel. Este es mi plan de campaña. Mientras tanto hagámonos los tontos y mostremos mucha confianza en todo cuanto nos diga.

Al día siguiente visitamos al doctor Polperro en su hotel. Nos recibió con suma amabilidad y nos presentó á su señora. Por supuesto, fingimos no reconocer en ella á la astuta Mme. Picardet ni á la inocente Brabazón. Cuando sir Charles manifestó algún interés por la supuesta obra de Rembrandt daba gusto oir hablar al doctor acerca de las Bellas Artes. ¡Qué bien enterado estaba el grandísimo bribón! Se puso muy contento, y en seguida

comprendimos que nos consideraba como probables compradores. Nos dijo que inmediatamente iría á Londres y traería el cuadro para que lo viéramos, y en efecto, cuando al otro día Carlos y yo tomamos nuestros asientos en el coche de primera para asistir á la reunión anual de la Compañía de Golcondas, allí estaba el famoso doctor reclinado como si todo el carruaje fuera suyo. Mi cuñado me lanzó una mirada muy expresiva.

—Lo hace bien, ¿no te parece, Sey? dijo. Se conoce que mis cinco mil libras le dan lo suficiente para ello, ó tal vez descontará el gasto de la cantidad que piensa sacarme por el falso Rembrandt.

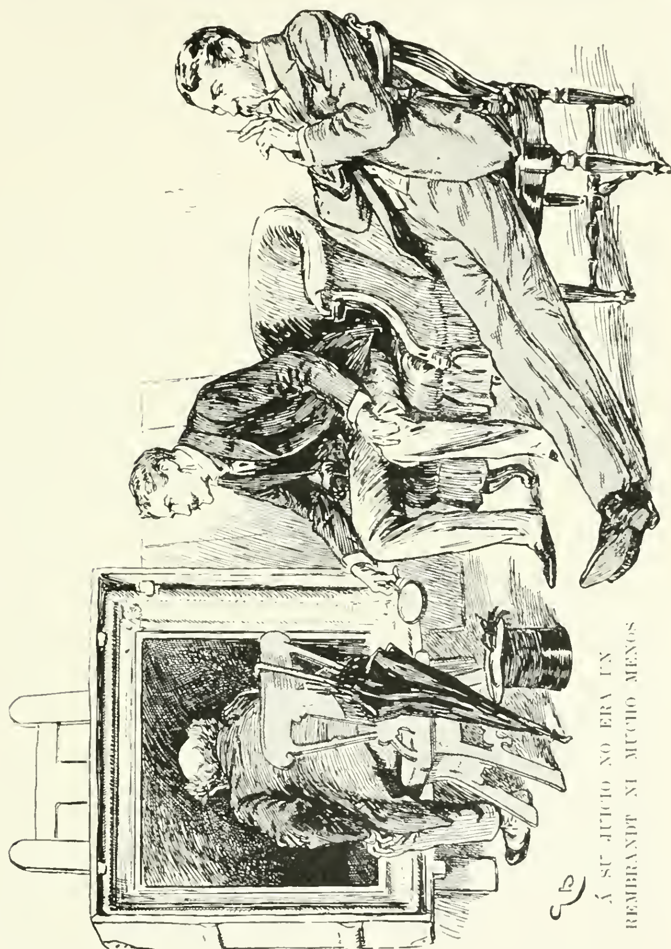
En cuanto llegamos á Londres comenzamos á dar los pasos necesarios. En casa de Maravillie comprometimos los servicios de un *detective* particular para que vigilara los movimientos del doctor, el cual, según después supimos, recogió el cuadro en la casa de cierto comerciante dedicado exclusivamente á la compra y venta de cuadros antiguos. El mismo *detective* nos dijo también que el comerciante había estado complicado más de una vez en negocios algo sucios que habían manchado bastante su reputación, cosa que no me extrañó, pues si he de decir la verdad sé por experiencia que así los tratantes en cuadros como los tratantes en caballos suelen ser... como Dios los ha hecho. Tienen una manera especial de embaucarle á uno antes que se dé cuenta de lo que sucede.

Sea como sea, averiguamos que Polperro recogió el Rembrandt en casa del comerciante y que desde allí lo llevó consigo á Brighton.

A fin de no obrar precipitadamente y desbaratar así nuestros planes y proyectos, invitamos al doctor á que trajera el cuadro al Metropolitano y lo dejase allí hasta que conociéramos la opinión de un perito de Londres.

Llego éste y dijo que, en efecto, no era un Rembrandt ni mucho menos, sino una imitación hecha con acierto. Es más: con documentos irrefutables nos probó que el verdadero retrato de María Vareunen había sido traído á Inglaterra hacía años, y que lo había comprado el inteligente y conocido perito sir J. H. Tomlinson por la cantidad de ocho mil libras esterli-

nas. Por consiguiente, el cuadro del doctor Polperro era, ó bien una copia pintada por el mismo Rembrandt, ó una obra de algún discípulo del gran maestro, ó, lo que era más probable, una



Á SU JUICIO NO ERA UN REMBRANDT NI MUCHO MENOS

falsificación reciente. De manera que ya teníamos pruebas para acusar al fingido doctor de querer sacar dinero por medio de engaños. Sin embargo, á fin de cerciorarnos más, con objeto de tener seguridad completa, insistimos diciendo que tal vez el cua-

dro legítimo, el verdadero Rembrandt, podía quizás haber caído en manos del insaciable coleccionista sir J. H. Tomlinson, en cuyo caso aquélla sería una copia, pero encontró salida para todo. Tuvo la osadía de rechazar los documentos, cuya evidencia era incontestable, y aseguró que un holandés astuto y necesitado de dinero había engañado á sir J. H. Tomlinson, uno de los hombres más listos y más inteligentes de Inglaterra. En resumen, juraba y declaraba que el auténtico retrato de María Vareunen era el que él nos ofrecía.

—Como nos ha engañado ya dos veces seguidas, observó Carlos, cree que puede hacer con nosotros lo que le plazca; pero lo que es ahora, se equivoca de medio á medio.

Conque fingimos creer todo cuanto nos dijo y aceptamos sus palabras, pasando en seguida á arreglar la cuestión del precio, que sólo se debatió por cubrir las apariencias. Sir J. H. Tomlinson había pagado ocho mil libras por su legítimo Rembrandt, y el doctor pedía diez mil por el suyo, siendo falsificado. Verdaderamente no había motivos para disputar y regatear, puesto que Carlos sólo pensaba dar un cheque nominal, hacer arrestar á Polperro y recobrar el dinero; no obstante, nos pareció mejor fingir alguna resistencia á fin de no infundir sospechas, y acabamos por hacerle rebajar el precio á nueve mil. En cambio nosotros le exigimos una escritura que garantizase la autenticidad del cuadro, declarando también que era el verdadero retrato de María Vareunen y que él lo había comprado directamente y con la mayor honradez á los descendientes de dicha señora en el pueblo de Gonda (Holanda).

Arreglamos perfectamente nuestro plan, preparándolo de antemano; un policía estuvo esperando en nuestras habitaciones del hotel, y quedamos en que el doctor Polperro vendría á determinada hora para firmar la garantía y recibir el dinero. Se extendió la escritura en papel sellado y con todas las formalidades que el caso exigía, y á la hora convenida llegó el doctor (el cuadro nos lo había entregado antes). Sir Charles extendió el cheque y lo firmó; en seguida se lo entregó al doctor Polperro, el cual se lo guardó en la cartera. Mientras tanto yo me había colocado en la puerta, y dos individuos de la ronda secreta guardaban los balcones. Temíamos que el hombre, una

vez asegurado el cheque, se arreglaría de algún modo para evadirse de repente, como lo había hecho en Niza y en París: así es que en cuanto vi que se guardaba la cartera me acerqué á él con una sonrisa de triunfo. En el bolsillo llevaba yo las esposas; se las puse en un abrir y cerrar de ojos, y al mismo tiempo entró el alguacil.

—Esta vez, dije, nos toca reir á nosotros. Ya sabemos quién es usted, señor doctor Polperro. Es usted el coronel Goma, *alias* Antonio Herrera, *alias* el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón.

Quedó atontado, asombrado, pasmado por completo: jamás he visto hombre ninguno en tal situación. Carlos creyó que, como no tenía ni podía tener sospecha alguna de lo que pensábamos hacer nosotros, nuestra imprevista y súbita acción le había dejado mudo de sorpresa: pero no fué así. Después de mirar á uno y otro lado, como si no acertara á darse cuenta de lo que ocurria, exclamó:

—Estos dos señores deben estar locos. ¿Qué significan esas tonterías del coronel Goma y de Antonio Herrera?

Se acercó el alguacil, y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—No tardará usted en saberlo. Tengo orden de detener á usted, á Eduardo Polperro, *alias* el reverendo Ricardo Peploe, acusado de haber obtenido dinero por medio de engaños de sir Charles Vandrift, caballero de la Cruz, miembro del Parlamento y senador del Reino, según ha declarado dicho señor.

El doctor se irguió, y dirigiéndose al alguacil repuso en tono ofendido:

—Mire usted, todo esto es un error. Nunca en mi vida he usado yo ningún alias. ¿Cómo sabe usted que ese individuo es sir Charles Vandrift? Tal vez sea él quien pretende pasar por lo que no es, aunque por mi parte creo firmemente que son dos locos escapados de algún manicomio.

—Eso lo veremos mañana, contestó el alguacil cogiéndole por el cuello. Por lo pronto tiene usted que venir conmigo al cuarto de prevención, donde estos caballeros se ratificarán en la acusación contra usted.

En medio de grandes protestas de inocencia, y casi arras-

trando, fué llevado á la prevención. Carlos y yo firmamos la hoja de acusación, y el coronel Goma quedó bien encerradito hasta el día siguiente, en que sería puesto á disposición del Juzgado.



EL ALGUACIL LE PUSO LA MANO EN EL HOMBRO

A pesar de hallarse encerrado no estábamos todavía muy seguros de que no conseguiría burlarse de nosotros escurriéndose de nuestras manos. Por cierto que protestó de una manera violentísima contra el trato que dábamos á «un caballero de su posición»; pero Carlos aseguró una y otra vez á los agentes de

la autoridad que ya sabía él lo que hacía. Les dijo que era un embaucador que vivía engañando á todos, que se escurría como una anguila y que de ninguna manera le dejasen libre hasta que prestara declaración ante el juez.

Aquella noche en el hotel supimos con sorpresa que efectivamente existía un doctor Polperro, crítico de Bellas Artes, persona muy distinguida, cuyo nombre había adoptado el tunante embaucador para engañarnos.

A la mañana siguiente, cuando llegamos á la prevención, el inspector nos recibió con cara de pocos amigos.

—Caballeros, dijo con mucha seriedad, me parece que han cometido ustedes una falta muy grave. Se han comprometido ustedes, y lo peor es que nos han comprometido también á nosotros. Hemos tomado informes de este caballero y resulta ser cierto todo cuanto ha declarado. Es, en efecto, el doctor Polperro, crítico muy conocido de Bellas Artes y coleccionista de cuadros para el Museo Nacional. Fué anteriormente director de la galería de South Kensington y es C. B. (caballero de la orden del Baño) y L. L. D. (doctor en leyes), persona respetable y muy distinguida. Ha sido una equivocación tan fatal como lamentable. Mucho temo que acuse á ustedes de detención ilegal, acusación que á nosotros nos comprometería seriamente.

Carlos quedó como atolondrado al oir esto.

—Supongo que no le habrán puesto en libertad haciendo caso de tales supercherías, exclamó luego. No le habrán dejado escapar de entre las manos, ¿no es así?

—¿Escapar? repuso el inspector. Pierda usted cuidado, que no piensa en eso. En este momento está ahí en el salón llenándolos á ustedes de improperios, y nosotros estamos aquí para protegerles en caso necesario. En vista de la acusación de usted le hemos tenido encerrado toda la noche, y el hombre está que trina.

—Siempre que no le hayan dejado ustedes escapar... ¿Dónde está? Quisiera verle.

Entramos en el salón y allí vimos al doctor hablando con toda confianza con el juez. Como que después resultó que era íntimo amigo suyo. Estaba agitado y violento. Carlos se acercó á ellos inmediatamente y Polperro le dirigió una mirada á través de los lentes, como si quisiera comérselo.

—La única explicación, dijo, que encuentro admisible acerca de la inexplicable conducta de este caballero es que está loco rematado. Y su secretario no lo está menos. Espontáneamente trabó conversación conmigo en un banco del camino real; después me invitó á una excursión á Lewes; se ofreció voluntariamente á comprarme un cuadro de mucho valor, y luego, cuando el trato está hecho y firmado, da orden para que se me detenga sin motivo ninguno, bajo una acusación tan necia como ridícula. Ahora me toca á mí, y queda acusado de detención ilegal.

Poco á poco fuimos comprendiendo que, en efecto, nos habíamos equivocado. El doctor era la persona que él aseguraba ser y la que había sido toda la vida. Supimos que el cuadro era el retrato de María Vareunen y el legítimo Rembrandt. Era cierto que un holandés necesitado de dinero había engañado á sir J. H. Tomlinson. El cuadro que éste compró era también Rembrandt, pero no el verdadero, el auténtico retrato de María. El perito á quien consultamos era un hombre ignorante, que entendía de pintura muy poco. Otras personas bien informadas nos dijeron que el cuadro valía á lo sumo cinco ó seis mil libras, y Carlos había pagado nueve mil.

Al saber esto, mi cuñado quiso anular el contrato; pero, como es de suponer, el doctor no lo consintió. El documento era tan obligatorio para uno como para otro, y nada tenía que ver en el asunto lo que pasó por la imaginación de Carlos cuando firmó el contrato. Polperro sólo consintió en retirar su acusación por detención ilegal con la condición de que mi cuñado haría insertar en *The Times* una explicación de su conducta y pagaría la cantidad de quinientas libras esterlinas por daños y perjuicios, á lo cual no tuvo más remedio que ceder.

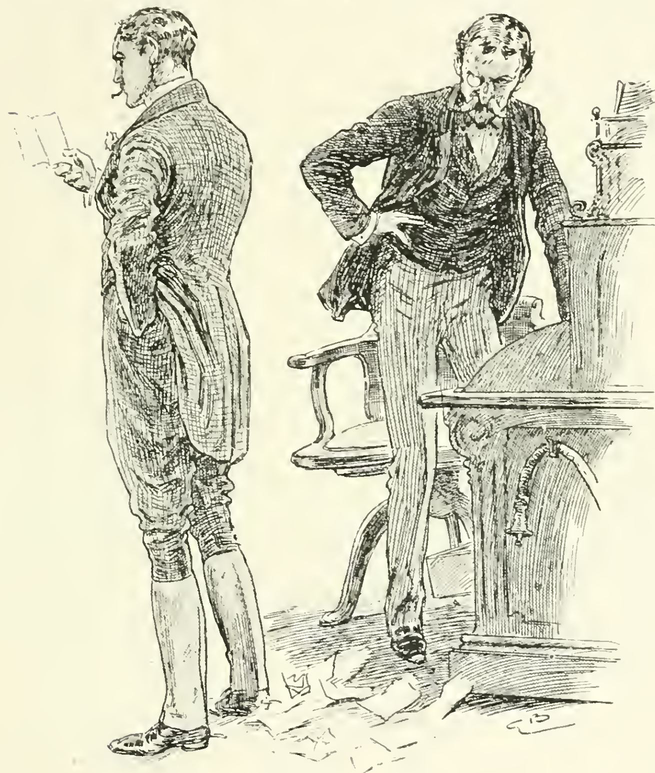
Y este fué el fin de nuestro bien ideado plan para coger al famoso vidente. Mejor dicho, no fué el fin; ¡qué más hubiéramos querido nosotros!

Sucedió que poco á poco los periodistas fueron enterándose de todo lo ocurrido. El doctor Polperro, que era persona bien conocida y apreciada entre artistas y literatos, citó al que había declarado que su cuadro no era legítimo, hizo pública su ignorancia y le castigó por declaración injustificada.

Después de esto comenzaron los periódicos á tirar de la manta.

El Mundo nos descubrió en un artículo sarcástico, y *La Verdad*, que siempre trató con mucha dureza á los millonarios del Cabo, se lució con unos versitos titulados *Las Bellas Artes en Kimberley.*

Es de creer que todo esto llegó á oídos del coronel Goma,



MI HERMANO POLÍTICO RECIBIÓ UNA CARTA

pues unos quince días más tarde mi hermano político recibió una carta escrita en papel perfumado, la cual decía así:

«¡Qué inocencia tan pura! ¡Qué criatura tan angelical! Me entusiasma tanta candidez. ¿Conque Carlitos creyó muy de veras que había cogido al invencible coronel? ¡Pobrecito! ¡Y después que lo tenía todo tan bien preparado! ¿Quién de los dos

somos Simón el simple? ¡Cuánto nos hemos reído Blanco Brezo y yo al enterarnos de sus bonitos proyectos! Y á propósito: no creo que les vendría mal el tomar á Blanco Brezo á su servicio, para que les enseñara el arte de *detectives* de afición. Nos llena de envidia su encantadora candidez. Parece mentira que hayan creído que una persona de mi talento se rebajaría á meterse en una cosa tan gastada como eso del antiguo maestro. ¡Y todavía dicen que vivimos en pleno siglo XIX! ¡Qué disparate! ¡Oh *Sancta Simplicitas!* ¿Cuándo me tocará á mí una inocencia tan infantil? ¿Cuándo, cuándo será aquel día? Pero no importa, querido amigo, alguna vez nos volveremos á ver. Suyo como siempre, con el mayor respeto y profundo agradecimiento, su servidor que s. m. b., Antonio Herrera, *alias* el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón».

Carlos dejó la carta sobre la mesa, lanzando un suspiro que parecía partirle el corazón.

—Sey, hijo mío, murmuró, no hay fortuna que pueda resistirlo, ni aun la mía. Estas continuas sangrías comienzan á asustarme. Preveo el fin que me espera. Acabaré en un santo asilo. Entre lo que me tima el coronel cuando es de veras y lo que gasto cuando no lo es... Ese hombre empieza á producir un efecto terrible en mi sistema nervioso. Voy á dejar por completo esta vida tan agitada, para retirarme de este mundo corrompido á un sitio solitario oculto entre montes.

—¡Ay, Carlos! exclamé, cuando hablas así es que necesitas muy de veras cambiar de aire y de clima. Probemos el Tirol.

Grant Allen.





Hojas del diario del Doctor Moreno



La banda de motas negras.

Muchas veces en mi vida he tenido ocasión de saber hasta dónde llegan la vileza y la crueldad que encierra el corazón humano, pero ninguna más horrible ni que me haya impresionado más que la que ahora voy á referir.

Cierta mañana, á principios del mes de abril de 1893, vino mi criado á despertarme más temprano que de costumbre, diciendo que una señorita que acababa de llegar deseaba verme con urgencia.

—En seguida voy, contesté.

Y vistiéndome apresuradamente entré pocos minutos después en el gabinete de consulta.

Sentada junto al balcón vi á una joven vestida de luto riguroso y cubierta la cara con un velo negro. Al oir mis pasos se levantó y acercóse tímidamente, preguntando con voz dulce y temblorosa:

—¿Tengo el gusto de hablar con el Sr. D. Arturo Moreno?

—Servidor de usted.

—Ante todo he de decirle que soy sobrina de Florentina Sánchez, á cuya familia creo que conoce usted mucho. No sé si alguna vez la habrá oído usted hablar de mí; soy hija de una hermana de doña Florentina, y mi madre murió hace ocho años.

—Sí, en más de una ocasión me ha hablado de usted su tía. Si mal no recuerdo, creo que viven ustedes en Villalba.

—Justo; precisamente vengo de allí ahora. Salí esta mañana en el tren de las cinco y treinta, y deseo consultar con usted, D. Arturo, porque sufro horriblemente de los nervios. Ignoro si, como me dice mi tía, mi padecimiento se debe sólo al desarreglo del sistema nervioso, ó si es, como yo temo, que la verdadera causa de mi mal es el miedo que poco á poco me va consumiendo la vida. Algunas veces creo que estoy perdiendo el juicio y que todos mis temores no son sino síntomas de que al fin ha de llegar ese horrible caso.

Comprendí que había llegado, sin duda, una nueva ocasión de las muchas en que me había tocado ser paño de lágrimas, y compadecido de la angustiosa situación de la joven la dije:

—Vaya, siéntese usted y cuénteme todo lo que le pasa. Aprecio mucho á toda la familia de doña Florentina, y tendré un verdadero placer en servir á usted en todo cuanto pueda.

—¡Ay, D. Arturo! exclamó la infeliz vivamente emocionada, se lo agradeceré con toda mi alma. El Señor se lo recompensará á usted, pues sólo El sabe cuánto he sufrido y estoy sufriendo.

Mientras esto decía levantóse el velo de la cara, y quedé aterrado al contemplar su semblante desencajado y pálido y la infinita tristeza de aquel rostro juvenil.

—A fin de que pueda usted hacerse cargo de mi horrible situación, prosiguió diciendo, necesito contarle algo de la historia de mi vida. Me llamo Luisa San Esteban y vivo, como usted sabe ya, con mi padrastro D. Cástor Marcos de la Cruz en su antigua posesión de Villalba.

La familia de mi padrastro fué en otros tiempos una de las más ricas de España, pero se arruinó poco á poco con las malas costumbres y la disipación de los cuatro últimos, ruina que completó el padre de D. Cástor jugando sin ninguna clase de miramientos lo poco que restaba de la fortuna. Su hijo, viendo que forzosamente necesitaba adoptar un modo de vivir, estudió

para médico, y con su aplicación y talento, que es mayor que el de la generalidad de los hombres, hizo una carrera brillante. Terminada ésta marchó á Cuba, donde ejerció y adquirió muchísima fama y cuanta clientela quiso. Allí conoció á mi madre, viuda del general San Esteban, gobernador militar que fué de la Habana, y se casó con ella cuando Margarita y yo teníamos tres años. Mi madre tenía 5.000 duros de renta, cantidad que dejó íntegra á mi padrastro, con la condición de que al casarnos nos entregara cierta suma á cada una. El marido de mi madre es de carácter muy violento, y tuvo que salir de Cuba porque maltrató tan cruelmente á un criado, con motivo de un robo cometido en su casa, que el infeliz murió á los pocos días. Mi padrastro estuvo muy expuesto á sufrir algunos años de presidio.

Vinimos á Madrid y poco después falleció mi pobre madre. Entonces D. Cástor abandonó la clientela que aquí tenía y nos llevó á vivir á su antigua posesión llamada Villa Sosa, en Villalba. El dinero que dejó mi madre era muy bastante para atender á todos nuestros gastos, y no parecía haber obstáculo alguno para nuestra tranquilidad; pero entonces comenzóse á notar un cambio profundo en el modo de ser de mi padrastro. En vez de entablar amistades y visitar á los vecinos, quienes al principio se alegraron de tener entre ellos al único descendiente que quedaba de la antigua familia, se volvió taciturno é irascible; apenas salía de casa, y si alguna vez lo hacía jamás regresaba sin haber tenido algún altercado con el primero que tropezara con él.

Parece que casi todos los varones de la familia han tenido el genio muy violento, y es de suponer que la larga estancia en Cuba empeoró el de mi padrastro, que raya verdaderamente en locura. Ha tenido en Villalba riñas vergonzosas, habiendo llegado ya el caso de que las gentes huyan cuando D. Cástor se aproxima, tal es el miedo que infunde. Además hay que tener presente que sus fuerzas son lo que suele llamarse hercúleas, y que casi no es responsable de sus acciones cuando le acomete un ataque de furia.

No tiene amigos ni se trata con nadie, absolutamente con nadie, excepción hecha de los gitanos que con frecuencia pasan

por allí. A éstos, no solamente les permite acampar en nuestros terrenos, sino que se muestra hospitalario con ellos y algunas veces les acompaña cuando se van y permanece en su compañía una ó dos semanas.

Nuestra vida fué un continuo martirio. Margarita y yo no nos atrevíamos á salir de casa y temíamos horriblemente al doctor. Ninguna criada quiso servirnos; así que, durante una temporada larga, tuvimos nosotras que hacer las labores domésticas. Mi hermana sólo tenía veintidós años cuando murió, pero representaba casi treinta.

—¿Y de qué murió su hermana? interrumpí.

—Fué un misterio, D. Arturo. Ya se figurará usted que llevando una vida tan aislada como la que acabo de describir apenas teníamos amigos ni conocíamos á nadie. Sin embargo, el doctor consentía á veces en que pasáramos unos días en casa de nuestra tía. Hace dos años, poco antes de su muerte, Margarita vino en efecto á Madrid, y aquí conoció á un coronel que pidió su mano. Mi padrastro no puso inconveniente ninguno para la boda, pero quince días antes del señalado para celebrarla ocurrió el tristísimo accidente que me privó para siempre de la única compañera de mi vida. Voy á explicar á usted lo que ocurrió antes y en el momento de su muerte.

Ya he dicho que la casa en que vivimos es muy antigua, tanto que una parte de ella está en ruinas, por lo cual ocupamos sólo un ala. Las alcobas están todas juntas y en el piso bajo. La más cercana á la parte vieja del edificio es la de mi padrastro, la segunda fué la de mi hermana y la tercera la mía. No tienen comunicación entre sí, pero las tres dan al mismo pasillo. Aquella noche fatal, el doctor se había retirado muy temprano, pero sabíamos que no estaba acostado, porque el olor de los cigarros fuertes que fumaba molestaba á Margarita. Cuando nosotras nos retirábamos vino ella á mi alcoba y pasamos un rato charlando acerca de su próximo enlace. A eso de las once se levantó para ir á acostarse, pero se detuvo al llegar á la puerta diciendo:

—¿Has oído, Luisa, alguna vez un silbido en medio de la noche?

—Nunca, contesté. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque hace unas noches me despierta á eso de las tres de la mañana un silbido no muy fuerte, pero sí muy penetrante. Ya sabes que tengo el sueño muy ligero, así que me asusto bastante. No puedo calcular de dónde procede el silbido, y por eso te he preguntado si lo has oído alguna vez.

—No, no he oído nada. Probablemente será cosa de esos asquerosos gitanos que suelen acampar en nuestros terrenos.

—Tal vez, añadió; aunque si el silbido viene de fuera, no sé cómo no lo has oído tú también.

—Pero yo tengo el sueño más pesado que tú. Ya sabes que cuesta trabajo el despertarme.

—De todos modos, no es cosa de importancia, contestó.

Un momento después se retiró y vi que cerraba con llave la puerta de su alcoba, como de costumbre.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, parecía como si presagiara una horrible desgracia. Hacía un tiempo borrascoso. El huracán soplaba ferozmente y la lluvia azotaba con furia los cristales de las ventanas. De repente, y sobre el fragor de la tempestad, dejóse oir un espantoso grito de mujer, en el que reconocí la voz de mi querida hermana. Salté de la cama, y poniéndome á escape una falda salí al pasillo para dirigirme á la alcoba de Margarita. Cuando abrí la puerta oí un silbido, exactamente igual al que ella me había indicado, que fué seguido inmediatamente del ruido que suele producir una puerta de hierro al cerrarse.

Cuando me acerqué á la alcoba de Margarita vi que ella estaba abriendo por dentro, y quedé aterrorizada sin atreverme á dar un paso, esperando con el corazón oprimido á ver lo que salía por aquella puerta. Un instante más tarde, instante que á mí me pareció un siglo, se presentó mi hermana. Tenía el rostro lívido, las manos tendidas hacia adelante como demandando auxilio y se tambaleaba como una persona ebria. Corrí hacia ella para sostenerla con mis brazos, pero en el mismo momento quedó como desmayada y cayó al suelo. Indudablemente debía sufrir dolores angustiosos, porque todos sus miembros se retorcían horriblemente. Al principio creí que no me había reconocido, pero al inclinarme sobre ella exclamó con una voz que jamás olvidaré:

—¡Luisa, Dios mío! ¡La banda... ha sido la banda de motas!

Quiso decir más y señalaba desesperadamente hacia la alcoba del doctor, pero la acometieron nuevas convulsiones y no pudo concluir.

Marché á llamar á mi padrastro y vi que salía de su alcoba ya. Cuando se acercó á Margarita, ésta había perdido el conocimiento. El doctor, no sólo la dió estimulantes y la atendió con el mayor cuidado posible, sino que hizo venir al médico de la localidad, pero todo fué inútil. Mi hermana murió poco después sin haber recobrado el sentido. Tal fué el terrible fin de la pobre Margarita.

—¿Y á qué atribuyó su muerte el médico que la asistió?

—No supo explicarla, y por último dijo que probablemente había muerto de un ataque al corazón.

—¿Y no la hicieron la autopsia?

—Sí, y la reconocieron también para ver si había sido envenenada: pero todo fué en vano. El certificado decía que había fallecido á consecuencia de «causas desconocidas».

—¿Y qué opina usted?

—Yo creo, doctor, que murió de miedo, de un terror nervioso, aunque ignoro qué fué lo que la asustó ni puedo tampoco imaginármelo.

—¿Serían acaso los gitanos de quienes habló usted antes?

—Me parece imposible, porque las dos solíamos cerrar siempre las persianas, además de las ventanas, y nadie hubiera podido entrar desde fuera.

—¿Y se registró la alcoba donde su hermana dormía?

—Desde un extremo al otro. El médico mandó á casa al inspector de policía para que averiguase si se había cometido algún crimen, pero no se descubrió ni el menor indicio de esto.

—¿Y qué cree usted que quiso decir con las extrañas palabras de «la banda, la banda de motas»?

—A veces creo que las pronunció en el delirio, y que por tanto no tienen significación ninguna; otras veces se me figura que podrían referirse á los pañuelos moteados que los gitanos suelen llevar en la cabeza.

—¿Estaba vestida su hermana cuando la vió usted?

—No. Debió levantarse de la cama para encender la luz,

pues en una mano tenía una caja de cerillas y en la otra una cerilla medio gastada.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Desde entonces he sufrido algunos ataques de nervios, pero ataques muy fuertes. La muerte de mi desgraciada hermana me impresionó tanto que no creo que recobraré nunca la salud. Mi padrastro no me permitía que consultara con ningún médico ni yo sentía tampoco grandes deseos de consultar, porque todo parecíame ya indiferente, hasta que hará unos dos meses llegó de fuera un antiguo amigo de la familia y me ha hecho el honor de pedir mi mano. Don Cástor no ha puesto inconveniente ninguno para la boda, y, Dios mediante, nos casaremos á principios del verano. Hace dos días se dió principio á ejecutar algunas reparaciones en casa, y los obreros han abierto un boquete en la pared de mi cuarto, lo cual me ha obligado á pasar á la alcoba que ocupó Margarita y á dormir en su cama. Figúrese usted, D. Arturo, qué rato llevaría yo anoche cuando, poco antes de que me rindiera el sueño, oí de súbito el silbido que fué como el anuncio de la muerte de mi hermana. Me levanté, encendí apresuradamente la luz, registré la alcoba, pero no vi nada que llamara la atención, nada absolutamente. Estaba harto nerviosa para volver á acostarme, así que me vestí en seguida, y en cuanto amaneció salí de casa resuelta á venir á ver á usted, para que me diga francamente si mis temores son fundados ó cree usted que mis sufrimientos se deben única y exclusivamente al desarreglo de mi sistema nervioso.

—No hay duda, contesté, que sus nervios se han debilitado mucho con el disgusto de la muerte de su hermana, aunque no me atreveré á decir que esa únicamente sea la causa del estado en que usted se encuentra. Creo que el médico de la localidad hizo muy mal en no esclarecer los motivos del fallecimiento de Margarita. ¿Está usted segura de haber oído anoche un silbido?

—Segurísima.

—Bueno, pues empezaré por darla un tónico y un calmante para los nervios, y si no tiene usted inconveniente iré esta tarde á Villalba, á ver si logramos aclarar lo del silbido.

—Se lo agradeceré á usted con toda mi alma, doctor; pero conviene que de su viaje no se entere mi padrastro, porque no

le gusta que vaya nadie á casa. Como hoy vendrá él á Madrid, según dijo, y no volverá á Villalba hasta la noche, nunca mejor ocasión que ésta.

—Pues espéreme usted esta tarde. Mientras tanto tranquilícese usted, pues la prometo hacer todo lo posible para poner en claro las cosas.

Tan agradecida quedó la desdichada joven, que sin acertar á proferir una frase rompió á llorar como una niña, hasta que al cabo de unos minutos se despidió diciendo:

—Siento ya un gran alivio, doctor, y estoy segura de que me ayudará usted. El Señor se lo recompensará.

Al quedarme solo me hallaba convencido de que algún terrible misterio se ocultaba en casa de la joven que acababa de visitarme. ¿Cómo explicar la muerte casi repentina de su hermana? De ninguna manera opinaba yo que había sido natural, y sin embargo, según había manifestado Luisa, sola estaba Margarita cuando ocurrió. No obstante, compaginando lo de los silbidos nocturnos con el ruido que Luisa había oído al salir de su alcoba, no pude desechar la idea de que se trataba de un crimen que por falta de pruebas se había ocultado á los ojos del mundo, y resolví á todo trance aclarar el misterio, á fin de que no se repitiese cuando menos se esperara.

En todas estas cosas estaba yo pensando cuando oí sonar el timbre, y poco después penetraba en mi gabinete un hombre de aspecto vulgarísimo y repulsivo. Era alto y grueso, tenía la cara ancha y arrugada y la tez morena y amarillenta. Sus ojos hundidos parecían retratar todas las bajas pasiones de su alma, mientras que su enorme nariz aguileña y su horrible dentadura le daban todo el aire de un ave de rapiña.

—¿Es usted D. Arturo Moreno? preguntó con voz ronca.

—Lo soy, contesté seriamente, pero no tengo el gusto de saber con quién hablo.

—Soy Cástor Marcos de la Cruz, de Villalba. Sé que mi hijastra ha estado aquí y vengo á decirle que no le haga usted caso. Es una chiquilla histérica y muchas veces no sabe lo que dice. No tiene padecimiento ninguno. ¿De qué se ha quejado?

—Dispénseme usted, pero no me creo obligado á contestar á su pregunta.

—¿No? exclamó poniéndose furioso. Pues le advierto que no intente usted visitarla, porque no lo toleraré. Para curarla me basto yo, y no quiero ver á ningún médico en mi casa.

—Su hijastra me ha consultado, repliqué, y comprendo que sufre muchísimo. Su padecimiento no es fingido, como usted quiere insinuar. Por consiguiente, hasta que la vea completamente restablecida no la abandonaré; ese es mi deber de médico.

—Lo veremos. Por lo pronto no tengo más que decir.

Y sin más dió media vuelta y salió.

Mis sospechas se confirmaron. Me sentía seguro de que un hombre como aquél sería capaz de todo, y por tanto resolví firmemente hacer los posibles para averiguar el misterio que rodeaba á la pobre joven.

Juzgando que tal vez podría necesitar algún auxilio, si nuevamente llegaba á encontrarme con el tipo que acababa de salir de mi casa, fuí á ver á un antiguo amigo, abogado, y después de referirle el extraño caso que me llevaba á Villalba aquella tarde, le pregunté si estaba dispuesto á acompañarme.

—Con muchísimo gusto, Arturo, respondió; ya sabes que no hay cosa que me agrade más que acompañarte á cualquiera de tus visitas.

Pocas horas después nos hallábamos los dos en el pueblecito de Villalba. Nos apeamos en la estación, alquilamos un mal coche y nos dirigimos á Villa Sosa, que distaba cinco leguas de allí. Hacía un tiempo delicioso, y á pesar de mis tristes pensamientos me parecía sentirme más animado en cuanto al resultado de mi viaje.

En el camino, Eduardo y yo (Eduardo era el nombre del amigo que me acompañaba) examinamos el asunto desde sus diversos puntos de vista, y ambos convinimos en que se trataba indudablemente de un crimen misterioso.

De repente apareció por entre el ramaje de un bosquecillo un edificio viejo y maltrecho. No queriendo llegar en el coche hasta la misma puerta, mandé al cochero que hiciera alto, y apeándonos, marchamos á pie. Apenas habíamos andado unos veinte metros vimos que salía á nuestro encuentro la joven, cuyo semblante expresaba bien á las claras la satisfacción que le causaba nuestra visita.

—¡Ay, D. Arturo! exclamó cuando nos encontramos, ¡cuánto le agradezco que haya usted venido! Mi padrastro no ha vuelto aún, así que no se enterará de su visita.

—He tenido ya el gusto de conocer á D. Cástor, dije.

Y referí lo que había sucedido aquella mañana.

La pobre joven se tornó lívida al escucharme, hasta sus labios mudaron de color.

—¡Ay, Dios mío! repuso; se conoce que me siguió los pasos.

—Así parece, contesté.

—Vive siempre tan alerta que nunca sé cuándo estoy libre de su persecución, añadió. ¿Qué hará cuando vuelva? No me atrevo á pensarlo.

—No se apure usted; ya tendrá buen cuidado de mirar lo que hace, porque le dije que, á pesar de sus amenazas, vendría á visitar á usted.

Al acercarnos á la casa vi que era un edificio antiquísimo y casi en ruinas, compuesto de tres cuerpos, de los cuales el más alto era el del centro. En un ala estaban rotos todos los cristales de las ventanas, y éstas cerradas con tablones. El tejado se hallaba en estado malísimo y tenía rotas muchas tejas. En suma, la casa parecía más bien las ruinas de un castillo viejo que una vivienda moderna. Sin embargo, el ala derecha estaba mejor cuidada, y las cortinas de los balcones, con el aire de limpieza que ofrecían á los ojos, indicaban que aquella era la parte ocupada por la familia.

—Ese es mi cuarto, D. Arturo, dijo la joven señalando hacia la pared desconchada; el de en medio fué el de Margarita, y el más cercano á la parte antigua de la casa es el que ocupa el doctor; pero estas noches duermo yo en el del centro.

—Supongo que será mientras duren las reparaciones, observé. Y á propósito, ¿sabe usted que aquí no me parece que había necesidad de hacer reparación ninguna?

—Tiene usted razón, y no comprendo por qué mi padrastro ha mandado hacerlas, si no fué para obligarme á pasar al cuarto de mi hermana.

—¿Y podría alguien entrar por esas ventanas? pregunté.

—No lo creo, doctor; pero si tiene usted la bondad de esperar un momento, lo probaremos.

Entró apresuradamente en la casa, y un instante después se asomó á la ventana de su cuarto; cerró las persianas, y me convencí de que nadie podría abrirlas desde fuera sin armar suficiente estrépito para despertar á todos.

Entramos en seguida y expuse mis deseos de ver las tres alcobas de que me había hablado la joven. Abrió primeramente la puerta de la del centro, donde había muerto su hermana, y vi que era una habitación pequeña y de techo bajo. En un rincón había una cómoda de nogal, una cama en otro y un lavabo cerca de la ventana. Estas tres cosas, con dos sillas de rejilla y una alfombra, componían todo el mobiliario. Las paredes, hasta la altura de poco más de un metro, estaban forradas de roble, ya casi apolillado.

Allí pasamos un buen rato charlando acerca de lo que ocurrió la noche en que murió la desventurada Margarita, cuando de repente, al fijarme en una y otra cosa, me llamó la atención un cordón de campanilla, cuyo extremo llegaba hasta la misma almohada de la cama.

—¿A dónde va á parar el otro extremo de ese cordón? pregunté.

—Al cuarto de la muchacha, respondió la joven extrañada de mi pregunta; pero nunca usamos la campanilla.

—¿Y ha estado ahí siempre?

—No, mi padrastro la mandó colocar poco antes de la muerte de la pobre Margarita. Dijo que era necesaria, por si se nos ocurría alguna cosa durante la noche.

Me acerqué, tiré del cordón y vi que la campanilla no tocaba.

—Pues no toca, exclamé.

—¿Es posible? dijo la joven acercándose también.

—El cordón está sujeto á la pared por medio de un gancho cerca del ventilador. Parece que nunca ha servido para campanilla.

—Pues nunca me había fijado en eso. Como no lo usábamos...

—Verdaderamente es cosa singular, proseguí. Lo mismo que ese ventilador. Parece mentira que nadie haya podido mandar colocarlo ahí, en comunicación con otra alcoba, cuando por el mismo coste y el mismo trabajo podía haberse abierto donde comunicara con el aire exterior.

—Ese ventilador fué abierto al tiempo de colocar la campanilla, más bien dicho, el cordón.

—Su padrastro tiene caprichos muy raros. señorita. respondí. De allí pasamos á la alcoba del doctor. Era más espaciosa que la de su hjja, pero estaba amueblada con la misma sencillez. Una cama grande de hierro. un estante lleno de libros. un lavabo. una butaca, una mesa redonda y una gran arca de metal eran los únicos muebles de la habitación. en la que también lo observé todo minuciosamente.

—¿Qué hay dentro de esta arca? pregunté.

—Los papeles de mi padrastro. respondió Luisa.

—Pues cualquiera diría que hay gato encerrado. Aquí hay un plato con leche.

—Lo habrá dejado para el gato. Todas las mañanas, antes de salir de su alcoba, toma un vaso de leche y siempre suele dejar algo para el animalito.

Eran tan tristes. tan aterradores los pensamientos que cruzaban por mi imaginación. que no acertaba á decir nada.

Salimos de la alcoba, y mientras mi amigo hablaba con la joven yo estaba sumido en la más profunda meditación. Si lo que había llegado á sospechar fuese cierto. ¿cómo no se le había ocurrido á nadie más que á mí aquella explicación de las cosas?

Ya no era posible dudar: sí. se trataba de un crimen. Estaba seguro de que mi amigo y yo íbamos á descubrir una de las más negras y viles acciones que puede concebir la perversidad humana. la maldad de los hombres. Sin embargo. nada quise anticipar hasta que tuviese seguridad completa.

Por fin levanté la cabeza y dije:

—Señorita. es indispensable que siga usted al pie de la letra mis instrucciones.

—Estoy dispuesta á hacer cuanto usted me mande. D. Arturo, repuso la joven.

—La cosa es muy seria, añadí; hasta su vida puede depender de que usted me obedezca. He resuelto. cueste lo que cueste, averiguar la causa de la muerte de su hermana y lo que tan intranquila y atemorizada la tiene á usted. En primer lugar, mi amigo Eduardo y yo pasaremos la noche en su cuarto. ¿Pudiera usted arreglarse hasta mañana en el otro?

—Sí, por cierto, contestó Luisa con cierta sorpresa.

—Pues bien; esta noche se retirará usted á su cuarto antes que su padrastro regrese, con la disculpa de que no se encuentra bien. Cuando sepa usted que también él se ha retirado y que ya está durmiendo pondrá en la ventana una luz, la cual servirá de señal para nosotros, que estaremos afuera esperando á fin de entrar en el cuarto de usted. Hecho esto, se retirará silenciosamente á la otra alcoba con todo cuanto necesite para la noche. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Y lo que piensa usted hacer no quiere decírmelo?

—Ya se lo he dicho. Quiero averiguar el misterio que hay aquí encerrado.

—¿De modo que usted sospecha?...

—Sí, tengo mis sospechas; no lo puedo negar.

—Entonces, ¡por favor se lo pido! dígame usted cuál fué la causa de la muerte de mi desventurada hermana.

—No puedo decir nada hasta que haya obtenido más pruebas.

—Por lo menos me dirá usted si murió, como yo creo, á consecuencia de un susto.

—Se me figura que hubo otra causa más grave. Y ahora, permita usted que nos vayamos; pues si su padrastro llegara y nos encontrase aquí, habríamos perdido el tiempo. No olvide usted mis instrucciones y esté completamente tranquila, que pronto lo hemos de averiguar todo.

Volvimos al pueblo y alquilamos dos habitaciones en la fonda, desde las cuales dominábamos un gran trecho de carretera. Quería yo asegurarme de si el doctor regresaba á su casa aquella noche.

Al anochecer vimos que, en efecto, pasaba por allí en su coche, en el que se destacaba su enorme figura al lado del cochero. Sin duda éste debió hacer algo que no fuera del agrado de su amo, pues oímos la voz ronca y áspera de D. Cástor y vimos que le amenazaba furioso con los puños cerrados.

—No me extraña, Arturo, dijo mi amigo, que la gente huya de ese hombre. ¡Qué cara tan repulsiva tiene!

—¿Sabes, Eduardo, contesté, que casi tengo miedo de llevarte á Villa Sosa esta noche?

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que existe un peligro muy grave.

—No importa. Adonde tú vayas allí iré yo. Tal vez pueda ayudarte en algo.

—Sí, tu presencia puede serme muy conveniente. Creo que entre los dos hemos de aclararlo todo.

—¿Pero has comprendido ya cuál es el peligro á que te refieres?

—No, no puedo afirmarlo, aunque juraría que existe. El ventilador, el cordón de la simulada campanilla y el ruido de metal que oyó la joven al salir de su cuarto en la noche de la muerte de su hermana me demuestran que tengo razón. En fin, ya veremos, ya veremos.

Cenamos, y á las nueve emprendimos la caminata hacia Villa Sosa. Cuando llegamos al pie de la casa no se veía luz ninguna y tuvimos que esperar un rato. Por fin, cuando sonaban las once en el reloj de la iglesia, apareció una vela en la ventana del centro.

—Esa es la señal, Eduardo, dije á mi amigo. Vámonos ya.

No hallamos dificultad para entrar en la posesión del doctor, pues por todos lados había huecos entre las zarzas que la rodeaban. Penetrando por uno de ellos nos vimos en el mal cuidado jardín y llegamos en seguida á la puerta de la casa, la cual hallábase entornada, según las instrucciones que había dado á la joven.

Nos dirigimos á la ventana y lo primero que hice fué cerrar las persianas con mucho cuidado. Luego, dejando la vela sobre la mesa, examiné minuciosamente la habitación. Convencido de que todo se hallaba tal y como lo habíamos dejado por la tarde, me acerqué á Eduardo y le dije al oído:

—¡Por Dios, no te duermas! Permanece alerta y procura tener listo el revólver por lo que pudiera ocurrir.

Mi amigo no se atrevió á contestarme, pero inclinó la cabeza para darme á entender que me había comprendido.

—Yo me sentaré en el borde de la cama, añadí, y tú ahí, en esa silla.

En seguida apagué la luz y quedamos á oscuras. El bastón que había traído conmigo, junto con el revólver y una caja de cerillas, los coloqué á mi lado... y esperamos.

No olvidaré nunca aquella terrible noche. No se oía ni el más leve rumor; pero sin embargo, sabía yo que muy cerca de mí se hallaba mi amigo aguardando, como yo, los acontecimientos, en el estado de excitación que es de suponer. Las persianas impedían que penetrase por las ventanas el menor rayo de luz, así que la oscuridad que nos rodeaba era impenetrable. A lo lejos dejábase oir la campana del reloj de la iglesia que daba los cuartos y las horas. ¡Cuán largas me parecían éstas! Las doce, la una, las dos, las tres... y de repente apareció un rayo de luz, por el ventanillo que comunicaba con el cuarto contiguo. Desapareció en el acto, y entonces notamos un fuerte olor á aceite: era que el doctor había encendido una linterna sorda. Luego oí que se movía en su cuarto de un lado para otro y volvió á reinar un silencio absoluto.

Por espacio de media hora permanecí escuchando atentamente. Apenas sabía yo mismo qué era lo que pensaba oir, cuando llegó á mis oídos un ruido suave, parecido al susurro de un gato. Entonces vi confirmadas mis sospechas.

Salté de la cama, encendí una cerilla y cogiendo el bastón comencé á dar golpes en el cordón de la simulada campanilla, y tuve el tiempo preciso para ver enroscada en él una enorme culebra, que fué á salir por el ventilador, por el cual sin duda había venido. En el mismo momento sentí un silbido suave, pero prolongado y penetrante. Quedé tan horrorizado mirando al ventilador que no me sentía con fuerzas para moverme, cuando interrumpió el silencio el grito más terrible que he escuchado en mi vida, y que fué aumentando hasta llegar á convertirse en un tremendo alarido de dolor, de temor y de rabia, mezclado todo con la mayor angustia. Quedé pasmado y como si la sangre se hubiese helado en mis venas. En cuanto á Eduardo, apretándome fuertemente la muñeca, aterrorizado y mientras iban apagándose los ecos de aquel espantoso grito, tuvo alientos para preguntarme:

—¿Qué es eso?

—Ese grito, contesté, significa que todo ha terminado. Tal vez es preferible que así sea. Coge el revólver y vámonos al cuarto del doctor.

Encendí la bujía, salimos, llamé dos veces á la puerta, y

viendo que no respondía nadie, pasamos adelante. El cuadro que se ofreció á nuestra vista no podía ser más repulsivo ni más impresionable. Sobre la mesa había una linterna sorda, cuyos rayos iban á quebrarse en el arca de hierro, que estaba abierta. Sentado á la mesa hallábase el doctor, vistiendo una bata gris y con los pies metidos en unas babuchas. Sobre las rodillas tenía un látigo, cuyo extremo formaba una especie de lazo, y rodeaba su frente una banda amarillenta con motas negras. Cuando entramos tenía los ojos fijos en el techo y ni siquiera se movió.

—¡La banda, murmuró Eduardo á mi oído, la banda de motas negras!

—Tienes razón, dije.

Y acercándonos más vimos salir de entre el pelo del doctor la aplastada cabeza y el abultado cuello de una asquerosa culebra.

—Es una víbora de pantano, añadí, de las más venenosas que se conocen. Habrá muerto á los seis segundos de haber sido picado. ¡Cuán cierto es que la maldad es arma de dos filos y que el hombre perverso suele verse cogido en sus propias redes! Encerremos ese bicho en su sitio antes de que mate á otra persona, y después avisaremos al Juzgado y llevaremos á la joven á casa de su tía.

Cogí el látigo que se hallaba sobre las rodillas del cadáver del doctor, y echando el lazo al cuello de la víbora la encerré en el arca de donde había salido, cuya puerta cerré con el mayor cuidado. Hecho esto fuimos en busca de la pobre joven, á quien encontré en tal estado de excitación nerviosa que llegué á temer por su vida. Sin embargo, comprendiendo que era necesario sacarla de allí cuanto antes, la acompañé á casa de su tía en cuanto llegó el Juzgado y se encargó del asunto.

Y gracias á los solícitos cuidados de aquella buena señora tuve la satisfacción de ver restablecida por completo á Luisa á los tres meses de la trágica muerte de D. Cástor Marcos, en el que se cumplió aquello de que el que á hierro mata á hierro muere.





La pluma de oro.



I

Hay algo de extravagante, de excéntrico si se quiere, en lo que voy á relatarte, lector querido.

Empezaré por decirte que si este mi trabajo no es de oro, á una pluma de ese rico y codiciado metal se debe; y si te sonríes tomándome por mentecato y murmurando que muchos escriben con pluma de oro y les resulta de ganso, te advierto que te pasas de listo, y ya sabes que es tan malo, si no peor, pasarse como no llegar.

Aquel año había salido yo de la Academia, henchida mi mente de ilusiones y mi corazón rebosando ambiciosos proyectos. Atraíame la gloria con irresistible fuerza y soñaba con eclipsar la de cuantos héroes «en el mundo han sido». Tan natural y sencillo me parecía conseguir que las cien trompetas de la fama pregonasen mi nombre, y los buriles más reputados esculpiesen mi imagen en mármoles y bronces, que cuantas veces me miraba al espejo creía ver mi cabeza orlada del laurel de la victoria, no sólo como guerrero conquistador de reinos é imperios, sino como poeta, como músico, como artista, en fin, que en lides más pacíficas ha sabido triunfar de cuantos con él luchaban. Porque no era mi única pasión la milicia ni me preciaba no más que de ser artillero. Sentía también verdadera

vocación por las letras y las artes, y á ejemplo de otros muchos que supieron hermanar el amor á la espada con el amor á la pluma, inclinábame con tan fogoso entusiasmo á Marte como á Apolo, y tal gozo sentía al conversar con las musas como al disponer una batería y ensordecer al mundo con las continuas descargas de los cañones.

No faltará quien al leer esto me tache de jactancioso y de inmodesto me tilde: mas como me he propuesto hacer una especie de confesión general ante mis lectores, paréceme que las declaraciones que voy escribiendo mejor revelan sencillez é ingenuidad que vanidad y orgullo. De todas maneras me someto desde luego al juicio que de mí formen, pues no en balde elijo yo mismo el tribunal sentenciador desde el instante que me presento en público á contar una buena parte de mi vida.

II

El cuerpo de artillería proponíase celebrar como nunca la festividad de su Patrona, honrándola por cuantos medios le fuese posible. En mi regimiento se trazó un extenso y variado programa, en el que había funciones religiosas y profanas, resaltando en éstas un certamen literario-musical, con abundantes y valiosos premios.

Mi coronel, hombre tan entusiasta por la artillería que á su hija única la llamó Bárbara, regaló en nombre de ésta una magnífica pluma de oro para el mejor canto á la santa Patrona, y desde el primer momento me asaltó la idea de acudir á aquel palenque y romper una lanza para ver si conseguía merecer tal premio.

Incitábanme á ello varias causas. Me parecía encantador el tema propuesto, y no dudaba que podía sacarse mucho partido de la vida y milagros de la santa. Por otra parte, aunque no existía punto de comparación entre el feroz Dióscoro y mi coronel, entre sus respectivas hijas encontrábanse algunas semejanzas, pues ambas llevaban el mismo nombre, eran únicas, de singular belleza y talento cultivado, y si la mártir de Nicomedia negóse á contraer matrimonio, la hija de mi coronel no parecía seguir distinto camino.

Cuantos oficiales solteros había en el regimiento, y no éramos pocos á la sazón, andábamos por ella, como suele decirse, de coronilla, y si con todos se mostraba afable y cariñosa, ninguno pudo vanagloriarse de haber sabido despertar en el corazón de la joven el sentimiento del amor. Parecía insensible á sus encantos, porque no sólo los artilleros, y aun los militares en general, bebíamos por ella los vientos inútilmente; lo propio les sucedía á los paisanos, y algunos eran los que á todas horas suspiraban por la «bella artillerita», como la llamaban. He ahí otra causa poderosísima que me inducía á luchar en aquel combate del ingenio; pues tratándose de un premio del coronel, dado á nombre de su hija, y corriendo ciertas versiones de que la pluma de oro habíase construído con una alhaja cedida por ella, presentábasenos á sus admiradores hermosa ocasión de demostrarla, siquiera fuese de un modo indirecto, lo que en otras mil variadas formas se lo habíamos manifestado.

Tampoco estaba de más el contentar con aquel paso al jefe sin acudir á bajas y serviles adulaciones, que al fin y al cabo tratábase de un hombre á quien no había de disgustar que se tomase en consideración su idea de cantar las excelencias de la santa Patrona del cuerpo á que pertenecíamos.

Se ve, pues, que eran bastantes y muy poderosos los motivos que me impulsaban á acudir al torneo, y con la antelación debida púseme con ardor al trabajo.

III

Mi imaginación, exaltada de suyo, y mucho más en aquellas circunstancias, se desbordó como un torrente aumentado por lluvias invernales, y después de relatar, en ampulosos versos, los tiempos y las costumbres de la época aquella, describí el palacio de Dióscoro, la singular hermosura de su hija, la torre que la servía de morada, terminando por pintar, con los colores más fuertes, el suplicio á que fué condenada la joven virgen.

Entre el inmenso fárrago de composiciones, más ó menos poéticas, que al concurso se presentaron, el Jurado calificador, benévolo en extremo conmigo, eligió mi obra para concederle el ansiado premio, llenándome, como es consiguiente, de satis-

facción y también de esperanza, porque me parecía un paso gigantesco, dado hacia el corazón de Bárbara, el de la conquista de la pluma de oro entregada á su nombre.

Sólo por el hecho de haberla logrado correspondíame la designación de la reina de la fiesta, y no hay que decir si tal circunstancia sería desaprovechada por mí para encumbrar á mi ídolo y colocarle en el trono. Elegí á la «bella artillerita», y desde aquel momento me dediqué á ensayarme en la lectura de mi obra, con el fin de darla á conocer el día de la festividad.

Llegó el 4 de diciembre, como pocos, espléndido, hermosísimo día de otoño, y luciendo mi uniforme de gala tuve la inmensa ventura de que, apoyada en mi brazo y entre vítores de la selecta concurrencia que llenaba el teatro principal, subiese al trono la hermosa Bárbara, rodeada de su escogida corte.

Yo no sé cómo leí mis versos ni si éstos merecían los honores de que fueron constantemente objeto; lo que puedo decir es que interrumpieron mi lectura frecuentes y atronadores aplausos; que unas veces reinaba en la sala sepulcral silencio, cual si mis oyentes no osaran respirar siquiera para no perder una sílaba de aquellas descripciones de tiempos y lugares tan remotos, y otras estallaban en sollozos ante la pintura de los tormentos sufridos por la heroica cristiana, no faltando entre aquellos lamentos duras recriminaciones á sus verdugos.

Resultó un triunfo, sí, un triunfo ruidoso, espontáneo, general, plebiscitario, si se me permite la frase; algo así como la apoteosis de mi talento. Pero lo que me engrió más, lo que inundó mi alma de gozo y ensanchó mi corazón, fué el ver que Bárbara, la «bella artillerita», la sin par reina de la fiesta, reflejaba en su hermosísimo semblante la emoción más pura, la satisfacción más grande, el contento mayor que puede sentirse, y ora conmovida hasta derramar dulces lágrimas, bien anhelante y ávida de escuchar mi relato, no cesaba un punto de mirarme, como si tratara de darme aliento para proseguir en mi tarea; y he de confesar que la luz de aquellos ojos negros, rasgados, brillantes, me animaba y enloquecía, prestándome, puede decirse así, una nueva vida mil veces más vigorosa, un espíritu infinitamente más superior que el que hasta entonces había sostenido mi cuerpo. Después, cuando llegó el momento de acudir

á los pies del trono á recibir de manos de aquella angelical criatura el premio ganado en tan reñida lid, no sé lo que por mí pasó, pero bien puedo afirmar que en tan supremo instante me sentía capaz de los mayores heroísmos para hacerme merecedor de que *ella* me coronase.

IV

Ocupábame de tiempo atrás en un estudio de balística del que me prometía no poca gloria, y cuando logré verlo terminado y puesto en limpio ocurrióseme firmarlo con la pluma de oro, que desde el día en que la recibí descansaba muellemente en un rico estuche de terciopelo encarnado.

Eran las altas horas de la noche, y sacándolo del cajón en que lo guardaba, lo coloqué abierto sobre mi mesa de escritorio, quedándome contemplando la valiosa joya que encerraba. Al cabo de un rato me pareció que poco á poco se iba transformando la pluma en un elegante marco, dentro del cual se destacaba el retrato de la «bella artillerita», tan hermosa como la vi el día del certamen. Mirábanme aquellos ojazos brillantes y expresivos con tal fijeza que me sentía fascinado, presa de un sueño hipnótico, y entonces llegó á mis oídos una vocecita de tan extraño timbre, de sonido tan particular, que no sé en verdad cómo clasificarla. Si de ciertas voces decimos que son argentinas, bien puede aquélla llamarse aurelina, pues no sonaba á plata, sino á oro. Yo le oí pronunciar claro y distinto mi apellido, lo que me causó tal asombro que no acertaba siquiera á responder al llamamiento.

—No te asustes, hombre, añadió la incógnita voz con cierto tonillo de burla, que eso es impropio de un valiente artillero.

—¿Pero quién diablos eres? exclamé yo entonces amoscado.

—La pluma de oro, querido, la pluma de oro, respondieron.

Si grande fué mi sorpresa cuando oí llamarme de tan misteriosa manera, no fué menos la que me causó semejante noticia, la cual parecía por otro lado cierta, pues ya he indicado que el sonido de la voz era aurelino. ¿Pero hablaban los metales? ¿Habían resurgido los tiempos fabulosos en que los seres inanimados y aun las plantas y los vegetales discurrían como las personas? ¿Habría en aquello algo de encantamiento?

Estas y otras muchas consideraciones propias del caso se me ocurrieron, y como si la pluma tuviese además el don de adivinar los pensamientos, suspendió los míos con estas palabras:

—Déjate de cavilaciones que á nada conducen; toma las cosas como son, sin pararte á averiguar el por qué de su ser, y escucha mi historia, que en parte de fijo ha de interesarte.

Entonces volvió á suceder otra rareza mayor aún que las anteriores. La voz aquella, sin dejar su timbre sonoro, fué tomando más cuerpo, cual si saliera de un lugar más próximo, y como hacía ya buen rato que no percibía la pluma y sí la imagen de Bárbara encerrada en riquísimo marco de oro, jurara que de aquella preciosa boca brotaban las palabras que con tal claridad llegaban á mis oídos. ¿Iría á enterarme de su historia? ¿Existiría alguna conexión entre la hija de mi coronel y el premio otorgado por éste? Había en todo aquello mucho de misterioso para que no se despertase mi curiosidad, y sin decidirme aún á desplegar mis labios para dirigirme á mi desconocido interpelante dispúseme á oir lo que relatarme quisiera.

V

—No te hablaré, prosiguió diciendo, del lugar de mi nacimiento, sino del de mi yacimiento, que fué California, de donde al extraerme aseguraron que desde su descubrimiento hasta entonces había sido la producción de oro por valor de ocho mil quinientos noventa y siete millones, seiscientos setenta y ocho mil reales. Convertido más tarde en barra, con otras muchas compañeras de mi misma especie, navegué en dirección á Londres, en cuyo Banco descansamos largo tiempo.

Si fuera á contarte paso á paso todas las peripecias de mi vida, y en particular las que puedo llamar de mi niñez, resultaría interminable mi relato. Dejaré, pues, á un lado cuanto me sucedió mientras fuí un pedazo de oro, un lingote de eso que los hombres llamáis vil metal, sin duda por lo que en general os envilecéis para lograrlo.

En la Casa de la Moneda de Madrid, á donde vine á parar en aquel estado, convirtieron la barra en muchas y muy relucientes monedas de á cinco duros, y como ignoro la suerte que les

habrá cabido á mis hermanas, hablaré sólo de lo que me ha sucedido á mí.

Una cárcel estrecha, oscura, toda de hierro, fué mi primera morada, y encerrada allí con otras monedas del mismo metal, pero de cuño y valor diferentes, pasé mucho tiempo. De cuando en cuando sacábannos para extendernos sobre una mesa, yo no sé si con objeto de que nos diera el aire, pues al poco rato volvían á guardarme bajo llaves y candados, unas veces en unión de mis antiguas compañeras, otras con desconocidas que duraban más ó menos tiempo en la prisión. Yo me desesperaba al verme privada de libertad, sin poder rodar por el mundo como mis demás congéneres, y sentía tal envidia de aquellas que no volvían al calabozo, que cada vez me ponía más amarilla.

Cierta noche muy tarde, ó mejor dicho una madrugada, sentimos cerca de nuestra oscura vivienda golpes sordos y repetidos. Sobrecogidas de espanto ante aquellos insólitos ruidos no sabíamos á qué podrían obedecer, cuando de pronto se abre la puerta de la cárcel y unas manos extrañas nos arrebatan violentamente en medio del mayor silencio. En el mismo instante presentóse en la habitación el amo de la casa; pero uno de nuestros libertadores le disparó un pistoletazo, dejándole tendido sobre la alfombra. En seguida echaron todos á correr, desapareciendo por las alcantarillas.

Ya te he dicho cuán grande afán sentía de abandonar la estrecha prisión en que vivía encerrada; mas te aseguro que, á tal costa, nunca lo hubiera querido conseguir. Pero así sois los hombres: nos convertís en objeto necesario para satisfacer vuestras pasiones y dar pábulo á los vicios en que vivís encenagados, y á trueque de haceros dueños de nosotras no vaciláis en cometer todo género de felonías, sin perjuicio de maldecirnos luego, cual si la culpa estuviera en nosotras y no en vosotros mismos, que tal valor nos dais y tan precisas nos hacéis. La causa de los males no está en el oro, amigo mío, sino en el envilecimiento y la corrupción del hombre.

Repartido el botín entre los que asaltaron la casa de mi primer amo, tocóme en suerte, con otras varias monedas, ir á parar á manos de uno á quien sus compañeros llamaban *Esponja*, por lo mucho que bebía; el modelo más perfecto y acabado del mal-

hechor. Como su «honrada» profesión no le permitía descansar de noche, dormía mientras el sol brillaba, y á la hora en que los murciélagos dejan sus guaridas, salía *Esponja* de la suya dispuesto á desvalijar á todo bicho viviente. Después de visitar algunas tabernas y despachar en cada una varios vasos de vino dirigíase á cierta casa de juego muy concurrida, y en ella fué donde pronto le perdí de vista.

Una noche corrí de mano en mano por las de cuantos rodeaban la mesa, y en el breve espacio de tiempo que con cada uno de ellos permanecí ¡cuánta infamia y cuánta vergüenza hallé! ¡cuánta miseria y cuánto horror descubrí! Yo sentía temblar á aquellos desgraciados así cuando ganaban como cuando perdían, cual si todos estuvieran azogados, retratándose en sus semblantes las mil distintas emociones por que pasaban sus almas, que ora indicaban la idea del robo, de la falsificación y aun del asesinato por adquirir dinero con que saciar la hidrópica sed del juego, bien la no menos horrible del suicidio para huir de los tormentos que la pérdida de su fortuna les causaba.

Había allí padres de familia que en un momento destruyeron el porvenir de sus hijos, infieles empleados que sepultaron su honor entre el montón de oro ajeno que expusieron al azar de una carta. ¡Cuántos de aquéllos, honrados aún, pero dominados ya por el vicio, tendrían un funesto fin!

VI

El afortunado que cargó con el caudal de todos parecía, por su traje y maneras, un cumplido caballero. Durante la sesión, más que á las oscilaciones de su bolsa, prestó atención al alza y baja de la de un joven sentado enfrente de él, que acabó por perderlo todo y retirarse desesperado á un rincón. Allí fué á buscarle el ganancioso, y después de tratar de consolarle con dulces palabras propúsole un *negocio* que para los dos podía ser lucrativo. Tratábase de la sustracción de un documento, empresa fácil para el arruinado, que prestaba sus servicios en la casa donde aquél se guardaba, y á cambio de una cosa tan sencilla ofrecíale el ganancioso 15.000 duros y un pasaporte en toda regla para que pudiera salir de España sin ningún entorpecimiento.

El joven se resistió al principio á cooperar en semejante infamia; pero le dominaba el amor al oro, habíase arruinado en el juego y se le presentaba ocasión propicia de adquirir de pronto una fortuna. ¿Que los medios de conseguirla eran criminales? ¡Phs! ¡Son tantos los que de ellos se valen para escalar la cumbre de la riqueza y sin embargo son bienquistos en la sociedad!

El tentador se comprometía solemnemente, «bajo palabra de caballero», á no hacer uso del documento en el plazo de un mes, tiempo suficiente para que el otro pusiese tierra y mar por medio, y como el dueño del papel no había de echarlo de menos mientras no lo necesitase para su defensa, tranquila y pacíficamente podía el ladrón guarecerse en lugar seguro.

Tan bien supo pintarlo todo el uno y tales ansias de dinero sentía el otro que poco á poco fué cediendo el joven, hasta que concluyó por cerrar el trato. Al siguiente día, á la hora del crepúsculo vespertino, reuniéronse en la misma casa, y á cambio del documento extraído entregó el ganancioso la cantidad estipulada, de la cual formaba yo parte, y el pasaporte ofrecido.

Yo no sé qué clase de conciencia *usan* algunos, porque si aquellos dos hombres continuaban viviendo tranquilamente sin que el remordimiento les acibarase la existencia, te digo que eran más insensibles y duros que el cuarzo.

Ambos sabían que del acto criminal que acababan de cometer provendrían necesariamente muchas y muy graves consecuencias; pero ansioso el uno de acaparar la fortuna de que disfrutaba su legítimo dueño y codiciando el otro salir de la estrechez en que vivía, no vacilaron en lanzarse por aquella infame senda, preparando así el terreno para sepultar en la ruina á un hombre honrado, pues cuando el jugador ganancioso entablara contra él un pleito no podría hacer valer sus derechos. Ya ves si el negocio era limpio.

VII

Al otro día, con un fútil pretexto, despidióse el infiel servidor de la casa en que tan indignamente supo portarse, y cuatro días después de su inicua acción llegábamos á Bayona.

Allí se le ocurrió á mi nuevo poseedor, mientras esperaba el

buque en que trasladarse á América, coger dos monedas y convertirlas en gemelos. Una de ellas fuí yo, y en breve un platero nos dejó en estado de servir para el uso á que trataban de destinarnos.

En esta nueva forma viajé con rumbo á Nueva York, presenciando durante la travesía cómo el producto del robo iba quedándose en diferentes manos, á tal extremo que al punto de saltar á tierra sólo unas pocas alhajas le quedaban, y éstas llevaron el mismo camino, pasando yo con mi compañero á poder de un cubano de color que tuvo el mal gusto de convertirme en alfiler de corbata.

Dos meses más tarde hallábame en la manigua y ocho días después moría el negro de un balazo. A mí me recogió un soldado, el cual, creyéndome objeto de poco valor, vendióme á un sargento, y de uno en otro llegué á pertenecer á un teniente de infantería que regresaba á la Península herido y propuesto para una cruz pensionada.

Aquel bravo militar, que procedía de la clase de tropa, no contaba en la Corte con valedores que le amparasen, y pronto se vió obligado á empeñar cuanto de valor poseía. Yo fuí una de las primeras alhajas de que se deshizo. Cierta noche me llevó á un lujoso establecimiento, que en nada se parecía á los que de esta clase había yo oído describir. El dueño no era un viejo sucio y harapiento, de nariz encorvada y ojos hundidos, gorro mugriento y gabán raído. Joven, guapo y elegante, rodeado de una porción de dependientes tan distinguidos, afables y simpáticos como él, semejábase á uno de tantos honrados comerciantes como hay por el mundo. Se conoce que no es preciso llegar á viejo y llamarse D. Judas para ser usurero y negociar con la miseria y el vicio. Basta con tener el corazón duro para no conmoverse ante las lágrimas de los infelices que se ven necesitados de recurrir á su bolsa.

Sacó de allí el oficial unos pocos *pesos*, dejándome, como quien dice, en rehenes, y aunque tuve para mí que no volvería á verle más, con gran asombro mío me recogió al cabo de mes y medio, y colocándome en un lindo estuche me condujo á casa de tu coronel. Allí supe que éste, enterado no sé por dónde del calvario del pobre oficial, había logrado que fuese atendido en

sus justas pretensiones, y agradecido mi dueño á favor tan señalado, quiso demostrárselo con aquel obsequio.

Bien sabes tú la poca ó ninguna afición que el padre de Bárbara siente por las alhajas; no te extrañará, pues, que al momento pasase de sus manos á las de su hija. Esta á la sazón jugaba á los novios con un galancete estudiante, que más frecuentaba los cafés y garitos que las aulas de la Universidad.

Es fácil que tú ignores que en el regimiento contáis con un habilísimo platero, uno de los mejores artífices en ese ramo, y á él acudió Bárbara para encargarle que con el alfiler hiciese dos hermosos anillos de alianza y grabase en su interior las palabras *amor eterno*. Uno de los anillos fué á parar á manos del novio, que en ademán solemne dijo al recibirlo:

—Yo te aseguro, Bárbara, que este anillo irá conmigo á la tumba.

VIII

No creo que yo le entendiese mal; opino, por el contrario, que el calaverilla aquel se equivocó al pronunciar la palabra *tumba*, pues indudablemente quiso decir *timba*, y me fundo para ello en que al punto de separarse de la muchacha empezó á soliloquiar de la siguiente manera:

—Me parece que D. Homobono ya me dará por este anillo siquiera cuatro duros. Con ese dinero, ¿quién sabe si recuperaré lo que perdí anoche? Se me ha puesto en la cabeza que hoy he de ganar mucho... Si supiera la «bella artillerita» el camino que lleva su regalo... ¡Bah! De aquí á mañana ya se me ocurrirá algún embrollo para engañarla. Y como las mujeres, cuando aman de veras, dan crédito á todo cuanto las dice el objeto de su amor, será muy capaz de obsequiarme con el otro anillo, y así este viejo avaro tendrá en su escondite dos alhajas más.

Terminó el monólogo cuando pisó el último peldaño de unas empinadas y estrechas escaleras. Había allí una desvencijada puerta, y con desenfado dió en ella el joven varios golpes, á los cuales respondió una voz muy parecida al ruido que produce la caña seca al romperse.

—Abra usted, Perfecta, que soy yo, dijo el galán.

Y la puerta se abrió, apareciendo allí una asquerosa vieja que á gritos parecía pedir una escoba para lanzarse por los aires en demanda del aquelarre. Se comprende que al ver semejantes tipos haya quien crea en brujas.

Delante de ella, y como quien conoce bien el camino, echó á andar mi dueño, y al final de un largo y oscuro pasillo abrió con segura mano una puerta que en la época de Carlos III había tenido cristales, pero que á la sazón ostentaba papeles engrudados que impedían el paso de la luz. Daba la puerta á una sala de regulares dimensiones, donde se veían multitud de objetos heterogéneos.

Casi oculto detrás de una enorme mesa, y sentado en un sillón de cuero, divisábase á un hombrecillo que lo mismo podía contar cincuenta años que ochenta, y aquél vi que usaba gorro y gafas azules. Ocupábase en escribir en un viejísimo cuaderno, y al sentir que abrían la puerta miró por encima de sus gafas y se levantó con ligereza de su asiento.

—¿Cómo está usted, D. Luis? gritó con chillona voz.

—Muy bien: ¿y usted, D. Homobono? contestó el joven con la amabilidad del que no tiene un céntimo y espera sacar algo de aquel á quien se dirige.

—Medianamente, D. Luis, medianamente, añadió el viejo; más que mis años y mis achaques, que no son pocos, como soy tan sensible á las desgracias ajenas, me matan los lamentos de algunos infelices que aquí vienen; así es que espero dejar esto muy pronto, porque conozco que no he nacido para ello... Pero siéntese usted, D. Luis, siéntese usted.

—No, gracias, tengo prisa, dijo éste rechazando la silla, ni limpia ni nueva, que le ofrecía D. Homobono.

—Aunque no sea más que un momento para descansar de la fatiga que causa tanta escalera como hay que subir.

—Sea como usted quiera, repuso Luis en tono de resignación, sentándose al mismo tiempo.

—Pues como le iba diciendo, continuó el viejo, este comercio es para esas personas que no tienen corazón, ó si lo tienen es tan duro que no les conduelen ni las lágrimas de la desamparada viuda ni las no menos tristes reflexiones del atribulado padre que carece de pan para sus hijos. Mas para mí, que soy

todo ternura y bondad, le digo á usted que no es esto; pues pierdo, no sólo mi salud, sino mis intereses, por cuanto doy mucho más de lo que debo en pago de los objetos que aquí me traen, en el momento que empiezan con lamentaciones.

—Tiene usted mucha razón, afirmó Luis con cómica gravedad; no es para todos este negocio.

—¿Y qué de bueno le trae á usted por aquí?

—Poca cosa; esta alhajita, contestó el galán sacándome del dedo y entregándome en las garras de D. Homobono.

Este me miró y remiró primeramente; luego me bañó una parte con no sé qué líquido, frotándome en seguida contra una piedra, y por fin me pesó.

—Poco vale, añadió al fin, porque es muy sencillo y el oro de baja ley.

—¡Si es un anillo que se abre y lleva dentro esta inscripción! dijo cogiéndome de nuevo y separando mis dos mitades.

—Pues eso que usted cree que le da más valor se le quita.

—No lo entiendo.

—Sí, señor; este es un anillo encargado por una persona para regalárselo á otra, por lo que sólo tiene valor para ellas.

—¿Pero no habrá muchos que con gusto lo comprarían para regalárselo á la novia, por ejemplo?

—No lo crea usted, amigo D. Luis.

—En fin, ¿cuánto me da usted por él?

—Haciéndole á usted un obsequio, porque le aprecio de veras, le daré... treinta reales.

—¿Treinta reales? ¡Eso no es nada! Ya me pagará usted siquiera cincuenta.

—¡Buen jornal sacaría yo si hiciera tal disparate!

—Pues partamos la diferencia.

—Si no puede ser.

—En ese caso me la llevo.

—No quiero que quede usted descontento de mí. Tome usted las diez pesetas, pero créame que pierdo en el trato más de medio duro.

Dióle en efecto los cuarenta reales, y con ellos marchóse en seguida D. Luis, dejándome á mí en poder del compasivo don Homobono.

IX

En cuanto desapareció el novio de Bárbara tomóme el viejo otra vez en sus manos, y después de darme infinitas vueltas murmuró:

—No he hecho un gran negocio, pero vaya por los muchos buenos que antes de ahora me ha proporcionado.

Dicho esto abrió una puerta que detrás de la mesa estaba y daba paso á otra casa. Allí había un cuarto forrado de hierro, que servía al viejo avaro de almacén y laboratorio. En éste desaparecían todas las huellas que pudieran dejar las alhajas procedentes de robos y en aquél guardaba las que no venían de procedencia mala ó dudosa. El cuarto aquel estaba lleno de secretos donde ocultaba el miserable cantidades enormes de monedas de oro y multitud de joyas de inestimable valor. La parte de delante de la habitación presentaba el aspecto de un modesto taller de platero, y allí D. Homobono, con apariencia muy diferente de la que en la otra casa presentaba, vendía alhajas á la multitud de parroquianos que una mal adquirida fama de honrado y económico le había granjeado.

Los ratos que le dejaban libres sus dos establecimientos dedicábalos á la adoración, puede decirse así, de sus riquezas, y allí, en aquella repugnante operación, era de ver al hombre. ¡Qué de gestos y contorsiones más ridículas! ¡Cuántos besos estampaba en los montones de oro! ¡Qué lágrimas de ternura derramaba ante ellos! ¡Cuán dulces epítetos prodigaba al oro! Llamábale su alma, su vida, su consuelo, el encanto de su existencia: cuantas frases, en fin, pueden demostrar el amor más entrañable y profundo.

Con ninguno de mis dueños sufrí lo que con éste, á pesar de que fueron contados los días que en su casa permanecí. Uno de ellos, el último, extrajo del misterioso cuarto, su templo, que así puede llamársele, una multitud de alhajas, entre las cuales me cupo la suerte de encontrarme, y en una caja nos condujo al salón de ventas. ¡Juzga tú cuál sería mi sorpresa al hallarme allí con la hermosa Bárbara, acompañada de una sirviente de edad!

Distinguióme al punto entre todas mis compañeras, y cogiéndome con sus mórbidas manos preguntó á D. Homobono cuánto valía.

—Para usted ocho duros, señorita, contestó el viejo con mucha galantería.

—¡Es carísimo! repuso ella.

—Pues crea usted que no gano nada con él.

—Un aro tan sencillo...

—No tanto como usted cree, y además, abriéndole así, tiene una inscripción: ¿la ve usted? *Amor eterno*.

—Le doy á usted por él cinco duros.

—Mire usted, señorita, en seis podía haberlo vendido ya, y quizá vengan luego por él; sin embargo, le haré á usted la gracia de dársele en ese precio, aunque sea perdiendo.

—¿En los cien reales?

—Sí, señora... Ya le dije al que me lo vendió: «Mire usted, D. Luis, voy á perder en esto lo menos diez pesetas».

En unión de otras varias joyas volví entonces á poder de la «bella artillerita», que, como puedes suponer, quedó bien desengañada del amor de su novio.

X

Aquel mismo día se vió con él, y con la mayor naturalidad le dijo:

—¿Cuándo vas á traer el anillo?

—Ya te tengo dicho que hasta graduarme no quiero lucirlo.

—¿Y se puede saber de qué te vas á graduar?

—¡Toma! ¿Ahora sales con eso?

—Ahora, sí, porque me parece que el grado simplemente es poco; la borla de doctor en picardías y falsedades es lo que á usted le conviene.

—¿Qué dices, Bárbara?

—Que olvide usted ese nombre como yo he de olvidar el suyo.

Atónito el galán, le ofreció solemnemente presentarse el siguiente día con el anillo, y entonces Bárbara, despidiendo rayos por sus ojos, le habló así:

—Bien sabe usted que eso es imposible, y si acaso cuenta con la complicidad de D. Homobono, sepa usted que el anillo ya no le pertenece, pues se lo he comprado yo.

Y arrancándose con violencia el guante de la mano izquierda mostró á D. Luis juntos los dos anillos.

Sin decir una palabra más dió la desengañada joven media vuelta, dejando plantado al embustero calavera, y desde aquel momento se prometió á sí misma no dar oídos en adelante á ningún hombre. De aquí provino el desvío que todos cuantos á su alrededor habéis andado notabais en ella, pero no debes ignorar que el tiempo hace modificar las opiniones y es el mejor antídoto contra el veneno del desengaño.

Cuando su padre le habló de la fiesta de Santa Bárbara, manifestándole su deseo de contribuir con algún premio para el certamen, Bárbara se acordó de los dos anillos y pensó trocarlos en una artística pluma. Que el artífice de que antes te hablé cumplió á conciencia el encargo está á la vista, pues si la cantidad de oro que en mí llevo no es grande, el trabajo es tan perfecto y acabado, de mérito tan superior, que bien puedo vanagloriarme de que se me conceptúe como verdadera obra de arte. Muchos habéis sido los que os lanzasteis á mi conquista, pero la fortuna te ha sonreido á ti, y puedes estar seguro de que «la bella artillerita», al ponerme en tus manos el día de la fiesta, sintió una emoción de tal naturaleza que en ti consiste fomentarla hasta lograr el otro premio que ansías.

XI

He aquí el relato de la pluma, que enmudeció después de pronunciar aquellas palabras tan halagüeñas para mí. El eco de su simpática voz parecía retumbar en mi cuarto cual si repicasen á cierta distancia varias campanillas de oro, y mientras aquel sonido iba apagándose poco á poco desaparecía el retrato de Bárbara con el marco que lo encerraba, quedando sólo la pluma en el estuche abierto.

¿Fué todo ello un sueño, alguna alucinación? No lo sé; mas séase lo que fuere, causó en mi ánimo una impresión tan grande que empuñando la pluma de oro llené al momento un

montón de cuartillas con ardientes versos en que pintaba mi amorosa pasión. Aquella composición tan inspirada y vigorosa, escrita con tanta espontaneidad: aquella declaración tan franca de los sentimientos más íntimos de mi alma sería, á mi juicio, el mejor, el único procedimiento capaz de fomentar la emoción de que la pluma acababa de hablarme, y sin pensar en el descanso la puse en limpio, enviándola á su destino en seguida.

A la tarde asistí al paseo que *ella* frecuentaba diariamente, y aunque todavía me duraba la excitación producida por tantas emociones, habíase apagado mucho el entusiasmo que me causaba la seguridad del triunfo, y tan pronto ardía en deseos de verla como temía su encuentro.

¿Había hecho bien en escribirla así, de golpe y porrazo y de una manera tan clara y manifiesta? ¿No hubiera sido mejor explorar primero el terreno, tantearlo, antes de dar un paso tan decisivo? Indudablemente cometí una ligereza imperdonable al fiarme de aquel sueño ó lo que fuese, y quién sabe si por haberme precipitado lo había echado todo á perder.

Cuanto más transcurría el tiempo más negro lo iba viendo todo, y unido el estado de mi ánimo á la ausencia de Bárbara, que contra su costumbre no acudía al paseo, hízoseme intolerable la estancia en él, por lo que me retiré á mi casa, lamentando amargamente mi desventura.

Allí me esperaba otro golpe que acabó de aturdirme. En la puerta de la calle, de charla con la hija del portero, hallábase un ordenanza del coronel. Sólo el verle me dió mala espina, y cuando me entregó una carta de su amo no dudé que en ella se encerraba la bomba explosiva que había de anonadarme. La cogí con la punta de los dedos, y lejos de precipitarme á abrirla para salir de una vez de dudas, con ella en la mano comencé á subir las escaleras muy despacio.

XII

La tal cartita me quemaba los dedos, y tan persuadido estaba yo de que su contenido era para mí un terrible varapalo, que sentí impulsos de dejarla intacta, encerrarme en mi cuarto y no salir de él mientras no lograse el traslado á otro punto.

Porque una de dos: ó mi inoportuna composición había caído en manos del coronel, y bueno se pondría al leerla, ó le disgustó á la muchacha mi atrevimiento y se fué con el cuento á su padre. En cualquiera de los dos casos era segura mi desdicha, y si la pérdida de aquella ilusión querida causábame honda pena, el temor de haber disgustado á mi coronel poníame en un trance inexplicable de angustia y aflicción.

No lo digo por vanagloria, pero en difíciles y repetidas ocasiones he demostrado que no me arredraban los obstáculos ni me intimidaba el temor á la muerte, y no obstante mi valor bien probado, asustábame el pensar que fuese necesario presentarme ante mi enojado superior. Bueno y afable se mostraba siempre con todos nosotros, y aun puedo afirmar que sentía por mí cierta predilección: mas era tal el respeto con que en medio de nuestro cariño le mirábamos, que cualquier sacrificio hubiéramos hecho antes de causarle el menor disgusto. ¡Cuál no sería el mío al verme en aquella situación!

Y allí estaba la carta, convidándome á leerla: pero mis fuerzas no llegaban á tanto como á enterarme por mí mismo, sin ayuda de nadie, de mi sentencia de muerte. Sin duda quiso Dios sacarme de aquel atolladero enviando en mi auxilio á un compañero, que al enterarse de mis cuitas se apoderó de la carta, la abrió corriendo y al punto de leerla me cogió del brazo y empujándome violentamente hacia la puerta me dijo con voz de trueno:

—¡Anda, corre, vuela, que te cita el coronel en su casa á las siete y sólo faltan dos minutos!

Entonces ya no me detuve á pensar si aquel llamamiento sería para echarme un sermón por mi calaverada. Traté sólo de cumplir con mi deber acudiendo á la cita, y tomando la carta por una orden rajante eché á correr por calles y plazas, expuesto á que por loco me detuvieran.

En cuanto llegué me hicieron pasar al despacho, y á mi saludo, puramente militar, repuso el coronel alegremente:

—¡Adiós, ilustre vate!

¿Qué significaría aquéllo? ¿Trataría de añadir el sarcasmo á la burla? Todo me parecía posible, y cuadrándome como un recluta en la misma puerta de la habitación, dije:

—Mi coronel, si en algo he faltado á usía...

—¡Teniente Bermúdez! gritó él interrumpiéndome. ¿Ha leído usted mi carta?

Aquel fué otro disparo á quemarropa; porque, en efecto, la precipitación con que mi amigo me empujó para que acudiese á la cita impidióme leer la tal misiva, y sólo sabía de su contenido lo que aquél me dijo. Pero era preciso responder, y responder la verdad, y firme en mi puesto contesté que no la había leído.

—¿Cómo entonces acude usted á la cita que en ella le he dado? preguntóme el coronel dando muestras de asombro.

Me pareció que lo mejor sería, para evitar torcidas interpretaciones, confesárselo todo, y como mi excitación nerviosa había llegado á su apogeo, comencé al punto á hablar con ligereza suma, con vertiginosa rapidez, relatándole en breve tiempo, merced á aquella verbosidad, cuanto se relacionaba con el asunto. Con muestras de agrado oyó mi coronel lo que le contaba, sonriéndose no pocas veces, hasta que al fin me dijo:

—¿Y usted creyó que para amonestarle le escribía y le citaba en mi casa? Para eso le hubiese llamado al cuartel.

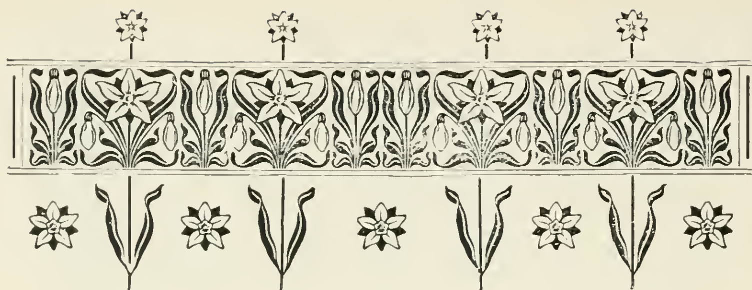
¡Oh qué alegría sentí entonces! ¡Con qué satisfacción respiró mi oprimido pecho!

Manifestóme en seguida que Bárbara, al leer mi incendiaria epístola, acudió á ponerla en su conocimiento, pidiéndole, como hija sumisa y obediente, su parecer, y como el buen señor me tenía á mí en el mejor concepto posible, desde luego autorizó nuestras relaciones amorosas y quiso él mismo encargarse de darme tan grata nueva.

Los que conocen al capitán Bermúdez saben que soy el feliz esposo de Bárbara y el padre de una abundante y lucida prole con que Dios ha bendecido tan venturosa unión.

La pluma de oro ocupa lugar preferente en nuestra sala, y á su alrededor se ven artísticos dibujos que representan la historia que aquella memorable noche me relató.

Eloy Requena.



El yelmo.



—Pero, tío. ¡si yo amo á mi prima!

—¡Quítate de ahí!

—¿No me la da usted?

—No me fastidies.

—¡Que me causará la muerte!

—¡Qué tonterías dices! Ya te consolarás con otra muchacha.

—¡Por Dios, tío!

Mi tío. que estaba de espaldas á mí. volvió de repente su rostro lívido y dió con el puño sobre el mostrador un fuerte golpe.

—¡Jamás! gritó, ¡jamás! ¿Me entiendes?

Al mirarle yo con ojos suplicantes y las manos enlazadas, continuó:

—¡Valiente marido harías tú. sin un céntimo y con ilusiones de mantener una casa! ¡Buena la haría yo entregándote á mi hija! Es inútil que insistas. Ya sabes que en diciendo yo que no nadie me hace decir lo contrario.

No añadí ni una palabra más. Conocía á mi tío, que era terco como nadie: me consolé lanzando un suspiro. y proseguí mi trabajo de limpiar una vieja y oxidada espada de doble puño.

Esta conversación tuvo lugar en la tienda de mi tío materno, comerciante muy conocido en antigüedades y objetos de arte, establecido en la calle del Prado, núm. 53. Su tienda, á la que había bautizado con el nombre de *La Cruz de Malta*, era un verdadero museo de curiosidades. De las paredes colgaban artículos de porcelana de Marsella y Rouen, corazas, sables y mosquetes antiguos y marcos de cuadro. Debajo de éstos había escritorios y cofres de todas clases é imágenes de santos, unos mancos, otros cojos y dilapidados en cuanto á su pintura. Aquí y allá, en estuches y vitrinas de cristal, herméticamente cerrados, había chucherías de infinita variedad: lacrimatorios, urnas, miniaturas, anillos, piedras preciosas, trozos de mármol, brazaletes y estatuitas de marfil, cuyo tinte amarillento, con los rayos del sol, parecía tomar momentáneamente una transparencia carnosa.

Desde tiempos inmemoriales aquella tienda había pertenecido á los Gutiérrez: fué transmitiéndose de padres á hijos, y mi tío, según decían los vecinos, debía poseer una respetable fortuna. Estimado de todo el mundo, era concejal del Municipio y había tomado muy en serio su oficio de anticuario. Bajito, grueso, terco y de carácter un tanto áspero, era en el fondo un hombre de sanas inclinaciones. Tal era mi tío Norberto, el único pariente varón que me quedaba, y el cual, en cuanto salí del colegio, me elevó á la dignidad de jefe y único dependiente de su tienda *La Cruz de Malta*.

Pero mi tío no sólo era comerciante en antigüedades y concejal del Ayuntamiento, era más que eso. Para mí sobre todo era el padre de mi prima Rosa, de quien yo estaba locamente enamorado.

Sin hacer el menor caso de los suspiros que exhalaba mi pecho mientras limpiaba el óxido de la larga espada, mi tío, con una lente en la mano, examinaba una porción de medallas que aquella misma mañana había comprado.

De repente sonaron las cinco, y levantando la cabeza exclamó:

—Al Ayuntamiento.

Cuando mi tío pronunciaba esta frase, que era como algo sagrado para él, de buena gana la hubiese saludado siempre

haciéndola una reverencia; pero aquella vez, después de reflexionar un momento, se dió unos golpecitos en la frente y añadió como quien se quita un peso de encima:

—No, no es hasta mañana. A donde tengo que ir (y ya se me olvidaba) es á la estación del Norte, á recoger el envío de que hace poco recibí aviso.

Y levantándose de la silla y dejando sobre el mostrador la lente gritó:

—¡Rosa! tráeme el bastón y el sombrero.

Y volviéndose hacia mí añadió en voz baja y hablando muy de prisa:

—En cuanto á ti, no olvides nuestra conversación. Si crees que me has de obligar á decir que sí ensáyalo, pero no creo que lo consigas. Mientras tanto, ni una palabra á Rosa ó ¡por San Bartolomé! que te arrojaré de mi casa.

En aquel momento apareció Rosa con el sombrero y el bastón de mi tío y se los entregó. Después de besarla en la frente me echó la última y la más *elocuente* de sus miradas y se marchó. Yo seguí limpiando la espada de doble empuñadura, hasta que se acercó Rosa muy callandito y preguntóme:

—¿Qué le pasa á mi padre? Parece que está enfadado contigo.

La miré. Tenía unos ojos tan negros, una mirada tan bondadosa, unos labios tan rojos y unos dientes tan blancos que acabó de enloquecerme y se lo conté todo: mi pasión cada vez más ardiente, la petición que le había hecho á su padre y la negativa que me había dado. Yo no lo podía remediar, y después de todo él tenía la culpa. Ya que no estaba allí determiné desafiar su cólera. Por otro lado, no hay como la gente tímida para demostrar valor en ciertas ocasiones.

No contestó mi prima. Bajó los ojos y sus mejillas enrojecieron como las cerezas de junio.

—¿Estas enfadada conmigo? la pregunté temblando. ¿Te has incomodado por eso?

Por única respuesta me tendió la mano.

Aquello me infundió alientos. Mi cabeza ardía, mi corazón palpitaba. Ya no pude callar, y estrechando febrilmente su mano grité:

—Rosa, te lo juro, yo seré tu esposo.

Y como ella me mirase moviendo tristemente la cabeza, añadí:

—¡Ah! sé muy bien que mi tío es terco, pero yo lo seré más y no pararé hasta obligarle á decir que sí.

—¿Y cómo? preguntó Rosa.

—¿Cómo? Yo me ingeniaré; yo he de vencer cuantas dificultades se presenten.

En aquel momento sonaron pasos en la calle é instintivamente nos separamos. Yo volví á la espada, y Rosa, á fin de reponerse un poco, comenzó con la punta del delantal á limpiar el polvo de una estatuita que estaba encerrada en un estuche de terciopelo encarnado. Entró mi tío. Sorprendido de encontrarnos á los dos allí se detuvo mirándonos alternativamente, mientras nosotros seguíamos nuestro trabajo sin levantar la cabeza.

—Toma esto, me dijo entregándome un paquete que traía en la mano. Una compra magnífica, como verás.

Casi maquinalmente desenvolví el paquete y saqué un yelmo de acero; pero no un yelmo ordinario, no, sino uno soberbio, monumental, con cuello y careta de extraña forma. La careta estaba levantada y traté de averiguar qué era lo que no la permitía bajarse.

—Eso no se baja, las charnelas están descompuestas, dijo mi tío; pero es una pieza soberbia, y cuando esté completamente limpia y retocada quedará muy bien. Ahí tienes tú labor para mañana.

—Está muy bien, tío, murmuré sin atreverme á levantar los ojos para mirarle.

Aquella noche, al entrar en mi cuarto, me fuí sin detenerme á la cama. Estaba ansioso de quedarme á solas para entregarme á mis pensamientos. Suele decirse que la almohada es buena consejera, y yo tenía necesidad de buenos consejos en aquel trance; pero después de estar despierto más de una hora dándole vueltas al asunto me quedé dormido sin encontrar solución ninguna, y hasta el día siguiente no hice más que soñar las cosas más raras.

Vi á Rosa camino de la iglesia en traje de boda, con una gorra del siglo IV, de tres pies de altura, sobre la cabeza; pero estaba más bonita que nunca. Luego cambió de repente la escena. Había luna y á sus pálidos reflejos bailaban gran número de

yelmos y pedazos de porcelana antigua, mientras mi tío, vestido con armadura completa y con una enorme alabarda en la mano, dirigía el baile.

A la mañana siguiente ¡ah! á la mañana siguiente me encontré á la misma distancia de mis deseos. En vano, apretando los dientes, froté y refroté el descomunal yelmo que la noche anterior había traído mi tío. Lo limpié con fuerza, con rabia, como si me propusiera romperlo, pero nada se me ocurría.

Brillaba ya como un sol; mi tío estaba fumando su pipa y mirándome, pero yo seguía tan torpe, sin que se me ocurriera cosa ninguna. ¿Cómo le podría obligar á que me diera su hija?

A las tres de la tarde se fué Rosa al campo, de donde no debía volver hasta la noche. Al despedirse, y aprovechando un instante en que mi tío nos había dejado solos, sólo pudo hacerme una seña con la mano.

Que no estaba tranquilo mi tío se le veía en la cara; sin duda no había olvidado nuestra conversación del día anterior. Yo seguía frotando el yelmo.

—Ya brilla bastante, déjalo, dijo mi tío.

Lo dejé. La tormenta se cernía sobre mí, y lo mejor que podía hacer era dejarla pasar; pero de repente, y como respondiendo á un extraño capricho, cogió mi tío el enorme yelmo y se puso á examinarlo por todas partes.

—Una hermosa pieza de armadura indudablemente, murmuró, pero debió de pesarle mucho al que lo llevaba.

Y no pudiendo sin duda resistir la tentación se lo encajó en la cabeza y cerró el cuello alrededor del suyo.

Casi mudo de asombro me quedé al ver lo que hacía y lo feo que estaba. De repente sonó algo, como si hubiera saltado un resorte, y ¡crac! cayó la careta. Y he allí á mi tío con la cabeza metida en una jaula de hierro, gesticulando y maldiciendo como un energúmeno. Yo no pude contenerme. Al ver la facha de mi tío, irresistiblemente cómica, solté la carcajada. Entonces, montando en cólera, se acercó á mí amenazándome y gritando:

—¡Loco, las charnelas! ¡Las charnelas, loco!

Aunque no le veía la cara, comprendí que estaba colorado y sofocadísimo.

—¿Cuándo acabarás de reirte, idiota? gritó con más furia.

Pero el yelmo se movía tan ridículamente sobre sus hombros, salía su voz en unos tonos tan extraños, que cuanto más gritaba, gesticulaba y me amenazaba, más me reía yo.

En aquel momento sonó el reloj dando las cinco.

—¡La sesión del Ayuntamiento! exclamó mi tío con voz ahogada. ¡Pronto! Ayúdame á quitarme este endiablado yelmo y ya nos arreglaremos después.

Súbitamente se me ocurrió una cosa, una idea extraordinaria me vino á la cabeza, una locura: ¿pero quién está más loco que el que ama? Además no encontraba otro camino.

No respondí.

Mi tío, asustado, dió dos pasos atrás, y otra vez se movió el descomunal yelmo sobre sus hombros.

—No, contesté con firmeza: no ayudaré á usted á quitarse eso si no me otorga la mano de mi prima Rosa.

Desde las profundidades de la careta salió, no una exclamación de enfado, sino un verdadero rugido. ¡Buena la había hecho! ¡Todo lo había echado á rodar!

—Si no consiente usted, añadí, no sólo no le ayudaré á quitarse ese armatoste, sino que llamaré á todos los vecinos y luego iré á buscar el Ayuntamiento.

—¡Tú acabarás tus días en un patíbulo! gritó mi tío.

—¡La mano de Rosa! repetí. Usted me confesó que solamente á la fuerza diría que sí. Dígalo usted ahora mismo ó llamo á toda la vecindad.

Todavía estaba sonando el reloj. Mi tío levantó los brazos como para maldecirme.

—¡Decídase usted pronto! exclamé, que viene alguien.

—Bueno, pues sí, murmuró mi tío, pero date prisa.

—¿Palabra de honor? pregunté.

—Palabra de honor.

Cedieron la careta y el cuello y la cabeza de mi tío salió de su cárcel. Estaba rojo como una amapola. Y no pudo salir más á tiempo, pues justamente en aquel momento el boticario de la esquina (su colega en el Ayuntamiento) entró en la tienda preguntando:

—¿Viene usted? Si no empezarán sin nosotros.

—Voy, contestó mi tío.

Y sin mirarme siquiera cogió el bastón y el sombrero y salió con el boticario.

Yo me quedé en la tienda completamente desesperanzado. Seguramente mi tío no me perdonaría.

A la hora de comer ocupé mi puesto al lado de mi tío, á la derecha; comí poco y no hablé ni una palabra.

—A los postres será ella, pensaba yo, procurando esquivar las miradas de Rosa.

Como me presumía, terminados los postres encendió su pipa mi tío, levantó los ojos y exclamó:

—Rosa, ven acá. ¿Sabes lo que me pidió ayer tu primo?

Rosa temblaba como la hoja en el árbol y lo mismo hacía yo.

—Tu mano, añadió, nada menos que tu mano. ¿Tú le quieres?

Rosa bajó los ojos.

—Bien, bien, continuó mi tío: en ese caso no hay más que hablar. Ven acá tú.

Yo me acerqué diciendo:

—Aquí estoy, tío. Y añadí por lo bajo: Perdóneme usted.

El hombre soltó una carcajada, gritando:

—¡Cásate con ella, borrico! Puesto que la quieres y te quiere, te la doy.

—¡Ay, tío Norberto!

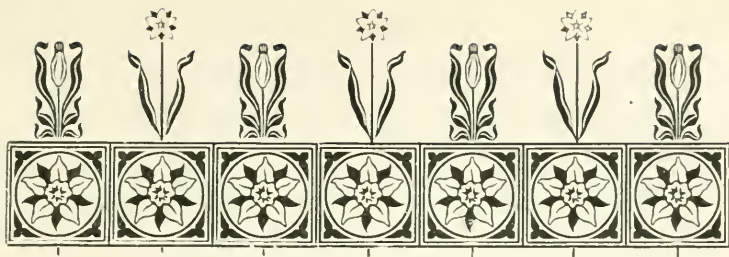
—¡Ay, querido papá!

Y Rosa y yo nos arrojamos en sus brazos.

—Bueno, bueno, dijo enjugándose las lágrimas, sed felices; eso es todo lo que os pido. Y añadió bajando también la voz y hablándome al oído: De todas maneras te la hubiera dado, pero que nadie se entere de lo del yelmo.

Doy mi palabra de que jamás lo he contado á nadie más que á Rosa, mi querida mujercita, y si alguna vez pasáis por la calle del Prado, núm. 53, en el puesto de honor de la tienda podréis ver el yelmo de mi tío, que nunca quisimos vender.





La Hermandad de los Siete Reyes



La sentencia.

La misteriosa desaparición de Mme. Koluchy llegó á ser el tema de las conversaciones. Su casa quedó abandonada, á sus numerosos satélites no se les veía por ninguna parte. Ella misma parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Apenas había un solo *detective* que no se hallase ocupado en su persecución. Scotland Yard no estuvo nunca tan agitado: pero fueron transcurriendo día tras día sin que recibiéramos la noticia de su captura. No se pudo saber nada absolutamente acerca de su paradero.

Sin embargo, era seguro que vivía aún y mis temores no disminuyeron. A todas horas me parecía estar viendo aquella cara siniestra y cruel, y en casa ó fuera de casa, dormido ó despierto, me perseguía constantemente.

Pocos días antes de las Pascuas de Navidad me visitó Dufrayer, el cual me encontró en mi laboratorio como una fiera enjaulada.

—¿Qué te pasa, Head? preguntóme.

—Lo de siempre, respondíle.

—Vaya, vaya, añadió, esto no puede continuar así: tienes que pensar en otra cosa.

—Imposible: el recuerdo de esa mujer no me deja de día ni de noche.

Acercándose á mí me tocó cariñosamente en el hombro.

—Necesitas distraerte, dijo. Debes salir de Londres, á ver si así te tranquilizas. Y á propósito, traigo una invitación que creo nos ha de servir á los dos. Nos invitan á pasar las Pascuas de Navidad en la vicaría de Rokesby con mi amigo el presbítero Guillermo Sherwood, de quien me has oído hablar muchas veces. Es una bellísima persona. ¿Acepto la invitación para los dos?

—¿Dónde está Rokesby?

—En la provincia de Cumberland, á unas treinta millas del lago de Windermere. Es un sitio muy pintoresco, situado entre montes. En casa de Sherwood estaremos muy tranquilos y haremos una vida deliciosa. Si salimos el lunes por la mañana llegaremos á tiempo para pasar las fiestas agradablemente. ¿Qué te parece?

Consentí en acompañar á Dufrayer, y el lunes siguiente salimos para Rokesby. Nada de particular ocurrió durante el viaje, aparte de que en una de las grandes estaciones se metió una caravana de gitanos en un coche de tercera enganchado junto al nuestro. Entre ellos me llamó la atención una mujer más alta que las demás, que llevaba toquilla en la cabeza, puesta de manera que le cubría casi toda la cara. Me extrañó que, siendo gitanos, viajaran en el tren, y así se lo hice observar á mi amigo. Mas tarde les oí cantar y noté que entre todas sobresalía una voz por su extensión y su dulzura. Sin embargo, no hicimos alto mayormente en nuestras observaciones.

En la estación de Rokesby se apearon los gitanos, y llevando cada uno su correspondiente maleta desaparecieron muy pronto por entre un bosque de pinos.

Me chocó la manera de andar de la mujer alta, y estaba á punto ya de llamar la atención de Dufrayer cuando llegó Sherwood y me distrajo su cariñoso saludo. Era una persona de trato agradabilísimo, muy inteligente y de aspecto muy digno y noble.

La vicaría distaba de la estación unas seis millas, que recorrimos en la berlina de Sherwood. Aquel aire purísimo parecía infundir nueva vida y sentí que, á medida que avanzábamos, iban disminuyendo algún tanto la profunda tristeza y el abatimiento que se habían apoderado de mí, haciéndome verlo todo de color muy negro.

En el portal de la casa esperaba nuestra llegada una muchacha alta y esbelta, la cual tenía en una mano un farol cuyos rayos iluminaban perfectamente sus facciones. Representaba á lo sumo diez y ocho años y era muy pálida, de ojos negros y expresivos y muy simpática.

—Ya estamos aquí, Rosalía, exclamó el presbítero, y te aseguro que el largo paseo nos ha dejado heladitos. ¿Has mandado encender fuego en las chimeneas?

—Sí, señor, contestó la joven. Pronto notará usted que la casa está bien abrigada.

Avanzó hacia Dufrayer, que era antiguo amigo suyo, y le tendió la mano.

—Rosalía, dijo Dufrayer volviéndose hacia mí, aquí tienes á mi querido amigo Mr. Head, de quien me has oído hablar con frecuencia.

—Sí, muchas veces, repuso Rosalía, la cual me saludó muy afable, manifestando que tenía sumo gusto en conocerme. Y añadió:

—Me parece usted ya tan antiguo amigo como Mr. Dufrayer. Pero pasen ustedes, que sentirán frío.

Entrando en la casa nos encontramos de pronto en una antesala espaciosa y de techo altísimo. Estaba alumbrada por tres magníficos quinqués fijos en la pared, y se diferenciaba mucho de lo que suele verse en una vicaría de aldea.

—¡Ah! veo que la antesala le llama á usted la atención, míster Head, exclamó la joven observando el interés con que la examinaba. La casa es antiquísima y fué convertida en vicaría hace un siglo. Se la enseñaré á usted toda mañana. Ahora hagan el favor de pasar al gabinete de papá, donde he mandado que preparen el té.

Volvióse hacia la izquierda, abrió una puerta de roble macizo y nos hizo pasar á un hermoso y cómodo gabinete, cuyas paredes

estaban forradas de cedro desde el suelo hasta el techo. Un buen fuego ardía en la chimenea de la habitación, cuyo ambiente era muy agradable. Miss Sherwood nos sirvió el té, y después de unos momentos se retiró diciendo:



¡AH! EXCLAMÓ LA JOVEN, VEO QUE NUESTRA ANTESALA LLAMA LA ATENCIÓN DE USTED

—Tengo muchísimo que hacer. Como las Pascuas se aproximan, necesito atender á muchas cosas; así que les ruego me dispensen.

Noté que el rector apenas apartaba de su hija la vista; era evidente que la quería muchísimo.

—¡Qué muchacha tan encantadora! exclamé cuando salió del gabinete.

—Celebro mucho que simpatice usted con ella, Mr. Head, dijo el padre. Excuso añadir que veo por sus ojos. Su madre murió cuando apenas había cumplido Rosalía los quince años, y desde entonces ha sido ella el único consuelo de mi vida. Pero vivo muy preocupado por ella, ¡pobrecita! Es delicadísima y el estado de su salud me causa mucha intranquilidad.

—¿De veras? pregunté. Es verdad que he notado que está muy pálida, pero no hubiese creído que era delicada.

—Su padecimiento tiene más de moral que de físico. Es de un carácter sumamente nervioso é impresionable. Sufre con todo género de temores y supersticiones, y la vicaría, como ustedes comprenderán, no es el mejor sitio para curarla, contestó Sherwood. Recibió siendo niña un susto terrible.

—¿Un susto?

—Sí; ya se lo contaré á ustedes en otra ocasión.

Al poco rato Dufrayer y yo nos retiramos á nuestras habitaciones, á fin de prepararnos para comer. Media hora más tarde, cuando volvimos á reunirnos en la sala, nos esperaba ya miss Sherwood. Vestía un sencillo pero bonito vestido blanco, y me pareció que rara vez había visto muchacha más simpática. Sus maneras eran naturales y exentas de toda afectación, y aunque muy propias de una joven, no carecían de dignidad. A primera vista se descubría que estaba bien acostumbrada á recibir á los convidados de su padre y á hacer los honores de la casa.

Cuando fuimos al comedor habíamos ya entablado una conversación animada, á la que prestaban grande atractivo la voz armoniosa y la dulce expresion de los ojos de Rosalía.

Hacia la conclusión de la comida volví á traer á cuento la antigüedad de la casa.

—Debe ser antiquísima, dije. En verdad que me ha sorprendido lo mucho, y me gustaría conocer su historia.

Mientras me expresaba así lancé una mirada á la joven, y pude observar que una expresión de infinita tristeza apareció en sus ojos al oir mis palabras. Después de unos momentos de vacilación contestó pausadamente:

—Llama la casa la atención de todo el mundo, y no es extraño, pues hay en ella departamentos que parece tienen tres siglos,

aunque algunas habitaciones, por supuesto, son más modernas. Papá creyó que tuvimos suerte cuando la hicieron vicaría, pero...

Se detuvo de repente: un débil suspiro salió de sus labios, y luego, bajando la voz, continuó:

—El último inquilino echó la casa á perder. El y su hijo cometieron muchos actos de vandalismo, pero papá ha hecho todo lo posible para restaurarla. Si le interesa á usted de veras, mañana se la enseñaré.

—Las cosas antiguas, dije, me han interesado siempre muchísimo, y ésta, á juzgar por lo poco que he visto, debe ser muy de mi gusto. Sin duda tendrá su correspondiente leyenda, y si hay de por medio alguna aparición...

Hablé, naturalmente, en broma y sonriendo, pero la sonrisa se me heló en los labios. La joven se tornó completamente lívida: dejó caer la servilleta, y al inclinarse para recogerla noté también que su padre la miraba con ansiedad y que cambió en seguida de conversación.

Pocos minutos después Rosalía se retiró de la mesa, dejándonos solos para tomar el café. Tan pronto como cerró la puerta, Sherwood nos invitó á que acercáramos las sillas á la chimenea y tomó la palabra.

—He oído, comenzó diciendo, lo que habló usted á Rosalía, y siento no haber hecho antes alguna indicación. Esta casa tiene una leyenda tristísima, y la aparición á que usted se refirió en broma ha existido, al menos para mi pobre hija, muy de veras.

—¿Es posible? pregunté con sorpresa.

—Por mi parte, continuó Sherwood, no tengo fe en la aparición, pero sí creo en la influencia que ejerce el recuerdo de la leyenda en un carácter tan sumamente nervioso como el de Rosalía. Si ustedes quieren, les contaré la leyenda.

—Nada me agradaría más, contesté.

El rector abrió un nuevo paquete de cigarrillos, y después de ofrecérnoslos empezó diciendo:

—El que ocupó esta casa antes que yo, y fué mi predecesor, tenía un hijo muy atolondrado, el cual, según parece, mantuvo relaciones con una joven aldeana que vivía en el bosque cercano. Acabó por llevar la muchacha á Londres, y una vez allí la

abandonó. Entonces ella se arrojó al Támesis y murió ahogada. El padre del chico declaró que no volvería á considerarle como hijo ni permitiría que entrara más en su casa; pero la madre rogó tanto por él, que por fin se llegó á una especie de reconciliación. El hijo volvió á casa para pasar las Pascuas de Navidad, después de prometer que cambiaría completamente de vida, y celebraron las clásicas fiestas como de costumbre.

La noche de Navidad todos se retiraron á hora muy avanzada, y poco después se oyó un grito horrible que procedía del cuarto donde dormía el joven. Y á propósito, Dufrayer, es el mismo cuarto donde dormirá usted esta noche. Cuando el padre penetró apresuradamente en aquella estancia encontró muerto en la cama á su hijo, el cual tenía el corazón atravesado de una puñalada. Se promovió, naturalmente, un gran alboroto, que aumentó cuando se supo que hacía días andaba rondando los alrededores de la casa una herbolaria muy conocida en la vecindad y madre de la muchacha á quien el joven había llevado con engaños á Londres. Hasta llegó á decirse que había entrado en la casa por un pasillo secreto que nadie más que ella conocía. La llamaban la madre Heriot, y los aldeanos la miraban como si fuese una bruja. Detenida por las autoridades recobró muy pronto la libertad, porque faltaban pruebas para acusarla.

Seis semanas después la encontraron muerta en su choza de Grey Tor, y desde entonces el rumor público viene diciendo que todos los años, en la noche de Navidad, entra por el pasillo secreto, con el que nunca hemos podido dar.

La leyenda es muy conocida entre estas gentes y supongo que á Rosalía se la contaría su aya; pero lo cierto y seguro es que, cuando tenía ocho años, cierta noche de Navidad nos despertó á todos lanzando horribles gritos, y cuando acudimos declaró que había visto á la herbolaria, no sólo en su cuarto, sino también inclinada sobre su lecho.

Desde entonces, alterado su sistema nervioso, no parece la misma, y en cuanto llegan las fiestas de Navidad sufre muchísimo, por más que hace todo lo posible para vencer sus temores. Así que, siquiera por ella, me alegraré, como me alegro siempre, de que pasen pronto estos días. Hago todo cuanto puedo para distraerla, pero es muy poco lo que consigo.

—Y del pasillo oculto, ¿qué han sabido ustedes? pregunté.

—¡Ah! es muy curioso, contestó Sherwood levantándose. De que ha existido no tengo la menor duda. Dicen que fué abierto cuando la rebelión de Monmouth, y se supone que tiene la salida en el cementerio, á unos 200 metros de aquí: pero por más esfuerzos que hemos hecho, llegando hasta traer arquitectos de Londres para reconocer la casa, no hemos podido dar con la entrada. Yo creo que hace muchos años que fué cerrado, y que la persona, fuera quien fuese, que cometió el crimen entró en la casa por otros medios más naturales. El caso es que no se ha encontrado el pasaje, y hace tiempo que ya no nos molestamos en buscarlo.

—¿Y no tienen ustedes ningún dato por el cual puedan guiarse?

—Nada que pueda llamarse dato. Se me figura que para hallarlo tendríamos que derribar la parte antigua de la casa.

—Me gustaría mucho buscarlo. Estas cosas me agradan extraordinariamente.

—La única indicación que puedo ofrecerle, amigo Head, es lo que dice este libro.

Cruzó la habitación y cogió de un armario de libros uno forrado con pergamino y que tenía cierres de plata, y abriéndolo me lo entregó diciendo:

—¿Sabe usted leer la letra negra?

Respondí afirmativamente:

—Más de una vez he pretendido descifrar la significación de estas palabras, pero ha sido inútil. En fin, lea usted.

Leí en alta voz los siguientes versos:

«Cuando el tejo con la estrella combine,
»el que lo busca ciento veinte palmos mide:
»espera luego á que los labios santos
»eclipsen con sus curvas los campanarios altos:
»palmos cuarenta y ocho al través de la primera,
»allí hallaréis la tumba maldecida».

—¿Y nadie ha conseguido descifrar esto? pregunté.

—Nadie absolutamente, contestó Sherwood. Dice la leyenda

que el pasaje da al cementerio, y que la salida está combinada con una de las antiguas tumbas: no sé más que esto. Pero, cambiando de conversación, si les parece á ustedes iremos á la sala, donde de seguro nos está esperando Rosalía con impaciencia.



LEÍ EN ALTA VOZ

—¿Me da usted permiso para copiar estos versos? pregunté. Sherwood me lanzó una mirada de extrañeza, pero consintió en seguida. Saqué del bolsillo un librito de notas y los copié. El rector volvió á guardar el libro en el armario, y dejamos á un lado la leyenda del pasaje secreto y de las apariciones, para entablar una conversación más alegre.

La siguiente mañana, día de Navidad, amaneció triste y

lluviosa. Miss Sherwood nos invitó á que la ayudáramos á colocar las tradicionales decoraciones de la iglesia, situada á espaldas de la vicaría, y pasamos el tiempo agradablemente entretenidos. Al regresar á casa para almorzar, atravesando el cementerio, recordé los versos que había copiado en mi libro de notas, y no pude menos de mirar de un lado á otro con curiosidad. ¿Dónde estaría la tumba maldecida á la cual conducía el pasaje oculto? Pero como no podía hablar con Rosalía acerca de esto, resolví dejarlo para otra ocasión. Aun no había conseguido desechar mi tristeza, todavía me perseguía la imagen de madame Koluchy. Y sin embargo, ¿dónde podíamos estar más libres del alcance de sus diabólicas maquinaciones que en aquella remota aldea, situada en la soledad de los montes de Cumberland?

—Parece que mejora el día, dijo la joven cuando llegamos á la entrada de la casa. ¿Quieren ustedes que después de almorzar vayamos á dar un paseo? Podíamos subir á Grey Tor y hacer una visita á la madre Heriot.

—¿La madre Heriot? exclamé con sorpresa.

—Sí, la herbolaria. ¿Pero ha oído usted hablar de ella?

—Su padre habló anoche de una mujer de ese nombre.

—¡Ah! sí, ya sé, contestó miss Sherwood apresuradamente. Pero papá se refería á la madre; ésta es la hija. Cuando murió la otra, después de cometer un horrible crimen, su hija adoptó su nombre y su oficio. Es una persona muy curiosa y me agradaría que la vieran ustedes. Los aldeanos tienen mucha fe en ella, aunque también la temen. Dícese que posee remedios eficaces contra todos los males y las enfermedades todas. Conoce las virtudes de todas las hierbas que crecen por aquí, y es muy cierto que ha hecho algunas curas maravillosas.

—Se ocupará también en brujería y sabrá decir la buenaventura, ¿no es verdad? pregunté sonriendo.

—Algo hay de esto último, repuso alegremente la joven. Esta tarde la suplicaré que nos la diga á los tres y nos reiremos un poco. Pero tendremos que salir en seguida, porque las tardes son ahora muy cortas y el camino es un poquito largo.

Salimos después de almorzar. Tomamos primeramente la carretera, y luego, volviendo á la derecha, comenzamos la subida á Grey Tor. El sendero que seguíamos atravesaba el

bosque de pinares que flanqueaba el monte. Hacía mucho frío y el aire era penetrante, aunque sano. Al entrar en el bosque notamos que aun había mucha humedad. Una niebla blanquecina ocultaba á trechos las ramas de los árboles, y la tierra estaba blanda y cubierta de hojas secas y de helechos marchitos.

—La choza de la madre Heriot está un poco más allá del bosque, observó Rosalía. La verán ustedes en cuanto salgamos de aquí. ¡Ah! ahí está.

Miré hacia arriba y vi una chocita de piedra que parecía estar adherida al flanco del monte. Subimos á paso ligero por el sendero, que iba estrechándose á medida que nos acercábamos á la choza, y de pronto nos encontramos sobre una especie de plataforma saliente, cubierta de espesa hierba y de durísimos guijarros. Allí era donde estaba la choza. Por la chimenea salía una nubecilla de humo semejando una cinta de color azul pálido, lo cual nos hizo comprender que la herbolaria estaba dentro.

Llamé á la puerta con el bastón é inmediatamente la abrió una mujer alta y delgada. A pesar de tener la cara llena de arrugas no representaba mucha edad. A primera vista se conocía que era una vejez prematura la suya. Tenía los ojos negros y relucientes y me lanzó una mirada muy expresiva; pero al momento, fijándose en Rosalía, se animó su semblante, hizo un gesto rápido con la mano y comenzó á hablar con los dedos.

—Oye perfectamente, dijo Rosalía, pero no puede hablar, porque es muda desde la niñez. No emplea tampoco las señas comunes de los sordomudos, sino que tiene su manera especial de explicarse. Yo la entiendo bien, porque vengo con frecuencia á hablar con ella un rato. Mire usted, madre, prosiguió la muchacha acercándose á la herbolaria, estos caballeros han venido conmigo á verla á usted, porque queremos que nos diga la buenaventura. Es conveniente oirla el día de Navidad, ¿no es cierto?

La mujer inclinó la cabeza, y empezando nuevamente á hablar con los dedos, hizo con la mano una indicación hacia adentro. Rosalía se volvió á nosotros exclamando:

—Estamos de enhorabuena. La madre Heriot tiene en su

casa una visita, la de la mejor adivinadora de Londres, la de la reina de las gitanas. Dice que está de paso y que sólo permanecerá aquí dos noches. La madre Heriot propone que sea ella quien nos diga la buenaventura. ¡Va á tener gracia!



APARECIÓ UNA MUJER ALTA Y DELGADA

—¿Si será la que está con esta mujer una de las gitanas que vinieron á Rokesby en el mismo tren que nosotros? observé volviéndome hacia Dufrayer.

—Es posible, respondió.

—Consienten ustedes, ¿no es verdad? preguntó Rosalía.

—Sí, por cierto, contestó Dufrayer; por mi parte no hay inconveniente.

—Estamos conformes, madre, exclamó miss Sherwood dirigiéndose de nuevo á la herbolaria; consentimos en que su amiga, la reina de las gitanas, nos diga la buenaventura... ¿Saldrá ella aquí ó tendremos que entrar en la choza?

Otra vez hubo una pantomima de manos y dedos y Rosalía empezó á interpretar.

—La madre Heriot, tradujo, dice que ella la hablará. Parece que la respeta mucho.

La herbolaria entró en la choza y nosotros permanecimos esperando fuera. Lancé una mirada á Dufrayer, el cual me contestó encogiéndose de hombros y como asintiendo á que, efectivamente, era harto ridícula nuestra situación. Por otra parte, yo sentía una tristeza inexplicable, como si presintiera alguna catástrofe inmediata, y un abatimiento profundo iba apoderándose de mí.

La herbolaria reapareció á los pocos minutos y Rosalía interpretó nuevamente.

—¡Qué cosa más rara! exclamó. La gitana me recibirá á mi sola, y para hablar con ella he de entrar en la choza. ¿Entraré?

—Yo te aconsejaría que no entrases, Rosalía, dijo Dufrayer; deja en paz á la señora gitana.

—El caso es, repuso la joven, que siento mucha curiosidad, que tengo grandes deseos de verla.

—Pues si te empeñas, entra, te esperaremos aquí. Pero no te fíes de sus tonterías.

La muchacha palideció y entró en la choza; nosotros permanecimos fuera.

—No sé si hemos hecho bien en dejarla entrar, Dufrayer, dije á mi amigo, dada su idiosincrasia.

—¿Y por qué no?

—Porque un temperamento tan nervioso como el suyo...

—Pero no es posible que tome en serio tonterías ni ridiculeces.

Dufrayer estaba apoyado contra la pared de la choza, con los brazos cruzados y los ojos mirando hacia adelante. Nunca vi en su rostro mayor indiferencia ni expresión más marcadamente positivista.

Al poco rato volvió á presentarse miss Sherwood. El cambio que noté en ella me hizo estremecer. Estaba no sólo pálida, sino lívida y desencajada. No quiso mirarnos cara á cara. Puso una moneda en la mano de la madre Heriot y dijo apresuradamente:

—Volvamos pronto á casa, que hace mucho frío.

—Vamos á ver, Rosalía, exclamó Dufrayer cuando ya empezábamos á bajar la cuesta, ¿se puede saber lo que te pasa? Tienes cara de haber oído algo desagradable.

—La reina de las gitanas estuvo muy misteriosa, contestó la muchacha.

—¿Qué señas tiene? pregunté.

—No se lo puedo decir, Mr. Head, repuso, porque apenas la vi. Estaba sentada en el rincón más oscuro de la choza, envuelta en una capa larga; me cogió de la mano y me dijo lo que no me es permitido repetir.

—Siento de veras que la haya usted hablado, repliqué; pero no creo que hará usted caso de sus palabras. Estamos en pleno siglo XIX, miss Sherwood, y hoy las tonterías no cuajan.

—Yo no soy como las demás personas de este siglo; creo á pie juntillas, como suele decirse, en toda clase de supersticiones y también en la buenaventura. ¡Cuánto siento haberla consultado! Sus palabras me han impresionado mucho, muchísimo. ¡Ojalá no hubiera venido!

Bajábamos entonces la cuesta y noté que la joven miraba atrás de cuando en cuando, como si temiera que alguien nos siguiese; estaba muy nerviosa. De repente se detuvo, se volvió y cogiéndome del brazo:

—¡Chist! ¿Qué será eso? preguntó en voz muy baja y señalando una sombra negra que se veía por entre los árboles. Alguien nos sigue, continuó: estoy segurísima de que nos persiguen. ¿No ve usted una figura detrás de aquel grupo de árboles? ¿Quién será? Escuchemos.

Nos detuvimos y escuchamos en silencio, mirando hacia el sitio donde señaló la joven, y nos pareció oir el ruido de una rama seca, seguido de algunas pisadas. Miss Sherwood estaba temblando.

—No hay duda de que había alguien allí, dijo Dufrayer; ¿pero por qué no había de haber?

—Naturalmente: no hay por qué alarmarse, miss Sherwood. Sería tal vez algún paciente que iba á consultar á la madre Heriot.

—Nadie se atreve á acercarse á ella á estas horas, contestó. Los aldeanos tienen fe en sus medicamentos, pero también la temen. Ninguno la visita después de caer la tarde. Vamos á casa pronto.

Apresuramos el paso y en el momento en que entrábamos en el bosque miré hacia atrás.

Sobre la especie de plataforma saliente donde se hallaba la choza de la madre Heriot vi á través de la espesa niebla á una mujer alta, la cual desapareció rápidamente. Pero algo había en la estatura y en el porte que hizo que mi corazón cesara de latir. Se parecía á la gitana alta que habíamos visto el día anterior, y también ¡cielos! también tenía una semejanza inexplicable, aunque muy marcada, con Mme. Koluchy. ¡Mme. Koluchy allí! ¡Imposible! No podía ser. Sin duda me había equivocado. Mi imaginación febril, fija siempre en lo mismo, me hacía ver visiones. Por lo menos en aquel lugar tan apartado del mundo en que ella se agitaba teníamos que hallarnos fuera del alcance de aquella diabólica mujer.

Cuando llegamos á la vicaría aproveché la primera ocasión para decir á Dufrayer lo que había sospechado.

—¿Sabes lo que estoy pensando, amigo Dufrayer? le dije.

—¿Qué? preguntó.

—Que la gitana adivinadora que estaba en la choza de la madre Heriot es nada menos que Mme. Koluchy.

Dufrayer quedó pensativo unos minutos, y luego replicó:

—No podemos saber cuándo, cómo ni de qué manera se nos volverá á presentar Madame: pero se me figura, Head, que ahora estás enteramente equivocado. Por mi parte, creo que esa mujer ha salido de Inglaterra hace tiempo.

El resto del día transcurrió sin que sucediese nada de particular. Rosalía estaba preocupada y silenciosa. Su marcada agitación y el estado de sus nervios dejábanse traslucir, á pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse, y su padre, que lo notó, estuvo con ella aun más cariñoso que de costumbre.

El día de Navidad se deslizó tranquilamente. Por la mañana

estuvimos todos en la iglesia, y por la noche llegaron los convidados para celebrar la fiesta como de costumbre. Pasamos el



Á TRAVÉS DE LA NIEBLA VI LA FIGURA DE UNA MUJER ALTA

rato agradablemente, aunque de cuando en cuando miraba yo con cierta aprensión á miss Sherwood, la cual vestía un traje blanco, con flores en la cintura y en el pelo rizoso y negro. Era indudablemente una muchacha muy bonita, por más que aquella

noche la intranquilidad reflejada en su rostro y lo extraño de su mirada escrutadora disminuían su belleza. Su mal disimulado disgusto me impresionó mucho, y me decidí á suplicarla que confiara en mí. ¿Qué le había dicho la misteriosa gitana?

Era aquélla la noche en que, según la antigua leyenda, se presentaba el fantasma de la herbolaria en la vicaría, y si miss Sherwood lograba desechar de la imaginación lo que tan intranquila la tenía, podría encontrarse mucho más sosegada después. Estaba cerca de mí, y cuando se inclinó para coger una flor me acerqué más y la dije:

—Está usted sufriendo, ¿no es verdad?

—Es que soy muy tonta, contestó.

—¿No quiere usted decirme lo que la aflige? Simpatizo con usted y respetaré su secreto.

—Ya sé que hago mal en pensar tanto en mis temores, pero no lo puedo remediar. Y á propósito, ¿les ha contado papá la leyenda de esta casa?

—Sí, nos la contó.

—Esta es la noche en que se aparece la herbolaria.

—¿Pero es posible que crea usted esas cosas? Deseche usted semejante idea, que no tiene fundamento ninguno.

—Eso lo dice usted porque nunca vió...

Empezó á temblar, y levantando la mano la pasó por delante de sus ojos, como si quisiera borrar la visión que se le presentaba.

—Siento una tristeza infinita, prosiguió. Estoy segurísima de que esta noche sucederá alguna cosa horrible.

—Cree usted eso porque la adivinadora la asustó á usted ayer.

—¿Cómo lo sabe usted? preguntó mirándome sorprendida.

—Me lo figuro por lo agitada y nerviosa que está usted desde entonces. Si se tranquiliza usted y me refiere lo que la dijo, no dudo que podré desvanecer sus temores.

—El caso es que me habló bajo promesa de que á nadie lo revelaría. ¿Cree usted que puedo faltar á mi palabra?

—Teniendo en cuanto las circunstancias, sí puede usted.

—Pues se lo voy á revelar; no puedo callarlo ni un minuto más. Pero usted á su vez me prometerá no repetirlo.

—Lo prometo.

—Vamos al invernáculo para que nadie se entere.

Tomó mi brazo y atravesamos el salón hasta el otro extremo, donde se hallaba el invernáculo, el cual estaba iluminado con farolillos de colores.



MISS SHERWOOD TOMÓ UNA DE MIS MANOS ENTRE LAS SUYAS

—Jamás olvidaré la escena de ayer tarde, dijo la joven tomando una de mis manos entre las suyas. Apenas pude ver la cara de la gitana, pero sus ojos grandes y relucientes penetraban la oscuridad y el contacto de su mano con la mía hízome estremecer. Me mandó que me arrodillara á su lado y noté que su voz era dulce y armoniosa. Al oirla hablar no se hubiera creído que era una gitana, sino una persona de fina educación.

Pronunció sus palabras lentamente y haciendo una pausa entre cada una de ellas, como para impresionar más.

—«La compadezco á usted, Rosalía, comenzó diciendo, porque la muerte la rodea.»

Me dejó helada y sin fuerzas para responder. Después de unos momentos continuó:

—«No es la muerte suya ni la de su padre, y, sin embargo, está muy cerca de usted. La mano de la muerte la tocará muy pronto, y será fría, misteriosa y terrible. Por más que procure usted ampararse contra ella será imposible, pues vendrá de donde menos se espera y producirá sus efectos rápidamente. Y ahora no me pregunte más: retírese usted.»

—¿Pero y la suerte de los dos caballeros que esperan afuera? pregunté.

—«He dicho lo que les aguarda á los dos, contestó. Váyase.»

Hizo con la mano una indicación imperiosa y salí de la choza de la herbolaria. No hay más, Mr. Head. No sé lo que significan las terribles palabras de la gitana; pero ya comprenderá usted que, dado mi carácter tan sumamente nervioso, me han impresionado muchísimo.

—Lo comprendo, Rosalía, repliqué. Y ahora haga usted un esfuerzo para no pensar más en la gitana. Ella, sin duda, se enteró de que es usted muy nerviosa y creyó impresionarla más cuanto más terrible fuera lo que la dijese, todo lo cual no significa nada absolutamente.

Rosalía trató de sonreirse, y creo que mis observaciones la tranquilizaron; ¡pero cuán poco se figuraba la horrible batalla que yo sostenía dentro de mí!

Cuando nos retiramos me dirigí al cuarto de Dufrayer, á quien no podía decir nada si no había de faltar á la promesa hecha á Rosalía. La terrible sentencia de la gitana no se apartaba de mi mente:

La muerte la rodea, había dicho. *No podrá usted ampararse contra ella, porque vendrá de donde menos se espera, y será fría, misteriosa y terrible.*

—¿Qué te pasa, Head? preguntó Dufrayer.

—Estoy triste y abatido, respondí. La misteriosa leyenda de esta casa me ha impresionado muchísimo.

Dufrayer sonrió.

—Y á propósito, añadí, ocupas precisamente la alcoba en que se cometió el crimen.

Mi amigo sonrió de nuevo, lanzándome una mirada compasiva.

—De veras te digo, Head, que si continúas así vas á acabar por perder la razón. Parece increíble que dediques un solo pensamiento serio á semejantes cuentos de viejas. El hecho de que un pobre muchacho fuera asesinado en este cuarto hace veinte años me tiene completamente sin cuidado. Vete á la cama á ver si duermes con tranquilidad, que es lo que te hace falta.

Me dió las buenas noches, no hallé disculpa ninguna para permanecer allí y me retiré.

Cuando llegué á la puerta volvió á decir cariñosamente:

—Procura dormir bien, Head. Buenas noches.

Me volví para mirarle. Estaba de pie al lado del balcón, con la cara vuelta hacia mí, y noté en sus labios aquella impenetrable sonrisa que le caracterizaba. Le dejé solo. ¡Qué poco me figuré entonces!...

Fuí á mi cuarto. Mi frente ardía. Era inútil pensar en dormir. Lo que el día anterior era sólo una sospecha se había convertido en certidumbre. Solamente una persona en el mundo podía haber pronunciado las palabras que escuchó miss Sherwood. No me cabía duda alguna de que Madame se había enterado de nuestra visita á Rokesby y de que, acompañada de unos gitanos, había viajado en el tren con nosotros y se había apeado en la misma estación.

Conociendo, como ella conocía, las costumbres, le sería muy fácil refugiarse en la choza de la madre Heriot. ¿Por qué había hecho esto? ¿Qué mal podía causarnos desde allí? ¿Qué nuevo y diabólico plan había ideado para quitarnos la vida á Dufrayer y á mí? De repente me acordé del pasaje oculto que nadie había podido descubrir. Probablemente lo conocería la madre Heriot. ¿No fué su madre la que cometió el crimen en aquella misma casa? ¿No decía la leyenda que entró y salió de ella por el pasaje oculto?

Me decidí pronto. Tenía que trabajar y no había momento que perder. Resolví encaminarme á la chóza, hacer frente á

Madame y verme con ella á solas. Cualquier cosa era preferible á aquella horrible incertidumbre. En combate abierto nada tenía que temer.

Esperé con impaciencia hasta que comprendí que el rector se había retirado á su cuarto, y entonces bajé apresuradamente á la antesala. Encontré la llave colgada en un gancho de la pared: la cogí, abrí la puerta y volví á cerrarla por fuera. Fuí á la cuadra, donde hallé una linterna, y en seguida comencé el ascenso á Grey Tor.

Hacía una noche clara y estrellada; la luna no había salido todavía, pero la luz de las estrellas era suficiente para ver por dónde andaba. Al cabo de una hora llegué á la choza de la herbolaria. Llamé fuertemente á la puerta con el bastón, y un momento después apareció la madre Heriot. Entonces recordé que era muda, aunque después de todo no importaba gran cosa, puesto que oía perfectamente.

—Necesito hablar unas palabras con la gitana que estuvo ayer aquí, dije. Si está dentro, dígala que tengo que hablarla inmediatamente.

La mujer meneó la cabeza.

—No la creo, añadí: apártese, que necesito verlo por mí mismo.

Se apartó á un lado y entré. En efecto, nadie había allí. La choza era pequeña y la vi toda con una simple ojeada: la gitana había desaparecido.

Sin detenerme, ni para dirigir una sola palabra á la herbolaria, apreté á correr por el monte abajo, y habiendo venido á mi memoria los versos que encerraban la clave para hallar el pasaje secreto, saqué el librito de notas y volví á leerlos:

«Cuando el tejo con la estrella combine,
»el que lo busca ciento veinte palmos mide;
»espera luego á que los labios santos
»eclipsen con sus curvas los campanarios altos;
»palmos cuarenta y ocho al través de la primera,
»allí hallaréis la tumba maldecida».

Verdad es que en el cementerio hay un tejo grande, dije para mis adentros meditando profundamente sobre cuál podía ser la

significación de aquellos versos: pero lo demás parece inexplicable.

A fin de llegar antes, resolví tomar un atajo que, atravesando el cementario, conducía también á la vicaría, y una vez que me encontré en el sagrado recinto, marché directamente hacia el tejo, repitiendo en voz alta:

«Cuando la estrella con el tejo combine...»

Sólo una estrella fija había á la sazón en el firmamento: la estrella Polar ó del Norte, que brillaba sobre mi cabeza. Moviéndome de aquí para allá con grande interés y vivamente emocionado, llegué á colocarme de manera que el tronco del árbol venía á formar línea recta con la estrella. Hecho esto, volví á consultar la clave:

«El que lo busca ciento veinte palmos mide...»

Ciento veinte palmos eran lo mismo que treinta pies. Anduve en línea recta esta distancia, y entonces observé que, permaneciendo quieto en aquel sitio y mirando al campanario de la iglesia, los labios de una estatua que representaba un ángel venían precisamente á ocultar de la vista el campanario. La segunda estrofa estaba bien clara:

«Espera á que los labios santos
»eclipsen con sus curvas los campanarios altos...»

La tercera y última decía así:

«Palmos cuarenta y ocho al través de la primera,
»allí hallaréis la tumba maldecida».

Sin poder dominar mi emoción me puse á medir los cuarenta y ocho palmos, y al contar el último retrocedí horrorizado, pues me hallé en la entrada de una bóveda que estaba abierta de par en par.

La piedra que servía de puerta estaba apartada á un lado. Sin vacilar un momento bajé corriendo los escalones y me encontré con una tumba muy grande completamente vacía. Allí no hubo jamás ataúd ni cadáver ninguno. Era sencillamente un pasillo largo que torcía hacia la izquierda y que reco-

rrí todo lo más pronto que me fué posible, alumbrado por la débil luz de mi linterna.

¿Por qué se hallaba abierta la tumba? ¿Qué estaría sucediendo en aquel momento? Confieso que me sentía aterrorizado y que



RETROCEDÍ HORRORIZADO

nunca había experimentado sensación igual á la que entonces se apoderó de mi corazón.

Apreté el paso y pronto observé en el otro extremo una luz débil. Un momento después me encontré en el corredor de la antigua casa.

¿Quién había entrado allí antes que yo? ¿Quién había franqueado aquel pasaje oculto después de tantos años y con qué propósitos?

Me disponía á subir á mi cuarto cuando llegó á mis oídos un grito horrible, que procedía sin duda del piso situado sobre la antesala. Subí de tres brincos la escalera, y lo primero que vi fué un bulto en el pasillo: era Rosalía. Me miró sin hacer demostración ninguna de conocerme, mientras incesantemente murmuraba moviendo apenas los labios:

—¡Cogerla, cogerla!

Un momento después apareció el rector.

—¿Qué pasa? exclamó; ¿qué ha sucedido?

La infeliz Rosalía me cogió con mucha fuerza del brazo y prosiguió lanzando grito tras grito.

Se había alborotado toda la casa y los criados corrían hacia nosotros con cara de asustados.

—¡La herbolaria! exclamó sollozando Rosalía, ¡el duende! ¡el espíritu de la herbolaria! Tropecé con ella cuando salía del cuarto de Mr. Dufrayer y se dirigía al suyo, Mr. Head. Al verme lanzó un grito de rabia y bajó corriendo por la escalera. ¡Dios mío, qué horror! ¡Cogerla, cogerla!

—¿Ha dicho usted, Rosalía, pregunté á la joven, que salía del cuarto de Dufrayer?

Comencé á temer por la suerte de mi amigo. ¿Dónde estaba que no había acudido al oir los gritos de Rosalía?

Me dirigí á su cuarto y abrí violentamente la puerta. En el interior reinaba la más completa oscuridad.

—¡Dufrayer! grité, despierta. ¡Ha sucedido una cosa horrible! ¿No has oído los gritos de Rosalía? ¡Despierta, hombre!

No me contestó. Volví al pasillo en busca de una luz y entré con ella en el cuarto de mi amigo acompañado del rector. Dufrayer estaba tendido en la cama. Le toqué suavemente en el hombro, sin dejar de llamarle por su nombre, pero fué inútil: no se movía. Me incliné sobre él y entonces observé en el cuello, cerca de la oreja, una incisión apenas perceptible, como si procediese de una jeringuilla hipodérmica. ¿Qué había ocurrido, Dios mío?

La muerte le rodea. No podrá resguardarse contra ella, porque vendrá de donde menos se cree, y su efecto será instantáneo.

Estas misteriosas frases resonaban en mis oídos con tono de mofa.

Arrojé la ropa que le cubría, y en un arrebato de angustiosa pena puse la mano sobre el corazón del hombre á quien quería como nadie en el mundo. ¡Había muerto!

Retrocedí espantado: se turbó mi vista y sentí perdidas todas mis fuerzas.

—Mirad, dije, dirigiéndome al rector, ¡es ella! ¡Es obra de aquella diabólica mujer! ¡Ha entrado en la casa por el pasaje oculto! Venga usted conmigo, Sherwood: no hay un momento que perder. ¡Como hay Dios en el cielo, juro que he de vengar la muerte de mi querido amigo!

Sherwood se quedó mirándome como si creyese que me había vuelto loco. No podía comprender que Dufrayer estuviera muerto, y para convencerle señalé la pequeñísima marca que el cadáver tenía en el cuello y le rogué que pusiera la mano sobre el corazón, que había cesado de latir.

—¿Pero quién lo ha hecho? exclamó. ¿A quién se refiere usted?

—A Mme. Koluchy, contesté sin vacilar. ¡Vamos á buscarla!

Y eché á correr escalera abajo.

Habían cerrado el entrepaño de la pared, pero no podía engañarme: sabía perfectamente dónde se encontraba, y al momento di con el resorte que durante tantos años nadie había podido encontrar. Abrí el entrepaño, y Sherwood y yo recorrimos el largo pasillo con la ansiedad que es de suponer. A la entrada de la tumba encontramos una capa y un capuchón de los que usan las gitanas. Sin duda Madame los había abandonado cuando emprendió la huída después de dar muerte á mi amigo. Encontramos también una jeringuilla rota: la recogí del suelo, y vi que tenía adherida al cristal una sustancia blanca: una fuerte solución de trinitrina, ó sea de nitroglicerina, según averigüé después: un terrible veneno, cuyos efectos son siempre instantáneos.

Sherwood y yo regresamos á casa, donde todo era confusión y alboroto. Se avisó á la policía local y referí todo cuanto sabía, añadiendo lo que sospechaba: mejor dicho, lo que tenía la seguridad, casi la evidencia, de que era cierto.

La pobre Rosalía estaba muy mal. El médico, que había venido á visitarla, no se separaba de su lado, y por nuestra

parte pusimos grande empeño en que no supiera que había muerto Dufrayer. Su padre hallábase tan preocupado con la situación de su hija que apenas podía pensar en otra cosa.

Mientras tanto yo estaba solo, solo completamente con mis sufrimientos y mi angustia, sin poder olvidar que el amigo de toda mi vida, el amigo del alma, había sido herido por la mano de Mme. Koluchy. Jamás hombre alguno sintió tanta sed de venganza como la que yo sentí en aquel momento. Mi cerebro ardía, estaba loco de rabia y de dolor. La idea de que madame Koluchy se alejaba más y más de nosotros á cada momento trastornaba mi imaginación, me hacía perder el juicio.

Por fin no pude contenerme más, y en cuanto entró la mañana resolví ir á pie á la estación del ferrocarril, donde me dijeron que no había tren hasta las nueve. ¡Qué contrariedad! No pudiendo permanecer inactivo, y aunque la estación de empalme con la línea general distaba 15 kilómetros, resolví recorrerlos á pie. Pero no medí bien mis fuerzas, pues no había andado ni la mitad del camino cuando me acometió un vahído. Se turbó mi vista, di unos cuantos pasos más, vacilé y luego... luego no sé lo que ocurrió.

Debí caer en la carretera, donde sin duda estuve mucho tiempo sin conocimiento, pues cuando recobré los sentidos brillaba el sol en el horizonte y encontré un obrero inclinado sobre mí.

—¡Caramba, qué malo estaba usted! dijo al ver que abría los ojos. Me indicó la señora que le diese un poco de agua, y que pronto volvería en sí.

—¿Una señora? pregunté casi balbuceando. Dígame usted pronto qué señora fué esa.

—Una señora alta. Nunca la había visto por aquí. Cuando me acerqué estaba ella inclinada mirándole á usted, y creí que le daba alguna cosa para curarle.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Allí, en aquella cuesta: ahora va á pasar el puentecito. ¿No la ve usted?

—Sí, sí, ya la veo, y sé también quién es. Gracias, buen hombre, muchas gracias: me encuentro ya bien.

Y era cierto. Súbitamente me sentí con fuerzas para prose-

guir mi camino y pude reconocer aquella figura. Con aquella soltura inimitable, con aquella gracia que la caracterizaba, madame Koluchy desaparecía de mi vista. Sin duda me había encontrado tendido en la carretera y pensó terminar la obra



UN OBRERO ESTABA INCLINADO SOBRE MÍ

comenzada la noche anterior. Si hubiera tenido la jeringuilla á mano, para aquellas horas sería yo hombre muerto.

¿Adónde iría por allí? Sin duda á la misma estación á donde yo me dirigía. Alargué el paso, y de nuevo vi en lontananza la silueta de aquella mujer singular. Era imposible alcanzarla, y de repente se me ocurrió que no lo necesitaba. Nos veríamos en Londres aquella noche.

Cuando me acerqué á la estación sentí el silbido de la locomotora del expreso. Llegaba al mismo tiempo que yo y apenas tuve tiempo para cogerlo. Sin detenerme á tomar billete me metí en el primer carruaje que alcancé, y el tren prosiguió su veloz carrera, llevando también á Londres á Mme. Koluchy.

No recuerdo cómo hice aquel terrible viaje. Aparte la idea de que Madame se dirigía á Londres en el mismo tren que yo, apenas me di cuenta de nada. Llegaba mi hora, mi venganza estaba á punto de cumplirse.

En la primera estación en que paró el tren entregué al inspector dos telegramas, encargándole que los despachara en seguida: uno era para Tyler y el otro para Ford.

Entre las ocho y las nueve entramos en la estación de Euston, donde ya me estaban esperando los dos *detectives*.

—Madame Koluchy, les dije, viene en este mismo tren. Dense ustedes prisa y podrán apresarla. No hay un instante que perder.

Se echaron á buscarla con el mayor interés, yendo de aquí para allá seguidos de mí, pero sin obtener resultado ninguno. ¿Sería posible que Madame hubiera huído ya? ¡Si no sabía que yo venía en el mismo tren! ¿Por qué se había apresurado á escabullirse? Así pensaba yo, mientras los *detectives* seguían buscando y rebuscando por todas partes.

—No importa, dijo Ford, yo también tengo noticias y creo que nuestro triunfo no está lejos. Vámonos á su casa. He sabido no hace una hora que han entrado criados nuevos y que toda la casa está en movimiento otra vez. Los agentes que la rodean creen que esta noche volverá Madame, y si así fuese... Tengo el coche esperando; vamos en seguida.

Sin pronunciar una sola palabra me metí en el coche, y un momento después emprendimos la marcha. En realidad no teníamos ningún plan ni habíamos formado proyecto ninguno; pero no se apartaba de nosotros la idea de que, muerta ó viva, madame Koluchy sería nuestra.

Al acercarnos á su casa pudimos observar que había luces en todas partes y mucho movimiento. En cuanto Ford tocó el timbre presentóse un criado de librea y abrió la puerta de par en par, como si nos esperase.

—Mi señora está en el laboratorio, dijo, respondiendo á nuestras preguntas. Acaba de regresar de un viaje y creo que les espera á ustedes, caballeros. ¿Quieren ustedes pasar?

Atravesando el pasillo empezamos á bajar las escaleras que conducían al laboratorio, del que parecía salir un ruido sordo, como si procediera de alguna máquina en movimiento. Ford, que marchaba el primero, se detuvo de repente y se volvió hacia nosotros; estaba muy pálido.

—No me cabe la menor duda, dijo, de que vamos á afrontar un peligro muy grave. Madame no nos recibiría de este modo si no abrigase la idea de quitarnos la vida valiéndose de alguno de sus infernales proyectos. Es imposible adivinar lo que sucederá, aunque no podemos dudar de que el encuentro será terrible y que necesitaremos toda nuestra presencia de ánimo para salir airosos. Vamos á penetrar en el santuario, valga la frase, de sus diabólicas artes y maquinaciones. Yo iré por delante, y en cuanto la vea la apuntaré con mi revólver, dispuesto á disparar al menor movimiento que haga para dejarla muerta en el acto.

Levantó el pestillo de la puerta y silenciosamente entramos en el laboratorio. Fué como si hubiésemos entrado en un horno. Una lámpara incandescente esparcía sus rayos por la estancia, en cuyo extremo, frente á la puerta, estaba de pie madame Koluchy. Aparentaba la mayor indiferencia y serenidad, tenía los labios cerrados fuertemente y sólo en las profundidades de sus ojos adivinábase alguna emoción.

—Levante usted los brazos ó disparo, exclamó Ford avanzando un paso y apuntando con el revólver.

Obedeció inmediatamente, levantando los dos brazos; su mirada se cruzó con la mía y una sonrisa apareció en sus labios.

Un instante después, y como si hubiese sido arrancado por una poderosa fuerza invisible, el revólver saltó de la mano de Ford y fué á parar con un estruendo horrible sobre un electroimán. El arma quedó hecha trizas, despedazándose pieza por pieza con un estallido ensordecedor. Sin duda Madame había dado la corriente por medio de una llave que apretó con el pie.

Por un momento permanecimos quietos, pasmados ante la maravillosa manera como fué desarmado Ford.

Madame Koluchy continuó mirándonos y gozándose en nuestro asombro, hasta que rompió á reir en una carcajada sarcástica.

—Ahora me toca á mí dictar las condiciones, dijo con voz firme y tranquila. Den ustedes un solo paso y moriremos juntos. Norman Head, añadió dirigiéndose á mí, llegó su tan deseado momento de triunfar, pero tenga usted entendido que ni viva ni muerta me hará presa.

Y tendió la mano hacia una palanca que se veía sobre un banco situado á su lado. En seguida, irguiéndose majestuosamente, quedó rígida como una estatua de mármol.

Miré á Ford. Tenía los labios contraídos y grandes gotas de sudor resbalaban por su frente. Comenzó á respirar con fuerza y de un salto avanzó unos pasos más. En el acto elevóse ante nuestra vista lo que parecía una llamarada de fuego blanco. Tan deslumbrante era que nos echó hacia atrás á Tyler y á mí, y ambos rodamos por el suelo, quedando cegados por un calor horrible que hacía arder las mismas niñas de los ojos. Un momento después todo quedó en la oscuridad.

Cuando recobré el sentido una corriente de aire agradable oreaba mi frente, y lo primero que oí fué la voz de Tyler. Me levanté tambaleando. Ante mi vista cruzaban miles de chispas y ruedas de fuego. Los criados corrían despavoridos de un lado á otro. Uno de ellos se acercaba en aquel instante trayendo en la mano una luz, cuyos rayos iluminaron la cara lívida y desencajada de mi compañero.

—No podemos volver allí, dijo, señalando el laboratorio y temblando tanto que apenas pude entender lo que hablaba.

—¿Pero qué ha sucedido? pregunté.

Y avancé hacia la puerta, pero dos criados me detuvieron impidiendo que me acercara.

—No entre usted, señor, dijeron: el laboratorio está como el fuego mismo. Si llegase usted á entrar, moriría irremisiblemente.

Sólo por la fuerza pudieron hacerme desistir de mi empeño.

Una hora más tarde entramos. El calor era todavía intenso, insoportable: pero poco á poco, y con sumo cuidado, nos acercamos Tyler y yo al punto donde habíamos visto por última

vez á Mme. Koluchy. Tendido sobre las baldosas del laboratorio hallamos el cadáver de Ford, tan terriblemente quemado que apenas era posible reconocerlo. Un poco más allá vimos la boca de un pozo, por la cual salía aún un calor insufrible. Esperamos un largo rato, y por fin pudimos examinarlo detenidamente.

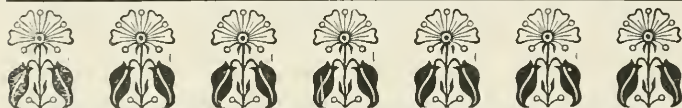
Era redondo y tenía unos 8 pies de profundidad. De sus paredes salían infinidad de chorros, y por éstos comprendí en seguida para lo que había servido. A nuestros pies había un enorme cilindro de hierro, como los que se emplean para comprimir los gases, y del que sin duda se había hecho uso para producir, por medio de los cloruros, una enorme llamarada de oxhidrógeno que produjera el calor más intenso, el calor jamás conocido, calculado por los hombres de ciencia en la increíble temperatura de 2.400° centígrados.

Lo que había sucedido era ya evidente. En el momento en que avanzó Ford, Madame había soltado la trampa y había descendido al pozo envuelta en una columna de calor tan terrible, que no sólo causó su muerte instantánea, sino también su completa destrucción, su absoluto aniquilamiento.

En el fondo del pozo había un montoncito de cenizas, únicos restos del cerebro que concibió y del cuerpo que realizó uno de los más crueles y de los más perversos atentados contra la Humanidad que registra la Historia.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Un abuso de confianza.



I

En el momento en que empieza mi historia, Amelia Lecouvreur era viuda. Accediendo á las exigencias de una madre egoísta, se había casado de muy joven con un hombre á quien no amaba; así que no había llegado á conocer el verdadero cariño ni la verdadera felicidad. Su vida fué una cadena de sufrimientos, sin interés ni amor, y á los veintidós años se encontraba completamente sola en el mundo, á excepción de una criaturita enclenque y enfermiza, á quien quería con toda su alma.

A veces la tristeza y soledad de su vida se hacían sentir con tanta fuerza que entonces deseaba ardientemente algún ser con quien hablar, alguna persona que se interesara por ella, alguien que la ayudara á vivir y á cuidar de su pobre hijita. Desamparada y sola se dirigió á la alegre capital de Francia en busca de algún medio de subsistencia, y después de grandes esfuerzos y de muchos disgustos consiguió que el editor de una Revista de segundo orden, que pagaba miserablemente los trabajos literarios, le publicara una de sus novelitas. Habiendo gustado ésta, continuó trabajando para el mismo editor. De esta manera iba viviendo, si vivir era aquello, cuando cierto día, y por una casualidad, conoció á un escritor que colaboraba en la

misma Revista y en algunas otras para ganar la subsistencia. Julio Chabot, que este era el nombre del escritor con quien hizo amistad, la trató siempre con amabilidad y respeto. De unas mismas aspiraciones, de idénticos sentimientos, simpatizaron pronto y tenían largas é interesantes entrevistas, en las que se deleitaban hablando de sus cosas.

Amelia comprendió que la vida de Julio no había sido tampoco de las más felices; pero nunca hicieron alusión á esto, hasta el día en que él fué á despedirse, diciendo que tenía que hacer un largo viaje. Entonces refirió su historia; entonces comprendió Amelia que aquella confianza, si bien era una prueba de fraternidad, destruía por completo los sueños de felicidad, las risueñas esperanzas que había alimentado durante los últimos meses. Llegó á creer que Julio la quería más que como amigo, con un cariño más profundo que el de la amistad, pero vió que se había equivocado; creyó que Julio, al referir la historia de su vida pasada, quiso insinuar que para él había muerto el amor y que ya no podía amar á nadie en este mundo.

Se imaginaba que sus amistades habían concluído. Julio se había marchado sin decir por cuánto tiempo; quizás no le volvería á ver nunca. Amelia necesitaba escribir, sabía que el editor de la Revista contaba con ella para llenar algunas páginas del próximo número; pero tan preocupada tenía la imaginación con lo que acababa de oir, que le era imposible trazar ningún plan ni coordinar las ideas.

Con la pluma en la mano y las blancas cuartillas delante permaneció horas enteras absorta y pensativa, aunque sin olvidar la necesidad que tenía de algún dinero y que éste no podía venir de otras manos que de las del editor, á quien había prometido una historieta.

Lorma, su hijita, estaba cada día más delgaducha y pálida; el médico la había dicho que era preciso llevarla á la aldea, siquiera durante los meses de verano, y Amelia, como únicos recursos, contaba con el producto de la historieta que debía entregar al editor á la mañana siguiente.

Tratando de dominarse hizo grandes esfuerzos para escribir, pero inútilmente; su imaginación estaba siempre fija en la misma idea. ¿Por qué, se preguntaba con amargura, son

algunas mujeres tan felices en este mundo y otras tan desgraciadas? Si á mí me hubiese cabido en suerte un amor tan verdadero, lo hubiese apreciado con todo corazón, y esa mujer lo despreció por vanidad.

La historia no tenía nada de extraordinario: era sencillamente una de las que tanto abundan en el mundo. Un cariño fiel y verdadero, correspondido por parte de la mujer con falsedad y engaño: mujer que se creía desgraciada sin serlo, que no sabía apreciar el amor de su esposo y continuamente le despreciaba, que nada daba y lo tomaba todo.

«Sin embargo, había dicho Julio, mientras vivió no dejé de quererla. Cuando ella murió, la vida perdió para mí todos sus encantos».

Esta era la historia que tanto preocupaba á Julio, porque aquel cariño, aquel amor por otra mujer despreciado, hubiera sido para ella la felicidad de toda su vida.

Mientras así pensaba y meditaba sin poder coordinar las ideas, la niña despertó llorando, y Amelia, dejando la pluma con desesperación, se levantó para atenderla. Con la niña en los brazos se quedó dormida, y cuando despertó vió con asombro que era cerca de media noche. Los pensamientos que tanto la atormentaban durante el día se agolparon de nuevo en su memoria, y levantándose apresuradamente volvió á coger la pluma y se puso á escribir.

—Acabemos de una vez, dijo. Primero escribiré esto y después pensaré en lo otro.

Ya no hallaba dificultad. Escribió la historia poniendo en los detalles la mayor delicadeza y la mayor energía en las frases, en las que iban envueltas su pena, su cariño, su amor de madre y las esperanzas perdidas.

Al amanecer la había terminado, y entonces se dedicó á la historieta para la Revista; pero le salió tan mal, que ya creía estar oyendo la voz del editor al decirla bruscamente que no podía aceptarla.

Estaba peor aquella mañana su hija. La pobre madre la cogió en brazos y la estrechó contra su corazón.

—A todo trance la sacaré de aquí, se dijo. ¿Qué me quedará en este mundo si mi Lorma se muere? Es mi único tesoro, y si

Dios me da fuerzas la conservaré á mi lado durante muchos años.

Cogió los dos manuscritos y los llevó personalmente al editor. Necesitaba saber su decisión en seguida. El editor, que la esperaba, leyó la historia por sí mismo. Mientras ella, con impaciencia marcadísima, aguardaba la respuesta, el hombre fué repasando las cuartillas, hasta que por fin dejó el manuscrito sobre la mesa.

—No puede ser, exclamó. Lo siento, pues me hacía suma falta el trabajo. Si fuera posible, lo arreglaría, pero no tiene arreglo alguno.

—Ya lo sabía, contestó Amelia.

El editor la miró con sorpresa y vió que desenvolvía otro manuscrito.

—Si hiciera usted el favor de leer esto... A ver si soy más afortunada.

Tomó el editor el segundo manuscrito y comenzó á leerlo sin interés. Este fué creciendo á medida que avanzaba en la lectura y acabó por leerlo todo muy cuidadosamente. Después, sin pronunciar ni una palabra, hizo sonar el timbre que tenía sobre la mesa, y dirigiéndose al criado que se presentó inmediatamente le dijo así, entregándole el manuscrito:

—Lleva esto á la imprenta al momento y di que es urgente: que envíen las pruebas en seguida.

Amelia se levantó de la silla precipitadamente, pero apareció ante sus ojos la figura enfermiza de su infeliz hijita y volvió á sentarse sin pronunciar una palabra.

—Doy á usted la enhorabuena, dijo el editor; es lo mejorcito que ha hecho usted hasta ahora.

—No creo que volveré á escribir otra cosa igual ni parecida, fué la extraña respuesta de Amelia, la cual, después de unos momentos de silencio, continuó: Si tuviera usted la bondad de pagarme ahora, se lo agradecería mucho. Mi niña está muy delicada y pienso llevarla mañana á la aldea para que pase una temporadita.

El editor se dirigió á la caja y la pagó más de lo que ella podía esperar.

Al día siguiente Amelia marchó á la aldea con la niña.

Un mes más tarde, la dueña de la casa donde se hospedaba la anunció la visita de un caballero.

Al entrar éste en el gabinete vió con sorpresa que no era otro que Julio Chabot, el cual dijo adelantándose hacia ella con cierta severidad:

—Señora, vengo á hacer á usted una sencilla pregunta, á la que ruego me conteste categóricamente.

—Caballero, contestó Amelia confundida, hable usted.

Julio sacó del bolsillo el número de una Revista, y abriéndolo por la página en que se leía este título: *Juntos hasta la muerte*, exclamó:

—He venido solamente para preguntar á usted si sabe quién ha escrito esto. ¿Lo sabe usted acaso?

¡Cómo negarlo! Desde el momento en que entregó el manuscrito al editor, Amelia se había visto tenazmente perseguida por la idea de la falta cometida con aquel hombre. El título de la historia, su desarrollo, hasta las frases... todo lo llevaba grabado en la memoria.

—Lo escribí yo, dijo tímidamente.

—Me lo había figurado. En todo el ancho mundo solamente usted y yo conocíamos esta triste historia. Se la referí á usted porque me proponía llevarla al altar para hacerla mi esposa, y quise que conociera mi vida antes de decidirse. Ahora sólo puedo decir que ha abusado usted indignamente de mi confianza. Nunca lo hubiera creído. ¡Oh, los hombres no llegamos nunca á comprender cuánta y cuán grande es la falsedad que en el corazón de la mujer se encierra!

Amelia volvió la cabeza para que Julio no pudiera ver las lágrimas que de sus ojos brotaban. Recordaba que una parte de los francos obtenidos por aquel trabajo la cambió para pagar el billete del viaje, y el resto para la estancia en la aldea donde atendía á la salud de su hija; pero Julio hablaba con tanta amargura que no quiso defenderse.

—Comprendo, continuó Julio, que me desprecie una mujer á quien amé; pero jamás creí que usted, en quien tenía ciega confianza, me hiciese traición de ese modo.

Siguió callando Amelia, y viendo Julio que no trataba de defenderse, salió de la habitación sin pronunciar otra palabra.

II

Un año más tarde el nombre de Julio Chabot estaba en boca de todo el mundo. Había conquistado con justicia la fama de escritor excelente, y sus novelas, llenas de amargura, las leían todos.

Sin embargo, no era feliz. Pensaba muchas veces en Amelia Lecouvreur. No la había vuelto á ver ni sabía nada de ella. Aunque preguntaba muchas veces al editor de la Revista, siempre recibía la misma contestación. No había enviado más trabajos ni el editor sabía dónde habitaba.

Julio creyó siempre que era una mujer de noble corazón, á quien se podía amar y respetar; por esta razón el desengaño había sido grande. ¿Cómo ni por qué había vendido Amelia la historia de la vida de Julio por unos miserables francos? ¿Por qué no se había disculpado? ¿Por qué permaneció confusa y muda ante su acusación?

Cierta noche en que estos recuerdos le perseguían sin poder desecharlos tomó el tren para Melún, á donde se dirigía á visitar á un amigo, y habiendo llegado á la estación en el momento en que la máquina del tren echaba á andar subió apresuradamente á un departamento de tercera clase, en el que solamente viajaba otra persona: una señora sentada en el otro extremo, la cual no se movió de su asiento. Al principio ni siquiera la miró. Después fijóse atentamente en ella y quedó sorprendido.

—¡Amelia! ¿Es posible que sea usted? exclamó levantándose para saludarla.

—Yo soy, contestó Amelia tristemente. Y sin darle tiempo para replicar, añadió:

—Tengo sumo gusto en felicitar á usted por sus grandes triunfos.

—Mis triunfos me importan muy poco, respondió Julio gravemente. Hubiera preferido la felicidad que dos veces me ha sido negada. Nadie mejor que usted sabe que mis triunfos los debo á mis desdichas.

—¡A cuántos les sucede lo mismo! dijo Amelia. Pero usted, por lo menos, tiene fama y triunfos, mientras otros, que tampoco son dichosos, no tienen ni una cosa ni otra. ¿Cuál es peor?

Julio la examinó atentamente. Llamóle la atención la infinita tristeza reflejada en su semblante, y comprendió que había sufrido mucho, que estaba sufriendo todavía.

—También usted hubiera conquistado fama, la dijo. El editor me manifestó que hacía usted grandes progresos y que esperaba más artículos de su pluma.

Amelia no respondió.

—Amelia, continuó Julio confundido con aquel extraño silencio que parecía envolver una acusación, he pensado en usted muchas veces y estoy pesaroso de las frases duras que la dirigí en nuestra última entrevista. Ruego á usted que me las perdone y que volvamos á ser amigos.

—Todo aquello y mucho más merecía yo, contestó Amelia; pero no le pido á usted que me perdone, porque no me pesa el haber escrito lo que escribí. En iguales circunstancias volvería á hacer otro tanto. Sí, es bueno que sepa usted que no soy digna de su aprecio. Abusé de su confianza; pero repito que no me pesa, aunque perdí mi felicidad y le hice á usted desgraciado.

—No comprendo, observó Julio con extrañeza.

—Ni es necesario que me comprenda usted.

El tren continuaba marchando velozmente. El ruido de su rápida carrera, las innumerables luces de la ciudad que iban dejando atrás parecía aumentar la soledad de aquellos dos seres, tan unidos en espíritu y tan distanciados en apariencia.

—Si hubiera sido para ganar fama, dijo Julio, lo comprendería mejor; pero por el dinero, por unos miserables francos, hacerle traición á un amigo... francamente, nunca lo hubiera creído en usted. Ni siquiera lo ha vuelto á publicar.

—Juzgué, contestó Amelia en el mismo tono de tristeza, que pocos leerían aquel trabajo, que sería olvidado muy pronto. Creí que usted no lo sabría nunca, puesto que había marchado fuera por tiempo indefinido. Me engañé: usted precisamente fué uno de los primeros que lo vieron.

—Me extrañaba, dijo Julio, que no escribiese usted más; sus novelas tendrían grande aceptación.

—Jamás volveré á escribir; ya nada me impulsa á ello. Además, lo poco que escribí me ha costado harto caro.

Julio, que no acababa de comprender, continuó diciendo:

—Quizás pensaría usted que la publicidad de la historia de mi vida tenía poca importancia, pero le aseguro que me hirió cruelmente. Jamás creí que me vendería usted de esa manera.

—Lo sé, contestó Amelia, como lo sabía entonces. Sé perfectamente que no procedí bien: pero confiada en que se ausentaba usted por largo tiempo, creí que no se enteraría nunca.

—¿Pero cómo se le ocurrió á usted hacer uso del drama de mi vida para forjar su historia?

—La escribí porque no podía desechar de mi memoria el recuerdo de lo que usted me contó, porque su historia me impresionó profundamente y no acertaba á pensar en otra cosa.

—¡Amelia, Amelia! exclamó Julio. ¡Si supiera usted cuánto la quise, cuánto sufrí al enterarme de la traición que usted me hizo! Dígame usted, se lo ruego con toda mi alma, ¿aun está usted contenta de haber escrito lo que escribió?

—La palabra contenta no tiene ya significación para mí. Yo también sufrí horriblemente al hacerlo. Desde que puse el manuscrito en manos del editor no he conocido la tranquilidad. Sin embargo, repito lo que antes dije: en iguales circunstancias volvería á hacer lo mismo, á pesar de no haber alcanzado aquello por que pagué tan alto precio.

—¿Quiere usted decirme qué era lo que deseaba usted alcanzar?

—Deseaba la vida de mi pobre hijita y á ella sacrifiqué nuestra amistad. Mi hija estaba muy delicada. Me dijeron los médicos que era preciso llevarla á la aldea, que era necesario sacarla de París, siquiera durante los meses de verano, y no tenía recursos para ello. Para obtenerlos aproveché la historia de la vida de usted, y ha resultado inútil. Lo he perdido todo sin ganar nada. Mi hija ha muerto.

Julio enmudeció. Ante aquella desgracia inmensa no hallaba palabras que dirigir á la desolada madre. Entonces comprendió la nobleza del corazón de aquella mujer y la infinita pena que torturaba su alma.

Después de unos momentos de silencio, dijo:

—Amelia, casi no me atrevo á suplicar á usted que me perdone. He sufrido tanto, mis desengaños han sido tan grandes, que llegué á desconfiar de todo: pero la quise á usted y la

quiero... y creo que la querré siempre. ¿Me podrá usted querer algún día?

—No tengo nada que perdonar, contestó Amelia: antes por el contrario, usted es quien debe perdonarme á mí.

—Amelia, ¡cuántas veces mi corazón me impulsaba á buscar á usted para decirla lo mucho que la quiero! Mi amor ha luchado con mi orgullo, pero ya no puedo más. Ha vencido el amor. Yo necesito tener á mi lado una persona que me quiera, porque estoy sediento de cariño. Yo procuraré hacerla á usted feliz. ¿Quiere usted ser mi esposa?

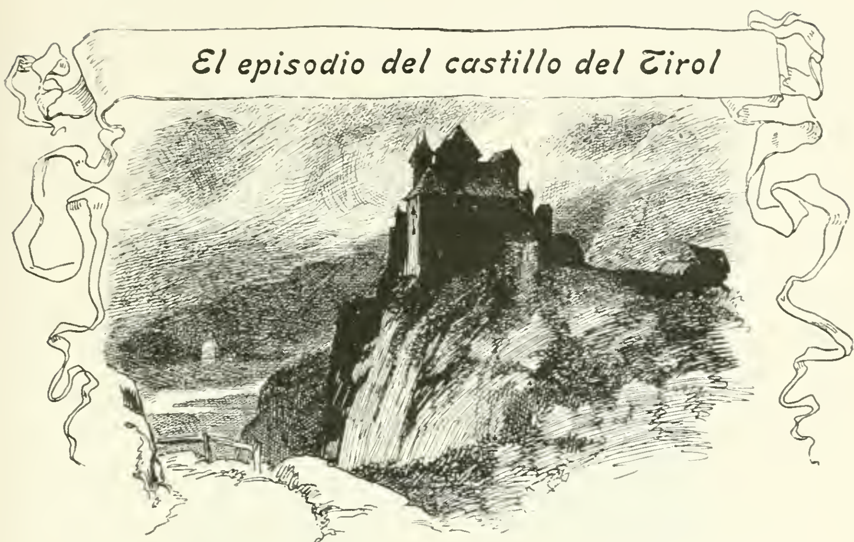
Tanto había sufrido Amelia, que ni fuerzas tenía ya para rechazar la felicidad que le ofrecía Julio, á cuya incertidumbre puso fin el dulce sí de la mujer idolatrada.

X.



Un millonario del Cabo

El episodio del castillo del Tirol



Fuimos á Merán, punto que eligió la doncella francesa de Amalia, la cual en ciertas ocasiones hace de guía y de directora de nuestros viajes. Es chica muy lista. Siempre que proyectamos dar una vuelta por algún país, la consulta Amalia, y si se trata de elegir un hotel ó de alquilar una villa amueblada, es muy rara la vez que no aceptamos su consejo á ojos cerrados.

Cesarine (así se llama la doncella) ha recorrido toda Europa más de una vez; como nació en Alsacia posee, naturalmente, el alemán con la misma perfección que el francés, y su larga permanencia al lado de Amalia ha hecho que hable el inglés como uno de nosotros.

Es un tesoro esa muchacha: tan lista, tan aseada, siempre dispuesta á echar mano á todo cuanto sea preciso. Puede de-

cirse que se pasea por el mundo con el alfiletero en una mano y el carrete en la otra. Si llega la ocasión sabe hacer una tortilla como el mejor cocinero, y también sabe guiar una carretela noruega. Cose y hace media, corta vestidos, arregla los sombreros, cura los resfriados... en fin, se me figura que no hay cosa en el mundo que ella no sepa hacer. No he conocido nunca quien aderece las ensaladas como ella, y en cuanto al café, que suele prepararnos algunas veces cuando hacemos un viaje largo, no hay en todo Londres quien pueda compararse con ella.

De modo que cuando Amalia, con sus aires de señora que sabe mandar, la dijo:

—Cesarine, queremos ir al Tirol á mediados del mes de octubre: ¿dónde cree usted que deberíamos alojarnos?

Cesarine contestó al momento y sin vacilar:

—En casa del Archiduque Juan, madame: es el único sitio á donde se puede ir en esta época.

—¡Pero cómo! exclamó Amalia, algo extrañada de que hablase con tanta familiaridad de las personas imperiales: ¿hemos de ir á casa de un archiduque?

—¡Si no es eso, madame! Es un hotel que se llama así, tal como los hay en Londres, que llevan por título hotel de la Victoria ó del Príncipe de Gales. El hotel del Archiduque Juan es el más cómodo de todos los del Sur del Tirol, y como en esta época del año, claro está, hay que ir más allá de los Alpes y empieza ya á hacer frío en el Innsbruck, ninguno mejor que él.

Conque á Merán fuimos, y confieso francamente que en mi vida he visto sitio más pintoresco. Ríos de rápida corriente, montes de todas formas y alturas, deliciosos valles, terrazas cubiertas de viñas, torres y castillos viejos, una hermosa cascada, un paseo al estilo de los de Spa, de Alemania... y si se levanta la vista del terreno se encuentra uno con los picos irregulares de los montes Dolimetes. Todo esto formaba un conjunto tal, que no recuerdo haber visto otro en ninguno de mis largos viajes. Era encantadora aquella población del Rhin, situada en medio de las verdes alturas de los Alpes y con todos los encantos deliciosos de Italia.

Aprobé la elección de Cesarine y me alegré muchísimo de

que hubiese aconsejado á Amalia que fuéramos á un hotel donde el trato es liso y llano, en vez de alquilar una villa amueblada, cuyo ajuste corre por cuenta del desgraciado secretario. Como tengo obligación de trabajar tres horas diariamente, creo que bien se me pueden dispensar algunas cosas que aumentarían mis ocupaciones, harto pesadas ya.



MERCI, MONSIEUR

Satisfecho, pues, de la buena elección de Cesarine, la recompensé con una propina de diez chelines. Tomándolos en la palma de la mano los contempló sonriendo, y luego, con un *Merci, monsieur*, que parecía encerrar cierto desprecio, los guardó en el bolsillo. Se me figura que Cesarine tiene ideas muy elevadas sobre eso de las propinas y que estima en muy poco las modestas cantidades que puede darla un pobre secretario como yo.

Merán se distingue, entre otras muchas cosas, por los numerosos castillos ó *Schlosses* que se levantan en sus alrededores. Dícese que no bajarán de cuarenta los que se descubren desde

la altura de Kinchelberg. No recuerdo cuántos contaron Amalia é Isabel bajo la dirección de Cesarine, pero sí puedo asegurar que eran todos muy lindos y de tan variada arquitectura que llegaban á marear. Aquí, por ejemplo, veíamos uno de forma cuadrada, con extrañas torrecillas en los cuatro ángulos, y más allá uno redondo, cuyas paredes se hallaban cubiertas de hiedra, con caprichosas ventanitas enrejadas.

Carlos quedó prendado de aquellos encantadores castillos. Es muy aficionado mi hermano político á todo lo pintoresco, y bajo la superficie del hombre de negocios se oculta un alma de poeta (aunque no puedo negar que está muy bien oculta).

Desde el momento en que llegamos al Tirol, Carlos sintió vivos deseos de adquirir uno de aquellos castillos, situado en la falda de un monte solitario.

—¡Seldon! exclamó con desprecio. ¡Bah! á cualquier cosa llamarán castillo. Pero nosotros sabemos perfectamente, Sey, que la compañía constructora de Cubitt, bien conocida en Londres, edificó el castillo de Seldon, bajo la dirección de Macpherson, en 1860, con supuesta piedra antigua y al precio corriente. Macpherson me cobró un precio exorbitante, es verdad; ¡no sé en qué estuve pensando! cuando por la misma cantidad podía haber comprado un verdadero castillo, perteneciente á una de las familias más antiguas de Europa. Lo que sucede, Sey, es que estos castillos son legítimos y de verdadero mérito. Schloss Tirol, por ejemplo, data del siglo X. Algo así es lo que yo quisiera: un castillo que datase del siglo X ó del siglo XI á lo sumo. Allí viviría yo tranquilo, sin acordarme de acciones de compañías ni de fondos públicos, libre de las preocupaciones de los negocios y del bullicio del mundo. Y sobre todo y ante todo, querido Sey, no debemos olvidar que aquí, en estos deliciosos valles, no hay coroneles Goma ni astutas madames de Picardet.

Puedo asegurar, sin miedo de equivocarme, que mi cuñado Carlos hubiera soportado aquella soledad durante seis semanas cuando mucho, y que después hubiera sentido nuevamente la nostalgia de Park Lane, Monte Carlo y Brighton.

Lo que más me extrañó fué que Amalia se encaprichase del Tirol tanto como Carlos, pues por regla general Amalia abo-

rrece todo lo que no sea Londres, de cuya capital, por su gusto, no saldría nunca, á no ser en la época en que no se ve ni una persona de distinción y cuando las ventanas cerradas de las casas anuncian que las familias han salido á veranear. Mi hermana política se aburre soberanamente en el castillo de Seldon, en la provincia de Rosshire, y bosteza desde la mañana hasta la noche en Viena y en París. Para ella no hay sitio en el mundo como Londres. Sin embargo, por alguna causa desconocida, Amalia se enamoró del Tirol y deseaba ardientemente vivir entre aquella vegetación exuberante.

Precisamente llegamos en la época de la recolección de unas lindas plantas que guarnecían las murallas grises de los castillos con flores de varios colores. El paisaje era bellísimo, verdaderamente encantador: así que, después de todo, no era quizás extraño que Amalia se prendara de aquella arrogante naturaleza. Además, la opinión de Cesarine influye mucho, y Cesarine declara que en toda Europa no hay clima como el de Merán en el invierno, pero con esto no estoy conforme.

El sol se oculta tras los montes á las tres de la tarde, y un aire frío y penetrante azota la nieve durante los meses de enero y febrero.

No obstante, Amalia encargó que por los propietarios del hotel procurara enterarse del precio corriente de los antiguos castillos, siempre que pertenecieran á familias imperiales, que se hallaban de venta en aquel momento en los alrededores de Merán.

Cesarine trajo una lista muy detallada de los castillos que se vendían, la cual adornó con flores de retórica al ir exponiéndola detenidamente. Daba gusto oirla: todos los castillos eran pintorescos, todos románticos, todos estaban completamente cubiertos de hiedra y todos pertenecían á nobles, príncipes ó duques. En la mayor parte se habían celebrado torneos famosos; algunos habían sido testigos de las espléndidas bodas de los emperadores romanos, y sobre todo cada uno de ellos fué el escenario de uno ó más asesinatos. En cuanto á apariciones, las había ó no, según el gusto del comprador, y los escudos de armas, lo mismo que el foso, entrarían en la venta, aumentando un poco el precio.

Entre todos los que fué detallando Cesarine, los dos que más nos gustaban eran Schloss Levenstein y Schloss Planta. Pasamos en coche muchas veces por delante de ellos, y aunque yo no soy muy aficionado á las cosas antiguas, no puedo menos de decir que me gustaron muchísimo. Además, cuando se trata de una compra tan importante como sería aquélla, el pobre secre-



CESARINE TRAJO UNA LISTA MUY DETALLADA

tario suele tener ocasión de ejercer su influencia y de ganarse una modesta comisión.

Schloss Planta era el que más llamaba la atención exteriormente con sus abundantes torres y torrecillas, cubierto de un extremo al otro de hiedra, cuyos enormes troncos parecían haber existido allí desde los tiempos de Noé, pero decíase que el Levenstein estaba mejor conservado en el interior y mejor dispuesto para los gustos modernos. La escalera había sido fotografiada por numerosísimos aficionados.

Cesarine obtuvo para nosotros tarjetas de entrada, y con ellas

salimos una hermosa tarde con intención de visitar el Schloss Planta; pero á mitad del camino cambiamos de parecer, y como el tiempo era delicioso resolvimos llegar hasta el Levenstein. Verdaderamente, el paseo por las posesiones del castillo fué magnífico. Está situado sobre un despeñadero solitario, que domina por todos lados una gran extensión de terreno con riquísimas viñas y corpulentos castaños, y allá, á lo lejos, se extiende el pintoresco valle del Etsche. El conjunto es encantador y ensancha el alma.

Según nos dijeron, las viñas producen sólo lo suficiente para sostener la propiedad, y con las uvas se hace un vino exquisito, que es enviado á Burdeos, donde se le embotella y vende como un clarete muy superior, llamado Chateau Monivet.

A Carlos le entusiasmó la idea de tener viñas que produjeran vino para su consumo.

—Aquí, dijo, descansaríamos literalmente á la sombra de nuestras propias viñas y de nuestras higueras. ¡Qué seductora soledad! Por mi parte, estoy ya muy harto del bullicio y de la agitación de Londres.

Llamamos á la puerta, no por medio de ningún timbre, pues no lo había, sino con una enorme aldaba de hierro, fuerte y pesada y de una antigüedad muy respetable.

Estábamos enterados de que recientemente había fallecido el viejo Graf Voulvenstein (conde de Levenstein), y de que su hijo, el actual conde, joven de mucho dinero, habiendo heredado de su madre un Schloss aun mejor que aquel, en el distrito de Salzburg, deseaba vender el castillo para adquirir un yate.

Un criado con librea y de modales finos nos abrió la puerta, y lo primero que vimos fué una antesala antiquísima y sumamente caprichosa, llena de armaduras completas de los antecesores del conde, trofeos de cazadores tiroleses, mallas y corazas; es decir, lo más á propósito para encaprichar á una persona de gustos aristocráticos y románticos, como mi cuñada.

Se vendía todo tal y conforme lo veíamos, y por un sobreprecio insignificante podía incluirse en la venta hasta la genealogía.

Recorrimos los salones de recibir, que eran grandes y de techos altos, con magníficas vistas al campo, tanto más precio-

sas cuanto que se contemplan á través de graciosas ventanas romanas, con esbeltos pilares y fantásticos arcos.

No tardó Carlos en decidirse.

—¡Esto, esto es lo que yo necesito! exclamó. ¡Seldon, bah! Seldon comparado con esto no vale nada, y preguntó: ¿Podríamos hablar con el excelentísimo señor conde?

El criado, con cierto aire de altanería, contestó que procuraría enterarse.

Carlos entregó su tarjeta y la de lady Vandrift.

—Los alemanes saben, observó, que el tener título en Inglaterra significa tener dinero.

Y no le faltaba razón, pues dos minutos más tarde, trayendo las tarjetas en la mano, apareció el señor conde. Era un joven de tipo aristocrático, con largo bigote negro, como buen tirolés, y vestía un traje en el que había algo característico del país. Tenía el pelo largo y negro, y en el sombrero llevaba una enorme pluma blanca. Sin dejar el sombrero de la mano (según la invariable costumbre de los austriacos) se inclinó cortésmente, nos invitó á que nos sentáramos y empezó á hablar en francés. Con una sonrisa agradable declaró que no poseía el inglés con la misma perfección que el francés; pero que si nosotros preferíamos hablar en el primero de dichos idiomas, á él le era indiferente, pues sabía lo bastante para entenderse.

—En francés, contestó Carlos apresuradamente (como que, aparte del inglés, es el único idioma que conoce algo).

Y dieron comienzo las negociaciones en francés.

Al oirnos elogiar la magnificencia del paisaje, los ojos del conde brillaron de orgullo. Sí, era lindo, muy lindo, el país tirolés, al que profesaba mucho cariño, y si sacrificaba su castillo, era porque tenía otra posesión mucho más bonita en el Salzhammergut, muy cerca del Innsbruck. Al Tirol le faltaba una sola cosa, la mar. Era aficionadísimo á dar paseos en yate y por eso había resuelto vender el castillo. Después de todo, tres casas, un yate y un palacio en Viena, eran más de lo que un solo hombre podía ocupar.

—Justo, replicó Carlos. Por eso mismo, si puedo arreglar la cuestión del precio con usted, venderé el castillo que tengo en Escocia.

Y procuró darse aires de jefe escocés, que tiene un batallón de highlanders á sus órdenes. Entonces comenzó á tratarse la cuestión del precio. El conde era una persona agradabilísima y cortés hasta la exageración. Mientras hablábamos con él entró un hombre de aspecto vulgar é insociable, que supusimos sería el administrador, y habló con el conde en alemán, del que no entendemos ni una jota. Nos impresionó favorablemente la manera tan digna y tan noble con que trató el amo á su criado, y por las indicaciones que aquél hacía comprendimos que le explicaba quiénes éramos y mostraba su disgusto por habernos interrumpido. Sin duda el hombre se arrepintió de haber entrado, y después de hablar unas cuantas frases con su amo se retiró haciendo reverencias y murmurando disculpas en su incomprensible idioma. Entonces el conde se volvió á nosotros, diciendo:

—Ruego á ustedes que dispensen la interrupción. Nuestro pueblo se parece en el carácter á sus compatriotas los escoceses. Tienen buen corazón y gustos delicados; pero carecen, por desgracia, de la cortesía que se debe á los extranjeros.

Pensé que, si los describía bien, él, por lo menos, era una excepción, pues nos trató con amabilidad desde el primer momento.

Indicó el precio sin rodeos ni ambigüedades. Sus procuradores en Merán tenían los documentos necesarios y arreglarían los detalles con nosotros. Era, en verdad, un precio exagerado, exorbitante; pero ya se sabe que cuando uno quiere satisfacer un capricho no tiene más remedio que pagarlo bien, y sin duda el conde había calculado todo esto.

—Ya vendrá el tío Paco con la rebaja, observó Carlos. En esta clase de negocios siempre se pide más de lo justo. Sabe que soy millonario, y todo el mundo cree que los millonarios estamos nadando en dinero. Y á propósito: es un error eso de creer que es más fácil sacar el dinero á los millonarios que á los que no lo son; pues si esto fuera cierto, ¿cómo hubieran acumulado los millones? Los millonarios, en vez de manar dinero, como ciertos árboles manan goma, lo recogen, como recoge la tierra el agua que cae del cielo, y es muy rara la vez que lo vuelven á soltar.

A pesar de las exigencias del conde volvimos al coche aquella tarde muy satisfechos de la primera entrevista. Cierto que el precio era exageradísimo. pero los preliminares se habían arreglado ya: y en cuanto á lo demás. el conde nos rogó que nos entendiéramos con sus procuradores. los cuales, según pudimos averiguar. eran muy respetables y respetados y muy antiguos en la casa.

Los visitamos y nos enseñaron los planos y todos los documentos en perfecto orden y en regla. Hasta que llegamos á tratar del precio no hubo dificultad ninguna: pero en cuanto se tocó este punto los procuradores se mostraron inflexibles. sosteniendo el precio indicado por el conde. sin rebajar ni un florín. Discutimos y regateamos hasta que Carlos se incomodó y acabó por perder la paciencia.

—Ya saben que soy millonario. Sey. dijo Carlos cuando salíamos de ver á los procuradores. y lo que pasa siempre: quieren engañarme. Pero pierde cuidado. que no lo consentiré. Hasta ahora. el coronel Goma es el único que ha conseguido sangrarme: pero lo que es éstos. petardo se llevan.

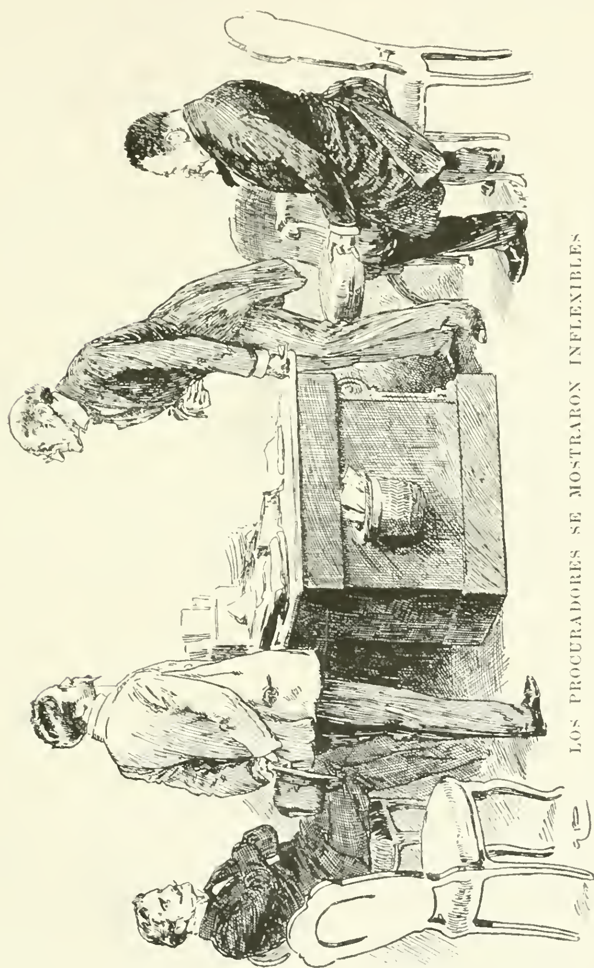
Hizo una pausa. y luego continuó:

—Lo que yo quisiera. Sey. es saber si de veras obran de buena fe. si ese es el precio corriente. ¿Querrás creer que empiezo á sospechar que la primitiva inocencia ha desaparecido por completo del mundo? Ese conde tirolés aprecia tanto el dinero como si hubiera nacido en el Cabo ó en Kimberley.

Las cosas continuaron así durante tres ó cuatro semanas. Nosotros regateábamos y los procuradores sostenían el precio. no rebajando ni una peseta.

Por mi parte estaba seguro de que. si el señor conde no se daba un poco de prisa. mi cuñado se aburriría por completo y sabría resistir la tentación de comprar el más precioso entre los preciosos castillos del mundo. Pero el conde no lo comprendía así y vino á visitarnos al hotel. lo cual. entre los altaneros tiroleses. se considera como un acto de honor para el forastero. Es más: entró en nuestras habitaciones sin ser anunciado. con lo cual nos daba otra prueba de consideración. Pero en tratándose de libras esterlinas seguía tan inflexible como al principio. no había manera de ablandarle.

—No me entienden ustedes, dijo, dándose cierta importancia; nosotros, los caballeros tiroleses, no somos comerciantes ni



LOS PROCURADORES SE MOSTRARON INFLEXIBLES

tenderos, nosotros no regateamos jamás; fijamos el precio y lo sostenemos. Si fueran ustedes austriacos, miraría como un insulto que regatearan conmigo; pero como pertenecen á una gran nación mercantil, pues...

Y dando un gruñido y encogiéndose de hombros, como si realmente nos compadeciera, se calló.

Le vimos muchas veces entrar y salir del castillo en coche, y siempre nos saludaba con la mayor amabilidad; pero en cuanto se tocaba la cuestión del precio era el mismo de siempre, y en seguida sacaba á relucir su nobleza tirolesa. Podíamos comprar el castillo ó dejarlo, le era indiferente; siempre le quedaría Schloss Levenstein.

Los procuradores no eran menos inflexibles; por más que les visitamos varias veces, no quisieron ceder nada absolutamente.

Por fin Carlos, disgustadísimo, abandonó el asunto. Era que, como yo me había figurado, empezaba á aburrirse.

—Es el sitio más delicioso que he visto en mi vida, Sey, dijo; pero ¡qué diantre! no permitiré que se rían de mí.

Y como ya entrábamos en el mes de diciembre resolvió regresar á Londres. Dos días después de formar esta resolución encontramos al conde en su coche y le detuvimos para decírselo. Carlos creyó que la noticia le produciría efecto y le haría entrar en razón, pero no hubo tal cosa. Lo que únicamente hizo fué levantar el sombrero de pluma blanca y sonreir.

—El archiduque Karl, dijo, está en tratos para adquirir el castillo.

Carlos soltó entonces unas palabras muy fuertes que no he de repetir aquí y regresamos á Inglaterra.

Durante los dos meses siguientes no hizo Amalia otra cosa que lamentarse de que el conde no quisiera vendernos el castillo; sin duda las torrecillas la habían fascinado y estaba completamente *chiflada*. Cuando nos hallábamos en Merán y pensaba que llegaría á poseerlo, le gustaba mucho y no tenía inconveniente en que Carlos lo adquiriese; pero al volver á Londres y creer que ya no estaba á su alcance, se volvía loca por él. Además, Cesarine la *chiflaba* más y más, repitiendo lo que había oído decir en el hotel á las doncellas: esto es, que el conde no tenía deseo de vender su posesión á ningún millonario del Cabo, y que creía, en honor de su familia, estar obligado á proporcionarse un comprador de antiguo linaje.

Cierta mañana del mes de febrero Amalia regresó de su paseo, á caballo, radiante de alegría (los médicos la habían reco-

mendado que montase á caballo para reducir su excesiva gordura).

—¿A quién te parece que he visto en el Row? preguntó toda agitada. ¡Pues nada menos que al conde de Levenstein!

—No. exclamó Carlos sorprendido.

—Sí. replicó Amalia con decisión.

—Te habrás equivocado. mujer. añadió Carlos.

Pero Amalia estaba muy segura. y sin pérdida de tiempo envió emisarios á los procuradores nombrados como agentes suyos para preguntar si conocían el paradero del conde. Y los emisarios averiguaron que, en efecto. el conde estaba en Londres y que se hospedaba en casa de Morley.

—Ya comprendo á qué viene, dijo Carlos. Sin duda le pesa no haber aceptado nuestra oferta y ahora querrá reanudar las negociaciones.

Yo aconsejé á Carlos que esperase prudentemente á que el conde diera el primer paso.

—No permitas. le dije, que comprenda el afán que tienes de comprar el castillo.

Pero era imposible calmar la impaciencia de Amalia. la cual insistió en que fuera Carlos á visitarle. siquiera para corresponder á la amabilidad con que nos había tratado en el Tirol. De modo que fuimos, y el conde nos recibió tan amable como siempre. ¡Qué persona tan bien educada! Nos habló de las grandezas de Londres; aceptó gustoso la invitación de comer con nosotros al día siguiente, y al despedirnos nos suplicó que le pusiéramos á los pies de milady Wandrift y Mme. Ventworth.

Comió con nosotros casi en familia. El cocinero de Amalia hizo prodigios; fué una comida excelente. y cerca de la media noche era ya cuando, estando en el salón de billares. reanudó Carlos la cuestión del castillo. El conde se impresionó vivamente. Le causaba verdadero placer que. á pesar de la animación y las distracciones de la ciudad de los 5.000.000 de habitantes. nos acordáramos todavía de su querido Levenstein.

—Vengan ustedes mañana á las oficinas de mi abogado. dijo: allí hablaremos más despacio.

Y fuimos. Era una casa cuya razón social se conocía mucho en Londres. Procuradores de varias familias antiquísimas, hacía

años que habían intervenido en algunos negocios para el difunto conde, el cual había heredado de su abuela algunas propiedades en Irlanda, y agradecían que su hijo les honrase con su confianza. Tenían mucho gusto en conocer á un príncipe del dinero como era Carlos Wandrift, y estaban deseosos (frotándose las manos de gusto) de arreglar el asunto á satisfacción de todos. (Hay que tener en cuenta que los clientes eran personas con quienes convenía estar en buenas relaciones.)

Carlos indicó el precio que estaba dispuesto á pagar; el conde expuso otro más elevado, aunque menos exagerado que el anterior, y el asunto quedó en manos de los procuradores. El conde, según dijo con un gesto de orgullo, era militar y caballero tirolés, y tenía muy á menos entrar en detalles: prefería dejarlo todo en manos de los hombres de negocios.

Como yo estaba deseando complacer á Amalia, y sabía que en aquel momento su más vivo deseo era el de comprar el castillo de Levenstein, me encontré por casualidad á la mañana siguiente con el conde no lejos de la casa de Morley. (Fué una casualidad por su parte, pues hacía media hora que yo andaba buscándole por allí.) En términos muy velados le hice entender que yo tenía alguna influencia con Carlos Wandrift, y que una palabra mía...

Y callé bruscamente, haciendo un gesto significativo.

El conde me miró de pies á cabeza.

—¿Comisión? preguntó con una sonrisa particular.

—Caballero, exclamé sorprendido, creo que á eso no se le puede llamar comisión; pero ya sabe usted, en este mundo una buena acción se paga con otra.

El conde volvió á examinarme con atención y por un momento temí que el orgullo del caballero tirolés iba á resentirse de mi osadía; pero pronto comprendí que Carlos tenía razón al decir que la inocencia primitiva ha desaparecido del mundo, yendo á parar á otras regiones desconocidas para nosotros.

—Mr. Ventworth, dijo, yo soy caballero tirolés y no quiero mezclarme en comisiones ni tantos por ciento. Sin embargo, si su influencia con sir Charles... ¿nos entendemos, no es verdad? un regalito amistoso es cosa corriente entre caballeros; nada de dinero, por supuesto, pero sí el equivalente del cinco por ciento

en joyas ú otra cosita cualquiera sobre lo que le haga usted ofrecer más de lo que ya ha ofrecido, ¿eh?

—Es más usual y más corriente el diez por ciento.

—El cinco ó nada, contestó irguiéndose.

—Bueno, pues que sea el cinco: pero conste que lo hago sólo por complacer á su excelencia.



¿COMISIÓN? PREGUNTÓ

Y con un saludo cortés nos despedimos.

Despues de todo, un secretario suele ejercer una influencia muy regular.

Cuando nos pusimos á hablar del asunto me costó muy poco trabajo, con ayuda de Amalia, secundada á su vez por Cesarine é Isabel, convencer á Carlos para que accediese á las razonables proposiciones del conde. Los procuradores de Southampton Row nos comunicaron noticias de los precios corrientes del vino en el mercado de Burdeos, y esto puso término al asunto.

Una semana más tarde quedó todo arreglado. Carlos y yo nos encontramos con el conde en Southampton Row, á donde habíamos sido citados, y presenciamos el acto de firmar, sellar y entregar los documentos correspondientes al castillo de Levenstein. Hecho esto, mi querido hermano político firmó el cheque y nos despedimos del conde: Carlos muy hueco con la idea de saber que era el dueño de la preciosa posesión tirolesa, y yo muy satisfecho con el cinco por ciento que tenía en perspectiva, para cuya cantidad recibí á la mañana siguiente un cheque firmado por el mismo conde y que debía cobrar en el Banco donde él tenía cuenta corriente. En la carta que acompañaba al cheque me decía el caballero tirolés que, ya que el negocio se había ultimado á gusto de todos, no creía que hubiese motivo para no entregar en dinero la suma prometida.

Cobré el cheque lo más pronto que pude y no dije nada á nadie, ni siquiera á Isabel, porque estoy convencido de que no se puede confiar á las mujeres ciertos asuntitos intrincados de comisión y corretaje.

Aunque había entrado ya el mes de marzo y las sesiones del Parlamento habían comenzado ya, Carlos se empeñó en que fuésemos inmediatamente á tomar posesión de nuestro magnífico castillo tirolés, con el cual se entusiasmó tanto Amalia que se daba aires de condesa.

Tomamos, pues, el expreso del Oriente hasta Munich, y allí el brenner hasta Merán, yendo directamente á Eszcheog Joham para pasar la noche.

Aunque habíamos telegrafiado anunciando nuestra llegada y esperábamos ser recibidos con cierta solemnidad no hubo demostración de ningún género. A la mañana siguiente, llenos de satisfacción y de alegría, salimos en carruaje para ir á tomar posesión de nuestras viñas y de nuestras frondosas higueras. En la puerta del castillo nos recibió el administrador ó criado gruñón á quien ya conocíamos.

—Despediré á este tipo, dijo Carlos, dándose aires de propietario del castillo. Es harto gruñón y ni siquiera sabe recibirnos. ¡Qué animal!

Mi cuñado subió las escaleras de la entrada seguido del administrador, que iba murmurando algo incomprensible para nos-

otros; pero Carlos, sin hacerle caso, se metió en su casa. Esto dió lugar á una escena graciosísima, originada por la ignorancia de ambas partes interesadas. El administrador llamó á sus criados para que nos echaran de allí, y he de confesar que tardamos un largo rato en comprender lo que sucedía. ¡El hombre gruñón era el verdadero conde de Levenstein!

¿Y el conde del bigote negro? Poco á poco nos fuimos enterando de que era el coronel Goma, más atrevido que nunca.



EN LA PUERTA
NOS RECIBIÓ EL ADMINISTRADOR

Por fin todo se aclaró. Nos había seguido el día en que fuimos á visitar el castillo, y diciendo á los criados que venía acompañándonos, pasó al salón donde esperábamos al verdadero conde. Preguntamos á éste por qué había hablado con él, y nos contestó que el del bigote negro había presentado á Carlos como el célebre millonario del Cabo, añadiendo que él era el intérprete.

Como tal había tenido muchas entrevistas con el conde y también con sus procuradores en Merán, yendo diariamente al castillo con una disculpa ó con otra. El dueño de la posesión había indicado un precio desde el principio y no lo había alterado ni

en lo más mínimo, y si mi cuñado quería volver á comprarlo, el castillo estaba á su disposición. ¿Que cómo se había arreglado para engañar á los procuradores en Londres? De esto no tenía la menor idea; sentía lo sucedido, pero no era culpa suya. Y se despidió finamente, dándonos los buenos días.

Ya no nos quedó más camino que volver á Eszcheog Joham y telegrafiar inmediatamente, avisando á la policía de Londres.

Al día siguiente salimos Carlos y yo para la capital de Inglaterra, con la vana esperanza de averiguar algo que nos indicase el paradero del supuesto caballero tirolés. Los procuradores de Southampton Row no tenían remordimiento alguno por habernos sacado el dinero de aquella manera; muy al contrario, estaban indignadísimos de que se les hubiese engañado de aquel modo.

Dijeron que habían recibido una carta de Merán, escrita en papel timbrado de la familia de Levenstein, anunciando que venía el conde á Londres para negociar la venta del castillo, con todos sus anexos, con el célebre millonario Carlos Wandrift. Este le había reconocido á primera vista por el verdadero conde, y aunque ellos no le habían visto jamás, le tomaron por tal, porque mi cuñado les manifestó que sí lo era. Trajo consigo excelentes documentos falsificados, facsímiles de los originales, los cuales, naturalmente, como intérprete nuestro, había tenido muchas ocasiones de examinar en casa de los procuradores de Merán. No podía negarse que fué un plan bien pensado y mejor ejecutado, cuyo brillante éxito se debió exclusivamente á que habíamos nosotros aceptado al hombre del bigote negro como el verdadero conde.

Lo único que nunca supimos explicarnos fué cómo sucedió que al entrar en el salón el hombre del bigote negro traía nuestras tarjetas en la mano y por qué el criado no se las entregó al verdadero conde y sí á él.

Por el correo de la tarde llegaron dos cartas, una para mí y otra para Carlos. La de éste decia así:

¡Muy digna y bien conocida sabiduría! Justo, justo, he conseguido salir adelante, aunque fué un poco difícil al principio. Aquel día creí que iban ustedes á Schloss Planta en vez de ir á Schloss Levenstein, pero á mitad del camino cambiaron de parecer, lo cual pudo haberme fastidiado. Felizmente lo adver-

tí, y tomando un atajo llegué á la puerta unos minutos antes que ustedes y tuve tiempo suficiente para presentarme. Otro apuro pasé cuando se presentó en el salón el verdadero conde; pero la suerte favorece siempre al audaz, y me salvó su desconocimiento de la lengua alemana. Por lo demás, fué cosa fácil; tan fácil que se arregló ella sola, como quien dice. Tengo el honor de ofrecer á usted, como una pequeña señal de gratitud por sus excelentes cheques, un regalito muy útil: un diccionario alemán y un libro de conversación. B. s. m. el que ya no es

El conde de Levenstein».



DOS CARTAS

Mi carta decía lo siguiente:

«Mi buen Mr. Ventworth: ¡Ahora sí que le tengo bien sujetito! El fin corona la obra, y el fin de mi sencillo plan ha sido más feliz aún de lo que yo esperaba. Usted mismo se ha entregado en mis manos. Tengo en mi poder un cheque endosado por usted y cobrado en casa de mi banquero, lo cual me sirve, como si dijéramos, de garantía para su conducta futura. Si alguna vez me llegara á reconocer y me denunciase á ese borrico de su cuñado, no olvide usted que le descubriré presentando su cheque. De modo que ahora ya nos entendemos. Yo

no había pensado en esta trampita; usted mismo fué quien me lo propuso. ¿No es verdad que bien merecía la pena de pagar esa pequeña comisión para tener seguro su silencio? Ya le he tapado la boca, y francamente no me parece caro el precio.

Suyo, querido compañero en la gran confraternidad de trampistas,

Cuthbert Gomm, coronel».

Carlos, lanzando un gruñido, dejó su carta sobre la mesa.

—¿De quién es tu carta, Sey? preguntó.

—De una señora, respondí.

En su mirada creí adivinar una ligera sospecha.

—Me había parecido que venía escrita con la misma letra.

—No, contesté; es de Mrs. Mortimer.

Pero yo temblaba, temblaba de miedo de que se empeñase en ver la carta, porque sus ojos parecían penetrar hasta lo más recóndito de mis pensamientos.

—¿Procuraste enterarte bien de ese tipo en casa del banquero? me dijo luego.

—Sí, sí, contesté apresuradamente. (¡Ya lo creo que me había enterado!)

—Dicen, continué, que, como el supuesto conde fué presentado por los procuradores de Southampton Row, no sospecharon nada. Ya ves, uno que va por el mundo con credenciales como las tuyas y las del conde engaña á cualquiera. El banquero no exigió ni que fuese formalmente identificado. Iba á poner dinero y no á sacarlo, por más que dos días después retiró el saldo de su cuenta diciendo que tenía prisa para regresar á Viena.

¿Pediría detalles mi apreciable cuñado? Confieso que me encontraba muy apurado; pero gracias al cielo, Carlos estaba harto preocupado para acordarse de pedir detalle ninguno. Se reclinó en la butaca, y con las piernas tendidas y las manos en los bolsillos parecía el retrato fiel del abatimiento.

—Sey, empezó diciendo después de unos momentos de silencio, ¿sabes que ese hombre tiene un talento especial? Te aseguro que, á pesar de todo, me inspira admiración. Algunas veces pienso...

—¿Qué piensas, Carlos? pregunté.

—Pienso que nos sería muy útil, como compañero, en algunos negocios. ¡Qué mag... ní... ficas combinaciones haría en la City!

Me levanté de la silla, y acercándome contemplé con cierto asombro á mi extraviado hermano político.

—¡Carlos! exclamé. ¿Sabes lo que estás diciendo? Por lo visto, tanto coronel ha trastornado tu gran talento. Hay cosas que, por muy ciertas que sean, no deben salir jamás de los labios de un respetable financiero, ni siquiera en la soledad de su cuarto, en compañía de su más íntimo amigo y fiel consejero.

El pobre Carlos se entristeció mucho.

—Tienes razón, Sey, exclamó; tienes muchísima razón, pero dispénsame. Hay momentos en que la verdad sale, sin querer, de los labios.

Respeté su ligereza, y ni siquiera me aproveché de aquella ocasión para pedir un pequeño aumento de sueldo.

Grant Allen.





Después del baile.



Querido Juan: Tu carta de ayer me ha llenado de asombro. Claro está que contarás conmigo para el día 25, aunque tu extraño silencio sobre el asunto me hace concebir tristes sospechas. ¡Ay, Juan, Juan! ¿Ha conseguido por fin engañarte la encantadora Katy? ¿Le han dado el triunfo sus esfuerzos á bordo del yate de los Villar? Me permitiría dar crédito á todo con respecto á su poder de persuasión; pero tú... ¡ca! no lo creo. Eres más listo que todo eso. Desde este momento arrojo al mar de cabeza á la bonita miss y esperaré tu contestación. Ten la bondad de recordar que soy hombre y no me hagas esperar más. ¿Quién es ella? ¿cómo se llama? ¿dónde la has conocido? ¿y adónde, di, adónde han ido á parar tus prejuicios sobre el matrimonio? Si yo he de ser el padrino, no puedo aparecer en escena sin estar al tanto de todo; así que insisto en que á vuelta de correo me envíes todos los detalles. Hasta entonces reservo mi enhorabuena. Tuyo como siempre. *Ricardo.*—P. S. Si resulta que, efectivamente, es la inglesita, puedes buscar otro padrino, pues por nada en el mundo asistiré á la boda».

Mientras digería esta epístola original fumándome un cigarro medité la respuesta. Tuve intenciones de sostener el misterio por algún tiempo más, pero por fin rechacé la idea. Sería hacer un feo á miss Jackson, con quien recuerdo haber simpati-

zado bastante. Nunca pude comprender la antipatía que Ricardo sentía hacia ella. Bien es verdad que la miss no le hacía caso tampoco, y como á los ojos de todo el mundo pasaba por mi novia, más de una vez se me ocurrió que en el fondo podía haber un poco de celos; pero yo seguramente me habría olvidado hasta de su existencia á no ser por la costumbre que Ricardo tenía de nombrarla á cada instante, dándome broma con ella de una manera irónica.

En fin, miss Katy no tenía nada que ver con mis planes para el día 25; así que yo también determiné «echarla al mar», como suele decirse, y me decidí á referir mi sencilla historia á mi antiguo compañero, á fin de que no tuviese motivo para quejarse por pequeños detalles. Después de todo, era demasiado bueno para atormentarle de aquella manera.

Con los pies metidos en unas confortables zapatillas, mi cigarro en la boca y paz y buena voluntad en el corazón, animé el fuego y me senté á escribir una completa y franca confesión en un pliego de papel comercial que tenía á mi alcance.

«Querido Ricardo: Tu propósito de verme por última vez el día 25 es quizá algo egoísta; pero, sin embargo, no dejaré de contar contigo. ¡Qué tonto eres! ¡Si K. J. se casó con el americano á quien con poca compasión solía cortar la palabra durante aquel memorable viaje de hace tres meses! Lo supe hace tiempo, pero no pude resistir la tentación de reirme de ti al ver que tanto y con tanta insistencia me hablabas del asunto. ¿Conque te han asombrado mis noticias, eh? Pues lee la verídica y extraña historia que voy á contarte, y no dudo de que la enhorabuena vendrá en seguida. Tuyo siempre, *Juan Guerola*».

* * *

Tengo un amigo muy antiguo llamado Benomar, que posee un manicomio particular cerca de X. Es el hombre más franco y sincero que puedes figurarte. Todo el mundo habla bien de él, y aunque me lleva algunos años, somos muy buenos amigos. Da unas comidas magníficas y sus bailes son siempre de primer orden: muchas jóvenes bonitas, grandes salones y un trato verdaderamente afectuoso. Su mujer es otra que tal: cariñosa y amable como ninguna. La casa está dividida en dos partes: una

reservada exclusivamente para los enfermos y la otra destinada al médico y su familia. ¡Y qué bien situada está! Cuesta trabajo el concebir la idea de que allí hay quien sufre. A ninguno se le ocurre el sospechar siquiera que está en un manicomio cuando se halla bajo el hospitalario techo de Benomar.

Uno de esos bailes de *primissimo cartello* iba á celebrarse hace poco tiempo, y aunque aquella noche se desencadenó una horrible tormenta, estaba yo resuelto á no faltar á la fiesta y salí para X. Pronto empecé á dudar si estaría en mi juicio al haberlo intentado, pero una vez en camino proseguí adelante, persuadido de que sería tan difícil para mí el retroceder como el avanzar y dispuesto á vencer cuantas dificultades encontrase.

El caso es que llegué al término de mi viaje, pero con tanta oportunidad que la fiesta estaba ya á punto de concluir. Muchos invitados se habían ya marchado y otros se estaban despidiendo. Al entrar fué acogida mi presencia con ciertas risitas que me hicieron muy mal efecto después de las contrariedades de aquella noche, y conté una historia que deliberadamente llevaba preparada. El miedo se reflejaba en todos los rostros y las exclamaciones de asombro salían de todos los labios, y cuando ya la primera impresión parecía haberse desvanecido, se oyó la alegre voz del médico diciendo que ni por todo el oro del mundo saldría él de su casa aquella noche, por no encontrarse con los peligros que yo había expuesto. Entonces empezaron á oirse cuchicheos por parte de las jóvenes, y después de un momento de vacilación y de planes más ó menos acertados, la idea de que nos acostáramos todos allí, echada á volar por el médico, fué acogida por aclamación.

Llamados á consejo los criados, que adoran á sus amos, se discutió la mejor manera de acomodarnos á todos. ¿Pero y dónde? Los hombres tendrían que dormir en sillas y butacas, las mujeres en colchones tirados en el suelo... Y con tal motivo se hizo un derroche de ingenio y de buen humor.

Cuando ya todo estaba arreglado y empezábamos á sentir, como el herrero del pueblo, que habíamos ganado nuestro descanso de la noche, formamos un alegre grupo en la antesala,

dispuestos á dar un general «Buenas noches». Benomar me hizo una seña entonces, y llamándome á su lado me dijo:

—Oye, Juan, tú no eres ya ningún muchacho para asustarte de los locos ni de sus cosas. Conque resígnate, porque voy á acomodarte en la parte de la casa destinada á manicomio; no hay otro remedio. Allí tendrás para descansar un sitio que no puedo ofrecerte aquí. ¿Encuentras algún inconveniente?

¡Vaya si lo encontraba! pero no tuve valor para confesarlo, y la ligera sonrisa de satisfacción que apareció en mis labios nació más bien de la educación que de la satisfacción que yo sentía.

—Claro que no lo tengo, respondí. Supongo que los locos no podrán salir de sus habitaciones.

—No, hombre, no; es decir, si no se les abre la puerta. Gracias á Dios, hace años que no nos hemos visto molestados de noche, y la última vez que esto sucedió fué por culpa de Martín, el guardián principal. Por cierto que al pobre diablo le cortó la cabeza; mal negocio fué, pero ya te lo contaré otro día. Vamos, señores, el tiempo vuela, y todos tenemos que levantarnos y estar en movimiento para las seis.

Entre mucho ruido y grandes carcajadas nos despedimos todos, pues ya no tuve más remedio que seguir á mi amigo por el largo corredor, por el que iba repitiendo casi maquinalmente:

—Martín... le cortó la cabeza... mal negocio... hasta que llegamos al final. Allí se detuvo Benomar, tocando un resorte oculto en lo que yo había creído siempre pared firme; se abrió una especie de trampa y entramos en un sitio desconocido para mí, volvió á cerrarse la trampa y nos encontramos en completa oscuridad.

—Espera, me dijo Benomar, voy á encender una luz.

No era necesario que me avisase, pues yo no tenía la menor intención de abandonarle en aquel sitio, que ya he indicado desconocía por completo. Encendió una lamparilla eléctrica que llevaba en la mano y me dispuse obediente á seguirle á donde quiera que me llevase.

Al pasar por delante de algunas puertas se detuvo Benomar y silbó muy bajito hasta que el silbido fué repetido desde aden-

tro, y proseguimos nuestra marcha. Yo me había tranquilizado algo viendo que no estábamos solos, cuando de repente una estrepitosa carcajada rompió el silencio y me hizo estremecer. Instintivamente me agarré al brazo de mi amigo.

— No seas bobo, Juan, me dijo.

Nos quedamos parados durante unos minutos, hasta que por fin llegamos á una hermosa habitación, donde ardía un alegre fuego que hizo renacer en mí la idea del bienestar. Después de todo, no era tan malo aquello. Me quité las botas y sentándome en una butaca empecé á sentirme en mi centro. Todo era muy fácil mientras Benomar estuviese conmigo; pero temía el momento de la separación, que tenía que llegar, y para alejarlo todo lo posible me puse á charlar como una cotorra, pasando con habilidad de un asunto á otro á fin de retenerle á mi lado.

Al principio todo marchaba bien, pero pronto se hizo evidente que Benomar quería ir á la cama. Me daba lástima, y sin embargo no dejé de charlar preguntándole el por qué de esto y de lo otro, hasta que ya no pudo más: se caía de sueño. Al darnos las buenas noches y al verle yo desaparecer por el corredor tuve que violentarme para no seguirle suplicándole que no me abandonara.

En cuanto cerró la puerta pronuncié su nombre con una voz casi imperceptible, pero sin embargo me oyó y volvió á entrar.

— No sé dónde está la luz, le dije.

— ¿Luz? Aquí no podemos dejar luces. Ahí tienes vela y cerillas y confórmate con eso por esta noche, hijo mío. Vaya, que lo pases bien.

Esta vez se marchó de veras. Escuché hasta que el último sonido de sus pasos había desaparecido, y entonces empecé á reconocer la habitación donde me hallaba. Nada hallé que me inspirase temor. La cama, con su bonito edredón que cubría la colcha blanca, convidaba á dormir; pero antes de meterme en ella quise hacer una especie de requisa. Comencé por la caja de cerillas y con disgusto vi que no tenía más que tres. ¡Si al menos fueran buenas! pensé mirándolas y remirándolas. Abrí un armario grande situado en un rincón y hallé una enorme bata que, con los brazos estirados, parecía querer hacerme frente. Registré debajo de la cama y nada de particular encon-

tré. Entonces apagué la vela, de la que sólo quedaban seis centímetros, y me metí entre las sábanas.

Una media hora bien cumplida permanecí mirando las sombras que el fuego de la chimenea proyectaba en la pared, dando vueltas de un lado á otro y en un estado de intranquilidad que estaba muy lejos del reposo.

Viendo que no podía dormir por más que lo intentaba, salté del lecho dando un suspiro, me envolví en la bata que poco antes me había asustado, avivé el fuego, me senté en la butaca ante la chimenea, crucé las piernas una sobre otra y me resigné á permanecer despierto. Sobre la mesa había una porción de libros, tomé uno (la novela de Alarcón titulada *El escándalo*) y me puse á leer. A los cinco minutos, perdone el insigne novelista, una deliciosa sensación de sueño se apoderó de mí.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, pero sí recuerdo que, cuando desperté, sentía hambre, mucha hambre. No había, pues, que contar con el sueño por de pronto. Entonces me acordé de que no había comido desde el medio día, y que en el aparador del comedor había visto un plato con fiambres que llamaron mi atención. Con la confusión que produjo mi llegada me olvidé de cenar, y ahora echaba muy de menos aquel plato.

Ante el hambre desaparecieron todos mis temores, y ya no me preocupaba otra cosa que la manera de satisfacer el apetito. Hasta me dieron tentaciones de hacer una escapada al piso bajo en busca de los fiambres. ¿Que éstos habían desaparecido? No importaba: ya encontraría yo algo que comer.

Me envolví más en la bata, y armándome de vela y de cerillas, que gracias á Dios aun estaban en plural, abrí la puerta mirando á uno y otro lado antes de echar á andar.

Todo estaba en profundo silencio y me aventuré á salir, encontrando fácil el camino hasta la puerta corrediza ó la trampa, la cual, con no poco asombro por mi parte, vi que no era tan difícil de abrir como había creído.

Después de palpar un poco tuve la buena suerte de encontrar el muelle ó resorte, y pasé adelante. Ahora todo era camino llano; pero ¡qué cambiado y silencioso estaba todo! ¡Cuán débil resultaba la luz de mi pobre bujía comparada con la brillantez que había antes en el gran salón, lleno de vida y de alegría!

Un no sé qué de profunda tristeza había en aquel silencio que hizo renacer en mí la intranquilidad. ¿Silencio he dicho? Casi hubiera jurado que en aquel instante se había escuchado detrás de mí ruido de faldas y hasta un débil suspiro. Me quedé parado, casi sin respirar, mirando á uno y otro lado con cierto temor, pero inútilmente. Todo estaba tranquilo y sólo oía los latidos de mi corazón.

Recobrada la tranquilidad proseguí adelante hasta llegar al desierto comedor, donde encontré, no sólo los codiciados fiambres, sino también un trozo de carne exquisito. Agarré el cuchillo de trinchar que estaba sobre la mesa, eché una ojeada en busca de un sitio para colocar la vela entre un vaso y un montón de platos, alcé la vista por casualidad hacia el hermoso espejo situado á la derecha del aparador... y quedé helado de espanto. ¡Cielos! ¿Qué significaba aquello? Había allí una mujer vestida con un traje largo de color carmesí, y con los largos cabellos tendidos sobre los hombros en una forma encantadora. ¿Y el rostro? Bellísimo, pero contrastando con una expresión horrible y una mirada fascinadora que ponía espanto.

Fijos en mí sus ojos, fué acercándose lentamente, y al ver que yo la esperaba dispuesto á todo, se detuvo un momento; volvió á avanzar con la sonrisa en los labios hasta colocarse á medio metro de distancia de mí. Bajó la vista y quedé asombrado al ver la transformación tan grande, tan profunda que en tan breves momentos había sufrido. Aquella no era la mujer furiosa que había visto en el espejo.

Nos miramos en silencio durante unos instantes. Luego avanzó hacia mí y puso su mano helada sobre la mía, que descansaba en el respaldo de una silla. El contacto rompió el silencio y me dió completo dominio sobre mi persona, pues en seguida comprendí que de mi resolución, si era rápida, dependía quizá la vida de aquella mujer.

Cogí entre la mía la mano que me tendió, y mientras la calentaba suavemente reflexioné lo que debía hacer en aquel extraño trance. Tenía que procurar llevarla al sitio de donde había salido, pero sin asustarla ni hacer ruido ninguno.

En seguida tuve que lamentar mi falta de perspicacia, pues de repente, y apartando la mano, se colocó detrás de mí, y

antes de que pudiera adivinar su intención, se apoderó del cuchillo que momentos antes había yo dejado sobre la mesa.

Maldiciendo mi imprudencia y comprendiendo lo que podía pasar de un salto fuí á cerrar la puerta, contra la cual me quedé de espaldas, mientras ella, empuñando el cuchillo, me miraba con ojos penetrantes. A su mirada opuse yo la mía, y con el tono más tranquilo que me fué posible la dije indicando sus desnudos pies:

—Es una tontería andar descalza en casa en una noche como esta. Se va usted á constipar.

Aparte de un estremecimiento al oir mi voz, no hizo caso ninguno de mi observación; así que tuve que ensayar otra vez, y me atreví á aconsejarla dulcemente que se volviera á su cuarto.

Entonces murmuró algunas palabras que no pude comprender, y después de un rato habló claramente.

—Gracias, dijo, no tengo frío ni tengo intención de volver todavía á la cama. Pienso permanecer aquí.

—En ese caso, contesté con la mayor amabilidad, permítame usted que la ofrezca una silla, ó todavía mejor este sofá. Da la casualidad de que yo tampoco tengo ganas de dormir. Si usted me lo permite la haré compañía.

Lejos de negarse á ello, se sentó en el sofá que la había indicado. Al taparla los pies con una funda de la sillería rompió en una carcajada tan fuerte que me estremecí. Arrastré una butaca y me senté enfrente de ella. Estaba temblando, no sé si por efecto del frío ó por la excitación, pero seguía empuñando el cuchillo, y yo, mientras calculaba cuál sería la mejor manera de obtenerlo sin irritarla, continué hablándola con la mayor indiferencia. Noté que me escuchaba, pero indiferente también á cuanto la decía y muy tranquila al parecer.

La luz comenzaba á disminuir, y la idea de que pudiera apagarse conservando ella en sus manos el cuchillo me hizo estremecer. Lo sujetaba á la sazón con una sola mano, y la hoja brillaba medio oculta entre los encajes de su vestido; así que determiné, si fuera posible, apoderarme de la otra mano.

Con gran sorpresa mía, después de una pequeña resistencia, me la entregó con bastante tranquilidad. Luego me incliné

hacia adelante, y sin demostrar el menor interés la dije que debía estar cansada de sujetar el cuchillo, que era muy pesado, y que, si me lo permitía, lo volvería á colocar sobre la mesa.

Me equivoqué. Lejos de soltar el cuchillo lo apretó más y más, y haciendo un esfuerzo violento exclamó con energía:

—No, no; no se lo entregaré á usted, lo necesito para mí.

—Pues es una tontería, repliqué cariñosamente. ¿Por qué no me deja usted ponerlo sobre la mesa?

Entonces cerró las manos, haciendo un movimiento hacia adelante, y yo me apercibí para la lucha; pero no la hubo, afortunadamente. Encogiéndome de hombros volví á sentarme en mi silla con la mayor paciencia.

—Quédese usted con él, la dije, puesto que así lo desea. Después de todo, y como usted comprenderá, á mí no me importa gran cosa.

Lanzó un suspiro y vi que su estado de ánimo había cambiado otra vez. Colocando sobre mi brazo su mano parecía estar luchando para contener las lágrimas, hasta que por fin dijo con una voz muy dulce:

—Usted es bueno y amable y estoy segura de que no me haría daño.

¡Infeliz! ¡Hacerla daño yo! Pronuncié algunas frases de simpatía y de consuelo y conseguí calmarla una vez más. Entonces comprendí que cualquier nuevo intento de apoderarme del cuchillo sería inútil y volvimos á quedar en silencio.

Empezaba á sentirme fatigado, y más de una vez, mientras reflexionaba acerca de lo embarazoso de mi situación, se me ocurrió hacer un esfuerzo para apoderarme del cuchillo y comenzar á pedir socorro, pero consideré que debía evitar toda violencia. En cuanto á dejarla sola, indudablemente no podía ser. De manera que estaba completamente inutilizado, mientras ella empuñaba el mortal acero que en cualquier instante podría esgrimir. Confieso que sólo el pensarlo me estremecía.

¡Si se durmiera ella! pensaba yo al ver que por momentos el sueño que sentía iba siendo más grande. ¡Estaba tan sosegada, tan quietecita!

No puedo decir el tiempo que las cosas estuvieron en tal estado, aunque sí recuerdo haber notado con satisfacción que,

al acabarse la vela, entraba ya en el comedor la claridad del amanecer.

—Mire usted, dije al cabo de un rato, ya está amaneciendo. ¿Por qué no vuelve usted á la cama y procura dormir un poco? Muchas veces sucede que, cuando uno no puede conciliar el sueño en la primera parte de la noche, suele descansar cuando empieza á romper el día. Vamos, vuélvase usted á su cuarto, siquiera por darme ese gusto.

Por toda contestación movió la cabeza, y yo proseguí:

—¿Fué nuestra ruidosa diversión de anoche la que molestó á usted y le quitó el sueño? Indudablemente fuimos muy egoístas, olvidando que tan cerca de nosotros estaban la tristeza y el sufrimiento.

El efecto de esta observación fué muy rápido. Casi la hizo saltar del sofá donde estaba sentada, y retirando su mano de la mía me miró fijamente á la cara exclamando:

—¿Quiere usted que... estuvo usted en el baile? Luego no es usted ningún...

—¿Ningún loco? contesté adivinando el término de su pregunta. No, gracias á Dios...

Pero antes de que terminara la frase ya se había ido. Subió los peldaños de la escalera y desapareció de mi vista, dejándome como quien ve visiones. Eché una ojeada al cuchillo, que había dejado caer sobre la alfombra á mis pies, y luego lentamente me volví á mi cuarto.

Durante el resto de aquella memorable noche comprendí algo de lo que me había ocurrido, pero fué después de una explicación cuando me di cuenta del heroísmo de aquella mujer.

Me dijeron que era una ahijada del bueno de Benomar, y que, aunque vivía en la casa, una fuerte jaqueca la había impedido asistir al baile. Del alojamiento de los convidados aquella noche no sabía nada.

Al despertar de su primer sueño y sentir el ruido del muelle de la puerta corrediza se asustó, y abriendo después la puerta de su cuarto vió salir un hombre furtivamente y pasar por el corredor. Ella conocía muy bien á cuantas personas habitaban en la casa, y como yo era completamente desconocido para ella, al momento creyó que se trataba de algún loco especial que

había burlado la vigilancia de los guardianes y determinó seguirme á toda costa para dar la voz de alarma en caso necesario. Cuando me vió coger el cuchillo de trinchar ya no tuvo duda. y precisamente en aquel momento fué cuando yo la vi en el espejo. Después, medio muerta de miedo, se quedó á mi lado, teniendo la suficiente fuerza de voluntad para sostener una entrevista de dos horas con quien ella creía ser un loco peligroso, en la seguridad de que su presencia pudiera evitar un atentado.

Que era ahijada de Benomar lo supe por su madre al día siguiente, cuando ya todos los invitados se habían ido. Yo permanecí en mi cuarto casi toda la mañana, de bastante mal humor y muy fatigado, y no tuve reparo en aceptar la invitación de Benomar para que me quedara con ellos unos días más, á fin de que me cuidasen.

—Parece que está usted fuera de sí, me dijo la amable señora de Benomar, y ahora que ya se ha ido toda la gente joven y alegre, podremos prestarle toda nuestra atención.

La aseguré que en muy pocas horas estaría restablecido, y procuré enterarme disimuladamente de si mi bella desconocida se había ido también.

—Ya no tenemos aquí más que á Rosario, continuó la buena señora pausadamente y sin desatender la labor que traía entre manos.

—¿Rosario?

—¡Ah, sí! es verdad que usted no la conoce. Es mi sobrina y la ahijada de Rafael, la cual embarcará en Cádiz el día 18 á fin de unirse con sus padres, que están en Cuba.

Temiendo ser demasiado curioso no quise hacer nuevas preguntas relacionadas con la joven, pero sí procuré averiguar algo de lo que había sucedido durante la noche anterior con los invitados y si éstos habían dormido bien en las camas improvisadas como mejor se pudo, y como no pudiera saber nada acerca de lo que más me interesaba, ó sea de mi aventura, me pareció lo más conveniente guardar silencio.

Cuando al día siguiente entré en el comedor á la hora del almuerzo todas mis dudas, todas mis conjeturas quedaron desvanecidas. La heroína de la noche del baile, Rosario, la ahijada

de Benomar y la sobrina de la mujer de éste resultaron ser, como había sospechado, una misma persona.

Estaba ya ella sentada á la mesa, y cuando el médico hizo las presentaciones se ruborizó un poco. Saludóme y sonrió con la mayor naturalidad posible, pero noté que trató de esquivar mi mirada, y compadeciéndome de sus apuros me volví deliberadamente de espaldas, aunque no pude menos de contemplarla por segunda vez en el espejo.

Estaba pálida y algo intranquila y recelosa. El doctor Benomar nos miró á los dos con cierta curiosidad y reconvino cariñosamente á su ahijada por su falta de atención. Cuando haciendo un esfuerzo manifiesto se animó algo y comenzó á hablar busqué una oportunidad para tomar parte en la conversación, aunque creo que lo hice con bastante torpeza.

Fué maravillosa, sin embargo, la rapidez con que cambió la decoración. A la media hora éramos buenos amigos, y el resto... el resto no es necesario contártelo.

Llegó el día 18, pero Rosario no embarcó para Cuba. Benomar suele decir que en aquella ocasión, la primera y única en su vida, vió confirmada la existencia del amor relámpago.

—Tú no podías apartar de ella los ojos ni el pensamiento, me dijo, te vi mirándola en el espejo. Y en cuanto á Rosario, te aseguro que, cuando tú entraste en el comedor, se reflejó en su cara una expresión que nunca he visto en ella. Y cuenta que conozco á Rosario desde que era una niña.

Rafael es un observador muy perspicaz y no abrigo duda de que tiene razón.





Cuentos Orientales



El desprecio de los afganos.

I

Parece que se dirige á nuestra tienda, Federico, observé en cierta ocasión, cuando de pie, delante de la puerta de nuestra tienda, contemplábamos la escena que tenía lugar en el trecho de tierra arenosa extendido entre nosotros y la ciudad de Guzni, la cual, situada sobre una enorme roca de trescientos pies de altura, dominaba majestuosamente el solitario desierto.

—Corre muy bien, contestó Federico con admiración, pero creo que todos sus esfuerzos serán inútiles. Mira, hay uno tan cerca de él que parece que sólo tiene que alargar la mano para cogerle.

Huyendo por la inmensa llanura venía un hombre, cuya nariz aguileña, ojos negros y penetrantes y cutis moreno revelaban las facciones características de la raza hebrea, de la cual descendían también la multitud de afganos que le perseguían y que avanzaron como una horda de salvajes, blandiendo frenéticamente los sables, puñales y otras armas que en el apuro habían podido coger.

La figura de aquel hombre, de perfectas proporciones, estaba muy bien modelada, y á pesar del evidente peligro que le rodeaba no pude menos de fijarme, según venía acercándose, en el efecto

pintoresco de sus vestiduras. En la cintura llevaba una faja de seda de diversos colores, la cual servía para sujetar la túnica blanca, ricamente bordada en oro, que le cubría el cuerpo hasta las rodillas, dejando al descubierto sólo una parte del pecho. El turbante era de la misma seda que la faja, y un extremo ondulaba en el



HUYENDO

aire detrás de la cabeza, contrastando vivamente sus colores chillones con la tez morena, las espesas cejas y la negra barba del afgano. Al lado derecho llevaba una cimitarra, por el estilo de las que llevan los persas; pero no intentó hacer uso de ella, porque sin duda comprendió que sería empresa vana la de oponerse á la multitud feroz y alborotada que le perseguía.

—¡Hassán! gritó mi amigo al guía, que estaba dentro de la tienda preparando nuestra comida, ¿qué significa esto?

El árabe se colocó á nuestro lado, y después de observar atentamente la extraña escena, contestó:

—No sé decíroslo, sahibs. A no ser que el fugitivo pertenezca á una tribu distinta de la de sus perseguidores... Si se dirige á la tienda buscando refugio, los sahibs necesitarán emplear todo su ingenio y todo su valor para rechazarlos. Traidores y cobardes nacen los que le persiguen; pero si se alborotan, si se salen de sus casillas, son capaces de hacer frente, sin vacilar, á los más grandes peligros.

Federico volvióse hacia el árabe, y con aquel tono de voz que adoptaba siempre que había que luchar con algún peligro grave, le dijo:

— Saque usted los rifles, Hassán.

El árabe obedeció inmediatamente, y mientras nos entregaba las armas aprovechó la ocasión para hacernos algunas advertencias, que por cierto nos extrañaron mucho.

—Salvad, si podéis, la vida de ese hombre, sahibs; pero procurad no herir á ninguno de la tribu de Saduzai, pues ellos son. Hassán penetra mucho y ve las miradas de odio que les dirigen á cada paso los habitantes de esta tierra. Los de la tribu de Saduzai aborrecen á los europeos, y el acto de asesinar á uno de los sahibs sería considerado por ellos como un hecho de gloria y de triunfo. Hasta los ojos de las mujeres expresarían su satisfacción y su alegría infinita si uno de ellos volviese á casa llevando en la faja un arma de los sahibs.

A pesar de la vaguedad de sus palabras Hassán se dispuso para ayudarnos en caso de necesidad, pues al volver la cabeza hacia la tienda vi que afilaba el arma que llevaba siempre en la cintura.

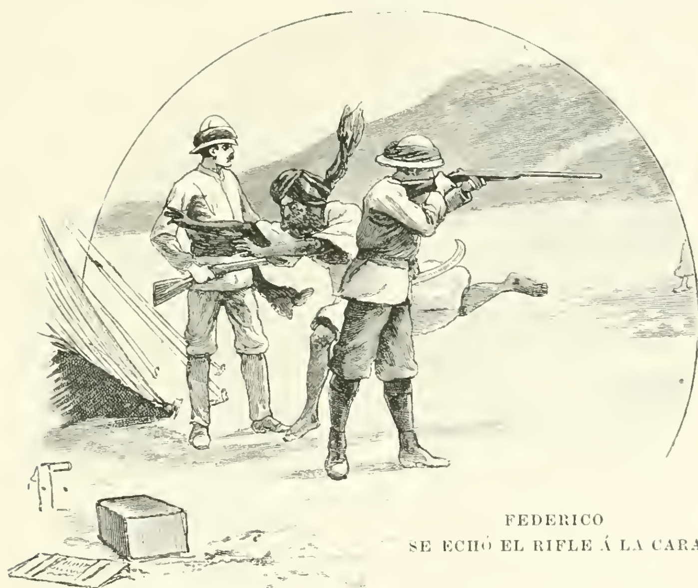
—¡A él, á Darak el hechizado! ¡Cogedle! ¡Es Darak, el escarnio de la nación! ¡Muera Darak!

Estos fueron los gritos que pudimos oir entre el tumulto armado de los que venían persiguiendo al fugitivo. Cuando sólo le faltaban unos cuantos metros para llegar á la tienda salimos á su encuentro, á fin de animarle con palabras cariñosas.

—¡Refugio! fué la única frase suplicante que pronunció al correr hacia nosotros perseguido por aquella multitud furiosa. Cuando ya estaba á punto de tocar la tienda, Federico se echó el rifle á la cara y apuntó para amenazar al más próximo de los perseguido-

res, en el mismo momento en que el fugitivo, no pudiendo ya más, caía rendido al suelo. La multitud se detuvo dando voces y alaridos; conferenciaron unos con otros, y después de un momento salió uno de entre ellos y avanzó hacia nosotros como queriendo hablar.

Pero Federico estaba resuelto á todo; conocía muy á fondo el carácter traidor de la raza, y temía que si se acercaba algún afgano aprovecharía cualquier descuido para hundir el sable en el



FEDERICO
SE ECHÓ EL RIFLE Á LA CARA

cuerpo del desgraciado á quien por el momento habíamos salvado de sus enemigos.

De nuevo se echó el rifle á la cara, lo cual bastó para que diera media vuelta el mensajero, y después de conferenciar otra vez con sus compañeros echaron todos á correr hacia Guzni, en medio del más espantoso griterio.

—La retirada, dijo Federico, nos facilita por lo menos una corta tregua; pero estoy seguro de que el hecho de haber protegido al fugitivo nos costará una riña con los afganos. Por si acaso, bueno será que cuanto antes cambiemos de situación; aquí estamos mal protegidos.

Mientras así hablábamos, el fugitivo arrastró su fatigado cuerpo hasta nosotros, diciendo tímidamente:

—¡Que Alá recompense á los sahibs es mi más vivo deseo, pues Darak, el desterrado, no podrá recompensaros jamás!

Hassán se encargó de atenderle, y cuando el fugitivo hubo recobrado las fuerzas procuramos saber la causa de que hubiera buscado refugio en nuestra tienda. Al principio no pudimos entenderle ni una palabra, porque hablaba un idioma completamente desconocido para nosotros; pero Hassán sirvió de intérprete, y por él supimos que el fugitivo, á pesar de estarle prohibida terminantemente la entrada en cualquiera ciudad del Afganistan, se había atrevido á llegar hasta Guzni, despertando así el feroz fanatismo de sus habitantes. En cuanto comprendió que le perseguían echó á correr hacia nuestra tienda, como única esperanza de salvación.

Hassán, que conocía bien el país, nos aconsejó que levantáramos la tienda inmediatamente y subiéramos por el monte situado á la izquierda, pues desde allí nos sería fácil defendernos en el caso de ser atacados por los afganos. Tal fué también la opinión de Federico, quien ya antes la había expuesto, y en seguida nos pusimos en camino

Después de haber trepado por el monte durante un rato largo el afgano tomó la delantera y nos condujo por un sendero estrecho, hasta que por fin hicimos alto, y comprendiendo que ya estábamos seguros, Federico llamó á Hassán y le encargó que procurase convencer al afgano para que nos refiriera la causa de su huída.

Al principio mostró alguna resistencia; pero luego accedió á las repetidas instancias del guía, y sentados al pie de una roca saliente que nos protegía de los rayos del sol escuchamos la historia del fugitivo, la cual refirió Hassán á su modo, según la iba interpretando. De cuando en cuando mirábamos con asombro al guía, sobre todo hacia el final de la historia; pues tan extraña y singular nos parecía, que más de una vez creímos que el árabe procuraba embellecerla poniendo algo y más que algo de su parte.

Pero Hassán demostraba casi tanto asombro como nosotros mismos, y en más de una ocasión interrumpió al afgano para hacerle alguna pregunta, á la cual, á juzgar por la mirada del árabe, respondía el fugitivo satisfactoriamente.

Privado de alternar ni hablar con ninguno de su país, el afgano

mostró al fin infinita alegría al ver que había llegado la ocasión de conversar con Hassán, pues eran paisanos, como si dijésemos, y sentían la fuerza del lazo del patriotismo que los unía.

El contraste de las facciones serias y apacibles de nuestro fiel guía con la mirada feroz del afgano, la cual no se había aplacado á pesar de todos sus sufrimientos, aumentaba la impresión causada por la extraña perspectiva que teníamos delante. Y al observar sus gestos y sus muecas mientras hablaban amistosamente, sentí que la historia terminase tan pronto.

Hizo Hassán todo lo posible para que continuara, y Federico y yo, sentados con toda la comodidad que nos ofrecía aquel sitio, escuchamos la narración siguiente.

II

En el centro de aquella ciudad, situada sobre la roca y llamada Guzni, levántase un suntuoso palacio, cuyo techo es de oro macizo y de blanquísimo marfil incrustado de piedras preciosas las columnas que lo sostienen. En las paredes están grabados los memorables hechos del poderoso Mahmaud hasta el día en que vencí al orgulloso monarca sobre cuyos estandartes veíanse pintados el sol y el león. En el centro de sus magníficos pórticos lanzan abundantes fuent s á una grande altura sus cristalinas y perfumadas aguas, impregnando de delicioso aroma el aire cálido que allí se respira.

A pesar de tanto esplendor, de tanto lujo, yo, Darak, príncipe y dueño del palacio y de sus tesoros, no era feliz, porque jamás v brillar en los ojos de ninguna doncella un rayo de verdadero amor hacia mí, y aunque las esclavas acudían siempre á obedecer mis órdenes, en mi hogar reinaban la desolación y la tristeza. Por eso un día resolví hacer un largo viaje, y dejando mi palacio en manos de uno de la tribu de Saduzai salí de mi país en busca de una esposa que compartiera conmigo la herencia legada por mis ascendientes, que fueron reyes durante muchos siglos.

Viajando por Oriente llegué por fin á Egipto, y luego al Cairo, la ciudad de las torres y de las torrecillas, pues deseaba ardientemente visitar el punto donde se halla enterrada la cabeza de Hoseyn, el descendiente del gran profeta. Allí se supo pronto que un príncipe había llegado de tierras lejanas á visitar la tumba de Hoseyn,

y en más de una ocasión vi en las calles del Cairo que una joven egipcia apartaba su velo de la cara para poder admirar las joyas que guarnecían mi espada.

Yo había oído decir que las mujeres de aquel país eran lindas como las vírgenes de ojos negros del Paraíso, y cuando contemplé á la joven egipcia comprendí toda la verdad que encerraba el dicho.



EN LAS CALLES DEL CAIRO

Prendado de aquella beldad esperé mucho tiempo á que una sola mirada de sus expresivos y bellísimos ojos me recompensara del largo viaje que había hecho. Cierto día me atreví á seguirla por las estrechas calles de la ciudad, hasta que llegué á conocer la casa donde vivía, y mientras contemplaba las enrejadas ventanas se me figuró que la joven se detenía como para despedirse de mí.

Todos los días, cuando salía á dar su acostumbrado paseo, la esperaba yo y la seguía después hasta dejarla en la puerta de su casa.

Con los ojos hablábamos del amor de nuestros corazones, del cual no me atrevía yo á pronunciar ni una palabra por temor de que la egipcia fuese castigada con la muerte: pero desgraciadamente llegó un día, inolvidable para mí, en que aquella encantadora mujer no salió como de costumbre, y al día siguiente eché también muy de menos sus amantes miradas, que habían llegado á formar parte de mi vida.

Lleno de desesperación paseaba yo por las calles de la ciudad, sin objeto ni dirección ninguna, pensando y meditando siempre acerca de cuál habría sido su suerte, cuando al tercer día pasó por mi lado una joven con un cántaro de agua en la cabeza. Sin que nadie lo advirtiera puso en mis manos un trozo de papiro, en el cual había escritas algunas palabras que llenaron mi alma de infinita tristeza, pues decían que la reina del harén había notado que la joven me observaba desde detrás de la reja y que con tal motivo la había hecho encerrar en una habitación interior desde la cual no podía verme, prohibiéndola al propio tiempo que volviese á pisar las calles del Cairo.

Una gran desesperación se apoderó en seguida de mi alma, pero duró poco, pues inmediatamente empecé á idear algún plan ó proyecto que me facilitase el modo de apoderarme de la doncella para llevármela á mi país. Sin acercarme demasiado á la casa observaba todos los días quién salía y quién entraba en ella, cuando de pronto se me ocurrió una idea.

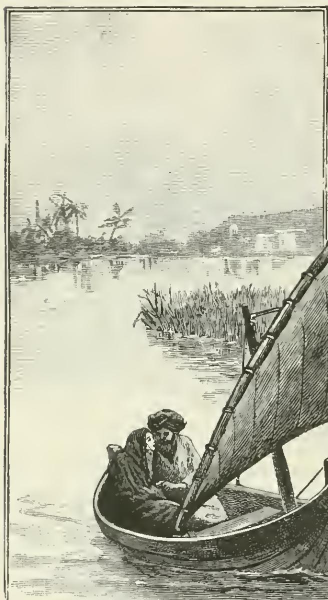
Todas las mañanas salía del harén una mujer de mi estatura, poco más ó menos, y no paré hasta conseguir que un comerciante de la calle se fijara en las vestiduras que llevaba. Pagué bien este servicio, pero di el dinero por bien empleado.

A la mañana siguiente, en cuanto salió del harén, entré yo disfrazado con un traje idéntico al suyo y me encaminé á las habitaciones de las mujeres.

Al llegar aquí la historia miré con asombro á Hassán, pues semejante plan me parecía de todo punto imposible de realizar; pero el árabe, acostumbrado á las estratagemas del Oriente, no interrumpió la narración del afgano, quien después de un momento la reanudó.

—Llevaba yo, continuó, la cara completamente cubierta con el velo, que sólo tenía dos agujeros para los ojos. Discurriendo por

entre multitud de mujeres hermosas di por fin con la habitación en la cual, gracias al papiro, sabía yo que se hallaba encerrada la egipcia. Abrí la puerta con fingida indiferencia, é imitando la voz de mujer la mandé que saliera de allí y que me siguiese, pues la iba á conducir á presencia de su amo y señor. Me reconoció en seguida; pero disimulando pronunció en voz baja algunas frases de sorpresa preguntando cómo me había atrevido á entrar allí, frases que las restantes mujeres creyeron serían expresiones de temor por la suerte que la estaría reservada. Llegamos al piso bajo, y pasando el salón de convidados salimos al patio exterior, sin que á nadie se le ocurriera interrumpirme el paso, porque ninguno absolutamente había sospechado mi plan, y antes de que se descubriese nuestra huída, gracias á Alá, estábamos fuera del alcance de nuestros perseguidores.



NUESTRA BARCA
CRUZÓ LAS TRANQUILAS AGUAS DEL NILO

Acompañado de mi bella Hestra, así se llamaba la egipcia, crucé las tranquilas aguas del Nilo, contemplando con deleite los verdes campos sembrados de trigo y los salientes de piedra arenisca que llegaban á veces hasta la orilla del río. Nuestra barca marchó por éste hasta llegar á una catarata, cuyas aguas caían envueltas en espuma blanca como la nieve, heridas por los ardien-

tes rayos del sol que brillaba en el cielo azul por encima de nuestras cabezas. Entonces nos atrevimos á retroceder, y atravesando el Sinaí pasamos á la Arabia, desde donde traje á mi preciosa Hestra al palacio del cual había salido yo hacía tiempo. Tan larga había sido mi ausencia que aquel á quien lo confié creyó que yo había fallecido en lejanas tierras, y no solamente llegó á ocupar mi puesto, sino que también se atavió con las vestiduras que, como príncipe del país, me correspondían sólo á mí.

Cuando por fin llegué á Guzni y se vió obligado á abandonar el puesto que sin derecho ocupaba despertóse en él una envidia mortal, y desde aquel momento comenzó á idear la manera de darme muerte. Sabiendo que yo descendía de la tribu de Barukzai, trató de ponerme en pugna con el más poderoso Saduzai, y á fin de llevar á cabo sus propósitos esparció por todas partes las mayores infamias contra mí.

Al enterarme de todo cuanto decía, no solamente de mi persona, sino también de la hermosa Hestra, juré vengarme, pero procurando que mi esposa no se enterara de mis proyectos. Fingiéndome una amistad que no sentía solía venir con frecuencia al palacio, donde escuchaba los relatos de mis aventuras en Egipto, mientras Hestra, sentada á mi lado y siguiendo la máxima del gran profeta, se entretenía con la rueca, suspendiendo de cuando en cuando la labor para dirigirme cariñosas miradas.

Escuchad ahora con atención para que podáis convenceros de la maldad que encierra el corazón de un hombre perverso. Sucedió que mi enemigo enfermó gravemente, y cuando le preguntaron cuál era la causa de su enfermedad contestó á los amigos que le rodeaban diciéndoles que la princesa, mi esposa, le había hecho mal de ojo. Es más, llegó á declarar que yo, Darak, su príncipe y señor, había caído bajo el poder de los artificios de la princesa, y que grandes males lloverían sobre la ciudad de Guzni si se consentía que viviese.

Cuando me refirieron todo cuanto había dicho quedé asombrado de la perversidad de aquel hombre, y puse el mayor cuidado para que no llegara á oídos de mi esposa ni la menor indicación acerca de los rumores esparcidos en la ciudad. Después observé que, cuando yo cruzaba las calles de Guzni, cuantos me encontraban volvían la cabeza por miedo de quedar contagiados con mi sola pre-

sencia, y empezaron á dar la razón á mi enemigo, diciendo que no debía haber ido á buscar una esposa en tierras lejanas, y que con esto acarrearía la desgracia para la ciudad de Guzni.

Por fin llegó el día en que se atrevieron á llegar á mi palacio en grandes grupos, pidiendo á voz en grito que Hestra les fuese entregada para arrojarla al valle por la alta peña situada más abajo.

Escuché en silencio los furiosos golpes que daban con sus armas en las puertas de bronce y los gritos con que me llamaban para que respondiese á sus malvadas exigencias, hasta que Hestra se enteró de la horrible verdad y me suplicó que la entregara en manos de aquellos bárbaros, pues temía que algún mal grave me había de sobrevenir si no accedía á sus demandas y quería á Darak mucho más que su misma vida. Ni por un momento consentí en escucharla, pues harto sabía yo que mi enemigo había despertado las iras del pueblo contra mí para que el palacio con sus tesoros fuera suyo.

Cuando las sombras de la noche con su negro manto envolvieron la ciudad salí del palacio á escondidas con mi hermosa Hestra, y atravesando la llanura por la cual habéis visto que me perseguían como si fuese una fiera ascendimos al monte por el sendero que acaban de pisar vuestros pies. Allá en lo alto, mucho más arriba de donde ahora descansamos, sabía yo que en el flanco del monte existe una cueva, y allí llevé á mi princesa, ocultándola con el mayor cuidado; pero pronto se enteraron de nuestra huída, y mis enemigos invadieron la llanura, persiguiéndonos cual buitres hambrientos que huelen la presa desde muy lejos.

Desenvainé el sable, y aunque era solo contra un ejército de hombres medio salvajes me preparé para defender la entrada. Avanzaron más y más, gritando y blandiendo las armas tal como los habéis visto, rompiendo en sarcásticas carcajadas cuando vieron que yo era la única barrera entre ellos y la preciosa Hestra, á quien querían asesinar esos cobardes. Sin embargo, no vacilé; salió de la cueva Hestra y vino á colocarse detrás de mí. Yo estaba dispuesto á morir peleando por ella antes que tolerar la menor deshonra. A la luz de las estrellas permanecí luchando sobre el pico de un monte nevado, hasta que, rendido y sin fuerzas ya para empuñar el sable, me cercenaron el antebrazo derecho. Antes de que el arma cayera

al suelo la cogí con la mano izquierda y continué haciendo frente al enemigo que avanzaba cada vez más, pisando sin piedad los cadáveres de sus compañeros.

—Si no se valiese de la influencia del ojo malvado, gritaban con voces roncas, sería imposible que pudiera resistirnos de esa manera.

Cada vez más furioso fuí echando abajo á mis enemigos, cuando de repente un grito de angustia me hizo volver la cara y jamás podré olvidar lo que mis ojos contemplaron.

Uno de mis perseguidores, desesperado al ver que sus compañeros no conseguían avanzar, había escalado el monte situado sobre el lugar de la pelea, é inclinándose se había atrevido á tocar el velo que cubría la cara de mi adorada Hestra; pero al hacerlo quedaron heladas sus manos, y lanzando un grito de terror bajó escapado llamando á mis enemigos para que le siguieran: poco después desaparecieron todos por el estrecho sendero. Se turbó mi vista, mi frente ardía, perdí el conocimiento y caí en tierra desmayado.

Cuando al amanecer recobré el sentido vi con asombro que en derredor de mi preciosa Hestra se había formado una especie de capa de cristal, y entonces comprendí que nunca más tocaría hombre alguno con sus manos sacrílegas el velo de mi esposa. Desde aquella noche nadie se ha atrevido á molestarme en el monte. Sin duda desde la altura de Guzni pueden distinguir la roca de Hestra, que brilla bajo los ardientes rayos del sol. De la ciudad estoy desterrado, y cuando siento el deseo de contemplar mi palacio, en el cual reina triunfante mi cruel enemigo, y me atrevo á alejarme un poco, me persiguen hasta arrojarme de allí como si fuera un animal dañino.

¡Y pensar que hubo un tiempo en que, cuando yo pasaba al lado de ese hombre, se inclinaba humildemente diciendo: Grande y poderoso es Darak, pues él ha conquistado la tierra y todo su pueblo le adora!

Este es, pues, el que ahora tenéis á vuestras plantas; pero juro por el Korán que llegará el día en que vengaré las injusticias y las maldades cometidas conmigo, y si no ocupo nuevamente el palacio de mi pertenencia, el que me corresponde por derecho, le prenderé fuego hasta dejarlo convertido en ruinas.



NO HAY HOMBRE QUE PUDIERA RESISTIRNOS DE ESE MODO

III

Al terminar su historia el afgano se puso en pie. Con los puños cerrados y lanzando miradas feroces parecía olvidarse de nuestra presencia; pero recordándola de pronto, añadió:

—Pero Hestra me espera; ¡que Alá proteja á mis salvadores!

Y sin darnos tiempo para detenerle marchó apresuradamente, desapareciendo por un recodo del sendero.

—¿Le seguiremos? pregunté mirando á mi amigo para ver qué efecto le había hecho la historia que acabábamos de escuchar.

—Ahora no, contestó Federico. Recordando en este momento, tan vivamente como las ha recordado, las injusticias y las persecuciones que ha sufrido, podría olvidar el favor que le hemos prestado, y por mi parte no tengo deseos de probar mis fuerzas contra las suyas, como hicieron los traidores saduzais.

—El sahib habla como un libro, observó Hassán. La maravillosa peña de que nos ha hablado Darak no debe estar lejos de aquí. El afgano está fatigado y descansará en la cueva. ¿Quieren los sahibs que mientras duerme contemplemos esa maravilla?

Dejamos que transcurrieran unas dos horas, y entonces, guiados por Hassán, empezamos á subir el sendero, cada vez más estrecho, que se había abierto entre los dos montes; hasta que, después de pasar casi rozando con unas rocas talladas con grotescas figuras, vimos que se detenía, levantando la mano como para imponer silencio. Un minuto después volvióse hacia nosotros diciendo en voz baja:

—Sahibs, la cueva del afgano está ahí mismo. Anden los sahibs con mucho cuidado, porque el oído de los de la raza del Oriente está siempre alerta, aun cuando duerman.

Avanzamos con el mayor silencio, y un instante más tarde nos hallábamos en la entrada de la cueva. Sobre un montón de pieles de animales reposaba el desterrado afgano, durmiendo tranquilamente. Era menos marcada la ferocidad de su semblante, y por las frases entrecortadas que salían de sus labios comprendimos que estaba soñando y creía hallarse nuevamente en su palacio. Tenía la cabeza apoyada sobre su brazo izquierdo, y el otro, el mutilado, descansaba sobre el pecho. Colgado y bien sujeto á la pared de granito de la cueva vimos un sable con el puño incrustado de joyas,

cuya hoja mellada y llena de manchas de sangre demostraba bien claramente la terrible lucha de que nos había hablado el afgano. Llevando al cinto aquel sable había sin duda paseado las calles del Cairo cuando por primera vez su mirada se cruzó con la de Hestra, y empuñándolo había luchado por ella contra sus despiadados enemigos en el sitio desde el cual le contemplábamos entonces nosotros. Mirándolo allí tendido sus desventuras nos impresionaron vivamente, y nos retiramos compadeciéndole de todo corazón.

—Hassán, dije en voz muy baja, avance usted para que veamos la roca antes que despierte.

Obedeció silenciosamente el guía y le seguimos llenos de curiosidad. Apenas dimos unos cuantos pasos nos detuvimos asombrados, pues ante nuestra vista presentóse de súbito un cuadro muy difícil de describir. Allá á lo lejos ocultábase el sol en un cielo de vivos colores, y á una profundidad de miles de pies extendíase á nuestras plantas una ciudad en miniatura, mientras á nuestro frente destacábase grandiosa la escarpada roca de Hestra. Su base ocupaba el trecho comprendido entre los dos montes, y desde allí elevábase á increíble altura, sobre la que el sol reflejaba sus rayos.

Avanzamos poco á poco hasta la roca, y mudos de indescriptible asombro contemplamos aquella maravillosa obra de la Naturaleza. Dentro de la transparente roca vimos la figura de una mujer ataviada con el traje característico de las egipcias, cuyos ojos brillantes y negros parecían mirarnos como si tuvieran vida á través del velo medio rasgado que le cubría la cara, hacia la cual levantaba la mano como en actitud de protegerlo.

—Federico, exclamé, ¿será posible que esta mujer esté viva?

—No, contestó mi amigo en seguida; pero acercándose á la roca, la tocó con la mano y dijo:

—Pon la mano aquí un momento, Julio.

Así lo hice, pero tuve que retirarla inmediatamente, pues había tocado una superficie helada. Alrededor de la roca se hallaban esparcidas multitud de piedras de granito.

—En estas piedras, exclamó mi amigo indicándolas, se halla la explicación de lo que ha sucedido, Julio. El que escaló el monte, aquel de quien nos habló Darak, movió sin duda alguna piedra floja que estaba bajo la roca saliente, y su caída fué seguida de una avalancha de nieve que envolvió á la esposa del afgano. Su peso

concentró la parte inferior hasta convertirla en hielo, y los rayos del sol, hiriendo la superficie, han derretido la nieve, dejando intacto el hielo.

No podía dudarse de que esta era la verdadera explicación de aquel fenómeno. Retrocediendo algunos pasos contemplamos cada vez con mayor asombro aquel maravilloso cuadro, de seguro el más maravilloso que jamás ha contemplado hombre alguno. Después pasamos silenciosamente por la cueva, donde aun dormía el afgano, y nos apresuramos á bajar por el sendero; pero el descenso era peligroso, y cerró la noche mucho antes de que llegáramos al sitio donde estaba nuestra tienda.



DENTRO DE LA ROCA TRANSPARENTE VIMOS LA FIGURA DE UNA MUJER

—Hassán, dijo Federico cuando el árabe se tendía para descansar, no olvide que tenemos que levantarnos muy de madrugada.

—En cuanto aparezcan los primeros rayos del sol os despertará Hassán, contestó.

Y cumpliendo su palabra, el guía nos llamó muy temprano á la mañana siguiente para que prosiguiéramos nuestro viaje.

C. J. Mansford.



Un buen médico.



Al amanecer de un hermoso día del mes de abril el trasatlántico *Isla de Panay* llegaba á Barcelona, cuatro semanas después de su salida de Manila. La mirada de águila de los vigías del buque había advertido la presencia de la costa antes que el resto de los viajeros pudieran vislumbrarla ni aun con ayuda de unos buenos gemelos. Poco después, disipada la niebla y en medio de un cielo claro y despejado, vimos aparecer: primero el faro, y luego el puerto, las casas del muelle y la hermosa playa.

Abigarrado era el pasaje, en el que destacaban curtidos militares que parecían hallarse fuertemente emocionados al volver á ver á la madre patria. Algunos de ellos, ausentes hacía cuatro lustros, sentían ansia de abrazar á sus familias, á sus parientes, á sus amigos. Venían también dos madres que traían varios pequeñuelos para dejarlos con gentes allegadas suyas, á fin de que crecieran y se desarrollaran en mejor clima, y á los que miraban con ojos preñados de lágrimas, pensando en que pronto dejarían de verlos, obligadas á volver adonde sus deberes de esposas las llamaban.

Observaba yo con cierto deleite el interesante grupo que formaban los pasajeros agrupados en la borda con las miradas fijas en aquel pedazo de su querida España, y pensaba que ninguno de ellos anhelaba tanto como yo el llegar al término de tan largo y frecuentemente peligroso viaje. Así es la natu-

raleza humana: creyendo siempre que lo que más importa es aquello que á nosotros solos nos interesa.

Después de todo, mi egoísmo era disculpable. El término de mi viaje era el de una misión en la que hacía muchos meses se reconcentraban todos mis cuidados, todas mis esperanzas, y de cuyo éxito dependía mi carrera mercantil, mi ruina ó mi fortuna, mi porvenir en el mundo. En los treinta y cinco años de mi vida y de arriesgadas empresas nunca había sentido la intranquilidad que me atormentaba en aquel viaje. ¡Cuán lejos estarían mis compañeros de pensar los peligros que para mí ofrecía! Tan lejos como de calcular los muchos miles de pesetas que valía el diamante que traía conmigo, regalo de un prócer para el canastillo de boda de una de sus hijas, diamante que hubiera desaparecido si yo hubiese encontrado mi tumba en las profundidades del mar, en las que tal vez se hubieran también perdido el crédito y la fortuna de la casa Fontana, de Madrid, la cual me había confiado la misión de comprar aquella piedra preciosa á un riquísimo bajá de los moros de Filipinas.

Aun recuerdo mi estremecimiento de placer, mi alegría inmensa cuando Fontana el padre, llamándome á su despacho, me habló de la importancia del negocio, de lo interesada que en él estaba la casa, y en prueba de la ilimitada confianza que en mí tenía, me dijo solemnemente: —Churruca, le hemos elegido á usted para realizarlo. ¡Cómo me envidiaban mis compañeros en la casa! ¡Cómo celebraban mi buena suerte al pensar que el éxito de la empresa me serviría para pasar de dependiente á un puesto de más consideración, quizá á socio de la casa Fontana!

Con estas nobles aspiraciones había ido á Filipinas, donde adquirí aquella codiciada piedra preciosa, del tamaño de un huevo de paloma, aunque no sin grandes esfuerzos de habilidad y de arrojo.

Llevaba oculto bajo mi traje un chaleco-cinturón de diamantista, de sólido cuero, y en uno de sus más seguros bolsillos metí mi tesoro, con la firme resolución de no separarme de él ni de día ni de noche hasta entregarlo en manos de mi principal. Horrible fué mi desasosiego hasta llegar á embarcarme en Manila, pues había corrido la voz de la venta del solitario y

sabía yo que los naturales del país son astutos y audaces y se sienten atraídos por las joyas como el imán atrae al acero. Había conseguido evitar toda sospecha de que yo era el comprador, y llegué á bordo pensando que, si el tiempo nos era favorable, nada tendría ya que temer. En conjunto, el viaje de regreso fué bastante satisfactorio y hasta agradable, y una vez á la vista de Barcelona sentí el placer que se advierte cuando presentimos que nuestra victoria va á ser completa.

En cuanto desembarcase tenía que llevar mi tesoro á la casa de un agente de la Compañía, á quien el Sr. Fontana había prometido enseñar la piedra, y después debía tomar el expreso para Madrid, á fin de llegar al día siguiente antes de cerrar la caja. Grandes eran mis deseos de hacerlo así, pues era el único modo de que, terminada mi misión por completo, recobrase la tranquilidad.

Al salir del barco entré un momento en sospecha y temor al ver entre el pasaje á un fornido mulato, casi negro, en quien no había reparado durante la travesía, y en el que creí reconocer, á pesar de su traje á la europea, y quizá por lo poco acostumbrado que parecía estar á llevarlo, á uno de los moros que formaban parte del séquito del bajá de Joló, á quien había comprado el diamante.

Al ver otra vez su aspecto desagradable, mucho más desagradable que cuando por orden de su amo y señor habíame acompañado hasta los límites del bajalato, se me ocurrió si habría venido siguiéndome con el propósito de despojarme de la piedra, ya por instigación del bajá ó ya obrando por cuenta propia. Pronto, no obstante, le olvidé al ver que pasaba á mi lado sin fijarse en mí y se perdía entre la gente del muelle sin hacer de nada el menor caso.

En cuanto pisé las calles de Barcelona me dirigí á visitar al agente de la Compañía á quien debía enseñar el diamante, pero tuve la mala suerte de no encontrarle en su despacho. Esto me contrarió muchísimo, porque me hacía perder la hora del expreso y no podría salir para Madrid. Resolví marchar en el tren correo, y me fuí primero á comer y después á pasear para matar el tiempo hasta que llegase el momento de volver á casa del agente. Cuando llegué me estaba ya esperando. Era un

hombre pequeño, con aire de escéptico, que dudaba de todo, á quien nada le contentaba y que veía siempre las cosas por su aspecto más desagradable. No pudo menos de admirar el diamante; pero al expresar yo mi alegría por el feliz término de mi viaje, me dijo sonriendo de extraño modo:

—Querido amigo mío, no cante usted victoria antes de salir del bosque. Todavía tiene usted que llevar la joya á Madrid y le falta casi un día para llegar. ¡Quién sabe lo que en esas horas le puede suceder!

Viéndome preocupado por sus palabras, añadió:

—¡Cómo me acuerdo de cuando el pobre Larrinaga fué á Nueva York en busca de las alhajas de la condesa de la Vega! Cierto que Larrinaga era un andaluz muy despreocupado que no podía callar nada. El caso fué que vinieron siguiéndole desde América y que á poca distancia de Santander fué encontrado hecho pedazos en el fondo de un precipicio y que de su equipaje no quedó ni el menor rastro.

¡Vaya una noticia tan agradable para mí!

Después de mirarme algunos instantes me preguntó si iba armado, á lo cual contesté que desde el desembarco no había creído necesario llevar arma ninguna.

—Pues hace usted muy mal, añadió. Y se empeñó en acompañarme á comprar un revólver.

Se despidió de mí en la puerta de la estación, y al quedarme solo sentí una impresión desagradable. Para entretenerme y alejar mis tristes pensamientos compré una novela y algunos periódicos, que leí con verdadera fruición, después del largo tiempo que había permanecido ausente de la madre patria.

Tomé billete de segunda, pero una vez en el vagón recordé la narración del agente y volví á la taquilla para tomar todo el departamento reservado. Instalado en éste abrí la manta, y después de echar la llave á la portezuela, tranquilo y cómodamente sentado, me puse á leer sin preocuparme de los viajeros rezagados que en el último momento buscaban inútilmente un sitio donde meterse.

Cuando el tren salió de agujas me engolfé en la lectura de la novela, y como me molestase el revólver lo saqué del bolsillo y lo puse á mi lado sobre el asiento. Quizá no era aquél el me-

jor sitio para ponerlo, porque fácilmente, en cualquier movimiento brusco del carruaje, podía caer y dispararse; pero no se me ocurrió esto en aquel momento, y seguí leyendo cada vez más abstraído.

Durante algún tiempo no me di cuenta de la marcha del tren ni del paisaje, y cuando, ya cansado de la lectura, dejé el libro y eché una mirada en derredor, mi sorpresa fué extraordinaria: ¡había desaparecido el revólver! Al principio no podía creerlo: registré el departamento, me palpé los bolsillos... nada. Y me asaltó una idea: la de que no estaba solo, que tenía alguna persona oculta debajo de los asientos.

¿Qué hacer? La situación podía ser comprometida. ¿Pero y si el individuo que había cogido mi revólver era alguno que viajaba sin billete y por esta razón le convenía permanecer oculto? ¿Se habría apoderado del revólver para robármelo? Mil pensamientos cruzaban por mi mente, hasta que por fin recobré la tranquilidad y ni siquiera se me ocurrió hacer sonar el timbre de alarma. Lo que sí se me ocurrió fué no moverme del asiento hasta llegar á la primera estación, pues tal vez esta sería la mejor manera de evitar una lucha con el intruso. Había que hacerse el desentendido.

Pensando en todas estas cosas iba yo cuando sentí algo que me tocaba en el pie. Incliné la cabeza sin mover el cuerpo poco ni mucho, miré hacia abajo y vi una cosa que me hizo estremecer: tocando mi pie había una mano casi negra.

Entonces me convencí de que corría grave peligro, que solo, encerrado y desarmado, me hallaba casi á merced del mulato, que indudablemente venía persiguiéndome desde Joló con el propósito de robarme.

Estaba viendo que intentaba atar mis pies con una cuerda á fin de inutilizarme por completo, y me parecía una pesadilla.

No soy cobarde, y si había de morir, resolví defenderme á todo trance, haciendo pagar cara mi vida. Aunando todas mis fuerzas, con un movimiento rápido sujeté aquella mano negruzca, y saqué al mulato de su escondite, sin darle tiempo para coger mi revólver, que asomaba por uno de los bolsillos de su chaqueta, en el que, sin duda, lo había guardado mientras procuraba atarme con una cuerda los pies. Aprovechando la oca-

sión le sujeté la mano derecha con desesperada energía, pero el bárbaro se arrojó sobre mí como una pantera. Como era alto y robusto tenía más fuerza que yo, y desde el primer momento comprendí que todo cuanto hiciera sería inútil; sin embargo, me propuse luchar hasta vencer ó morir. No sé el tiempo que duraría la lucha, cuyo término iba á ser fatal para mí; pero comenzaba ya á faltarme las fuerzas, cuando de repente siento que el tren, á toda su velocidad, pasa sobre algún obstáculo colocado en los railes. La sacudida fué tremenda y horrible el crujido de las maderas al hacerse astillas. El vagón rodó, cayó y quedó aplastado como una nuez entre los dientes de hierro de un cascanueces.

Como á la primera sacudida del tren habíamos sido separados con violencia no supe qué había sido del mulato. En cuanto á mí, me encontré enterrado entre los restos de varios coches. La pierna y el brazo, mejor dicho, todo el lado derecho, lo tenía destrozado. Mis dolores eran demasiado fuertes para perder el conocimiento, pero estaba atolondrado y como loco.

Durante un largo rato estuve luchando entre la vida y la muerte y creyendo ver llegada mi última hora. Percibía cada vez más débilmente los ayes de los viajeros próximos á mí, y los pasos y las palabras apresuradas de las personas que iban y venían ayudando á sacar á los heridos á la escasa luz de faroles y linternas; pero todo de una manera vaga y confusa, sin darme exacta cuenta de dónde estaba ni de lo que había sucedido. A ratos llegué á perder por completo el conocimiento, pero luego el dolor de los miembros magullados me volvía á la vida.

Al cabo de algún tiempo fueron retiradas las tablas y las astillas que había amontonadas sobre mí, y pude ver algunos rostros compasivos que me miraban con profunda lástima. Debí perder por completo el conocimiento cuando intentaron levantarme, porque no recuerdo nada de lo que sucedió hasta que me vi conducido en una camilla, delante de la cual marchaba una sombra alumbrando el camino con un farolillo. Otra vez quedé privado del sentido, y cuando volví á recobrarlo me encontré en cama en una pequeña habitación que indudablemente había sido preparada para los heridos de la catástrofe.

Me sentía aplanado, perdidas las fuerzas y con intensos dolo-

res. Cerca de mi cama se hallaba un caballero (el médico) y á poca distancia una hermana de la Caridad. Estaba fijándome en ellos como si soñara cuando súbitamente me asaltó el recuerdo de la piedra preciosa. ¿Qué había sido de mi tesoro? Mi brazo derecho, que debía tener gravemente herido. estaba en cabestrillo y no podía moverlo. Con la mano izquierda, herida y dislocada, hice un esfuerzo y pude tocar el cinturón, que aun llevaba puesto: pero el bolsillo donde guardaba el diamante estaba bajo el brazo derecho y me era imposible alcanzarlo. El médico, que vió que me movía, se acercó á mi cama y me interrogó acerca de mi estado. Había en su rostro tal expresión de bondad que no vacilé en confiarle mi secreto. En voz baja y con breves frases le conté mi extraño viaje y lo que me había pasado. pero sin hacer mención del mulato para que no creyera que deliraba. A una indicación mía introdujo su mano por entre mi brazo, palpó la carterita y me aseguró que allí estaba el diamante.

—Apenas está usted en disposición de guardar su tesoro, me dijo. ¿Quiere usted que yo lo conserve hasta que pueda continuar su viaje?

Le di las gracias y añadí que me era imposible el separarlo de mí ni por un instante. Le dije esto muy excitado, agolpándose la sangre en mis sienes y vacilando al hablar.

Me miró ansiosamente durante unos instantes. y luego, tomándome el pulso, me tranquilizó diciendo:

—No se apure usted por eso, no importa; después de todo, quizá estará mejor ahí. Procure usted dormir y trate de ponerse bueno lo antes posible.

Al decir esto echó en un vaso un líquido y me lo dió á beber. Momentos después quedaba yo profundamente dormido.

Despertó al día siguiente al amanecer y me encontré mucho mejor que la víspera. El sueño me había despejado la cabeza y pude hacerme cargo de lo que sucedía cerca de mí. Entonces observé que en la habitación había otras tres camas, y que la de mi izquierda estaba vacía. Sin duda, el infeliz que la ocupara había muerto durante la noche y se lo habían llevado mientras yo dormía.

La única luz que alumbraba la estancia era una lamparilla

de aspecto funerario que apenas me permitía distinguir los objetos. Poco á poco mi vista fué acostumbrándose á la oscuridad, y me volví del otro lado para ver quién estaba á mi derecha. Sobre la blanca almohada vi la negruzca cabeza de mi enemigo traidor. Mi primer impulso fué pedir auxilio, pero se me ocurrió que sólo habría cerca alguna enfermera y que pudiera creer que deliraba. Pensando luego que el mulato no me habría reconocido resolví guardar silencio y recobrar mi primera postura para apartar mis ojos de aquel malvado.

Temblando estaba de terror cuando entró en la habitación una de las hermanas, á quien, después de darme una medicina, supliqué que no me dejara solo con aquel hombre. Sonriendo cariñosamente tomó una silla y se sentó á mi lado. La medicina debía ser algún narcótico, pues en seguida volví á quedar dormido.

La hermana debió salir al poco rato, pues de pronto desperté bruscamente y sentí que alguien movía con mucho cuidado las ropas de mi cama. Al abrir sobresaltado los ojos vi sobre el lecho la siniestra y sombría faz del mulato. Sin darme tiempo para gritar, una mano pesada cayó sobre mi boca, y sentí que mi chaleco-cinturón, que sin duda acababa de cortar, era separado violentamente de su sitio. Un instante después el mulato desapareció en la oscuridad.

En una sacudida de energía me levanté para perseguirle; pero las piernas no me sostenían, me faltaron las fuerzas y caí junto á la cama en el preciso momento en que el médico y la monja entraban en la habitación. Quedé desmayado.

En cuanto recobré el conocimiento comencé á dar fuertes voces diciendo que me habían robado, que estaba perdido, que mi ruina era completa, que peligraba mi honra.

El médico me miró sonriéndose y me dijo con mucha calma:

—Repare usted lo que habla, porque no es verdad.

Y sacando del bolsillo de su chaleco un objeto lo puso en la palma de la mano y me lo enseñó. Era el diamante del bajá.

Durante unos minutos, el alivio del espíritu y la alegría que sentí me dejaron mudo. Luego, reflexionando un poco, le pregunté cómo era posible que estuviera viendo el diamante, si después que el médico me aseguró que lo tenía en mi poder

había apretado frecuentemente el brazo sobre el costado y había sentido en el bolsillo del cinturón la presencia de mi tesoro.

Volvió á sonreirse el médico y exclamó con marcada satisfacción:

—Lo que usted creía ser el diamante era un sustituto suyo. Estaba usted tan nervioso y tan débil que no creí prudente que lo conservara. Creyendo, por otra parte, que sufriría usted mucho y se agravaría al no sentir el diamante á su lado, se lo quité mientras estaba dormido y puse otra cosa en su lugar. Tuve intención de poner una piedrecita; pero en el apuro del momento, y no encontrando una del mismo tamaño que el diamante, puse un pedacito de carbón de piedra que tenía justamente el mismo tamaño y casi la misma forma que la joya. Por lo tanto, ríase usted conmigo, que su *buen amigo* el mulato, en lugar del codiciado diamante, se ha llevado un pedacito de carbón.





Un rasgo heroico.



Allá en el Sur de Africa, entre la colonia del Cabo y las repúblicas de Orange y del Transvaal, en aquel trozo de tierra rodeado por los cafres al Mediodía, los zulús al Norte y los basutos al otro lado de las grandes montañas del Drakensbergen, vivía no hace mucho Guillermo Tichborne con su mujer y su hija Mary.

Viendo que no prosperaban en la pobre tierra de Irlanda, donde era un humilde empleado de comercio, había consultado con su esposa, y conociendo por referencias la fertilidad de aquel suelo y lo excelente que para la cría de ovejas era el país comprendido entre Pietermaritzburg y Kronstadt, desembarcaron en Durban con algunos ahorros y con la protección de las autoridades de la colonia decidieron establecer allí una especie de factoría. Compraron unas cuantas cabezas de ganado, llevaron de otras partes algunos sementales y se dedicaron á explotar científica y prácticamente una granja agrícola de cultivo extensivo. Pocos años después, y habiendo vendido bien sus productos, que eran exportados á ínfimo precio por el puerto de Durban á Europa, llegaron á tener una fortuna.

Vivían muy desahogadamente, hasta con lujo y confort, pero no en la molicie, pues tenían que luchar con gentes de todas cataduras y mantener á raya á los temibles basutos, quienes procuraban robar lo que podían á todos los blancos que vivían en sus fronteras.

Habiendo un día dejado los tres su cómoda casa de Pieter-

maritzburg para ir hasta el más lejano punto de sus posesiones, al otro lado de las montañas del Drakensbergen, donde tenían un importante caserío con bueyes, carromatos y depósitos de trigo y de lana, con objeto de preparar la conducción de estos dos productos á través de aquellos espesos montes y aquellos altos picachos, que parecen querer escalar el cielo, cubiertos por nieves casi perpetuas, que fundidas por el ardiente sol en el verano caen deshechas en mil cascadas á los próximos ríos y valles, sucedió que los basutos tuvieron noticia de la expedición y en un dos por tres decidieron dar muerte á aquellos tres europeos, que con unos cuantos hombres más hacían producir frutos tan hermosos á aquellas tierras que su ignorancia y salvajismo no sabían explotar.

Guillermo Tichborne estaba en la escalera de uno de los almacenes de su caserío con un negro, con el jefe Omsikilaki. Mientras hablaba con él, su rostro cambiaba de color y se ponía serio y triste. Su esposa Ana, que le veía desde la puerta del caserío, se acercó á él muy cariñosa, y enlazando su brazo al de su marido le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué te dice? ¿Te habla de los basutos?

Guillermo miró tiernamente á su esposa y movió la cabeza en señal de asentimiento, mientras que para consolarla acariciaba sus lindas manos, muy frescas todavía, como toda su persona, á pesar de estar ya próxima á los cincuenta años. Su pelo era castaño, sus mejillas suaves y sonrosadas, y su voz tan melodiosa y agradable como cuando, treinta años antes, Guillermo Tichborne, su prometido entonces, la decía que se parecía al capullo de una rosa. Él tenía seis años más que ella; el pelo y el bigote estaban ya casi blancos, y había en su tipo y en las facciones mucho de enérgico y decidido, á la vez que de respetuoso.

El negro que estaba con ellos era un jefe cafre, que, díscolo á la llegada de Guillermo y su familia á aquellas tierras hacía doce años, había concluído por ser un amigo fiel y servicial, quien los quería con verdadera sinceridad. Venía á decirles que había sabido que los basutos tenían noticias de que estaban allí, y habían acordado atacarles por odio á su superioridad é inteligencia. Les hacía mucho daño el verles dueños de tantas riquezas, en

ganado sobre todo, mientras que ellos, que apenas sabían ser pastores, tenían que vivir casi exclusivamente de la caza.

—¿Qué hacemos, Ana? preguntó á ésta su marido. O huímos inmediatamente ó nos hacemos fuertes aquí hasta que pueda llegar algún destacamento de tropas inglesas de Pietermaritzburg. Tenemos las municiones necesarias, y si nuestro amigo Morris Scaulan puede facilitarnos algunas más...

—Sí, pero acuérdate de Mary, dijo Ana.

—¡Bah! por Mary no me importa, repuso Guillermo alegremente: es buena tiradora de rifle.

Y viendo venir hacia ellos á su hija querida, nacida en Dublín y criada en Africa:

—¿No es verdad, Mary? la preguntó. ¿Cuál fué tu última caza?

—Dos urracas, seis tordos y cuatro gavilanes. Me falló un tiro... ¿Pero qué ocurre, padre? dijo con cierta ansiedad al ver lo tristes que estaban los autores de sus días.

—Que estamos discutiendo qué debemos hacer: si irnos á Pietermaritzburg ó resistir aquí á los basutos, los cuales parece que quieren armarnos camorra.

—Debemos quedarnos, agregó la muchacha con mal disimulada alegría.

Era muy bonita, rubia, de facciones finas, muy parecida á su padre, pero con un indescriptible encanto de ternura mujeril, á la vez que de firmeza y energía. El nombre de Mary Tichborne se oía en todas las casas en muchas millas alrededor: era un diamante del Sur de Africa, una joya sin mancha con exuberancia de vida.

Un instante después dejaba solos á sus padres para volver con un cinturón de municiones sobre un traje de lanilla y un rifle en la mano. Marchando al paso militar y con el rifle terciado comenzó á pasear por la galería cubierta de su casa, riendo á carcajadas y diciendo:

—Ya estoy de centinela.

—Si quieres pelear, la dijo su padre adoptando cierto aire de gravedad, comienza á trabajar y déjate de bromas. Ve á encargar á las criadas que lleven agua al almacén, y yo haré que los criados traigan los carromatos al lado de la casa y pongan la

cubierta sobre los tejados, mientras Ana prepara las provisiones de la mejor forma posible.

Al separarse todos para cumplir sus órdenes, desde el dintel de la puerta, en lo alto de la escalera exterior de la fachada principal del caserío, dirigió una mirada por el panorama que se extendía ante sus ojos. Tan tranquilo, tan apacible, tan hermoso se presentaba todo á su vista, que parecía increíble que estuvieran preparándose para rechazar un ataque de sus enemigos. Leguas y leguas de verdes llanuras aparecían á derecha é izquierda en todas direcciones, las dehesas de pastos para los ganados, los campos en que se erguía el trigo magnífico unos cuantos meses antes, los montes del gran Drakensbergen cubiertos de nieve hasta sus faldas... y todo alumbrado por un sol de invierno demasiado vivo y caliente para un europeo, sol que hacía brillar el hielo de las próximas montañas.

Todo parece un sueño, pensaba el buen Tichborne, recordando también entonces á su amigo Morris, joven irlandés, magistrado en Pietermaritzburg, alto, de constitución robusta, ágil, hombre culto y simpático que, deseando vivir á sus anchas, solicitó y obtuvo un destino de su carrera en las colonias. Entretenía sus ocios cazando con frecuencia en los desfiladeros de aquellas montañas, donde abundaba toda clase de caza. Guapo, con belleza varonil, rizada barba y hermosos ojos azules, en cuanto vió á Mary se enamoró de ella.

Habían transcurrido dos años desde aquel memorable día, acababa de llegar él á ocupar su destino y Mary sólo contaba diez y siete primaveras. Guillermo y Ana simpatizaron con él y accedieron gustosos cuando poco después se atrevió á pedirles la mano de su hija. La única condición que pusieron fué que esperase algunos años hasta que la joven fuera haciéndose mujer. Cuando Morris se dirigió á Mary para hablarla de sus propósitos la encontró tan inocente, tan cándida, que casi se desconcertó. En lo tocante á cosas de amor estaba Mary completamente á oscuras, y como fuera en su huerto de Pietermaritzburg donde él se declaró, no pudo menos de asombrarse de la tranquilidad con que la muchacha siguió comiendo las fresas que acababa de coger.

Verdaderamente, ni para un irlandés perteneciente á la ma-

gistratura es cosa fácil el hacer el amor á una joven de diez y siete años que no piensa más que en coger fresas; pero su asombro subió de punto cuando ella le aceptó por novio, sí, mas riéndose tan estrepitosamente y tomando la cosa tan á broma que harto claro daba á entender que no sabía lo que era amor. El veía que su persona no la era desagradable, pero no dejaba de pensar que, para ella, tener un novio venía á ser como tener un nuevo caballo en que lucir sus habilidades de amazona. Era todavía muy joven.

—¡Qué gracia me hace! decía Mary saltando y brincando, llevándole á él del brazo hasta la puerta de la casa y agarrándole allí las dos manos. ¡Cuántas cosas voy á ver! Y todo se le volvían infantiles preguntas. ¿Y viviré yo en el bonito palacio de justicia? le decía. ¿Y me sentaré á tu lado como un juez cuando sentencies á los presos? ¿Y me llamarán la señora magistrada?

Y así seguía sin parar, mientras que él, dominando los deseos de cogerla en sus brazos, pensaba que todavía tendría que esperar un par de años á que se desarrollase y fuera una mujercita más fuerte y juiciosa.

Hacía ya más de un año de esto cuando él les invitó un día á comer en su casa. El buen Guillermo Tichborne iba siempre acompañado de un hermoso perro, fiel y de mérito, y aquella vez le llevó también consigo. La velada transcurrió agradablemente, y ya todo el mundo dormía, él y sus huéspedes, cuando nuestro magistrado oyó aullidos al pie de sus ventanas. Morris tenía un carácter muy alegre en las grandes ocasiones, pero generalmente era hombre serio y dispuesto á despreciarlo todo si algo llegaba á molestarle demasiado, aunque nunca dejaba de verse en él un alma grande y noble que procuraba ocultar las heridas recibidas en la lucha por la vida, y aquella noche los aullidos del perro le molestaban bastante. Aunque no era supersticioso, aquellos aullidos llegaron á desagradarle mucho, y como concluyeran por no dejarle dormir, se levantó, abrió la ventana y sin fijarse en qué perro era aquél le descerrajó un tiro de revólver y le dejó muerto.

Al día siguiente, al ver Guillermo lo que había hecho con su fiel amigo, no quiso aceptar excusa ninguna, y llamando á su

mujer y á su hija abandonó inmediatamente la casa del joven magistrado, dejando á éste lleno de asombro y de pena viendo cómo cerraban la puertecilla del jardín y se alejaban los tres sin despedirse.

Pero si aquel desagradable suceso pareció por el momento haber roto para siempre la amistad entre ellos, bien pronto la realidad hizo ver otra cosa. Cuando Mary se preguntó á sí misma en qué estado quedaban sus relaciones con Morris, sus mejillas se tiñeron de un color de grana subido, y esto y las preguntas ansiosas que hizo á su madre, demostraron que la joven estaba realmente enamorada del irlandés. Guillermo lo comprendió así y perdonó á Morris el disgusto que le había causado, aunque no quería ser el primero en firmar las paces.

—No, decía Guillermo, creería Morris que yo le obligaba á casarse con Mary; pero como Morris, aunque irlandés, era orgulloso y terco, no quiso ofrecer su mano de amigo, que aquel memorable día le habían rehusado dos veces.

En aquel momento, cuando contemplaba el panorama que ofrecíase á su vista, pensaba Guillermo así:

—Seguramente Morris estará cazando en el desfiladero, puesto que se halla de vacaciones, y si los basutos se llegan hasta allí con objeto de ocupar el camino por donde nos puede venir auxilio del otro lado de la montaña, probablemente no dejarán ni rastro de él. ¡Quién pudiera avisarle!

Su rostro se animaba con esta idea, cuando el jefe negro que le acompañaba señaló con su carabina el campo que se extendía ante su vista.

El caserío de Tichborne era parecido á los de todas las colonias del mundo en cuanto á su exterior. Un edificio aislado, más ó menos cómodo, de un par de pisos para los dueños y tres almacenes cubiertos, cerrando casi un patio cuadrado por el lado opuesto á la fachada principal de la casa. Todo ello de barro y piedra, con techos de telas embreadas descansando sobre salientes de madera para preservar los cobertizos donde se recoge el ganado, donde se almacenan las cosechas y los útiles y herramientas del trabajo, y el conjunto rodeado de plantaciones de eucaliptos para preservar, en lo posible, de las fiebres á sus moradores.

En el momento en que el negro llamó la atención de Tichborne, todos estaban muy ocupados: las mujeres, rodando barricas de agua desde la fuente próxima y almacenándolas dentro; los hombres, encerrando las magníficas yuntas de bueyes y los cientos de ovejas, y poniendo los carromatos como barricada á las dos entradas del patio que formaban el aislamiento de la casa de los dueños, y otros cubriendo con láminas de zinc el techo de los almacenes de lana, á fin de hacerle incombustible á alguna flecha encendida ó paja ó hierba ardiendo que pudieran arrojarle.

—¡Muy bien, muchachos! exclamó Guillermo lleno de entusiasmo, hemos concluído á tiempo. Ahí vienen ya en confuso tropel. Y extendió el brazo en la dirección indicada por el negro.

Venían, no por el camino directo de su frontera, sino que bajaban por la montaña del Drakensbergen, y probablemente con la idea de cortar la retirada, posible sólo por aquel lado. Se destacaban sobre la nieve que cubría entonces casi por completo la montaña, y parecían hormigas gigantescas.

—Daos prisa, muchachos, añadió Guillermo. Aunque tardarán más de una hora en llegar, todavía nos falta mucho.

Todos trabajaban con ahinco colocando leños sobre los carromatos, encerrando hasta los caballos y rodeando la casa con hilos de espino artificial con puntas muy agudas, de los que formaban los rediles, á unos 50 ó 60 metros, con objeto de aislarse todo lo posible y dificultar el asalto de aquellos salvajes.

Y cuando, ya al caer la tarde, unos mil quinientos basutos rodearon la granja en medio de una gritería infernal, asomado Guillermo á una de las ventanas que daban al patio (el cual no tendría menos de 30 metros de lado), todo él lleno de vida y animación, no pudo menos de sonreir de satisfacción, creyéndose libre de las lanzas y flechas de los opresores, y acercándose á su mujer y á su hija las dijo con acento marcial:

—Vaya, ¿lo veis? De algo le ha valido á vuestro Guillermo el haber servido en el ejército.

Y se alejó para distribuir armas y municiones á los veintitantos hombres de labranza que tenían con ellos, pero volvió rápidamente preguntando á Mary con sorpresa y ansiedad:

—¿Dónde diablos has escondido las municiones?

Ante la emoción de la niña, que se arrojó sollozando en brazos de su madre, comprendió lo que sucedía, y ahogándose de dolor y desesperación abrazó á las dos mujeres, que parecían heladas de espanto.

No necesitaba preguntar nada. Recibían las municiones por mediación de Morris, ya porque éste las obtenía fácilmente, valido de su amistad con una casa de la metrópoli, ya porque así llegaban á sus manos con menos dilaciones y entorpecimientos. Habían tardado en pedirlas, y habiendo roto toda relación con él (hasta las cartas íntimas de novios entre los jóvenes se habían suspendido), no sabían si Morris las había recibido ó no ó si las guardaba en su casa hasta hacer las paces. ¡Qué horrible situación! ¡Y pensar que sólo el amor propio, solamente el orgullo, les había conducido á ella!

Guillermo había contado las municiones que quedaban de las últimamente recibidas, y apenas tenían 80 paquetes de cartuchos de rifle y unos cien de revólver. ¿Pero y si estaban sitiados días y días? Sólo abrigaban una esperanza: el cielo se había ido nublando y empezaba á caer una lluvia menuda, fría, casi helada, precursora de alguna tempestad de nieve, y esto les favorecía por el momento, pues con aquel temporal no sería probable que se vieran atacados.

De repente Mary, sobreponiéndose á todo, exclamó clavando en su padre los ojos:

—No hay más que un recurso: salir á pedir auxilio á Morris, si está todavía de caza, ó llegando hasta Pietermaritzburg.

—¿Y cómo? dijo su padre. Estamos ya sitiados; habría que atravesar las líneas del enemigo, y estoy seguro de que ninguno de los muchachos que tenemos, aunque las atravesara, sería capaz de cruzar la montaña, cubierta como está de nieve, sin extraviarse y perderse. No hay ninguno que conozca bien el camino.

—No importa, repuso Mary irguiéndose altiva y serena y reflejando en sus hermosos ojos la fe de que se sentía animada; el camino lo sé yo, y me atrevo á cruzar las líneas de esos salvajes y llegar á Pietermaritzburg hasta la casa cuartel, donde vive nuestro amigo el comandante Olves, para que acuda con fuerzas á salvaros á vosotros y á todos.

Al oir esto, al ver la firme resolución de Mary, que los dejó un momento solos para ir á prepararse, tanto Guillermo como su mujer se sintieron orgullosos, y recobrando algo de la perdida serenidad asomáronse por el otro lado de la casa, desde donde se veía el campo. Los basutos no se habían atrevido á llegar hasta la red de alambre que les cercaba y aislaba de ellos; pero á unos 500 metros de la granja, y todo alrededor, se veían fogatas hechas por aquellos salvajes para calentarse; fogatas que ardían cada vez más difícilmente, pues empezó á caer una nevada abundantísima en copos grandes y muy espesos.

Ana se abrazó á su marido, y estremeciéndose de frío y de temor exclamó balbuciente:

—Guillermo, ¿crees que debemos dejarla ir?

Guillermo, por cuyas mejillas corrían silenciosas lágrimas, contestó cariñosamente:

—Sólo ella puede salvarnos, Ana. Yo ya no puedo montar á caballo para casos como éste, me lo impiden mis sesenta años. Si Mary no va, aquí moriremos todos.

No tuvieron tiempo de hablar más. Mary, como ellos, comprendió que debía marchar inmediatamente, antes que cerrara la noche por completo y establecieran los basutos una vigilancia más rigurosa, y se presentó á sus padres, no vestida de mujer (sabía bien lo que las faldas podían dificultar su empresa), sino en traje de cazador experimentado. Blusa, coleto de cuero, altas botas de montar, calzón de pana, guantes y en la cabeza un sencillo sombrero de fieltro, que con no poco trabajo había conseguido colocar sobre sus hermosos cabellos rubios. Completaban su indumentaria una buena carabina, un cinturón lleno de cartuchos y un pequeño neceser-botiquín de viaje, que sujeto con correas llevaba sobre la espalda.

—¡Ya! exclamó sonriendo, ¡ya veréis cómo yo sé cazar algo más que pájaros y cómo sé también saltar por encima de esos hombres con cara de betún!

Sus padres, sin atreverse á mirarla ni á dejarla marchar, no hacían más que abrazarla y colmarla de caricias, hasta que por fin Guillermo se decidió. Después de darla toda clase de instrucciones acordaron que, al salir de la granja, fuera poco á poco, y que cinco minutos más tarde, tiempo que tardaría en lle-

gar hasta el campo enemigo, ellos lanzarían por el lado opuesto unos cuantos cohetes, de los que tenían abundante provisión. Harían también algunos disparos y encenderían fogatas con objeto de llamar la atención de los basutos hacia aquel lado, y además llevaría Mary unos cuantos cohetes para lanzarlos al aire, unos después de cruzar las líneas enemigas y los otros al llegar al desfiladero que atravesaba la montaña, sitio donde ya estaría fuera de peligro.

Minutos después, rodeada en el patio de la granja de las diez ó doce mujeres que allí había, y saludada por los veintitantos hombres que la presentaban las armas, Mary montaba en su brioso caballo *Star*, mientras sus padres la contemplaban con orgullo y todos con admiración. Hubo un momento solemnísimo cuando Mary incitó á su caballo á partir. Aquel grupo casi de sombras, alumbrado únicamente por dos ó tres faroles-linternas, no podía disimular su emoción: los hombres, avergonzados de no saber el camino; las mujeres, sumisas ante aquella niña que así las dominaba.

De pronto las cascos del caballo resonaron avanzando en las piedras del patio; un ¡¡hurra por Mary!! lleno de entusiasmo invadió el espacio, por el que lentamente descendían los copos de nieve, y un momento después se perdió de vista la esbelta figura de la intrépida joven.

En seguida comenzaron á preparar los cohetes, y á los cinco minutos, cuando calcularon que ya estaba próxima á la línea de los basutos, los lanzaron al aire. El efecto fué, primero, de terror y de asombro, y después de rabia, que sembró la confusión en las filas. Al poco rato una exclamación de alegría salió de sus pechos al oir el estampido de los dos cohetes lanzados por Mary, y que eran la señal convenida para dar á conocer que había traspasado las líneas enemigas. Entonces, y satisfechos del éxito logrado por la joven, unos cuantos quedaron de centinela, mientras que el resto se retiraron á descansar, confiados en que no serían atacados aquella noche.

En tanto Mary corría en su caballo hacia Pietermaritzburg, de cuya ciudad la separaban 50 kilómetros.

Al encontrarse sola en el campo latió con violencia su corazón y tuvo un momento de flaqueza que la hizo abandonar las

riendas y cubrirse el rostro con las manos. Al fin era una niña por su edad y la noche verdaderamente de prueba, pero al instante recobró sus energías y fué avanzando con la cautela necesaria.

Marchaba poco á poco, y ya llegaba á vislumbrar las negras figuras de sus enemigos cuando oyó los cohetes lanzados por sus padres. La nieve, que la daba en el rostro, la molestaba mucho. De pronto sintió gran confusión, el cercano silbido de flechas, la detonación de otro cohete, el barullo que armaban los basutos, el ruido de sus escudos y lanzas... y no esperó más. Cerró los ojos, se abrazó al cuello de su caballo, le clavó las espuelas y se metió por el campo enemigo sin detenerse ante ningún obstáculo; oyendo por todas partes imprecaciones y gritos de asombro y los disparos que hacían aquellos salvajes, saltándolo y atropellándolo todo, pasó á todo galope como una exhalación hasta desaparecer en la oscuridad.

Siguió corriendo hasta que *Star* no pudo más, y entonces, en medio del silencio de la noche, se levantó en la silla y prendió fuego á los dos cohetes que á prevención llevaba, lo cual, por el momento, hizo creer á los indígenas que era algún sér del otro mundo. Miró hacia atrás y vió con indecible alegría las luces de su casa.

—También ellos habrán visto las luces de mis cohetes, pensó.

Sí, las vieron; pero las habían visto también los basutos, y unos cuantos salieron escapados á perseguirla; no podía equivocarse en el camino. Sólo el que ella tenía que recorrer podía estar practicable aquella noche, y al verse perseguida clavó de nuevo las espuelas en el noble *Star*, el cual volvió á correr velozmente, seguro en su instinto de que cuando ella lo hacia así era conveniente para los dos, pues parecía conocer muy bien lo que significaban aquellos gritos y aquellos aullidos que sonaban detrás, y á cada paso llevaba á su amada dueña más lejos de sus perseguidores.

Atravesaba arroyos y bosques; resonaban sus pasos, ya sobre piedras, ya sobre la mullida alfombra de nieve; pero ésta iba disminuyendo, lo cual la disgustaba mucho, porque temía hacerse más visible á sus enemigos.

¡Pobre Mary! Hasta entonces todo iba bien; pero conforme

iba subiendo la montaña tendría que acortar el paso, llegaría á sitios muy peligrosos, donde se vería precisada á marchar muy lentamente, y estaba sofocada, rendida casi tanto como su caballo. Saltaban, avanzaban sin cesar, hasta que por fin llegaron á lo alto del camino, á aquella separación de la montaña, á aquella hendidura por donde tenían que pasar. Desde allí ya se la ocultarían el valle y su casa, y minutos después tendría que descender al otro lado, á la llanura de Pietermaritzburg.

Los pasos de sus perseguidores se oían cada vez más distantes; avanzó unos cuantos metros; desde la meseta que formaba el camino se asomó en la dirección que había traído, y vió abajo, á lo lejos, las fogatas de los basutos, y más allá las luces de su casa. Entonces, en un arranque de satisfacción, agitó en el aire su sombrero de fieltro y lanzó un ¡hurra! sonoro y alegre, seguido de una estrepitosa carcajada que retumbó en las rocas próximas. En seguida saltó del caballo, disparó sus últimos cohetes con marcado placer, bebió un poco de coñac que llevaba, refrigeró á *Star* y se tendió un momento en el suelo, aplicando el oído para enterarse de si sus perseguidores avanzaban ó no. Al escuchar, siente de cerca un ligero quejido: mira, escudriña ansiosamente en su derredor y ve á sus pies, medio oculto entre las zarzas del camino, el pálido rostro de su amante, de Morris Scaulan.

—¡Morris! exclamó arrodillándose á su lado y poniendo el frasco de coñac en los labios del herido.

—Venía á avisarte, dijo él, pero me cogieron en esta emboscada y me dejaron por muerto. ¿Y tú, adónde vas?

—No tenemos municiones y voy á Pietermaritzburg á pedir fuerzas; pero me vienen persiguiendo, escucha.

—Vete pronto, repuso Morris con ansiedad arrastrándose por el borde del camino. No te detengas, Mary. Déjame los cartuchos y la carabina, que yo protegeré tu marcha. ¡Vete, por Dios, vete!

Por un instante vaciló Mary, pero luego le entregó su armamento y el botiquín; le besó en la frente, recogió el caballo, montó, y despidiéndose de su amante con un adiós lleno de angustia, salió á galope hasta llegar á la llanura. Entonces, creyéndose á cubierto, aflojó el paso para dar descanso á *Star*.

Iba quedando atrás el camino legua por legua. el tiempo era favorable. brillaba la luna. habían cesado el viento y la nieve. la noche estaba en calma, el silencio reinaba por doquier. Mary proseguía su marcha pensando en sus padres. cuya granja creía ver cercada por los basutos, que se entregaban á todo género de excesos.

Por fin divisó á lo lejos las luces de Pietermaritzburg. Estaba cerca del término de su viaje y volvió á apretar el paso. Ya al trote. ya al galope. dejando atrás bosques y senderos. arroyos y puentes. penetró llena de satisfacción en el pueblo. Algunas personas que salían de las tabernas y se retiraban á sus hogares la miraban con extrañeza.

Llegó á la puerta del cuartelillo y se dirigió al centinela. el cual. después de oir algunas palabras de la joven. la dejó el paso franco. Cruzó el patio y se detuvo en la puerta del cuarto de banderas. la que golpeó fuertemente. Apeóse de un salto. y casi tambaleándose de cansancio y de emoción se acerca al comandante y le dice:

—Comandante. los basutos han sitiado nuestra granja. mi padre no tiene municiones. Mr. Morris ha sido herido al cruzar la hendidura de la montaña y vengo á reclamar vuestro auxilio.

No pudo continuar y cayó desmayada en una silla. ¡Pobre Mary! Las emociones de aquella noche. los esfuerzos que había hecho durante el viaje. la idea del peligro en que sus padres se veían. pudieron más que su débil naturaleza y la vencieron.

Una hora después recobró el conocimiento y se encontró tendida en un diván del cuarto de banderas. y á su lado el comandante que la miraba con lágrimas de ternura. mientras decía lleno de asombro:

—Me parece mentira que ésta sea Mary. aquella Mary que de niña tuve yo mil veces sobre mis rodillas.

El comandante se dispuso para salir con cincuenta hombres á caballo en auxilio de los padres de Mary. pero no quería que la joven fuese con ellos. Le parecía más prudente que se retirara á su pabellón. donde descansaría para reponer sus fuerzas atendida por la señora de algún oficial; pero viendo la insistencia con que expresaba sus deseos de acompañarles todos los ofi-

ciales votaron, no sólo por que lo hiciera así, sino también por que se pusiera al frente de la expedición.

Cuando momentos después volvía hacia la granja á la cabeza de cincuenta jinetes, en medio del comandante y un oficial, sintió uno de los placeres más grandes de su vida, orgullosa de verse en aquel puesto por voluntad de los soldados ingleses.

Y aunque la marcha no fué tan acelerada como la que ella había traído, llegaron á tiempo para auxiliar á Morris, el que atestiguaba su valor y destreza con los cadáveres de cinco basutos que pretendieron pasar la hendidura en persecución de Mary, y para levantar el cerco de la granja en las primeras horas de la mañana. Los basutos no se habían atrevido á atacarla. Los fuegos de artificio y el fantasma de Mary les habían dejado perplejos, y el estrépito de los cincuenta jinetes bajando por el monte á todo galope y saludándoles con certeras descargas, mientras los sitiados hacían continuos disparos desde la granja, les obligó á retirarse precipitadamente sin oponer la menor resistencia ante el temor de verse con enemigos muy superiores.

Al poco rato las exclamaciones de alegría de sitiados y libertadores confundíanse con los abrazos y apretones de manos: el cuadro era indescriptible.

Cuando llegó la hora del almuerzo fué Mary quien lo presidió sin despojarse del traje de marcha, y al contestar á los brindis pronunciados en su honor terminó brindando por todos y principalmente por su *compañero de armas y fatigas*. Y al decir esto miraba tímidamente al joven magistrado de Pietermaritzburg. Les hicieron abrazar en medio de grandes aplausos tributados á la intrépida joven de la capital de Irlanda y al simpático inglés, que tenía la cabeza vendada á consecuencia de las heridas recibidas en aquel contratiempo de la vida de las colonias.





Cuentos de otros mundos.



Visitando las regiones de la Luna.

(Aventuras del conde de Redgrave y su esposa Zaidie durante la luna de miel, pasada en las inmensidades del espacio.)

NOTA PRELIMINAR.—Los viajes de Rollo Lenox, conde de Redgrave, y de su esposa Lilla Zaidie, hija del exprofesor de ciencias físicas de la Universidad de Nueva York, caben en lo posible. En primer lugar, por la separación que este distinguido hombre de ciencia consiguió obtener de las fuerzas de la Naturaleza en sus elementos positivos y negativos. Basándose en el principio de que todo en la Naturaleza tiene su lado opuesto, no sólo separó los elementos atractivos y los repulsivos de la fuerza universal de la gravitación, sino que también llegó á construir una máquina que le facilitara el medio de desarrollar cada uno de esos elementos ó los dos á su voluntad.

Alcanzado este triunfo mecánico, quedaba poco que andar hasta la magnífica idea realizada después por lord Redgrave en el *Astronef*.

En una excursión que hacía el profesor con su hija por los montes del Canadá conoció á lord Redgrave, el cual se sintió

seducido, tanto por las atrevidas teorías del padre como por los encantos de la señorita Zaidie. De este conocimiento, puramente casual, resultó una especie de asociación en la que el profesor había de poner sus conocimientos científicos y lord Redgrave el capital para llevar á la práctica la teoría de la fuerza R... (fuerza repulsiva ó antigravitacional) y construir un globo que fuera capaz, no sólo de elevarse sobre la Tierra, sino de traspasar los límites de la atmósfera terrestre y de viajar con precisión y sin riesgo por los espacios aéreos.

Desgraciadamente, antes de hallarse terminada la construcción del *Astronef* en los talleres que lord Redgrave había hecho levantar *ad hoc* en su propiedad de Smeaton el profesor fué atacado de una doble pulmonía y falleció, quedando así lord Redgrave como único poseedor del secreto de la fuerza R...

Un año después del fallecimiento quedó terminado el *Astronef*, y su dueño lo condujo por encima del Atlántico, elevándose en el espacio hasta tal altura que apenas se sentía ya la atracción de la Tierra. Después de un viaje de dos horas pudo descender cerca de Nueva York.

En este viaje de prueba le acompañó Andrés Murgatroyd, antiguo maquinista y jefe de los trabajos para la construcción del *Astronef*. Su familia había servido fielmente durante algunas generaciones á la de lord Redgrave, el cual, por esta razón, le eligió para maquinista y piloto del globo.

El ruido que hizo, no sólo en América, sino también en el mundo entero la llegada del *Astronef* desde las misteriosas regiones del espacio; la boda de su constructor con la hija del inventor, celebrada en el salón principal mientras el maravilloso globo permanecía quieto en el aire á una milla de altura sobre la capital; el regreso á la Tierra, el banquete de despedida y la salida de los recién casados para la Luna, elegida como primer punto de parada, fueron por aquel entonces el tema de todas las conversaciones.

Esta serie de cuentos comienza en el momento en que la Tierra va desapareciendo de la vista y da principio la excéntrica luna de miel en el espacio.

. . . .

. . . .

Cuando el *Astronef* elevóse sobre la tierra para empezar su maravilloso viaje por las regiones hasta entonces desconocidas, lord Redgrave se hallaba con su esposa en el extremo de la cubierta superior que se extendía por las dos terceras partes del cuerpo cilíndrico del globo.

Las paredes de aquel departamento tenían 50 pies de largo por 20 de ancho, eran de grueso cristal transparente y endurecido, y en caso de necesidad podían ser cubiertas con telas de acero colocadas en el pavimento de pinotea y que se elevaban por medio de poleas. Rodeábalo una balaustrada también de acero, y dos escaleras conducían á otra cubierta más pequeña donde había dos portezuelas, una en popa y la otra en proa, las cuales se cerrarían herméticamente cuando el *Astronef* se hubiese elevado más allá de la atmósfera respirable y se hallase navegando por las inmensidades glaciales y sin aire del espacio interplanetario.

Lord y lady Redgrave, con Andrés Murgatroyd, eran los únicos viajeros aéreos. Ni se necesitaban más tampoco, porque á bordo del *Astronef* se hacía todo por medio de la electricidad. El fuego, la luz, los guisos, la destilación y redestilación del agua, la purificación constante y automática del aire, todo, en fin, todo menos la regulación de la misteriosa fuerza R... se ejecutaba sin la intervención del hombre. Pero era necesario regular aquella fuerza con el mayor cuidado y minuciosidad, y de este trabajo casi siempre se encargaba el mismo constructor.

Las máquinas de desarrollo se hallaban en el centro de la parte baja del globo. La fuerza mínima era suficiente para que el *Astronef* fuese algo más ligero que su propio volumen de aire; así que, cuando visitaba un planeta que tenía la atmósfera bastante densa, las dos hélices que llevaba en la proa bastaban para conducirle á través del aire, á razón de 100 millas por hora. La fuerza máxima hubiera sido suficiente para arrojar el aerostato más allá de los límites de la atmósfera terrestre en muy pocos minutos.

Cuando se hubieron elevado á una milla próximamente sobre la ciudad de Nueva York, Zaidie ó Zaida, que llena de asombro contemplaba la maravillosa y extraña perspectiva, exclamó de pronto señalando hacia el Oriente:

—Mira, mira, Lenox, allí está la Luna, nuestro primer punto de parada. No parece estar tan exageradamente lejos de aquí.

Redgrave se volvió y vió la creciente y pálida faz de la Luna nueva que empezaba á aparecer por Oriente.

—Casi parece, continuó Zaida, que podríamos encaminarnos á ella directamente, pasando por encima del mar, aunque, naturalmente, no nos esperaría allí.

—Pierde cuidado, contestó lord Redgrave sonriendo, que cuando la busquemos allí estará de seguro; y después de todo, dista de aquí unas 240 millas, lo que verdaderamente no significa nada en una ascensión que no bajará de miles de millones de leguas. No será para nosotros más que una especie de primera estación de nuestro viaje, á poco de comenzado éste.

—Sin embargo, replicó su esposa, no quisiera pasar sin verla. Deseo saber qué hay en aquel lado que nadie ha visto todavía, y poder decidir para siempre la cuestión del aire y del agua. ¡Cuánto gozaremos cuando regresemos á la Tierra contando todo lo que hay en la Luna! Pero me da miedo la idea de que tal vez estemos destinados á descubrir algunos de los misterios de la creación, y quizás á ver cosas que no son para ser vistas por seres humanos.

Lord Redgrave comprendió que su esposa se estremecía, y cogiéndola una mano dijo:

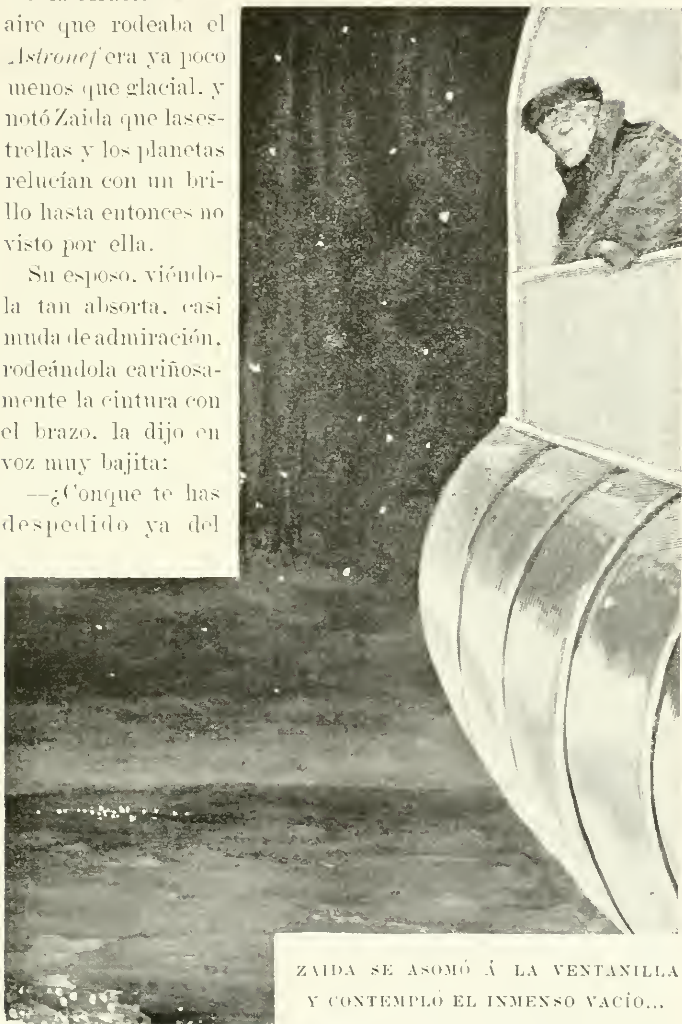
—Indudablemente veremos muchas maravillas, Zaida, pero no creo que esté prohibido que las veamos. Espero resolver de una vez para siempre el gran problema de los otros mundos, pues supongo que averiguaremos si están habitados ó no lo están. Y á propósito: aprovecho la ocasión para decirte que en este momento estás respirando las últimas ráfagas de aire terrestre que podrás aprovechar hasta nuestro regreso. Conque despídete de la Tierra como mundo por una temporada, pues cuando la veas desde más arriba se habrá convertido en un planeta, al menos para nosotros.

Zaida se asomó á la ventanilla y contempló el inmenso vacío que se extendía á sus pies: pues mientras hablaban, el *Astronef* había ido subiendo y subiendo siempre en línea recta hacia el cenit. A la creciente luz de la Luna pudo distinguir vastas y vagas formas de mar y tierra. Los millares de luces de Nueva

York y de Brooklyn confundíanse en pequeñísimas masas de niebla reluciente. El aire que rodeaba el *Astronef* era ya poco menos que glacial, y notó Zaida que las estrellas y los planetas relucían con un brillo hasta entonces no visto por ella.

Su esposo, viéndola tan absorta, casi muda de admiración, rodeándola cariñosamente la cintura con el brazo, la dijo en voz muy bajita:

—¿Conque te has despedido ya del



ZAIDA SE ASOMÓ Á LA VENTANILLA Y CONTEMPLÓ EL INMENSO VACÍO...

mundo donde naciste? Es un poco triste ¿verdad? despedirse del mundo que te vió nacer y que encierra todo lo que te ha hecho feliz, todo lo que más quieres.

—Todo no, Lenox, contestó Zaida mirándole. Al menos yo no pienso así.

Lenox dió inmediatamente la contestación que las circunstancias exigían, y luego, retirando de allí á su esposa, la condujo hacia la escalera diciendo:

—Por ahora, Zaida querida, este es nuestro mundo, el cual viaja también entre otros mundos, y como yo he podido traer conmigo á la más linda y más encantadora de todas las hijas de la Tierra, estoy enteramente satisfecho y soy feliz, muy feliz. Pero me parece que se acerca la hora de cenar; así que, si su señoría me hace el favor de atender á sus deberes de ama de casa, yo inspeccionaré las máquinas y lo dejaré todo listo para proseguir el viaje.

En cuanto Redgrave volvió á cubierta, lo primero que hizo fué cerrar herméticamente las dos escaleras de la cámara, y luego examinó con gran cuidado el aparato para purificar el aire con nuevo oxígeno de los depósitos en que estaba almacenado en forma líquida. En seguida bajó á la bodega del globo, dió toda la fuerza de repulsión y paró al mismo tiempo la máquina de las hélices.

Ya no era necesario, ni aun posible, gobernar el *Astronef*. Bastaba para hacerlo la fuerza repulsiva que le llevaría con creciente velocidad, á medida que iría disminuyendo la atracción de la Tierra, hacia aquel punto neutral situado á 200.000 millas y en el que la atracción terrestre era igual que la de la Luna.

Una vez allí, se haría trabajar á la fuerza contraria, á fin de evitar las desagradables consecuencias de una caída repentina desde la altura de 40.000 millas.

Andrés, al verse libre de su trabajo en el tambor, fué á inspeccionar la maquinaria auxiliar que estaba á su cargo, y después se retiró á su habitación para preparar la cena. Mientras tanto Zaida, con la ayuda de los ingeniosos aparatos de que estaba provista la cocina del *Astronef*, los cuales había aprendido á manejar antes de emprender el viaje, preparó un delicioso *souper à deux*. Su esposo descorchó una botella de champagne, del mejorcito que pudo hallar en las bodegas de Nueva York, y brindó galantemente á la salud de su linda compañera

de aventuras y por la felicidad del maravilloso viaje á través de las desconocidas regiones del espacio.

Terminada la cena, llevó Lenox el aparato para hacer café á la cubierta superior, la cual estaba protegida por una cúpula de cristal grueso y transparente. En seguida volvió donde Zaida.

—Abrígate todo cuanto puedas, Zaida, la dijo. Arriba hace mucho más frío que aquí.

Al contemplar el cuadro que se ofrecía á su vista cuando subió á cubierta, Zaida quedó como ensimismada de asombro. Todo el cielo, encima y en derredor de ella, se hallaba cubierto de espesos grupos de astros cuyo parecido no había podido figurarse nunca. Las estrellas que recordaba haber contemplado desde la Tierra eran ahora puntos pequeñísimos que se distinguían en la negra oscuridad rodeados de millares de brillantes órbitas, las cuales lanzaban sus rayos á través del silencioso vacío del espacio. Por todas partes llenaban el cielo millares de estrellas de diversos colores, que parecían relucientes joyas de inapreciable valor.

Zaida se paseó por la cubierta mirando ya hacia arriba, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda, incapaz por el momento de hablar ni de pensar, sintiendo sólo la muda admiración, el respeto, casi el temor que la infundía aquel imponente espectáculo. De pronto volvió la cabeza mirando hacia el cenit. Una inmensidad de color de plata, que soportaba como si dijéramos un cuerpo opaco y verde entre los brazos, extendíase por encima del *Astronef*, ocupando casi una sexta parte del cielo.

Su esposo se acercó á Zaida, y cogiéndola por la cintura la levantó en el aire con la misma facilidad que si hubiera sido un niño, pues tan débil era ya la atracción de la Tierra que apenas si tenían peso los cuerpos sólidos. Lenox la sentó en una butaca cómoda para que desde allí pudiera contemplar y admirar el cuadro sin molestia ninguna.

La incomparable inmensidad iba ensanchándose, reluciendo más y más á cada momento, y mientras la contemplada Zaida pasmada de admiración, vió aparecer punto tras punto de luz de una blancura deslumbradora, lanzando sus rayos cual la erupción de gigantescos volcanes que arrojaban torrentes de fuego por sus enormes, por sus inmensos cráteres.

—He ahí la salida del Sol en la Luna, dijo Lenox, que se había colocado al lado de Zaida.

—¡Qué espectáculo tan maravilloso! ¿No es verdad? Pero esto no vale nada si se compara con lo que hemos de ver mañana. Aunque verdaderamente aquí no hay día ni noche.

—¡Es soberbio, es espléndido, es incomparable! exclamó Zaida. ¿Y las estrellas? Pero no puedo pensar en nada, Lenox. ¡Es tan maravilloso y tan imponente todo ello! No parece que los ojos humanos debían contemplar tan grandes maravillas. ¿Y la Tierra dónde está? Supongo que se podrá distinguir todavía desde aquí.

—Precisamente desde aquí no, replicó Redgrave, porque está debajo de nosotros: pero si quieres venir, te enseñaré la madre Tierra tal como no la habrás visto jamás.

Bajaron á la parte más profunda del *Astronef*, detrás del departamento de las máquinas, y después de iluminarla bien con las luces eléctricas que abundaban en el aerostato, Redgrave tiró de una palanca y quedó abierta inmediatamente una parte del pavimento, dejando un hueco como de seis pies de ancho. En seguida hizo lo mismo en el otro lado y quedó una abertura cubierta sólo de cristal muy transparente. Apagó las luces, y conduciendo á su esposa al borde del hueco, la dijo:

—Ahí tienes, Zaida, la Tierra que te vió nacer. Ese es nuestro mundo.

Por muy maravilloso que le había parecido el espectáculo de la Luna, el que ahora se presentaba á su vista era infinitamente más asombroso, más imponente. Un inmenso disco de color gris plateado, rayado y salpicado con líneas y puntos de deslumbrante luz, y cubierto en algunos sitios de vastas extensiones relucientes y verduscas, parecía formar como si dijéramos el suelo del anchuroso espacio que se extendía á sus pies. No estaban todavía demasiado lejos para distinguir los continentes y los océanos, y afortunadamente la parte del hemisferio que podían contemplar estaba despejada y libre de toda nube.

Zaida permaneció más de una hora contemplando con indescriptible asombro aquel maravilloso cuadro del mundo que habían dejado tan atrás. El peso de su cuerpo había disminuído tanto que apenas sentía la fatiga de tenerse en pie durante tan

largo tiempo. A bordo del *Astronef* era en aquel momento tan cómodo estar en pie como estar echado.

Nuestros viajeros, naturalmente, durmieron poco la primera noche de su arriesgado viaje. Sin embargo, Zaida, rendida tanto por las emociones originadas por los maravillosos cuadros que se habían ofrecido á su vista como por la fatiga del cuerpo, se acostó ya bien entrada la noche, después de obtener de su esposo la promesa de que la despertaría con el tiempo suficiente para presenciar la bajada á la Luna.

Su sueño duró apenas dos horas, pues habiendo llegado ya á la Luna, Redgrave, con una buena taza de café, fué á despertarla, según había prometido. Al subir á cubierta, Zaida vió por un lado el día más espléndido y más claro que había visto jamás, mientras por el otro reinaba una oscuridad impenetrable, más negra que la más negra de las noches terrestres. A la derecha, una que parecía tener dos veces el tamaño de la Luna vista desde la Tierra, relucía con una brillantez deslumbradora en medio de un cielo negro como la noche y estaba cuajada de astros. Era el Sol, el Sol que brillaba en medio del espacio sin aire, sin atmósfera. Sus rayos alumbraban con fuerza el interior del *Astronef*, pero se notaba el mismo frío de antes.

—No toques cosa alguna sobre la cual caigan directamente los rayos del Sol, porque la encontrarías abrasando.

En el otro lado reinaba la misma negra oscuridad que antes había visto: un espacio inmenso y negro, salpicado de grupos de relucientes astros. En lo alto del cenit flotaba el gran disco gris plateado de la Tierra, mucho más pequeña ahora, y debajo hallábase otro objeto que por el momento llamaba mucho más su atención. Mirando hacia abajo, á la izquierda, vió Zaida un vasto espacio medio luminoso, en el cual no se divisaba ni una sola estrella. Era la parte sombreada por la Tierra de la bien conocida aunque misteriosa órbita destinada á ser la primera estación del maravilloso viaje.

—Todavía no ha salido el Sol en esa parte, dijo Redgrave viendo que Zaida miraba como si quisiera descubrir el impenetrable misterio. Esa es la luz de la Tierra. Ahora mira por este otro lado.

Zaida pasó al otro lado de la cubierta y vió desde allí el cua-

dro más extraño de todos cuantos hasta entonces había visto. A una distancia que á primera vista parecía abarcar unas cuantas millas, debajo del *Astronef*, extendíase una gran llanura de cientos de millas por cada lado. La parte exterior era escarpada, y un gran número de puntos salientes que tomaron pronto la forma de montes, de cumbres y planicies destacábanse relucientes con la luz de los rayos del sol, resaltando contra el negro vacío de abajo, desde el cual sobresalían, al parecer, por encima del límite del disco numerosos satélites, coronándolo como una aureola.

La llanura en sí presentaba el aspecto de la más terrible y desastrosa desolación que la imaginación más lúgubre pudiera concebir. Montes elevadísimos que encerraban valles de distintas formas, los cuales en un lado resplandecían con una luz deslumbradora y en el otro se hallaban envueltos en la más impenetrable oscuridad: valles extensos que por un lado brillaban como la luz del día y por el otro eran negros como la noche, llegando quizás hasta las mismas entrañas del mundo muerto; vastos desiertos blanquecinos cruzados por pequeñas protuberancias, que sólo podían ser grietas abiertas en la tierra estéril, pero todo ello negro ó blanco, todo bañado de torrentes de luz ó de impenetrable oscuridad; ni siquiera una señal de vida, ningún bosque sombreado, ningún campo verde, ningún océano agitado ni en calma; sólo un vasto desierto de montes y llanuras estériles y lúgubres.

—¡Qué sitio tan triste! exclamó Zaida. Pero allí no nos detendremos, ¿verdad? ¿A qué distancia estamos, Lenox?

—A mil quinientas millas próximamente, contestó Redgrave, que con uno de los grandes telescopios colocados en la cubierta observaba el extraño cuadro de completo abandono y esterilidad. A pesar de ser tan lúgubre y tristón es una maravilla. ¡Cuántos mortales habrá en la Tierra que quisieran verlo como nosotros lo estamos viendo! En este momento descendemos rápidamente, así que desembarcaremos dentro de un par de horas. Mientras tanto puedes sacar tu Atlas lunar y las obras de Julio Verne, y así te entretendrás un rato haciendo comparaciones. Yo voy á dirigir la fuerza, de manera que descendamos oblicuamente, para que veamos mejor la parte iluminada

del disco. Empezamos á bajar cuando la Luna era llena para que vieras la Tierra, y al mismo tiempo para poder llegar á la parte invisible desde el mundo mientras está iluminada.

Zaida y su esposo bajaron: ella al camarote en busca de las siempre fascinadoras obras de Julio Verne y él para desviar la fuerza repulsiva, de manera que una máquina les diera la dirección oblicua mientras la otra, obrando directamente sobre la superficie de la Luna, evitaba que la bajada fuese demasiado rápida. Cuando volvieron á subir á cubierta, el *Astronef* había variado de posición, y en vez de caer encima de la Luna, bajaba hacia ella en dirección oblicua. El resultado de esta maniobra fué que la creciente iluminada por el Sol aumentó rápidamente de tamaño, mientras que pico tras pico y cordillera tras cordillera fué saliendo del negro abismo en lontananza. El Sol se subió pronto al medio del estrellado cielo claro y la Tierra desapareció velozmente de su vista.

Transcurrió otra hora de mudo asombro, y luego Lenox, mirando el reloj, vió que, según los cálculos del mundo, eran ya las ocho de la mañana.

—¿Quieres que tomemos el desayuno, Zaida, ó prefieres esperar hasta que lleguemos?

—Esperaremos, exclamó Zaida. ¡Desayunar en la Luna! ¡Qué cosa tan singular!

—Bien, pues: esperaremos, repuso Lenox. Mira, ese círculo negro que ves ahí es el famoso monte Tycho. Procuraré hallar un punto conveniente para que nos detengamos en la parte superior del círculo, y así contemplarás el cuadro desde una altura de diez y siete ó diez y ocho mil pies sobre las llanuras.

Próximamente una hora después el globo sufrió una pequeña sacudida y hubo terminado la primera jornada del viaje. Con un recorrido de poco más de doce horas, el *Astronef* había atravesado un abismo de doscientas mil millas, deteniéndose luego tranquilamente en la superficie de la Luna, la cual hasta entonces no había sido jamás hollada por pies humanos.

—Aquí, seguramente, no encontraremos atmósfera ni aire, observó Lenox, aunque tal vez lo haya en las partes más bajas: de modo que, si quieres dar un paseo después de almorzar, tendremos que ponernos los trajes de respiración.

Los trajes eran parecidos á los de los buzos, pero mucho más ligeros. Las escafandras eran también más pequeñas y menos pesadas, hechas de aluminio y cubiertas de asbestos. Dentro de la especie de mochila que llevaban á la espalda hallábase un cilindro que contenía aire licuado, el cual, al pasar por el aparato desarrollador, suministraba el aire puro durante un período de tiempo casi indefinido, mientras que el aire respirado pasaba á otra parte del aparato, donde por medio de una solución química se le privaba de los gases perjudiciales, purificándolo de manera que podía volver á ser respirado sin inconveniente ninguno.

La presión del aire dentro de la escafandra regulaba la provisión automáticamente, pero no le permitía que pasara á los trajes, porque la falta de presión afuera podía ser causa de que se hinchara y hasta se rompiese la tela, tejida por completo casi con fibras de asbestos.

Las dos escafandras iban unidas para hablar por medio de un hilo de cobre, que ponía en comunicación un aparato telefónico colocado dentro de ellas.

Para salir del *Astronef* tuvieron que atravesar un cuartito inaccesible al aire, abierto en el lado del departamento más bajo del globo, cuya puerta cerró Murgatroyd en cuanto salieron. Lenox abrió la otra y dejó caer una escalerita de mano sobre una peña cubierta de arena blanquecina de la llanura. Entonces se apartó á un lado, indicando á Zaida que bajase ella la primera. Zaida comprendió la indicación, y tomando la mano de su esposo bajó los cuatro peldañitos de la escalera. Así que el suyo fué el primer pie humano que pisó la superficie de la Luna. Lenox de un salto se colocó á su lado, y cogiendo las dos manos de su esposa las estrechó cariñosamente, como en señal de saludo al nuevo mundo que iban á explorar.

En seguida, juntos y cogidos de la mano, atravesaron un vallecito hacia la orilla del inmenso abismo que se abría á sus pies, abismo que mediría cerca de 54 millas de largo por 20.000 pies de profundidad. En el centro de aquel vallecito elevábase un monte cónico, cuya cumbre empezaba ya á ser iluminada por los rayos del Sol. La mitad del valle estaba ya brillantemente iluminada, pero rodeaba el cono del centro un inmenso semicírculo de sombra impenetrable.

—¡El día y la noche en un mismo valle! exclamó Zaida, cuya voz vibraba con un sonido extraño dentro del aparato telefónico. ¡Qué cosa tan maravillosa!

Se detuvo de repente, y luego, señalando unos objetos blancos que se distinguían en la parte iluminada, prosiguió:

—Mira, Lenox, mira: ¿no parece aquello las ruinas de una ciudad?

—Sí que lo parece, contestó Lenox, y no hay motivo para que no lo sean. Siempre he creído que, al desaparecer el agua y el aire de la parte superior de la Luna, los habitantes, sean quienes fuesen, se verían obligados á descender á las partes más bajas. ¿Quieres que bajemos á verlo?

—Pero ¿cómo hemos de bajar? preguntó Zaida.

Redgrave señaló el *Astronef* y Zaida accedió gustosa.

En seguida regresaron al *Astronef*, y pocos minutos después, el globo, elevándose del punto de parada, atravesaba rápidamente el enorme cráter. Al llegar al centro, comenzó en seguida á descender poco á poco á las profundidades de la Luna.

El aerostato se detuvo con la misma suavidad que antes y nuestros viajeros salieron de nuevo á la superficie de la Luna, á una milla próximamente del cono central; pero esta vez Redgrave tuvo la precaución de llevar consigo una buena escopeta y dos revólvers para el caso de que se encontraran con algún monstruo, reliquia de la fauna desvanecida de la Luna, que se refugiara todavía en aquellas misteriosas profundidades.

Zaida llevaba sencillamente una máquina fotográfica con su trípode, lo que en aquella atmósfera pesaba una sexta parte menos de lo que pesaría en nuestro mundo.

Lo primero que hizo Redgrave al pisar la piedra arenisca fué inclinarse y encender una cerilla, cuyo rayo de luz se apagó instantáneamente.

—No hay atmósfera tampoco aquí, dijo en seguida: así que no encontraremos seres humanos, al menos que se parezcan á nosotros.

A pesar de los plomos que llevaban en las botas para contrarrestar algún tanto la gran diferencia de gravedad, vieron que el andar era sumamente fácil por el poco peso de sus cuerpos. Después de unos minutos, durante los cuales recorrieron una

buena distancia, llegaron á los alrededores de una ciudad, en los cuales no hallaron murallas ni señal alguna de fortificación ni de defensa. Las calles eran espaciosas y estaban bien empe-



UN GRAN NÚMERO DE ESQUELETOS Y HUESOS

dradas, y las casas, construídas con grandes bloques de piedra unidos con cemento blanco, hallábanse tan buenas como si la edificación datase de pocos meses, cuando probablemente haría miles y miles de siglos que fueron levantadas. Todas tenían el mismo estilo de arquitectura, un solo piso y los tejados completamente aplanados. Había muy pocos edificios públicos y por ninguna parte veíase señal alguna de ornato y embellecimiento. Algunas casas estaban cercadas de espacios de tierra que anteriormente podían haber sido jardines.

En medio de la ciudad, que parecía ocupar una superficie de cuatro hectáreas, había una plaza grande, cuyo suelo, bien empedrado, hallábase cubierto de un polvo gris. Al pasar Zaida y su esposo por aquel polvo no se levantó ni la menor cantidad de éste porque no había aire para moverlo; así que la única huella que dejaron fueron los huecos que quedaron impresos al pisarlo con los pies.

En el centro de aquella plaza alzábase una magnífica pirámide de unos mil pies de altura, la única construcción de toda la silenciosa ciudad que tenía la apariencia de ser edificio público ó templo.

Al acercarse á la pirámide notaron que en la base la rodeaba una especie de fleco muy blanco, más abundante cerca de la escalinata que conducía á la puerta de entrada. Al aproximarse más vieron que el fleco estaba compuesto de millares de esqueletos y huesos humanos blanqueados por los rayos del sol. Eran de la misma forma que los de los hombres terrestres, aunque mucho mayores, y las costillas no guardaban proporción con el resto del cuerpo. Pasmados de asombro se detuvieron ante tan singular espectáculo. Redgrave se inclinó y recogió uno de los enormes huesos de cadera, el cual se partió en dos pedazos al ir á levantarlo del suelo. El pedazo que quedó en la mano se redujo inmediatamente á polvo blanco.

—Por lo menos se comprende que éstos fueron gigantes, observó Lenox. Se conoce que, cuando les faltó el aire y el agua en la parte superior, hallaron el medio de bajar aquí y edificaron esta gran ciudad. Fíjate qué pechos tan grandes tenían: el último esfuerzo de la Naturaleza para ayudarles á respirar el aire que poco á poco les iba faltando. Estos, sin duda alguna,



EL HUESO SE REDUJO INMEDIATAMENTE Á POLVO

son descendientes de los que lo soportaron mejor. Supongo que este monumento sería el templo y por eso vendrían á morir aquí. ¡Cuántos miles y miles de siglos habrán transcurrido desde entonces! Morirían, claro está, de frío y de calor, de hambre y de sed; la última tragedia de una raza que, después de todo, habrá sido parecida á la nuestra.

—Es imposible imaginar cosa tan horrorosa, exclamó Zaida estremeciéndose; no quiero ni pensarlo. ¿Quieres que entremos en el templo? La puerta está abierta, aunque me estremece el pasar por encima de tanto esqueleto.

—Puesto que ya no sienten, contestó Redgrave, lo mismo es que pasemos como que no. Pero no creo que deberíamos entrar muy adentro del templo, porque es posible que esté lleno de pasillos laberínticos y no acertemos á salir. Las luces eléctricas no nos alumbrarán tampoco, ya que no hay aire; sin embargo, haremos la prueba. Vamos.

Subieron la escalinata, reduciendo á polvo los esqueletos al pisarlos, y entraron en el inmenso atrio, que se destacaba como un triángulo negro entre la blancura de las piedras del monumento. A pesar de los trajes de asbestos, el frío glacial que allí hacía les estremeció. Con sólo trasponer la escalinata habían pasado de una temperatura asfixiante de calor á otra de muchos grados bajo cero. Encendieron las luces que formaban parte del traje, pero la falta de aire impidió que alumbraran. La oscuridad era impenetrable, así que no tuvieron más remedio que salir del templo, dejando que los misterios allí encerrados permaneciesen siendo misterios hasta el fin del tiempo. Bajaron la escalinata y atravesaron de nuevo el valle, donde Zaida, que estaba encargada de sacar fotografías, se entretuvo durante media hora tomando algunas.

Regresaron después al *Astronef* y encontraron allí á Murgatroyd, que paseando de un lado á otro debajo de la cúpula de cristal lo observaba todo con ojos de curiosidad, pero sin deseo ninguno de salir de allí. El maravilloso aerostato era á la vez su hogar y su ídolo, y sólo las órdenes expresas y terminantes de su amo le hubieran obligado á abandonarlo por un minuto, ni aun en un mundo donde no había nadie que le disputara su propiedad.

En cuanto nuestros viajeros hubieron cambiado de ropa, el *Astronef* elevóse rápidamente sobre la superficie de la llanura y empezó á marchar, á razón de 50 millas por hora, en dirección al Polo Sur. A sus espaldas, allá hacia el Noroeste, contemplaron, desde una altura de 30.000 pies, el vasto espacio del mar de nubes. Como puntos relucientes de luz destacábanse aquí y allá los picos y enormes cráteres de los montes, sobre los cuales daban ya los ardientes rayos del Sol. Por delante, á derecha é izquierda, elevábase un inmenso laberinto de cordilleras y picos de montes que encerraban valles y llanuras tan hondos que ni la luz del Sol llegaba nunca hasta ellos.

Dirigiendo la fuerza por lo que podía llamarse la parte de la hélice contra las masas de montes, atravesaron éstas de derecha á izquierda á una altura de 200 pies, yendo siempre en zigzag y observando con los telescopios, los cuales revelaban en todas partes las mismas cosas que habían visto en el cráter de Tycho. Por fin, indicando un círculo de luz blanca que rodeaba un abismo de profunda oscuridad, exclamó Redgrave:

—Allí está Newton, el más grande misterio de la Luna. Sus paredes interiores tienen 24.000 pies de altura; es decir, que el fondo, que nunca ha sido visto por ojos humanos, se encuentra 5.000 pies más bajo que la superficie de la Luna. ¿Qué te parece, Zaida, bajaremos á ver si por medio del reflector de exploraciones se ve algo? Tal vez habrá aire allí.

—Sí por cierto, bajaremos, contestó Zaida. Precisamente hemos venido á ver cosas que hasta ahora nadie ha visto.

Redgrave dió sus órdenes á Murgatroyd en el departamento de la maquinaria, y pocos momentos después el *Astronef* cambiaba de posición, quedando suspendido en el aire y bañado por los rayos del Sol, como una estrella encima del insondable abismo que se extendía á sus pies.

Cuando ya se sumergían en aquella terrible oscuridad más allá de donde penetraban los rayos del Sol, Murgatroyd encendió los dos reflectores, uno en la popa y otro en la proa. Fueron cayendo muy poco á poco hasta que gradualmente empezaron á extenderse los dos brazos largos y delgados de luz, y cuando se detuvo el *Astronef* suavemente en el valle, los dos rayos lo envolvían cual anchos abanicos de claridad, ilumi-

nando un terreno fangoso y negro con algunos trozos de hierba y juncos, entre los cuales destacábase el tenue brillo de pozos de agua estancada.

—Por fin hallamos aire y agua, exclamó Lenox regresando del departamento de las máquinas y uniéndose á su esposa en la cubierta superior. Aquí hay agua y aire, pero oscuridad absoluta. Si en alguna parte de la Luna quedan habitantes aún será aquí, de fijo. Conque ¿qué dices? ¿vamos á dar una vuelta?

—Sí, sí, vamos, replicó Zaida. ¿Y será necesario que nos pongamos los trajes de respirar?

—De todo punto necesario, contestó su esposo; porque por más que se comprende que hay aire, no sabemos si será respirable. Eso lo averiguaremos pronto con ayuda de unas cuantas cerillas.

Un cuarto de hora más tarde se encontraban nuevamente en la superficie. Murgatroyd tenía orden de seguirlos hasta donde fuera posible con el reflector, el cual, en aquella atmósfera menos densa, alcanzaba con sus rayos hasta una distancia de muchas millas. Redgrave encendió una cerilla y la levantó al nivel de su cabeza. Ardía con una llama amarillenta, clara y tranquila.

—Donde arde una cerilla respira un hombre, dijo. Voy á ver cómo es el aire lunar.

—¡Por Dios, Lenox, ten cuidado! exclamó Zaida á través del hilo telefónico.

—Lo tendré, replicó Lenox. Pero no levantes la escafandra hasta que yo te avise.

En seguida levantó un poquito el cristal, herméticamente cerrado, que formaba la parte delantera de su escafandra, y en el acto notó una sensación como si le hubieran pasado por la cara un hierro candente. Cerró la visera á toda prisa, y tan fuerte fué la impresión recibida, que durante unos momentos tuvo que hacer esfuerzos para recobrar la respiración.

—Es imposible, dijo después, hace un frío más que glacial; no podríamos soportarlo, se nos helaría la sangre en las venas. Creo que será preferible que regresemos al globo, y desde allí examinaremos estos valles con los reflectores. Además, aunque insoportables para nosotros, hay aire y agua aquí; habrá tam-

bién, probablemente, habitantes que pudieran ser peligrosos, sobre todo en esta oscuridad tan densa.

Tomando de la mano á su esposa regresaron al *Astronef*, con gran satisfacción de Murgatroyd, que les esperaba con impaciencia. Entonces Redgrave hizo elevarse al globo á la altura de 200 pies sobre la superficie, y dirigiendo la fuerza repulsiva contra los flancos de los montes obtuvo una marcha de doce millas por hora. En seguida empezaron á atravesar la llanura, lanzando en todas direcciones los rayos de los reflectores.

Apenas habían caminado una milla cuando los rayos cayeron sobre un objeto que se movía medio andando, medio arrastrándose por entre unos arbustos de hojas casi negras, los cuales crecían en la orilla de un pozo de agua estancada.

—¡Mira, Lenox, mira! exclamó Zaida. ¿Será un gorila aquello ó será un?... Pero no, no puede ser un hombre.

Volvieron el reflector de manera que sus rayos dieran de plano sobre el extraño objeto. Si hubiera estado cubierto de pelo podía muy bien haber pasado por una clase curiosa de la raza de monos, pero tenía la piel completamente lisa y de un color gris oscuro. Los miembros inferiores eran más fuertes que los superiores y el pecho exageradamente desarrollado, pero el estómago pequeño. La cabeza era grande, redonda y carecía por completo de pelo. Cuando se acercaron más pudieron observar también que en vez de uñas tenía en las puntas de los dedos largas antenas blancas, las cuales llevaba siempre muy extendidas, moviéndolas constantemente al ir buscando á tientas la orilla del pozo. Cuando la luz dió de plano sobre el objeto, éste volvió la cabeza hacia ellos. Tenía la nariz larga y gruesa, con grandes aberturas, y la boca larga y estrecha como la de un pez. A cada lado de la nariz tenía dos agujeritos hundidos. Allí, sin duda, tuvieron los ojos sus ascendientes.

Al contemplar aquella horrible parodia de lo que tal vez fué en algún tiempo un rostro casi humano Zaida se tapó la cara con las dos manos, lanzando una exclamación de horror.

—¿Es horrible, verdad? dijo Redgrave. Supongo que es algún descendiente de los lunarios, que con el transcurso de las generaciones y de los siglos han quedado reducidos á esa miseria por falta de aire y agua. Tal vez algún día habrán sido hom-

bres y mujeres como nosotros. Me atrevo á asegurar que los ascendientes de ese curioso animal vivirían aquí rodeados de este frío glacial y esta impenetrable oscuridad durante miles y miles de años. Esto demuestra cuán tenaz es la Naturaleza á la vida. Hace siglos y más siglos los ascendientes de ese sér vivieron sin duda allá arriba, donde había entonces ríos y mares, campos y bosques, lo mismo que tenemos nosotros en nuestro mundo. Serían entonces hombres y mujeres que podrían ver, oir y disfrutar de la vida, y se habrían civilizado lo mismo que nosotros. Fíjate, que va á pescar. Ahora veremos con qué se alimenta. Me extraña que el agua no esté helada, aunque tal vez haya algún calor interior que se dejará sentir en ciertos sitios. ¡Ah! mira, allí viene otro más pequeño y que no parece tan fuerte. Acaso sea la hembra. ¡Oh, cuántos cientos de miles de años tardará nuestro mundo en llegar á semejante condición!

—Por mi parte, más quisiera que nuestro mundo chocara con algún planeta y quedase completamente hecho añicos antes de que sucediera tal cosa, exclamó Zaida, cuya curiosidad había vencido ya el horror que antes sentía. Mira, ya coge algo.

El más grande de los dos animales había llegado á la orilla del pozo, casi lago, y tendiéndose en el suelo se dejó caer de cabeza. Sin duda era de sangre fría, pues de lo contrario no hubiera podido resistir aquella temperatura glacial. Poco después metióse también el otro, y los dos desaparecieron durante un ratito. De pronto notóse una fuerte sacudida en el lago y ambos volvieron á aparecer en la superficie, trayendo uno de ellos una especie de anguila en la boca.

Se dirigieron á la orilla, y ya llegaban á ella cuando apareció en el agua un monstruo de los más repugnantes y espantosamente horribles que es posible imaginar. Tenía la cabeza de pulpo y el cuerpo de boa constrictor, y era del mismo color gris oscuro que los otros dos. También, así como ellos, debía ser ciego, pues el fulgor de los rayos no parecía molestarle. Sin embargo, persiguióles moviendo las horribles antenas y extendiéndolas constantemente en todas direcciones, hasta que por fin una de ellas hizo presa en el más pequeño. Inmediatamente lo atrapó con sus enormes garras, y sin grandes esfuerzos volvió á meterse en el agua llevándole consigo.



LAS ENORMES ANTENAS HICIERON PRESA EN EL MÁS PEQUEÑO

Zaida, lanzando una exclamación de horror, volvió á taparse la cara con las manos, y Lenox dijo:

—Siempre y en todas partes la misma ley eterna y brutal: la vida devorando á la vida, aun en un mundo moribundo, casi muerto ya. ¡Ea! añadió, ya hemos visto bastante de lo que hay aquí. Estos serán probablemente los únicos habitantes de estos sitios, y con una vez que los veamos... ¿Quieres que nos dirijamos ahora al hemisferio invisible?

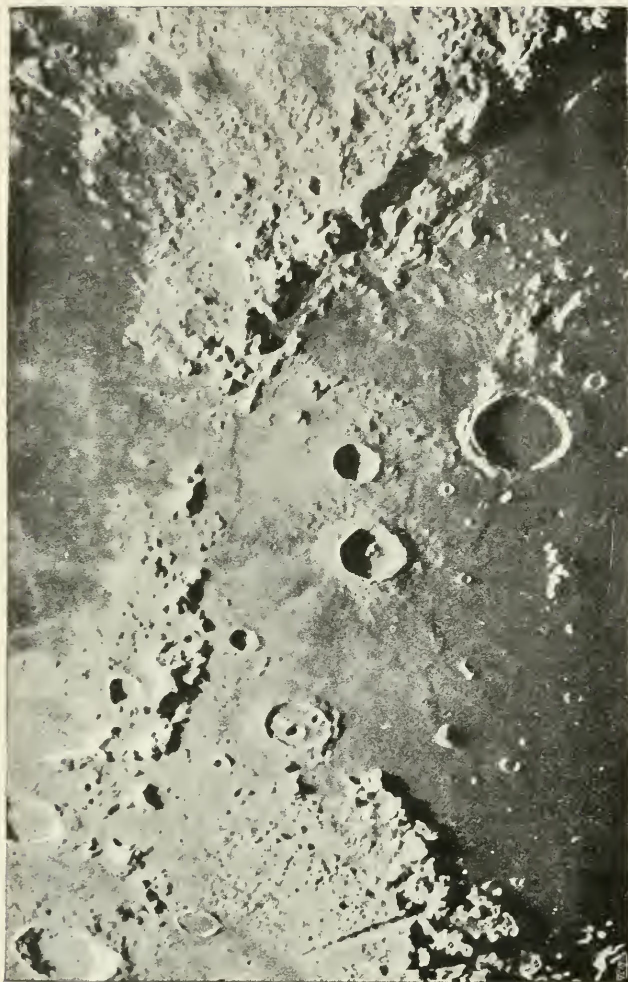
—Cuanto antes mejor, contestó Zaida. Vámonos pronto.

Pocos minutos después el *Astronef* volvía á elevarse hacia las estrellas, iluminando con los brillantes rayos de sus reflectores todo el inmenso y sombrío valle que se extendía á sus pies. Más de una vez creyó ver Redgrave uno de los horrorosos animales que habían visto en el lago, moviéndose entre las aguas estancadas ó entre los raquíticos arbustos que crecían en sus orillas; pero pronto llegó á ser tan densa la oscuridad que ni los rayos de los reflectores pudieron penetrarla, y Redgrave se retiró al interior de la cámara cuando el *Astronef* subía de nuevo hacia el Sol. Hasta los lúgubres y estériles desiertos de la superficie de los montes eran preferibles á los horrores de tan espantoso abismo.

Dos horas haría que habían reanudado el viaje cuando Redgrave señaló de pronto un cráter relativamente pequeño.

—Mira, Zaida, dijo, ese es Malapert. Se encuentra casi en el Polo Sur de la Luna, y allí se halla el horizonte del hemisferio que jamás han contemplado ojos humanos, aparte los nuestros y los de Murgatroyd.

Muy al contrario de las ingeniosas suposiciones que en diferentes ocasiones se han hecho en el mundo, vieron que el hemisferio invisible era una reproducción exacta de la parte visible. Más de tres cuartas partes estaban brillantemente iluminadas por el Sol, y el cuadro que se ofreció á sus ojos era exactamente igual al del lado que correspondía á la Tierra. Se componía de vastos y estériles desiertos, cordilleras de montes con enormes cráteres, picos escarpados, agudos y ásperos, encerrando tétricos valles, los cuales se hallaban en parte iluminados por el Sol y en parte envueltos en la más negra oscuridad, destacándose en algunos sitios los vacíos que debieron ocupar ríos y mares.



FOTOGRAFÍA DE UNA PARTE DE LA LUNA

A la derecha los Apeninos (20 000 pies); á la izquierda los Alpes (12 000 pies). El cráter más grande de la fotografía es Arquímedes, que tiene 50 millas de circunferencia.

Al pasar por encima de uno de aquellos vacíos, Redgrave hizo que el *Astronef* descendiera hasta quedar á la altura de unos tres mil pies sobre la superficie, y entonces él y Zaida, colocados uno en cada telescopio, lo examinaron detenidamente. Por este medio pudieron observar que los huecos eran mucho más profundos que los del otro lado, pues tenían algunos miles de pies de profundidad; pero los rayos del Sol daban entonces de plano sobre el que examinaban, y á distintas alturas vieron ciertos trozos que parecían variar del aspecto general de la superficie.

—¿Si esas manchas serán restos de alguna ciudad? dijo Zaida. ¿No será posible que los primitivos habitantes hayan edificado las ciudades en las orillas de los mares, y que sus descendientes hayan seguido el curso de las aguas cuando subían ó bajaban, esto es, cuando retrocedían ó desaparecían hacia el centro?

—Es muy probable, Zaida, dijo su esposo. Bajaremos á verlo.

Disminuyó un poco la fuerza verticalmente repulsiva, y el *Astronef* se dejó caer oblicuamente hacia lo que podía haber sido en algún tiempo el Pacífico de la Luna. Llegaron á unos dos mil pies de la superficie, y entonces comprendió Redgrave que su esposa tenía razón en lo que había supuesto.

El suelo seco del mar estaba literalmente cuajado de ruinas de poblaciones antiquísimas, las cuales fueron sin duda habitadas por numerosísimas generaciones de hombres y mujeres, quienes debieron vivir en el tiempo en que nuestro mundo era un planeta rodeado de nubes de vapores, que fueron condensándose hasta formar nuestros océanos.

Cuanto más se aproximaban al hueco del centro, que era el más profundo, más perfectos aparecían los edificios; pero hacia lo último, allí donde el océano había quedado reducido á una miserable laguna, las casas eran pobres y raquíticas, y valían poco más que unas cuantas chozas mal formadas. Ya no se veía ni señal de agua: todo estaba cubierto de arena gris y de rocas negras.

Allí descendieron, tocando por última vez el suelo lunar. Una excursión de dos horas por entre los edificios les demostró que habían formado el último refugio de los últimos descendientes de una raza extinguida, raza que había ido degenerando, lo

mismo que las ciudades, según se fué haciendo más ruda la lucha por la nueva existencia, hasta que los dos elementos más esenciales faltaron por completo.

Las calles, así como la plaza del gran templo de Tycho, se hallaban cubiertas de millares y millares de huesos humanos, los cuales abundaban también alrededor de lo que fueron orillas de un lago, desaparecido siglos atrás. Allí, como en los demás sitios, no encontraron anales de ninguna clase, ni en lápidas, tallas ni esculturas. Tal vez hubieran podido hallar, dentro de la gran Pirámide, alguna señal, alguna tabla ó alguna piedra que llevara el sello de la época en que existieron aquellos mundos, ó bien en otra parte de la Luna hubiesen encontrado ciudades que rivalizaran con el antiguo Egipto y Babilonia, pero no sintieron ya deseos de ver más. Todo cuanto vieron en el mundo muerto les mareó y les llenó de tristeza.

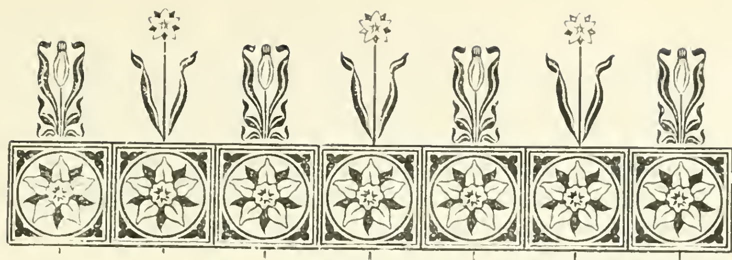
Delante tenían las regiones inexploradas del espacio, pobladas, sin duda, de habitantes más parecidos á ellos, y el rojo disco de Marte se destacaba brillante en el cenit, rodeado de miles de astros blancos que guarnecían el fondo del cielo negro.

Más de cien millones de millas tendrían que atravesar antes de poner el pie en aquella superficie; así que, con una última mirada de despedida al mundo muerto, volvieron al aerostato. Redgrave dió toda la fuerza repulsiva en dirección vertical, y el *Astronef* elevóse nuevamente en línea recta, saliendo con rumbo al segundo punto destinado para estación del maravilloso y atrevido viaje. El hemisferio desconocido extendíase en inmensa llanura debajo del *Astronef;* á la izquierda elevábase el ardiente Sol, y á la derecha la brillante órbita plateada de la madre Tierra. Así, llenos de asombro, aunque sin pesar, se despidieron del maravilloso mundo que fué.

*
* *

Prometemos á nuestros lectores páginas más interesantes en la segunda narración de esta serie, que se publicará el mes próximo, y en la cual el autor describirá las grandes aventuras de los viajeros durante su visita al planeta Marte.

Jorge Griffith.



La muerte del Conde.



Relación hecha por un reo.



Muy señor mío y de mi mayor respeto: Sumido en la más honda desesperación, dirijo á usted estas líneas, rogándole con toda mi alma se digne leerlas con atención y fijarse en todos los detalles, para que después pueda juzgar si es ó no cierto cuanto voy á referir.

Primeramente digo que reconozco mi culpabilidad en el delito de robo de que me acusaron; pero en cuanto al asesinato, juro que soy tan inocente como los mismos jueces que me sentenciaron.

Cuando me hicieron preso referí todo cuanto sucedió en aquella horrible noche, palabra por palabra, sin omitir ni un solo dato, y lo repetí en la hora del juicio oral; pero como era reincidente en el delito de robo, nadie me creyó ni nadie hizo el menor caso de mis palabras.

A usted clamo, pues, pidiendo justicia. Soy pobre y nada puedo ofrecerle. Su única recompensa será la satisfacción que sentirá recordando que, gracias á su perseverancia y á su inteligencia, salvó á un infeliz de un castigo tan cruel y tan injusto como el que me han impuesto.

Creo que me atenderá usted, porque tengo noticias de la bondad de su corazón, y confiando en sus buenos sentimientos, vuelvo á rogarle que, después de leer esto, comience usted por averiguar si existe todavía la señora viuda del conde de San Esteban: luego, que por un abogado se entere usted confidencialmente de su vida pasada, y vea si en ella hay algo que pueda servir de apoyo á lo que le digo.

Considere usted también que ella fué la única que obtuvo provecho de la muerte del conde, pues de esposa desgraciada se vió convertida en una viuda rica y joven.

Bien he purgado mi delito de robo con los tres años que llevo aquí, y no trato de exculparme: ya sé que los he merecido. De lo que sí trato es de probar claramente que no fuí yo quien cometió el horrendo crimen por el que se me ha condenado á cadena perpetua.

Paso, pues, á referir lo que sucedió en aquella noche del 13 de septiembre de 1894, y juro que digo la verdad, la pura verdad, como la diré el día en que tenga que dar cuenta de mis actos á Dios nuestro Creador.

Todo el verano lo pasé en San Sebastián buscando un empleo que no encontré, y al fin se me ocurrió que tal vez lo hallaría en Bilbao.

Emprendí á pie el camino, durante el cual hacía algún pequeño trabajo que casi no producía lo suficiente para comer. Aunque me encontraba en la mayor miseria, hice lo posible por no volver á caer en manos de la Guardia civil.

En Arrigorriaga estuve ocupado labrando piedra por espacio de diez días; pero aquello también se acabó y nuevamente me quedé sin trabajo, con dos pesetas en el bolsillo y la paciencia agotada.

Un día me metí en una taberna, donde á la sazón no había nadie más que el tabernero, y éste empezó á darme conversación contándome historias de la vecindad que maldito lo que me interesaban, hasta que acabó por hablarme de las riquezas del conde de San Esteban, el hombre más rico de aquellos contornos.

—¿Y dice usted, pregunté, que vive en aquel palacio, á la derecha de la carretera, en medio de un parque?

—Sí, allí vive. Quizá se haya fijado usted al pasar. El palacio tiene en la entrada algunas columnas de mármol blanco.

Efectivamente, me había fijado en aquel palacio y se me había ocurrido que sería muy fácil penetrar en él por alguna de las numerosas puertas y ventanas bajas. Sin embargo, había desechado de mi imaginación aquella idea y no volví á pensar en ella hasta que me la hizo recordar el tabernero hablándome de las riquezas del conde.

—Este, añadió, era muy avaro en su juventud, conque figúrese usted lo que será ahora que ya es viejo. Aunque algún provecho ha sacado de su dinero.

—Si no lo gasta, no comprendo qué provecho puede haber sacado.

—Pues que compró (esta es la palabra) una de las mujeres más hermosas de este país.

—¿Y quién es ella? pregunté más bien por decir algo que por otra cosa.

—Una valenciana guapísima de quien se murmura si era ó no era cantante de café cuando el conde la conoció. Lo cierto es que, después de permanecer fuera el viejo cerca de un año, volvió con ella diciendo que se habían casado lejos de aquí. Por un criado de la casa supe yo que, al principio, pasaba el día cantando y riendo, hasta el punto de que podía decirse que era la alegría del palacio; pero ahora, sin duda por los malos tratamientos del conde, ha perdido su buen humor y se ha vuelto taciturna. No la deja visitar á nadie ni recibir visitas y debe arrastrar muy triste vida. Hay quien asegura que la valenciana quiso á otro hombre y le dejó por los millones del conde, pero nada se sabe fijamente. Lo que sí parece cierto es que la valenciana no maneja dinero ninguno.

El tabernero me contó estas y otras cosas, pero yo apenas escuchaba ya. Estaba pensando en las riquezas del conde y en la manera de que me valdría para averiguar dónde las guardaba. Confieso que de lo que más me acordaba era de la plata y del oro. De los valores en papel, que suponía no habían de faltar en la caja del conde, no me preocupaba poco ni mucho: me tenían lo que se llama sin cuidado.

Como respondiendo á mis pensamientos, el tabernero comenzó

á hablar de la colección de medallas de oro que el conde poseía.

—Es una de las mejores colecciones que se conocen y de las más numerosas.

Al poco tiempo se levantó y nos fuimos cada uno por nuestro lado.

Dígame usted, señor inspector, si es posible que hombre alguno, encontrándose en mi lugar, resistiese aquella tentación.

Repito que no trato de disculparme, pero me atrevo á decir que cualquiera hubiera caído. Había tratado de ser honrado y los honrados me echaban de sus puertas con desprecio, empujándome hacia el crimen. Tumbado en un miserable jergón, con unos céntimos en el bolsillo, sin trabajo y sin esperanzas de obtenerlo, me veía abandonado de todo el mundo. Por otra parte, ¡era tan fácil penetrar en el palacio del conde! Y luego ¡aquel tesoro de medallas riquísimas!

Después de breve lucha con mi conciencia me senté en la cama y juré que aquella noche sería rico ó volvería á la cárcel.

Me vestí, dejé sobre una mesita los escasos céntimos que llevaba en el bolsillo y por una ventana salté á la huerta de la casa del tabernero. Salté con algún trabajo la tapia de la huerta y me hallé en la carretera. A los pocos momentos llegué al parque del palacio, cuya puerta de hierro estaba abierta. Agachado y á favor de la oscuridad de la noche me fuí acercando á la entrada principal, donde me escondí tras de un árbol para ponerme en observación. Me fijé en la ventana situada en un ángulo y casi cubierta de hiedra y resolví penetrar en el palacio por ella.

Al acercarme más un perro comenzó á ladrar furiosamente, pero tuve la dicha de que no me viese y calló pronto.

Por fin llegué al pie de la ventana, y como no ofrecía gran resistencia, fácil me fué abrirla con ayuda de mi navaja.

Al saltar adentro me vi sorprendido por una voz que dijo:

—Buenas noches, caballero. Sea usted bien venido.

Durante mi azarosa vida he recibido muchos sustos y sobresaltos, pero jamás he sentido lo que sentí en aquella ocasión. Las piernas me temblaban de tal manera que tuve que apoyarme en la pared para no caer. Me pareció estar en presencia de

alguna visión, de algún espíritu del otro mundo que venía á pedirme cuenta de mis malas acciones.

Al lado de la ventana, y al alcance de mi mano, vi con asombro una hermosa mujer vestida de blanco, que llevaba en la mano una vela encendida.

Declaro que, confuso y aturdido, no acertaba á pronunciar ni una sola palabra.

—No tema usted nada, comenzó por decirme aquella mujer celestial, con grandísima extrañeza mía. Le he visto á usted desde el balcón de mi gabinete escondiéndose tras un árbol, y he bajado con intención de abrirle la ventana; pero no me ha dado usted tiempo, puesto que la abrió antes de que yo pudiera llegar á ella.

Con la facha que yo llevaba, con la navaja todavía en la mano, no debía ofrecer una figura muy tranquilizadora. Seguro estoy de que pocas mujeres hubiesen deseado encontrarse conmigo á solas en aquella actitud y á aquella hora (la una de la madrugada). Pues bien: aquella mujer, lejos de amedrentarse, mostraba una tranquilidad asombrosa, y poniendo una mano sobre mi brazo me obligó á entrar más adentro.

—¿Qué hace usted, señora? la dije blandiendo la navaja. Conmigo no se juega. Y no trate usted de engañarme, porque lo pasará mal.

—Ni juego con usted ni trato de engañarle, contestó. En este momento soy su amiga y me propongo ayudarle.

—¿Ayudarme?

—Sí, tengo mis motivos.

En seguida, en un acceso de rabia y con los ojos enfurecidos, añadió:

—¡Sepa usted que le odio, que le detesto! ¿No me comprende usted?

Entonces me acordé de lo que el tabernero me había dicho y empecé á comprender. La miré fijamente y en la expresión de sus ojos conocí que no me engañaba, que decía la verdad. ¡Quería vengarse de su marido! Se proponía herirle donde más daño le hiciera, en el bolsillo. Le odiaba tanto que no vacilaba en arrojarse en brazos de un hombre como yo para saciar su apetito, su sed de venganza. Nunca he comprendido lo que

es odiar de veras hasta que vi el semblante de aquella mujer en aquella memorable noche.

—¿Se fía usted ahora de mí? preguntó.

—Sí, señora condesa.

—¡Cómo! ¿Me conoce usted?

—La adivino.

—Por lo visto han llegado hasta usted las noticias de mis desventuras. Cierre las contraventanas para que no nos vean desde afuera. Y no abrigue usted el menor temor, que bien seguro está aquí. Todos los criados duermen en el otro lado de la casa.

La habitación en que nos hallábamos, larga y estrecha, tenía el pavimento cubierto de alfombras riquísimas y de pieles de animales raros. En las rinconeras había unos cofrecillos de gran valor artístico y en las paredes abundaban las armas de todas clases: parecía un museo.

La condesa sacó de uno de los cofrecillos un saco de cuero negro y me lo entregó. En seguida cogió la bujía, hizo un ademán como indicándome que la siguiese y echó á andar delante de mí.

Era todo aquello tan extraordinario que me estaba pareciendo un sueño. ¡La condesa sirviéndome de guía para cometer un robo en el palacio del conde! ¿Cuándo se había visto cosa igual?

Ella delante y yo detrás caminamos muy corto trecho hasta llegar á la puerta de otra habitación, que la condesa abrió con una llavecita.

Aquella habitación era pequeña y se hallaba tapizada con elegancia y mucho lujo. No tenía más muebles que unas arcas de nogal grandes, con adornos de metal dorado y encimeras de cristal. Aquellas arcas guardaban la colección de medallas de que me había hablado el tabernero y cuya brillantez me deslumbró.

Ya me disponía para apoderarme de esta riqueza, cuando la condesa me contuvo diciendo:

—Espere usted, esto vale poco, hay algo mucho mejor.

—Gracias, esto me basta.

—Repito que hay algo mejor. Las onzas de oro ¿no tienen para usted más valor que esto?

—Indudablemente.

—Pues bien, el conde duerme ahí encima y debajo de su cama hay una caja que encierra bastantes onzas para llenar ese saco.

—¿Y si se despierta?

—Si se despierta, dijo mirándome de una manera que casi me dió miedo, hágale usted callar.

—¡Señora!...

—Como usted quiera. Creí hallarme en presencia de un hombre valiente, pero se conoce que me engañé. Si tiene usted miedo del viejo, claro está que no podrá apoderarse de las onzas.

—Asesino... ¡nunca!

—¿Y quién ha dicho que lo sea usted?

Y me lanzó una mirada de profundo desprecio.

Era un infierno aquella mujer.

Yo, lo confieso, vacilaba entre la tentación de ser rico, rico para siempre, y la idea de tener que matar al conde.

—No, no subo, dije por fin: tengo bastante con esto.

—Pues empiece usted, exclamó ella lanzándome otra mirada de desprecio que me hizo mucho daño. Todas las medallas son suyas. Y oprimiendo un botoncito dejó abierta una de las arcas.

Comencé á coger medallas con ansiedad febril, cuando se oyó un ruido que me heló la sangre en las venas.

Parecía que se acercaba alguien.

—¡Es él, mi marido! dijo la condesa, cerrando el arca apresuradamente; pero no importa. Ocúltese ahí tras esos cortinones y no se mueva.

Volvió á coger la bujía y entró nuevamente en el gabinete-museo, cuya puerta dejó abierta.

—¿Eres tú, Roberto? exclamó al ver que el conde se acercaba.

Desde mi escondite pude ver á un hombre que llevaba en la mano una bujía. Era feo y de aspecto muy repulsivo.

—¿Qué es esto? preguntó dirigiéndose á la condesa de muy mal talante. Alguna nueva locura. ¿Son horas éstas de andar por la casa?

—No podía conciliar el sueño, me aburría en la cama...

—No me extraña, replicó con amarga ironía el conde. Sólo los que tienen tranquila la conciencia suelen dormir bien.

—Si eso fuera verdad poco dormirías tú.

—Sólo tengo una cosa de que avergonzarme en mi vida, dijo el conde enfureciéndose, y ya sabes tú cuál es. Fué una equivocación que ha traído su castigo.

—Su castigo para los dos.

—¿El castigo para ti? Tú saliste ganando. Desde un café cantante, y de la noche á la mañana, pasaste al palacio del conde de San Esteban. El necio fuí yo, que cometí la simpleza de sacarte de tu esfera.

—Aun puedes remediar aquella... torpeza.

—No, prefiero la desdicha privada á la humillación pública. Además, quiero tenerte siempre á la vista, quiero gozarme en tu desesperación...

—¡Infame!

—Conozco tus ambiciones, sé á lo que aspiras, pero te aseguro que no lo conseguirás mientras viva yo. Y antes de morir tomaré mis medidas para que tengas que presentarte á *él* hecha una miserable, lo que eras cuando yo te saqué del fango para dignificarte por compasión. No tendréis el gusto de gastar juntos mi dinero. Pero ahora que reparo, ¿por qué has abierto la ventana?

—Sentía calor.

—Vas á cerrarla ahora mismo. ¿Y qué hacías en el cuarto de las medallas? Te he oído andar allí.

—Las estaba examinando.

—Extraña curiosidad, añadió mirándola con recelo. Nunca has demostrado tanto interés por ellas.

Y penetró, seguido de su mujer, en el cuarto donde yo estaba oculto.

En aquel momento recordé haber dejado la navaja encima de una de las arcas. La condesa la vió, y con un rasgo de astucia, propio de la mujer, cogióla súbitamente y la ocultó entre los pliegues de su bata.

El conde fué examinando las arcas una por una, y como no vió nada que le infundiera sospechas volvió al gabinete museo masculLando algunas frases.

Y ahora me toca hablar más bien de lo que oí que de lo que vi, pero le juro á usted que diré la verdad como si estuviese en presencia de Dios.

Cuando los dos estuvieron otra vez en el gabinete-museo, el conde, sentado en una butaca, comenzó á hablar en voz baja de un tal Eduardo.

Ella, al principio, le contestaba acaloradamente; pero viendo que sus palabras no causaban efecto ninguno, se calló. El conde continuaba insultándola y llenándola de improperios.

De repente cambió de tono y le oí exclamar:

—¡Ven acá! ¡Suéltame el cuello! ¿Qué es eso? ¡A ver cómo te atreves á tocarme!

Luego se oyó un golpe sordo y una voz que decía:

—¡Dios mío! ¡Sangre! ¡Soy perdida!

Movió los pies comó para levantarse, pero volvió á caer en la silla diciendo:

—¡Qué horror!

A esta frase siguió un silencio sepulcral.

Salí de mi escondite y penetré apresuradamente en el gabinete-museo.

El conde estaba en el suelo, al pie de la butaca, con la cabeza casi cubierta por la bata que llevaba puesta. A su lado había un charco de sangre.

Detrás del conde se hallaba la condesa pálida, excitadísima, con los ojos despidiendo fuego.

—¿Qué ha hecho usted? la dije.

—Lo que ya no tiene remedio, contestó secamente.

—Vendrá la justicia, la hará á usted presa... ¡Qué crimen tan horrendo!

—No importa. La vida me es insoportable.

Y añadió:

—Ayúdeme usted á sentarle en la butaca.

Hecho esto, dijo con la mayor sangre fría:

—Y ahora aproveche usted los momentos. Coja usted las medallas y váyase.

—No las quiero. ¡Esto es horrible!

—¿Por qué no? Nadie ha de impedírselo. ¿No vino usted á eso?

Alentado por ella volví á coger el saco. Entre los dos lo llenamos de medallas, y hecho esto me dirigí á la ventana por donde había penetrado. Salté al parque y apreté á correr, protegido por la oscuridad de la noche.

Ya ve usted, señor inspector, que no cometí ningún crimen. Si entonces hubiese adivinado el pensamiento de aquella mujer, quizá en el palacio hubieran quedado dos cadáveres en vez de uno, pero no se me ocurrió entonces otra cosa que escapar.

Cuando ya iba á trasponer el parque llegaron á mis oídos fuertes voces que demandaban socorro y gritaban:

—¡Al asesino! ¡al asesino! ¡Cogedle!

Todavía me parece estar oyendo aquellos gritos.

Al momento comenzaron á salir criados con luces por todas partes. Uno de ellos, más avisado que los otros, se dirigió volando á la puerta y la cerró estrepitosamente.

No tuve más remedio que volver atrás. Oculté el saco entre unos arbustos, y traté de huir por otro sitio: pero me habían visto todos, me cercaban por todos lados y tuve que agazaparme entre unas zarzas, donde me cogieron con ayuda de los perros.

Al poco rato volví á encontrarme en el gabinete en presencia de la condesa, á quien preguntó uno de los criados:

—¿Es éste el asesino?

—¡Sí! ¡El es! ¡Infame, miserable! ¡Atreverse con un pobre anciano!

—¡Mentira! exclamé. ¡Ella es quien lo mató! Me ayudó primero á robar las medallas y luego... luego asesinó á su esposo.

Todos quisieron arrojarse sobre mí, pero les contuvo la condesa diciendo:

—¡Dejadle! ¡No le toquéis! La ley se encargará de castigarle.

Uno que parecía agente de la autoridad dijo dirigiéndose á aquella pérfida mujer:

—¿La señora condesa vió á este individuo cometer el crimen?

—¡Sí, sí! le vi con mis propios ojos. Mi marido y yo oímos un ruido desde las habitaciones principales; bajamos y vimos á ese hombre depositando medallas en un saquito de cuero negro que llevaba en la mano. El conde quiso detenerle, y entonces él sacó la navaja y le infirió dos navajadas. Aun debe estar el arma homicida en el cuerpo del conde.

—¿Y la sangre que la señora condesa lleva en las manos? me atreví á preguntar.

—Sangre de mi esposo, contestó ella, que me manchó al levantarle del suelo y colocarle en la butaca.

En este momento entró un criado gritando:

—¡Aquí está el saco, señora condesa! Y lo agitaba en las manos.

—No hacía falta esa prueba, dijo el agente de la autoridad. Y añadió: Señora, le encerraremos esta noche y mañana será conducido á la cárcel de Bilbao.

—Por mi parte, expuso la condesa con un fingimiento increíble, le perdono el mal que me ha hecho. Harto castigo tendrá con su conciencia y con el peso de la ley.

No quise replicar, porque hubiera sido inútil. Las apariencias me condenaban, todo se conjuraba contra mí, y preferí guardar silencio.

El resto de aquella noche lo pasé encerrado en el sótano del palacio.

. . . .

Ahí tiene usted, señor inspector, expuestos los hechos tal y como ocurrieron. Quizá esta relación la arroje usted al cesto de los papeles inútiles: quizá la desprecie usted, como hizo el tribunal que me condenó; pero crea usted que está ajustada á la verdad, que es el evangelio, si me permite emplear esta frase.

Si usted se digna atenderla y me libra del horrible castigo que estoy sufriendo y que me consume día por día, habrá usted reparado una falta cometida por mis jueces y yo no tendré palabras bastantes para bendecirle.

Si la desprecia usted, si se muestra sordo á mi súplica, juro que me ahorcaré en la reja de mi prisión, no pudiendo resistir tanta injusticia.

Entérese usted del paradero de la condesa, averigüe su historia antes de contraer matrimonio con el conde de San Esteban y vea usted si ha vuelto á casarse con algún Eduardo.

Si en todo esto encontrara usted algo, y aun algos, que compagine con lo que acabo de exponer en mi relación, tengo la seguridad de que procurará salvar á un hombre condenado por un horrible crimen que no cometió.



UN MILLONARIO DEL CABO



La partida nula.

El día 12 de agosto amanecimos, como de costumbre, en el castillo de Seldon Rosshire. En llegando el día 11 de dicho mes, ya se sabe: haga el tiempo que quiera, mi hermano político siente la necesidad de salir de Londres para dirigirse á su castillo, y al amanecer del día siguiente ya está con la escopeta en la mano en los terrenos de su posesión matando faisanes y perdices sin compasión ninguna.

A Seldon se va sola y únicamente á cazar, y todo el que puede tener una escopeta en las manos pasa el día disparando tiros y más tiros. La carnicería suele ser horrible.

Transcurrida la temporada, los guardas avisan á Carlos que ha muerto suficiente número de aves, y entonces salimos todos de allí; sir Charles altamente satisfecho, para dirigirse de nuevo á Niza, á Brighton, á Biarritz ó á cualquier otro punto donde se le antoje. Siempre tiene que estar en movimiento, y

casi me atrevería á asegurar que, cuando se muera, su cadáver no sabrá permanecer en la tumba, sino que andará errante por el universo, atreviéndose con todo aquel que le salga al paso.

—En Seldon, por lo menos, Sey, me dijo lanzando un suspiro hondo cuando nos metimos en el tren, estaremos libres de esa sanguijuela llamada el coronel Goma.

Tan pronto como mi hermano político empezó á aburrirse de los placeres de la caza le salió un negocito financiero, ya preparado de antemano, con el cual pudo distraer la imaginación y olvidar por completo al dichoso coronel, sus cómplices y sus villanías.

Debo advertir que durante aquel verano Carlos había comprado una magnífica mina, situada en la frontera del Transvaal, que se decía era aurífera; pero que lo fuera ó no, el solo hecho de haberla cogido entre sus manos Carlos fué suficiente para que produjera oro. Tiene tan buena suerte mi cuñado, que allí donde él pone la mano todo se convierte al poco tiempo en oro, cuando no en brillantes. Así fué que en cuanto se supo que Carlos había comprado la mina y constituyó la Compañía para explotarla, su temido rival en aquel país, lord Craig Ellachie, compró otra mina, también aurífera, situada junto á la de Carlos y en casi las mismas condiciones geológicas.

El resultado fué el que podía esperarse. Poco después de nuestra llegada á Seldon recibimos una extensa carta de los encargados de buscar el oro en nuestra mina del Africa. Decían que habían dado ya con una abundante vena aurífera, pero que, desgraciadamente, sólo unos cuantos metros del filón entraban en las pertenencias de Carlos; lo demás pasaba á lo que se conocía con el nombre de la Sección Craig Ellachie.

«Sin embargo, añadían, hemos tenido buen cuidado de que nadie se entere de lo que ocurre, y por más que el joven míster Grant anda reconociendo su mina con los ingenieros no ha dado todavía con el filón, y nosotros nos apresuramos á participarle el secreto, á fin de que haga usted lo que mejor le parezca».

—¿No puedes disputar el límite? pregunté.

—Imposible, contestó Carlos. El límite es un meridiano de

longitud. No, no, por esa parte nada se puede hacer. No se puede mover el sol ni es posible cambiar el límite; nosotros mismos lo marcamos, Sey. Sólo hay una manera de arreglar el asunto y es por medio de la amalgama.

Carlos tiene un talento excepcional, es un hombre maravilloso. Solamente la forma en que pronunció la palabra amalgama era todo un poema.

—Magnífica idea, exclamé lleno de entusiasmo. Amalgamar sin que nadie se entere de nuestro secreto.

Carlos cerró un ojo y quedó pensativo.

Aquella tarde llegó un telegrama cifrado de nuestros ingenieros del Africa.

«El joven Grant, decían, ha tomado pasaje para Inglaterra. Suponemos que lo sabe todo, aunque por nuestra parte nada le hemos dicho».

—Sey, me dijo Carlos con gravedad en cuanto se enteró del telegrama, no hay un momento que perder. Ahora mismo voy á escribir á lord Craig. ¿Sabes acaso dónde se encuentra en este instante?

—Lo ignoro, Carlos, contesté; pero la semana última, según decía el *Morning Post*, se encontraba en Glen Ellachie.

—Pues bien, le escribiré allí para que venga á tratar del asunto personalmente. Los ingenieros dicen que es un buen filón y que no hay que dejarlo escapar.

Fuimos al despacho y allí me dictó mi señor cuñado una carta admirablemente pensada para el capitalista rival, á quien manifestaba que la riqueza mineral del país era grande, aunque todavía no estaba esto bien probado, pero que los gastos de explotación y exportación serían enormes. Que el combustible era caro y el transporte difícil; que el agua era escasa y sólo la había en nuestro terreno, y que dos Compañías rivales, si por casualidad acertaban á dar con el filón, podían arruinarse. En resumen, que creía que la unión ó amalgama de intereses daría mejores resultados que ninguna otra cosa, y que le agradecería designase hora y sitio para celebrar una entrevista á fin de tratar del asunto.

—Esta carta es de muchísima importancia, Sey, dijo Carlos al firmarla, y á fin de que no se extravíe la certificaremos. Que

la lleve al correo Cesarine, pues tengo en ella más confianza que en Dobson. La dirás que vaya en el tílburi hasta Fowlis.

Uno de los grandes inconvenientes del castillo de Seldon es que, á pesar de hallarse al borde de uno de los más bonitos lagos de Escocia, dista por lo menos doce millas de toda estación de ferrocarril; así es que resultan difíciles las comunicaciones.

Entregué la carta á Cesarine, la cual, obedeciendo las órdenes de Carlos, salió poco después para Fowlis en el tílburi. (Esta Cesarine es una muchacha que vale mucho.)

Al día siguiente supimos que el joven Grant nos había tomado la delantera. Parece que llegó á Inglaterra en el mismo vapor correo que nos trajo la carta de los inspectores, y que en cuanto desembarcó dirigióse á la posesión de su padre en Glen Ellachie.

Dos días después recibimos la contestación á la carta de Carlos.

Decía así:

«Glen Ellachie. Inverness. Sir Charles Vandrift.

Muy apreciable y estimado sir Charles: Un millón de gracias por su atenta del día 20, y contestando á ella debo decir que comparto con usted su buen deseo de que ninguna cosa contraria á los intereses de nuestras respectivas Compañías suceda en el Africa del Sur. En cuanto á su proposición de que tratemos el asunto personalmente siento manifestarle que me es de todo punto imposible salir de casa, por la razón de que la tengo llena de convidados, como seguramente le ocurrirá también á usted. Afortunadamente, mi hijo David se encuentra aquí, pues hace pocos días ha llegado del Transvaal para pasar á mi lado una temporada, y él irá á ver á usted para enterarse de lo que opina acerca de la fusión de las Compañías, lo cual, por



CESARINE LLEVÓ LA CARTA

cierto, me parece muy conveniente para los dos. David llegará á Seldon mañana por la tarde, llevando autorización para tratar con usted en mi nombre y en el de la Compañía en general. Con recuerdos á su señora é hijos, queda suyo afectísimo *Craig Ellachie*».

—Este viejo sabe más que un zorro, exclamó Charles gruñendo. ¿Qué querrá hacer ahora? Me extraña algo el interés que demuestra por hacer la fusión. ¿Sabes lo que se me ocurre, Sey? continuó después de unos momentos de silencio. Pues que sus exploradores habrán hallado también otro filón que empieza en sus pertenencias y continúa en las mías y ese bribón de viejo nos quiere engañar.

—Justo, interrumpí, así como nosotros procuramos engañarle á él.

Carlos me lanzó una mirada muy expresiva.

—Si es así, continuó, los dos tendremos suerte, y la única manera de averiguar dónde se halla el filón con que han tropezado ellos es fusionándonos y luego divulgar el nuestro. Pero hay que proceder con mucha cautela.

Amalia se incomodó mucho al tener noticia de la anunciada visita.

—¡Qué rabia! exclamó. Y vendrá á quedarse, por supuesto. Tendré que mandar que preparen una habitación. Con seguridad que es alguno de esos tipos de escoceses que no saben hablar ni tratar con nadie.

Al día siguiente, á cosa de las tres de la tarde, llegó el joven Grant. Era, en efecto, alto, delgado y de torpes maneras, con enormes patillas de color de zanahoria y de facciones semejantes á las de su padre: pero lo que nos extrañó mucho fué que no trajo equipaje, como si viniera sólo á hacernos una visita de una hora.

—¡Pero cómo! exclamó Carlos asombrado. ¿Será posible que piense usted volver á Glen Ellachie esta noche? ¡Cuánto lo sentiría lady Vandrift! Y luego, que no es un asunto que se puede tratar en un par de horas, Mr. Grant.

El joven escocés sonrió. Su sonrisa era franca, aunque prudente.

—No, no, de ninguna manera, contestó, no vuelvo á Glen

Ellachie. Pero he traído á mi señora y estamos hospedados en la fonda.

Cuando referimos este incidente á Amalia aseguró en seguida que la razón de no querer quedarse en nuestro castillo era porque Grant tenía título y se creía algo más que nosotros. Isabel opinaba que sería porque estaba casado con alguna africana á quien no podía presentar. Carlos pensaba que, como representante de la Compañía contraria, se hospedaba en la fonda para



ERA PEQUEÑITA Y AMABLE

poder obrar con más libertad, porque siempre el ser convidado del presidente de la Compañía rival sería algún compromiso, y yo por mi parte juzgué que sería porque habría oído decir que Seldon Castle era la casa de campo más tristona de todo el país. De manera que todos opinábamos de distinta manera.

Sea como fuese, Grant se empeñó en permanecer en «Las armas de Escocia», pues así se llamaba la fonda, aunque dijo que su esposa tendría sumo gusto en conocer á lady Vandrift y á Mrs. Wentworth. Al oir esto, todos nos dirigimos á la fonda en busca de la dama, para traerla al castillo á tomar el té con nosotros.

Era pequeñita, amable y muy risueña, vergonzosa y tímida.

aunque, indudablemente, de esmeradísima educación. Terminaba todas las frases con una risita fingida y tenía cierta manera de volver la vista que prestaba gran atractivo y una gracia especial á todas sus ocurrencias. Fuera del Africa del Sur había visto muy poco mundo; pero de aquel país hablaba con mucho conocimiento, y á pesar del defecto del ojo ganó todas nuestras simpatías por su encantadora sencillez.

A la mañana siguiente celebramos Carlos y yo la primera entrevista seria con el joven. Hablamos de hornos de reverbero, gramos y onzas, de procesos cianídicos y de canales de irrigación; pero no tardamos mucho en convencernos de que David Grant, á pesar de sus sencillos ademanes y de sus patillas rojas, sabía perfectamente lo que se hacía. Poco á poco, y con gracia, nos hizo comprender que su padre le había enviado en interés y provecho de la Compañía, pero que él había venido por el bien de su misma persona.

—Soy el hijo menor, sir Charles, dijo con franqueza, y necesito ante todo mirar por mí mismo. Conozco bien el terreno y sé que mi padre se guiará sin titubear por lo que yo le aconseje. Somos hombres de mundo, y por tanto debemos tratarnos como tales. Usted quiere asociarse, y comprendo que si así lo desea es porque sabe usted que hay algo que sería provechoso para la Compañía de mi padre; por ejemplo, un filón que se extiende hasta nuestro terreno, el cual quiere usted asegurar por medio de la asociación. Pues bien, yo puedo hacer que prospere su proyecto ó que se desbarate. Si responde usted de que mi trabajo no lo haré en vano, convenceré á mi padre y á los directores para que acepten su proposición. Si no responde usted, le aseguro que la asociación no tendrá efecto. Esto es hablar claro.

Carlos lanzó una mirada de admiración.

—Joven, dijo después de unos momentos de silencio, es usted muy astuto, muy listo. La cuestión es saber si habla con franqueza ó no habla, si es verdad que sencillamente quiere obtener algún provecho ó sabe algo que haría que la asociación fuese tan conveniente para su padre como para mí. Si estuviera yo seguro de cuál de las dos cosas es la cierta, sabría cómo tratar á usted.

—Me extraña mucho, sir Charles, contestó Grant sonriendo,

que siendo usted todo un financiero y hombre de negocios como es, dude de que me acuerde antes de mi bolsillo que del de mi padre. No olvido nunca que todo lo que él tiene lo heredará mi hermano mayor.

—Tiene usted razón, hablando en términos generales, replicó Carlos casi afectuosamente. Habla usted con juicio: ¿pero como he de saber yo si no ha tratado usted el asunto en la misma forma con su padre? Tal vez se haya arreglado ya con él y ahora trate de engañarme á mí en provecho suyo.

Al oir esto, el joven escocés fingió una franqueza sin igual.

—Mire usted, sir Charles, dijo inclinándose hacia adelante, es cuestión de tomarlo ó dejarlo: me tiene sin cuidado que lo acepte ó no; es una oferta que le hago. Conozco aproximadamente el valor de la opción de mi padre. Si quiere usted que yo le ayude para la asociación, me dará usted una pequeña comisión sobre el valor neto.

—El cinco por ciento, por ejemplo, interrumpí yo, nada más que para justificar mi presencia allí.

Grant me dirigió una mirada muy expresiva.

—El diez es más usual, contestó con marcado acento y guiñando el ojo.

Confieso que me estremecí. Eran las mismísimas palabras y el mismísimo acento que empleé yo con el coronel Goma cuando tratábamos de la compra del castillo con el fingido conde de Lebenstein. Con la rapidez del rayo lo comprendí todo. Aquel maldito cheque acabaría por arruinarme. El escocés no era otro que el mismo coronel, quien me descubriría si no me callaba la boca. ¡Qué horror! Se me heló la sangre en las venas, y ya no acertaba á dar pie con bola ni me di cuenta de lo que hablaban el uno ni el otro. Estaba como alelado, y sólo llegaba á mis oídos el eco de las frases «trabajos de reducción, combustible, irrigación, etc., etc.», pero no volví á abrir la boca. ¿Qué hacer? ¡Vaya un compromiso! Si comunicaba mi sospecha á Carlos, porque al fin y al cabo no era más que una sospecha, el hombre se vengaría de mí descubriendo lo del cheque, y por otro lado, si no decía nada, corría el riesgo de que Carlos me considerase como cómplice y aliado de aquel embaucador.

La entrevista me pareció interminable; pero por fin se le-

vantó Grant y se fué al parecer muy satisfecho del contrato, que quedaba poco menos que arreglado.

Al día siguiente él y su señora comieron con nosotros. Era un matrimonio que se dejaba querer por su nobleza de carácter y su (¿fingida?) sencillez.

Permanecieron tres días más en Las armas de Escocia, pero pasaban casi todo el tiempo con nosotros. Carlos debatió y dis-



EL DIEZ ES MÁS USUAL, CONTESTÓ GRANT GUIÑANDO EL OJO

cutió incesantemente, estaba muy indeciso y no acababa de convencerse de cuál sería la manera de sacar más provecho, y yo por mi parte, claro está, no podía ayudarle. Nunca en mi vida me he visto en un apuro tan grande, aunque hice todos los posibles para mantener una severa neutralidad.

El joven Grant resultó ser una persona muy instruída y agradabilísima; lo era también, á su modo, su joven y candorosa esposa, que á veces parecía una tierna paloma. ¡Tan grande era su inocencia! Dijo que extrañaba mucho que Amalia no hubiese conocido á su mamá en Durban, y que si alguna vez volvíamos por allí la escribiría para que visitara á lady Vandrift, pues estaba segura de que tendría muchísimo gusto en cono-

cerla. Cada cual á su manera conversaban admirablemente, y nos refirieron los últimos escándalos de Glen Ellachie. El era aficionadísimo á la natación, y un día que salimos á dar un paseo en lancha, empeñándose en lucir su habilidad, nos dejó asombrados al ver cómo se zambulló en el agua lo mismo que una rana. Ardía en deseos de enseñarnos á Carlos y á mí á nadar, diciendo que todo buen inglés debe ser buen nadador; pero Carlos aborrece el mar y yo aborrezco todo ejercicio que requiera más movimiento que el usual y corriente, que el necesario, cualquiera que fuese; de modo que nos negamos rotundamente á aprender. Sin embargo, tanto insistieron que, por fin, consentimos en ir hasta el término del Firth con ellos para tomar allí nuestra primera lección, y quedamos citados para el día siguiente á las cuatro de la tarde.

Aquella noche vino Carlos á mi cuarto con cara compungida.

—Sey, dijo con voz misteriosa, ¿has observado? ¿has vigilado? ¿tienes alguna sospecha?

Empecé á temblar; creí que el cielo se venía abajo, que llegaba el fin del mundo... yo no sé qué ideas tan extravagantes cruzaron por mi mente, pero disimulando mi emoción contesté:

—¿Sospechas? ¿sospechas de quién? ¿de Simpson, acaso? (Simpson era el ayuda de cámara de Carlos, que hacía más de veinte años que estaba á su servicio).

Mi respetable hermano político me miró con indefinible desprecio.

—Sey, repuso gravemente, me parece que te guaseas; demasiado sabes que no me refiero á Simpson. No, no; hablo de esos dos jóvenes, de ese matrimonio. Por mi parte, estoy casi seguro de que son el coronel Goma y madame Picardet.

—¡Imposible! exclamé retrocediendo espantado.

Carlos inclinó la cabeza.

—Repito que estoy casi seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—Instintivamente, respondió con suma gravedad.

Le cogí por el brazo.

—Carlos, dije, te suplico que reflexiones lo que haces. No olvides cómo te ridiculizaron cuando lo del doctor Polperro; no vuelvas á comprometerte.

—Pierde cuidado, Sey, contestóme, lo tengo bien pensado; andaré con ojo, con mucho ojo. Mañana á primera hora telegrafiaré á Glen Ellachie y averiguaré si ese tipo es ó no el hijo de lord Craig.

A la mañana siguiente salió un criado con un despacho dirigido al lord. Llevaba órdenes de ir á caballo hasta Fowlis, ex-



SALIÓ EL CRIADO CON UN TELEGRAMA

pedir el telegrama y esperar la contestación; pero como lo más probable era que el lord hubiera salido á su expedición de caza antes que el telegrama llegase á su casa, no era de esperar que recibiésemos la contestación hasta las siete ó las ocho de la noche. Mientras tanto, como no sabíamos si tratábamos con el verdadero David Grant ó no, era necesario proceder con la misma amabilidad y el mismo cariño que ellos nos dispensaban.

El desengaño que sufrimos con el doctor Polperro nos había demostrado que un exceso de celo por nuestra parte podía ser

perjudicial; sin embargo, resolvimos estar siempre alerta, siempre prevenidos contra sus artimañas y sus astucias.

Serían las cuatro de la tarde cuando vinieron al hotel á buscarnos. La joven estaba tan encantadora, tan monísima, que casi era imposible creer que no fuese lo que parecía. Charlando y riendo incesantemente se apoderó de Carlos, y juntos se dirigieron al punto de embarque. Llegados allí ayudó á su esposo á preparar la lancha, y mientras tanto Carlos se acercó á mí y en voz baja me dijo:

—Sey, querido, estoy muy acostumbrado á las maldades de este mundo y no me engaño fácilmente. He hablado con la joven y no puedo menos de reconocer que formé muy mal juicio. Su educación es esmeradísima, y es muy difícil el creer que una señora de su talento y tan honrada se rebajaría á ser cómplice del coronel Goma. Después de todo, no tenemos verdadero motivo para sospechar de ellos. En fin, conviene tratarlos bien.

No se me ocultaba que desde el primer día trató Mrs. Grant á Carlos con excesiva amabilidad, y no podía negarse que su inocencia era encantadora y que aquel modo particular de volver la vista le prestaba una gracia especial.

Comenzó el paseo por el Firth. Los dos remaban perfectamente, y Carlos y yo, reclinados holgadamente sobre los lujosos almohadones, contemplábamos la magnífica perspectiva que ofrecía el río. Pocos minutos tardamos en dar la vuelta al promontorio, y pronto perdimos de vista las antiguas torres y los alineados muros del castillo de Seldon.

A pesar de la ocupación de remar, la joven esposa sostuvo una conversación agradabilísima, animada y muy ocurrente con sir Charles. Hablaba y reía con el aire medio tímido y medio atrevido de una colegiala que coquetea por primera vez con un hombre que le dobla la edad.

Carlos estaba muy hueco con tanta atención. Siempre fué susceptible á los halagos de las señoras, y mucho más cuando son jóvenes, inocentes y sencillas.

—La mujer de mundo me aburre, me fastidia soberanamente, decía, pero una jovencita candorosa hace lo que quiere de mí.

Llegamos por fin á la isla de Seamen, un gran peñascón rodeado de agua por todos lados y cuyos flancos se hallaban

cubiertos de bonitas flores rojas. La joven alargó la mano para coger una.

—¡Ay qué flores tan preciosas! exclamó. ¡Qué lástima no poder coger alguna! Desembarquemos aquí, si á ustedes les es lo mismo. Sir Charles, ¿quisiera usted cogerme un ramillete para adornar mi cuarto?

Carlos se levantó con la inocencia de una criatura.

—Con muchísimo gusto, hija mía, la dijo. Soy aficionadísimo á las flores, y en verdad que éstas son bonitas.

Nos condujeron hacia el Este buscando el sitio más conveniente y fácil para desembarcar, y no dejó de extrañarme el que ellos parecían conocer la isla perfectamente. El joven Grant saltó á tierra seguido de su mujercita, y nosotros fuimos detrás, algún tanto avergonzados de nuestra manera torpe de desembarcar, pisando con cuidado el borde de la lancha, temerosos de hacerla volcar y de caer al agua, mientras que Mrs. Grant saltó por encima de la proa con la agilidad de una cabra que brinca de peña en peña. ¡Cuánto se parecía á Blanco Brezo!

Bien ó mal, nos hallamos por fin en tierra firme y comenzamos á trepar por las rocas lo mejor que podíamos en busca de las flores. ¡Pero qué sorpresa la nuestra cuando de pronto vimos que el matrimonio regresaba corriendo á la lancha: sorpresa que aumentó más y más al fijarnos en que, después de embarcar, apartaban la embarcación de la orilla y deteniéndose allí se echaron á reir á carcajadas, mientras nosotros les contemplábamos con la boca abierta!

—¡Adiós, adiós, sir Charles y compañía! gritaba el joven. ¡Que ustedes lo pasen bien! Tendrán tiempo suficiente para recoger un buen ramillete de flores. Nosotros vamos á Londres.

—¿Se van? exclamó sir Charles palideciendo, ¡y nos dejan aquí! ¿Será posible?

La actitud de mi respetable cuñado era verdaderamente un poco cómica. El joven Grant se quitó la gorra y su esposa nos lanzaba besos, riendo cada vez más.

—¡Qué quiere usted, sir Charles! observó el primero, por el momento me veo obligado á dar un paso atrás. Esta vez no he salido triunfante, así que tenemos que llamarle un *coup manqué*. ¿No es verdad?

—¿Un qué? exclamó Carlos.

—Un *coup manqué*, una partida nula, ¿sabe usted, sir Charles? He sabido por uno de mis aliados que esta misma mañana envió usted un telegrama urgente á lord Craig, lo cual me prueba que sospecha usted de mí. Pues bien: uno de mis invariables principios es el de no proseguir tratando un negocio cuando veo una señal, por pequeña que sea, de desconfianza por parte de quien trata conmigo. Ya ve usted, sigo el sistema de los médicos: jamás me empeño en sangrar á un enfermo cuando éste se resiste. De manera que por ahora nos despedimos de usted. ¡Adiós! Le deseo toda clase de felicidades.

La lancha estaba á veinte metros de la tierra. Ellos podían hablarnos sin dificultad, pero nosotros no podíamos acercarnos, porque el río tenía mucha profundidad y no sabíamos nadar.

Carlos tendió los dos brazos implorando auxilio.

—¡Por Dios, no se vayan ustedes! exclamó; ¡no nos dejen aquí abandonados!

Al comprender lo apurado que se veía mi hermano político, la amable Mrs. Grant (madame Picardet) trató de consolarle.

—No se apure usted, *queridísimo* sir Charles, dijo entre carcajada y carcajada. Le doy mi palabra de que no permanecerán ahí mucho tiempo. Ya mandaremos alguien á buscarles. Mi querido David y yo necesitamos sólo el tiempo suficiente para desembarcar y hacer... ¡bah! una transformación en nuestras personalidades. (Y señaló la peluca y las patillas rojas del fingido Grant.)

Toda su timidez había desaparecido por completo. Ya no era la señorita inocente y cándida de antes, sino una mujer atrevida y acostumbrada á hacer uso de toda clase de malicias para realizar sus fines.

—¿De modo que tuve razón? ¿Conque es usted el coronel Goma? preguntó sir Charles, secándose el sudor de la frente.

—Si así le place á usted llamarme, querido sir Charles, contestó el tal Grant cortésmente. Por más que no he servido nunca á Su Majestad la Reina, no tengo inconveniente en aceptar el título de coronel. Pero ¡ea! nos vamos ya. En cuanto comprenda que he asegurado mi salvación y la de mi querida compañera mandaré que vengan á buscar á ustedes. El tiempo está bueno

y no hace frío; de modo que, á lo sumo, sufrirán ustedes unas horas de hambre. A eso de las doce de la noche les recogerán á ustedes, yo se lo aseguro bajo palabra de caballero.

Y poniendo la mano en el pecho se inclinó con una sonrisa burlona en los labios.

Entonces su esposa se puso en pie, y tomando una manta de viaje que había en la lancha nos la arrojó á los pies diciendo:

—¡Allá va eso, amigo sir Charles!

Y pude notar que ya no volvía la vista poco ni mucho. Aquello había sido sencillamente un fingimiento con el cual había conseguido cambiar la expresión de su rostro.

—No sabe usted cuánto sentimos tener que abandonarles de una manera tan cruel, continuó, riendo siempre. Le aprecio muy de veras, sir Charles, porque he comprendido que tiene usted buen corazón. Nunca olvidaré su amabilidad para conmigo cuando estuvimos en Lucerna y era yo la inocente esposa del pastor. He tenido un verdadero placer en visitarle en su castillo de Seldon, del cual nos hablaba usted siempre con cierto orgullo. Le ruego no se asuste, pues lo sentiría mucho. Mi pobre David comprendió muy pronto que empezaba usted á sospechar de nosotros, y la desconfianza le hace muchísimo daño, porque tiene sentimientos delicadísimos. Y una vez resueltos á despedirnos de ustedes no encontramos otro medio más á propósito que el de dejarles unas horas en esa deliciosa islita, pero le doy mi palabra de enviar alguien á buscarlos antes de la media noche. Hasta la vista, querido amigo.

Y le echó otro beso con las puntas de los dedos.

Carlos estaba fuera de sí, de miedo y de rabia.

—¡Dios mío, exclamó, qué horror! ¡Nos vamos á morir aquí! No se le ocurrirá á nadie venir á buscarnos.

—¡Qué lástima que se negara usted á aprender á nadar cuando quise enseñarle! continuó el famoso coronel. Es un conocimiento muy útil para ocasiones como ésta. ¡Vaya, adiós, que estamos perdiendo el tiempo! Casi casi me ha ganado usted esta partida, pero ahora queda nula. Estamos á tres, por mi parte, con algunos miles en el bolsillo.

—¡Es usted un asesino, un criminal! gritó Carlos. Aquí nos moriremos de inanición.

Pero el coronel no se incomodaba, y contestó con suavidad:

—¿Pero es posible que me crea usted tan necio, sir Charles? ¿No comprende usted que no me tiene cuenta matar la gallina que produce los huevos de oro? No, no, sir Charles, pierda cuidado, que no permitiré que muera usted: sería una desgracia muy grande para mí. Ahora calculo que puedo sacar de usted unas cinco mil libras anuales, libres de gastos. Y si lle-



CARLOS ESTABA FUERA DE SÍ

gara á morirse me vería obligado á buscar otra víctima, que tal vez no daría resultados tan excelentes. Para decir la verdad, sir Charles, nuestros caracteres se avienen admirablemente. Yo le entiendo á usted y usted no me entiende á mí, lo cual es, con frecuencia, la base de la verdadera amistad. Yo le cojo á usted precisamente donde usted cree que va á coger á otro. Su misma perspicacia me ayuda, porque no pretendo negar que es usted perspicaz: muy al contrario. En asuntos financieros no puedo compararme con usted; pero, por otra parte, sé perfectamente sacar mi provecho. Yo le animo cuando cree usted que podrá sacar algo de otra persona, y con el mero hecho

de despertar y avivar su innato afán de engañar á todo el mundo consigo generalmente engañar á usted. He ahí, señor mío, la filosofía de nuestras relaciones.

Volvió á inclinarse con su aire burlón y nos saludó quitándose cortésmente la gorra.

Carlos le miró y vi que se estremecía. A pesar de su valor y de su gran talento, le daba miedo aquel hombre.

—Por todo lo cual, dijo poco menos que temblando, supongo que quiere usted indicar que piensa seguir sangrándome.

El coronel sonrió nuevamente.

—Sir Charles, dijo con serenidad, hace poco le llamé la gallina de los huevos de oro. Tal vez no le habrá hecho gracia, pero, francamente, hay ocasiones en que es usted más que gallina. Tratándose de minas y de negocios en la Bolsa es el hombre más listo que he conocido, le admiro, tal vez no habrá otro que le iguale; pero fuera de ahí, el hombre más fácil de engañar que hay en el mundo. Carece usted por completo de un elemento importantísimo: la perspicacia de la sencillez. Por esta razón, y algunas otras, resolví hacerle mi víctima. Considéreme, sir Charles, como el microbio del capitalista. Usted es capitalista y millonario. Usted á su manera sangra á la sociedad. Negociando en acciones, opciones, concesiones y sindicatos, consigue sacar el dinero á otros; como el mosquito, posee usted un buen instrumento de succión: acciones de fundador, con las cuales absorbe el dinero de la Compañía. Yo, á mi vez, me encargo de aliviarle un poco del enorme peso de tantísimo dinero. Por consiguiente, puede comprender que, mientras pueda sangrarle, no me tomaré la molestia de buscar otra presa.

Carlos le miraba suspirando desde lo más profundo de su pecho. El joven Grant continuó con sarcasmo:

—Creo que ahora comprenderá por qué me he fijado precisamente en usted, y le aseguro que, aunque he perdido esta partida, no será la última vez que le visitaré. Conque hasta la vista, sir Charles.

—¿Pero por qué me insulta usted hablando de ese modo? preguntó Carlos.

—Porque gozo viendo los apuros en que le pongo, contestó el coronel, y porque cuanto más advertido y prevenido esté

usted, mayor es el mérito y la satisfacción de engañarle. Vaya, dispénseme, sir Charles, pues, de veras, no puedo detenerme más. ¡Adiós, Wentworth! ya conoce usted el refrán que dice: «Antes es Dios que los santos». No lo olvide usted. Es verdad, después de todo, que el diez por ciento es más usual.

Tomó los remos y se alejaron. Al doblar un saliente de la isla, Blanco Brezo (pues enteramente parecía ella) se puso de pie en la lancha, y haciendo una especie de bocina con las dos manos exclamó:



ME SUBÍ Á LA PUNTA DE LA ROCA

—¡Adiós, sir Charles! abríguese usted bien con la manta y pierda cuidado, pues mandaré á buscarles antes de la media noche. Un millón de gracias por las flores.

La lancha desapareció y quedamos solos en la isla.

Carlos se dejó caer sobre la dura peña sumido en la más horrible desesperación. Yo me subí á la punta de la roca, y sacando el pañuelo del bolsillo intenté hacer señas para llamar la atención de cualquiera que por casualidad pasase por allí; pero todo fué inútil, y pronto volví al lado de Carlos.

La noche se fué acercando poco á poco. Los graznidos de las aves nocturnas llenaron de tristeza el aire; los halcones y los

cuervos de mar daban vueltas y revueltas por encima de nuestras cabezas. Carlos temió que cayeran sobre nosotros, pero no llegó á tanto.

Mi cuñado estaba abatido y triste, mas yo me hallaba muy contento, porque el coronel Goma no había descubierto lo del diez por ciento y podía esperar con calma.

Largas horas pasamos acurrucados en un rincón de la peña, hasta que á eso de las once de la noche sentimos, con infinita alegría, voces de hombres que nos llamaban.

—¡Lancha ahí! grité con toda la fuerza de mis pulmones. Nos contestaron inmediatamente y corrimos al sitio donde habíamos desembarcado, gritando sin cesar para que supieran los hombres dónde estábamos. Momentos después la lancha se acercó á la orilla: era la misma en que habíamos paseado con los de Grant. Los pescadores nos dijeron que un caballero acompañado de una señora joven les había enviado á buscarnos á la isla, y al mismo tiempo á devolvernos la lancha prestada. Por las señas que nos dieron comprendimos que era el matrimonio Goma.

Las doce y media daban en el gran reloj del comedor cuando entramos en el castillo. Varios hombres con linternas recorrían la costa en busca nuestra. Amalia, muy intranquila y apurada por nuestra suerte, se había acostado. Isabel nos esperaba.

Era, naturalmente, demasiado tarde para comenzar las pesquisas en busca del famoso coronel, aunque Carlos se empeñó en que saliera inmediatamente un criado para avisar á las autoridades de Fowlis.

Como era de esperar, nuestros esfuerzos no dieron resultado ninguno. Lord Craig Ellachie contestó que su hijo no había salido de casa, y después supimos que la carta de Carlos no llegó á sus manos. Sólo recibió un sobre vacío, de lo cual dió conocimiento á la policía, que estaba ocupada en averiguar el paradero de la carta. Cesarine había echado ésta al correo y entregado el recibo; de modo que la única explicación que hallamos fué que el coronel tenía algún cómplice en la oficina de correos. La contestación de lord Craig estaba bien falsificada; pero lo que nunca pudimos averiguar fué cómo venía escrita en el papel timbrado de la casa Craig Ellachie.

Después de haber cenado opíparamente y bebido una botella del excelente vino de Rudesheimer, Carlos recobró el ánimo.

—Después de todo, Sey, dijo alegremente, esta vez hemos salido ganando. Por lo menos tenemos la satisfacción de haberle descubierto á tiempo: ya no nos falta más que cogerle. Lo único que le salvó fué la gran distancia que hay entre Seldon y la oficina de telégrafos. Estoy seguro de que en la próxima tentativa, no sólo le descubriremos, sino que le cogeremos. No quisiera más sino que intentara otra en Londres.



CARLOS RECOBRÓ EL ÁNIMO

Pero lo más extraño fué que, desde el momento en que mandaron la lancha á buscarnos, desaparecieron los dos, sin dejar señal ni huella para seguirlos. Después supimos que la doncella de Blanco Brezo salió aquella misma mañana con el equipaje, pero fué imposible averiguar qué había sido de ellos.

Desde aquel día sir Charles vive con la esperanza de coger en la misma capital á su sanguijuela, pero por mi parte creo que había algo de razón en uno de los últimos insultos que nos lanzó el grandísimo tunante cuando la lancha se retiraba:

—Sir Charles, había dicho, hacemos una buena pareja de pillos: la ley le *protege* á usted y me *persigue* á mi. He ahí la única diferencia.

Grant Allen.



El despacho del Príncipe.

Voy á referir por la primera y única vez en mi vida los extraños sucesos acaecidos en el castillo de Cervelló una noche del año 1820. El castillo estaba sitiado por las fuerzas carlistas bajo el mando del coronel Utach, que amenazaba con el inmediato asalto si el gobernador no lo rendía en seguida. El gobernador. Sr. Serrallonga, era mi tutor y con él había yo vivido muchos años. Por entonces sufría un fuerte ataque de gota, y esto le tenía de muy mal humor. Era un militar valiente y digno, pero de genio muy violento y de carácter dominante: así es que ante la perspectiva de verse obligado á rendir la plaza y ante la falta de noticias del príncipe Ruperto, que había prometido venir á levantar el sitio, se había vuelto tan colérico, tan huraño, que se necesitaba gran valor para acercarse á él.

Hacía algún tiempo que el Sr. Serrallonga estaba muy disgustado conmigo porque tenía grande empeño en casarme con el capitán Alvarez y yo me negaba firmemente á ello. El capitán era secretario particular del príncipe Ruperto y muy estimado por él. Era muy fino y cortés, de buena familia y muy rico; en fin, á los ojos de mi tutor una proporción de primer orden.

Muchas veces la mujer no puede explicarse el por qué un hombre le inspira simpatía ó antipatía, pero en pocas ocasiones se engaña, y yo por mi parte, sin saber la causa, siempre des-

confié del capitán. Cuando comenzó á hablar á mi tutor infundiéndole grandes sospechas de la lealtad del teniente Gonzalo, confieso que no procuré disimular la gran antipatía que sentía hacia él. Yo sabía muy bien que algunos parientes del teniente eran enemigos del rey y servían en las filas carlistas; pero el deducir de esto que probablemente Gonzalo resultaría traidor era, en mi concepto, injusto y disparatado, era una enormidad. El Sr. Serrallonga, sin embargo, pensó de otra manera, y tanto llegó á desconfiar del teniente, que me prohibió terminantemente el hablarle y aun el volverle á ver.

Declaro que no tenía la menor intención de obedecer esta orden, por la sencilla razón (ahora puedo decirlo sin avergonzarme) de que comprendía que la compañía de aquel á quien yo consideraba como el mejor y el más noble de los hombres habría de hacerme dichosa. Esto se lo dije á mi tutor de la manera más razonada y más clara que me fué posible; pero molestado por la gota y preocupado con diversos asuntos de importancia, se irritó tanto y me riñó con tanta dureza que escapé llorando á mi cuarto y no me atreví á acercarme á él en muchos días.

En la noche á que me refiero circuló por el castillo la noticia de que acababa de llegar un emisario con un despacho del príncipe Ruperto, y cuando penetré apresuradamente en el salón donde debía presentarse el emisario todo el mundo se ocupaba en ensalzar la valentía de éste. Por testigos oculares se dijo que había atravesado las filas enemigas á galope tendido, y que por más que las balas silbaron en abundancia á su alrededor ni una sola le había tocado.

En todos los rostros estaba pintada la alegría. Una hora antes no se veían más que caras tristes y melancólicas, pues se esperaba de un momento á otro el bombardeo de la plaza. Ahora todo había cambiado. Nadie dudaba de que el despacho anunciaría la inmediata venida del príncipe, lo cual servía á todos de gran satisfacción. Hasta el mismo Serrallonga, arrellanado en su gran butaca, con el pie vendado, mostrábase complaciente y risueño. Me hizo una indicación para que fuera á sentarme á su lado, y en seguida entró el emisario del príncipe con marcado aire de triunfo. Una salva de aplausos acogió la presencia

de aquel valiente, que había arriesgado su vida para traer al castillo una grata nueva. Por mi parte quedé asombrada y muda de estupefacción. Aquello me parecía un sueño, del que temía despertar; pero no, no soñaba. El portador del despacho, que sin duda anunciaba la llegada del príncipe, no era otro que el teniente Gonzalo. Verdaderamente, aquel fué uno de los momentos más felices de mi vida. ¿Quién se atrevería á dudar de su lealtad? Ni aun el mismo Serrallonga, pensaba yo, viendo que el ceño que por un instante había aparecido en su rostro se cambiaba en placentera y bondadosa sonrisa al alargar la mano para tomar el despacho. El teniente se lo entregó con faz risueña y entre las aclamaciones y aplausos de los circunstantes.

Mi tutor desdobló el despacho y se puso á leerlo. Súbitamente se encendió en ira, y golpeando con violencia la mesa exclamó con voz atronadora:

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir esto?

—¿Qué ocurre? preguntó con ansiedad el teniente.

—¡Qué ha de ocurrir! gritó Serrallonga. ¡Casi nada! Que el príncipe me manda rendir el castillo al enemigo, diciendo que no puede venir á socorrerme. ¡Rendir el castillo! ¡Eso sí que no lo hago, ni aunque lo mande el mismo rey! ¡Mientras yo respire, mientras quede una gota de sangre en mis venas, juro en nombre de Dios que no rendiré á nadie la plaza!

Un silencio sepulcral acogió estas exclamaciones de mi tutor. Los semblantes que hacía unos momentos revelaban la satisfacción más íntima veíanse entonces pálidos y consternados, llenos de asombro y ansiedad. El teniente permanecía mudo.

—Vamos, Sr. Serrallonga, exclamó por fin un anciano sacerdote que había venido á refugiarse en el castillo al saber que el enemigo se acercaba. ¿Le parece á usted prudente hablar de esa manera en presencia de?...

—Déjeme usted en paz. Quiero hablar y hablaré aunque sea en presencia de todos los reyes del Universo. Ya me figuré, cuando vi á este mozo, que sería pájaro de mal agüero. Podía usted haber ahorrado á su caballo el trabajo de haber traído una noticia como ésta.

—Señor, dijo el teniente avergonzado y dando á conocer una

pena grandísima. hace usted mal en recriminarme. Le juro á usted que ignoraba el contenido del despacho.

—¡Usted qué ha de decir! repuso el gobernador con cierta torpeza. En todo esto hay indudablemente algo que huele á traición. Yo no creo al príncipe capaz de faltar á la palabra que me dió de venir en mi ayuda. Estando del castillo tan cerca como está y disponiendo. como dispone. de numerosas fuerzas no es creíble que no venga; lo considero imposible.

Y volvió á leer el despacho.

—¡Ah! exclamó de repente. ¡Bien lo decía yo! ¡Esta letra no es la del príncipe! Examínenla ustedes. caballeros. y digan si yo tengo razón.

El despacho pasó de mano en mano.

—Esta letra. dijo uno de los circunstantes. se parece á la del príncipe y no se parece.

—Diríase que alguien ha procurado imitar la letra del príncipe y no lo ha conseguido. declaró otro.

—Yo creo que esta letra no se parece en nada á la del príncipe. expuso un tercero.

Serrallonga se encaró furioso con el teniente y le preguntó:

—¿Que tiene usted que oponer á esto?

—Señor, respondió Gonzalo. lo único que puedo asegurar es que el despacho que tiene usted en la mano es el que me fué confiado para traerlo. Lo recibí de uno de los secretarios del príncipe con la orden de entregarlo inmediatamente.

—¿Cuál de los secretarios?

—El capitán Alvarez.

—¡Mentira! gritó Serrallonga rojo de rabia. ¿Cómo tiene usted valor para decir eso? El capitán Alvarez es precisamente quien me ha informado de las relaciones en que se halla usted con los rebeldes que sitian el castillo, á quienes usted ha enterado de cuántas y cuáles son nuestras provisiones y municiones y del número de fuerzas de que se compone la guarnición. Si algún despacho le fué confiado. que no lo creo. lo ha sustituído usted por éste que me acaba de entregar. Y después de tan villana traición tiene usted valor para manchar la honra de un caballero leal y noble.

—¡Falso, falsísimo! exclamó Gonzalo. ¡Soy tan inocente como

usted! ¡Esto no es más que una burda trama para perderme! Ese es el despacho que el capitán me entregó, y que con riesgo de mi vida le he traído á usted.

—¡Con riesgo de su vida! repuso el gobernador. ¡Con escarnio estaría mejor dicho! Bien seguro podía usted estar de salir ileso de las balas de los rebeldes.

Al oir esto Gonzalo quedó mudo y sin saber qué contestar.

No dudo que á los ojos de otros aparecería culpable, á los míos tenía el aire de un hombre inocente abrumado bajo el peso de tantas y tan falsas acusaciones.

—¡Basta ya! continuó diciendo Serrallonga. Llevad al traidor y que le fusilen dentro de una hora.

Tan aterrados quedaron todos con esta repentina y terrible orden que nadie osó pronunciar ni la menor palabra. Cuando algunos oficiales de la guarnición se disponían á cumplirla llevándose al teniente intervino el viejo sacerdote, diciendo:

—Señor gobernador, eso no puede ser. No hay pruebas suficientes para justificar la culpabilidad.

—¿Qué más pruebas necesitamos? ¿Hay aquí alguien que crea en la inocencia del joven teniente?

Ninguno contestó.

Cuatro ó cinco había allí que conocían á Gonzalo desde la niñez, y estoy segura de que todos ellos creían firmemente en su inocencia; pero ni uno solo se atrevió á confesarlo así, temiendo, sin duda, las consecuencias.

—Ya lo ve usted, añadió mi tutor, no hay uno que no le crea culpable.

En efecto, el pobre joven parecía hallarse solo, sin un amigo que saliera á su defensa.

Al verle tan abatido, tan abandonado de todos, me conmoví profundamente, y arrostrando las iras del gobernador me puse de pie, casi temblando, y dije con voz tímida:

—No, no es culpable, es inocente. Yo sé que es incapaz de semejante traición.

—¡Cállate, chiquilla! me interrumpió Serrallonga. ¿Qué tienes tú que meterte en estas cosas? Retírate de aquí, te lo mando.

Muchas veces pensé después que debía haberme quedado allí, y á fuerza de lágrimas y de ruegos haber procurado conmover á

mi tutor; pero no pude resistir la mirada de sus ojos ni el tono de su voz, y salí apresuradamente de aquella estancia.

Tan pronto como entré en mi cuarto me arrojé en brazos de mi fiel y cariñosa aya Juana, que vivió siempre á mi lado, y empecé á vituperarme por la cobardía que acababa de demostrar, diciendo, entre otras muchas cosas más ó menos disparatadas, que yo sería la responsable de la muerte del teniente.

—¡Señorita! ¡Por Dios, señorita! no llore usted. Contenta daría yo por salvarle aunque fuese mi vida, exclamó Juana; pero si Dios tiene dispuesto que muera, es necesario resignarse.

¡Resignarme yo! Imposible. Había que salvarle, era preciso evitar la muerte de Gonzalo. ¿Pero cómo? ¿Habría tiempo para intentar algo en su favor? Los minutos volaban, no había ni un momento que perder, pero nada se me ocurría.

Me puse á pensar; una idea salvadora asaltó mi mente, pero ¿cómo realizarla?

No me juzguéis, os lo ruego, con demasiada dureza; pero yo no tenía más que diez y ocho años, y el hombre que se hallaba á las puertas de la muerte, como quien dice, lo era todo en el mundo para mí.

Estaba furiosa, pero me sentía capaz de cualquier empresa, por arriesgada que fuese, con tal de salvar á mi pobre amigo.

Me acordé de que en el castillo había un subterráneo por el que podía salirse al campo fácilmente, y un rayo de luz vino á iluminar la negrura de mis pensamientos. Era un secreto de mi tutor, que yo conocía mucho antes de haber comenzado la guerra, y no vacilé en utilizarlo para la salvación del teniente. ¿Quién en mi caso no hubiera hecho lo mismo?

—Oye, Juana, dije en voz baja y sin separar la vista de la puerta del gabinete, temiendo que nos espiasen, conozco en el castillo un subterráneo por el que puedo salir para ponerme en comunicación con el jefe de las fuerzas enemigas y ofrecerle la entrega de la fortaleza si me da palabra de salvar á Gonzalo.

—¡Señorita! exclamó Juana asustada, eso sería una traición; y si el gobernador ó el príncipe llegaran á enterarse... ¡Dios mío, quién sabe lo que sucedería!

—No me importa lo que pueda suceder ni si es traición ó deja de serlo. Más pronto ó más tarde el castillo tiene que caer

en manos del enemigo, y el entregarlo de esta manera quizá evitará el derramamiento de mucha sangre. Además, ¿á mí qué me importa que sea así ó que no sea? ¿Crees tú que dejaré morir á Gonzalo pudiendo salvarle?

—¡Ay, señorita! ¡Mire usted lo que hace! Es imposible que de todo esto resulte cosa buena.

—¡Cállate! Tráeme en seguida una capa negra y una vela, que me voy.

Juana se colocó delante de mí diciendo:

—No, no va usted.

—¿Que no voy? ¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿Tú, Juana? ¿Serás capaz de hacerme traición de esa manera? ¡No, no me lo has de impedir! ¡Apártate ahora mismo!

—¡No quiero! me respondió resueltamente. ¿Cree usted que yo había de permitir que una señorita como usted se expusiera á andar por ahí de noche entre algunos cientos de rudos soldados? ¡Imposible! Lo que usted puede hacer es escribir una carta al jefe de las fuerzas enemigas, y yo me encargaré de que llegue á sus manos.

Juana se me impuso, como sucedía siempre que yo trataba de rebelarme. Me senté á la mesa escritorio, y con temblorosa mano escribí la siguiente carta:

Señor Coronel Utach.

Muy señor mío: Si usted me promete librar al teniente Gonzalo, que está condenado á muerte, y perdonar las vidas de los hombres de la guarnición, entregaré el castillo inmediatamente. Tengo el secreto de un subterráneo, por el que podrá usted entrar con sus fuerzas. Su s. s., q. b. s. m., ALICIA DE...

En seguida salimos del gabinete llenas de miedo. El menor ruido nos asustaba. Bajamos la escalera de caracol que conducía al sótano del castillo, y allí, en un rincón oscuro y cubierto de polvo y telarañas, estaba la puerta del subterráneo.

Como hacía mucho tiempo que no se había hecho uso de ella me costó mucho trabajo el abrirla. Por fin giró sobre sus goznes y nos estremecimos al tender la vista por aquel misterioso subterráneo, que parecía conducir á las entrañas de la tierra.

Estoy segura de que nada en el mundo me hubiera inducido á penetrar en él sino el recuerdo de la triste suerte que le esperaba á mi pobre amigo.

Hice la señal de la cruz y avancé resueltamente seguida de Juana, que venía temblando: todavía lo recuerdo con terror.

Casi á oscuras, porque la luz de la vela que llevábamos apenas alumbraba en aquel estrecho y profundo camino, llegamos al fin á la puerta de salida, que también nos costó grandes esfuerzos el abrir.

Salimos al campo y respiramos el aire puro y fresco de la noche, que era apacible.

Volví á insistir con Juana para que me dejara llegar hasta el coronel, pero no lo consintió.

—De ningún modo, señorita, me dijo. Si el príncipe ó el gobernador han de ahorcarnos á una de las dos, será preferible que me ahorquen á mí y no á usted.

—Bueno, bueno, vete, pero por favor te pido que despaches pronto. No hay un momento que perder: quizá sea ya tarde.

Salió, cerré la puerta, puse la vela en el suelo y esperé llena de ansiedad.

Asustada ante aquella oscuridad y aquel silencio profundo, atormentada por la duda, temerosa de que Juana no cumpliera su misión á tiempo y de que llegásemos tarde, me parecieron siglos los momentos.

Por fin llamaron á la puerta.

—¿Quién es? pregunté.

—Soy yo, señorita, respondió Juana.

—¿Abro?

—Sí, sí, abra usted.

Abrí y tras de Juana entró una partida de hombres. Al verlos traté de retroceder más asustada que nunca, pues sin que pudiera explicármelo sentí un repentino y vivo presentimiento del mal.

El primero de los que entraron se agachó, levantó la vela y á su luz pude verle la cara. ¡Cielos! ¡Era el príncipe! Me lanzó una mirada de profundo desprecio y pasó adelante mientras decía:

—Cuidad de esta mujer, que no se escape.

Dos soldados con los sables desenvainados se encargaron de Juana y de mí.

—¡Ay, señorita! No pude remediarlo. Los sitiadores habían desaparecido al saber que llegaba el príncipe en auxilio de los sitiados, y caí en manos de estos hombres, quienes me arrebataron la carta.

—¡Cállese! gritó uno de los soldados, si no quiere usted que la amordace.

Enmudecimos ante esta amenaza y proseguimos andando por el subterráneo.

Y ahora ¿qué podía yo creer? La llegada del príncipe ¿no demostraba la falsedad del despacho? Luego Gonzalo era indigno del sacrificio que yo me había impuesto por él. ¡Era un traidor! ¡Imposible!

Al entrar en el castillo y subir la tortuosa escalera llegó á nuestros oídos un rumor sordo primero y después grandes gritos y aclamaciones. Aquello, sin duda, significaba que el príncipe había sido reconocido por la guarnición.

Pasó un buen rato antes de que vinieran á llamarnos.

Al penetrar en el zaguán lleno de soldados se desarrolló ante mis ojos una escena que no olvidaré nunca. Todos me miraban de un modo que infundía espanto. Mi tutor estaba furioso. Yo hubiera querido morirme allí mismo, hubiera deseado desaparecer súbitamente entre las profundidades de la tierra.

Conducida á presencia del príncipe, me preguntó:

—¿Obró esta mujer, señalando á Juana, por instigación de usted?

—Sí, contesté, y contra su voluntad.

—Está bien; y dígame ahora: ¿Fué usted quien escribió esta carta dirigida al jefe de las fuerzas rebeldes?

—Sí, volví á contestar en voz muy baja.

El gobernador, que no apartaba de mí sus ojos, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—¿Y se proponía usted realmente ser traidora á su rey entregando el castillo?

—Señor, no entraba en mis propósitos hacer traición á nadie. Solamente me proponía salvar por este medio á un caballero oficial á quien creí inocente de la acusación que se le hacía.

Además, el despacho que recibió el gobernador aconsejaba la inmediata rendición del castillo. El gobernador lo creyó falso, pero yo...

—Sí, era falso, interrumpió el príncipe; fué obra de un vil espía que ha recibido ya el castigo de que era merecedor.

Al oir esto, las palabras que iba á proferir se me helaron en los labios. Mi desesperación no tenía límites.

—Si fuera usted hombre, añadió el príncipe con majestuosa severidad, probablemente la ahorcaría, señorita Alicia. Sus condiciones de mujer, su juventud, me obligan á proceder de otra manera. Pasará usted el resto de su vida en una prisión.

Una hora antes esta sentencia me hubiera horrorizado; pero después de lo ocurrido, confieso que no me causó impresión.

—Ahora mismo, continuó diciendo el príncipe, va usted á saber quién es la persona designada por mí para que se encargue de su custodia. Hizo una indicación á uno de los oficiales, y éste salió inmediatamente de la estancia. Momentos después, y con gran sorpresa mía, le vi volver acompañado del teniente Gonzalo.

Ya no se presentaba como un acusado, con la cabeza baja y la mirada triste, sino altivo y con el semblante alegre y sonriente, en medio de los saludos y aclamaciones de todos. Tras él entró el viejo sacerdote con un libro en la mano. Al momento sospeché lo que intentaba el príncipe y me eché á temblar.

—Caballero oficial, dijo S. A., sin duda habrá sabido ya por este digno sacerdote que se ha cometido con usted una grande injusticia. Poco después de haber partido usted recibí informes acerca del capitán Alvarez, los cuales me indujeron á arrestarle como espía de los carlistas. Al registrar su habitación se encontró en ella el despacho que yo había entregado á usted para que lo hiciera llegar á manos del gobernador del castillo. Al instante confesó que él mismo había forjado el despacho que usted trajo aquí, añadiendo que era completamente ajeno á tal superchería. Creo que estará enterado de cuanto después ha ocurrido. Y ahora, como recompensa de lo que ha sufrido y del valor y la lealtad que ha demostrado, perdono la ofensa de esta señorita, á condición de que se case usted con ella esta misma noche.

El teniente no pudo disimular su alegría.

—Señor, dijo con visible emoción, se lo agradezco á V. A. con toda mi alma, y juro que ninguna recompensa mayor podía concederme.

—¿Da usted su consentimiento, Serrallonga? preguntó el príncipe.

—Con todo mi corazón. Confieso que cometí una injusticia con este joven y que ardía en deseos de repararla. En cuanto á la señorita Alicia...

—No la trate usted con dureza, que no lo merece quien no vacila en exponerse á la vergüenza y á la muerte por salvar á la persona á quien ama. Todos en el lugar de Gonzalo desearíamos tener una amiga tan entrañable y tan fiel. Lo que hizo no fué seguramente deslealtad hacia el rey, sino amor hacia Gonzalo. Dudo que en adelante tenga S. M. más fieles vasallos. ¿Qué tiene usted que decir á todo esto? añadió dirigiéndose á mí cariñosamente. ¿Cree usted que le será muy duro vivir prisionera de este noble y valiente caballero durante el resto de su vida? Aun está usted á tiempo.

. . . .

Alguien que gusta mucho de embromarme á cuenta de esto suele decir que la única vez en que debía haber hablado fué precisamente cuando permanecí muda.

A lo cual, para que no se engría, contesto que ojalá no me hubiera callado.

Pero se ríe y... no me cree.

F. R.





Cuentos Orientales



El fakir de la ciudad misteriosa.

I

¡Vaya un espectáculo extraordinario! exclamó Federico cierto día en que desde la terraza de una casa india observábamos una extraña escena en la calle.

—Verdaderamente, contesté; aunque después de lo que vimos en la ciudad de Guzni, no creo que debería sorprendernos ninguna cosa de la India.

—Los sahibs han llegado á la ciudad de Conjeve muy oportunamente, observó Hassán, pues entre los espectáculos extraños que se ven en el Sur de la India no hay ninguno que supere á éste.

Después de nuestra aventura en Guzni, donde contemplamos la maravillosa roca de Hestra, habíamos atravesado el extenso valle del Ganges, llegando por último á Calcuta. Desde allí resolvimos recorrer la costa y nos detuvimos en Conjeve, donde nos ocurrió otra aventura muy interesante.

—¿Qué significa tanto alboroto, Hassán? preguntó mi amigo, observando con curiosidad la multitud de personas que se habían reunido en la calle.

—Hoy es el primer día, sahib, contestó el árabe, del gran festival que se celebra aquí todos los años. La imagen que llevan en aquella carroza es el principal ídolo de la ciudad.

Entre el vocerío y los gestos de miles de espectadores vimos una carroza, de unos cuarenta pies de altura, que tenía la forma de una



EL FESTIVAL

torre, sobre la cual se hallaba colocado un gigantesco ídolo, jinete en un toro de granito negro, con cuernos de oro. La carroza estaba tallada con grotescas figuras, y delante de las sólidas ruedas, que giraban lentamente, marchaban gran número de peregrinos tirando de ella por medio de cuerdas con el mayor entusiasmo.

—Vamos á bajar para examinar la carroza más de cerca, dijo Federico. Esos tallados bien merecen ser vistos detenidamente.

Hassán detuvo á mi amigo, poniéndole suavemente la mano en el hombro y diciendo:

—No es razonable lo que el sahib intenta hacer. Sé que es valiente; pero en medio de esos fanáticos idólatras le iría mal, muy mal. Es preferible no arriesgarse demasiado en estas circunstancias. ¿Se negará el sahib á escuchar las palabras de Hassán cuando os dice, porque lo sabe bien, que más de una vez han ocurrido sangrientos sucesos en las calles de Conjeve?

—No creo que haya motivos para que temamos meternos entre el populacho, dijo Federico. Y luego, volviéndose hacia mí, añadió:

—Vamos, Julio, la carroza ha llegado ya al centro de la calle.

Me levanté para seguirle, mientras le decía á Hassán:

—Si no quiere usted venir quédese ahí, no tardaremos en volver.

—El árabe no abriga temor ninguno por él, sahib, respondió Hassán con calma. Adonde vayan los sahibs allá irá su esclavo.

Un momento después, á fuerza de empellones, nos abríamos paso por entre la muchedumbre que marchaba detrás de la carroza. Indios con sus túnicas blancas y turbantes de varios colores; mujeres muy ataviadas con joyas en el cuello, en los brazos y en el pelo, llevando descubierta la cabeza; mendigos, comerciantes, peregrinos y devotos con la cara tiznada de ceniza constituía aquella abigarrada multitud entre la cual nos metimos.

A pesar del color bronceado de nuestros semblantes por efecto de los prolongados viajes, casi todos se volvian para mirarnos con curiosidad: algunos con cara de amigos, pero la mayor parte expresando con sus feroces miradas el odio que sentían hacia nosotros por la profanación que cometíamos al mezclarnos con aquellos cuyas frentes llevaban impreso el sello sagrado, indicador de su fervorosa devoción al ídolo.

Si Hassán tuvo ó no algún presentimiento cuando nos dijo que no nos moviéramos de la terraza no es fácil asegurarlo, pero en nuestro deseo de ver la carroza más de cerca seguimos adelante sin acordarnos de él.

Cuando hubimos satisfecho la curiosidad me volví buscándole y vi con sorpresa que había desaparecido.

—¿Qué se ha hecho de nuestro guía, Federico? pregunté.

—Se habrá quedado atrás, contestó. No mostraba grandes deseos de acompañarnos, y no le he visto desde que abandonamos la terraza.

—Pues nos siguió por fin, repliqué. Estoy seguro de que hasta hace unos momentos estaba á nuestro lado.

—No hay que apurarse, añadió Federico con indiferencia; no tardará en presentarse. No es la primera vez que está Hassán en Conjeve, y tal vez no le habrá agradado el trabajo de abrirse paso por entre una multitud de fanáticos con un día de tanto calor. Probablemente en este momento se hallará en la terraza sentado cómodamente y reflexionando acerca de nuestra estupidez y su cordura.

Apenas Federico había terminado de pronunciar estas palabras cuando llegó á nuestros oídos un fuerte alboroto que se había armado en una de las calles por las cuales acabábamos de pasar. Sin duda había sucedido alguna cosa inesperada, y sospechando nosotros que pudiera relacionarse con la desaparición de nuestro guía, hicimos grandes esfuerzos para pasar por entre la multitud que se había reunido al pie de uno de los muchos templos con que en Conjeve se tropieza á cada instante.

La agitación fué aumentando rápidamente, y muy pronto nos vimos encerrados entre una masa de gente que no nos permitía avanzar ni retroceder. Como la calle formaba una pequeña pendiente podíamos tender la vista por encima de las cabezas de la multitud, y de este modo llegamos á formarnos idea de lo que había ocurrido. De pie y arrimado á una pared ruinosa del templo hallábase nuestro fiel guía, quien, con la mano izquierda en la espalda, luchaba con la derecha para esquivar los feroces sablazos que le dirigía un fakir indio ó sea un fanático de aspecto feo y repulsivo. Llevaba el fakir una vestidura amarilla muy ceñida al cuerpo, y la cara, de mirada horrible, estaba medio oculta por el desgreñado pelo que le caía hasta los hombros. Muy al contrario del resto de sus compatriotas, tenía la barba larga y áspera, lo cual significaba, según nos dijeron después, que había hecho algún voto. Por esta razón era muy respetado de los demás.

Todos los espectadores le animaban vociferando á la lucha, aunque teniendo cuidado de no acercarse mucho á Hassán, cuyo sable relucía vivamente al moverlo de aquí para allá, esquivando con habilidad suma todos los golpes del fakir.

—No quisiera más que poder pasar por entre la multitud para llegar hasta ellos, dijo Federico; pronto le arreglaría yo las cuentas al fakir. ¿Qué habrá hecho Hassán para promover la riña?

—Supongo que no habrá sido mucho, contesté. Hassán es harto prudente para ofender á nadie, y menos á un fanático.

Siguiendo con atención, con ansiedad más bien, el reñido combate, en el cual nos era imposible tomar parte, añadí:

—Hassán obliga al fakir á trabajar bien y el populacho lo conoce. Es de presumir que, si llegara á triunfar nuestro guía, el tumulto sería horrible. Probablemente pretenderían despedazarle entre todos.

—¡Cuán poco se figurará Hassán que le estamos observando! dijo mi amigo. En este momento es tan grande el tropel que ni



EL COMBATE

siquiera puedo bajar la mano para desenvainar el sable. ¡Si mirase hacia aquí, estoy seguro de que se animaría al vernos! Creerá que está á merced del populacho.

—¡Magnífica estocada! exclamé entusiasmado al ver que Hassán, desviando un golpe dirigido á la cabeza, casi consiguió hundir el sable en el pecho de su adversario.

Nos habíamos encariñado mucho con nuestro fiel guía, porque, aparte las frecuentes ocasiones que hallaba para saquearnos los bolsillos, tenia cualidades excelentes, muy raras entre los hombres

de su raza; pero el valor que demostraba en aquel momento hubiera despertado la admiración de cualquiera. Federico le observaba tan entusiasmado como yo.

La gritería del populacho iba en aumento al ver que Hassán, que hasta entonces había permanecido á la defensiva, comenzaba á perseguir con empeño á su enemigo, haciéndole retroceder y hasta hiriéndole más de una vez.

Sin embargo, no quiso el destino que el árabe saliera triunfante, pues uno de los indios, más atrevido sin duda que los demás, le acometió por un lado, y con la momentánea sorpresa que esto le causó, Hassán volvió la cabeza. En un instante le arrancaron el sable de la mano, y mientras el fakir le sujetaba, el indio le amarró fuertemente con la tela del turbante.

Al ver esto el populacho aulló de satisfacción, y no contento con la traición que le habían hecho ya á nuestro guía trataron de lanzarse sobre él llenos de furia: pero el fakir, levantando la mano para imponer silencio, les contuvo, pronunciando al mismo tiempo, en alta voz, algunas palabras incomprensibles para nosotros. La multitud respondió con entusiasmo, y Federico y yo, aprovechando la ocasión que nos ofrecía el movimiento, nos abrimos paso á fuerza de empellones hasta llegar casi al lado de Hassán, pero nuevamente fuimos detenidos por el oleaje humano.

El árabe volvió la cabeza por casualidad, y cuando se fijó que estábamos nosotros allí trató de levantar los brazos para hacernos alguna señal. Fué inútil, pues el fakir y el indio le arrastraron hasta meterle por un hueco de la pared ruinosa de que antes he hablado.

Federico entonces desenvainó el sable, lo cual hizo retroceder un poco al populacho; pero repuesto de la primera impresión revolvióse con rabia hacia nosotros, aunque en vano, pues aprovechando aquel momento habíamos ya llegado hasta el hueco de la pared, por el que penetramos después de apartar á un indio de mirada feroz que se atrevió á colocarse en la entrada.

Una vez dentro, nos encontramos en una especie de patio no muy espacioso, pero sí bien empedrado, á cuyo extremo vimos una miserable choza hecha con cañas de bambú y ramas de palmera.

Nos acercamos á ella, llamamos, y como nadie respondía abrimos la puerta y entramos, dando de manos á boca con el asqueroso fakir.

II

—¿Cómo se atreven los europeos á penetrar en mi vivienda? ¿Han sido por ventura invitados? preguntó volviendo hacia nosotros su cara siniestra y repulsiva.

—¿Dónde está el hombre á quien habéis arrastrado por el hueco de la pared exterior del templo? dijo Federico, respondiendo á una pregunta con otra.

—No sé de quién habláis, repuso el fakir sonriendo despreciativamente. Aquí no ha entrado más europeo que vosotros dos.



HERIDME, MATADME SI OS PLACE, DIJO.

Federico le lanzó una mirada de rabia al oir esta esquiva respuesta, mientras llevaba la mano á la empuñadura del sable, el cual había vuelto á envainar cuando penetramos por el hueco.

—No buscamos á ningún europeo, añadió reprimiendo su enojo, sino á nuestro guía árabe. Si os habéis atrevido á herirle, os juro que moriréis.

El fakir volvió á mirarnos con desprecio y fué á tenderse sobre una miserable estera que cubría algunas baldosas de la estancia donde nos hallábamos.

—Heridme, matadme si os place, dijo hecho una furia, no me defenderé; pero por ese medio no conseguiréis arrancarme el secreto que deseáis averiguar.

Federico quedó indeciso durante un momento. No podía herir á

quien se negaba á defenderse, y sin embargo comprendía que era peligroso que perdiéramos ni un minuto. Mientras tanto yo examinaba detenidamente la estancia, buscando algún indicio que nos indicara el paradero de Hassán. Las paredes eran de barro secado al sol y estaban exentas de todo papel, de todo blanqueo. Sólo en algunos sitios se veían dibujos y marcas iguales á los que llevaba el fakir en la frente. Un trozo de cielo azul se dejaba ver por entre las ramas de las palmeras que cubrían el techo, y en cuanto al mobiliario, lo componían la estera sobre la cual se había tendido el fakir y algunos cacharros de barro desportillados.

Era indudable que Hassán había pasado por allí, pues no existía otro medio de llegar al templo que dominaba aquella miserable vivienda.

—¿Y ahora qué hacemos? pregunté muy contrariado. Para mí es indudable que este canalla, con ayuda del indio, ha logrado ocultar á Hassán, cuyo paradero me parece muy difícil averiguar, pues aquí no hay más entrada ni más salida que el hueco por donde nosotros hemos penetrado.

—Ten un poco de paciencia, Julio, respondió Federico; no tardaremos en averiguarlo. Mientras yo hablo con este perro judío colócate al lado de la puerta, y suceda lo que suceda no permitas que salga por ella.

Inmediatamente ocupé el puesto que me había indicado Federico, y éste, acercándose al fakir é inclinándose sobre él, le dijo:

—Estáis fatigado de la lucha que sostuvisteis con el árabe: es más, veo que estáis herido.

Y señaló dos manchas rojas que se destacaban en la vestidura del fakir.

—Sí, contestó éste con furia: pero juro que el perro que me hirió lo ha de pagar con la vida.

Y dió media vuelta sobre la estera.

Un momento después vi que Federico la agarraba para sacarla de debajo del cuerpo del fakir, el cual se puso de pie exclamando furioso:

—¿Por qué os permitís tocar con vuestras manos profanas el único sitio de reposo para mi fatigado cuerpo?

—Allí, contestó Federico apartando la estera con el pie, allí está la entrada al lugar donde tenéis oculto á nuestro guía. Conducid-

nos á él inmediatamente á fin de que le pongamos en libertad. De lo contrario, os obligaremos por la fuerza.

—El europeo es listo, dijo el fakir, y en efecto ha hallado la entrada al camino secreto; pero ¿por qué he de conduciros yo al sitio donde se encuentra el árabe?

Federico se quitó una sortija con un magnífico brillante que llevaba en el dedo, y ofreciéndosela al fakir añadió:

—He aquí lo que os inclinará á hacerlo. Por el limosnero que veo allí comprendo que sois pobre. Tomad esta sortija y conducidnos ahora mismo al sitio donde está nuestro guía.

El fakir contempló por un momento con asombro la preciosa sortija, y luego, cogiéndola con marcado interés, exclamó:

—Aunque sois hereje no puedo menos de aceptar lo que me ofrecéis. Lo que con amenazas no habríais conseguido nunca lo habéis logrado por este medio.

Ni el tono de voz ni los ademanes del fakir me inspiraban gran confianza; estaba casi seguro de que nos haría traición. Así se lo hice entender á Federico mientras aquel canalla, inclinándose un poco, levantó con suma facilidad una de las losas que formaban el pavimento. Luego, señalando el hueco que quedaba abierto, dijo en cierto tono y como si se arrepintiera del compromiso contraído:

—La escalera de palmeras entrelazadas que estáis viendo llega desde aquí hasta el extremo de un pasillo que conduce al sitio que buscáis. ¿Os atrevéis á llegar hasta él?

Miramos con repugnancia el negro abismo que se abría á nuestros pies, y en el fondo vimos una luz tenue. Federico se volvió hacia mí, diciendo con la mayor tranquilidad:

—Es preciso arriesgarse, Julio, puesto que se trata de salvar la vida de nuestro guía. Luego, dirigiéndose al fakir, añadió apresuradamente:

—Echad por delante, que nosotros os seguiremos; pero os aseguro que si nos hacéis traición, bien pronto os arrepentiréis.

En cuanto el fakir hubo descendido, Federico se agarró á la escalera y bajó unos cuantos peldaños. En seguida me llamó para que le siguiera, y poco á poco, y con mucho cuidado, fuimos descendiendo por entre aquella impenetrable oscuridad. De cuando en cuando nos deteníamos temiendo encontrarnos con algún lazo tendido por el fakir, pero por fin llegamos al fondo y nos hallamos

en el comienzo de un pasillo toscamente abierto en la roca y que formaba pendiente hacia arriba. Algunos rayos de luz penetraban por el lejano hueco del pavimento por donde habíamos bajado. Cuando nos unimos al fakir en aquella especie de subterráneo nos lanzó una mirada interrogativa, pero no se atrevió á dirigirnos la palabra hasta que hubimos atravesado todo el pasillo.



¿OS ATREVÉIS Á LLEGAR HASTA ÉL? PREGUNTÓ EL FAKIR

Al salir de nuevo á la luz del día nos detuvimos de pronto, contemplando llenos de asombro la extraña escena que se ofrecía á nuestra vista.

Allá en el fondo elevábanse las ruinas de un vasto templo que descansaba sobre la roca, cuya base estaba formada por una porción de arcos abiertos por la mano del hombre. En un nicho del centro veíase un enorme ídolo de piedra idéntico al que aquella mañana llamó nuestra atención en las calles de la ciudad. Estaba rodeado de gran número de figuras esculpidas también en piedra y en acti-

tud de prestarle adoración. La roca del fondo había sido cortada de manera que venía á representar una calle en la que se veían multitud de marcas y emblemas singulares. Más abajo se hallaban las ruinas de una aldea, cuyas miserables y pequeñas chozas contrastaban vivamente con la grandiosidad de los atrevidos tallados de la parte superior.

Era imposible calcular cuántos siglos habían pasado desde que aquellos lugares estuvieron habitados. Todo el terreno estaba cubierto de una hierba alta que en algunos sitios parecía haber sido hollada recientemente. Se lo hice observar á Federico, el cual me contestó:

—Tienes razón. Esas serán las consecuencias de la violencia empleada con Hassán al traerle aquí, pues tengo por cierto que se habrá resistido con todas sus fuerzas.

Al llegar el fakir delante del ídolo se postró con grande humildad, dando con la frente en el suelo repetidas veces. Luego, levantándose, se dirigió á nosotros diciendo:

—¿Han visto los europeos alguna maravilla como esta silenciosa ciudad?

Federico se encogió de hombros haciendo un gesto de impaciencia y contestó:

—Enseñadnos pronto el sitio donde se halla oculto nuestro árabe: no venimos aquí á perder el tiempo contemplando la obra de una raza de fanáticos. A juzgar por las huellas que se ven en la hierba, por aquí habéis traído arrastrando á Hassán, probablemente para ocultarle en una de esas cuevas.

El fakir lanzó una carcajada sarcástica, que resonó lúgubremente en aquel misterioso recinto, y repuso:

—Aún más extraño de lo que os figuráis es el motivo de encontrarse hollada esa hierba que crece entre las ruinas adonde os habéis atrevido á llegar. Sin embargo, ahora veréis la cueva donde se halla preso aquel á quien buscáis.

Así diciendo, avanzó por entre la hierba seca y crujiente, seguido muy de cerca por nosotros. En medio de la negra sombra de las ruinas de la parte alta, el inmenso hueco parecía aún más sombrío que el otro lado, mientras que las cuevas que formaban la base parecían todavía más lúgubres y tristonas. Al acercarse á una de ellas se detuvo el fakir diciendo:

—Ahí tenéis el sitio que buscáis. El árabe duerme; pero si os inclináis sobre él, podréis despertarle y llevarlo de aquí.

Mientras hablaba el fakir me entretuve observándole detenidamente. Un odio feroz destacábase en sus ojos, y todas las facciones de su repugnante rostro, coronado por un pelo desgreñado y sucio, revelaban la rabia que le inspiraba nuestra osadía. Cuando vió que nos acercábamos á la entrada de la cueva lanzó otra carcajada no menos ruidosa que la anterior y comenzó á accionar con violencia, murmurando palabras incomprensibles para nosotros. De pronto, levantando los brazos, fué á meterse en una de las cuevas del otro lado. Un instante después me decía Federico:

—Sígueme con mucho cuidado, Julio; es muy posible que de un momento á otro tropecemos con algún peligro inesperado. Este fakir traidor no me inspira ninguna confianza.

Y penetramos en la cueva. Mi amigo iba por delante llamando de cuando en cuando á Hassán, aunque sin obtener respuesta. Después de haber avanzado unos cuantos pasos, Federico se detuvo diciendo:

—Casi me inclino á creer que Hassán duerme; pues si no me engaña la vista en esta densa oscuridad, allá dentro hay algún objeto tirado en el suelo.

Miré detenidamente hacia el interior de la cueva y me pareció ver á lo lejos dos puntitos vivos y encendidos.

—Mira, Federico, exclamé; Hassan debe estar allí; pero ¿por qué no?...

No terminé la frase, pues mi amigo, lanzando un grito horrible, apretaba el paso para huir de la cueva buscando la salida. Sentí su respiración fuerte y agitada mientras venía corriendo detrás de mí, y un momento después vi que caía desplomado en tierra. Volví para auxiliarle, y con asombro y horror vi que luchaba con un tigre enorme que le tenía sujeto en el suelo, mientras Federico procuraba cogerle por la garganta.

III

Los esfuerzos de mi amigo irritaban más y más á la enfurecida fiera, y durante unos momentos no pude hacer cosa de provecho para salvar á Federico hasta que saqué el cuchillo de caza, y en

cuanto se presentó ocasión me arrojé sobre el tigre, resuelto á todo trance á arrebatarle su presa. Entonces la fiera, abandonando á mi compañero, levantó una de sus zarpas y me echó al suelo de un golpe. En seguida se arrojó con todo el peso de su cuerpo encima de mi pecho y comenzó á golpearme atrozmente. De pronto sentí



VI QUE FEDERICO LUCHABA CON UN TIGRE ENORME

que me levantaba en el aire y entraba de nuevo, llevándome en la boca, en el interior de la cueva á que nos había conducido el malvado fakir.

Hice un último y supremo esfuerzo para librarme y lo conseguí, pues la fiera me soltó, y dando un terrible rugido se encaminó á su cubil en el mismo momento en que resonaba en la ciudad silenciosa el eco de un tiro de revólver.

Federico se acercó apresuradamente, é inclinándose me preguntó con voz de angustia:

—¿Te ha causado mucho daño, Julio? Por de pronto ya tiene bastante, pues no llegará vivo hasta el cubil.

Vacilando y medio atontado á consecuencia de los golpes me puse de pie, y mirando hacia el interior de la cueva vi el tigre muerto á pocos pasos de donde estábamos.

—No te apures Federico, contesté, no es gran cosa: únicamente me duelen los golpes que me dió con sus descomunales patas.

Estuvimos descansando un rato, y luego le dije á mi amigo:

—¿Dónde se hallará Hassán? No creo que debemos perder el tiempo, porque tal vez esté sufriendo mucho.

—Lo más probable será que esté oculto en alguna de estas cuevas, tal vez en aquella donde penetró el fakir.

—Vamos á buscarle: pero esta vez improvisaremos unas antorchas para examinar el interior de las cuevas antes de entrar en ellas.

Recogimos una buena cantidad de la hierba seca, y después de entrelazarla y encenderla nos dirigimos á las cuevas del otro lado, en una de las cuales se había metido el fakir cuando vió que su diabólico plan iba á tener el éxito que él deseaba.

Cuando llegamos á las cuevas, Federico se volvió hacia mí diciendo:

—Creo, Julio, que deberíamos llamar de cuando en cuando á Hassán, pues tal vez nos oiría: si no le han amordazado nos contestará, y así sabremos adónde dirigirnos.

Convine con mi compañero en que era lo mejor que podíamos hacer, y entonces, colocándose ante el sitio donde había varias cuevas correlativas, llamó en alta voz:

—¡Hassán, Hassán!

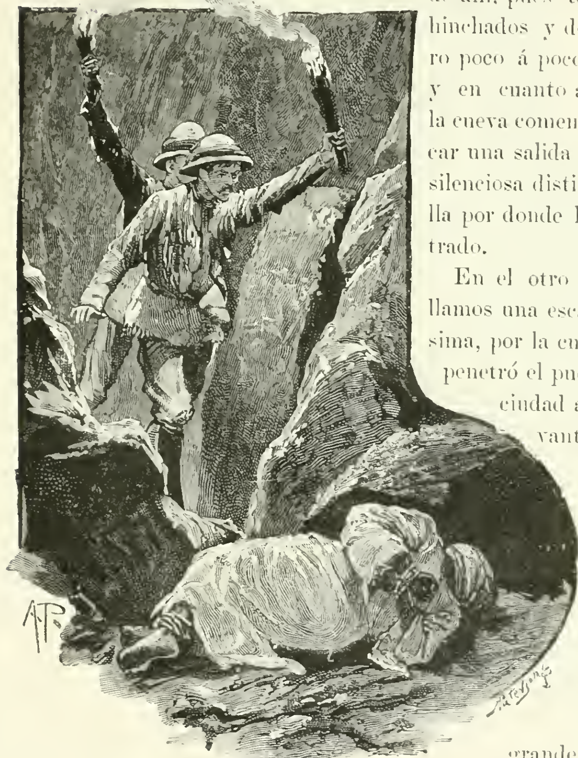
Grande fué nuestra alegría al oir la conocida voz del árabe, que contestaba desde muy cerca. Volvimos á gritar, y guiados por su voz entramos en una de las cuevas llevando en las manos las antorchas encendidas que con la hierba habíamos improvisado. Por fin, después de apartar un gran bloque de piedra que cerraba el paso, hallamos á nuestro fiel guía tendido en el suelo, con los pies y las manos amarrados fuertemente.

—¡Que Alá bendiga á los sahibs! exclamó Hassán con cierta

gravedad. Y luego, fijándose en nuestras ropas destrozadas en la lucha que sostuvimos con el tigre, añadió:

—Los sahibs han luchado con graves peligros por salvarme. Su esclavo les será fiel y agradecido mientras viva.

Algún trabajo nos costó sacar á Hassán de allí, pues tenía los pies hinchados y doloridos; pero poco á poco pudo andar, y en cuanto abandonamos la cueva comenzamos á buscar una salida de la ciudad silenciosa distinta de aquella por donde habíamos entrado.



HALLAMOS Á NUESTRO FIEL GUÍA

En el otro extremo hallamos una escalera antiquísima, por la cual, sin duda, penetró el pueblo desde la ciudad al templo levantado para la adoración de sus ídolos.

Subiendo por ella atravesamos luego las gigantescas ruinas del templo, donde vimos grandes trozos del techo esparcidos entre los ídolos destrozados y caídos en tierra. Las paredes también estaban casi en ruinas, pero por fin salimos por un hueco sin dificultad. Aun nos cerraba el paso la muralla exterior, mas después de andar un rato encontramos una puerta muy antigua, de hierro, por la cual pudimos salir á la calle.

—Hassán, dije cuando subíamos por la escalera que conducía al templo, he visto al fakir y al indio que salieron de la cueva para observarnos; su diabólico plan quedó desbaratado por completo. ¿Qué pensaban hacer con usted?



¿QUÉ PENSABAN HACER CON USTED?

—¿Querrán los sahibs decirme, contestó el árabe mirando nuestras desgarradas ropas, qué les ha sucedido?

Se lo referimos todo detalladamente y repuso:

—Les explicaré, sahibs, lo que ocurrre. Hace muchos siglos penetró en la ciudad silenciosa, de la cual acabamos de salir, un tigre hembra y tomó posesión de una de las cuevas, donde hizo su cubil. Los indios, muy extrañados de aquello, buscaron una ex-

plicación, hasta que por fin se convencieron de que el ídolo montado en el toro estaba incomodado con el pueblo. Entonces buscaron á este fakir, el cual, invocada su ayuda, declaró que alguien había profanado el templo y que hasta que un extraño no fuese víctima de la fiera no se aplacaría la cólera del ídolo. La larga barba que lleva denota el voto que tenía hecho de encontrar la persona extraña á quien hacía referencia. Intencionadamente me empujó en la calle cuando mirábamos el paso de la carroza, y en cuanto yo protesté, desenvainó el sable. Lo demás ya lo visteis, sahibs, y ahora sabéis que yo estaba destinado para ser devorado por él cuando el sol se hubiese ocultado tres veces en el cielo oriental.

—¿Y no le parece á usted, Hassán, preguntó Federico cuando caminábamos hacia Conjeve, que más valía correr esta aventura que estar tranquilamente sentados en la terraza?

—Los sahibs son valientes, contestó el árabe, y no dan importancia al hecho de haber salvado la vida á su más humilde esclavo, quien, sin la intervención de los sahibs, estaría muerto á estas horas.

—Pues mire usted, Hassán, continuó Federico, casi me pesa el haber matado al tigre.

—¿Y por qué, sahib? preguntó el árabe muy sorprendido.

—Porque tal vez algún día se le hubiera antojado que el fakir era un bocado apetitoso y se hubiese dado un banquete.

Y regresamos á la casa india donde estábamos hospedados, muy contentos con la idea de poder descansar después de tan peligrosa aventura, pues el tigre había dejado bien señalado á Federico, y las heridas y golpes que yo recibí eran más graves de lo que en un principio me figuré.

C. J. Mansford.





El Castillo misterioso.



I

Hacía tiempo que Enrique Velasco andaba en busca de un argumento extraordinario, sobrenatural, punzante. para escribir una obra de gran interés que le diese dinero y fama, pues, á la verdad, de las dos cosas estaba necesitado el pobre chico.

Tenía, indudablemente, talento y disposición para el manejo del arte literario; pero, como otros muchos compañeros de fatigas, tropezaba fatalmente contra la valla del terrible círculo vicioso que rodea á todos los literatos en embrión: el «dese usted á conocer», frase estoica y desesperante que corta á tantos infelices las alas del ingenio, obligándolos á permanecer pegaditos á la tierra como los más míseros de los mortales.

Así le sucedía á nuestro protagonista.

Había escrito no pocas obras de mérito indiscutible, y careciendo de fondos para editarlas por su cuenta, las tuvo que archivar con harto sentimiento de su corazón y de su bolsillo.

Pero no se desanimó, sin embargo, y en su cerebro de artista germinó una idea que, según él, había de llevarle á la meta de sus aspiraciones.

Esta idea era la de buscar, como antes dijimos, un argumento sobrenatural y estupendo que llamase mucho la aten-

ción, que fuera muy del agrado del público, que se impusiera, en una palabra.

Velasco tenía una imaginación oriental, amiga de las leyendas moriscas, de los cuentos de *Las mil y una noches* y de las novelitas fantásticas de Hoffmann. Era enemigo encarnizado del estilo clásico moderno, que rehuye las paradojas y une á la más pulida forma la naturalidad más refinada.

El, por el contrario, amaba aquello que apenas su mismo criterio podía comprender; odiaba las novelas de costumbres y se engolfaba en la lectura de cuantas obras se han escrito de corte fantástico. Y este capricho extravagante le dominó tan por completo que llegó á creer de buena fe en las brujas, en el aquelarre, en los conjuros y en todos los desatinos de la magia negra.

Se aprendió de memoria *Los mil y un fantasmas*, de Dumas, padre, y en muchas ocasiones, viendo su silueta reflejada en la pared, se detenía y la increpaba, á veces con dulzura, á veces con tono agrio y severo, según la adornase su excitada imaginación de alas sutiles, como nos representan á las visiones celestes, ó bien de cuernos retorcidos y rabo encrespado, como nos figuramos al rebelde Satanás.

Aparte de este desequilibrio mental, Enrique Velasco era un muchacho ilustrado, listo y trabajador, de educación esmerada y de trato sumamente agradable.

Siguieron pasando los días, las semanas y los meses, con ese correr vertiginoso del tiempo que supera con mucho en velocidad á cuantos vehículos eléctricos ó no eléctricos pudo inventar la criatura para su comodidad y regalo, y quiso la suerte que á Velasco le cayesen en la lotería unos cuantos miles de pesetas, que vinieron á solucionar el problema que nuestro amigo tenía hacía tiempo dentro de la cabeza.

El ideal de Enrique ya sabemos que era el de discurrir un argumento estrambótico y *de mucho efecto*, para escribir una obra de esas que por sí solas se bastan para legar un nombre á la inmortalidad.

Pero su segundo ideal era el de viajar para recoger impresiones en sitios diversos y escuchar las leyendas que tienen casi todos los pueblos, lo cual le serviría bastante para lograr el triunfo.

Y no hay que decir que en cuanto el pobre hombre se vió con algún dinero en cartera y sin obligaciones perentorias que lo detuviesen en lugar alguno determinado, fraguó su equipaje y tomó un billete al azar, el primero que se le vino á las manos, decidido á gastarse su fortunita, con la lisonjera esperanza de triplicarla, cuadruplicarla, quintuplicarla, sextuplicarla... ¿Quién sabe? ¿Quién podía adivinar hasta dónde llegaría su suerte y la victoria de su talento?

¡Pobre Velasco!

Él y D. Quijote de la Mancha y todos los locos de su calaña debían tropezar, antes de lanzarse á tamañas aventuras, confiando en triunfos de una ó de otra índole que casi nunca alcanzan, debían tropezar, decimos, con un alma caritativa que, conociendo su desvarío, los detuviese á tiempo, diciéndoles como le decía un andaluz á un paisano suyo, que exageraba con un cinismo propio de la tierra:

—Compare, compare, quite ozté jierro...

II

Si seguimos, en alas de la imaginación, á nuestro conocido fantaseísta, veremos que fué á dar con sus huesos en un pueblecillo de la costa cantábrica muy pintoresco, muy saludable, pero pacífico y triste como un alma sin ilusiones.

Sus habitantes todos eran pobres; vivían de la pesca y no tenían más solaz que el de bailar al son de la gaita dos ó tres veces al año; algún día gordo, como ellos decían, ó sea la fiesta del Santo Patrono y la Pascua.

Aparte de estas contadas y relativas diversiones, todo era en la aldea trabajo y recogimiento. Incluso los domingos, se entretenían en recomponer las mallas averiadas y en arreglar las barquichuelas que habían sufrido algún rudo embate.

Los habitantes de aquel pueblecillo no parecían seres vivientes, sino sombrías siluetas del pasado, autómatas industriosos que trabajaban para vivir y vivían para trabajar.

Las mozas y los mozos ignoraban por completo el significado de la palabra «amor», y se podía transitar libremente por sus calles (con honores de veredas) á cualquier hora del día ó de la

noche, sin peligro de pecar de indiscreto sorprendiendo alguna plática sabrosa ó algo que denotara que en aquellos robustos pechos, curtidos por el sol y la brisa del mar, había también un corazón palpitante y ardiente.

Nada de amoríos, nada de requiebros, nada de apasionadas endechas; nada... ¡absolutamente nada!

Y había quien se casara, sin embargo, pero estas bodas se hacían siempre tratadas entre ambas familias de los novios y se unían, ora por mutua conveniencia, ora por el instinto de reproducción innato en todos los seres desde que Dios concedió vida al mundo pronunciando la frase soberana: «¡Creced y multiplicaos!»

Por algo de esto sería, sin ningún género de dudas, por lo que se unían entre sí los habitantes del pueblo en cuestión; por todo menos por amor, pues los apasionamientos eran calificados de tonterías y no había novio que se atreviese á mirar á su prometida con menos indiferencia que á las demás mujeres.

A este punto, como ya dijimos, fué á parar Enrique Velasco, y desde el primer momento comprendió que allí le sería fácil empezar á recoger impresiones para su novela, ó sean apuntes para la historia, puesto que, según él, su obra estaría forzosamente llamada á pasar á los anales de la historia literaria como joya de mérito, cuyo valor se acrecienta al paso de los siglos.

El tal pueblecito estaba enteramente exento de fondas y hoteles, ni buenos ni malos, para viajeros, y Velasco, no sin dificultad, pudo encontrar asilo en casa de un honrado matrimonio, ya muy entrado en años, que tenía un hijo mozo, de oficio pescador como todos los de la aldea, fornidote, ingenuo y amigo de agradar.

En el seno de esta honrada familia fué bien acogido nuestro héroe, mediando, como es natural, una cantidad de dinero para su manutención y el cuidado de su ropa.

Corrían los primeros días de noviembre y el frío se hacía sentir de una manera respetable en el puerto.

Al día siguiente de su llegada, no repuesto aún del cansancio que le causara el viaje, Velasco quiso empezar su obra comenzando á recoger impresiones cuanto antes mejor.

El pobre viejo, dueño de la modesta casa donde Enrique

vivía, se hallaba, al caer de la tarde, dormitando junto al fuego que ardía en una espaciosa chimenea de campana, mientras su mujer, casi á tientas, recomponía una red que se le había roto á su hijo el día anterior.

Velasco abandonó su dormitorio, única habitación que tenía para él solo, y, entre paréntesis, la mejor de la casa, y se dirigió á esta estancia diciendo desde la puerta:

—¡Dios guarde á ustedes! ¿Puedo yo también calentarme junto á esa hermosa lumbre?

—¡Pase, pase, señor! dijo la vieja con agrado, ofreciéndole una silla junto á la chimenea, que ocupó inmediatamente Enrique sin hacerse rogar.

El marido, sacado de su soporífero sueño con el ruido de estas palabras, lanzó un ronquido estridente, abrió los ojos con pesadez, se los restregó con sus callosas manos, y al ver frente á él sentado á su distinguido huésped, se puso de pie lo más de prisa que le permitieron sus años y dijo con disgusto:

—¡Canastos, Josefa! ¿Por qué no me has avisado que estaba aquí el señorito?

—Acabo de entrar, se apresuró á decir el joven. No se inquiete usted por mí, buen hombre, y hágase cuenta que soy de casa.

El anciano pescador se inclinó profundamente y volvió á ocupar su asiento con cara satisfecha.

—¿No habría por aquí cerca algún establecimiento donde despacharan buen vino? preguntó Enrique mientras aproximaba más su silla á la chimenea. Con este frío conviene calentarse también por dentro para establecer el equilibrio. ¿No es verdad?

El viejo asintió con un ademán de cabeza y contestó:

—No lejos de aquí hay uno bueno donde dan vino de confianza: si el señor quiere...

—Sí, dijo Velasco sacando de su bolsillo varias monedas. Si hubiera quien se llegara por él...

—Yo iré, dijo la señá Josefa, como en el pueblo la llamaban, soltando apresuradamente la red y recogiendo el dinero que su huésped había dejado sobre una mesa.

La anciana salió y Velasco se quedó unos instantes reflexivo, mirando con ojos melancólicos la leña que se consumía lentamente en la enorme chimenea de campana.

El viento huracanado azotaba las ventanas de aquella habitación y algunas gruesas gotas de agua se desprendían de un cielo de color plomizo, triste y sombrío como el desengaño.

Las campanas de la torre del pueblo dieron el primer toque de oraciones con un tañido lento y prolongado.

Cosme, el anciano pescador, se puso de pie, se descubrió respetuoso y murmuró entre dientes las hermosas palabras del *Angelus*.

Enrique Velasco imitó su mímica y empezó á rebuscar en su cerebro las piadosas fórmulas de oración que aprendió en el regazo materno y que había casi olvidado en la azarosa lucha de la vida.

Cuando callaron las campanas y entre los revueltos pliegues del viento se perdió su postrer tañido, el viejo se cubrió de nuevo y dijo mientras ocupaba su asiento:

—Santas y buenas noches nos dé Dios.

—Santas y buenas, repitió Velasco sentándose igualmente y atizando la lumbre para que diese una llama más poderosa, con la cual solamente estaba iluminada aquella estancia, que era á un tiempo cocina, comedor y sala de recibo.

—Mal invierno se nos prepara, señor, dijo Cosme rompiendo el silencio.

—¡Phs! contestó Enrique con indiferencia. Hay que conformarse con las alternativas del tiempo y recibirlas conforme se presentan, por aquello de que á mal tiempo buena cara.

—Lo que es eso, sí, murmuró el dueño de la casa con cierto deje de sorna que pasó ó pareció pasar inadvertido al escritor. No hay más que aguantarse con lo que Dios manda; porque nada hemos de conseguir con no querer aguantarnos, y porque el que no se consuela es porque no quiere, como dijo el otro, que no sé quién sería, pero que, á lo que veo, debía parecerse algo á usted, con perdón de usía, si le molesta que lo compare con el otro.

Enrique no contestó porque en aquel momento sonaron dos golpes en la puerta de la calle, á dos pasos de aquella estancia.

Cosme se levantó, dirigiéndose hacia ella para abrir, y volvió á entrar acompañado de su mujer.

—Aquí está el vino, señorito, dijo la seña Josefa poniendo

un jarro sobre la mesa cerca de Velasco. Es de lo mejorcito que hay en el pueblo.

Le iba á dar la vuelta del dinero á su huésped; pero éste le retiró la mano, diciendo con afabilidad:

—Gástelo á mi salud, buena mujer, y gracias por la molestia.

Josefa besó los cuartos y, después de un «Dios se lo pague, que es el mejor pagador», puso un vaso sobre la mesa para que el joven se sirviera el vino á voluntad.

—Saque dos vasos más y caliéntense ustedes también, que este líquido, bebido con prudencia, despeja la cabeza y alegra el corazón.

Josefa, después de hacerse rogar un poco, obedeció á Velasco, y los tres, sentados junto al fuego, comenzaron á apurar sendos tragos de vino.

La lluvia empezó á caer con violencia y de pronto resonó un trueno formidable, precedido de un relámpago intenso y lívido.

La señá Josefa se santiguó repetidas veces con vertiginosa rapidez, y su marido dijo turbando el silencio:

—Ya empieza la tormenta. Tenía yo la mosca en la oreja desde esta mañana y le dije al chico que no se fuera mucho mar adentro. Bastante me inquieta que no esté ya de vuelta.

—No tienes por qué inquietarte, contestó la anciana; pues cuando he ido por el vino he estado hablando con él en la taberna, donde se hallaba con unos amigos jugándose á la brisca una botella.

—¡Vamos! ¡Acabáramos! balbuceó Cosme. Ya lo podías haber dicho con más antelación.

Josefa calló porque no era discutidora, y todos tres volvieron á quedar en silencio, el cual era á menudo interrumpido por el fragoso estruendo de la tempestad, que se iba acrecentando de minuto en minuto.

Josefa encendió una luz, porque las tinieblas eran ya muy densas y la oscuridad y la tormenta eran dos cosas que le ponían á la pobre vieja los nervios en tensión, *ó de punta*, según decía ella misma.

—¡Hermosa noche para narrar aventuras! dijo Enrique después de echarse un trago de vino. ¿Ustedes no saben ninguna historia miedosa? Soy entusiasta de las cosas estupendas y so-

brenaturales, y precisamente viajo para recoger impresiones de asuntos en los que puedan interesarse desde el niño inocente hasta el adulto picardeado y ducho en las contiendas de la vida.

—Pues aquí podía usted tomar apuntes para su historia, porque, en verdad, lo que sucede en este pueblo no creo que ocurre en muchas partes, dijo Cosme mirando alternativamente á su mujer y á Enrique.

—Calla, calla, hombre, se apresuró á decir la primera, no le cuentes al señor nada del castillo, no sea que luego tenga malos sueños y no pueda descansar.

—Al contrario, cuente, cuente, prorrumpió Velasco, vivamente interesado con aquellas palabras.

Y arrimó su silla más al fuego para escuchar cómodamente, en tanto que la señá Josefa cogía su calceta para trabajar durante el relato que iba á comenzar su marido.

Este apuró de un trago un vaso de vino, se limpió la boca con el dorso de la mano, escupió y tosió repetidas veces y al fin empezó á decir con tono patriarcal:

—Junto á nuestra playa y sobre una escarpada roca, que sirve á modo de dique contra las furias y los embates del mar, se levanta, ya carcomido por los años, el palacio de los marqueses de Valle Hermoso: es decir, de esa raza no queda ya más que un descendiente, D. Raimundo de Gandía, noble por los cuatro costados, y más loco, á mi entender, que una espuerta de grillos.

El tal señorón tiene buena presencia.

Podrá contar unos cuarenta años.

Es alto y bien proporcionado de carnes, con el pelo muy rubio, largo y enmarañado. El bigote y la barba también rubios: los ojos azules, tristes y hundidos, parece que no tienen movimiento y que siempre están mirando una cosa fija: el entrecejo algo arrugado, pero en cambio su boca no deja de estar sonriente, sólo que con una sonrisa de esas que al verlas se siente más pena que alegría.

Apenas dirige la palabra á nadie, aunque hace muchas limosnas y no se va nunca sin socorro el pobre que llama á su puerta.

No tiene á su servicio nada más que á un antiguo mayor-

domo de su padre, al cual yo conocí, y si bien me parecía casi tan chiflado como el hijo, decía todo el mundo que era un gran sabio... ¿Sabe usted? Era de los que miran al cielo por medio de un anteojo muy largo y sabía cuándo iba á llover y cuándo iba á hacer buen tiempo.

Lo raro es que acertaba á menudo.

Pero á mí no me la dan.

Pá mí que ese tío estaba aliado con el mismo demonio y él era el que le decía todas esas cosas, por reirse de Dios.

Por supuesto, que tal cosa se susurraba mucho en el pueblo, y ya sabrá usted que cuando el río suena, agua lleva.

Y mire, señorito, que teníamos razón; porque Leopoldo, que es el antiguo mayordomo que tiene ahora D. Raimundo y es también muy *leído* y muy *escribido*, nos dijo en más de una ocasión (y estos oídos fueron testigos de sus palabras) que su amo era alquimista... Ya usted ve... ¡alquimista! Yo no sé lo que eso quiere decir, pero presumo que no ha de ser nada bueno.

—Mas, en resumidas cuentas, objetó Velasco interrumpiendo la oratoria del sabiondo anciano, yo nada descubro de terrorífico en todo eso que usted me cuenta.

—¡Oh! replicó Cosme poniendo los ojos en blanco, es que todavía no hemos tocado ese punto; pero lo voy á tocar en seguida para que no tenga *usía* curiosidad.

El viejo se echó un buen trago de vino, atizó un poco el fuego y continuó:

—Pues como le iba diciendo, D. Raimundo de Gandía es el último de los descendientes del marquesado de Valle Hermoso, y el hijo, aunque parece buena persona, debe estar tan chiflado como su difunto padre y también creo que, como él, debe tener relaciones íntimas con Satanás, amén que no sean las almas del otro mundo las que vengan á rondar el castillo y á meternos á todos el resuello para adentro con visiones capaces de asustar á una estatua de piedra.

Figúrese usted que todas las noches, al dar las doce en el reloj de la iglesia, suenan quince campanadas en la torre del castillo y en seguida se oye ruido de arrastrar cadenas, risas convulsivas, ayes lastimeros y golpetazos secos, como si choca-

ran esqueletos unos contra otros... Es para morir de miedo. Pero hay otra cosa más horrible todavía, una cosa que hemos visto todos los del pueblo y que el mismo Pedro, mi hijo (para servir á usted), ha presenciado hace poco, y aunque estaba prevenido, le ha costado estar enfermo un par de días y pasarse muchas noches en claro sin poder pegar los ojos.

Usted imagínese si la cosa es de risa: á una ventana grande, que estará á dos varas sobre el nivel del suelo, se asoma un esqueleto... sí, señor, un esqueleto que echa lumbre por los ojos, mueve los brazos y abre y cierra la bocaza de una manera horrible. Hay veces que á las dos de la madrugada está todavía de plantón y no hay pescador que de las once de la noche en adelante se atreva á bajar á la playa, así le den todos los tesoros del mundo.

Nosotros, los del pueblo, le hemos hablado á Leopoldo, el viejo servidor del marqués, y le hemos dicho lo que ocurría; pero no hace más que encogerse de hombros y decir que ellos no se enteran de nada.

¡A mí con ésas!

Eso será que los fantasmas los tendrán amedrentados y no se atreverán á decir palabra, por miedo, sin duda, á sus amenazas.

Mas ¡ay! señor, aquí sufrimos mucho con eso y estamos también acobardados y sin ganas para nada.

En vida del viejo marqués no ocurrían esas cosas y por eso yo presumo que, como era un tío endemoniado que no podía mirar al cielo sin meter los ojos en un tubo más largo que un día sin pan, Dios lo habrá condenado á suplicio perpetuo, y su espíritu es el que viene á robarnos nuestra miaja de alegría y á hacernos vivir siempre con sobresalto y temor.

Que Dios se apiade al fin de él y lo recoja en su seno.

Cosme balbuceó una oración entre dientes y dijo al final con voz temblorosa:

—¡Así sea!

Luego se santiguó repetidas veces y se quedó pensativo.

La vieja dormía, Enrique meditaba y la tormenta seguía atronando de una manera espantosa, mientras las nubes abrían sus entrañas y dejaban caer de ellas una lluvia torrencial.

Al cabo de unos minutos de silencio, el joven escritor se puso de pie y dijo con voz poco segura:

—Señor Cosme, tengo un fuerte dolor de cabeza, tal vez motivado por la presión atmosférica, y necesito descansar. Cenen ustedes, y antes de acostarse la señora Josefa hará el favor de entrarme á mi cuarto un chocolate y una copa de leche. Estoy completamente trastornado.

Cosme se puso de pie é inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Enrique se encerró en su habitación, efectivamente, y no la abrió hasta que el ama de la casucha le entró su ligera cena.

Luego volvió á cerrar y, metido en la cama, se puso á pensar en el castillo misterioso, sintiendo á veces escalofríos terribles estremecer su cuerpo y helar la sangre en sus venas.

El alumbrado de su cuarto consistía en la débil luz proyectada por un candil, que con sus continuas oscilaciones dibujaba y desdibujaba en las blanqueadas paredes medrosas siluetas que agrandaba á su antojo la exaltada imaginación de Velasco.

Así pasaron unas cuantas horas.

La tormenta se había alejado, pero aún dejaba oir casi incesantemente su voz atronadora, algo debilitada por la distancia.

El reloj de la iglesia había dado el menos cuarto para las doce y Enrique, sin poderse dormir, se revolvía inquieto en su cama, sintiendo dentro de su cabeza como si zumbaran cien moscardones juntos.

El sonido de la primera campanada de la media noche hirió los oídos del joven. Contó, con la pupila dilatada y el respirar anheloso, una, dos, tres, cuatro... hasta doce, y se quedó en actitud de seguir escuchando.

Otro sonido también de péndola, pero más cascado que el anterior, sonó casi inmediatamente.

Era el reloj del castillo que iba á anunciar la hora de los fantasmas y aparecidos, despertando con sus quince campanadas las almas de los muertos...

Enrique se incorporó vivamente en la cama, apagó la luz de un soplo, se rebujó entre las ropas, cubriéndose la cabeza con las mantas y conteniendo á duras penas los violentos latidos de su corazón.

Transcurrieron unos segundos de mortal ansiedad para Velasco, y sin descubrirse ni moverse sólo tuvo ánimos para semiarticular una frase con voz débil y trémula:

—*De profundis clamari ad te, Domine.*

Y aquella noche no pudo pegar los ojos y, lo que es más peregrino, tuvo pesadillas sin conciliar el sueño.

III

El día siguiente amaneció nebuloso y triste.

Velasco salió de su cuarto y se fué á la sala que ya conocemos para caldearse junto á la hermosa chimenea de campana.

Allí estaba solamente Pedro, el hijo de los dueños, muchacho simpático, de fisonomía agradable y de robusta contextura, el cual se entretenía en atizar la lumbre y formar una fogata inmensa.

Estaba de espaldas á la puerta y no apercibió á su huésped hasta que éste le dió un amistoso golpecito en la espalda y le dijo á media voz:

—Muy buenos días. ¿Se ha descansado?

Pedro se incorporó vivamente, se quitó la gorra y respondió en el mismo tono:

—Buenos días, señorito. Y usted, ¿ha dormido bien?

—¡Phs! regular... he tenido jaqueca. A mí... ¿sabe usted? siempre que hay tormenta se me ponen los nervios de punta. Pero mejor será que tomemos asiento y nos caldeemos al lado de este hermoso fuego.

—¡Bruun! dijo Pedro, sentándose á la vez que Enrique. Como que hoy corre una brisa... ¡que afeita! Y eso que aquí no acostumbra á hacer mucho frío, mas hay veces que saca los pies del plato. Las que sí abundan son las tormentas, así es que si al señor le ponen de mal temple, ó mucho ha de variar, ó va á pasar una mala temporada.

—Variaré, amigo mío, variaré. La naturaleza se acostumbra á todo.

—Pero ¿cómo ha madrugado usted tanto con un día tan feo? preguntó el joven pescador, tratando de disimular con la mano un bostezo formidable.

Mis padres duermen todavía. ¡Ya se ve! Como son viejos tienen necesidad de dar descanso al cuerpo.

—Yo soy poco aficionado á la cama, dijo el escritor, y me figuro que el sueño excesivo embrutece á la criatura. Pero dejemos este asunto y pasemos á cosas de mayor interés. ¿Usted sabe algo referente al castillo del marqués de Valle Hermoso?

—¿Cómo? ¿También usted sabe?...

—Sí; su padre me contó anoche algunas cosillas... Me dijo que había duendes.

—Duendes ó demonios. Es horroroso lo que pasa allí.

—Me dijo que usted había estado enfermo de resultas de un susto.

Pedro se turbó ligeramente y se puso muy encendido.

—Es natural, se apresuró á decir Enrique. Cuando se recibe una impresión fuerte, aunque uno sea muy esforzado, siempre se altera. Eso le pasa á todo el mundo.

—Ya ve usted, señor, objetó Pedro. A mí me han salido los dientes peleando con las olas; muchas veces me he visto expuesto á perecer, y mis compañeros de fatigas pueden ser testigos de mi serenidad; pero francamente, las cosas del otro mundo no hay que tomarlas á broma, y el hombre que, como yo, baja á la playa á la media noche á buscar una red que había dejado olvidada allí, y al pasar junto al castillo ve asomado á una ventana un esqueleto que se reía á todo reir y movía los brazos y la cabeza como si estuviera loco... yo le aseguro por mí que en aquel momento pierde toda su serenidad, y dejando el valor á un lado, hace lo que yo hice: echar á correr como alma que lleva el demonio y no descansar hasta verme en mi casa. Luego... ¡es claro! lo que usted dice. De la impresión, pues, me puse malo y estuve dos días sin dar apenas cuenta de mi persona.

Velasco hizo un gesto indefinible y ambos jóvenes se quedaron pensativos.

—Vamos á ver, Pedro, dijo el primero después de unos segundos de silencio. ¿Usted se atrevería á volver al castillo conmigo?

El pescador manifestó en su mímica una sorpresa enorme y objetó:

—¿Pero usted ha pensado bien?...

—Lo he pensado todo, replicó Enrique con un aplomo que no daba lugar á discusiones. Si usted se encuentra con ánimo de acompañarme se lo agradeceré. Si no... iré yo solo. Tengo curiosidad por ver lo que ocurre en el castillo.

Pedro comprendió que rehusar era dar evidente prueba de cobardía y dijo resueltamente:

—Cuente usted conmigo. ¿Cuándo quiere que vayamos?

—Cuanto antes mejor. Esta misma noche.

—Estoy á sus órdenes.

—Habrá que guardar la más absoluta reserva para evitar que se nos agregue algún curioso inoportuno.

—Sí, y para que mis padres no se opongan á que yo vaya.

—Bien, bien. Todo va perfectamente. Esta noche á las once saldremos de aquí. A esa hora estarán todos durmiendo.

—Seguramente.

—Nos fugaremos con el mayor sigilo.

—¡Toma! Desde luego. Eso corre de mi cuenta.

—Entonces no hay que hablar más del asunto.

—No hay que hablar más.

Ambos jóvenes se estrecharon la mano en silencio y se pusieron á hablar de cosas indiferentes.

Y todo aquel día lo pasó Enrique encerrado en su cuarto tratando de convencerse á sí mismo de que era una tontería el creer en fantasmas y aparecidos, pero arrepintiéndose de haber comprometido á Pedro para la expedición nocturna.

Verdaderamente, digan lo que quieran en contra, el león resulta muchísimo más fiero cuando se ve de cerca.

IV

Llegó al fin la noche, y á las once, según habían convenido Pedro y Velasco, se dirigieron cautelosamente á la playa, preservándose con fuertes abrigos del frío y de la humedad.

Aquel día no había descargado la tormenta como el anterior; pero el cielo se hallaba sumamente encapotado y los relámpagos eran frecuentes, siendo seguidos por el trueno que se oía en lontananza.

Los jóvenes caminaban silenciosos, al lado el uno del otro.

contrariados y sombríos como dos delincuentes conducidos al patíbulo.

Llevarían próximamente veinte minutos de marcha cuando Pedro se detuvo y dijo en voz apenas perceptible:

—¡Aquí está!

Enrique levantó por primera vez desde que salió de la casa los ojos del suelo y vió ante él una enorme mole de granito que se destacaba entre las tinieblas como un medroso fantasma; era el célebre castillo de los marqueses de Valle Hermoso, por entonces sólo residencia del último sucesor D. Raimundo de Gandía.

Velasco sintió un malestar indefinible y preguntó á su compañero:

—¿Está por aquí la célebre ventana donde se asoma el esqueleto?

—Sí, señor, la tenemos frente á nosotros.

El escritor no pudo reprimir una sacudida nerviosa y se aproximó más á Pedro.

Muy juntos y muy callados permanecieron un buen rato, que se les antojó un siglo: pero la curiosidad ha de ser siempre la tirana de la criatura, y por ella dominaron todos los impulsos de miedo que sin cesar los atormentaban.

El ruido que producía el mar con su constante vaivén se mezclaba al rumor de la tormenta lejana, y hacía el efecto de un monótono y fúnebre conjuro para que fuesen despertando poco á poco las almas de los difuntos que no habían sido acogidos en el seno de Dios.

En el reloj de la iglesia sonó el menos cuarto para las doce, que escuchó Enrique lleno de terror como hacía veinticuatro horas.

Transcurrieron unos minutos.

Velasco sintió vivísimos deseos de huir, de decirle á Pedro que se sentía mal, que no podía permanecer allí; pero esta vez no fué sólo la curiosidad, sino el amor propio el que lo contuvo, y no se movió de su sitio, sintiéndose torturado por una terrible angustia y por un pavor superior á sus fuerzas.

De pronto los dos jóvenes se estremecieron y se estrecharon las manos convulsivamente.

El reloj del pueblo estaba dando la media noche.

Unos segundos después la cascada péndola del castillo comenzaba á dar sus quince campanadas...

Enrique y Pedro se aproximaron el uno al otro, de tal manera que parecían querer formar una sola persona.

No se les oía la respiración y temblaban como azogados.

¡Tan! ¡Tan! Once... doce... trece... catorce... quince...

El sonido se perdió en el espacio y hubo un segundo de lúgubre silencio...

Un ¡ay! lastimero y prolongado hirió los oídos de los jóvenes y fué seguido de una carcajada sardónica, que subió el diapasón hasta terminar en otro quejido lúgubre y metálico... como si saliera de una garganta de acero.

Después percibieron un extraño ruido de cadenas, de abrir y cerrar puertas con violencia, de llorar y reir, y ¡rayos y truenos! la ventana, la temible ventana, se abrió de repente con estrépito y apareció el esqueleto... un esqueleto real y positivamente, tal y conforme se lo habían dicho á Velasco: un esqueleto que *echaba* luz por las órbitas vacías, por las fosas nasales y por la boca, que abría y cerraba sin cesar mientras movía la cabeza y los brazos, los cuales, al chocar con el tronco, producían un chasquido espeluznante y horrible, que hacía más miedoso aquel espectáculo macabro y fantástico.

Y ¡oh prodigio! la luz que salía del esqueleto no era siempre la misma: unas veces blanca, otras veces roja, otras veces azul, verde, amarillenta... y así sucesivamente iba recorriendo casi toda la escala de colores.

Ahora podía afirmar Enrique que la fantasmagoría no era un vano engendro de cerebros debilitados; porque, en fin ¡qué demonio! lo que tenía delante... lo que le faltaba poco para palpar... eso no podía negársele... era positivo, evidente, incontestable.

Cerca de media hora permanecieron allí los dos jóvenes hasta que se extinguió de súbito la luz que proyectaba el esqueleto, se cerró la ventana bruscamente y todo quedó sumido en el más profundo silencio.

Entonces, sin soltarse de la mano y andando á buen paso, se dirigieron á su vivienda, en la cual penetraron con igual cautela que al salir.

Alumbrándose con una linterna sorda, llegaron á la estancia que servía de comedor.

Sin mirarse ni decirse una palabra fueron á sentarse, siempre muy juntos, cerca de la chimenea de campana, donde quedaba todavía algún rescoldo.

En la habitación no se oía ni respirar siquiera, y la luz de la aurora sorprendió á Pedro y á Enrique durmiendo, sentados en sus respectivas sillas, con las manos estrechamente entrelazadas y pálidos como muertos.

V

Cuando Enrique se despertó se dirigió á su cuarto, y á él mandó que le llevaran la comida, diciendo que tenía que trabajar y no podía distraerse.

Así era, en efecto.

Velasco no quería ser víctima de la más pequeña distracción que le alejara un momento de su idea.

Al fin tenía el asunto que tanto deseaba para escribir una grande obra que le diese nombre y dinero. Un asunto sobrenatural, punzante y extraordinario: y ya que se le venía á las manos pensado y casi hecho no debía desperdiciar ni una de sus impresiones para hacer cuanto antes su obra.

Unicamente dejó su celda cuando estaba la tarde bastante avanzada, y salió de la casa con dirección al castillo.

Se sentó un momento encima de un peñasco junto á él y la playa, y se puso á contemplar, ora la corroída mole, ora el mar inmenso, que se agitaba ante sus ojos con grandiosidad soberana.

Permaneció unos minutos meditabundo, y haciendo un gesto decisivo se encaminó en derechura hacia el castillo: llamó sin titubear, y esperó tranquilamente á que le abrieran.

No tuvo que esperar mucho tiempo, pues el anciano Leopoldo, único sirviente, como ya sabemos, del marqués de Valle Hermoso, acudió á abrir apresuradamente y saludó al recién venido con exquisita cortesía.

—¿Tendría usted la bondad de decirme, objetó el joven correspondiendo amablemente al saludo, si me sería posible ha-

blar un rato con su señor, si no hoy, mañana, ó si no otro día cualquiera? Soy escritor, y he venido á esta aldea para recoger impresiones; me han dicho que el marqués es persona de gran ilustración, y no quisiera marcharme sin tener el gusto y el honor de saludarle y ofrecerle mis respetos.

Velasco alargó con la mayor finura una tarjeta al viejo mayordomo, y éste entró para dar cuenta á su amo de la inesperada visita.

Al cabo de unos segundos volvió y dijo á Enrique respetuosamente:

—El marqués tendrá mucho gusto en conocer á usted, y si no tiene inconveniente puedo conducirlo á su presencia.

Velasco inclinó la cabeza en señal de asentimiento y siguió al mayordomo por las anchas galerías del castillo, con el corazón palpitante de emociones.

Por fin, junto á una puerta, Leopoldo se detuvo é indicó á Enrique con el ademán que podía pasar.

El joven, con la vista turbia y la cabeza mareada, dió un paso hacia adelante y penetró en la estancia.

El marqués de Valle Hermoso le estaba esperando en el centro de ella, y al verle aparecer se inclinó profundamente.

Velasco hizo lo propio, y ambos se tendieron la mano como dos buenos amigos.

—Usted me dispensará, dijo el segundo, por esta libertad que me tomo de venir á molestarle.

—Al contrario, al contrario, contestó el marqués con mucha franqueza y amabilidad. Yo soy el que debo estarle á usted agradecido por haber deseado conocer á una persona que tan poco vale y haber venido á distraer mis ocios y mi soledad.

Tome usted asiento, señor de Velasco, y sepa que desde hoy en adelante puede disponer de esta mazmorra como de su propia casa. La grata sonrisa de Gandía, su porte viril y distinguido, su hermosa cabeza de estudio, sus finos modales y la franqueza que revelaba su rostro, algo pálido y demacrado, todo predisponía favorablemente para hacerle simpático al primer golpe de vista.

Velasco se sentó junto á él y se quedó unos segundos contemplándole, verdaderamente confundido.

—¿Conque usted es escritor? interrogó el marqués rompiendo el silencio.

—¡Phs! Emborrono cuartillas, contestó Velasco sonriendo.

—Es que pueden ser emborronadas con buenos pensamientos ó con sana filosofía. Esa es una carrera que me encanta: yo sería feliz si fuese literato. ¡Debe ser tan bello saber expresar bien lo que uno siente y poder definir sus sentimientos! Pero Dios no me ha llamado por ese camino y no hay más que acatar sus fallos.

Hubo una ligera pausa.

—¿Y usted ha venido á esta aldea á recoger impresiones? volvió á interrogar Raimundo.

—Con ese fin hice el viaje, efectivamente.

—¿Y le ha impresionado algo de este rincón del mundo? preguntó Gandía con cierto dejo de sorna que desconcertó á Enrique.

—Sí, contestó con aparente indiferencia. Algunos apuntes puedo poner en cartera. Me han contado...

Velasco se calló, no hallando palabras para proseguir.

El marqués comprendió su apuro y dijo sonriendo:

—¿Le han contado algo de este castillo? Por el pueblo circulan rumores estupendos, historias aterradoras de fantasmas y aparecidos; en una palabra, cuentos de viejas.

—Sí, cuentos de viejas, repitió el joven de un modo indefinible.

—Ya le habrán dicho á usted que aquí, en el castillo, se aparece todas ó casi todas las noches un esqueleto...

Velasco sintió que le daban escalofríos; pero la conversación había llegado al terreno que deseaba y se decidió á esperar como un valiente el desenlace.

—¿Usted cree en asuntos de fantasmagoría? preguntó el marqués interrumpiéndose bruscamente.

—Yo no creo; pero cuando las cosas no admiten discusión... cuando se ven, cuando se palpan...

—¿Luego usted ha visto?...

—Pues bien, sí, señor marqués, he visto y he venido decidido á preguntarle si usted se entera de lo que ocurre en su castillo al dar la media noche, que anuncia su reloj con quince campanadas nada menos.

Gandía echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada estrepitosísima, de esas que salen del fondo del alma.

Velasco se quedó aún más desconcertado de lo que estaba.

—¿Conque usted cree en duendes, amigo mío? ¿Usted cree en esos cuentos de viejas?... objetó Raimundo, no bien repuesto de su hilaridad.

—Señor marqués... cuando uno ha visto...

—Pero literato, ilustre literato... si lo que usted ha visto es una patraña, una farsa, un juego para sorprender á los rústicos habitantes de este poblacho...

Lo veo á usted aturdido y voy á contarle todo, completamente todo, pues me ha interesado usted á primera vista, y además estoy ávido de expansionarme con alguien que se iguale á mí en educación y criterio.

Enrique se inclinó.

—Mi padre, prosiguió Gandía, era un hombre sabio, algo filósofo, muy aficionado al estudio de los astros y á la química. Luego pasará usted á ver su laboratorio.

No quería por nada del mundo abandonar su castillo, y como yo era joven le hice comprender que aquí me aburría de un modo soberano, por lo cual me permitió que me marchase á viajar con cuenta corriente.

Estuve en las más importantes capitales de Europa haciendo mil calaveradas, propias de mis pocos años, y gozando lo más posible de mi juventud y de mi posición, aunque le confieso ingenuamente que nunca me dejé dominar por el vicio.

De vez en cuando venía á ver á mi anciano padre, única persona que me quedaba en el mundo, y volvía á emprender mis viajes con más entusiasmo cada vez.

Así estuve disfrutando de la vida muchos años hasta que me enamoré perdidamente de una dama del gran mundo, muy bella, pero muy frívola, y ella fué la que desgarró todas mis ilusiones después de haberlas alimentado por algún tiempo.

Como yo soy, por desgracia, de una extremada sensibilidad, sentí aquel golpe de tal manera que estuve á punto de deshacerme los sesos con el cañón de una pistola; pero luego lo pensé mejor y decidí venirme con mi padre, para pasar junto á él el resto de sus días.

Estos fueron escasos por desgracia, y el pobre anciano, antes de morir, me hizo jurar que jamás abandonaría este castillo, donde él había pasado tantos años de trabajo y de contemplación.

Yo estaba entonces con el corazón lacerado, odiaba la sociedad y ansiaba vivir en calma; no me hice cargo de lo que mi padre exigía en aquel juramento y empeñé mi palabra, que debo cumplir y que cumpliré hasta el fin de mis días.

De todos modos, le aseguro que conozco bastante el mundo y no anhelo volver á su seno corrompido.

Al quedarme yo completamente solo, despedí á toda la servidumbre y no me quedé más que con Leopoldo, pobre anciano que me ha visto nacer y que me quiere con toda su alma.

Aquí me ocupo en leer y no tengo más distracción que la de asustar á los pobres pescadores de esta aldea, dando, al mediar la noche, unas veces trece, otras veces quince, otras veces diez y seis campanadas con una campana cascada y vieja, riéndome fuerte con la boca dentro de un tubo de hoja de lata, lo cual produce un ruido metálico y estridente, arrastrando un cordón de cascabeles y asomando á una ventana, que yo he mandado abrir, un esqueleto que tenía mi padre para el ejercicio de sus extravagancias.

Por medio de caprichosas luces de bengala consigo que el fantasmón macabro eche fuego de diversos colores por ojos, nariz y boca, y tirando de unas cuerdas bien combinadas, hago que mueva la cabeza y los brazos, hasta que me harto de broma, cierro mi ventana y dejo á estos rústicos habitantes, de origen supersticiosos y arrimados á la cola por esencia, presencia y potencia, con el cerebro lleno de temores y el corazón más encogido que una pasa.

Mas confieso que no es sólo el deseo de divertirme el que me impele á asustarlos de esa suerte, sino que se susurró en la aldea que iban á prender fuego al castillo para quemar todos los instrumentos *de magia* (según ellos los llaman) de mi pobre padre, al cual creían aliado de Satanás; y para evitar que se llevase á cabo semejante atropello adopté el sistema de tenerlos acobardados para que, temiendo la ira de los muertos, respeten á los vivos y nos dejen á Leopoldo y á mí vivir tranquilos entre esta tribu de salvajes.

Yo con ellos procuro gastar poca conversación y los socorro espontáneamente sin dar oído ni á sus quejas ni á sus bendiciones.

Pero lo que de veras me pasma, querido escritor, es que también usted se haya hecho eco de sus simplezas y haya tomado por sobrenatural lo que es una patraña de buen género, una magia casera é inocente.

Así, pues, me atrevo á aconsejarle que no pierda el tiempo lastimosamente buscando asuntos extraordinarios, porque en el mundo no faltan asuntos de interés, y ocurre que aun aquello que nos parece más sobrenatural, está perfectamente dentro del orden natural de las cosas. Y además, amigo mío, es casi un crimen que las personas de talento como usted pierdan en divagaciones el tiempo que pueden emplear en hacer mucho bien á la sociedad exponiendo sanas ideas y pensamientos elevados que le sirvan de norma.

Yo no soy teólogo ni muchísimo menos, pero he oído decir que Dios perdona á los que tienen la dicha ó la debilidad de perder su fortuna, sus simpatías, su salud, incluso su dignidad; pero los que pierden el tiempo... ésos no alcanzan nunca la divina misericordia, porque el tiempo es la vida, y el que pierde la vida sin licencia de Dios es un réprobo, un soberbio ó un tonto.

A eso dirá usted que yo nada hago de provecho, mas le contesto en seguida que no estamos en iguales condiciones, porque Dios no me ha dotado de ingenio suficiente para hacer algo bueno (en el orden moral se entiende), y sin embargo procuro emplear mis horas lo mejor posible, enterándome de las necesidades materiales de cuantos me rodean para socorrerlos inmediatamente.

Ahora sólo me queda rogarle que acepte bien estos consejos de una persona que tiene algún conocimiento del mundo, y si alguna vez prueba usted la verdad de mis palabras, le agradeceré que se acuerde de mí y sepa que en este destierro tiene un verdadero amigo que le aprecia de corazón.

Velasco abrazó á Raimundo con emoción notoria y le prometió observar sus preceptos, aceptándolos como únicos verdaderos y prácticos.

Después estuvieron un gran rato juntos visitando el castillo y hablando de cosas indiferentes, y ya bien entrada la noche, el marqués acompañó á Enrique hasta las primeras casas del pueblo y se separaron con la misma emoción que hubiesen experimentado dos antiguos camaradas que vuelven á verse después de largos años de ausencia.

VI

Al día siguiente Velasco abandonó la aldea y durante su viaje empezó á escribir unas cuantas cuartillas de una obra que pensaba había de darle mucho dinero y halagadora fama.

La primera hoja de papel ostentaba el siguiente título:

EL TIEMPO ES VIDA

ó

AVENTURAS DE UN SANDIO

Así se denominaba él mismo.

Sólo que ya no lo era tanto como antes de emprender su viaje.

Y es que cuando uno conoce sus defectos es cuando está precisamente en vías de corregirlos.

Pepita Vidal.





El espejo.

Se ha dicho que los japoneses son los franceses del Oriente. Sea de ello lo que quiera, puede desde luego asegurarse que en algunas cosas que caracterizan á los franceses no hay absolutamente ningún parecido entre los habitantes del Japón y los habitantes de Francia.

Casi en el momento en que nace una criatura francesa (niña, se entiende) su primer instinto es estirar la manita para coger un espejo donde poder admirar su linda cara y sus graciosos movimientos. Este gusto natural puede llamarse hereditario y va creciendo con la criatura. Antes de que la niña haya alcanzado diez y siete primaveras, el ideal de su felicidad lo cifra en hallarse en una habitación donde haya espejos en todas las paredes, como sucede en el palacio de Versalles (el Elíseo de las francesas), en el que existe un aposento espacioso cuajado de espejos por todas partes.

En el pequeño pueblo japonés de Youk-Cuski nunca se había oído hablar de un espejo, y si las jóvenes sabían cómo eran, lo debían á las descripciones que les hacían sus novios, las que con frecuencia pecaban de exageradas.

Sucedió una vez que un japonés, cuyo trabajo diario era arrastrar por las calles un carricoche de los que hacen para ellos el oficio de nuestros carruajes de alquiler, encontró en el arroyo un espejito de mano que probablemente pertenecía á alguna señorita tourista de las que viajan por aquella parte del mundo. Era, naturalmente, la primera vez en su vida que Kiki-Tsun (nombre de aquel japonés) había visto semejante cosa. Lo miró

y remiró lleno de curiosidad, y con gran asombro vió allí la imagen de una cara oscura con ojos inteligentes y rasgados. Kiki-Tsun cayó de rodillas, y mirando detenidamente aquel objeto exclamó:

—¡Es mi difunto padre! ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí su retrato? Quizá será alguna advertencia que me hace.

Cuidadosamente envolviò aquel tesoro en su pañuelo y lo guardó en el bolsillo más seguro de su larga túnica. Aquella noche, cuando regresó á su casa, lo ocultó en un jarrón sin decir ni una palabra á su joven esposa, porque, según pensaba él, las mujeres son muy habladoras y no saben callar nada. Por otra parte, el hallazgo del retrato de su difunto padre en la calle le pareció asunto muy delicado para que fuese objeto de las murmuraciones y las hablillas de los vecinos.

Durante algunos días anduvo Kiki-Tsun muy intrigado. No acertaba á pensar en otra cosa que en el retrato, y de cuando en cuando, abandonando el trabajo, se presentaba de improviso en su casa para echar al tesoro una furtiva mirada. Pero en el Japón, como en todas partes, las acciones misteriosas, los hechos que se salen de lo ordinario, tienen que ser explicados á la mujer, y la de Kiki-Tsun, llamada Lili-Tsce, no acababa de comprender por qué su marido aparecía en casa á cualquier hora del día, por más que no podía quejarse, puesto que siempre estaba amable con ella. Al principio se mostraba satisfecha de la explicación que la daba, diciendo que venía únicamente por ver su cara bonita: aquello le parecía muy natural en su esposo: pero cuando día tras día volvía siempre con la misma expresión en el rostro, en el fondo de su corazón comenzó á dudar si la engañaba. Así fué que Lili-Tsce empezó á espiar los pasos de su marido, y notó que nunca se marchaba sin haber hecho una visita al cuartito interior de la casa.

Las mujeres japonesas, cuando se proponen descubrir un misterio, son tan constantes como las demás, y Lili-Tsce se propuso aclarar aquél. Todos los días registraba el cuartito buscando algo extraordinario, pero no encontraba nada, hasta que una vez entró de repente y sorprendió á su esposo en el momento en que volvía á colocar en su sitio el jarrón azul en que ella guardaba hojas de rosa para que se secasen.

—Este jarrón, dijo Kiki-Tsun al verse sorprendido, no estaba muy derecho, y me ha parecido que debía arreglarlo.

—Has hecho muy bien, contestó la japonesa procurando disimular.

Pero en cuanto salió su marido se subió en un taburete y sacó del jarron el espejo. Pensando qué podría ser aquello, se miró en él, y quedó averiguada la verdad. ¿Qué fué lo que vió? Pues ni más ni menos que el retrato de una mujer. ¡Y ella que estaba firmemente creída de que Kiki-Tsun era tan bueno, tan amable y tan fiel! Tan grande era su pena que al principio no podía traducirla en palabras. Con el fatal retrato sobre la falda se sentó en el suelo pensando:

—¡Por esto venía mi esposo á casa tantas veces al día, por ver y admirar el retrato de esta mujer! Volvió á mirar el espejo, y al ver la misma cara exclamó así en un arrebato de furor:

—¿Es posible que mi marido pueda querer á una mujer con cara tan fea y tan desagradable y unos ojos tan siniestros?

Tenía su rostro una expresión que no había visto la primera vez que había mirado el espejo, y la asustó tanto, que resolvió no volverlo á mirar.

Como no tenía gusto para nada, ni siquiera para preparar la comida, permaneció sentada en el suelo guardando el retrato. Cuando más tarde llegó Kiki-Tsun encontró con sorpresa que no había nada dispuesto para comer ni veía por ninguna parte á su esposa. Pasó de un cuarto á otro y no tardó en averiguar la causa de lo que ocurría.

—¿Conque éste es el amor que me profesabas? exclamó Lili-Tsce? ¿Así es como me tratas el primer año de nuestro matrimonio?

—Pero ¿qué quieres decir con eso? preguntó su marido consternado y pensando si su mujer habría perdido el juicio.

—¿Qué quiero decir? Que responda el retrato que ocultabas en mi jarrón de hojas de rosa. Tómale y guárdale como si fuera un tesoro, porque yo no lo quiero. ¡La fea, la malvada mujer!

Y la pobre Lili-Tsce rompió á llorar amargamente.

—No te comprendo, contestó atolondrado su marido.

—¡Ah! ¿no me comprendes? dijo ella riéndose como una histérica. Pues yo sí, yo lo comprendo bien. Tú quieres más á esa

horrible mujer, á esa pérfida, que á tu verdadera esposa. ¡Si al menos fuese bonita! ¡Pero si es horrible, si tiene cara de mala!

—¡Lili-Tsce! ¿qué quieres decir con eso? preguntó el marido ya amostazado. Ese retrato es la imagen de mi difunto padre. Lo encontré el otro día en la calle y lo puse en tu jarrón para tenerlo más seguro.

Los ojos de Lili-Tsce brillaron de indignación.

—¡Habráse atrevimiento! gritó. ¡Como si yo no conociera la diferencia entre la cara de una mujer y la de un hombre!

Se formalizó la riña, y como la puerta de la calle estaba entreabierta, las voces atrajeron la atención de un cura japonés que pasaba por allí en aquel momento.

—Hijos míos, les dijo asomando la cabeza por la puerta, ¿por qué estáis enfadados? ¿por qué reñís?

—Padre, respondió Kiki-Tsun, mi esposa está loca...

—Todas las mujeres lo están más ó menos, hijo mío, interrumpió el cura. Hiciste mal en esperar la perfección, y ahora debes contentarte con tu suerte; no vale enfadarse. Son una calamidad todas las mujeres.

—Y unas embusteras.

—Yo no miento, padre, dijo Lili-Tsce. Mi marido tiene el retrato de una mujer. Lo encontré en mi jarrón de hojas de rosa.

—¡Juro que no tengo más retrato que el de mi difunto padre! replicó el marido.

—Hijos míos, hijos míos, dijo el cura, calma, mucha calma. Enseñadme los retratos á mí.

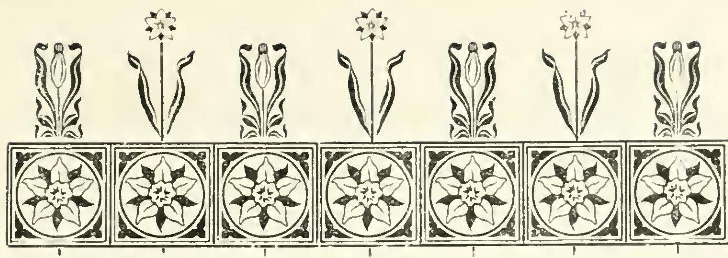
—Aquí está, agregó Lili-Tsce; no hay más que uno y sobra.

El cura cogió el espejo y le miró detenidamente. Luego, inclinándose ante él, y con voz un poco alterada, dijo así:

—Queridos hijos míos, cese vuestra disputa y vivid juntos en paz. Ninguno de los dos tenéis razón. Este es el retrato de un santo y venerable cura. No sé cómo habéis podido confundirlo con el de ninguna otra persona. Tengo que llevármelo para guardarlo entre las preciosas reliquias de nuestra iglesia.

Y diciendo esto alzó las manos para bendecir al matrimonio, y se fué, llevándose el espejo que tanto daño había causado.



Cuentos de otros mundos.



El mundo del dios de la guerra.

(Continuación de las aventuras del conde de Redgrave y su esposa Zaidie durante la luna de miel, pasada en las inmensidades del espacio.)



La Tierra y la Luna quedaban ya más de cien millones de millas atrás, en las profundidades del espacio, y el *Astronef* había recorrido esta inmensa distancia en once días y algunas horas; pero esta velocidad, casi inconcebible, no se debía solamente á las maravillosas condiciones del globo, sino también á que lord Redgrave supo aprovechar el paso del planeta por su órbita hacia la de la Tierra; de manera que, mientras el *Astronef* se acercaba á Marte con siempre creciente velocidad, Marte venía hacia el aerostato con una rapidez de diez y seis millas por segundo.

El inmenso disco plateado de la Tierra fué disminuyendo en tamaño hasta que éste, desde tan grande distancia, parecía ser poco más ó menos el mismo que el de Venus visto desde la Tierra. Realmente el planeta Tierra viene á ser para los habitantes de Marte lo que Venus es para nosotros, es decir, el astro de la mañana y de la tarde.

En la mañana del duodécimo día, aunque ya que no existen en el espacio el día ni la noche sería tal vez más correcto decir en la mañana del duodécimo período de veinticuatro horas terrestres según los cronómetros, se acababa de tomar el desayuno, y el propietario del maravilloso globo hallábase con su esposa en la parte delantera de la cubierta de cristal observando un inmenso disco de luz rosada que se extendía á sus pies, abrazando un arco de más de 90 grados.

Dos puntitos negros lo recorrían desde los dos extremos, acercándose el uno al otro hasta casi juntarse.

—Mira, mira, Lenox, exclamó Zaida, esas son las lunas de Marte. Anoche estuve leyendo mi Gulliver, donde el deán lo explica. ¡Qué satisfacción tan grande hubiera tenido si las hubiese visto como nosotros las estamos viendo ahora! ¿Has pensado detenerte en ellas?

—Sí, creo que serán buenos puntos para desembarcar. Además quisiera saber si tienen atmósfera y si hay vida en ellos.

—¿Cómo, habrá gente en esas bolitas? No deben tener más de treinta ó cuarenta millas de circunferencia, ¿verdad?

—Una cosa así. Pero precisamente ese es uno de los problemas que quiero resolver; y en cuanto á vida, no siempre significa gente, Zaida. Sólo nos faltan unos cuantos cientos de millas para llegar á Deimos, la luna exterior que dista doce mil quinientas millas de Marte. Descenderemos primero en ella y dejaremos que nos lleve hasta su hermana Phobos. Luego, cuando la hayamos examinado á nuestro antojo, caeremos sobre Phobos, y llevados por ella daremos una vuelta alrededor de Marte. Hace el viaje en siete horas y media, y como se encuentra sólo á tres mil setecientas millas de la superficie, supongo que desde allí tendremos una magnífica perspectiva de nuestro próximo punto de parada.

—¡Qué excursión tan deliciosa y qué práctico te has vuelto, Lenox! Hacemos un viaje que ni soñado, y ya estás hablando de lunas y de planetas como si fueran estaciones del ferrocarril.

—Pues bien, si mi linda Zaida lo prefiere, las llamaremos islas y continentes desconocidos del gran Océano del espacio. Eso es más bonito, ¿verdad? Como si dijéramos, más romántico. Y ahora te dejo, querida mía, que voy á arreglar las máquinas.

Al quedarse sola Zaida se sentó, y cogiendo el telescopio lo colocó de manera que por él veía perfectamente los dos puntos negros que recorrían el creciente de Marte. Tanto uno como otro iban ensanchándose rápidamente, y los rasgos del planeta eran también más visibles y más fáciles de distinguir. A través de la atmósfera clara y sonrosada destacábanse los mares, los continentes y los misteriosos canales, y poco después pudo ver Zaida el resplandor lanzado por la luna interior sobre la parte negra del disco.

Deimos crecía por momentos, y media hora después el *Astronef* se detenía suavemente en lo que á primera vista parecía una llanura redonda casi oscura; pero cuando la vista fué acostumbrándose á aquella extraña luz parecía más bien la cima de un monte cónico.

Redgrave volvió á levantar la quilla de la superficie y empujó el globo hacia un débil círculo de luz que se destacaba en un lado del pequeñísimo horizonte.

Al pasar á la parte iluminada pronto se convencieron de que Deimos, por lo menos, carecía de aire y de vida tanto como la Luna. La superficie se componía toda ella de peñas negruzcas y de arena roja, formando pequeños montes y valles. Notábase algún indicio de antigua acción volcánica, pero fácilmente se comprendía que los fuegos de aquel pequeño mundo fueron de poca duración y se habían consumido hacía muchos siglos.

—No hay aquí nada que ver, dijo Redgrave, y no creo que sería conveniente salir afuera. Saca un par de fotografías de la superficie y vámonos á Phobos.

Pocos minutos después, y obtenidas las dos fotografías, volvieron á ponerse en camino. La atracción de Marte comenzó á hacerse sentir, y el *Astronef* recorrió rápidamente las ocho mil millas que separan la luna interior de la exterior.

Al aproximarse á Phobos vieron que los mismos rayos que resplandecían en la creciente, cada vez mayor, de Marte iluminaban también un lado del disco. Por medio de una maniobra hecha con sumo cuidado consiguió Redgrave juntarse con el satélite, que venía hacia ellos, con muy poco golpe, yendo á parar en el centro de la parte iluminada, es decir, en la parte opuesta al planeta.

Desde allí presentaba Marte una gigantesca luna rosada que ocupaba todo el espacio de cielo comprendido en lo que abarcaba la vista. Las tres mil setecientas cincuenta leguas quedaban reducidas á unas cincuenta con la ayuda de los telescopios. La velocidad con que viajaban ofrecía á sus ojos un espectáculo que podía compararse á una luna mucho mayor que la Tierra y que despedía una preciosa luz sonrosada. La vertiginosa rapidez del globo en que viajaban, y que llegaba á cuatro mil doscientas millas por hora, hacía que en apariencia ss deslizara la superficie del planeta por debajo de ellos, pasando desde Oeste á Este, así como parece escaparse la tierra cuando se la contempla desde la barquilla de un aerostato.

Los telescopios eran magníficos, y desde el sitio donde se hallaban Marte no tenía para los intrépidos viajeros secreto ninguno.

Redgrave y su esposa apenas se apartaron de los telescopios mientras duró aquella circunnavegación aérea, y en cuanto á Murgatroyd, aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, pues asaltábanle mil temores acerca de lo que pudiera ocurrir en aquel arriesgado viaje, sirvióles la comida y más tarde la cena sin pronunciar una palabra; pero absortos ante el maravilloso cuadro que tenían á sus plantas, hicieron muy poco caso de comer.

Phobos giraba de Oeste á Este casi rozando con la superficie llana del ecuador del planeta. A derecha é izquierda extendíanse las inmensas llanuras de hielo de los polos Norte y Sur, brillantes en medio de la atmósfera de color de rosa con un resplandor incomparable. Un poco más allá destacábanse grandes trechos de mar oscurecidos frecuentemente por espesos grupos de nubes, los cuales, al ser iluminados por los rayos del Sol, casi se confundían con los de la Tierra á la hora del crepúsculo vespertino. Más allá vieron grandes espacios de tierra de la región ecuatorial. Primero los tres continentes de Halle, Galileo y Tycho; luego Huggens, el cual, para Marte, es lo mismo que la Europa, el Asia y el Africa son para la Tierra, y más tarde Herschell y Copérnico. Casi todos estaban divididos en partes irregulares por los misteriosos canales que tanto han dado que pensar á los astrónomos terrestres.

—Ya hemos resuelto otro de los problemas, exclamó Redgrave cuando, después de un viaje de cuatro horas, habían atravesado todo el hemisferio occidental. Se ve que Marte ha envejecido mucho. Sus mares van disminuyendo y van aumentando los continentes, mientras los canales no son sino restos de los istmos y de los golfos, que han sido ensanchados, profundizados y alargados por medio del esfuerzo humano, mejor dicho, marteano; de esto no cabe la menor duda. Ya habrás advertido, mi querida Zaida, que apenas se ven montes; no hay más que colinas de poca elevación.

—Y supongo, contestó Zaida, que eso es debido á que los montes se han ido gastando, como se gastan los de nuestra Tierra. Ayer estuve leyendo *El fin del mundo*, de Flammarión, el cual presenta el mundo en su último período como una vastísima llanura sin montes ni colinas, sin mares y sólo con unos cuantos ríos medio secos que poco á poco van convirtiéndose en pantanos. Quizás habrá llegado ya Marte á ese estado, ¡quién sabe! Tal vez sus habitantes habrán olvidado ya toda civilización y van degenerando, y están en camino de llegar muy pronto á la horrible lucha por la vida, como les sucedió á los infelices habitantes de la Luna.

—También puede ser lo contrario, replicó Redgrave. Acaso hayan traspasado ya los límites de la civilización para volver al salvajismo, aunque conservando armas y medios de destrucción que nosotros no hemos alcanzado todavía. Por si intentasen hacer uso de ellos conviene proceder con cautela.

—¿Pero tú crees que se meterán con nosotros?

—No digo eso precisamente, pero tampoco podemos estar seguros de que no lo intenten. Por de pronto es muy probable que sus ideas acerca del mal y del bien, y aun respecto de la hospitalidad, sean muy distintas que las nuestras. Por otra parte, no sabemos si son hombres. Podrían ser monstruos con inteligencia casi humana ó sobrehumana, con ideas de las cuales nosotros no sabemos nada absolutamente. Además pudiera suceder otra cosa. Figúrate que se les antojase también dar un paseo por el espacio y se creyeran con el mismo derecho que nosotros á ocupar el *Astronef*. Si es que tienen telescopios, lo cual no dudo, y tal vez mejores que los nuestros, nos habrán

visto ya y estarán haciendo preparativos para recibirnos. Me parece que lo más seguro será poner los cañones en orden por si acaso no nos reciben en son de paz.

El armamento de defensa del *Astronef* se componía de cuatro cañones neumáticos, los cuales podían ser colocados sobre torniquetes, dos á proa y dos á popa, y llevaban bombas que contenían explosivos inventados por el propietario del aerostato. Uno de los explosivos era sólido, estallaba por percusión y tenía más fuerza que veinte kilos de dinamita. El otro se componía de dos líquidos encerrados dentro de la bomba y separados por una división. Estos dos líquidos se mezclaban al caer la planchita metálica que los separaba y hacian estallar la bomba con una llama que no podía ser apagada por ninguno de los medios conocidos hasta hoy. Aun en el vacío ardían, puesto que la misma bomba contenía todo el material necesario para la combustión. Los cañones tenían un alcance de siete millas.

Sobre la cubierta exterior había sitio para dos cañones de tiro rápido que podían hacer setecientos disparos por minuto. Había también en el *Astronef* dos cañones para balas explosivos, una docena de rifles y escopetas de diversos calibres. Tres de estas últimas, dos de dos cañones y una de uno, y una escopeta de caza pertenecían exclusivamente á Zaida, además de un buen par de revólvers.

Se montaron los cañones cuando la atracción del planeta era todavía débil, y por consiguiente pesaban muy poco. Aquí en la Tierra se hubieran necesitado más de veinte hombres para montarlos: pero á bordo del *Astronef* suspendido en el aire, lord Redgrave y Murgatroyd no hallaron dificultad ninguna para hacerlo, y Zaida sola recogió una Máxima y se paseó con ella por la cubierta llevándola debajo del brazo como si fuera un juguete.

—Ahora ya podemos bajar, dijo Redgrave al ver que todo quedaba preparado. ¿Si será respirable para nosotros el aire de Marte?

Bastaba muy poca fuerza repulsiva para alejar al *Astronef* del astro Phobos. Hecho esto descendieron con gran rapidez hacia la superficie del planeta, y tres horas más tarde vieron por primera vez desde que se habían despedido de la Tierra que

los rayos del Sol brillaban á través de una atmósfera clara en medio de un cielo de color de rosa pálido, en lugar de azulado como es el cielo de la Tierra. Una observación geométrica les hizo comprender poco después que se hallaban á unas 50 millas de la superficie del mundo desconocido.

—Ya no cabe duda de que, por lo menos, hay aire aquí, dijo Redgrave. Bajaremos un poco más y luego mandaré á Andrés que ponga en movimiento las hélices para averiguar su densidad. ¿Has notado la diferencia de la temperatura? Son los rayos oblicuos del Sol en lugar de los directos. Veinte millas. ¡Ya basta! Ahora pararemos y buscaré un buen sitio donde desembarcar.



ZAIDA RECOGIÓ UNA MÁXIMA

Y bajó para aplicar la fuerza repulsiva directamente hacia la superficie de Marte, á fin de hacer más suave el descenso. Luego se puso el traje de respiración: salió á la parte exterior del *Astronef*, cerró detrás la puerta, abrió la otra y esperó á que se llenase de aire marteano. Cerró también la segunda, y levantándose la visera respiró con muchas precauciones.

Pudo ser tal vez la idea de que él era el primero de los hijos de la Tierra que respiraba el aire de otro mundo, ó acaso sería la extraña composición de la atmósfera de Marte, pero lo cierto

es que inmediatamente recibió una sensación tal como la que suele sentirse después de beber una copa de champagne. Respiró una y otra vez. Luego volvió á abrir la puerta interior y descendió á la cubierta de la parte baja diciendo para sí:

—No es malo el aire, aunque peca de achampanado. Sin duda abunda mucho el oxígeno y quizás contiene una mezcla de óxido neutro. Sin embargo es respirable, y esto es lo principal y lo que importa.

—Es seguro, Zaida, dijo cuando regresó á la cubierta superior, donde su esposa paseaba por uno y otro lado de la cúpula de cristal contemplando con asombro el maravilloso espectáculo que ofrecían mares y nubes combinados y los inmensos espacios de tierra que se extendía alrededor.

—He respirado el aire de Marte, añadió, y te aseguro que, aun á estas alturas, es muy sano, aunque, por supuesto, algo delgado. Hay que tener presente que lo respiré mezclado con nuestra atmósfera natural. Pero no creo que nos haga daño.

—Pues en ese caso, exclamó Zaida, si te parece bien, bajaremos al otro lado de esas nubes y veremos lo que hay allí.

—Tus deseos son para mí órdenes, querida mía, replicó su esposo.

Y bajó inmediatamente á la parte inferior del *Astronef*.

Pocos minutos después observó Zaida que los grupos de nubes que se extendían á sus pies iban subiendo poco á poco. Cuando Redgrave volvió á subir á cubierta, el *Astronef* sumergíase ya en una densa niebla rosada.

—¡Las nubes de Marte! exclamó la joven. ¡Qué preciosidad! ¡Qué cosa tan rara! ¡Un mundo con nubes de color de rosa! ¿Qué habrá en el lado opuesto?

Muy pronto lo vieron. A sus pies, y á una distancia de cinco millas, extendíase una isla de forma triangular, que era una parte del continente de Hygens, dividida por el ecuador de Marte y situada, con otra casi de la misma forma, entre los meridianos cuadragésimo y quincuagésimo de longitud occidental.

Un ancho canal separaba las dos islas. En vez del tinte verdusco y azulado de los mares terrestres, el mar que unía los grandes Océanos del Sur y del Norte del planeta era de un vivo color anaranjado.

Ni un solo monte veíase por ninguna parte. En las orillas de los mares y de los canales divisaron inmensas ciudades y pueblos. Al Norte de la isla continente había una península en la que se descubrían gran número de edificios, los cuales, á juzgar por las anchurosas plazas y calles que los separaban, debían ocupar un espacio de cerca de doscientas millas cuadradas.

—Aquella ciudad es el Londres de Marte, dijo Redgrave indicando una población mucho más grande que las demás. Con el transcurso del tiempo nuestro Londres llegará también á estar ahí, es decir, junto al Ecuador. Fíjate un poco, querida Zaida, y verás cuántas ciudades y cuántos pueblos rodean los canales. Es probable que, cuando atravesemos las zonas templadas septentrional y meridional, podamos ver que sus condiciones son las mismas que las de la Siberia y la Patagonia de nuestro globo.

—Tal vez, respondió Zaida. De todos modos, se ve que los habitantes de Marte van acercándose cada día más al Ecuador: pero yo creo que debíamos llamar á esa ciudad el Nueva York de Marte, y Brooklyn á la que está en el lado opuesto. ¿Qué estarán pensando de nosotros allá abajo?

—Zaida, ¿qué será eso? exclamó Redgrave indicando un objeto hacia la inmensa ciudad á que habían dado el nombre de Londres, y cuyos tejados, sin duda de cristal, lanzaban mil colores brillantes á través de la atmósfera pálida y rosada. Parece otro *Astronef* que viene, sin duda, á celebrar una entrevista con nosotros. Por lo visto, han sabido resolver el problema. Creo, Zaida, que vamos á pasar en Marte ratos muy divertidos.

Mientras así hablaban habíase levantado desde los brillantes tejados de la ciudad un objeto que, á primera vista, parecía tener el tamaño de un pájaro, pero que fué aumentando á medida que iba acercándose á nuestros viajeros, hasta que Zaida, que no apartaba los ojos del telescopio, exclamó:

—Es parecido al *Astronef*. Un buque aéreo, sin duda. Pero tiene alas, y creo que mástiles también. Sí, sí: tiene tres mástiles que llevan en los extremos unas cosas relucientes.

—Serán hélices giratorias, respondió Redgrave. Se eleva en el aire por medio de tornillos, lo cual prueba una de estas dos cosas: ó que tiene maquinaria más ligera que la nuestra ó que

su atmósfera, como han dicho los astrónomos, es mucho más densa que la de la Tierra, y por consiguiente es más fácil volar y sostenerse en el aire. Por otra parte, los objetos pesan aquí muchísimo menos que en nuestro globo. Dejaremos que se acerquen para examinarnos y nosotros les examinaremos también. ¡Mira, mira! Desde el otro lado del canal suben otros. Vamos á la rueda, Zaida, y mandaré á las máquinas á Murgatroyd. Tendremos que demostrar á esos señores que también nosotros sabemos volar. Mientras tanto, y por si acaso, apercibámonos para la defensa.

Pocos momentos después se hallaban en la torrecilla de la rueda observando á través de las espesas ventanas de cristal endurecido que les permitía ver en todas direcciones, menos debajo del *Astronef*, la escuadra aérea de Marte que venía acercándose.

Habían tomado la precaución de cubrir la cúpula de cristal con sus marcos de acero, y Murgatroyd había bajado al departamento de las máquinas, que comunicaba con la torrecilla por medio de aparatos telefónicos y de señales, además del tubo acústico. Delante de la torre extendíase el espolón del *Astronef*, de cincuenta pies de largo, diez de ellos de acero sólido, lo cual constituía un ariete cuya fuerza no hubiese podido resistir ninguna construcción flotante salida de manos humanas.

Redgrave, que no dejaba de estar algo preocupado, no quitaba la mano del timón. A su lado Zaida, más pálida que de costumbre, observaba, con ayuda de un buen telescopio binocular, los movimientos de la escuadra marteana, y pudo distinguir hasta veinticinco aerostatos, los cuales, una vez casi al nivel del *Astronef*, formaron un ancho círculo, rodeándolo por todos lados.

—No me gusta nada que venga una escuadra entera á recibirnos, dijo Redgrave, fijándose en que cuanto más se elevaban los aerostatos más estrechaban el círculo que rodeaba al *Astronef*, el cual permanecía inmóvil. Si no querían más que saber quiénes somos y de dónde venimos, añadió, ó sólo se proponían hacernos una visita como si dijéramos, un aerostato hubiera sido suficiente. Me parece, Zaida, que lo que intentan es hacernos prisioneros.

—Creo que tienes razón, contestó su esposa clavando el telescopio en el aerostato más próximo. Y ahora veo que tienen cañones de la misma forma que los nuestros. ¿Si tendrán también explosivos que nosotros no conocemos? ¡Ay, Lenox! ¿Si nos destruirán con un solo disparo?

—No temas eso, hija mía, repuso Redgrave poniendo la mano cariñosamente en el hombro de Zaida. Bien considerado, es casi natural que nos miren con recelo, puesto que nunca habrán visto otro *Astronef* y caemos sobre ellos desde las estrellas. ¿Distingues gente á bordo?

—No; están encerrados como nosotros y tienen torrecillas como las nuestras, encristaladas también. Están moviendo ahora los cañones y nos apuntan. ¡Ay, Lenox, se ve que van á disparar!

—En ese caso haremos que pierdan el tiro.

Y tocó un timbre eléctrico tres veces seguidas, con algunos pequeños intervalos.

Obedeciendo la señal, Murgatroyd dió la mitad de la fuerza repulsiva y el *Astronef* se elevó verticalmente más de mil pies. Volvió Redgrave á tocar el timbre y el aerostato se detuvo.

Con otra señal comenzaron á girar las hélices, y cuando el globo salió del círculo formado por la escuadra marteana, apartándose á un lado, vieron que el sitio de que acababan de salir estaba envuelto en una espesa nube amarillenta.

—Oye, Lenox, preguntó Zaida, ¿qué significa ese humo amarillo?

—Eso significa, querida, que los habitantes de Marte no estaban dispuestos á recibirnos amistosamente. Esa nube puede ser cualquiera de estas dos cosas: el humo de veinte ó treinta bombas que estallan á la vez, ó una composición de gases destinados á envenenarnos ó hacernos perder el conocimiento para dejarnos fuera de combate y ocupar nuestro globo. Sea lo que fuere, queda demostrado que los habitantes de Marte son gente de pocos amigos, como decimos en la Tierra.

—Ya se comprende que lo son, replicó la joven. Bien podían habernos recibido amistosamente, por lo menos hasta saber si éramos enemigos. Y claro está que no lo somos. ¡Vaya una manera de acogernos después que de tan lejos venimos á visitarles

y no podemos devolver el *saludo* porque están cerradas las portezuelas!

—Y más vale así, contestó su esposo riendo. Porque si llegan á estar abiertas y entra por ellas una bocanada de esos gases venenosos, nuestra luna de miel, querida mía, hubiera terminado muy mal. ¡Ah! nos siguen. Bueno, ahora veremos hasta dónde saben subir.

Hizo otra señal á Murgatroyd, y el *Astronef*, batiendo siempre el aire con las hélices y avanzando con una velocidad de 50 millas por hora, elevóse en dirección oblicua atravesando la cordillera de nubes de color de rosa y yendo á colocarse encima de la ciudad á la que Zaida había bautizado con el nombre de Nueva York marteana.

Quedaron envueltos en los rayos del Sol, que resplandecían con una preciosa luz casi dorada, y volvieron á detenerse; con media vuelta de rueda, Redgrave hizo girar el *Astronef* en un gran círculo. Unos minutos después vieron que la escuadra de Marte subía también atravesando los inmensos grupos de nubes rosadas. Después de unos momentos de vacilación, todas las proas se dirigieron hacia el *Astronef*, que empezaba á moverse de nuevo.

—Muy señores míos, dijo Redgrave, bien se ve que no tienen noticias del profesor Rennik ni de su fuerza R. Sin embargo, debierais haber comprendido que no hubiéramos podido atravesar el espacio sin subir mucho más allá de donde alcanza vuestra atmósfera. Ahora veremos la rapidez con que voláis.

Otra señal á Murgatroyd, y las hélices, que ya giraban rápidamente, se convirtieron en dos círculos de luz entrecortada. La velocidad del *Astronef* fué aumentando hasta llegar á 100 millas por hora. La escuadra de Marte quedó muy atrás formando un ángulo.

—¡Qué gusto! exclamó Zaida. Ya vamos dejándolos atrás, á pesar de que las alas se mueven con más rapidez que antes. De poco sirven los tornillos.

—En resumidas cuentas, dijo Redgrave, se ve que saben volar, pero que vuelan menos que nosotros. ¿Se acercan, Zaida?

—No, poco más ó menos se mantienen á la misma distancia.

—Pues entonces vamos á ver hasta dónde suben.

Otra señal con el timbre y las hélices dejaron de girar. El aerostato comenzó á subir hacia el cenit, adonde se acercaba también el Sol. La escuadra marteana continuó la persecución hasta llegar al límite de la atmósfera navegable, á unas ocho millas sobre la superficie. Allí, sin duda, era el aire más denso y las alas de los extraños aerostatos quedaron paradas, volviendo á colocarse en un círculo irregular. Los aeronautas contemplaban tal vez con envidia el brillante cuerpo del *Astronef*, que relucía como una estrella á la luz del Sol y á más de diez mil pies sobre sus cabezas.

—Me parece, señores, continuó Redgrave, que hemos probado que sabemos volar con más rapidez y subir á mayores alturas que vosotros. Tal vez nos recibirán mejor ahora, y si no, les enseñaremos á ser más amables.

—Pero no pensarás luchar con ellos, dijo Zaida. No quisiera que fuésemos los primeros en introducir aquí la guerra.

—No lo seremos, querida mía. ¿No ves que si no supieran lo que es la guerra no tendrían buques que navegan por el aire ni bombas explosivas? A juzgar por lo que ya he visto, creo que los habitantes de Marte están ya muy civilizados, demasiado civilizados tal vez; es decir, que aquí la civilización ha llegado á tal punto que ya no conocen las emociones ni los sentimientos humanitarios, y lo probable será que hayan luchado sin compasión para hacerse dueños de los últimos puntos habitados del planeta. Sus guerras habrán durado hasta que ya no quedaran más que los más fuertes y los más inteligentes. Ellos serán los que hayan inventado los buques que navegan por el aire y los que acabarán por apoderarse de todo lo existente. Claro está que con los aerostatos les habrá sido fácil poseer todos los mares y todas las tierras del planeta. Si llegásemos á conocer personalmente á los habitantes, veríamos tal vez lo que antes dije, esto es, que son una raza de salvajes demasiado civilizados.

—Eso me parece una paradoja, Lenox, observó Zaida enlazando cariñosamente el brazo con el de su esposo. Pero ya comprendo lo que quieres decir. Es que se han civilizado tanto que ya no tienen sentimientos delicados como nosotros, sino que han llegado á ser una raza fría y calculadora. Lo mismo opino

también yo. Si algún habitante de Marte hubiera ido á visitar nuestro globo terráqueo no hubiésemos sabido qué hacer con él. Todas las corporaciones, todas las notabilidades, todas las eminencias hubieran salido á recibirle. Se habrían celebrado en su honor grandes banquetes, aunque tal vez no hubiera sabido comer. Se hubieran pronunciado discursos que no hubiese entendido, se hubieran obtenido de él mil fotografías, se hubiera ocupado de él largamente la prensa y se le hubiera paseado en una carroza para que todo el mundo le hubiera visto.

—Mientras tanto, agregó Redgrave riendo, nuestros más distinguidos hombres de ciencia hubieran examinado el aerostato en que había hecho el viaje y hubiesen reconocido la maquinaria y pedido mil patentes de invención.

—Es probable, dijo Zaida con afectada seriedad. Ya sabes que allá abajo nos gusta mucho ver y aprender de todo un poco. Lo que seguramente no hubiera hecho nadie es recibirle á cañonazos como ellos nos han recibido á nosotros.

Mientras sostenían esta conversación, el *Astronef* descendía rápidamente al centro de la escuadra marteana, que de nuevo había formado un círculo. Zaida se convenció bien pronto de que los cañones estaban vueltos hacia arriba.

—¡Hola! ¿conque esas tenemos? exclamó Lenox cuando se lo dijo Zaida. Pues bien, si queréis guerra, guerra os daremos.

Al expresarse así, Redgrave dejaba claramente adivinar el disgusto que aquello le causaba. Hizo varias señas á Murgatroyd y las hélices del *Astronef* giraron con la mayor rapidez posible. El aerostato, haciendo un movimiento espiral, cayó con velocidad asombrosa sobre la escuadra marteana, con cuyo círculo coincidía casi exactamente su última curva.

Inmediatamente salieron del aerostato más próximo un montón de llamas verduscas, y durante unos minutos el *Astronef* quedó envuelto en una nube amarillenta.

—Sin duda no comprenden que el *Astronef* es impermeable al aire, dijo Redgrave, y ya no hacen uso de pólvora ni de bombas. Esas cosas pasaron ya al olvido para ellos. Los proyectiles que lanzan sus cañones matan ó por veneno ó por asfixia. Una descarga como esa última sería tal vez bastante para envenenar á un regimiento entero. Ahora voy á pagarle

con creces al capitán de ese aerostato. De seguro que no le quedarán ganas de repetir la descarga.

Salieron de la nube de humo. Redgrave dió á la rueda, y el *Astronef* fué descendiendo hasta colocarse al nivel del círculo formado por la escuadra. Llevaba el espolón de acero enfilado contra el aerostato que lanzó los últimos proyectiles, y avanzando á una velocidad mayor de cien millas por hora embistió por el centro á la extraña embarcación alada. En el momento de la embestida, Redgrave rodeó con el brazo la cintura de Zaida y la sostuvo con fuerza, pues de lo contrario hubiera caído contra la opuesta banda de la cubierta.

El aerostato marteano se detuvo y quedó abierto. En el interior, y contemplándolos con asombro, vieron á través de los cristales algunas figuras humanas que parecían tener más del doble de la estatura ordinaria de los hombres del globo terráqueo. Otros se hallaban cerca de los cañones, ocupados en volver las bocas hacia el *Astronef*. Pero esto duró sólo un momento, pues apenas habían pasado dos ó tres segundos desde que el espolón del *Astronef* embistió al aerostato marteano cuando éste se partió en dos pedazos, que desaparecieron entre las nubes de color de rosa.

—Dé usted toda la velocidad posible, Murgatroyd, dijo Redgrave hablando por el tubo acústico, y prepárese por si acaso tenemos que dar un salto brusco.

—Todo está listo, señor, contestó Murgatroyd.

Durante un rato el viejo y fiel servidor había dado tantas vueltas y revueltas á la maquinaria que apenas si él mismo sabía lo que había hecho. Comprendía que se trataba de una lucha y que era cuestión de vida ó muerte, y esto bastó para despertar en su pecho la ferocidad del salvaje de miles de años atrás. Tal vez habría sucedido otro tanto con su amo.

—Bien, ahora que recojan los pedazos, exclamó Redgrave.

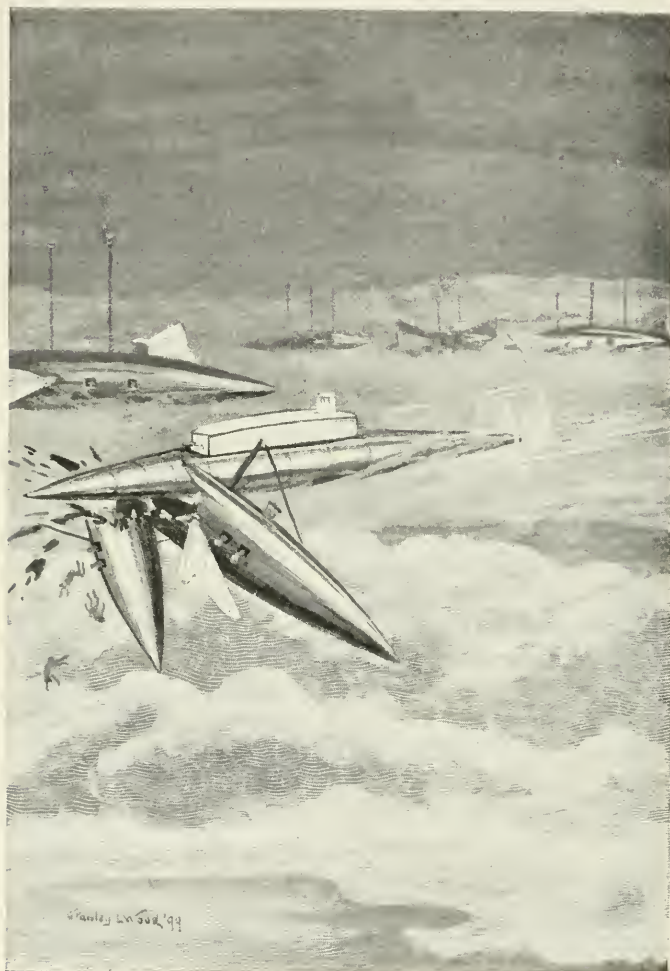
Y sin soltar á su esposa continuó dirigiendo el timón con la otra mano.

—Y ahora otra leccioncita, añadió.

—¿Qué vas á hacer, Lenox? preguntó su esposa mirándole asustada.

—No tardarás en verlo. El recibimiento que nos han hecho

merece un castigo y no pienso dejarlos marchar sin aplicárselo. No se me olvida que, si sólo una portezuela hubiera estado



EL AEROSTATO MARTEANO SE PARTIÓ EN DOS PEDAZOS

abierta cuando nos hicieron la primera descarga, ya estaríamos entre los muertos. Ellos nos han declarado la guerra, y matar en tiempo de guerra no es ningún crimen.

—Ya lo sé, pero es la primera guerra que veo y no me hace ninguna gracia. Esto no quita para que reconozca que ellos son los culpables, puesto que nos recibieron muy mal.

—No pudieron recibirnos peor. Si existiera un código de moral interplanetario casi podríamos decir que nos recibieron villanamente.

Volvió á sonar el timbre, y el *Astronef* dió un salto de cerca de mil pies hacia el cenit. Otra señal y se detuvo encima del mayor aerostato de la escuadra. Otra y cayó sobre él como una mole, destrozándolo por completo. Detúvose el *Astronef* de repente, y luego fué á colocarse de nuevo sobre el círculo irregular de la escuadra, mientras que los trozos del aerostato, con los tripulantes que quedaban en él, cayeron á tierra desde una altura de treinta millas.

Transcurrieron unos minutos y pudieron ver nuestros viajeros que todos seguían al aerostato destrozado, dejándose caer rápidamente y desapareciendo entre las nubes de color de rosa.

—Parece que se han cansado ya, dijo Redgrave riendo estrepitosamente.

Y el *Astronef*, obedeciendo otra señal, comenzó á descender hacia la superficie de Marte.

—Bajaremos ahora á ver si son más razonables, añadió. Por lo pronto hemos ganado la primera batalla.

—Sí, pero fué un poco brutal, ¿no te parece? preguntó Zaida.

—Cuando se trata con brutos hay que serlo también.

—Me asustaste un poco; nunca he visto en tu cara una expresión tan dura.

—Es que todo me parecía poco para castigarles, pensando en lo que hubiera sido de ti si hubiese llegado una bocanada de humo venenoso á nuestro aire respirable.

—Tienes razón.

Cuando el *Astronef* traspuso las nubes vieron que no sólo se había dispersado la escuadra, sino que parecía querer alejarse todo lo posible. Uno de los aerostatos se hallaba quieto encima de la plaza mayor de la ciudad grande bautizada por Zaida con el nombre de Nueva Yok de Marte.

—Ese aerostato, dijo Redgrave, ha ido sin duda á dar cuenta de lo que ocurre. Le seguiremos, aunque no creo que sea toda-

vía conveniente abrir las portezuelas. ¡Quién sabe si se les antojará lanzarnos otra bocanada de ese humo venenoso!

—¿Pero cómo te entenderás con ellos? preguntó Zaida. Tal vez no sepan hablar ninguno de los idiomas que nosotros conocemos.

—Puesto que tienen figura humana, creo que, por lo menos, comprenderán el lenguaje mímico. Pero todavía estamos á tiempo. Si no quieres bajar nos iremos á otra parte.

—No, eso no. No hemos recorrido cien millones de millas para eso. Bajaremos y procuraremos que nos entiendan.

El *Astronef* quedaba ya suspendido sobre una espaciosísima plaza cuadrada con grandes jardines y magníficos árboles, cuyo conjunto se diferenciaba mucho de las nuestras. La hierba era rojiza, amarillentas las hojas de los árboles y las flores tenían casi todas un color violeta oscuro ó un precioso verde esmeralda.

Cuando iban bajando vieron que por todos lados la plaza ó el parque central, como lo llamaba Zaida, se hallaba rodeada de suntuosos palacios construídos con una piedra de incomparable blancura y coronados de techos relucientes y altas cúpulas de cristal.

—¡Qué linda ciudad! exclamó Zaida moviendo los gemelos de un lado á otro. ¡Qué valen nuestras avenidas y las casas del parque si se comparan con esto! ¡Si parece la Exposición de Chicago, la de París y el palacio de cristal de Londres multiplicados cien veces y colocados alrededor de esta plaza! Si los marteanos de esta ciudad nos rechazasen, construiremos una escuadra de *Astronefs* y volveremos á conquistarla.

—No se expresaría de otro modo el imperialismo norteamericano, contestó Redgrave riendo. Pero si te parece bien, bajaremos ya á ver qué clase de gente es esta.

El *Astronef* siguió al aerostato marteano y fué descendiendo poco á poco hasta quedar suspendido á unos cien pies encima del otro que estaba en tierra. Millares de seres con figura humana, aunque midiendo más que el doble de la estatura ordinaria del hombre del globo terráqueo, salieron de los palacios y fueron á reunirse en el centro del parque. Eran todos de la misma talla y no parecía haber diferencia ninguna entre los dos sexos. Sus vestiduras consistían en una túnica y pantalones

ó calzones cortos, todos del mismo color y sin adornos de ninguna clase. Entre las vestiduras de los hombres y las de las mujeres no parecía haber diferencia ninguna.

—Si es que hay mujeres entre ese gentío, observó Zaida, han adoptado, por lo visto, el mismo modo de vestir que los hombres y tienen también la misma estatura. ¿Te has fijado, Lenox? Son calvos todos. Ni uno sólo se ve que tenga pelo. ¡Y qué cabezas tan enormes!

—Se conoce que son gente de mucho seso y se me figura que viven demasiado, contestó Redgrave. Tanta civilización les ha despojado de todo género de pasiones, no sienten ya y han llegado á ser ni más ni menos que seres intelectuales sin naturaleza humana.

Mientras tanto el gentío, que en muy poco tiempo había llenado el parque, formó dos filas, dejando un ancho paso desde una de las entradas hasta donde se hallaba suspendido el *Astronef* encima del aerostato marteano.

A los pocos minutos apareció una carroza ligera, cuyas cuatro ruedas relucían como si fuesen de oro bruñido y que era movida por algún aparato invisible. La única persona que la ocupaba era un gigante vestido con el traje común marteano, con la única diferencia de una faja encarnada que llevaba en la cintura, mientras los otros llevaban un cordón del mismo color que el traje.

La carroza se detuvo cerca de los aerostatos suspendidos en el aire, y al mismo tiempo que salía el gigante abrióse una portezuela en uno de los aerostatos y salieron otros tres gigantes de la misma estatura y llevando también fajas encarnadas.

—El comandante de la escuadra, sin duda, que da noticia del resultado de la batalla, dijo Redgrave viendo que estaba conferenciando. Mientras tanto el gentío parece mirarnos con curiosidad.

—Es natural, replicó Zaida. ¿Y no crees que podemos salir ahora? Los cañones están preparados, pero se me figura que no intentarán hacernos daño ninguno. Mira, el de la faja roja nos hace señas.

—Sí, agregó Lenox. Bajaremos, porque estoy seguro de que no pueden emplear la nube venenosa sin que mueran ellos

también. Sin embargo, no nos descuidaremos. Cargue usted esa Máxima de puerto. Andrés, que aunque creo que no nos hará falta, nadie sabe lo que puede ocurrir. No me gusta nada la facha de esta gente.

—¡Qué feos son! ¿verdad, Lenox? Y lo que más me extraña es que las mujeres no se diferencian nada de los hombres. Tanta civilización les ha hecho olvidar todo lo bueno y lo bonito para no ser más que utilitarios y positivistas.

—Lo mismo opino yo. Y juraría que el único sentido que les queda es el sentido común. Si no se portan bien con nosotros ahora, les enseñaremos cómo deben portarse, aunque algo habrán aprendido ya.

Así diciendo, entró Redgrave en la torrecilla y el *Astronef* se elevó algunos pies para ir luego á situarse á corta distancia del aerostato marteano, dejándose caer suavemente sobre la hierba rojiza. Entonces se abrieron las portezuelas, colocaron en posición los cañones y cogieron cada uno un par de revólvers, á fin de estar preparados á todo.

—¡Qué aire tan delicioso! exclamó Zaida en cuanto aspiró la primera bocanada de aire del planeta Marte. Es muchísimo mejor que el nuestro. Parece que se respira champagne.

Redgrave la miró con deleite inefable. Nunca le había parecido tan linda como entonces. Un precioso color carmín cubría sus mejillas y los ojos relucían con una brillantez incomparable. Por su parte, y á medida que sus pulmones fueron llenándose de aire marteano, experimentó también una extraña sensación de placer.

—Oxígeno, dijo en voz alta. Y creo que abunda demasiado. También debe haber en la atmósfera nitróxido, ó sea gas histérico, como le llamamos en la Tierra.

—¡Ay! no digas eso, Lenox. ¡Si da gusto respirarlo! Aunque también recuerda cosas que no son nada agradables. Creo que esta atmósfera explica la larga vida que gozan estas gentes. Por mi parte se me figura que ahora estoy viviendo á razón de treinta y seis horas al día. Conque cuanto menos tiempo permanezcamos aquí mejor. ¿No te parece, Lenox?

—Sí, seguramente que sí, contestó Redgrave mirando á Zaida con cierta aprensión. Mira, se acerca Su Alteza ó lo



UN GIGANTE DE MÁS DE NUEVE PIES DE ESTATURA

que sea. ¿Pero cómo le hablaremos? Esté usted preparado, Murgatroyd.

—Todo está listo, señor, contestó el viejo poniendo la mano sobre la Máxima.

—En cuanto vea usted que se propasan un poco haga usted fuego sin vacilar. Y por lo pronto no permita usted que se acerquen demasiado.

Dada esta orden, Redgrave se asomó á la portezuela de donde pendía la escala, y respondiendo á un gesto muy expresivo del gigante, que parecía medir más de nueve pies de estatura, le invitó á que subiese al *Astronef*.

Cuando el marteano puso el pie en la escala, el gentío rodeó por todos lados los dos aerostatos; pero se mantuvieron á bastante distancia, como si hubiesen recibido órdenes de no acercarse demasiado al extraño aerostato que tanto destrozo había causado en la escuadra.

Redgrave tendió la mano al gigante, pero éste retrocedió haciendo un gesto de repugnancia.

—Ten cuidado, Lenox, exclamó Zaida dando dos pasos hacia él con el revólver en la mano.

Y al avanzar así colocóse ante la portezuela abierta, dejándose ver del gentío que rodeaba el *Astronef*.

Si un serafín hubiese descendido al mundo para presentarse de aquel modo ante una multitud de seres humanos, podría quizás haber sucedido algo semejante á lo que ocurrió cuando aquel enjambre de marteanos contempló la extraordinaria belleza de aquella hija de la Tierra.

Recordándolo después Zaida y su esposo comprendieron que tantos y tantos siglos de civilización puramente mecánica y utilitaria habían puesto al mismo nivel todas las cosas en el planeta Marte. En nada absolutamente diferenciábanse los hombres de las mujeres. Las caras eran iguales; las facciones, todas de la misma regularidad. Pálida la piel, descoloridas las mejillas, y la mirada exenta por completo de toda expresión.

Sin embargo, eran seres humanos, ó por lo menos lo fueron sus ascendientes. En su pecho latía un corazón como el nuestro; sangre corría por sus venas... Así fué que aquella maravillosa visión despertó instantáneamente todos los instintos adormecidos

de una antigua raza y se dejó oir un murmullo, medio humano, medio salvaje, lanzado por el populacho, murmullo que fué convirtiéndose poco á poco en una gritería infernal.



REDGRAVE TENDIÓ LA MANO AL GIGANTE

—¡Cuidado, señor, cuidado! exclamó Murgatroyd: cierre usted pronto. ¡Vienen en busca de la señora! Se les debe antojar un ángel bajado del cielo. ¿Disparo?

—Sí, gritó Redgrave cogiendo la escala y cerrando súbita-

mente la portezuela. Zaida, añadió, si se mueve este mamarracho, abrásale de un tiro el corazón. Voy á ajustar las cuentas al aerostato antes de que puedan hacer uso de los cañones venenosos.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Murgatroyd tocó el resorte de la Máxima, y un horrible estruendo, como jamás se había sentido en el planeta, resonó en la inmensa plaza, sembrando la muerte entre las primeras filas del gentío.

No se había aún apagado el eco del estruendo de la Máxima cuando se oyó un estallido espantoso, el de la bomba lanzada por Redgrave, la cual contenía 10 kilos del explosivo inventado por el padre de Zaida y cuya fuerza era cuatro veces mayor que la de la *lidita*. Una gran llamarada verdusca, seguida de una nube de humo, demostró que el proyectil había producido su efecto. Al disiparse el humo se vió que no quedaba ni un solo resto del aerostato marteano.

Convencido de esto Redgrave, se dirigió á la Máxima de estribor y apuntó la boca hacia el otro gentío que se acercaba al *Astronef* por el lado opuesto. Descargó también y la multitud se detuvo como antes, cayendo algunos sobre la hierba rojiza.

Mientras tanto Zaida, con ayuda del revólver, había logrado impedir que el gigante se acercase á ella. Parecía éste comprender que, si Zaida disparaba, sucedería algo muy parecido á lo que acababa de ocurrir con los cañones. No se preocupaba de la destrucción del aerostato ni de la matanza de marteanos. Con los grandes ojos de color azul muy pálido fijos en Zaida, parecía estar absorto en la contemplación de aquella belleza, desconocida para él.

Al cabo de unos minutos pronunció pausadamente algunas palabras frías y sin expresión. Por supuesto, eran incomprensibles; pero no podía tenerse duda acerca de su significación, por los gestos que las acompañaron.

Se inclinó hacia Zaida dominándola con su terrible altura, con los brazos extendidos, feo, repugnante, asqueroso, horrible.

La joven dió un paso hacia atrás, y en el mismo momento en que Redgrave sacaba su revólver disparó Zaida el suyo. El proyectil atravesó el cráneo liso y calvo del marteano, que cayó desplomado sobre la cubierta del *Astronef*.

—Lo primero que he matado en mi vida, dijo la joven dejando caer el revólver. ¿Pero tú crees que era un hombre, Lenox?

—Más tenía de animal que de hombre, querida: murmuró su



ZAIDA DISPARÓ

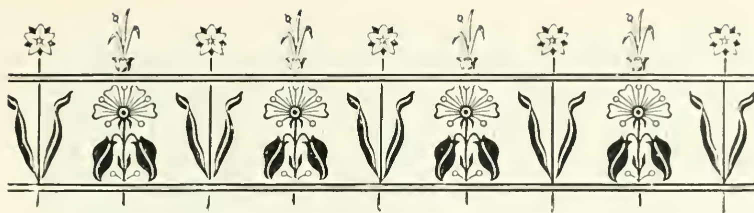
esposo entre dientes. Andrés, ayúdeme usted á abrir la portezuela para arrojarle fuera, y partamos antes de que lleguen los otros aerostatos con los cañones venenosos. Y tú, Zaida, baja al camarote y cierra bien la puerta. Nadie sabe lo que pueden hacer estos bestias si se les ofrece ocasión.

Aunque hubiera deseado permanecer sobre cubierta para ver lo que sucedía, comprendió que su esposo no quería que se quedase allí y le obedeció inmediatamente.

Arrojaron fuera el cadáver, y mientras Murgatroyd se ocupaba en cerrar todas las puertas y ventanas, Redgrave puso las máquinas en movimiento, y dos minutos después elevóse el *Astronef* hacia el cenit, retirándose de su primero y último campo de batalla en el renombrado mundo del dios de la guerra.

Jorge Griffith.





Calumnia...

I



SALÍA el sol en una alegre mañana de abril; su luz suave besaba las olas, haciéndolas centellear en el dulce balanceo, como si fuesen olas de estrellas.

Hallábame en la bahía de Cádiz. El capitán de una embarcación nornega, surta en el puerto, esperaba mi visita aquella mañana. Me recibió muy bien: era un excelente amigo; me enseñó su buque, y quedé prendado de aquel diminuto palacio flotante. Hablamos mucho del origen de nuestra amistad; fué en un hotel de su país: amistad frívola en un principio, pero cimentada luego poco á poco. Yo viajo siempre que me es posible; mi amigo viaja siempre; el lindo buque de que os hablé es suyo. Nos habíamos encontrado varias veces, habíamos viajado juntos en más de una ocasión y fué nuestra amistad cimentándose. Le había encontrado en Cádiz, después de algún tiempo, la noche anterior.

Decayó nuestra conversación un poco; hablábamos ya de cosas indiferentes, cuando le oí decir en perfecto español, pues lo habla á maravilla, como dirigiéndose á otra persona á quien yo no vi aún:

—¡Cómo, Marsal! ¿Pero no estaba usted acostado?

Volví la cabeza para ver á la persona que se acercaba; era un hombre de unos treinta años, de presencia muy distinguida.



VOLVÍ LA CABEZA PARA VER Á LA PERSONA QUE SE ACERCABA

—Supe que estaba este caballero á bordo, contestó, y quisiera hacerle una súplica.

—Estoy á sus órdenes, le dije. El capitán nos presentó: se llamaba Ernesto Marsal, y era ingeniero muy notable. A Marsal le dijo, sonriéndose, que yo era un Guzmán y un Ponce de León, turista furioso y pintor de renombre, presentación que puede servir también para vosotros, lectores míos; el elogio del noruego lo dejaré pasar, pero con la esperanza de que no vean ustedes ninguno de mis cuadros.

Era Marsal apuesto y de ademán digno; tenía sedoso bigote castaño; barba puntiaguda, de igual color; cabellos negros espesísimos; ojos negros también, muy dulces, pero como si ardieran algunas veces con llamaradas febriles. Me habló en esta forma:

—Celebro haberle conocido; entendí que iba usted á Málaga.

Iba á contestarle que estaba en un error, pero advertí en el capitán una seña furtiva, como indicándome que no contradijera al sujeto, y dije sencillamente, aunque con interior extrañeza:

—Sí, mañana parto.

—¿Sería usted tan amable que quisiera entregar una carta á cierta persona?

—No tengo inconveniente; me creeré muy honrado.

—¿Me permite usted que vaya por ella? preguntó, después de darme las gracias.

Me incliné, dándole yo gracias á Dios porque iba á dejarme solo con el capitán.

—¿Quiere usted decirme lo que esto significa? pregunté á mi amigo precipitadamente cuando el otro se alejó.

—Está loco, dijo el capitán.

—¡Un loco!

—Le llevamos á Barcelona, á *Nueva Belén*; le acompaña un señor, hermano suyo, médico famosísimo; este médico me curó hace dos años de una enfermedad peligrosa; le tengo gratitud y le cobré afición; hallándome en Málaga supe lo que le ocurría; el tren excita mucho al enfermo y le brindé con mi buque...

No pudo proseguir. Marsal estaba de vuelta.

—Aquí tiene usted, dijo, entregándome una carta. Tendrá

usted la bondad de preguntar en el núm. 3 de la calle de la Concepción por la señorita de Contreras; es una joven delgada, de estatura regular, muy esbelta, de ojos negros muy dulces, muy cándidos...

—De ningún modo se me despintará, exclamé sonriendo.

Se inclinó Marsal con mucha satisfacción; me ofreció su casa, dándome un apretón de manos, y saludando al capitán se retiró después lentamente.

—¿Pero cómo pueden dejarle en libertad? pregunté admirado. ¿Qué clase de locura es la suya?

—Respecto á la libertad, el médico lo permite... y es su hermano; en cuanto á la locura, consiste en estar todo el día escribiendo cartas de esas; siempre tiene una preparada, y no hay persona con quien hable á quien no le suplique sea portador de ella. Y siempre lo mismo. Un día, preguntándole á su hermano, me dijo:

—¿Usted ve que siempre que se pone á escribir escribe una misma cosa, que es esa carta? Pues la esperanza de mi corazón se cifra en que alguna vez la escriba de otro modo, en que alguna vez se equivoque, en que alguna vez ponga el encabezamiento más arriba ó más abajo: bastaríame eso nada más para confiar en su curación.

Yo escuchaba conmovido; Marsal, con su extraña locura, había logrado interesarme. Tendí una mirada á la carta que tenía aún en la mano. Estaba abierta.

—Léala usted, añadió el capitán; no será abuso, porque las escribe á montones; no hace otra cosa; son ya circulares... Leyéndola, puede que halle usted *un asunto*.

Nos despedimos. Cuando estuve en el bote recordé las últimas palabras del capitán. He aquí la carta, que es curiosísima.

II

«Esta que escribo á vuelapluma, y sólo para que tú la leas, me está pareciendo que ha de llamar mucho la atención de las gentes, porque se dirán mirándose, burla burlando, entre risas y lástimas:

—Oye, oye, la carta de un loco.

»Si yo no te tuviera aún respeto diría que la loca eres tú, pero loca de remate: tan loca, que tratas de volverme el sentido... Pero no quiero hablar ahora de tu sentido ni del mío. sino explicar muy claro el por qué la gente leerá mi carta. la comentará después é irá de este al otro lado con el documento, y con mi nombre de boca en boca. cuando es la verdad que sólo está para ti escrita, sin que ningún humano ó divino. que para mí es igual, debiera traslucir en su vida, mortal ó eterna, la noticia de que te escribieron y de que fuí yo.

»Cierto es que nadie debía traslucirlo. pero como la locura mía la has causado tú y gusta al verdugo enseñar el tornillo con que agarrota y el hacha con que cercena. por esa misma causa tú gritarás. para que los sordos te oigan, que te escribí una carta y en ella te dije lo de este mundo y el otro, queriendo demostrar así que mi locura es de remate y locura sin cura... ¡Ay!... ¿Por qué tu bondad de otros días se convirtió en odio contra mí. cuando si es verdad que me volví loco fué por tu cariño?... ¡Loco!... ¡Loco yo. que tan cuerdamente expreso mis ideas!... ¡Loco yo. que vivo en este palacio encantado de piedras preciosas y columnas de oro!...

»¿Tú no has visto mi palacio? Yo te lo describiría si supiese que ibas á comprender lo que te dijera: porque tengo la seguridad de que. lacrimosa y compungida, y ocultando la risa que por dentro te retozara, ocuparíaste en pensar que un loco solamente puede cometer locuras. y no en fijar el pensamiento mesurado y afanoso. para entender si alguno cuerdo encontrabas en lo que el demente dijera... ¡Ay, santa mía!... Siempre que voy á decirte santa me acuerdo del demonio y viene á mis labios la palabra maldita. ¡Pero qué quieres! Pensando en ti, siempre estoy más próximo á la gloria que al infierno. ¡Si hubiese un sabio que me pudiera definir lo que tienes tú de culebra y lo que tienes de ángel!... Se me figura en ocasiones que te veo la cola de escamas. con anillos azules, que me aprietan, que me están ahogando. y las alas de oro refulgentes, que me acarician con un airecillo perfumado y mareador, como aquel de la primera hoja que deshojamos juntos.

»¡A ti no! ¡A mi madre! A mi madre, que es más buena que tú, á esa es á quien yo debo contar mis alegrías... porque yo

estoy alegre, ¿lo sabes? Estoy alegre y no me desmientas, diciéndome que sufro, porque sería capaz de destrozarme el corazón con las uñas, de rabia de quererte tanto. Si estoy alegre, ¿por qué lo niegas?... ¡No, no, madre de mi alma, que ella me ha vuelto el juicio!... ¡Dile que no! ¡Que yo estoy contento! ¡Que huya de mis insomnios! ¡Que yo no la vea! ¡Que me ahoga... madre! ¡Madre... que me ahoga!... ¿Pero no ves? ¡Si es que me ahoga la risa! ¡Y dices que no estoy alegre!... Tengo yo mi palacio... verás... pero procura no enterarte... ¡ay, no, que te adoro aún y no quiero que te mueras! ¿Tú sabes? porque te morirás... ¡Habrás de morirte despacito, muy despacito; así, como la envidia va agarrándose al corazón!... Pero no quiero que te mueras. ¡Pobre! ¡Tienes los ojos tan dulces! ¡Si vieras tú cómo parece que me miran muchos ojos, muchos, iguales que los tuyos, en las noches apacibles, cuando está el cielo cuajado de estrellas! No, no te mueras nunca. Eres la mujer que yo había soñado para la madre de mis hijos, unos niños de cabellos dorados y ojos azules, vestiditos de seda blanca y con alas de hojas de flores, muy tenues, muy finas, muy suaves, como para que pudieran volar y venir á este palacio encantado, que fabriqué yo, de piedras preciosas y columnas de oro.

»Es grande mi palacio, grande como ninguno de la tierra mezquina; lo he construído sobre la veleta de la torre que hay en el jardín del manicomio; por eso gira mi palacio á todos los vientos; es un gran espectáculo, *variadísimo* siempre, el que desde sus miradores se distingue; estos miradores fueron labrados de mi orden superior por un artífice que vestía hopalanda azul y bonete rojo; son las maderas de un árbol que yo sembré cuando pasaba todavía por cuerdo; están tachonadas con granates, perlas y zafiros. No diré cómo están las habitaciones del palacio distribuídas, porque sería de muy difícil comprensión para un mísero cuerdo; pero sí haré constar, para asombro de quien mi carta lea, que tengo por habitaciones en el alcázar magnífico un cielo, una mazmorra, una casa de locos, una guardilla, un infierno y un limbo.

»La habitación del cielo es para meterme en ella cuando me doy á pensar en ti; la mazmorra para cuando me dedico á indagar lo negro que de pronto se pondría tu corazón, puesto que así me

matas y tan divino era: enciérrome en la guardilla al pensar en las causas de tu abandono; caigo en el infierno de cabeza al recordar todas las bondades tuyas, sin explicarme el motivo de tu súbito horror á un cariño por el que tantos sacrificios hacías; es el limbo para pensar en tus inocencias, tus castidades, tus rubores, y la casa de locos... es tu casa.

»En mi sala del cielo he mandado colgar un columpio; es el columpio una bella concha de nácar fina; la fileteé de diamantes recordando el brillo de tus ojos; sostiénese la concha como tú te sostenías al amarme, con dos hilos muy tenues, uno de lágrimas y otro de ilusiones; comparo á esa concha contigo, ¡pobre amada mía! ¡Algo grande pesó sobre ti, y aquellos hilos misteriosos, de ilusiones y lágrimas, se hicieron pedazos! ¡Qué misterio más triste la evolución tuya!... Por eso yo me columpio siempre metido en mi concha, pensando en ti, y viendo á mis pies, de rodillas, la corte grandiosa de damas, pajes, monos, escuderos y demás gente menuda que tengo bajo mi autoridad.

»Mis favoritos, los que gobiernan mi palacio, mi pensamiento y mi corazón, son tres: un genio, un ángel y una sirena. En las tardes plácidas de estío, cuando el sol va declinando suavemente y susurran las brisas dulces quejas de las que yo te contaba al oído en un tiempo en que tú solías llorar de emoción oyéndome; cuando allá, lejos, miro las olas del mar estrellarse blandamente sobre los guijarros de la playa, rodéome entonces de mis favoritos, enciendo los hilos de mi columpio en llamaradas de pasión y alegría, ilumínase la concha con los colores del iris y con cierta original batuta que hice yo, de la canilla de un muerto, dirijo la gran sinfonía de mundos que estallan, rayos que vibran, planetas que chocan, infernal baraúnda, donde sacude la serpiente su larga cola, ruge el león, el tigre brama y vuelan por el espacio sobre mi cabeza con aleteo que trepida, como el rugido de las tempestades, endriagos y alimañas feroces; todo lo cual sale de mi cerebro atropelladamente cuando toco en él con la punta de la varita de virtud. Declina en esto la tarde, llega la noche, sale la luna; doy una orden á mi genio favorito, saca una llave de acero, dura como mi constancia y como tu artificio brillante; sube el genio en mis hombros, abre una puertecita que tengo en la mollera y enton-

ces... ¡oh! de mi meollo, que parece una caja de rapé, esperando las puntas del índice y el pulgar de cualquier sujeto, sale humo, mucho humo; después unas llamitas azuladas, y tú al fin vestida de blanco, igual que aquellos niños de mi corazón, de ojos azules y cabellera blonda. Tú eres, sí; tú eres, santa de mi alma, y yo me hinco de rodillas, y te rezo, y te imploro, y te pido perdón; ¡y tú sonríes y yo beso llorando la túnica flotante que te envuelve! ¡Te veo allí, con sonrisa de ángel, triste, resignada, llorosa, desbandado el cabello en señal de luto, humilde, buena con los divinos ojos alzados al cielo, las manos cruzadas en ademán de súplica, la carita pálida, como de muerta, y tienes flores en las manos, y corona blanca en la frente, todo níveo,



Y YO ME HINCO DE RODILLAS

poético, emanando suave perfume de gloria, entre nubecillas que ondulan como el incienso y la ilusión... y nos metemos en la concha del columpio, nacarada y con filos de diamantes, y nos columpiamos embebidos en dulces gozos, teniendo como arrullo purísimo de amor aquella gran sinfonía de mundos que estallan, hasta que los hilos del columpio se parten, la concha se hunde, nos estrellamos y abur, Perico.

»Otras veces hago que surja el mar delante de mí, veo sus olas azules con ráfagas de oro de los reflejos del sol y plomizas con los tonos de las nubes; las olas cantan dulces melodías como aquellos gorjeos tuyos entonados en mi oído, y yo vuelo mientras tanto por los aires sobre el mar arrullador y voy volando solo, porque procuro alejar á mis favoritos.

»El genio encarámase en una peña, se monta el ángel en una nube y la sirena se tira al mar, y va entre las aguas sonriente y divina, con aquella hermosura fantástica y aterradora como la que tú tienes. ¡Es una sirena creada por tu modelo!

»Escóndese de pronto en las aguas, flota allí con suavidad, culebrea diestramente y deslumbra la vista un resplandor como el de tus ojos, que brota de aquel medio cuerpo suyo de escamas.

»Yo vuelo y sigo por los aires; llevo en una mano mi palacio para cuando quiera sentarme á descansar en mi columpio de la sala del cielo y en la otra mano la última carta tuya, que me parece, aunque el símil lo creas tonto, un altar socavado.

»Deténgome á lo mejor en las alturas, y al momento, sin que yo lo ordene, porque ya están acostumbrados, el genio dicta desde la roca, el ángel escribe con pluma de oro en el cielo y la sirena canta en el mar. ¡Cuántas lágrimas, cuántas amarguras y pasiones veo yo en esos cantos populares que la sirena imita, quejumbrosos y dulces, ardientes como el beso meridional, agudos como la daga milanesa, rítmicos y fantásticos como canción morisca, rumorosos y embriagantes como las brisas perfumadas de Laconia! Esos cantos de su país... ¡el país de los viejos castillos romanos, de las mezquitas moras, de las catedrales cristianas!

»Sigue la sirena cantando mientras yo no le ordene otra cosa. Si pienso en tu corazón y en mi constancia,

Agüita que cae, cae,
sécate ya en donde brotes,
que es mentira que la piedra
se ablande á fuerza de golpes.

»Cuando se fija mi pensamiento ardoroso en la situación horrible de que tú murieses sin yo estar á tu lado, sin yo velar tus delirios de rodillas ante tu cama, sin yo cerrar tus ojos después de muerta, ¡Dios mío!...

El día que tú te mueras
que guarden el cementerio,
no quiero estar en presidio
por desenterrar á un muerto.

»Si como ráfaga de centella ilumina mi imaginación el recuerdo de la noche que pasaste por mi lado, tranquila y dichosa, la vez primera que te vi después de tu abandono, tiene entonces la copla algo de lúgubre y sollozante:

Cuando pasó por mi lado
la vió de reir la gente,
y un poquito más arriba
cayó muerta de repente.

»También tengo celos; también me acomete de tarde en tarde algo así como desesperación y vértigo de horrores, algo que metaliza mi voz para que se convierta en rugido vibrante; pienso en mi madre... pienso en ti... pienso en que hay otros hombres...

Culebrillas tengo, madre,
liadas al corazón...
Yo la quiero y quiere á otro...
¡Arráncamelas por Dios!

»Un día, no sé cómo cantó la sirena, pero me hizo mucho daño, ¡mucho! No puedo definir lo que encontraba en sus canciones. ¡Oh, martirio! No sentía ya deseo ninguno; cesé de dar vuelos; tan distraído iba, que por poco caigo al mar al encoger un ala; ordené á la sirena que callase y contestó la traidora, audazmente, que cantaría lo que le diera su real antojo. Con

liviano movimiento se hundió en el mar, sacó después la cabeza y el busto lleno de diamantes y espumas, y siguió cantando:

Cuando me muera, te pido
por Dios que me des un beso;
no quiero estar en la caja
penando después de muerto.
Desde que tú no me quieres
mi corazón es el mar:
que las penas, cual las olas,
unas vienen y otras van.
Al ladito del orgullo
sembraron el sentimiento;
lloraron allí las flores
y nació tu primer beso.
Hice yo de tu cariño
barco para navegar;
era muy chiquito el barco
y naufragó en alta mar.
Suspirillos de la tierra
son las flores cuando brotan,
y son los suspiros tuyos
suspiros de malva loca.
Quisiera yo publicar
cosillas que están guardadas,
escribiéndolas con sangre
en las nieves de tu cara.
Lo que yo luché y sufrí
para darte el primer beso,
lo tiene Dios apuntado
con rayitas en el cielo.
Al Padre Santo mi crimen
llorando le confesé,
y el Padre Santo me dijo
que te matara otra vez.

»¡Ah, pérfida sirena, cómo se burla de mi corazón llagado! Desde el día que se rebeló contra mi autoridad no deja de atormentarme un minuto con sus coplas, que yo no sé de dónde saca,

porque al ángel le he roto la pluma para que no escriba y le he cortado la lengua al genio para que no hable. Tengo que oirla y me desespero, me vuelvo loco; no, la sirena dice esas cosas de envidia que tiene á la muchachita de corona de flores, y de cara triste y suave como las hojas de los lirios, y de manos cruzadas que piden á Dios misericordia por mí. No tengas cuidado, sirena infame; huyes constantemente zambulléndote en el agua y cantando: huyes y haces bien, porque si te cojo te doy *ahogadillo* por meterte en camisa de once varas. Quedáronse para mi consolación el genio y el ángel, un par de buenos chicos. Cuando después de mis furias voy entrando en calma y me da por el sentimiento, y se me encoge el corazón ante la idea de aquellas dulces horas de amor bendito, como yo estoy loco y los locos no lloran, le digo al ángel que llore mis penas. Y al ver sus lágrimas me alivio mucho, porque me acuerdo de la Virgen y me acuerdo de Dios.

»El genio se dedica á otras faenas: le da betún á mis botas».

III

Figuraos mi sorpresa mientras estuve leyendo la estrambótica epístola. Decíame yo: ¿Existirá esa mujer efectivamente ó será un aborto de su misma locura? Pero no era éste el tema principal de mis lucubraciones, había otra cosa más importante: había el estudio de aquel acabado tipo moral que se me presentó á bordo del barco noruego, en la forma de un joven hermoso y dulce, de mirada ardiente y ademán digno. Aquella carta del loco fué una revelación para mí. Un hombre que escribía aquello, fuese en su cabal estado de razón ó perdida por entero la noción de las cosas, tenía que ser un carácter.

Pasé el día preocupado; á la mañana siguiente fuíme al buque á ver á mi amigo; tuve una decepción: el buque había zarpado una hora antes. Llegué á la fonda de muy mal humor; diéronme una carta, era del capitán: «despedíase de mí con mucha finura, y explicaba lo imprevisto de su partida con la enfermedad de Ernesto. El doctor Marsal habíaselo pedido así, y tenía un placer muy grande en complacerle».

Nuevo motivo de conjeturas: ¿Qué pasó de extraordinario en

el cerebro de Marsal para que el médico tuviera que pedir que zarpasen inmediatamente?

Por una anomalía sin explicación tuve que salir para Málaga aquella misma noche, alarmado con la noticia de que mi madre estaba enferma. La enfermedad era de cuidado; mientras duró el peligro no me acordé del loco, ni de la calle de la Concepción, ni de la señorita de Contreras. Cuando empecé á salir, distrájeme con mis amigos de antaño. Restablecida mi madre del todo, y estando ya en Málaga, me quedé algunos días; hallábame inactivo, sin ocupación ninguna que me absorbiese. Entonces fué cuando acudió á mi pensamiento aquel vago fantasma de la señorita de Contreras. Fuí una tarde á la calle de la Concepción, busqué y pude convencerme; esta señorita no era un fantasma, era una persona de carne y hueso. Pero no hablé con ella ni la vi. La casa estaba ocupada por otro inquilino; este inquilino me dió una vaga idea de que el padre de la señorita viajaba; no sabía si la señorita viajaba con él ó estaba en Málaga con otra familia. La señorita era huérfana de madre; no tenía hermanos tampoco. Fué inútil cuanto hice para encontrarla. Pasó más de un mes y dispuse mi regreso á Cádiz; la señorita de Contreras sería ciertamente un personaje de carne y hueso, pero á mí iba resultándome un fantasma *real*.

Hice algunas visitas, y dos noches antes del día fijado para mi marcha dispúseme á cumplir un grato deber; el de acompañar durante toda la velada, en su preciosa casa de la Caleta, á una hermana de mi padre; á esta señora no la había visitado aún, por la enfermedad de mi buena madre principalmente y después por mi absorción de buscar á la señorita á quien debía entregar la más estupenda carta que se ha escrito. Mi señora tía y mi madre no estaban en muy buenas relaciones; á mi tía la excusó para con nosotros, durante el mayor peligro de la enfermedad de mi madre, el estar ausente, y esta misma enfermedad me sirvió á mí para excusarme por no haberla visitado más pronto.

Había gran animación en la casa, y me sorprendí mucho; mi tía no acostumbra á regocijarse de tal suerte. Pregunté el motivo de aquella fiesta y me respondió sonriendo la buena señora:

—Es en honor de una amiga mía, muy joven, muy linda, á

quien me traje del campo, donde estaba con su padre y único pariente. Se casa á fines de mes y conmigo estará hasta que la boda se efectúe... A propósito, hela ahí, que se acerca á nosotros.



VOLVÍ LA MIRADA HACIA DONDE MI TÍA ME INDICÓ

Volví la mirada hacia donde mi tía me indicó, y pude ver á una joven bellísima. Me turbé mucho... Con alas poderosas, sin yo saber por qué, voló mi pensamiento á la bahía de Cádiz, y se detuvo en la figura noble de Marsal, loco indudablemente por una mujer que le había abandonado... ¿Qué relación era la que

yo encontraba entre aquel loco de amor y la heroína de los salones de mi tía? Lo comprenderéis fácilmente: las señas que me dió Marsal correspondían todas con las de la joven que de pronto habíase presentado á nuestra vista. Sus perfecciones estaban realzadas por una animación febril, una alegría que, no pudiendo esconderse por ser tan grande, se desbordaba en relámpagos del corazón á los ojos.

Aquello que yo había pensado fué sin duda un absurdo: rápidamente deseché tal pensamiento. Pero mi tía exclamó á la vez casi:

—¿Sobrino? La señorita Constanza de Contreras.

Figuraos mi trastorno: por un instante creí que iba á perder el sentido. No saludé, la emoción no me lo permitió. La figura de Marsal grabábase entonces en mi cerebro con fijeza que hería; pensé en él como no lo había hecho hasta entonces, con profundo afecto... Me dolió aquella satisfacción de la mujer: aborrecí en tal punto á la que así se hacía digna del desprecio del hombre que por ella se hundió en un abismo peor que el de la muerte. ¡Iba á casarse!

No podía creer aquello y quedé mirando á Constanza. Dios me lo perdone: hice un esfuerzo grande para no arrojar allí mismo, en su rostro de mujer honrada, toda la hiel que me producía su comportamiento liviano.

Dominándome, pronuncié al fin algunas palabras; pero no pude disimular mi impresión en aquel instante. Mi tía y Constanza mirábanme con profunda sorpresa.

No tuve ocasión de pedir explicaciones á mi tía. Me vi comprometido á dar el brazo á la señorita de Contreras: dimos algunas vueltas por el salón: por mucho que procuré dominarme, no estoy seguro de haber logrado disipar en ella la mala impresión que le produjo mi fría acogida. Pasaba el tiempo sin que yo me atreviese á deslizar frase alguna relacionada con el pobre loco del barco noruego.

La miraba furtivamente alguna vez: quería descubrir por las líneas de su rostro las angustias y los remordimientos de su corazón. ¡Era imposible! ¡No podía descubrir nada: en aquellas facciones dulces, que parecían modeladas por algún genio maravilloso de luz: en aquel semblante lleno de bondad y candor: en

aquella frente, misterioso alabastro donde la virgen santa hubiera podido escribir el poema de la maternidad, no había, no, huella alguna de remordimientos. En sus grandes ojos, de negrura suavísima, brillaba un tierno rayo de candor y felicidad que hacía conmover. Su boca fresca y pura era un nido misterioso, donde parecían nacer lentamente y prepararse á la vida besos que no estallaron y promesas que aun no se hicieron.

Se sintió cansada; quiso sentarse y la llevé á una galería próxima; desde allí distinguíase una parte del jardín, bellamente iluminado. Las luces, entre las verdes hojas, parecían miradas misteriosas fijas en nosotros. De allá lejos, del fondo del salón, salían músicas suaves. Estoy seguro, Constanza me olvidó completamente. Sus ojos pensativos dirigíanse al fondo del jardín: la noche era clara, el cielo bordábase de estrellas, resplandecientes y dulces como las de la epístola de mi pobre loco. Tendí la mirada también muy conmovido á los espacios profundos, cual si esperase ver la figura de Marsal volando de estrella en estrella, con su palacio en una mano y su varita de virtud en otra; parecíame estar viendo al ángel mudo sobre una nube, al genio que escribía con su pluma de oro rota y á la sirena entre montes de espuma cantando lo que ya el ángel no podía dictar ni podía escribir el genio... Todo por aquella mujer... por aquella niña de rostro de virgen y corazón infame.

Suspiró ella y yo dije entonces algunas palabras fútiles.

Volvióse vivamente.

—¡Ah! dispénseme usted, contestó; estaba distraída.

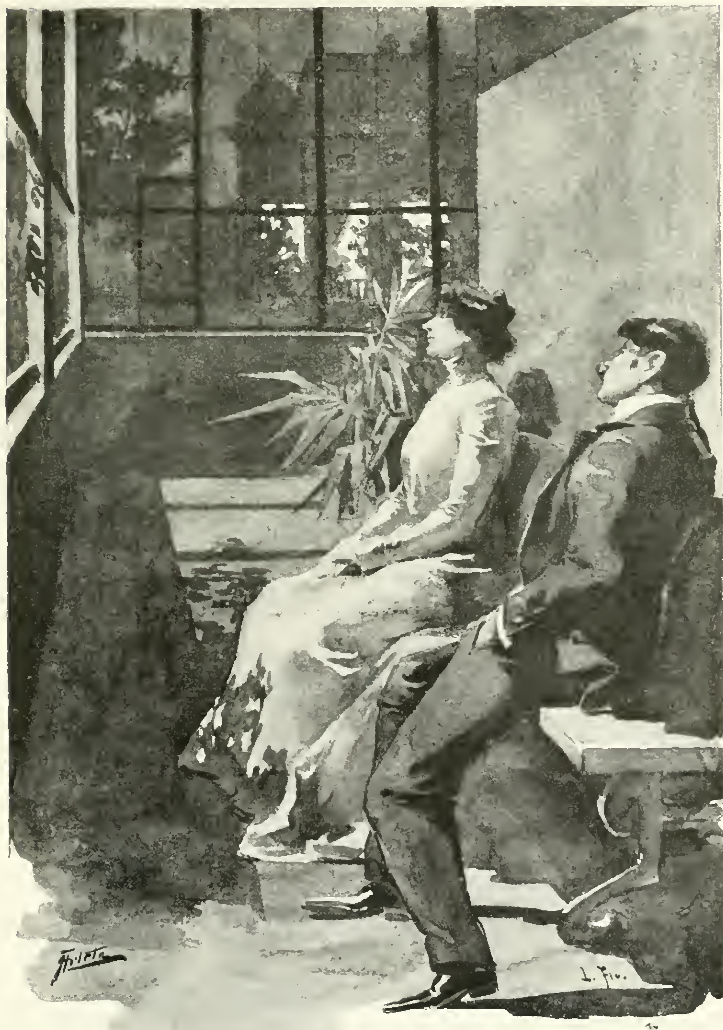
—Yo tengo la culpa, repuse sonriendo, por no haberla hablado; fué que me intimidé... Me pareció que usted sufría... La sentí suspirar, imperceptiblemente casi, pero la sentí. Dicen que los pesares son los que hacen suspirar... y usted es dichosa porque ama al hombre con quien ha de unirse.

Me miró de un modo tan digno, que tuve que inclinar la vista avergonzado; en aquella mirada vi una noble reconvención; pero al mirarme sólo dijo:

—No tengo experiencia del mundo, caballero, pero sé, porque lo siento en mí, que la felicidad también suspira.

Tuve tentación de darle la carta de Marsal que tenía en el bolsillo y de decirla:

—Un pobre enfermo, que morirá quizás en la flor de sus años por el abandono de una infame, me ha dado esta carta para usted... Pero me contuve, la ofrecí el brazo y volvimos al salón.



SUS OJOS PENSATIVOS DIRIGÍANSE AL FONDO DEL JARDÍN

IV

La señorita de Contreras presentábase como un enigma, y el enigma es lo que el hombre más ama. ¿Estaría yo enamorado quizás de la señorita de Contreras? No, yo estaba delante de un caso muy curioso y quería estudiarle hasta lo último. ¡Hubiera dado mi vida entonces por precisar lo que la señorita de Contreras tenía de serpiente y lo que tenía de ángel!

No dejé de visitar la casa de mi tía. La vieja señora se extrañó mucho al principio de que yo le dedicara tanto tiempo... pero cayó al fin en la cuenta: «¡Hola... conque no era por ella por lo que yo iba! ¡Conque era por Constanza! ¿Sí? Pues verás», y no quiso responder á ninguna pregunta de las que le hice referentes á la señorita de Contreras, á su familia y á su futuro. Limitábase, cuando le hablaba de esto, á preguntar con fina burla la fecha en que reanudaría mis interrumpidos viajes.

Pero yo inquirí lo que pude por otro conducto. Mi madre me contó que mi señora tía y los padres de Constanza se conocieron en la niñez; siguieron tratándose y Constanza iba á pasar largas temporadas con mi tía, que la amó siempre mucho. Cuando murió la madre de la señorita de Contreras, el trato de la anciana y la niña se hizo más frecuente; puede decirse que mi tía fué desde entonces su madre, sustituyendo así á la pobre amiga muerta.

—¿Y cómo no he conocido yo con anterioridad á esta señorita? pregunté asombrado.

—Porque Constanza, que es casi una niña, tendría dos años á lo sumo cuando te fuiste á Madrid. Las dos ó tres veces que has venido á Málaga fué en época en que tu tía estaba ausente ó en que la señorita de Contreras no estaba con ella. Ahora estará en su casa hasta que el matrimonio se efectúe.

—Basta, exclamé nerviosamente.

En llegando á este punto sentíame presa de una irritación sorda: lo que hacía Constanza me parecía infame sencillamente. Seguí viéndola y hablándola con frecuencia. Se mostró al principio reservada é incomunicativa, pero fué desterrándose poco á poco aquella frialdad hacia mí. No obstante mi interior sentimiento de protesta, sentíame atraído insensiblemente por las

grandes dotes de espíritu que revelaba en su lenguaje, en sus ideas y en sus gustos. Había tal candor en sus ojos, tal pureza en su frente; desprendíase así como una emanación de castidad de toda ella, que impresionaba y atraía como nos atraen los niños y las flores.

Salían muy poco, y por eso las encontraba siempre en casa; además, conmigo no se podía usar etiqueta, y esto nos puso en comunicación á menudo. La casa de mi tía es un primoroso oasis del camino del Palo, lleno de flores y maravillosos objetos artísticos; sitúase junto al mar, y es un encanto ver en las dulces noches estivales, bajo aquel purísimo cielo bordado de estrellas, la espuma de las olas saltando al jardín para meterse, como profunda caricia de amor, en los cálices de las flores.

A ella le gustaba contemplar en silencio la hermosura del mar y de las estrellas; quedábase inmóvil, medio entornados los bellos ojos, como para no perder nada de los diálogos sutiles que pudiesen mantener los copos de espuma con los claveles encendidos.

Una noche hallábame á su lado como aquella noche en que la conocí. Guardábamos silencio; yo, pensando que una mujer que así se conmovía ante las manifestaciones solemnes de la Naturaleza no podía ser mala, y ella... ¡quién hubiera podido sospechar lo que ella tenía en su pensamiento! La imagen tal vez del hombre á quien iba á unirse su destino; la otra imagen quizás del pobre enfermo abandonado.

—¡Qué hermoso es el mar! exclamó de repente.

—Es cosa de maravillas, dije. ¿Usted no se ha embarcado nunca?

—No, contestó pensativa.

—Yo, sí, y tengo un recuerdo muy extraño de la última vez que estuve en el mar.

—¿Dónde fué?

—En Cádiz.

—¡Ah, en Cádiz! repitió ella; será muy curioso; cuéntemelo usted.

Quedé observándola con profunda atención. Podía hacerlo fácilmente; la luna iluminaba su adorable rostro. Yo ansiaba ver en aquellos ojos, de eterna y cándida dulzura, algo que me

revelara combate interior, que me revelara sufrimiento, maldad si la había; acordándome de la epístola del loco, me pregunté, como ya lo hice en muchas ocasiones: «¿Dónde acaba en esta mujer la serpiente? ¿Dónde empieza el ángel?».

Dominando mis reflexiones, repuse sonriendo:

—Fué una mañana; recordé cierta promesa que hice á un amigo mío de visitar su barco, y aproveché la ocasión. Entonces fué cuando empezó mi triste aventura.

—¿Triste? preguntó Constanza curiosamente.

—Triste, porque en ese barco conocí á un pobre loco: le llevaban á Barcelona. ¡Loco, porque le engañó una mujer!

—¿Y cómo se llamaba? preguntó, mirándome de una manera indefinible.

—Marsal.

—¡Oh! exclamó ella temblorosa, anhelante. ¿Usted le ha visto? ¿Usted le conocía? Y luego, cruzando las manos en ademán de súplica, añadió así, con voz ardiente y angustiada:

—¡Por Dios... por Dios se lo pido! ¡No me hable usted nunca de eso!

Después de esta confesión explícita de Constanza, ¿qué me correspondía hacer? Lo que hubiera hecho cualquier hombre digno: no aludir más á este asunto, ni embozadamente siquiera.

Resolví volver á Cádiz: no quería verla más. Fuí á despedirme de mi tía. Constanza había bajado al jardín á regar unas flores. La contemplábamos mi tía y yo desde el torreoncito que da al mar; de vez en cuando levantaba ella los ojos, mirándonos cariñosamente, y volvía después á su tarea: sus menudos piececillos hundíanse en el césped como graciosas avecillas escondiéndose del cazador; llevaba un ligero vestido claro que transparentaba arriba, en el busto y los bellos hombros, finitos, pero haciendo entrever á la matrona admirable del porvenir. Su linda silueta recortábase primorosamente; parecía allí, entre las flores, uno de aquellos blancos copos de espuma que saltaban de las olas para meterse en los cálices. El cielo irradiaba azul y puro.

Hallábame con deseos de tener una explicación con mi tía y no lo pude conseguir nunca; la evadía mañosamente como si hubiera adivinado mi intención y continuara ella en la de

molestarme; pero las cosas habían llegado á su límite: yo no me marchaba sin saber algunos pormenores de la historia de amor, interesantísima seguramente, que hizo desgraciado á Marsal. Me encaré con mi tía, cogiéndola por sorpresa.

—Tía, dígame usted cómo fué el conocimiento de Constanza y Marsal.

—Pero ¿tú conoces á Marsal?

—Sí.

—¿Y de qué le conoces?

—Fué en circunstancias muy tristes, por cierto.

—¿Estaba loco?

—Sí, loco: loco por una mujer que le engañó.

—Es claro, ¿qué iba á decir? Para algo es un loco, loco: para decir locuras, por lo menos.

Yo no la entendí. Iba á seguir preguntando, pero mi señora tía me dejó con la palabra en la boca. Antes de perderme de vista me miró de un modo burlón, me amenazó cómicamente con la mano y se alejó ya riéndose.

—Estoy lucido, pensé; mañana mismo me voy.

¿Quién era el infeliz que iba á unir su destino al de aquella mujer incalificable? Lo confieso, no lo había querido preguntar por orgullo: conceptuábale ya como enemigo mío desde que supe que había suplantado de tan triste manera á un hombre de tanto valer como el infeliz demente del barco noruego.

Bajé del torreoncito detrás de mi tía, reuniéndome á los pocos instantes en el jardín á ella y á Constanza. Al llegar yo parecieron interrumpir de pronto un diálogo. Constanza quedó muy encendida, mirándome de un modo particular; la vieja señora miróme también extrañamente, y pude comprender desde luego que aquel diálogo se había referido á mí. Hubo un momento en que Constanza vino decididamente en mi dirección, como para decirme alguna cosa, y me turbé mucho, sin explicarme el motivo; pero no habló, no ocurrió nada: mi tía contúvola con un expresivo gesto y quedó inmóvil, baja la vista y los ojos humedecidos como para llorar.

Me aproximé entonces á mi tía, con intención de dirigirle la palabra por última vez.

—Tía, dije sonriendo, mañana me voy; vengo á despedirme.

—¿Cómo? ¿No te quedas hasta la boda? preguntó malignamente, señalando á la vez á Constanza.

Miré á Constanza entonces. Su rostro me pareció muy pálido; mirábame con fijeza. Dios me perdone, pero creí que en aquella mirada había una súplica, la súplica de que me quedase.

Constanza fué á hablar; mi tía la interrumpió, diciéndola altivamente:

—¡Silencio!

Sonrió Constanza, y en verdad, aquella sonrisa no me pareció la de una mujer sin alma; no fué la serpiente la que sonrió, fué el ángel.

Mi tía prosiguió, dirigiéndose á mí:

—¿Qué harás, en fin? ¿Te quedas ó no?

—¿Quiere usted saber por qué no me quedo? pregunté sonriéndome.

—Habla, sobrino.

—Porque temo no encontrar muy simpático al futuro de esta señorita.

Constanza se mordió los labios. ¿Fué la serpiente la que se mordió entonces á sí misma por no encontrar á quien morder? Mi tía exclamó con dejo irónico:

—Bien, sobrino; te luces como hay Dios.

—No he querido ofender, tía.

—Usted no ofende, murmuró Constanza, inclinando la vista y como si otra vez fuese á llorar.

Me conmoví. Mi tía añadió en tono de autoridad:

—Quédate, ¿me oyes?

—Me quedo, repuse de muy mal talante. La viejecita no contestó, pero creí sorprender en sus ojillos vivarachos aquella maligna mirada de otras veces.

V

Al llegar á mi casa aquella misma noche, le pregunté á mi madre:

—¿Puede usted decirme algo de la familia de Contreras?

—No podré darte muchos detalles, me contestó. Se han enriquecido en el comercio; retiráronse de él hace algunos años,

cuando Constanza era aún muy niña: por aquel tiempo murió su madre.

—¿Y cuándo conoció Constanza á Marsal? pregunté.

—¿Aludes al loco?

—Sí, al loco.

—No sé una palabra; no tengo el honor de tratarme con tu señora tía, y no quiero ciertamente que disfrute ella el de tratarme á mí. Es muy orgullosa y yo he de serlo más: le da por la tontería de los apellidos ilustres, y si ella se figura que el suyo viene de Carlo Magno, el mío viene de Matusalén. Guzmán y Ponce de León te llamas, hijo: que averigüe la hermana de tu padre qué apellido de esos es más viejo.

Aunque estaba de muy mal humor me reí, acordándome de la guerra sin cuartel que se habían declarado por este motivo hacía mucho tiempo mi madre y su cuñada.

Volví á mis preguntas, pero la orgullosa viejecita no supo decirme cosa alguna de provecho. Entró entonces mi hermana, un lindo pimpollo de quince años. De mi hermana logré algunas noticias.

—Hace ya tiempo, díjome, que Constanza y Marsal se conocen: el cariño por parte de los dos era grande: nada pareció al principio que pudiese turbarlo, pero no contaban con la huéspeda: la huéspeda fué el padre de Constanza: cuando tuvo noticia de esos amores se opuso abiertamente: el padre es áspero y rudo como un patán, añadió mi hermana; te advierto que yo no le conozco, te hablo por referencias de nuestra tía solamente. El buen señor estaba encaprichado en que á su hija no podía convenirle ningún hombre como no fuese ó no hubiera sido comerciante, y como no tuviera ganado mucho caudal en el comercio como él lo ganó. Marsal no tiene una gran fortuna, pero es rico y goza de mucha reputación como ingeniero: hubo disgustos muy grandes con la oposición: Marsal estaba enfurecido porque se creía honrado y se tiene seguridad de que lo es. Al fin, el viejo cedió de pronto y se preparó la boda: la felicidad sonreía á los novios, y no era el viejo seguramente quien parecía dispuesto ya á turbarla. Pero una noche se presenta el padre á la hija y le dice con profundo dolor, enseñándole unas cartas:

—Me lo daba el corazón, pobre hija mía, y por eso me opuse á que te casaras con ese miserable: te ha estado engañando; sostiene relaciones con otra mujer; iba á casarse contigo por tu dote; aquí tienes documentos con su firma que te lo probarán; son cartas dirigidas á esa mujer, que llegaron hasta mí por milagroso don.

Constanza leyó algunos de aquellos escritos y no tuvo duda; tenían su letra, su firma, el querido nombre de Marsal, auténtico, estampado allí... al pie de aquellas infamias. Se desmayó al leerlas; estuvo sin conocimiento muchas horas; cuando pudo, escribió á Marsal diciéndole, sin otros requisitos, que había terminado todo entre los dos. Marsal pidió explicaciones que no obtuvo. Marsal se volvió loco y no han vuelto á verse.

Quedé asombrado de la historia, y en verdad que el diablillo de mi hermana parecía haberse informado bien.

—¿Pero se probó que Marsal hubiera sido culpable?

—Ciertamente. Marsal tiene un hermano médico; éste se encargó de probar á Constanza la inocencia de su hermano; lo consiguió. El padre de Constanza había llegado, en su vituperable terquedad, al punto de coger á su hija una de aquellas dulces y apasionadas cartas de Marsal, é hizo escribir las que á ella le presentó, imitando perfectamente su letra y su firma.

—¡Eso es horrible!

—¡Vaya si lo es! Constanza lloró y se desesperó, pero á Marsal nadie le ha quitado la locura. Luego, ¡ya se ve! ¿A qué está una? ¿Va una á morirse cuando las cosas no pueden ya remediarse?

—¡Vamos, niña! exclamé, cogiéndola de una orejita; me parece que vives tú también muy al siglo para tus pocos años.

Mi hermana exclamó entonces con voz y ademanes de sorpresa:

—¡Cómo! ¿Pero qué quieres? ¿Que porque Constanza no pueda casarse con un hombre no se case con otro tampoco?

—¡Señor! grité entonces, enredándome á porrazos con la pared, con los muebles y hasta con mi cabeza. ¿Qué pasa en el mundo? ¿A dónde vamos á parar? Ya no hay sentido común, ¡y si no fuera más que eso!... No hay sentido moral, que es mucho más triste. ¡He aquí la juventud dorada; he aquí el ser dulcí-

simo que hace Dios para el hogar y la familia! ¡De modo, querida hermana, que tú eres como las demás!

—¡Pero hijo, hijo, repórtate, que vas á echarme la casa abajo... y te vas á romper la cabeza!

Así hablaba mi madre yendo detrás de mí; mi hermana se había quedado con la boca abierta, extrañándose de aquella actitud mía y como sin alientos para discurrir, por su mismo estupor.

—Vamos... ¿y qué? la dije, ¿comprendes lo que he dicho? ¿Comprendes lo triste que es eso? Estás reflexionándolo, es seguro; ¿verdad, querida hermanita?

Retiró de sus lindos labios un dedo que había puesto allí cuando yo empecé á desahogarme con mis diatribas contra Constanza y toda mujer que se le pareciera, y haciendo después un gracioso mohín exclamó, encogiéndose de hombros:

—Pero si el pobre Marsal se ha vuelto loco, ¿no es un dolor que por eso también se vuelva loca ella? Serían entonces dos desgracias en vez de una.

—¡Bien! ¡Muy bien!

Mi madre reía y yo cruzaba las manos, levantando á la par los ojos al cielo, queriendo ponerle por testigo de las atrocidades que estaba lanzando allí aquella deliciosa boquita de labios primorosos.

—Dos dije, y no serían dos las víctimas, serían tres, añadió el angelito, cobrando alientos sin duda con la risa de mi madre... Tres, sí, no me mires con esos ojazos de estupor, que no hay para qué. Figúrate: Marsal que está ya loco, uno; Constanza, si le hubiese dado también por la locura, dos, y el tercero, ese con quien ahora va á casarse. Cuando se casa con ella es porque la quiere, y si no se casara el mismo *derecho* tiene á volverse loco que Marsal. ¡Tres víctimas! Dime ahora en qué quedamos, ¿es eso lo que manda Dios? No, con una basta.

—¡Vete de aquí! grité.

—¡Sí, porque soy más buena y más humana que tú, prefiriendo la desgracia de uno solo á la de tres!

—¡Que te vayas! aullé furioso.

—¡Anda, inquisidor, perverso, verdugo de la Humanidad! Me hizo aquel diablo el más hechicero mohín de chiquilla tra-

viesa que puede darse y salió corriendo. ¡Fuego de Dios con la dichosa hermanita!

Salí loco, pero tan loco... que me reía yo entonces con la locura de Marsal. Procuré distraerme: mi mal humor era terrible. Llegó la noche, y aunque de mala gana, la maldita costumbre me llevó á casa de mi tía. Fué á Constanza á quien primero vi; se ruborizó al verme; yo sonreía con amargura; pareció que nos entendíamos sin necesidad de explicaciones: su rubor fué de vergüenza, de desprecio mi sonrisa.

Indudablemente tuvo intención de hablarme, pero la presencia de mi tía la contuvo. Yo no hacía nada más que mirar á Constanza, pensando con tristeza en aquel pobre loco del buque noruego. Me pareció muy pensativa: no tuve duda, deseaba decirme alguna cosa, lo había notado ya en diferentes ocasiones. ¡Cómo eché de menos aquellas horas que pasábamos juntos cuando empezó nuestra amistad! Pero mi tía nunca nos dejaba solos. No sé qué pensamientos eran los de aquella cabecita de cabellos plateados.

Estábamos en el jardín, era al oscurecer y la noche presentábase muy serena. Creí ver alguna contrariedad en mi tía, aunque no supe explicarme el motivo. No pronunció una frase al verme, pero no se apartó ni un segundo de Constanza. Guardábamos un silencio que nos hacía violencia á los tres, porque los tres sin duda sabíamos á qué atenernos. Mi tía miraba frecuentemente al interior de la casa, como si esperase con impaciencia á alguna persona. Iba entrando la noche. Asomó la luna lentamente, reflejándose en las aguas como tranquila diosa de los mares: las olas traían hasta nuestros oídos rumores apagados, como de querellas de amor y susurros de besos; oíanse de vez en cuando las canciones de la marinería, cuyas lanchas deslizábanse lentamente sobre la superficie del mar como informes espectros: con el resplandor de la luna iban las estrellas eclipsándose: parecían las estrellas, al perderse con lentitud, las últimas lágrimas de Marsal cuando á su corazón, seco ya del todo, le fué imposible seguir llorando. Allá, junto á la luna, contemplé una nube roja que me pareció de sangre.

Un criado se presentó de pronto diciendo á mi tía que alguien había preguntado por ella. La luna iluminaba perfectamente su

rostro y pude ver la mirada de recelo que me dirigió al levantarse. Se fué sin hablar. Constanza pareció indecisa entre ir con ella ó quedarse, pero se quedó. ¿Era cierto, en resumen, que tenía algo que decirme? Lo confieso, quedé mirándola ansioso, como si esperase de sus labios la vida, al probarme con una palabra nada más que era buena. La miré fijamente y ella pareció muy confusa. ¿Por qué no hablaba? A la luz de la luna parecía fantástico su rostro, de rasgos suaves y palidez marmórea. En aquel momento tenía semejanza muy grande con la descripción que de él me hizo Marsal. Aquel rostro estaba triste: sus facciones pareciéronme contraídas por el dolor.

Era una curiosidad dolorosa la que me había cogido el corazón. Hubiera dado mi vida en aquel punto porque Constanza se hubiese expresado con franqueza delante de mí. ¿Y si abandonó á Marsal porque algún secreto motivo la obligó fatalmente? ¿Y si consentía en casarse con otro hombre por la misma causa? ¿No podría yo encontrar á su acción alguna atenuante?... Allá en los cielos la nube roja avanzaba lentamente, faltándole poco para alcanzar á la luna: parecíame la luna en aquel instante el rostro pálido de la señorita de Contreras: la nube roja, sangre de venganza, sangre de aquella mujer vertida por Marsal, cuya figura tétrica creí distinguir de pronto acá y allá, bajo los álamos, entre los rosales y surgiendo del mismo borde de las olas, cuyas espumas centelleaban con brillo siniestro.

Tuve un segundo de alucinación en que creí contemplar aquellas dulces facciones de niña como al través de un velo de sangre: sin poderme contener me aproximé más á ella.

—Constanza, dije entrecortadamente cogiéndola una mano, como hubiera podido coger la de un niño. ¿No se arrepentirá usted luego?

—¿De qué? preguntó ella mirándome con profundo estupor.

—De casarse con ese hombre.

Retiró con viveza su mano y me miró soberbiamente: adquirieron los músculos de su rostro tirantez extraordinaria, y sus grandes pupilas, llenas siempre de mansedumbre, chispearon de cólera. Se alejó sin decir una palabra, y yo exclamé, vencido, con profundo sentimiento:

—¡Oh, Marsal!

Debió oir la joven aquellas frases y debieron ejercer en su ánimo impresión profunda, porque se volvió rápidamente hacia mí lanzando una exclamación. Parecía presa de viva ansiedad y sus ojos habíanse llenado de lágrimas... Sí, puedo asegurarlo, porque las vi centellear como diamantes á la luz de la luna. ¿Serían lágrimas de remordimiento?

—¿Marsal ha dicho usted? exclamó agitadamente, cogiendo mis manos sin saber sin duda lo que hacía.

Yo quise responder desahogando al fin mi corazón; acusarla, escarnecerla, lanzarle al rostro su conducta, pero no tenía ya valor para ello desde que vi su llanto.

Además esperé á oirla, porque estaba seguro de que entonces iba á hablar: empezó á hacerlo... Pero antes de oir sus primeras frases, se oyó gritar arriba secamente:

—¡Constanza! ¡Constanza!

Titubeó un momento, mirándome con angustia.

—¡Constanza! gritó otra vez mi tía con más fuerza.

Y Constanza se alejó entonces de mí rápidamente.

VI

Al llegar al salón noté con sorpresa que estaba muy iluminado.

—¡Oh, señora, decía Constanza, cuánta luz! ¿Va usted á darnos otra fiesta?

—¡Quién sabe! contestó mi tía irónicamente; para ti es una fiesta desde luego: para mi sobrino, estoy dudosa. De todos modos, quise que hubiera luz, mucha luz, para que se vean bien esta noche algunas caras.

—La de su sobrino de usted, por ejemplo. ¿Es verdad, tía? exclamé yo en tono de burla.

—Y la del futuro esposo de esta señorita, que llega esta noche, contestó mi tía fríamente.

Sentí en la cara un gran ardor. Constanza hizo un ademán de sorpresa y gozo, mirándome á la vez, estoy seguro, con gran afecto.

—¡Cómo! dijo entrecortadamente. ¡Y no me había usted avisado!

—¿Para qué? Tu placer sería de ese modo más grande... y la sorpresa de mi sobrino.

Se aproximó Constanza á mi tía y díjola con dignidad, entre ruborosa y conmovida:

—Basta ya, por Dios: su sobrino de usted no tuvo la culpa; cualquier hombre de bien hubiese hecho lo mismo...

No pudo seguir porque un criado anunció en aquel punto á una persona cuyo nombre hirió mis oídos con armonías estupendas, helándome de terror. Constanza lanzó un grito de gozo y corrió á los brazos de un hombre que entraba. ¡Era Marsal!

Como para que no pudiese yo dudarlo oí la voz de Constanza, dulce como nunca y entrecortada por sollozos:

—¡Perdóname, Ernesto, dime por Dios que me perdonas!

La voz del loco del barco noruego resonó en mi corazón con estas palabras, llenas de melancolía y dignidad:

—No era á ti, mi pobre Constanza, á quien tenía que perdonar el daño que se me hizo.

Constanza inclinó la cabeza sobre el pecho de Marsal y lloró silenciosamente.

Podéis figuraros el papel que yo haría: el velo se descorrió ante mí; pude comprender entonces el motivo de las malignas miradas de mi señora parienta: pensó vengarse y se vengó cumplidamente. La vida me fué odiosa en aquel momento: pasaron por mi imaginación todas las escenas ocurridas entre Constanza y yo desde que nos conocimos: sus inquietudes, sus indecisiones, sus deseos de hablarme que yo nunca me expliqué, su silencio, sus alegrías, su dolor cuando la dije que no me gustaba su futuro, sus embelesos contemplando el mar; si una noche me dijo que no le recordase nunca la locura de Marsal, no fué porque le hubiese abandonado, sino por la amarga pena que esto le producía; en el jardín y en el salón estuvo muchas veces para decirme que era con Marsal, ya restablecido, con quien iba á casarse, pero siempre la contuvo un gesto ó una señal de mi tía, á quien respetaba y tenía costumbre de obedecer desde su niñez. Cuando en el jardín me miró colérica aquella misma noche y se alejó como si me despreciara, porque la dije que tal vez se arrepintiera de casarse con aquel hombre, fué porque creyó que aludí á Marsal, vituperándola porque iba á casarse con él; pero

se conmovió mucho al recuerdo de que no era con Marsal con quien yo creía que iba á casarse. Cuando nos interrumpieron



¡PERDÓNAME, ERNESTO!...

las voces de la iracunda tía, llamando á Constanza, iba Constanza á revelármelo todo, pero pesó aún sobre ella la prohibición de mi tía: en el instante mismo en que Marsal entró iba

también á descorrer el velo, y la misma presencia de Marsal fué la único que pudo contenerla.

Tal explicación tuve de Constanza: me habló ruborosa, palpitante.

—Siempre viviré con el remordimiento de haber dudado de una mujer buena, dije.

-No, contestó apresuradamente: usted no tuvo la culpa: yo le perdono y le quiero como á un hermano. Acuérdese usted de dónde viene todo, y ojalá le sirva á mi padre de enseñanza aunque esté arrepentido, como á usted y á mí nos servirá, la idea de las desdichas que puede traernos un falso testimonio. *Calumnia, que algo queda*, dice el adagio: ya somos felices, pero quedó alguna cosa: á Marsal y á mí la tristeza de la acción de mi padre, y á usted la de haberme ofendido.

Sentí un vivo dolor en todo mi ser, la lección era horrible.

—Y todo, ¿por qué ha sido? exclamé mirando á mi tía con profundo encono, porque usted se propuso vengarse de su sobrino, creyendo que yo atendía más que á usted á esta señorita.

—Eso no, repuso la anciana de repente, mirándome orgullosa: no fué venganza, fué castigo, por haber dudado desde el primer instante de la virtud de una pobre niña. Comprendí tus dudas, me indigné y procuré mantenerte en ellas, aun contra la voluntad de Constanza, para que tu castigo fuese mayor.

Incliné la cabeza avergonzado, llena el alma de dolor profundo.

Constanza acudió en mi auxilio, diciendo á Marsal vivamente atrayéndole á mí:

—Habrás comprendido que este caballero es el señor de Guzmán y Ponce de León.

Marsal me tendió la mano y yo alargué la mía maquinalmente. Mirándome con profundo afecto, habló así:

—Constanza me escribió, detalle por detalle, todo cuanto usted ha sufrido por defenderme, creyéndola desleal: gracias, amigo mío: sus dudas de usted le hacen más noble á nuestros ojos, porque son prenda de su rectitud.

Al decir esto, vi que sus ojos se humedecían por la emoción. Miré á la señorita de Contreras y estaba llorando también. Miré

á mi tía y lloraba igualmente. ¡Vaya por Dios, qué tiernas tenía allí las lágrimas todo el mundo!

Yo era el único que no lloraba. ¡Llorar! Hubiera mordido en aquel instante como un perro rabioso.

Sentí entonces un golpecito en la espalda y volví la cabeza rápidamente, como si ya hubiese llegado la hora de empezar á mordiscos... Me encontré con mi hermana, con aquel lindísimo diablo de ojos y cara de cielo.

—¿Qué tal, señor hermanito? díjome burlonamente. ¿Qué tal os pareció la lección?

¡También... también tenía ella los ojos llenos de lágrimas!

—¡Cómo! ¿Estás aquí? exclamé asombrado.

—¡Ya lo creo! ¿Qué te figuraste? ¿que yo no era del complot? Yo sabía todo, todo lo que era preciso saber. Así, por malo, para que no vuelvas á figurarte nunca que una mujer tenga el corazón tan duro.

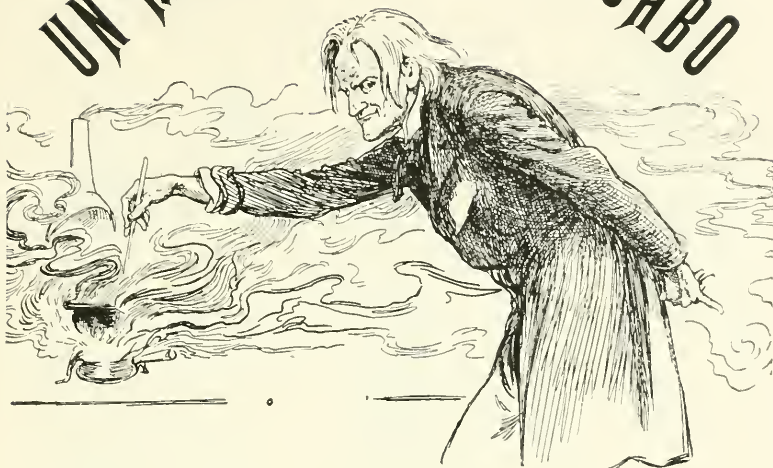
No pude contenerme y lloré también como mi hermana: ya era tiempo y había motivo. Abracé á la niña y llené su frente de besos.

¡Gracias á Dios, no era mala tampoco!

M. Martínez Barrionuevo.



UN MILLONARIO DEL CABO



El profesor alemán.



Aquel invierno lo pasó preocupadísimo mi respetable cuñado. No tuvo un momento para pensar en las villanías de nuestro buen coronel y creo que hasta olvidó su misma existencia. Llegó á nuestros oídos una noticia que nos infundió el más profundo terror, y por la cual comprendió Carlos que sus más saneadas riquezas estaban en vísperas, como si dijéramos, de sufrir un rudo golpe.

Y aquí debo advertir que, aunque Carlos negocia en tierras y en oro, la base de todas sus operaciones fueron siempre los brillantes; así que su desesperación no tuvo límites cuando en Londres circuló el rumor de que la ciencia comenzaba á fabricar brillantes á tan poca costa que llegarían á ser un artículo de los más baratos del mercado público. Una rebaja de precios

es el fantasma que constantemente le persigue á Carlos, atormentando su alma y no dejándole vivir tranquilo, y una rebaja era la que parecía hallarse en puerta.

Cierta tarde, hacia mediados del mes de noviembre, nos dirigíamos al *Crœsus*, club del cual es presidente mi señor cuñado, cuando tropezamos con sir Adolphus Cordery, célebre mineralogista y director de gran número de sociedades científicas, el cual nos saludó afablemente.

—¡Hola, Vandrift! exclamó con su voz un poco chillona. Precisamente deseaba hablar con usted. ¡Vaya una fatalidad, amigo mío! ¿Qué va á ser de ustedes ahora? Porque supongo que estarán ustedes enterados del maravilloso descubrimiento de Schledermacher. ¡Cómo les va á hacer bailar á ustedes, los Midas modernos!

Comprendí que Carlos temblaba. ¡Qué compromiso! El solo hecho de que una persona tan conocida como Cordery dijera un disparate semejante en la vía pública bastaba para que bajara el precio de las Golcondas.

—¡Chist! interrumpió sir Charles mirando furtivamente de un lado á otro para ver si alguien se había enterado, y hablando con esa voz de tenor que saca cuando oye que se ultraja á don Dinero. No hable usted tan fuerte, hombre, que todo Londres se va á enterar de lo que está usted diciendo.

Sin contestar una palabra, sir Adolphus se cogió del brazo de Carlos y continuaron el camino. Carlos estaba fuera de sí, pues no hay en el mundo cosa que le incomode y le moleste tanto como que le cojan del brazo.

—Vamos al Ateneo, sir Charles, dijo el mineralogista después de unos momentos de silencio; allí se lo contaré todo. Es un descubrimiento interesantísimo. Se llegará á fabricar diamantes, tan buenos ó mejores que los del Africa del Sur, casi de balde.

Carlos, resignado, se dejó llevar hacia delante sin contestar, aunque dirigiendo miradas muy expresivas á sir Adolphus, que al fin pareció compadecerse del sufrimiento de mi hermano político y prosiguió en voz baja:

—Pues sí, el profesor Schledermacher ha descubierto el arte de fabricar brillantes con muy poco gasto; y no así como se

quiera, sino brillantes que superarán en todos conceptos á los mejores del Africa del Sur.

Carlos se encogió de hombros.

—¡Bah! exclamó, ya sé de qué se trata: de piedras pequeñas y muy inferiores. Cuesta un dineral el fabricarlas, y una vez



CARLOS SE ENCOGIÓ DE HOMBROS

fabricadas, no merece la pena el mirarlas siquiera. Yo soy perro viejo, Cordery, no me vengan á mí con esas tonterías.

Sir Adolphus, sonriendo irónicamente, sacó una piedrecita del bolsillo del chaleco, y entregándosela á Carlos preguntó:

—¿Qué le parece á usted ésta como muestra? Creo que es una piedra de primera agua. Pues la fabricó delante de mí y con muy poco gasto.

Carlos la miró y la remiró, parándose para examinarla

mejor con un lente que lleva siempre en el bolsillo. Era imposible negar la verdad. A primera vista se conocía, en efecto, que era una piedra excelente, una piedra sin tacha.

—¿Y dice usted, preguntó Carlos, que esta piedra fué fabricada en presencia de usted? ¿En dónde? ¿En Jena acaso?

La respuesta nos dejó pasmados: nos hirió como podía habernos herido un rayo desprendido del cielo.

—No, señor, contestó sir Adolphus con la peor intención del mundo: en Jena no, sino aquí mismo, en Londres. El doctor Gray y yo lo presenciamos, y mañana se exhibirá esta piedra en la conferencia científica que se celebrará en la Sociedad Imperial.

Carlos se puso lívido.

—¿Sabe usted lo que opino? dijo con voz firme, que es necesario poner término inmediatamente á estas tonterías, porque pueden causar perjuicios. No es justo ni podemos consentir que de esta manera se juegue con intereses muy respetables.

—¿Cómo, qué quiere usted decir? preguntó Cordery con sorpresa.

Sin contestar á la pregunta, Carlos le dirigió una mirada terrible. Estaba asustado.

—¿Y dice usted que el profesor ha venido á Londres? interrogó.

—Sí, contestó Cordery, y se hospeda en mi casa. No pretende ocultar su procedimiento: tanto es así, que esta misma noche nos reuniremos unos cuantos científicos para verlo. Promete fabricar algunas piedras en presencia de todos. ¿Quiere usted asistir también?

¡Vaya una pregunta! ¿Cómo era posible que sir Charles se negara á presenciar una cosa de tantísimo interés para él?

—Sí, iré, contestó temblando de emoción. Pero escuche usted, Cordery, añadió. Ya puede usted comprender que se trata de un asunto que afecta á grandes intereses. No se comprometa usted, no sea temerario, y sobre todo no olvide que semejante noticia pudiera causar una considerable baja en las acciones.

Sería imposible describir el tono de voz con que pronunció Carlos la palabra *acciones*. Era lo que más le preocupaba.

—Me parece lo más probable, contestó sir Adolphus con la

indiferencia del hombre científico cuando se trata de asuntos financieros, de negocios, en oposición con la ciencia.

Carlos continuó, procurando dominar la ira que le estaba consumiendo:

—Pues sería un compromiso para usted, sobre todo si al fin resultaba un fracaso. No invite usted por ahí á cualquiera á presenciar los experimentos. Bastan unos cuantos científicos y peritos, y luego dos ó tres de los que tienen toda su fortuna en brillantes. Por mi parte iré con mucho gusto, aunque estoy convidado á comer con lord Hamer, pero pondré una disculpa cualquiera. Sobre todo, amigo mío, no diga usted nada en público: de ninguna manera debemos permitir que se divulgue la noticia hasta saber si es cierta. Aconseje usted también á Schledermacher que sea reservado.

—Precisamente, contestó el científico, el mismo profesor es quien más recomienda la reserva.

—Y sin embargo, repuso Carlos hecho una furia, me lo gritó usted con toda la fuerza de sus pulmones en medio de Picadilly. ¡Vaya una manera de guardar reserva!

Por fin todo quedó arreglado, y aquella noche salimos de casa para Lancáster Gate bien convencidos de que la obra del profesor era una farsa y que no haría nada ni produciría nada que mereciese la pena de pararse á meditar en ello.

Era un tipo muy singular el tal profesor. Supongo que en su juventud sería alto, pero á la sazón estaba encorvado por los años y el estudio. El pelo, prematuramente encanecido, le caía por la frente y le llegaba hasta los hombros: los ojos eran relucientes y penetrantes y la cara muy inteligente.

Tendió la mano con amabilidad á los científicos, á quienes parecía conocer de antes, y se inclinó ante los representantes del interés general del Africa del Sur. Luego comenzó á hablar en un inglés muy alemanizado, supliendo las palabras que no podía pronunciar con extravagantes gestos que hacía con las manos, manchadas con el constante manejo de sustancias químicas.

Inmediatamente fué á parar al asunto, diciendo que se proponía fabricar algunas joyas á fin de que las examináramos: y para convencernos de que eran verdaderos brillantes y no una

imitación, como alguien pudiera creer, nos explicaría el procedimiento.

—Los brillantes, dijo, no son otra cosa que carbón puro cristalizado. El secreto está en saber cristalizarlo, lo cual, á fuerza de largos y profundos estudios, he logrado hacer con suma perfección.

Sacó el aparato de que se servía y todos lo examinamos detenidamente. Encendió una lamparilla de alcohol y sobre ella colocó un cacharro que contenía tres sustancias químicas. Así en la explicación como en la manera de proceder demostraba mucha franqueza. Dijo que conocía dos distintas maneras de producir, y que á un mismo tiempo fabricaría una joya ajustándose á cada una de las maneras.

—Lo más notable, añadió, es la rapidez y el poco gasto que requiere mi sistema de producir.

En tres cuartos de hora prometió fabricar un brillante cuyo valor, al precio corriente en el mercado, sería, por lo menos, de doscientas libras esterlinas.

—Y ahora me verán ustedes trabajar, terminó diciendo.

Las materias hirvieron y humearon. El profesor las revolvió y las observó como si su vida dependiera del resultado de aquella operación.

Un olor desagradable, como á plumas quemadas, invadió la estancia donde nos hallábamos. Los científicos, entusiasmados y llenos de ansiedad, alargaban el cuello para enterarse mejor.

Al cabo de tres cuartos de hora el profesor, siempre sonriendo, anunció que la fabricación había terminado. Sacó una cantidad de polvo blanco del aparato, é introduciendo luego el pulgar y el índice, extrajo una piedra perfecta, aunque algo arrugada en la superficie.

—Señores, exclamó, esto es un verdadero brillante, fabricado al precio de 14 chelines y 6 peniques.

De otro departamento del aparato sacó luego otros dos.

—Estos, dijo con aire de triunfo, no han costado más que 11 chelines y medio.

Y finalmente sacó de otro departamento otros dos, exclamando lleno de orgullo:

—Y estos, señores, no han costado arriba de 3 chelines y 8 peniques.

Los brillantes pasaron de mano en mano y todos los examinamos detenidamente. Como estaban toscos y sin tallar, no era posible precisar el valor que pudieran tener; pero sin duda ninguna eran verdaderos brillantes. Los científicos estaban



TODOS OBSERVARON CON ATENCIÓN EL PROCEDIMIENTO

seguros de que el profesor no los había introducido en el aparato, y sí de que los había sacado de él.

—Ahora voy á regalárselos á ustedes, agregó el profesor con la misma indiferencia que si se hubiera tratado de alfileres. Uno para sir Charles, á fin de que se convenza de que mis brillantes valen tanto como los suyos. Otro para Moshemer y Philson, como representantes que son del comercio de brillantes; uno á Mr. Adolphus y otro al doctor Gray, como representantes de la ciencia. Los mandarán ustedes tallar y pulimentar, y pasado mañana á esta misma hora volveremos á reunirnos aquí.

Carlos le dirigió una terrible mirada de protesta.

—Señor profesor, dijo solemnemente, conste que, si en verdad son brillantes como usted dice, habrá usted sido la causa de grandísimos quebrantos en los negocios.

El profesor se encogió de hombros.

—¿Y eso qué me importa? preguntó con profundo desprecio. Yo no soy financiero, yo soy hombre de ciencia. Aspiro á saber mucho y no aspiro á labrarme una fortuna.

—Me gusta su indiferencia, añadió Carlos.

Poco después nos separamos: los hombres de ciencia radiantes de júbilo y los hombres de negocios profundamente abatidos. Si la cosa resultara cierta, el golpe sería terrible.

Carlos y yo acompañamos al profesor á su casa, y en el camino mi cuñado procuró sondearle para saber qué suma aceptaría por ocultar su secreto. Sir Adolphus nos había encargado la mayor reserva, pero Carlos no pudo resistir la tentación.

El profesor se disgustó.

—No, no, contestó con mal disimulada impaciencia. Yo no compro ni vendo. Esto es un descubrimiento puramente químico, y es necesario darlo á conocer al mundo entero. Sería una falta muy grave el ocultar un adelanto científico tan importante. Yo no tengo de sobra el tiempo para dedicarlo á hacer dinero.

Después, cuando quedamos solos, Carlos, no pudiendo reprimir el enojo que le causaba una persona que no pensaba en hacer dinero, observó:

—¡Ay, Sey! ¡qué vida tan mal empleada la del profesor!

Y la verdad era que el profesor no pensaba en otra cosa. Todos sus pensamientos, todas sus ideas estaban concentradas en saber si pudiera ó no fabricar tantos brillantes como desearía, y cuál sería el mejor modo.

La noche citada volvimos Carlos y yo á Lancáster Gate. Mi cuñado iba preocupadísimo, muy nervioso, muy excitado. Jamás le había visto así.

Una vez reunidos todos salieron á relucir los brillantes, cada uno de los cuales tenía la superficie rayada por el tallista para demostrar la buena cualidad de la piedra. Y cosa rara: las tres piedras de los tres representantes del comercio de brillantes resultaron ser muy inferiores á las de los científicos. Las pri-

meras eran de poquísimo valor, mientras que las últimas eran de primera agua y de gran tamaño. Verdaderamente era cosa extraña. Los tres comerciantes se miraban de reojo y denotando algún recelo. ¿Sería posible que hubieran sustituído con otra inferior la piedra fabricada por el profesor alemán? A primera vista parecía que, en efecto, era así. De otra suerte, ¿cómo explicar aquella rara coincidencia? Pero no, no podía ser. Una persona de la integridad y de la honradez de Carlos no era capaz, no podía serlo, de proceder de semejante manera. Eso sin contar con que, aunque así lo hubieran hecho los tres, las piedras de los científicos probaban suficientemente la realidad y el éxito de los estudios del profesor. No obstante, me chocaba muchísimo la expresión de recelo que se reflejaba en los rostros de aquellos hombres, y estoy seguro de que hubiera sido difícil hallar en aquel momento en todo Londres tres caras que revelasen mayor disgusto y contrariedad.

Terminado el examen de los brillantes, sir Adolphus habló, mejor dicho, aulló. Con su voz chillona dijo que aquella noche habíamos presenciado un gran acontecimiento en la historia de la ciencia. Que el profesor Schledermacher era un hombre de quien con justísima razón podían sentirse orgullosos los alemanes, sus compatriotas. Que él, como buen inglés, sentía que el descubrimiento se hubiera hecho en Alemania; pero que, en honor de la verdad, reconocía el desinterés del profesor, digno representante de la ciencia, á la cual había consagrado su vida, y para quien el oro era sencillamente un metal y el brillante el elemento C, presentado bajo la forma más rara de sus múltiples cuerpos alotrópicos. Añadió que el profesor no pensaba ni pretendía sacar provecho de su descubrimiento. Satisfecho con haber alcanzado la gloria á que en el campo de la ciencia creía tener indiscutible derecho, la única recompensa que pedía era la aprobación del mundo científico. No obstante, en obsequio á los hombres de negocios que se esforzaban en sostener el precio de los brillantes naturales, había accedido á guardar la más absoluta reserva acerca del asunto por el presente momento, y que, por tanto, esperaba que ninguno de los señores que habían presenciado los trabajos de fabricación divulgaría el secreto. Que del procedimiento del sabio profesor no se hablaría en pú-

blico hasta que él, como presidente, y una comisión poco numerosa tuvieran el tiempo suficiente para comprobar dicho procedimiento, comprobación que el profesor deseaba ardientemente. (Éste hizo algunos gestos extravagantes en señal de aprobación.)

Una vez hechas las pruebas sería inútil retrasar la hora de dar á conocer al mundo tan importante descubrimiento. Entonces, naturalmente, bajaría el precio de los diamantes naturales, hasta llegar á ser más bajo aún que el de los de fabricación, y toda protesta por parte del mundo financiero sería, por supuesto, inútil. Después de todo, las leyes de la Naturaleza se sobreponen siempre á las de los negocios. Mientras tanto, en consideración, ante todo, á sir Charles Vandrift, tal vez el primer negociante del mundo en brillantes, habían convenido todos en no enviar noticia ninguna á la prensa, así como también en no hablar del maravilloso procedimiento en público. (El orador hizo una pausa.) Y ya no le faltaba más que felicitar en nombre de la mineralogía británica á su distinguido huésped, Herr Schledermacher, por su brillantísimo triunfo.

Todos aplaudieron á rabiar. Sin embargo, fué un momento horrible. Sir Charles se comía el bigote. Mosheimer tenía cara de asesino y Philson lanzó una frase tan grosera que me abstengo de reproducirla aquí por respeto á los lectores. Después de prometer guardar silencio sepulcral se disolvió la reunión.

Al salir observé que mi cuñado procuraba evitar un encuentro con Mosheimer, y que Philson se metió á escape en su coche, sin volver poco ni mucho la cabeza, como si no quisiera hablar á nadie.

—¡A casa! exclamó Carlos con muy malos modos, dirigiéndose al cochero. En el camino no pronunció una palabra.

Sin embargo, aquella noche antes de retirarnos, y aprovechando un momento en que quedamos solos en el salón de billares, me atreví á decir:

—Supongo, Carlos, que mañana venderás Golcondas. (Era el término que empleaba en la Bolsa para deshacerse de acciones de poco valor, y yo creí que, en caso de que el descubrimiento resultara comprobado, sería luego difícil vender las acciones del Cloetodorp.)

Carlos me lanzó una mirada terrible.

—¡Wentworth! exclamó, eres un estúpido.

(Mi respetable cuñado no me trata de Wentworth sino cuando está muy furioso. La abreviatura Sey es el nombre que generalmente usa cuando estamos solos.)

—¿Es posible que creas, añadió, que yo puedo deshacerme de las acciones y llevar la desconfianza al público en momentos tan críticos? ¿Qué diría la Compañía? Como director y presidente que soy, ¿sería justo que así lo hiciera? ¿Cómo pudiera reconciliarme con mi conciencia si de ese modo procediese?

—Carlos, respondí casi emocionado al ver la noble actitud de mi hermano político, tienes mucha razón. Tu conducta no puede ser más digna. Te niegas á salvar tus propios intereses en consideración á quienes han confiado en ti. Desgraciadamente, eso no se ve con frecuencia en la banca.

Al mismo tiempo pensaba para mí: Yo no soy director, á mí nadie me ha confiado nada; yo, ante todo, necesito pensar en mi Isabel y en el chiquitín. Antes de que descargue el golpe venderé las pocas acciones que, gracias á la bondad de Carlos, tengo en mi poder.

Con su maravillosa perspicacia, Carlos pareció adivinar mi pensamiento; pues de repente, volviéndose hacia mí, exclamó furioso:

—No olvides, Seymour, que eres mi cuñado y mi secretario particular. Las miradas de todo Londres estarán fijas en nosotros mañana, y si tú vendes tus acciones y los agentes se enteran, la Compañía es la que saldrá perdiendo. No pretendo darte órdenes, por supuesto; tú harás lo que quieras con lo que es tuyo, pero como presidente de la Compañía Golcondas tengo el deber de velar por los intereses de las viudas y de los huérfanos cuyo porvenir está en mis manos.

Su voz temblaba.

—Por consiguiente, añadió, aunque no me agradan las amenazas te advierto que, si vendes tus acciones, dejarás de ser mi secretario, recibirás inmediatamente el sueldo de seis meses y te separarás de mí.

—Muy bien, Carlos, contesté con voz sumisa. Estaba pensando qué sería más conveniente: si asegurar el valor de las acciones y abandonar al náufrago ó acompañar á mi cuñado y

seguir su suerte; pero tras una breve lucha con mi conciencia, puedo decir con orgullo que vencieron el cariño y el agradecimiento.

Bien es verdad que tenía el convencimiento de que, aumentara ó disminuyera el precio de los brillantes, Charles Vandrift es hombre que siempre sabrá salir adelante en sus empresas. Y resolví apoyarle hasta lo último. Pero aquella noche era tan grande mi preocupación que no pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, cuando bajé á tomar el desayuno, vi que también Carlos estaba nervioso y desencajado. Pidió el coche á primera hora y nos dirigimos á la City.

En Cheapside tuvimos que pararnos un momento. Carlos, consumido por la impaciencia, continuó á pie. Yo le seguí con resignación. Al llegar cerca de Wood Street nos encontramos con un desconocido.

—Sir Charles, dijo éste, debo notificar á usted que Schledermacher, de Jena...

—Gracias, gracias, contestó Carlos mal humorado: lo sé perfectamente y le aseguro á usted que todo es mentira, todo, todo.

Y sin detenerse á decir más prosiguió su camino.

No habíamos avanzado cien metros cuando nos atajó el paso un agente.

—¡Hola, hola! sir Charles, exclamó con cierta grosería. Conque brillantes ¿eh? Bien baratos andarán ahora. Me parece que ya se acabaron las gangas.

—No le entiendo á usted, dijo Carlos con mucha gravedad.

—¡Bah, bah! Pues si ya está enterado todo el mundo, replicó el agente con ironía. Es más: se sabe también que usted mismo presenció anoche la fabricación en casa de sir Adolphus. En Londres no se habla hoy de otra cosa sino del descubrimiento del profesor alemán, del arte de producir ó fabricar brillantes idénticos á los de Kimberley por seis peniques cada uno. Dicen que dentro de dos semanas comenzará la emigración en el Africa del Sur. Y se comprende. Los verdaderos brillantes andarán por los suelos. Hasta los carniceros y los carboneros lucirán botones de brillantes en la camisa, y sus mujeres llevarán collares como el de lady Vandrift. Es inútil que procure usted ocultarlo, la noticia se ha esparcido ya por todo Londres.

Sir Charles no se dignó contestar. Verdaderamente el hombre se propasaba. Era una osadía el hablar de aquel modo á sir Charles Vandrift.

Cerca del Banco de Londres tropezamos con otro agente algo más atento y cortés.

—¿Usted por aquí, sir Charles? exclamó. ¡Qué noticia tan singular! ¿No es cierto? Pero no haga usted caso, no lo tome usted tan á pechos. Las acciones, por supuesto, bajarán hoy; pero mañana volverán á subir, de seguro; ya lo verá usted. Andarán subiendo y bajando hasta que quede demostrado si es ó no cierto el descubrimiento del alemán. Vienen buenos días para los agentes. Ahora no se oye otra cosa que rumores, opiniones, conjeturas... ¡Bah! Esperemos á que llegue la comprobación de sir Adolphus.

Nos despedimos de él y fuimos hacia la Bolsa. Sir Charles llevaba impreso en la cara el sello de la impaciencia, de la intranquilidad más grande. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Algunos nos lo decían en voz baja, con cuchicheos de confianza; otros lo vociferaban á voz en grito, llenos de satisfacción y de gozo. ¡Bonita manera de guardar el secreto habían tenido los que presenciaron los trabajos del profesor! En una cosa se hallaban conformes todos los hombres de la Bolsa: en que las Golcondas estaban sentenciadas y en que cuanto antes se deshiciera uno de las acciones menos perdería.

Sir Charles avanzó con la arrogancia de un emperador, pero parecía más bien un Napoleón que sostenía solemnemente la retirada de Moscou. Estaba resuelto, decidido: él no cedería jamás.

Cuando entramos en la Bolsa, mi cuñado se encerró con uno de sus agentes en la oficina, donde permaneció más de una hora. Salió, y sin darme explicación ninguna de lo que habían tratado volvimos á casa.

Durante todo aquel día el pánico fué cada vez mayor. No se oía más grito que el de ¡Golcondas! ¡Baja, baja de las Golcondas! Los corredores tenían tanto trabajo que no podían atender á todos, aunque la mayoría eran vendedores. Todos procuraban deshacerse de las acciones cuanto antes, pero Carlos se mantuvo firme como una roca.

—No quiero vender, decía; es una tontería, una quimera.

Creo que el profesor se engaña á sí mismo ó nos engaña á nosotros. La semana próxima se sabrá la verdad, y entonces se restablecerán los precios.

Los corredores respondían siempre lo mismo:

—Sir Charles, decían, tiene absoluta confianza en las Golcondas y no quiere vender ni comprar.

Todos estaban conformes en que la conducta de mi hermano político era irreprochable. Continuaba tan impertérrito como el primer día, y sólo por compromiso compró unas cuantas acciones aquí y otras allá, con la única idea de llevar la confianza al público.

—Yo compraría más, dijo hablando sin reserva, y haría una fortuna en pocas horas; pero como todo el mundo sabe que presencié los trabajos del profesor en casa de sir Adolphus, se podría creer que yo había ayudado á divulgar la noticia á fin de obtener más provecho. Un presidente, así como la mujer del César, no debe caer nunca en sospecha, y yo compro sólo lo suficiente para convencer al mundo de que tengo fe inquebrantable en el triunfo de las Golcondas.

Sin embargo, aquella noche se retiró Carlos muy mal humorado y hasta triste.

Al día siguiente aun duraba el pánico. La baja aumentaba á ratos y á ratos disminuía; el público no estaba tan seguro como el día anterior. De cuando en cuando circulaba una noticia diciendo que sir Adolphus había declarado que todo era un engaño, y luego llegaba otra participando que los brillantes fabricados por Schledermacher se ofrecían ya en el mercado de Berlín, y se recibían partes de los accionistas encargando á los agentes que vendieran las acciones á cualquier precio.

¡Qué día aquel! ¡Jamás podré olvidarlo!

A la mañana siguiente quedamos pasmados Carlos y yo al ver los periódicos. ¡Los precios se habían restablecido como por encanto!

Aturdidos y sin saber á qué atribuir un cambio tan grande estábamos, cuando llegó un telegrama de sir Adolphus.

Decía así:

«Resulta que el alemán no es el profesor que él aseguraba. Acabo de recibir un despacho de Jena en el que me dicen que

Schledermacher no se ha movido de allí ni sabe nada del tal tipo. Siento el disgusto que ha sufrido usted inútilmente. Le espero en casa. Venga á verme».

Carlos se puso furiosísimo, rabioso.



CARLOS SE PUSO FURIOSÍSIMO

Sir Adolphus había llevado la perturbación al mercado de acciones, había alborotado la banca y causado un pánico horrible en la City, y ahora venía diciendo que el profesor alemán no era tal profesor y que nos había engañado como á un chino.

Inmediatamente nos presentamos en casa de sir Adolphus, y la primera pregunta que le hizo Carlos fué ésta:

—¿Cómo tuvo usted valor para jugar con nosotros así? ¿Y la

seriedad y formalidad de los hombres? Si el profesor no era tal profesor, ¿cómo se atrevió usted á presentárnoslo?

Sir Adolphus se encogió de hombros.

El hombre se había presentado en su casa diciendo que era el profesor alemán Schledermacher, el gran químico del siglo. ¿Qué motivos, qué razones tenía él para dudar de que lo fuese? Ninguno.

En aquel momento se me ocurrió que en ocasiones muy parecidas había recibido sir Charles á Graf von Levenstein y después al supuesto David Granton.

—Lo que no acabo de comprender, decía sir Adolphus, es qué fin llevaba el hombre al pretender pasar por el profesor alemán.

Carlos no respondió, pero yo comprendí que fácilmente podía haber satisfecho, si él hubiese querido, la curiosidad de sir Adolphus.

Todo se nos presentaba ahora claro como la luz del día. Todo aquello no era otra cosa sino una nueva y diabólica maquinación del famoso coronel Goma, y él y no otro era el profesor alemán de los brillantes.

Ya no teníamos duda de que, al sacar las supuestas piedras del aparato químico, las había cambiado por otras que á prevención llevaba ocultas en algún bolsillo. Cierto que todos le observamos con la mayor atención; pero en cuanto vimos que *algo* salía del aparato, nos dimos por satisfechos y ya no nos fijamos en si aquello mismo era ó no era lo que el seudoprofesor regaló á los concurrentes. De estos momentos de distracción del público depende casi siempre el éxito de la habilidad de los prestidigitadores.

Como de costumbre, el coronel había desaparecido en cuanto terminó su obra. Se desvaneció como el humo, lo mismo que se habían desvanecido antes el conde y el vidente.

Jamás he visto á Carlos tan furioso como estaba en aquel momento ni tan abatido ni tan triste. Parecía como si hubiera perdido miles de libras esterlinas.

—Después de todo, dije para tranquilizarle, aunque las Golcondas han perdido algo, siempre te queda el consuelo de que tú te mantuviste firme, sereno, imperturbable, evitando, no

sólo que el pánico fuera mayor, sino salvando también tus propios intereses.

Mi cuñado me dirigió una mirada de desprecio.

—¡Wentworth! exclamó solemnemente, ¡eres un estúpido!

Y volvió á reinar el silencio.

—¿Pero por qué? me atreví á preguntar.

Se quedó mirándome fijamente.

—¿Es posible, dijo luego, que creas que si pensaba vender te lo iba á decir á ti? ¿Por quién me has tomado? ¿O te figuraste acaso que vendería públicamente? Todo el mundo se habría enterado, y las Golcondas... calcula qué hubiera sucedido. Después de todo, no necesito decir á un estúpido como tú cuánto he perdido, pero sí te diré que vendí todo cuanto poseía, todo. Algún agente desconocido recogió todo lo que pudo, pagando con dinero contante, y ha vuelto á vender esta mañana al precio que ha querido. Ahora comprendo cómo y por qué lo ha hecho. Lo que sí puedo asegurarte es que esta vez me ha sacado el bribón más que nunca. Podía retirarse y vivir holgadamente con la ganancia que ha obtenido. Mi única esperanza es que se dará por satisfecho ya, y que de aquí en adelante me dejará tranquilo.

—¡Pero qué me dices! exclamé asombrado. ¿Tú has vendido? ¡Parece increíble! ¡Tú, el presidente de la Compañía, has abandonado á las viudas y huérfanos cuyo porvenir estaba en tus manos!

Carlos se levantó furioso de la silla.

—Seymour Wentworth, dijo echando fuego por los ojos, hace muchos años que vives conmigo y veo que no has aprendido nada, absolutamente nada. ¿Conoces la alta banca y todavía me haces esa pregunta? Creo que jamás, fíjate bien, jamás llegarás á comprender los negocios financieros.

Grant Allen.





Dos besos.



Aquella Nochebuena nos hallábamos todos sentados alrededor del alegre fuego de la chimenea de la sala, y como mi hermano mayor estaba en camino desde la Coruña, donde se encontraba empleado, y venía expresamente para pasar las Pascuas en casa, á nosotros los chicos nos había sido otorgado permiso especial para esperarle.

Desde un rincón al lado de la chimenea, sentada en su butaca, nos miraba la abuelita de uno en uno, sin duda dispuesta á acceder á la demanda que en tales ocasiones se le hacía siempre. No tuvo que esperar mucho tiempo á que se la hiciéramos, pues apenas mamá había consultado su reloj y anunciado que dentro de unos cuarenta y cinco minutos oiríamos en la puerta el fuerte *tan-taran-tan-tan*, indicando la llegada de Ricardo, cuando Elenita se volvió hacia la anciana señora de cabellos blancos y exclamó juntando sus manitas:

—Abuelita, cuéntenos algún cuento bonito.

—Sí, abuelita, sí, añadimos todos á la vez.

—Un cuento de hadas, dijo Matilde, una niña de nueve primaveras.

—No, abuelita, no, repuso Joaquín, que tenía dos años más que Matilde; un cuento de fantasmas, que nos asuste á todos.

—¡Qué tontería! contestó Matilde en tono despreciativo. Como si alguna persona razonable creyera en fantasmas, que no existen.

—Hay tantas fantasmas como hadas, replicó Joaquín.

—Pero las hadas son divertidas, dijo otra vez Matilde (resuelta á ser la última que hablase), mientras que los fantasmas dan miedo.

—Vaya, vaya, niños, no discutamos ese asunto. Para el narrador lo mismo son los fantasmas que las hadas, y no quiero decir una palabra en contra de uno ni de otra; pero como hay varios gustos no dejaré á nadie disgustado; así que, por esta noche, no habrá ni hadas ni fantasmas, y en cambio os contaré un cuento de cierta anciana á quien vosotros conocéis.

—¿Una anciana de verdad? preguntó Sarita, una niña muy callada que hasta entonces no había hablado.

—Sí, mi vida, replicó la abuelita riéndose. La anciana de quien os hablo es una realidad, ó por lo menos así lo creo, y el cuento que os contaré de ella no es cuento, sino una historia cierta, ciertísima.

—Bueno, dijo Joaquín, si no ha de ser espantoso que sea raro, ¿eh?

—Me parece que te vas á llevar chasco, añadió la abuelita moviendo la cabeza. La historia que os voy á contar es la mía, y no creo haber hecho en toda mi vida una cosa rara.

—¿De usted misma, abuelita? preguntamos todos á la vez con la mayor alegría. ¡Ay, sí, cuéntenosla!

—Allá voy, comenzó la abuelita. Cuando yo tenía la edad de Jovita (y la buena anciana echó una mirada hacia mí), era un poco parecida á ella; es decir, era alta para ser una muchacha de catorce años, con el pelo largo, rubio y rizado, los ojos azules y las mejillas rosadas. Hablando francamente, y si me permitís decirlo así, era yo entonces (aquí hizo ademán de toser) una jovencita con bastantes atractivos. Mis ojos son todavía azules, pero el resto de mi persona, como veis, ha cambiado mucho. Estos cambios tienen que sobrevenir en el transcurso de sesenta años, así es que no me dejaré llevar de inútiles y vanas lamentaciones.

A la edad que os he dicho yo no era ya una niña, pero tampoco era aún una señorita. No olvidéis que os estoy hablando de hace cincuenta años y que las muchachas de aquellos tiempos no estaban, ni mucho menos, tan adelantadas como las de

hoy, ni eran tan listas (esto creo que lo dijo burlándose un poco de nosotros).

Sin embargo, continuó la abuelita, todavía era yo muy inocente, muy cándida; pues mi existencia, aparte de mis estudios, estaba reducida á dos pasiones: el amor á mi único hermano, á quien adoraba, y mi extraordinaria afición al juego de raqueta, que entonces estaba muy de moda. Claro está que amaba y reverenciaba también á mi padre, que á la sazón tenía casi sesenta años y que parecía más viejo porque había sufrido mucho cuando perdió á mi madre, la cual murió siendo yo todavía muy pequeña. Mi hermano, á quien yo llamaba siempre mi hermano grande, me llevaba doce años, y éramos los dos únicos hijos que le quedaban al coronel Clavijo, porque antes que yo naciera murieron otros dos niños y una niña.

Era el tiempo de las vacaciones de otoño, un día lluvioso del mes de octubre y yo estaba en la sala aburrida, sin saber qué hacer, en lugar de estar en el jardín jugando á la raqueta con mi hermano Rafael, que siempre estaba dispuesto á hacer cuanto yo le dijese y á darme cualquier cosa que le pidiera. Estaba medio dormida leyendo un libro que no me llamaba la atención, cuando de repente vino á sorprenderme un ruido de voces que salía de la habitación contigua, la cual era el despacho de mi padre. Al instante me desperté, y oí que mi padre y mi hermano hablaban muy vivamente; mi padre en tono fuerte y muy incomodado, tan fuerte que pude oir palabra por palabra todo cuanto decía, mientras que la voz de mi hermano era más baja, aunque también perceptible, por el poco espesor de la pared que nos separaba.

—Padre, decía Rafael con respeto, pero con firmeza, estoy resuelto á casarme con Julia, porque es digna bajo todos conceptos de llevar nuestro apellido y porque la amo.

—Y yo, contestó mi padre, estoy resuelto también á no darte nunca mi consentimiento para casarte con una pobre institutriz.

—Comprendo sus razones, padre, y siento en el alma ofenderle; pero estoy dispuesto á todo, y si es preciso saldré de su casa, como le he dicho ya. Amo á Julia Abrisqueta, ella ha consentido en ser mi esposa y yo la he dado mi palabra de

honor. Tengo veintiséis años y usted no tiene ya dominio legal sobre mis actos.

—Está bien, contestó mi padre después de una corta pausa, haz lo que quieras; pero ten presente que, desde el momento en que te hayas casado, tú y la mujer á quien pretendes hacer entrar en la familia seréis personas extrañas para mí.

—Padre, espero que el tiempo le convencerá de la injusticia que me hace y de la dureza de semejante determinación, y que usted olvidará y perdonará.

—¡Jamás! Y adiós.

Un momento después se abrió la puerta del despacho y entró mi hermano en la sala donde yo estaba, temblando y llena de asombro. Venía muy tranquilo, aunque pálido, y al verme se acercó y me cogió en brazos.

—¡Adiós, querida! me dijo tristemente; me marcho para mucho tiempo, para siempre quizá.

—¡No, no! querido Rafael, no digas eso, le contesté; ya sabes que yo no estoy incomodada contigo. ¿Cómo podría yo incomodarme con un hermano tan bueno y cariñoso?

Entonces me miró de una manera muy expresiva, diciendo:

—¿Conque lo has oído todo, Vita? ¿Conque te has enterado?

Y luego, como si recordara la diferencia de nuestras edades, añadió:

—Quisiera poder explicártelo todo, querida, pero ahora no puede ser. Cuando seas mayor comprenderás mejor estas cosas. Todo cuanto te puedo decir ahora es que siempre te querré muchísimo, por muy lejos que esté de ti.

—Yo también te querré siempre, siempre, querido hermano, le contesté llorando.

Nuevamente me cogió en sus brazos, me besó en los labios y se fué. Quince días después Rafael Clavijo se casó con la mujer á quien había entregado su corazón y á quien entonces entregaba su nombre. Fué un golpe terrible para mi pobre padre, cuyas ideas acerca de la obediencia y el deber, hijas de su amor á la ordenanza militar, fueron de aquella manera contrariadas por su único hijo.

—¡Nunca le perdonaré! decía; ¡jamás!

Desde aquel día, todo el cariño del altivo, imperioso é infle-

xible pero bondadoso anciano fué concentrado en mí sola. Yo era su compañera constante, y antes de consentir que estuviera separado de él, siquiera fuese por algunas horas, me sacó del colegio y me trajo profesores á casa para que continuase mi educación bajo su dirección inmediata, mientras él cedía á todos mis caprichos y deseos con la más absoluta docilidad. Esto empezó desde el momento en que partió mi hermano y fué aumentando á medida que iba pasando el tiempo. Mi padre parecía adivinar mis menores deseos, á los cuales se adelantaba, y muchas veces, cuando salíamos de paseo, no me atrevía á ponerme á admirar cualquier cosa en los escaparates de las tiendas porque sabía muy bien que, antes de terminar el día, me la había de comprar.

Toda esta indulgencia paternal tenía una sola excepción, y era el hablar de mi hermano; entonces el coronel Clavijo se mostraba inflexible. ¡Cuántas y cuántas veces procuré llegar á una reconciliación! Para conseguirlo hice uso de toda la influencia, de todo el ascendiente que tenía sobre mi padre, y eché mano de todos los artificios de una mujer, pero inútilmente.

En cuanto comenzaba á ocuparme en el tema prohibido se oscurecía su semblante y me mandaba callar con un tono que me daba miedo. Yo le conocía demasiado bien para resistirme á acatar su voluntad y me mostraba obediente, pero no vencida. Mis esperanzas de alcanzar al fin la victoria no disminuían; no me desanimaba á pesar de tantas y tantas derrotas. Era hija de un soldado y conocía la historia romana lo suficiente para saber que muchas veces el transigir es triunfar.

Pasaron seis ó siete años desde que mi padre y mi hermano se separaron; la reconciliación parecía estar tan lejos como el primer día, y ya casi empezaba yo á batirme en retirada cuando un día en que un alto funcionario dió una gran comida, á la cual asistimos mi padre y yo, un suceso inesperado vino á reanimarme. En la conversación de sobremesa se habló de un accidente ferroviario ocurrido recientemente, en el cual, según se decía, un joven ingeniero había salvado, yendo en el tren, á muchas personas que se vieron en inminente peligro. El caballero que lo contaba, y que nos era desconocido, hacía grandes elogios de la intrepidez y de la sangre fría de aquel joven. Dijo que el

maquinista habíase puesto muy malo á consecuencia de un accidente, y que la locomotora quedó sola y sin gobierno para proseguir el viaje con toda velocidad: que entonces el joven ingeniero, pasando de coche en coche con riesgo de su vida, pudo parar el tren á tiempo justamente para evitar una espantosa catástrofe.

—¿Y quién fué ese joven tan valiente? preguntó mi padre.

—Pues tengo el gusto de decirle, coronel, que fué su hijo.

—No me sorprende eso, replicó sencillamente mi padre. Mi hijo no hizo más que cumplir con su deber.

Como yo le mirase en aquel instante vi en su rostro una expresión de legítimo orgullo que no había podido reprimir. Las mujeres, hijos míos, no somos tan torpes como algunos creen.

En seguida comprendí que mi causa había dado en aquel momento un paso de gigante y no tardé en trazar un plan para aprovecharme de la situación. Excuso deciros que mi hermano y yo, en todo aquel tiempo, habíamos sostenido una correspondencia cariñosísima y que en los años que siguieron á su boda nos habíamos visto varias veces, aunque tuve buen cuidado de ocultárselo á mi padre: así es que estaba muy bien enterada de que mi hermano, con sus propias energías y sus esfuerzos, se había labrado una brillante posición en el mundo y sabía también que era muy estimado de cuantos le trataban. Tenía igualmente noticia de que la que había elegido por esposa era una excelente mujer, admirada y respetada por todos cuantos conocían sus bellas cualidades.

La noche de aquel memorable día me acosté muy contenta y firmemente convencida de mi triunfo inmediato. Estaba empeñada en que el enemigo se rindiera con armas y bagajes.

Era al principio de la semana de Navidad, y el día más solemne caía en miércoles, lo recuerdo. La víspera mi padre, que siempre gustaba de celebrar la Nochebuena con la mayor brillantez, me llamó á su despacho.

—Vamos á ver, mi querida Jovita, me dijo, quiero consultarte un asunto de mucha importancia. Voy á pedirte un consejo, hija mía.

—¿Un consejo á mí, papá? Lo dirá usted en broma.

—Nada de eso; y es más: no me importa el confesarte que estoy en un compromiso, y tú serás muy amable si me haces

el favor de darme un buen consejo. Un amigo mío tiene una hija encantadora, muy cariñosa, que le quiere muchísimo, y desea hacerle mañana un regalo. No sabe qué es lo que más la agradaría, y me ha dicho si yo pudiera darle alguna idea. Como tú y esa señorita sois de la misma edad, y quisiera complacer á mi amigo, he creído que quizá tú pudieras indicarme... Pero dejémonos de preámbulos y de rodeos, añadió de repente: ¿qué quieres que te regale para Navidad, Jovita mía?

Yo, naturalmente, adiviné lo que venía, pues aquello era solamente una repetición de la pequeña comedia que todos los años por la misma época representaba mi padre; pero alcé los ojos con afectada sorpresa, diciendo:

—¿Y soy la señorita á quien usted se refiere?

—¿Pues quién otra podía ser, tontina? Vaya, háblame con franqueza; estoy de muy buen humor este año y no debes desperdiciar la ocasión.

—No me sorprenden tus generosos propósitos, papá, porque ya sé que soy la niña mimada, pero...

—¿Pero qué?

—Este año quisiera una cosa muy especial.

—¿Y qué es ello, hija mía?

—¿No se enfadará usted, papá?

—¿Enfadarme? contestó mi padre algo entristecido. ¿Me he enfadado contigo alguna vez?

—No, nunca, querido papá; pero me ha de prometer usted no negarme el aguinaldo que le voy á pedir.

—La promesa es un poco difícil, ¿no es cierto?

—Pues entonces no quiero nada.

—Espera, espera; te prometo todo cuanto esté de mi parte.

—¿Todo, todo?

—Sí, hija mía, todo.

—Mil gracias, queridísimo papá, le dije abrazándole fuertemente y cubriéndole de besos. Mañana, antes de sentarnos á la mesa, le pediré á usted el aguinaldo.

—¿Mañana, tontuela? Mañana estarán cerradas todas las tiendas y no podré comprarte nada.

—No importa, pues lo que yo voy á pedirle es dos besos.

—¿Dos besos? exclamó mi padre alegremente. Si los quieres,

te los daré ahora mismo, y otros dos mañana, antes de comer. ¿Besos? ¡Vaya un regalo para una joven de veinte años!

—No importa. No olvide usted su palabra, que es palabra de militar.

—No la olvidaré, pierde cuidado.

Y al retirarse le oí murmurar:

—Pero qué, ¡no la he prometido, después de todo, más que dos besos!

Al día siguiente, á las siete de la tarde, me presenté vestida de gala en la puerta del despacho; llamé, y con la mayor solemnidad posible dije:

—Señor coronel, cuando usted guste: la comida está servida.

—Bueno, bueno, contestó mi padre muy satisfecho. Estoy preparado y tengo un apetito atroz. Verás cómo sé honrar la mesa.

—Me alegro saberlo, y con permiso de usted voy á llevarle del brazo al comedor.

—Espera un momento, hija mía. Permíteme antes que te ofrezca el pequeño regalo de Pascuas que te tengo comprado.

Y abriendo uno de los cajones de su mesa-escritorio sacó una valiosa y magnífica pulsera y me la puso en la muñeca con gran satisfacción.

—Ahora, añadió, sólo me resta darte los dos besos que me pediste ayer.

—¡Ah, sí, papá! tiene usted razón. Pero yo no le dije que los dos besos eran para mí. Espere usted un momento y verá.

Y sin darle tiempo para reflexionar, le cogí del brazo y le llevé al comedor. Apenas habíamos atravesado la puerta cuando una preciosa niña de unos cuatro años, agarrándose á las rodillas de mi padre, le dijo:

—¡Felices Pascuas, abuelito!

Y en el mismo instante un niño algo más pequeño, de pelo rubio y rizado, le cogió por detrás diciendo:

—¡Felices Pascuas, abuelito!

Mi padre se quedó parado. Luego se volvió hacia mí frunciendo la frente, y por un momento llegué á temer que todo se había perdido. Pero el buen anciano dirigió una mirada á las dos lindas caritas vueltas hacia él, y la tormenta pasó. Agachóse, cogió á los niños en los brazos y los cubrió de besos.

mientras yo veía ¡qué placer! deslizarse por las mejillas del veterano dos lagrimones.

—Ahora ó nunca es la mía, pensé.

Y corriendo á la puerta volví en seguida, trayendo de una mano á mi hermano Rafael y de la otra á su joven esposa. He de confesar que aquel fué un momento de horrible ansiedad para mí. Cuando mi padre me miró á mí primeramente, luego á su hijo y luego á la mujer que había sido la causa de aquella separación tan larga, estuve á punto de vacilar y necesité todo el valor que me daba aquella escena para hablar como lo hice.

—Padre, le dije con la más firme resolución, ayer me prometió usted que me concedería dos besos de aguinaldo, y aquí me tiene usted esperando el cumplimiento de su promesa.

Hubo un momento de silencio. Después mi padre abrió los brazos, extendiéndolos hacia mi hermano.

—¡Rafael, hijo mío!

—¡Padre!

Ni á uno ni á otro les permitió decir más la emoción. Luego mi padre, volviéndose hacia donde estaba Julia con sus dos hijos, exclamó muy emocionado:

—Ahora sé que el aguinaldo que me pedía Jovita era para ti. Si no te asustan mis bigotes blancos, ven, hija mía.

Se arrojó en sus brazos Julia y él estampó en sus mejillas dos cariñosos besos, mientras decía sin poder ocultar su gozo:

—Este es el regalo de Jovita y el mío.

Julia lloraba de alegría y de gratitud, y creo que llorábamos todos, aunque mi padre, como buen militar, quería disimularlo, y cogiendo de la mano á Julia la colocó en la cabecera de la mesa. Os aseguro que nunca hubo una cena de Pascuas más feliz.

Al pronunciar mi abuelita estas palabras se oyó un fuerte golpe en la puerta de la calle.

—¡Ricardo! gritamos todos á la vez.

—Y ese es, dijo la anciana, el fin de mi historia.





Cuentos Orientales



El monarca disfrazado.

I

¡Hassán! gritó Federico con tono imperativo dirigiéndose á nuestro guía, quien contemplaba con avidez el anchuroso trecho de mar que nos rodeaba por todos lados y sobre el cual derivaba nuestra barca sin gobierno: échese usted allí ahora mismo.

El árabe se levantó y de muy mala gana fué á tenderse en el fondo de la embarcación, fuera de la vista de las aguas tentadoras.

—¿Hasta cuándo han de durar estos tormentos, Federico? pregunté rendido de tanto sufrir y observando con profunda pena el rostro desencajado y lívido de mi compañero.

Con indescriptible ansiedad mirábamos hacia adelante, aunque perdida toda esperanza de salvación, esforzándonos para ver si, aunque fuese en lontananza, podíamos distinguir algún signo de tierra firme.

—No lo sé, Julio, respondióme Federico, pero creo que aun podremos tirar un par de días. Con seguridad que, antes de que transcurran, hallaremos alguna isla ó nos recogerá algún buque, algún vapor que cruce por aquí.

—¡Qué horror! ¡Dos días más! ¡Cuarenta y ocho horas todavía de calor asfixiante y de sed abrasadora!...

Y volví la vista hacia Hassán, que permanecía sin movimiento en el fondo de la barca.

—¿Crees, Federico, pregunté luego, que Hassán podrá resistir la tentación de arrojarse al agua?

El rostro de Federico se nubló al responder.



DERIVANDO SIN GOBIERNO

— Lo espero, por lo menos. No podemos hacer más por él. Felizmente, ignora que en el reparto de provisiones le toca á él doble cantidad que la que tomamos nosotros. Estoy seguro de que si se enterara de eso no lo consentiría, y entonces sí temería que todo hubiese terminado para él. Se sostiene con valor, pero no me gusta nada la expresión que vengo notando en sus ojos hace algunas horas. Empujados por este fuerte viento hemos debido atravesar ya la mitad de la bahía de Bengala. Satisfechos podemos estar al no haber dejado los objetos de valor á bordo de la goleta, pues se me figura que no la volveremos á ver. Por supuesto, podemos dar por perdidos para siempre los caballos, la tienda y las armas, aunque creo que podremos arreglarnos con lo que nos resta, si Dios nos da la suerte de volver á pisar tierra firme.

—No comprendo de qué nos sirven ahora ni las armas ni las joyas que llevamos ocultas. Durante los cinco días que nos arrastra este fuerte viento no he visto un sér viviente ni siquiera un ave de mar.

—Claro que no, porque saben más que nosotros. Cuando ven venir una de estas terribles tempestades marchan en seguida á cobijarse en tierra.

Pasados unos momentos de silencio, durante los cuales Federico no apartó sus ojos del árabe, continuó:

—Es necesario que vigilemos mucho á Hassán, y si notamos que da señales de no poderse dominar tendremos que amarrarle irremisiblemente. Le debemos mucho en este peligroso trance, pues él fué quien nos aconsejó que trajésemos provisiones.

—Tienes razón, contesté. Aunque ¡cómo habíamos de pensar que un viaje de seis horas terminaría tan fatalmente, y que sin saber cómo ni de qué manera nos habíamos de encontrar lanzados á la mar, á merced de las olas y el viento y metidos en una cáscara de nuez como es esta barca! ¡Quién nos lo hubiera dicho!

—Ahora sólo hay que pensar en la manera de prolongar nuestras vidas todo lo posible, respondió Federico tranquilamente, y para conseguirlo debemos descansar de cuando en cuando: es el mejor plan. Procura dormir un poco mientras yo vigilo, y después me tocará á mí. Todavía tenemos fuerzas para luchar.

Y así diciendo volvió la cabeza para contemplar de nuevo el maravilloso cuadro que se ofrecía á nuestra vista. A pesar de la soledad y de los peligros que nos amenazaban nos deleitábamos admirando tantas y tan sorprendentes bellezas.

Después de la aventura de Conjeve nos dirigimos á la isla de Ceilán y de allí á Trincomalee. Estando en esta ciudad nos dijeron que en la costa existían maravillosas cuevas dignas de admiración, y con el propósito de visitarlas y de desembarcar luego más al Sur de la isla embarcamos en una lanchita de vela por el estilo de las que se dedican á la pesca de perlas.

En una segunda embarcación colocamos los objetos que forzosamente teníamos que llevar á todas partes, y que una plancha de hierro resguardaba de la espuma de las olas.

Apenas hacía una hora que habíamos embarcado, cuando los indígenas se negaron á continuar el viaje bajo el pretexto de que

se acercaba una horrible tempestad; pero nosotros, no queriendo perder el tiempo, insistimos en proseguir el viaje, y poco después vimos con gran sorpresa que los de la otra embarcación se volvían atrás. Entonces el indígena que conducía nuestra lancha saltó al agua, y un momento más tarde se alejaba con sus compañeros, dejándonos allí abandonados y marchando á tierra sin escrúpulo ninguno con los objetos de nuestra pertenencia.

Harto fundados eran sus temores, pues cuando ya nos disponíamos á seguirlos nos alcanzó una ráfaga de viento y de repente nos vimos lanzados al mar sin rumbo ni gobierno, á merced del huracán y de las enormes olas.

Hacía cinco días que, dando tumbos, andábamos de acá para allá. Una botella de agua y un poco de arroz eran las únicas provisiones que teníamos para los tres. A las torturas del hambre había que añadir el tormento de la sed y el calor asfixiante que nos tenía desfallecidos.

En el momento en que da principio esta narración el sol acababa de ocultarse en el cielo, que allá á lo lejos parecía juntarse con el mar, formando un conjunto admirable. Por delante y alrededor elevábanse enormes olas que lanzaban gigantescos surcos de espuma blanca, yendo á caer luego á un profundo abismo, de donde volvían á levantarse, estrechando más cada vez el cerco de nuestra débil embarcación, cuyos bordes temblaban hasta amenazar caer hecho trizas, pero que seguía avanzando hacia donde más creíamos hallar la muerte que la salvación, al ver que la mísera vela desgarrada hundíase en las hirvientes aguas como si fuera una gaviota herida.

Siguiendo los consejos de Federico me tendí en el fondo de la lancha y cerré los ojos. Tales eran mi debilidad y el cansancio que sentía, que pronto me dormí, hasta que poco después me despertó Federico llamándome suavemente.

—Julio, me dijo, ven conmigo á proa y hazme el favor de mirar allá á lo lejos, pues si no me engaño...

Me levanté de mala gana (todo me era ya indiferente) y siguiendo la dirección indicada por mi amigo dirigí la vista hacia el Este. La mar estaba en calma, pues la tormenta iba alejándose poco á poco.

—Lo que yo veo, díjele á Federico, es algo así como una luz débil y flotante, pero muy lejos.

—Entonces no me he equivocado, respondió Federico. Hace tiempo que vengo observándolo, y cuanto más se aplacaban las olas más brillaba la luz. Pero temía llamarte por si acaso me sucedía lo que le ha sucedido á Hassán, que ha estado todo el día viendo tierra, y ésta sólo existia en su imaginación.

—Dejémosle dormir ahora, repuse, y vamos á observar los dos; luego le despertaremos.

Poco á poco fuimos acercándonos á la luz, y por fin creímos distinguir el mástil de un vapor, del cual pendía una antorcha encendida.

Así era en efecto, como pudimos convencernos cuando una ola nos lanzó más cerca de la luz, aunque no se veía casco de vapor ninguno.

—¡Un naufragio! exclamó Federico inclinándose sobre la proa de la lancha. Se ve que la tormenta no nos ha sorprendido sólo á nosotros.

Y señalando un bulto negro que se veía un poco más allá, continuó:

—Por fin tenemos tierra á la vista, Julio: allí se destaca claramente la sombra de algunos árboles.

Miré hacia el punto que indicaba Federico y vi que efectivamente tenía razón.

Volví luego la vista hacia el mástil y exclamé:

—Los del naufragio nos han visto, Federico. Uno de ellos parece llamarnos con la mano. Sin duda nos pedirá socorro.

Mi compañero se fijó también en el mástil y contestó:

—No veo más que á uno, pero fíjate qué cara tiene. En verdad que es un tipo extravagante.

Agarrado con una mano al mástil vimos un negro, casi desnudo, que sostenia en la otra una antorcha encendida.

—A todo trance, dijo Federico, debemos salvar á ese desdichado. Despierta á Hassán.

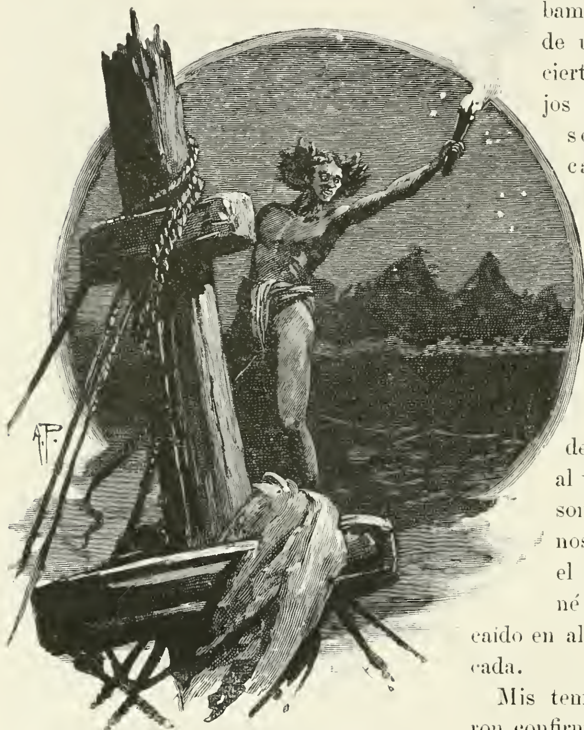
Así lo hice, y cuando nuestro guía hubo observado al negro desde la lancha díjonos en tono dudoso:

—Sahibs, el negro parece un papuán, pero estamos demasiado lejos de su tierra para que lo sea.

—Pero si el naufragio no es de ahora, repliqué cuando la luz de la antorcha permitió ver las cuerdas destrozadas.

—¡Salta! gritó Federico aprovechando el momento en que una ola nos empujó hacia el náufrago.

El negro arrojó la antorcha al mar inmediatamente, y el ruido que hizo al apagarse fué seguido de una salpicadura de las aguas. El mismo se había tirado tras de la antorcha, y un segundo después metíase en la lancha, con gran contento por nuestra parte, creyendo que acabábamos de salvarle de una muerte cierta. ¡Cuán lejos estuvimos de sospechar la causa de que estuviese allí con la antorcha en la mano! Después me fijé en el peligroso banco de coral que rodeaba la isla, y al ver la irónica sonrisa con que nos contemplaba el negro, adiviné que habíamos caído en alguna emboscada.



ERA UN TIPO EXTRAVAGANTE

Mis temores se vieron confirmados cuando Hassán, que no apartaba los ojos del negro, observó en voz baja:

—Sahibs, desconfíen del negro. Sin duda esta es la isla de los tamiles, que tienen muy mala reputación. Hemos caído en malas manos, sahibs, pues este salvaje es uno de los que se dedican á atraer á los buques para robarles. Historias muy horribles se cuentan de esta gente. ¡Es un pirata negro!

II

Hassán sirvió de intérprete para hacer entender al negro que necesitábamos comer, á lo que contestó algo que ni el árabe comprendió; pero á fuerza de repetir la demanda el indígena se ofreció á conducir nuestra lancha por entre los peligrosos bancos de coral que se veían en el fondo hasta la isla, donde ya se destacaba un magnífico bosque. Manejó la embarcación con grande habilidad, y una vez que pusimos pie en tierra firme nos animamos tanto que empezamos á creer que, á pesar de su mala reputación, tal vez los indígenas nos tratarían amistosamente.

Nuestro nuevo guía se metió en una cueva abierta en la roca arenisca, de donde salió un momento después trayendo en la mano una enorme lanza con un objeto blanco en la punta. Después supimos que era una muela de tiburón.

—Me parece que no hay más remedio que dejarnos llevar por el destino, dijo Federico cuando los tres, uno tras de otro, seguíamos con sumo cuidado al negro por una faja de terreno donde había abiertos gran número de hoyos.

—De algún modo tenemos que procurarnos algo para comer, respondí, y probablemente será tan seguro seguir al tamil como quedarnos aquí esperando que amanezca. Tal vez si así lo hiciéramos se enfurecerían más y vendrían á atacarnos en cuanto se esparciera la noticia de nuestra llegada.

Gracias que aun conservábamos el revólver en el cinto.

Al poco tiempo entramos en un sendero estrechísimo y tortuoso, por el que se descendía á una espaciosa llanura. El tamil que nos servía de guía negábase á responder á nuestras preguntas, hasta que Federico, incomodado, le cogió por el hombro obligándole á volverse hacia nosotros. El negro se detuvo, requirió la lanza y nos dirigió una mirada en cuya ferocidad se adivinaba todo el salvajismo de su naturaleza.

—¿A dónde conduce este sendero? preguntó mi amigo. Y Hassán se acercó inmediatamente para interpretar la respuesta.

—Adonde se halla el alimento que pedís, contestó el hombre hablando con voz ronca y gutural.

Un poco más allá el sendero empezó á ensancharse, y cuando ya

llegábamos á la llanura entramos en una espaciosa gruta, en la que abundaban las estalactitas y cuyo techo sostenían grandes columnas naturales de piedra de granito. Nuestro guía se detuvo para sujetar una especie de materia resinosa que formaba una antorcha al otro extremo de la lanza, y levantándola al aire nos indicó que le siguiéramos. Así lo hicimos, aunque teniendo buen cuidado de no separarnos el uno del otro para impedir que nos sorprendieran.



ENTRAMOS EN LA GRUTA

Al ver muchos huesos de animales esparcidos por el suelo de la gruta comprendimos que habíamos entrado en la vivienda de la tribu de los tamiles. El cuchicheo de gran número de voces llegó á nuestros oídos desde el extremo de la gruta, y un momento después nos hallamos frente á una enorme hoguera cuyas llamas iluminaban el fantástico cuadro que se ofreció á nuestra vista.

En derredor de la hoguera se hallaban reunidos una porción de hombres de la misma tribu que el que nos condujo allí, todos con la lanza en la mano, como si estuvieran apercibidos para el ataque. El guía lanzó un chillido semejante al de un ave nocturna, é inmediatamente se levantaron todos, colocándose de manera que, al entrar nosotros, nos rodeaban por todos lados.

—Hassán, diga usted á estos horrorosos negros que no saldremos de aquí hasta que nos den de comer.

El árabe hízoles comprender nuestro deseo, y después de una breve conferencia, el que nos había conducido allí exclamó:

—Juguetes del gran Océano, cuyas olas os han traído aquí para que veáis y admiréis al gran Tamil, entrad ahí y os traerán de comer.

Y entramos con mil precauciones en el sitio que nos indicaba, pues aun no habíamos olvidado las trampas del fakir judío.

La única luz que alumbraba la entrada solamente era la de la antorcha que todavía llevaba el indígena en el extremo de la lanza. Dejándonos allí solos, envueltos en la más negra oscuridad, se alejó en busca de la comida, mientras nosotros, tendidos en el suelo de piedra caliza, no apartábamos la mirada de la entrada de la cueva adonde nos había llevado, temiendo que por allí vinieran á atacarnos de improviso. Afuera veíamos sombras que se movían de un lado á otro, y comprendiendo que nos vigilaban decidimos permanecer allí tranquilos, esperando el regreso del tamil.

Pronto llegó á nuestro poder el tan apetecido alimento, el cual consistía en trozos de pescados asados y frutas que hacían las veces de agua.

El salvaje echó la comida á nuestros pies haciendo un gesto de desprecio y se retiró en seguida.

Satisfecho nuestro apetito, resolvimos hacer una tentativa para escapar de allí, y nos asomamos á la entrada: pero inmediatamente nos vimos rodeados de una docena de negros, quienes, levantando las lanzas en actitud amenazadora, gritaron:

—¡Atrás, á la cueva, ó morís en seguida!

Comprendiendo que era preferible esperar á que amaneciese para abrirnos paso por entre los salvajes nos retiramos, aunque de mala gana, y volvimos á tendernos en el suelo. Transcurrió un gran rato y apareció de nuevo el tamil que nos había servido de guía, quien parecía considerarnos como prisioneros suyos. Lanzó una carcajada penetrante y nos mandó seguirle. Así lo hicimos, y después de atravesar algunos pasillos de la gruta nos vimos por fin en presencia de un monstruo tan horroroso y tan extraño que quedamos mirándole llenos de asombro.

Completamente inanimado, y sin hacer un solo movimiento, el sér que teníamos delante se hallaba sentado sobre un trono tallado con figuras muy curiosas. En una mano tenía una lanza cuyo ex-

tremo se había hincado en el suelo, mientras que la otra pendía rígida á lo largo del cuerpo. Rodeaban el trono unos cuantos tamiles con antorchas en las manos, cuya luz no revelaba, sin embargo, el



EL GRAN TAMIL

rostro del monarca, pues éste lo tenía oculto con una careta horrible, semejante á las que llevan los exorcistas en algunos países orientales.

La nariz era aplastada y cuadrada; de ambos lados de la cabeza sobresalían dos orejas tremendas; los dientes eran reemplazados por grandes colmillos, mientras que los ojos, de mirada feroz y repugnante, eran cristalizados y de color rojo vivo. Todo ello formaba un

conjunto tan horrible como repulsivo en alto grado, y en seguida comprendimos que estaba destinado á inspirar temor á quien lo viese.

Lo que más nos extrañó fué que un tamil se colocó al lado del monarca y sirvió de intérprete, pues ni una sola palabra pronunció aquel extraño sér. Sin embargo de su mutismo, al menos para nosotros, pronto nos convencimos de que, si habíamos de abrirnos paso, tendría que ser por la fuerza de las armas.

—El gran Tamil, comenzó manifestando el intérprete, desea saber cómo os habéis atrevido á poner el pie en su sagrada costa.

Federico se volvió á Hassán diciendo:

—Conteste usted al gran Tamil, que oculta su horrible rostro tras una careta, y dígale que un súbdito suyo, un traidor, nos trajo aquí y que lo que deseamos es salir de su sagrada costa cuanto antes.

El árabe respondió según le indicaba mi amigo, y el intérprete prosiguió:

—¿Queréis regalar al gran Tamil, en prueba de amistad, vuestras armas y vuestros cinturones?

Miramos al salvaje queriendo adivinar si suponía que llevábamos algo de valor en los cinturones, pero pronto nos convencimos de que no era sino una celada que nos tendían para desarmarnos. Entonces Hassán, por indicación nuestra, dijo que no acostumbrábamos á entregar las armas ni los cinturones á nadie, ni amigo ni enemigo.

—En ese caso, dijo el intérprete, el gran Tamil ordena que se os encierre en la cueva de donde acabáis de salir, hasta que cumpláis su sagrada voluntad.

Por nuestra parte les hicimos comprender que estábamos dispuestos á regresar á la cueva, recordando que allí tendríamos al enemigo sólo por delante, mientras que en aquel momento nos rodeaba por todos lados.

Al conducirnos de nuevo á la cueva, nuestros feroces guardianes hicieron lo posible por incitarnos á la pelea, y más de una vez nos golpearon con las lanzas; pero siguiendo el ejemplo de Federico procuré reprimir mi cólera, esperando la ocasión de devolver con creces los insultos que recibíamos.

—¡Vaya un monarca estrambótico! exclamó Federico cuando nuevamente nos encontramos en la cueva.

—Lo que más me chocó, dije, fué que no hablase ni una sola palabra. Al menos yo no le oí ninguna. El acto, más que el juicio serio de tres prisioneros, me ha parecido una mojiganga. ¿Si habrá para salir de aquí un sitio distinto de aquel por donde entramos?

—Nada perderemos por verlo, respondió Federico.

Y empezamos á recorrer á tientas la oscura caverna, pasando y repasando las manos por las toscas paredes, pero inútilmente.

—No hay más remedio que esperar la ocasión y aprovecharla cuando llegue, observó mi compañero al ver lo infructuoso de nuestros trabajos. Lo menos que procurarán será desarmarnos, porque estos salvajes tienen verdadera manía por apoderarse de armas europeas. Uno de nuestros revólvers sería un gran tesoro para ellos.

—¿Te fijaste, Federico, pregunté poco después, en los huesos esparcidos por el suelo de la gruta?

—¡Chist! calla, Julio, contestóme acercándose y viniendo á sentarse junto á mí. No creo que Hassán se fijó, y es preferible no decirle nada hasta que no haya otro remedio, aunque esta no es razón para que nosotros dejemos de hablar del caso. Creo que, indudablemente, son antropófagos estos salvajes y que por eso procuran atraer los vapores á las costas. He visto que muchos llevan pulseras y sortijas, de las que sin duda despojaron á las desdichadas víctimas que cayeron en sus manos. En las tempestades, como la que nos trajo aquí, más de un vapor vendrá seguramente á parar á estas costas. De fijo tendremos que luchar por la vida, pero espero que será después del amanecer, porque en esta oscuridad ellos nos clavarían las lanzas sin que tuviéramos la satisfacción de matar unos cuantos á tiros.

—Sahibs, dijo entonces Hassán, que no apartaba la vista de la entrada, es preferible aprovechar lo que resta de noche para descansar, á fin de tener fuerzas para luchar cuando los salvajes vuelvan á pedirnos las armas.

—Hassán, contestó Federico, usted está mejor armado que nosotros. Ha hecho muy bien en no despojarse de su sable, pues no dudo que llegará ocasión en que se vea usted obligado á hacer uso de él.

—Cuando el Gran Profeta lo dispone así, contestó el árabe, no hay más remedio que obedecer. De todos modos, estoy siempre á disposición de los sahibs. Yo descansé en la lancha que nos con-

dujo aquí y vigilaré ahora mientras los sahibs duermen, no sea el caso de que estos tamiles nos hagan alguna de las suyas.

Al principio protestamos de que no durmiera también el árabe; pero tanto insistió que por fin cedimos, yendo á tumbarnos junto á la entrada de la caverna, mientras Hassán se sentó á nuestro lado.

Quedamos dormidos, y unas horas después nos despertó el guía diciendo:

—Sahibs, el dia despunta y parece que los tamiles se preparan á atacarnos.

Nos pusimos en pie, y después de cerciorarnos de que los revólvers estaban bien cargados y sujetos á los cinturones nos asomamos á la entrada de la caverna.

Los tamiles, formando corro, escuchaban con grande interés al que nos había conducido á su vivienda, quien hablaba y gesticulaba desaforadamente, señalando el sitio donde estábamos los prisioneros.

III

Pasados unos momentos, el salvaje se acercó de un brinco á nosotros y dijo después de lanzar una ruidosa carcajada:

—El gran Tamil ordena que vuelvan á presentarse los prisioneros. Desea saber algo de vuestro pais.

Confieso que en aquel momento no sabíamos qué hacer: si salíamos de la cueva nos rodearían en seguida, y no sabíamos cuántos habia: así que esto era peligroso. Y por otra parte, si permanecíamos en la caverna, el ataque seria inmediato.

—Hassán, contestó luego Federico, dígale usted que estamos dispuestos á seguirle. Y volviéndose á mí añadió:

—Aprovecha la ocasión, Julio. Cuando estemos delante del salvaje yo procuraré distraerle un momento, y entonces hay que correr haciendo un esfuerzo por salvar la vida.

Salimos siguiendo al tamil y ninguno se atrevió á tocarnos ni ofendernos al pasar por entre ellos para dirigirnos al aposento del monarca. La gruta estaba todavía en la oscuridad, porque la luz del día no llegaba hasta el interior, pero sin embargo se veía bastante para distinguir las horrorosas facciones del gran Tamil enmascarado, que nos pareció aún más repulsivo que la noche anterior.

Los que rodeaban el trono contemplaban con admiración la silenciosa figura del monarca.

—El gran Tamil, comenzó diciendo el intérprete, desea saber si estáis decididos á entregar las armas y los cinturones, á fin de que, con otros objetos que ha recogido, sirvan para embellecer su residencia.

Y señaló con la lanza un rincón de la gruta, donde vimos amontonados muchos objetos, que desde luego supusimos procederían de naufragios de buques.

Hassán tradujo la contestación que dimos.

—No entregaremos ni las armas ni los cinturones, dijo. Son nuestras únicas armas de defensa y vosotros no las necesitáis, puesto que tenéis las lanzas, que deben ser muy suficientes.

—¿Que no consentis? vociferó el salvaje.

—No, repuso Federico llevando la mano al cinturón donde tenía el revólver.

—¡Prendedlos! exclamó enfurecido el tamil. ¡Nos desafían! ¡Llevadlos al mortero y reducidlos á polvo!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando avanzó Federico y haciendo un movimiento brusco arrancó la careta del gran Tamil. Los que rodeaban el trono quedaron tan pasmados que no acertaban á moverse; pero en seguida, postrándose en el suelo, comenzaron á revolcarse llenos de terror ante la descubierta faz.

El monarca no hizo movimiento alguno para protegerse ni cambiaron de expresión sus facciones rígidas. Difícil hubiera sido. ¡Era un cadáver!

—¡Corre, Julio! exclamó Federico viendo el espanto que su osadía había causado entre los supersticiosos tamiles. ¡A la entrada, á la entrada!

Pasamos saltando por encima de los guardias tendidos en el suelo y corrimos á la entrada de la gruta; pero aun no habíamos salido de apuros, pues allí nos esperaban unos cuantos, dispuestos á impedir que huyéramos.

De un terrible puñetazo echó Federico á rodar al más próximo, de cuya lanza se apoderó, mientras que Hassán con su sable nos abría paso por entre los demás.

Sentí el zumbido de una lanza que, pasando muy cerca de mi cabeza, fué á clavarse en el suelo; me detuve para arrancarla, y

tardé poco en reunirme con Federico y Hassán, que subían corriendo por el tortuoso sendero. Seguimos corriendo juntos, perseguidos siempre por los tamiles, quienes no cesaban de arrojarnos las lanzas, las cuales, gracias al zigzag que hacía el camino, no llegaron á tocarnos.



FEDERICO LE ARRANCÓ LA CARETA

Casi habíamos llegado ya á la cima de la colina cuando, mirando hacia atrás, vi que sólo faltaban unos cuantos metros para que nos dieran alcance. Volaban más que corrían aquellos brutos. Temía ya que todo había terminado para nosotros, cuando me gritó mi amigo:

—Ven, Julio, echa una mano aquí.

Vi que él y Hassán se habían encaminado hacia una enorme piedra de granito colocada sobre una base hueca en forma de taza, y un momento después hacíamos grandes esfuerzos para empujarla hacia adelante, cosa que conseguimos cuando ya uno de los tamiles casi podía habernos tocado con la lanza. Hicimos el último esfuerzo en un arranque de desesperación y la echamos á rodar sobre la horda de salvajes.

Nos detuvimos un instante para observar los estragos que hacía, y echamos de nuevo á correr con la seguridad de que aquella especie de tregua duraría muy poco y que los tamiles que se habían salvado pasarían por encima de los cadáveres de sus compañeros á fin de perseguirnos y vengar su muerte.

Casi al mismo tiempo que nosotros llegó uno de ellos al sitio donde estábamos desatracando la lancha; pero conseguimos embarcar en ella antes de que llegaran los demás, y poniendo la vela en dirección al mar, donde afortunadamente soplaba una ligera brisa, salimos afuera. Al ver esto, la rabia de los negros no tuvo límites. Más de veinte se lanzaron al mar con las lanzas en la boca. Nadaban perfectamente haciendo grandes esfuerzos para alcanzarnos, sin apartar los ojos de nuestra lancha.

—¿Disparamos? pregunté á Federico viendo que ya los teníamos encima.

—Si fuera posible, contestó, más quisiera no matar á ningún otro de esos asquerosos antropófagos; pero creo que tendremos que acabar con alguno de ellos, á fin de que escarmienten. Si se acercan demasiado, fuego.

Me fijé en el que más cerca de nosotros estaba. Llegó á la lancha, y agarrándose á ella con su mano negra se levantó un poco; cogió en seguida la lanza por la mitad y la agitó en el aire en el mismo momento en que yo, apuntándole al pecho, disparé. Saltó de un brinco fuera del agua y cayó desplomado entre sus compañeros, á quienes desalentó el verle morir. Antes de que volvieran á atacarnos ya estábamos lejos. Entonces regresaron á tierra, y desde la lancha les veíamos agitar furiosos las lanzas hasta que las aguas ocultaron la isla de nuestra vista.

—La huída ha sido difícil de veras, exclamó Federico; pero lo peor es que, si no nos recoge algún vapor, no tendremos más remedio que volver á la costa en busca de alimento.

Apenas hacía dos horas que habíamos abandonado la isla, cuando gritó Hassán:

—¡Sahibs, un barco!

Mirando en la dirección que indicaba vimos, en efecto, un barco con todas sus velas desplegadas. Poniéndonos los tres en pie comenzamos á llamar la atención de los tripulantes, los cuales, en cuanto nos vieron, echaron un bote al agua. Momentos después subíamos á bordo, con la satisfacción que es de suponer.

—Después de todo, Julio, díjome Federico cuando tendidos en la



CAYÓ DESPLOMADO ENTRE SUS COMPAÑEROS

cubierta hablábamos de la extraña aventura que acabábamos de correr, vamos adonde pensábamos ir desde el principio, aunque por muy distinto camino.

—¿Se fijaron los sahibs, preguntó Hassán poco después, en la piedra que arrojamos sobre los salvajes?

—Creo que todos teníamos demasiada prisa para fijarnos en ella, Hassán, contesté. ¿Pero tenía algo de particular?

El árabe volvió la cabeza, y mirando hacia el mar murmuró como si hablara consigo mismo:

—Grandes son Alá y su profeta Mahoma y maravillosa la manera como nos hemos salvado. La enorme piedra que aplastó á los salvajes es la que ellos emplean para destruir á sus víctimas en el mortero sobre el cual estaba colocada.

—Pues en ese caso se cumplió la voluntad del extraño monarca, dijo Federico. Sólo que los aplastados fueron sus súbditos en vez de nosotros.

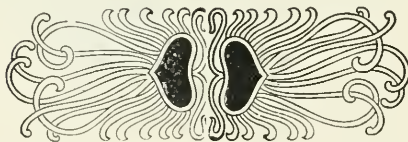
—Eso, replicó Hassán, es cosa que sucede con frecuencia en el Oriente; pero con tal de que muera el número convenido, importa poco quienes sean los que lo completen.

—Tiene gracia, respondí, y espero que los que vivimos en el lado opuesto del mundo tardaremos en adoptar ese sistema ó lo que fuese.

—Hassán, interpuso Federico, vaya usted á prepararnos los camarotes, pues creo que bien ganado tenemos el descanso.

Obedeció el árabe, y á los pocos minutos volvió diciendo que nuestro humilde esclavo lo había dispuesto todo para los sahibs.

C. J. Mansford.





El Trono de mil terrores.

* * *

Allá hacia el Sur, más allá de las montañas del Atlas, al otro lado de aquellas inmensas llanuras donde la vista, para su reposo, no halla otra cosa que un triste desierto de arena rojiza, hay un mundo poco conocido é incomprensible para la civilización europea. En el gran Sahara, la vida de hoy es casi la misma que la de hace diez siglos: libre, encantadora por su sencillez. Sin embargo, el viajero que por allá se aventura encuentra á cada paso motivos para recordar el trágico fin de muchos hombres.

En un viaje reciente desde Biskra á Mouryouk, en el Fezán, cometí la imprudencia de no dar oídos á los consejos de mi antiguo amigo Emilio Chaudioux, comandante de una compañía de spahis con residencia en el pueblo árabe llamado In Sahah, en los oasis del Tuat, y quedé asombrado al saber, ya tarde, que la caravana á la cual me había unido en Zaonia Timassanin, y con la que había estado viajando durante veinte días, pertenecía á una tribu de merodeadores del desierto, la de Kel-Jehabán, cuyas atrocidades con los más débiles la hacían temible y temida desde Marruecos hasta Trípoli y desde Biskra hasta el lago Tsad. Además supe que el jefe de la caravana, conocido con el nombre de Sidi-El-Adil, ó sea el Justo, no era otro que el temido Abdul Melik, el pirata del desierto contra quien el Gobierno francés había enviado tres expediciones y cuya cabeza estaba pregonada. De cutis bronceado, de facciones tostadas por el sol, de barba larga y blanca, ojos hundidos y penetrantes, alto, erguido, ágil y de grave continente, era una hermosa muestra del árabe de las llanuras.

Aunque demostraba un odio feroz contra el infiel y maldecía horriblemente de los jinetes y de los rumís en general, y de mi amigo el comandante Chaudioux en particular, á mí me trataba con cierta cortesía altanera y me ofrecía su amistad.

Marchando á la cabeza de nuestra caravana de doscientos jinetes armados y una larga fila de camellos, cruzando día tras día el árido desierto sin otros accidentes que pequeños montecillos de arena, algunos peñascos desnudos y tal cual arbusto, era una figura interesante. Su albornoz era de la más finísima lana, bordado delicadamente en sedas de colores, y el jaique, de seda de la China, le caía muy bien. La silla sobre la cual montaba era de terciopelo carmesí bordado en oro y cuajado de piedras preciosas, y los estribos y espuelas de plata maciza completaban los arneses de su magnífico caballo negro, que manejaba con rara perfección y habilidad.

Montado en mi blanco caballo Kuhai-lan iba yo casi siempre á su lado, charlando con él en su propio idioma, mientras que sus 200 hombres, erguidos en sus sillas, con sus espingardas ó sus rifles de largo cañón colgados á la espalda, nos seguían silenciosos y dispuestos á ejecutar el menor deseo de su jefe.

Quemaba el sol, y el viento caliente y cargado de arena nos sofocaba en aquel desierto interminable por donde caminábamos. De noche era ya otra cosa. Acampados bajo las palmeras del oasis, después de haber comido nuestros dátiles y alcuzcuz y haber apagado la sed con el agua de las pellejas, reclinados sobre un tapete delante de la tienda del sheikh saboreábamos el café y un cigarro. Entonces el gran Abdul-Melik contaba alguna historia de los pasados encuentros entre su gente y los aliados cristianos, y mientras los centinelas con los rifles cargados permanecían vigilando para evitar una sorpresa de los astutos spahis ó cazadores franceses, media docena de árabes sentados en el suelo formando semicírculo frente al gran jefe tocaban sus guenibrís, entonando en extrañas melodías sus cantos de amor y de guerra.

A aquella hora la temperatura es fresca y agradable, reina un silencio profundo, el azul del cielo se hace cada vez más vivo y las palmeras y chumberas parecen fantasmas misteriosas.

Aquellos nómadas sin ley, que entonces eran mis compañe-

ros, envolvíanse en sus albornoces, hacían un hoyo en la arena caliente y allí reposaban hasta el amanecer.

Unas cinco semanas después de haber unido mi suerte tan impensadamente á la de los Kel-Jehabán, y á poco de penetrar en una región que, según he podido averiguar, no había sido explorada por ningún europeo, pues aparecía en blanco en los más recientes mapas hechos por el Depósito de la Guerra, nos dirigimos una tarde á un punto, sin duda premeditado, y allí se agregaron á nosotros unos 300 jinetes, los cuales se armaron con los rifles que traímos empaquetados sobre los camellos. En seguida, dejando éstos encargados á media docena de hombres en una planicie peñascosa llamada Anzona, proseguimos nuestro camino muy alegres, riendo y cantando aires y cantos árabes.

Durante aquella noche y el siguiente día no nos apeamos ni un solo momento: únicamente hicimos algunas paradas de corta duración. Llegó nuevamente la noche, que era oscura y desapacible; pero salió la luna, y bajo su luz clara y misteriosa seguimos adelante hasta que de pronto el hombre alto, con su albornoz sucio y haraposo, que nos servía de guía dió un grito y nos detuvimos todos inmediatamente. A la luz de la luna pude distinguir entre las palmeras de un pequeño oasis una porción de casitas blancas, que luego supe eran las que formaban la pequeña aldea del desierto de Tilouat, habitada por los Kel-Emoghri y distante diez leguas del pueblo de Ideles.

Abdul-Melik dió sus órdenes en voz clara y enérgica, y al oirlas los jinetes formaron en dos filas largas, con los rifles preparados sobre las sillas. La primera fila se adelantó silenciosamente, y por este movimiento comprendí que íbamos á atacar á la aldea. Requerí mi rifle, y colocado en la segunda fila avancé con los otros. Aquellos momentos fueron muy solemnes. Ya no cabía duda: me había unido á una partida de bandidos feroces, cuyas terribles atrocidades habían hecho estremecer á Europa en más de una ocasión.

De repente vino á sorprendernos un disparo de arma de fuego, lo cual arrancó una maldición al jefe al ver que había sido advertida nuestra presencia. Casi en el mismo instante apareció á nuestra vista un grupo de jinetes que salió galopando á nuestro encuentro, y pocos minutos después, protegido

por mi caballo, estaba yo haciendo nutrido fuego con el rifle. Era ensordecedor el estruendo de los disparos, que duraría una media hora. De los hombres de nuestra primera fila murieron más de veinte, y otros tantos resultaron heridos. Los que quedaban salieron de súbito lanzando horribles gritos, y como un solo hombre acometieron al enemigo, mientras nosotros les seguíamos á todo galope.

Antes de que tuvieran tiempo de adivinar nuestra intención cargamos sobre ellos. El choque fué terrible. Se combatió rudamente con rifles, espadas y afilados alfanjes, pero pronto dejamos de hallar resistencia y dió principio el saqueo de la aldea.

Ebrios por el triunfo obtenido mis compañeros entraron en las casas, y no sólo dieron muerte con repugnante crueldad á las mujeres sino que las despojaron de todo, las atropellaron y después quemaron los edificios por el solo placer de hacer daño. Yo me quedé mirando aquellas horribles escenas, estremecido de asombro al ver la refinada inhumanidad de aquellos bárbaros, de aquellos bandidos, mientras Abdul-Melik se reía murmurando algunas palabras cuando pasaba á mi lado veloz como una exhalación. Confieso que le odiaba con toda mi alma.

Cuando al amanecer salió el sol aun continuaban el robo y el pillaje, y sólo quedaban en pie en la pobre aldea de Tilouat algunos muros ennegrecidos por el humo del incendio. El botín fué colocado sobre nuestros caballos con veinte hombres y mujeres que habían sido hechos prisioneros, los cuales, según me informaron, irían á parar al mercado de esclavos de Mourgouk.

Al ponerse el sol, quince días después de aquellos sucesos, llegamos á un valle pedregoso, y de pronto dimos con un enorme montón de ruinas, que Abdul Melik me dijo eran los restos de una antigua ciudad llamada Tihodagen. Al examinarlas de cerca, por los macizos muros de piedra labrada, las columnas medio enterradas en la arena y una inscripción esculpida en una puerta arqueada, comprendí que eran reliquias de la dominación romana. Al apearnos me enteré de que dichas ruinas eran el albergue y escondite habitual de aquellos malvados.

Una hora más tarde, cuando estábamos tumbados en nuestras alfombras al pie de un muro de lo que en algún tiempo había sido un gran palacio, Abdul-Melik y yo comimos y bebimos

copiosamente, mientras los hombres de la partida hacían lo mismo. Cuando empezamos á fumar, Abdul-Melik mandó que los cautivos fueran conducidos á su presencia. Los trajeron en seguida, y todos, con una sola excepción, se prosternaron ante él pidiéndole misericordia. La única que no se arrodilló ni dirigió súplica ninguna fué una joven de pelo negro, de peregrina hermosura, de ojos negros y rasgados y blanca como la nieve. Vestía un zuavo de terciopelo carmesí bordado en oro, un cinturón dorado sujetaba su talle esbelto y sus anchos bombachos eran de seda de color de rosa pálido, mientras que en sus lindos pies llevaba zapatillas de terciopelo verde bordadas también en oro. Todo su traje estaba destrozado á consecuencia de la terrible lucha que con sus crueles enemigos había sostenido la joven, la cual nos dirigió una mirada de profundo desprecio. Las manos las tenía atadas á la espalda con una correa.

Abdul-Melik levantó el brazo para imponer silencio; pero como los prisioneros continuaban llorando, dispuso que fueran retirados todos menos la joven, que era hermosísima. Jamás en mis largos viajes he visto una mujer tan encantadora.

—¿Quién eres tú? la preguntó Abdul-Melik dirigiéndola una mirada insolente. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Khadidjá Fathma y soy la hija de Alí-Ben-Oshshamí, el kaid de Ideles, contestó ella con aplomo.

—¡Alí-Ben-Oshshamí! exclamó Abdul-Melik frunciendo el ceño; hija del maldito hijo del Offal, que trató de entregarme en manos de los rumís. He encendido las luces de la sabiduría y la antorcha de la profecía y he jurado que, antes de muchas horas, tomaría venganza.

—Desde que tu banda de cobardes rufianes pusieron mano sobre mí, replicó ella, había descontado tu cólera, pero la hija del kaid de Ideles no pide merced á un criado de Eblis.

—¿Te atreves á insultarme? gritó furioso. Tú eres la hija del que me hubiera entregado en poder de los spahis por dos bolsas de oro que se ofrecieron por mi cabeza. Le pagaré fineza con fineza enviándole mañana un regalo que acaso apreciará, el regalo de tus manos. Entonces comprenderá quién es Abdul-Melik.

—¿Piensas cortarme las manos? preguntó la joven palideciendo, pero esforzándose en aparecer tranquila.

—Al rayar el alba los cuervos se alimentarán de tu cuerpo y tus manos estarán camino de Ideles, contestó él con una siniestra sonrisa.

—Malce te ha maldecido ya, replicó ella, y por cada asesinato que cometas creas para ti un nuevo tormento. En Al-Harviyat tu comida será el offal y apagarás tu sed con brea hirviendo. Es verdad que he caído en tus manos al venir hasta el Tilouat para ver á la madre de mi padre que estaba muriéndose, ¿pero crees acaso que te tengo miedo? No. Aunque la gente te teme como jefe fuerte y poderoso, yo te desprecio profundamente á ti y á los miserables que te siguen. Si me cortas las manos no harás otra cosa que imponerme el mismo castigo que á otras débiles mujeres como yo. ¡Cobarde!

—¡Silencio! gritó poniéndose furioso, y dirigiéndose á sus hombres dijo: Llevadla de aquí, aseguradla hasta el amanecer y cuando amanezca que le corten las manos y me las traigan.

Sin piedad ninguna se la llevaron casi arrastrando, pero antes de separarse de nosotros nos miró con desdén profundo.

—Enviaré las manos de esa joven á su padre el kaid en recuerdo del agradecimiento por el interés que se toma por mi bienestar, murmuró Abdul-Melik, y su lengua no volverá á insultarme. Verdaderamente Alá me ha enviado una mujer para tomar venganza de mis enemigos.

En vano procuré intervenir, demostrando lo cruel que sería el quitar la vida á una mujer tan joven, casi una niña. Se reía de mí, y no tuve más remedio que permanecer allí mientras los demás cautivos fueron interrogados é inspeccionados.

Aquella noche busqué el reposo en un pajar que habían formado entre las ruinas, pero no pude conciliar el sueño. El hermoso rostro de la arrogante joven que iba á morir al amanecer me había causado impresión tan honda que no me dejaba sosegar, y al fin me levanté resuelto á salvarla si era posible.

Salí haciendo muy poco ruido; ensillé uno de los caballos de Abdul-Melik, y sin llamar la atención de los centinelas del campamento llegué hasta el sitio donde, sujeta á un anillo de hierro clavado en un muro, se hallaba la joven pensativa.

—¡*Ti amani illah!* dije al acercarme; he venido á hablarte y á ver si te puedo salvar.

—¿Quién eres tú? preguntó poniéndose de pie y tratando de reconocerme en la oscuridad.

—Un rumí que está decidido á que la orden de Abdul-Melik no se cumpla.

Y sacando el alfanje corté las correas que sujetaban sus muñecas y sus tobillos. Un segundo después estaba libre.

En pocas palabras la expliqué cómo había ensillado un caballo veloz y colocado en él un saco con alimentos.

—Si llego sin novedad te deberé la vida, dijo llevando mi mano á sus labios con demostraciones de gratitud inmensa. Conozco el terreno y antes de dos lunas habré atravesado el valle pedregoso y estaré en casa de mi padre en Ideles. Dime tu nombre para que mi padre sepa quién ha sido mi libertador.

Se lo dije y á la vez le pedí un recuerdo.

—No tengo nada, contestó, nada más que un adorno que me dió mi abuela al tiempo de morir, una hora antes de ser atacada la aldea.

Y metiendo la mano en el seno sacó un objeto redondo, de cobre, del tamaño y forma de un duro, con un agujero en el centro como para colocar una cinta. Me dijo que era un talismán contra el terror y que tenía una leyenda muy curiosa, de la cual no se acordaba.

—Lleva una inscripción, añadió, escrita en un idioma extraño de los rumís que nadie ha podido descifrar.

Me puse á examinarlo, pero en la oscuridad no pude distinguir nada. La aseguré que aquel objeto serviría para acordarme de ella y lo guardé en el bolsillo de mi traje.

En seguida nos dirigimos juntos á la sombra que proyectaba el muro, y cuando llegamos al sitio donde estaba preparado el caballo la ayudé á montar en la silla. Un momento después, y con un *¡Allah iselemeck!* partió al galope con el pelo suelto y caído por la espalda.

Sentí su partida; pero comprendiendo que la había salvado de la muerte volví al pajar, me envolví en mi albornoz y dormí profundamente hasta la salida del sol.

Al abrir los ojos me acordé del talismán que me había entregado Khadidjá, y al examinarlo detenidamente vi con sorpresa que en ambos lados llevaba grabada con un cuchillo una ins-

cripción en inglés. Al cabo de un rato, y no sin dificultad, leí lo siguiente:

Este recuerdo lo dejo para la persona en cuyas manos pueda caer, pues yo me muero de hambre. Quien quiera que lo lea, que se apresure á marchar á Cenón, en el desierto de Zelaf, á dos días de distancia del pozo de El Ameima, y desde el Bab-el-Oued, veinte pasos hacia al Oeste, fuera del muro de la ciudad y bajo el segundo bastión, que cave y allí encontrará su recompensa. Juan Eduardo Chatteris, cautivo en el Kasbah de Borsen por orden del sultán Ottomán. Domingo á 13 de junio de 1843.

¡Chatteris! Al momento recordé que un célebre explorador inglés, arqueólogo y miembro de la Sociedad Geográfica de aquel nombre, se había perdido hacía años, sin que se hubiera vuelto á tener noticias suyas. Aquél, por lo visto, era una especie de mensaje escrito con gran dificultad dentro de la inexpugnable ciudadela del guerrero sultán de Borku, cuyo montañoso reino estaba situado á 500 millas al Sur de Mouzyouk, entre los montes del Tibet y el lago Tsad. Un secreto que durante más de medio siglo había permanecido en poder de los árabes, incapaces de descifrarlo.

¿Qué habría enterrado en el punto indicado por aquella curiosa reliquia del famoso explorador?

Excitada mi curiosidad me sentía impaciente por averiguarlo, pero no había más remedio que tener resignación hasta que pudiera escaparme. Oculté el talismán lo mejor que pude y á la hora del almuerzo fuí á unirme con Abdul Melik.

La fuga de Khadidjá le había causado gran pena y estaba furioso, pero felizmente no tenía la menor sospecha respecto de mí. Permanecí con él durante dos lunas hasta que un día, cuando nos acercábamos á la ciudad de Rhat, pude apartarme de su lado y conseguí evadirme para siempre. Tan pronto como me fué posible volví á In-Salah, donde enseñé el talismán con su extraña inscripción al comandante Chaudioux, al cual, desde el primer momento, le interesó vivamente, y me anunció su propósito de acompañarme á descubrir la verdad.

Con una escolta de unos veinte spahis, todos bien montados y armados, salimos de In-Salah al amanecer, y durante nueve días continuamos nuestro viaje atravesando el desierto hacia el

Este; primero tomando el camino de las caravanas hasta Tarz-Oulli, más allá de los límites de las posesiones francesas, y continuando luego por la región pedregosa del Phehaouen cruzamos el oasis de Djedid, hasta que una noche á la hora del Maghrib (la oración de los árabes) los blancos y elevados muros y tres altos minaretes de la ciudad de Lenou aparecieron á nuestra vista. No era conveniente que los spahis avanzasen más; por tanto hicimos alto y vivaqueamos hasta la hora conveniente. Entonces, vestidos con el jaique y el albornoz de los árabes del valle, Chaudioux y yo y tres spahis, llevando ocultas algunas palas, nos acercamos á la ciudad y fuimos andando á la sombra del muro hasta llegar al Bab-el-Oued, ó sea la puerta principal, la cual estaba cerrada. Proseguimos en silencio nuestro camino bordeando el muro llenos de ansiedad, y así llegamos hasta el segundo bastión después de contar veinte pasos hacia el Oeste. Seguros de que nadie nos había visto nos pusimos los cinco á cavar al pie del muro, sabiendo que, si nos descubrían, nuestra muerte sería inevitable. La arena no estaba dura, pero sí mezclada con piedras, y durante algún tiempo trabajamos sin resultado.

Ya pensaba yo que alguien nos había tomado la delantera, cuando de repente la pala de uno de los spahis dió contra un objeto duro. Redoblamos nuestros esfuerzos, y diez minutos después desenterrábamos una cosa que nos dejó sorprendidos.

En cuanto quitamos la tierra suficiente para sacarla y pudimos hacer un ligero examen á la luz de las cerillas que encendimos llegamos á enterarnos de que era una especie de taburete con un asiento semicircular basado en unas columnitas de oro. De este precioso metal era también el asiento, y todo él estaba incrustado con innumerables piedras de gran valor, mientras que los pies consistían en seis grandes topacios amarillos, admirablemente tallados. El oro se había enmohecido por su largo contacto con la tierra; pero las piedras, al limpiarlas un poco, brillaron espléndidamente.

Pesaba tanto el taburete que no fué empresa fácil el sacarlo del hoyo abierto, y sólo con el esfuerzo de todos reunidos pudimos llevarlo hasta el sitio donde nuestros hombres esperaban: unas cinco millas á través del desierto. Nuestro regreso fué

acogido con grandes muestras de alegría. En seguida envolvimos el extraño y rico taburete en unos lienzos, lo colocamos sobre un caballo y emprendimos el camino, llegando á los diez días á In-Salah, donde supimos con satisfacción que Abdul Melik había sido muerto en un encuentro con los spahis en el Ahaggar.

Hasta que llegué á Inglaterra con mi tesoro y lo exhibí en la Sociedad de Geografía no supe su verdadero valor. Por las cartas enviadas por el intrépido doctor Chatteris, y que aun se conservan en los archivos de la Sociedad, teníase conocimiento de que durante el año 1839 Salmán, el gran sheikh de Asila, reunió un formidable ejército, y proclamándose sultán de Túnez hizo una expedición por el país, sacando dinero del pueblo por medio de horribles torturas y crueles atropellos. Mientras sentenciaban á sus desventuradas víctimas se sentaba siempre sobre un taburete de forma extraña, que por espacio de mucho tiempo había pertenecido á los sultanes de Sokoto y que por tan triste motivo era conocido con el nombre del *Trono de mil terrores*, pues sólo se usaba en las ocasiones en que Salmán pronunciaba sus sentencias para apoderarse de las riquezas del pueblo.

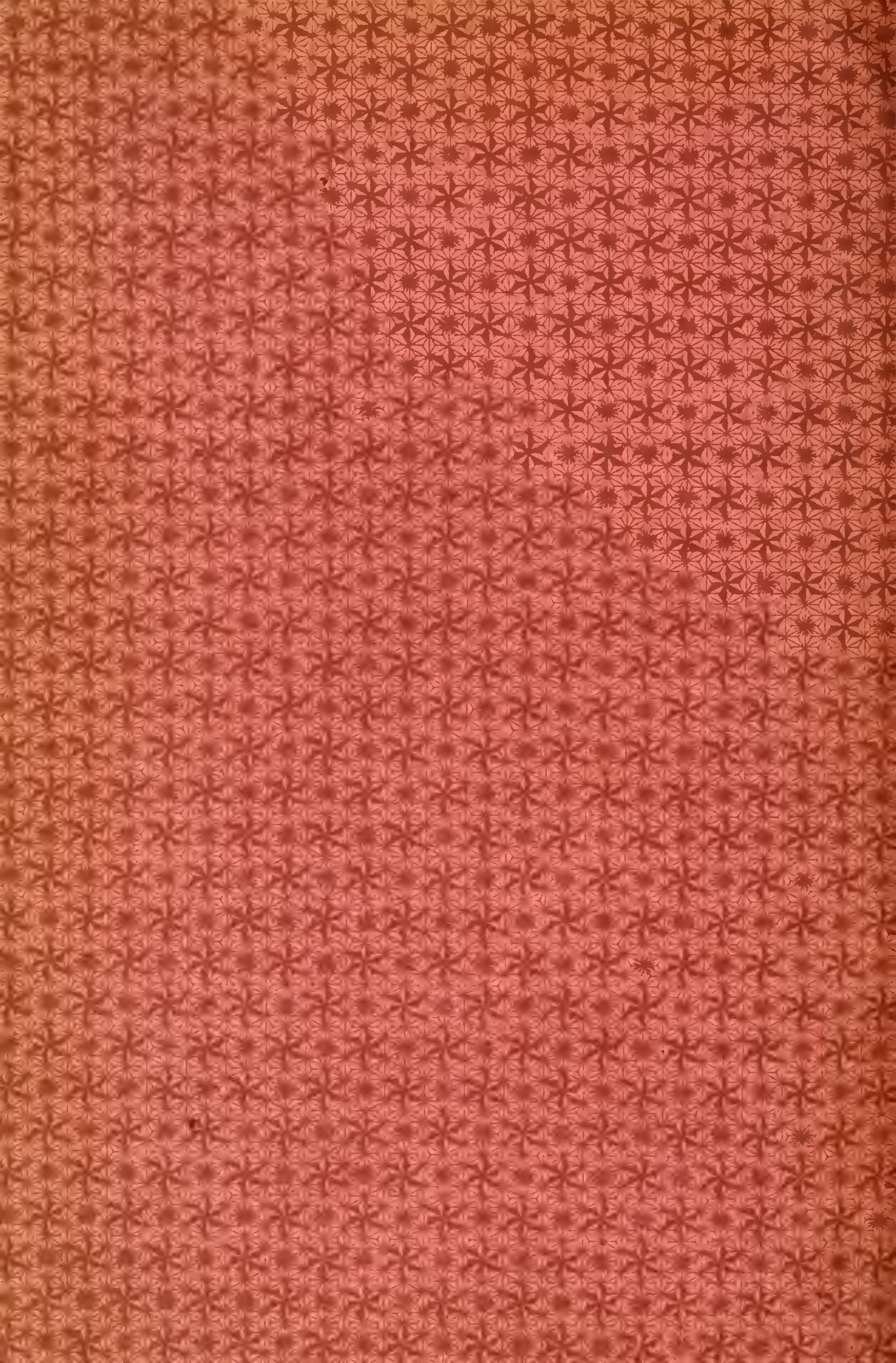
Contra aquel feroz rebelde se vió precisado el bey de Túnez á enviar buen número de tropas, y después de sangrientos encuentros en Sinaun y en el Om-el-Cheil fué derrotado Salmán y muerto en su fuerte de Aujila.

El doctor Chatteris decía en su última carta que se había apoderado del valioso trono, pero que por las supersticiones de los árabes era muy difícil llevarlo á la costa. Indudablemente lo había enterrado, y poco después el ilustre viajero caía en manos del sultán de Borku, quien le tuvo preso hasta su muerte.

Khadidjá vive aún en Idiles, donde casó con el hijo menor del gobernador; pero en la reclusión del harem ignora que, con el curioso recuerdo con que recompensó á su amigo infiel, añadió á la colección nacional de antigüedades una reliquia interesante y de gran valor.

Los que visiten el Museo Británico podrán verla fácilmente, pues hoy mismo, en la sección oriental, uno de los objetos más admirados es el raro, histórico y valioso *Trono de mil terrores.*



SERIAL

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

